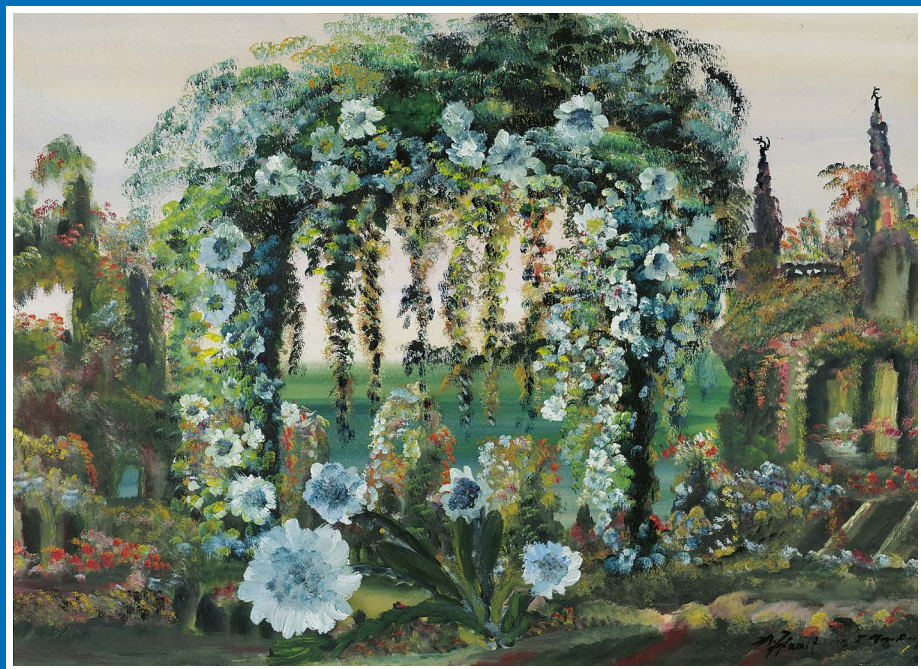
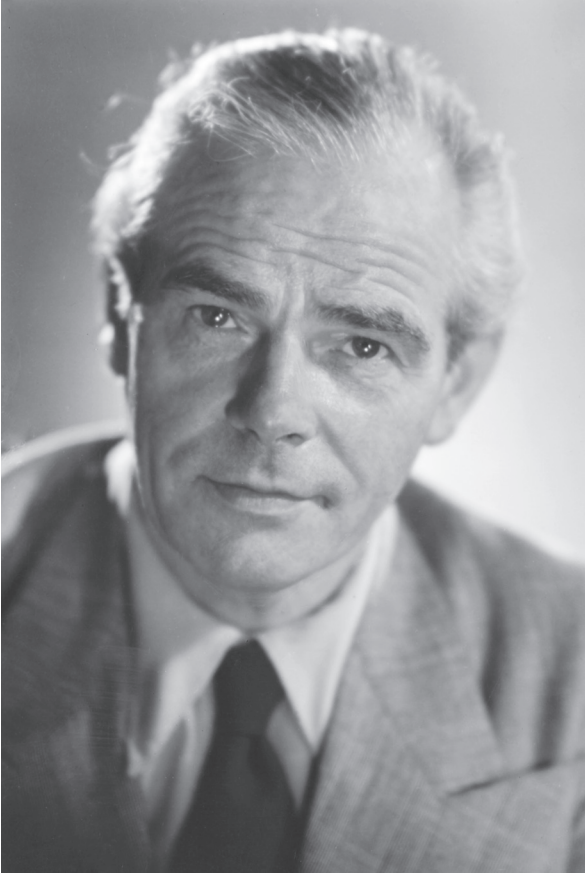


Una mirada en el más allá



Jozef Rulof



Jozef Rulof
1898-1952

Jozef Rulof

Una mirada
en el más allá



El Siglo de Cristo

Contacto y derechos de autor

El Siglo de Cristo

Braspenningstraat 88, 1827 JW Alkmaar, Países Bajos

Tel: 00 31 (0)728443852

E-mail: info@rulof.org

Página web: rulof.es

En la portada verá la imagen de una pintura que Jozef Rulof recibió desde el más allá.

© 2023, Stichting Geestelijk-Wetenschappelijk Genootschap “De Eeuw van Christus”, Alkmaar, Países Bajos

Una mirada en el más allá, 2023

ISBN 978-94-93165-43-4

Contenido

Contacto y derechos de autor	4
Palabras del editor	7
Lista de títulos	8
Comentario sobre los libros de Jozef Rulof	9
Lista de artículos	11
Jozef Rulof	15

Parte 1

Prefacio	23
Dirección	25
El contacto	29
La educación para la vida espiritual	41
Sanar y desdoblarse del cuerpo	51
La transición	81
La sanación y la utilidad de las fuerzas buenas	112
Sesiones de espiritismo en trance	122
La verdadera clarividencia y el peligro de ver	142
Magia negra	153
La incineración y el entierro	156
La Tierra Estival	197

Parte 2

Prefacio (a la parte 2)	225
Desmaterialización	227
Cómo Alcar veló por una joven vida	238
La utilidad de la mediumnidad sanadora	253
Sanación física y psíquica	260
Una curación milagrosa	264
Cielo e infierno; desdoblamiento del cuerpo	271
Hacer una sesión de espiritismo	279
Ayuda espiritual en la tierra	286
¿Puede ser clarividente la madre?	290
Pena y dolor por los demás	295

Regiones oscuras	303
La incineración	317
Los sentimientos y la espiritualidad de la tierra	322
Muertos en vida	332
Primera, segunda y tercera esfera	345
La esfera de los niños y la reencarnación	354
La quinta esfera	365
Una bendición espiritual y de vuelta a la tierra	381
Uno con la vida que Dios ha depuesto en todo	389
El cuerpo espiritual y material	396
El hombre pone y Dios dispone	411
Epílogo	429

Parte 3

Prefacio (a la parte 3)	433
Clarividencia por desdoblamiento	435
Fuerzas psíquicas	442
Cómo Alcar veló por André	451
Fijar un diagnóstico a distancia por desdoblamiento	455
La mediumnidad; los espíritus lo saben todo	461
La fuerza de la oración	473
André recibe su roca de la vida	494
El desdoblamiento; la vida espiritual en la esfera de la tierra	500
Sintonización basta material y animal	501
La esfera de los suicidas	515
Genios en el mal	520
La vida en el espíritu; autócratas en el mal	533
Fiesta en las esferas oscuras	539
Genios en el mal (2)	546
Maestros en el mal	556
Hacia las esferas de luz; arte espiritual, esfera animal; primera, segunda y tercera esfera; mentalidades cósmicas	567
André ve a su hija	595
Quinta esfera; artes plásticas y arte pictórico	604
Sexta esfera; música espiritual	614
Séptima esfera y de vuelta a la tierra	622

Palabras del editor

Estimado lector, estimada lectora:

Este libro pertenece a la serie de veintisiete libros que entre 1933 y 1952 llegaron a la tierra por medio de Jozef Rulof. Estos libros son editados por la Fundación Círculo Científico Espiritual “El Siglo de Cristo”, que Jozef Rulof fundó con este fin en 1946. Como dirección de esta fundación garantizamos el texto original de los libros que ponemos ahora a tu disposición. En ese texto, los añadidos realizados por el editor se ponen entre corchetes (redondos), para distinguirlos del texto original.

También hemos publicado un comentario sobre los libros, que contiene 140 artículos. Consideramos la edición de los veintisiete libros y este comentario como un conjunto inseparable. En el caso de algunos pasajes de los libros, remitimos a los artículos en cuestión del comentario. Así, por ejemplo, (véase el artículo ‘Explicación a nivel del alma’ en rulof.es) remite al artículo básico ‘Explicación a nivel del alma’, tal como se puede leer en la página web rulof.es.

Cuando Jozef Rulof recibió su primer libro por vía mediúmnica, en 1933, su mediumnidad no se había desarrollado todavía lo suficiente para que firmara el libro con su propio nombre. Al hacerlo, Jozef Rulof despertaba del trance, porque al escribir su nombre sentía como si lo “despertaran”. Pasaba lo mismo con todos los nombres y todas las circunstancias que vivían en lo más íntimo de sus sentimientos. Por eso, en ‘Una mirada en el más allá’ se usaron otros nombres y otras circunstancias, para que no trastornaran la profundidad del trance mientras escribía el libro. Para más información acerca de cómo se escribieron estos libros en trance, nos remitimos al libro ‘Dones espirituales’.

Por eso, en este libro Jozef Rulof recibe el nombre de “André”, y de la misma manera el escritor modificó ligeramente varios otros nombres y circunstancias. Los nombres y circunstancias exactos de la vida de Jozef Rulof se pueden encontrar en la biografía ‘Jeus, el de madre Crisje’. En el prefacio de la cuarta impresión de ‘Una mirada en el más allá’, Jozef dice al respecto: “Sin embargo, no se trata aquí de nombres, sino del mensaje de esta obra tan hermosa”.

Un saludo afectuoso,
La dirección de la Fundación El Siglo de Cristo
2023

Lista de títulos

Relación de los libros que llegaron a la tierra por medio de Jozef Rulof, en el orden en que se publicaron, ...

- Una mirada en el más allá (1933-1936)
- Aquellos que volvieron de la muerte (1937)
- El ciclo del alma (1938)
- Las enfermedades mentales contempladas desde el otro lado (1939-1945)
- El origen del universo (1939)
- Entre la vida y la muerte (1940)
- Los pueblos de la tierra contemplados por el otro lado (1941)
- Hacia la vida eterna a través de la Línea Grebbe (1942)
- Dones espirituales (1943)
- Las máscaras y los seres humanos (1948)
- Jeus de madre Crisje Parte 1 (1950)
- Jeus de madre Crisje Parte 2 (1951)
- Jeus de madre Crisje Parte 3 (1952)
- Preguntas y respuestas Parte 1 (1949-1951)
- Preguntas y respuestas Parte 2 (1951-1952)
- Preguntas y respuestas Parte 3 (1952)
- Preguntas y respuestas Parte 4 (1952)
- Preguntas y respuestas Parte 5 (1949-1952)
- Preguntas y respuestas Parte 6 (1951)
- Conferencias Parte 1 (1949-1950)
- Conferencias Parte 2 (1950-1951)
- Conferencias Parte 3 (1951-1952)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 1 (1944-1950)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 2 (1944-1950)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 3 (1944-1950)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 4 (1944-1950)
- La cosmología de Jozef Rulof Parte 5 (1944-1950)

Comentario sobre los libros de Jozef Rulof

El prólogo a este comentario es:

Estimado lector, estimada lectora:

En este ‘Comentario sobre los libros de Jozef Rulof’ describimos en cuanto editores el núcleo de su óptica. Contestamos de esta manera a dos tipos de preguntas que se nos hicieron en años pasados sobre el contenido de estos libros.

En primer lugar están las preguntas sobre temas específicos, como por ejemplo la incineración y la eutanasia. Muchas veces, la información sobre semejantes asuntos está dispersa en los 27 libros, con en total más de 11.000 páginas. Por eso hemos juntado temáticamente pasajes relevantes de todos los libros, y los hemos resumido en un artículo cada uno.

La información dispersa se debe a la construcción de conocimientos en la serie de libros. En el artículo ‘Explicación a nivel del alma’ distinguimos dos niveles en esta construcción de conocimientos: el pensamiento social por una parte, y las explicaciones a nivel del alma por otra. Para su primera explicación de muchos fenómenos, el autor se limitó a palabras y términos que pertenecían al pensamiento social de la primera mitad del siglo pasado. Por eso sintonizó con la visión de mundo de sus lectores de entonces.

Libro tras libro, el autor fue construyendo, paralelamente, el nivel del alma, con el alma como entidad central. Para explicar la vida a nivel del alma, introdujo palabras y conceptos nuevos. Con eso llegaron nuevas explicaciones que completaban la información sobre algunos temas de la ronda anterior.

La mayoría de las veces, sin embargo, las explicaciones a nivel del alma no completaba las primeras descripciones, sino que las reemplazaba. Así, por ejemplo, se puede hablar en terminología social sobre una “vida después de la muerte”, pero en el nivel del alma, la palabra “muerte” ha perdido todo significado. Según el autor, el alma no muere, sino que se desprende del cuerpo terrenal y entonces hace la transición a la siguiente fase en su evolución eterna.

La falta de familiaridad con la diferencia entre estos dos niveles de explicación conlleva un segundo tipo de preguntas sobre palabras y opiniones en los libros, sobre los que el pensamiento social actual ha cambiado en comparación con la primera mitad del siglo pasado. En este comentario, desarrollamos esos asuntos desde el nivel del alma. Así va quedando claro que palabras como por ejemplo “razas” o “psicopatía” ya no tienen relevancia en el nivel del alma. Estas palabras y las correspondientes opiniones se usaron

únicamente en esta serie de libros para acercarse al pensamiento social en el período en que surgieron estos libros, entre 1933 y 1952. Los pasajes con estas palabras pertenecen al espíritu de tiempo contemporáneo de los lectores y de ninguna manera representan la verdadera visión del escritor ni del editor.

No siempre queda claro a la hora de una lectura actual de los libros, porque el autor no suele mencionar de manera explícita en qué nivel de explicación se ha tratado el tema en un pasaje determinado. Por eso, como editores, en ciertos pasajes añadimos una referencia a un artículo relevante de este comentario. Ese artículo aclara entonces el asunto tratado en ese pasaje desde el nivel del alma, para iluminar la verdadera visión del autor acerca de ese tema. Por razones culturales históricas y espirituales científicas, en los 27 libros no hacemos cambios en las formulaciones originales del autor. Con motivo de la legibilidad, solo hemos adaptado la antigua ortografía del neerlandés. En la versión online de los libros en nuestra web rulof.nl, se pueden visualizar los cambios lingüísticos por oración.

Consideramos la edición de los 27 libros y este comentario como un conjunto inseparable. Por eso a partir de ahora remitimos en la tapa de cada libro y en las ‘Palabras del editor’ al comentario. Puede leer los 140 artículos de este comentario en nuestra web como páginas web por separado.

También los pasajes relevantes de todos los libros de Jozef Rulof en que hemos basado los artículos son una parte íntegra de este comentario. Estos pasajes se han reunido en forma de libro con los artículos en cuestión y están disponibles como las cuatro partes de ‘El libro de consulta sobre Jozef Rulof’, en la forma de libros de bolsillo y electrónicos. En nuestra web, en la parte de abajo de la mayoría de los artículos se ha incluido un enlace a otra página web con los textos fuente de ese artículo.

Con la edición de los 27 libros y este comentario aspiramos aportar algo a una comprensión fundada del verdadero mensaje del autor. Ya lo expresó Cristo al decir: “Ámense los unos a los otros”. Al nivel del alma, Jozef Rulof explica que se trata del amor universal que no se ocupa de la apariencia o de la personalidad de nuestro prójimo, sino que se centra en su núcleo más profundo, que Jozef llama “el alma” o “la vida”.

Un saludo afectuoso,

En nombre de la dirección de la Fundación El Siglo de Cristo,

Ludo Vrebos

11 de junio de 2020

Lista de artículos

El comentario consta de los siguientes 140 artículos:

Parte 1 Nuestro más allá

1. Nuestro más allá
2. Experiencia cercana a la muerte
3. Desdoblamiento corporal
4. Esferas en el más allá
5. Esferas de luz
6. Primera esfera de luz
7. Segunda esfera de luz
8. Tercera esfera de luz
9. Tierra Estival - cuarta esfera de luz
10. Quinta esfera de luz
11. Sexta esfera de luz
12. Séptima esfera de luz
13. Regiones mentales
14. Cielo
15. El otro lado
16. Esferas de los niños
17. La pradera
18. Morir como transición
19. Muerte
20. Espíritu y cuerpo espiritual
21. Incinerar o enterrar
22. Embalsamar
23. Donación de órganos y trasplantes
24. Aura
25. Cordón fluido
26. Eutanasia y suicidio
27. Muerte aparente
28. Espíritus en la tierra
29. Esferas tenebrosas
30. Tierra crepuscular
31. País de odio y pasión y violencia
32. Valle de dolor
33. Infierno
34. Dante y Doré
35. Ángeles

36. Lantos
37. Maestros
38. Alcar
39. Zelanus
40. Libros sobre el más allá
- Parte 2 Nuestras reencarnaciones
41. Nuestras reencarnaciones
42. Recuerdos de vidas anteriores
43. Mundo de lo inconsciente
44. Predisposición y talento
45. Niños prodigio
46. Fobias y miedos
47. Sentimiento
48. Alma
49. Grados de los sentimientos
50. Material o espiritual
51. Subconsciente
52. Conciencia diurna
53. Del sentimiento al pensamiento
54. Plexo solar
55. Cerebro
56. Estrés e insomnio
57. Aprender a pensar
58. Pensamientos de otros
59. Qué sabemos con seguridad
60. Ciencia
61. Psicología
62. Científico espiritual
63. Verdad universal
64. Conexión de los sentimientos
65. Seres queridos de vidas anteriores
66. Parecido físico con nuestros padres
67. Carácter
68. Personalidad
69. Personalidades parciales
70. Voluntad
71. Autoconocimiento
72. Sócrates
73. Renacer para una tarea
74. Venry, sumo sacerdote renacido
75. Alonso pregunta por qué

76. Arrepentimiento y remordimiento
77. Enmendar
78. Renacido como Anthony van Dyck
79. Templo del alma
80. Libros sobre la reencarnación
- Parte 3 Nuestra alma cósmica
81. Nuestra alma cósmica
82. Explicación a nivel del alma
83. No existen las razas
84. Grados de vida materiales
85. Ser humano o alma
86. Anti racismo y discriminación
87. Cosmología
88. Omnia Alma y Omnia Fuente
89. Nuestras fuerzas básicas
90. División cósmica
91. Luna
92. Sol
93. Grados de vida cósmicos
94. Nuestras primeras vidas como células
95. Evolución en el agua
96. Evolución en la tierra
97. La equivocación de Darwin
98. Nuestra conciencia en Marte
99. Tierra
100. Bien y mal
101. Armonía
102. Karma
103. Causa y efecto
104. Libre albedrío
105. Justicia
106. Origen del mundo astral
107. Creador de luz
108. Cuarto grado de vida cósmico
109. Omnigrado
110. Animación de nuestro viaje cósmico
- Parte 4 La Universidad de Cristo
111. La Universidad de Cristo
112. Moisés y los profetas
113. Autores de la Biblia
114. Dios

115. El primer sacerdote mago
116. El Antiguo Egipto
117. Pirámide de Giza
118. Jesucristo
119. Judas
120. Pilato
121. Caifás
122. Getsemaní y Gólgota
123. Apóstoles
124. Cuentos eclesiásticos
125. Evolución de la humanidad
126. Hitler
127. Pueblo judío
128. NSB y el nacionalsocialismo
129. Genocidio
130. Grados de amor
131. Almas gemelas
132. Maternidad y paternidad
133. Homosexualidad
134. Psicopatía
135. Demencia
136. La mediumnidad de Jozef Rulof
137. El Siglo de Cristo
138. Futuro luminoso
138. Instrumento de sanación definitivo
140. Aparato de voz directa

Jozef Rulof

Jozef Rulof (1898-1952) recibió un conocimiento universal sobre el más allá, la reencarnación, nuestra alma cósmica y Cristo.

Conocimiento procedentes del más allá

Cuando Jozef Rulof nació en 1898 en la localidad rural de 's-Heerenberg, en Holanda, su líder espiritual Alcar ya tenía grandes planes para él. En 1641, Alcar había hecho la transición al más allá, después de su última vida en la tierra como Anthony van Dyck. Desde entonces había ido construyendo un vasto conocimiento sobre la vida del ser humano en la tierra y en el más allá. Para llevar ese conocimiento a la tierra, quería desarrollar a Jozef hasta convertirlo en un médium escritor.

Después de que en 1922 Jozef se estableciera en La Haya como taxista, Alcar lo desarrolló primero hasta ser un médium sanador y pintor, para ir construyendo el trance necesario para recibir libros. Jozef recibió cientos de pinturas, y con su venta pudo controlar él mismo la edición de los libros.

Cuando Alcar comenzó en 1933 con la transmisión de su primer libro, 'Una mirada en el más allá', dejó que Jozef eligiera la profundidad del trance mediúmnico. Podría meter a Jozef en un sueño muy profundo y adoptar su cuerpo para escribir libros al margen de la conciencia del médium. Entonces Alcar podría usar a partir de la primera oración su propia selección de vocabulario para explicar al lector de ese tiempo cómo había llegado a conocer la realidad a nivel del alma, todo centrado en la vida eterna del alma humana.

Otra posibilidad era aplicar un trance más ligero, en el que el médium podía percibir lo que se escribía durante el proceso de escritura. Eso le permitiría a Jozef ir creciendo espiritualmente a la par que el conocimiento transmitido. Pero eso implicaría que la construcción del conocimiento en la serie de libros se sintonizara con el desarrollo espiritual del médium. Y así Alcar no podría ofrecer las explicaciones a nivel del alma antes de que también el médium hubiera llegado a ese punto.

Jozef optó por el trance más ligero. Eso hizo que Alcar estuviera un poco limitado en cuanto a las palabras que pudiera usar en los primeros libros. Hizo que lo experimentara Jozef al escribir la palabra "Jozef" mientras este estaba en trance. En ese mismo instante Jozef despertó del trance, porque sentía que lo llamaban. Para evitarlo, Alcar escogió el nombre "André" para describir las experiencias de Jozef en los libros. Alcar también cambió o eludió otros nombres y circunstancias en 'Una mirada en el más allá', para que Jozef pudiera permanecer en trance. En este primer libro, el lector sí descubre, por ejemplo, que André estaba casado, pero no que esto hubiera

ocurrido en 1923, ni que su mujer se llamara Anna.

Primero Alcar hizo vivir en carne propia a su médium todo lo que se describía en los libros, para mantener la armonía con los sentimientos de Jozef. Para eso Alcar lo hizo desdoblarse de su cuerpo, para que Jozef pudiera percibir por su cuenta los mundos espirituales del más allá. Los libros describen sus viajes conjuntos a través de las esferas tenebrosas y de luz. Jozef vio que después de su transición en la tierra el ser humano termina en la esfera que se corresponda a sus sentimientos.

En estado desdoblado también fue testigo de muchas transiciones en la tierra. Describiéndolas, se deja constancia en los libros de qué ocurre exactamente con el alma humana a la hora de la incineración, el entierro, el embalsamamiento, al eutanasia, el suicidio y el trasplante de órgano.

Jozef llega a conocer sus vidas pasadas

Alcar escogió el nombre “André” porque Jozef había usado ese nombre durante alguna vida pasada en Francia. Entonces André había sido un erudito, y la dedicación para examinar todo escrupulosamente podía ayudar a profundizar paso a paso el nivel de explicación de los libros.

De esta manera, en 1938 Jozef pudo recibir el libro ‘El ciclo del alma’ del maestro Zelanus, un discípulo de Alcar. En él, Zelanus describió sus vidas pasadas. Mostró así cómo todas sus experiencias en sus vidas pasadas habían ido construyendo finalmente sus sentimientos, y cómo gracias a ellas pudo percibir cada vez más cosas.

En 1940, Jozef se había desarrollado suficientemente para vivir el libro ‘Entre la vida y la muerte’. Así llegó a conocer a Dectar: su propia vida anterior como sacerdote del templo en el Antiguo Egipto. En los templos, Dectar había elevado mucho sus fuerzas espirituales, por lo que pudo vivir experiencias intensas en estado desdoblado, sin descuidar paralelamente su vida terrenal. Ahora hacían falta esas fuerzas para alcanzar el grado supremo de la mediumnidad: la conciencia cósmica.

Nuestra alma cósmica

En 1944, Jozef Rulof se había desarrollado como “André-Dectar” a tal punto que pudo vivir, junto con Alcar y Zelanus, viajes espirituales a través del cosmos. El conocimiento más elevado del más allá se trajo a la tierra en la serie de libros ‘La cosmología de Jozef Rulof’ por medio de las descripciones de esos viajes.

Fue cuando los maestros Alcar y Zelanus pudieron por fin describir la realidad como habían llegado a conocerla ellos mismos en tanto que verdad. Solo entonces pudieron usar palabras y conceptos que describen la esencia de nuestra alma, descubriendo así la esencia del ser humano.

En la cosmología, los maestros aclaran a nivel del alma de dónde provenimos y cómo comenzó nuestra evolución cósmica al escindirse nuestra alma

de la Omnia Alma. Fue cuando André-Dectar llegó a conocer sus vidas pasadas en otros planetas, y el gigantesco camino de desarrollo que ha recorrido su alma para evolucionar desde una célula etérea en el primer planeta en el espacio hasta la vida en la tierra.

Además, visitó con los maestros los grados de vida cósmicos más elevados que nos esperan después de nuestras vidas terrenales. La cosmología describe hacia dónde vamos, y de qué manera son necesarias en este sentido nuestras vidas en la tierra. Arroja una luz cósmica sobre el sentido de nuestra vida y la esencia del ser humano como alma.

La Universidad de Cristo

Los maestros podían viajar por todos los grados cósmicos y transmitir este conocimiento definitivo, porque a ellos les ayudaba su orden de docentes. A esta orden se le llama “La Universidad de Cristo”, por ser Él el mentor de esta universidad.

Durante su vida en la tierra, Cristo no pudo transmitir este conocimiento, porque entonces la humanidad no estaba todavía lista para ello. A Cristo ya lo asesinaron por lo poco que pudo decir. Pero sabía que su orden traería este conocimiento a la tierra desde el momento en que pudiera nacer un médium al que ya no se le ejecutaría por hacerlo.

Ese médium fue Jozef Rulof, y los libros que recibió anunciaron el comienzo de una nueva era: “El Siglo de Cristo”. Cristo mismo había tenido que limitarse a la esencia de su mensaje: el amor desinteresado. En el Siglo de Cristo, Sus discípulos podían explicar punto por punto, por medio de Jozef Rulof, cómo al dar amor universal nos elevamos a nosotros mismos en cuanto a nuestros sentimientos, alcanzando así esferas de luz más elevadas y grados de vida cósmicos.

Jozef fundó en 1946 la Fundación El Siglo de Cristo por encargo de sus maestros, para administrar los libros y las pinturas. En ese mismo año, viajó a Estados Unidos para dar a conocer allí los conocimientos que había recibido, en colaboración con sus hermanos emigrados. Al igual que en Holanda, ofreció conferencias en trance y demostraciones de pintura.

De vuelta en Holanda se encargó también durante años de noches informativas —además de ofrecer cientos de conferencias en trance—, para contestar las preguntas de los lectores de los libros. En 1950, el maestro Zelanus pudo escribir, sin interrumpir el trance, la biografía de Jozef con el título de ‘Jeus de madre Crisje’, bajo el nombre de “Jozef” y el nombre de su juventud, “Jeus”.

Los maestros sabían que la humanidad no aceptaría todavía la Universidad de Cristo, a pesar de todos los conocimientos transmitidos y los esfuerzos de Jozef. La ciencia solo aceptará una prueba de la vida después de la muerte si esta se establece sin un médium humano, para que se pueda excluir la influ-

encia de la personalidad del médium.

Esta prueba se ofrecerá por medio de lo que los maestros llaman el “aparato de voz directa”. Predicen que este instrumento técnico traerá una comunicación directa entre el ser humano en la tierra y los maestros de la luz. En ese momento, Jozef y los demás maestros podrán hablar al mundo desde el más allá, y podrán dar a la humanidad la felicidad de la certeza de que en cuanto almas cósmicas vivimos eternamente.

Jozef hizo la transición al más allá en 1952. El maestro Zelanus ya había mencionado al final de su libro ‘Dones espirituales’ que Jozef y los maestros ya no se dirigirían a los médiums humanos después de la transición de Jozef, porque el conocimiento definitivo desde el más allá ya se puede encontrar en los libros que se le concedió recibir a Jozef durante su vida terrenal.

1933

Parte 1

Prefacio

Estimado lector, estimada lectora:

La edición de este libro tiene como propósito ofrecerle a la humanidad la convicción de su pervivencia —en una forma existencial más elevada— después de la muerte corporal.

Lo que voy a contarte me fue comunicado por mi amigo André Hendriks, que pudo vivir todo esto como eslabón entre el mundo material y el invisible.

Me pidió dar a conocer este acontecimiento, con la esperanza de que sea una bendición para muchos.

Naturalmente, es un gusto acceder a su petición.

¡Que Dios bendiga nuestro trabajo!

La Haya, octubre de 1933

J. R.

El amor

*El amor es el bien más elevado
Que le fue concedido al ser humano.
El amor es lo que hace vivir,
Lo que hace estremecerse con emoción.
El amor es todo. El amor es Dios,
Convierte a los pobres en ricos.
Sin amor, ¡qué suerte la nuestra!
No nos quedaría nada.
Espíritu del Amor, guíanos.
Penétranos de Tu Ser,
Y esperaremos tranquilamente
El fin, sin temor.
Y si la vida es corta o larga,
El Amor de Dios quita el temor a cualquier muerte.*

Dirección

—André, ¿qué te pasa? ¿Ocultas algo? ¿Por qué últimamente estás tan raro? ¿No te sientes bien? ¿No me puedes decir qué te pasa? Vamos, no estés tan triste ni pienses que no nos damos cuenta o que no lo sentimos. Para eso te queremos demasiado. Anda, dime qué es lo que te pasa. No estás como antes, ni disfrutas ya tu trabajo. Ya no le pones tanto esmero. Vamos, ahora que estamos a solas: cuéntamelo todo.

No le diré todavía nada a tu madre si no lo quieres.

No te hagas tanto de rogar. Anda, muchacho, no lo andes cargando tú solo si hay cosas que te molestan (—concluyó).

Estas palabras las dijo Hendriks, el padre de André, mientras estaban juntos en el taller.

Hendriks era un humilde carpintero, que trabajaba mucho y hacía con gusto lo que fuera por su familia, por su mujer e hijo. El negocio existía desde hacía muchos, muchísimos años, porque el abuelo de Hendriks ya lo había heredado de su padre. Se les conocía como personas buenas y honestas, que no hacían daño a nadie y solo tomaban lo que les correspondía. Hendriks vivía entregado a su negocio, que constituía gran parte de su vida, de su existencia. ¡Y es que no podría ser de otra manera! El negocio ya tenía unos cientos de años y más adelante, cuando él tampoco pudiera seguir trabajando, André tenía que continuarlo. Su hijo André, al que amaba mucho y por el que hacía lo que fuera.

Últimamente las cosas no andaban bien con este y ya no hacía su trabajo con gusto; se notaba en todo. Conocía demasiado bien a su muchacho. Siempre era un buen chico, que habría volado si le pedías alguna cosa; encontraba gusto en todo y se sentía feliz. Aunque ahora cumpliera, solo era por obligación. Eso preocupaba a Hendriks. No podía sacárselo de la cabeza. André no estaba bien; tenía que saber por qué, fuera como fuera. Era muy querido en el vecindario, y es que siempre estaba dispuesto a ayudar a todos y hacía lo que podía para ayudar a los demás. “Nunca se sabe, papá, cuándo uno mismo puede necesitar la ayuda de esas personas”, decía siempre, y ahora sin lugar a dudas era él quien la necesitaba.

—Vamos, André, habla. Dime qué te incomoda.

—Ay, papá, ¿qué quiere que le diga? Ni yo lo sé. Últimamente no soy el que debería ser. Es como si algo estuviera a punto de ocurrirme. A veces me siento temeroso, luego la vida me supera; no sé qué es, papá, pero no se preocupe; no es para tanto. Ya pasará. Tal vez esté un poco nervioso.

Hendriks no insistió más. Sin embargo, sintió que no era la verdad. ‘Ya

veremos', pensó, pero no lo dejaba tranquilo.

Realmente, a André le pasaban cosas extrañas, porque cuando estaba en su habitación, le daba la sensación de que había gente a su alrededor. A veces incluso oía que decían su nombre, lo que le daba miedo. Por eso ya no se atrevía a vivir tan despreocupado; lo oprimía y lo ponía nervioso. ¿Qué tendría que decirle a su padre? Era como si hubiera fantasmas. La mayoría de las veces ocurría cuando estaba en la cama y todo estaba tranquilo. Y luego no podía conciliar el sueño, algo que antes no le pasaba nunca.

Su vida había sido plenamente feliz. Todo le divertía y le causaba risa. Ahora ya no podía. Muchas veces era como si se le hiciera un nudo en la garganta y una voz interior le advirtiera.

Y cuando eso sucedía, ya no podía estar alegre. ¿Por qué no? ¿Acaso había algo que le molestara? Su padre y madre siempre eran cariñosos con él, y no tenían preocupaciones de dinero. Habían ahorrado lo suficiente por si llegaban tiempos difíciles. Pero no era eso, porque en casa todo iba bien.

Tampoco se gastaba todo su dinero, porque lo único que compraba era madera para tallar figuras. Se lo había enseñado su padre. Era bueno tallando la madera. Lo que más le gustaba era tallar figuras de inspiración religiosa. Allí estaba la tabla más reciente; tenía que representar a los "Mártires de Gorcum", y estaba casi terminada. Tampoco ya tenía ganas de seguir con eso. Todo su amor por este hermoso trabajo había desaparecido. Se acordaba con exactitud cuándo había empezado esa inquietud; fue cuando había tallado la imagen de San Antonio. Entonces habían aparecido los primeros síntomas. Luego se le habían desbocado los pensamientos y ya no podía pensar bien. Algo debía haber para confundirlo de esta manera. ¿A quién podía pedir consejo? ¿Quién podría ayudarlo? Nadie, claro; tampoco sus padres. ¿Qué podrían saber ellos de esto? Nada, eso estaba claro. Aun así tenía que ser algo excepcional.

Quería consultar a un médico, pero también ese plan lo desechó tan pronto como se le ocurrió. Nunca había estado enfermo; ¿qué tendría que decirle a ese hombre?

Era cierto que el trabajo con la última tabla había empezado de la manera más extraña.

Quería hacer la horca en la que se colgaba a los pobres desgraciados, pero siempre le llegaban otros pensamientos que desplazaban los suyos. Le parecía que una fuerza invisible guiaba su brazo, tirando de él hacia un lugar específico.

En el taller, en los trece años que llevaba trabajando con su padre, nunca le había ocurrido algo parecido, hasta ahora que había cumplido los veintiocho años. Sí que era algo muy extraño.

Además de eso, nada le interesaba, ya no tenía aficiones ni iba a ninguna

parte.

Sus amigos ya tampoco venían a buscarlo, pues sabían de sobra que no los acompañaría.

Por las noches iba a su habitación pronto, se acostaba y no pensaba más que en aquello tan incomprensible.

A veces le entraba un fuerte deseo de rezar y lo hacía con gusto, en pleno amor por Dios. Entonces pedía protección y que le quitaran aquello misterioso.

También rezaba junto con sus padres por las noches y entonces su madre siempre decía: “Libéranos de todo mal”. A André le parecía extraño. ¿Por qué le venían ahora a la mente esas palabras? ¿El mal? ¿Qué tipo de mal? ¿Acaso había hecho tanto mal? No le había hecho mal a nadie, porque siempre estaba a disposición de todos. Amaba a todas las personas y aun así ya no tenía sosiego.

¿Dónde tenía que volver a encontrarlo?

Esos eran sus pensamientos mientras trabajaba.

La tarea del día había terminado y Hendriks fue a la sala de estar, donde su mujer había empezado a poner la comida en la mesa.

Al entrar dijo:

—André no está bien. Por la tarde le pregunté por qué estaba tan callado, pero no pude sacarle una sola palabra. Tan solo me contestó: “No sé, papá”. Pero eso no me basta. ¿Qué hacemos, Marie? Esto no puede seguir así.

—No, Willem, no puede ser. No pasa una hora sin que piense en el chico. Nunca fue así. ¿Y si vamos a ver al señor cura? Tal vez él pueda ayudarnos.

—No, Marie, no hagas eso, ¿qué le vas a decir? Y te contestará: “No te preocupes, todo volverá a estar bien”. ¿Y qué habrás logrado con eso? Nada, ¿no? No metas a otros, como si no pudiéramos encargarnos nosotros mismos de nuestro hijo. Si hiciera cosas malas sería otro cantar, pero de eso no hay nada. Solo está callado y triste (—dijo).

Hendriks quería animar un poco a su mujer, porque sintió que cavilaba mucho sobre el asunto.

—¿Te preocupa tanto, Marie?

—Si tú mismo también cavilas sobre lo mismo, papá. No hagas como que no. Sabes que ya no sale a ninguna parte y que no talla su madera.

Sus amigos ya tampoco vienen a buscarlo, porque el chico se ha aislado por completo. Vive encerrado en sí mismo, como si ya no tuviera a nadie a su alrededor. Pero tengo una idea. Escucha, ¿qué te parece esto? Tal vez te parezca raro que te lo diga, pero la semana pasada hablé con la señora Hoenders en el mercado y me dijo que había ido a la ciudad para su hija menor, con la que han visitado a todos los médicos habidos y por haber, pero que sigue enferma de úlceras venosas.

Los médicos han hecho todo lo posible, pero todo fue en balde. Entonces fue a ver a un clarividente y creo que ese hombre nos puede ayudar a nosotros también. Me dijo que fue tan sorprendente, tan curioso: ese hombre había visto de inmediato qué enfermedad padecía su hija, cuántos años tenía y cuánto tiempo llevaba ya con achaques. Le dio agua para que se la llevara, diciéndole que esta la había magnetizado. Tenía que mojar trapos en esa agua y ponerlos en las heridas. Pues han pasado solo quince días y las heridas ya se van cerrando. Tiene que ser un milagro, papá. Tal vez ese hombre nos pueda contar también lo que tenemos que hacer con André; ¿qué piensas?

—Ay, Marie, qué quieres que te diga. No hay que creer en esas cosas, porque no es más que cartomancia, solo por el dinero. No creo en esas cosas; tú sabrás.

—No, Willem, ese hombre no lo hace por el dinero, porque dijo que la señora Hoenders tenía que rezar con él, y también todas las noches al cambiar los trapos. ¿Cómo podría ser entonces mala persona? No lo sé, pero tengo fe en eso y me da la sensación de que es lo único que nos puede ayudar. Si tú tampoco sabes lo que anda mal con André. ¿Acaso quieres entonces esperar hasta que sea demasiado tarde? No, papá, sin duda que voy a ir a verlo. Mañana, sin esperar más. Solo necesito un retrato de André, con eso ese hombre lo dice todo. Pero no le digas nada al chico aún; no quiero que lo sepa todavía.

—Haz lo que quieras, Marie, tú sabrás.

André se había refrescado un poco para comer con sus padres. Antes siempre mantenían una amena charla y el padre discutía con su hijo el trabajo del día siguiente. Entonces era un ambiente glorioso y había mucha armonía entre ellos. Hendriks nunca le tenía que recordar nada, porque a André no se le olvidaba nada, y hacía tranquilamente sus cosas. También había mostrado pronto que era hábil con los ingresos.

Por suerte entendía tan bien todo lo relacionado con el trabajo, porque cada centímetro de madera tenía que resultar rentable.

Siempre había sido un gran apoyo para Hendriks. Y ahora no importaba lo que le pidiera, no lograba que pronunciara una sola palabra, y las gloriosas horas en la mesa se habían vuelto silenciosas, lo que incomodaba a todos. ¿Y a raíz de qué, por qué todo esto?

Te volvía loco. No podía seguir así. Marie tenía razón. Había que ayudar. De todos modos, cavilar no te llevaba a ninguna parte, y toda la felicidad familiar había desaparecido. De qué servía trabajar tan duro, ahora que su hijo, la razón de vida de ambos, ya no era feliz. Como fuera, esto tenía que terminar, no había otra opción.

Esos eran los pensamientos del padre Hendriks.

El contacto

La madre de André ya se había ido a la ciudad temprano y eran alrededor de las diez cuando la admitieron como segunda visitante del señor.

—Entre, señora, tome asiento. Viene de D., ¿no es así?

La señora Hendriks asintió con la cabeza.

—Ya sabía que iba a venir, pero cómo y de dónde lo sé, le será contado más adelante. La quiero convencer de algunas cosas sin pretender averiguar nada de usted. Así que solo contéstemme con sí o no según lo acertado o no de lo que vaya a decir, y también a las preguntas que le haré. ¿Entiende lo que quiero decir?

—Sí, señor.

—Entonces escúcheme. Viene a verme por su hijo, ¿no es así?

—Sí.

—Trajo un retrato suyo.

La señora Hendriks no entendía cómo podía saberlo ese hombre, pero lo sacó de su bolso y se lo dio. Después de que el señor Waldorf hubiera tenido el retrato de André en las manos durante unos minutos, le pregunto:

—¿No piensa que su hijo se está portando raro? (—preguntó.)

La señora Hendriks empezó a llorar.

—Vamos, tiene que controlarse, no es para tanto. Vamos, tranquilícese, porque todo volverá a ser como antes; puede confiar en mí (—le dijo).

La madre no pudo contenerse más y las lágrimas le brotaron en abundancia.

—Vamos, madre, no es para tanto, sea fuerte. Le voy a contar algo bonito.

Su muchacho tiene un donpreciado, que le obsequió Dios. Está perfectamente, lo que le pasa es otra cosa. Dígale que venga a verme un día. Le aseguro que haré que se recupere pronto; pero entonces quiero hablar con él cuanto antes. Tal vez le parezca extraño que esté enterado de su condición, aunque nunca la haya visto a usted ni a su hijo.

—Sí, señor, no entiendo nada.

—Luego su propio hijo le explicará todo. Le repito, mándemelo lo más pronto posible, y sea feliz porque a él, como a mí, le esté concedido hacer este trabajo. Agradezca que Dios le haya dado la fuerza para que pueda servir como instrumento. Igual que yo, será un instrumento para convencer a las personas de la vida después de la muerte material.

Está ahora bajo influencia espiritual, lo que usted todavía no entiende. Pero esto ya tampoco durará mucho: su propio hijo le revelará el hermoso significado de todo esto. Me alegra haberla conocido; esto también lo entenderá

mejor más adelante. Todo no es más que Dirección. Le repito: sea feliz por el hijo que tiene. Ahora vaya a casa y mándemelo cuanto antes.

La señora Hendriks estaba impresionada por todo lo que había escuchado. Le preguntó lo que le debía, pero el señor Waldorf no quiso saber nada.

—Nada, señora, lo ayudaré con gusto.

Toda esa pesadumbre, todo ese silencio pronto se le quitará y luego podrán volver a ser felices. Ahora deshágase de toda esa tristeza y dígame a su marido que él también debe agradecer a Dios que su muchacho haya recibido ese glorioso y precioso don.

La señora Hendriks se fue. No sabía qué decir; no entendía nada. Todo le parecía tan extraño, pero había algo que había hecho desaparecer toda la pena con la que había llegado aquí hace un rato. Oh, ¡si fuera verdad! No deseaba que su hijo recibiera algo como el señor Waldorf, ¡si tan solo su muchacho se recuperara! Eso era lo más importante.

Iba a ser un día soleado para la familia Hendriks, pero eso se sabría solo después.

Su mujer informó de inmediato al padre Hendriks de todo, y en la mesa quería poner al día a André también.

Primero a Hendriks le había dado risa.

—¡Imagínate esa clase de disparates! ¡André también tendría que hacer algo así!

Luego, sin embargo, sí que le pareció muy extraño.

—Bueno, Marie, ya veremos, ¿te parece? Y además, ¿qué hago entonces con el negocio? ¿Acaso tiene que llegar a otras manos cuando ya no pueda yo encargarme, después de todos esos cientos de años que mi abuelo y mi padre trabajaron en él? No, Marie, no puede ser, y no pasará. ¡Qué diría mi padre de seguir vivo! (—exclamó.) Hendriks no podría soportar la idea, ni quería hacerlo. Si se mejoraba André primero, luego ya vería.

—No, Marie, me parece muy lindo, pero el negocio me vale más que todas esas otras cosas. Hay que ver primero qué pasa, porque creo que ese hombre te embrujó a ti también.

—Vaya, vaya, las cosas que dices, Willem. Yo no dejo que me embrujen y el señor Waldorf es un hombre decente.

—Ya veo, es un hombre decente; creo que ya lo idolatras y ahora sí que me dio risa (—replicó).

Hendriks no paraba de refunfuñar. André no se encontraba bien y ahora su mujer iba por el mismo camino, porque le llegaba con unas historias que para él no tenían pies ni cabeza. Por más lindo que fuera, a él no le daba sosiego.

—Mira lo que haces, Marie, me parece ridículo.

—En todo caso, Willem, piensa lo que quieras, pero André va a ir a verlo,

porque ese señor me dijo que pronto mejoraría y creo que no tenemos por qué no intentarlo.

—Pues sí, para ti es fácil decirlo; siempre que él mismo quiera. Si ese hombre lo puede curar, me parece bien; aunque no crea en todo lo demás. Ya veremos lo que pasa.

La señora Hendriks no sabía de qué manera contarle a André y hacerlo en la mesa no era opción. Tal vez él ni siquiera lo creía; la ponía nerviosa. Aun así había que hacerlo. Lo haría al rato, cuando estuviera a solas con él; si no, su marido tal vez se reiría, echándolo todo a perder. André se sentó en la mesa y no pronunció palabra.

Sin embargo, se veía un poco mejor; no estaba tan cansado y anoche había dormido un poco mejor.

Al terminar la cena, su padre se fue y su madre tuvo oportunidad de hablar con él.

—André, escucha, tengo que contarte algo; fui a la ciudad por ti, a ver a un tal señor Waldorf. Este señor es un médico de almas —mintió— y ayuda con gran éxito a mucha gente. Entenderás, André, que nos preocupamos por ti. ¿No te gustaría ir a verlo? Hablé con él y pidió que fueras lo antes posible. Estoy convencida de que ese hombre podría ayudarte y es una persona amable y buena; ya lo verás por ti mismo. Lo hice por ti, hijo.

—Está bien, mamá, iré a verlo.

‘Que bien estuvo eso’, pensó su madre, ‘fue fácil’; no había esperado que fuera tan rápido.

—¿Tengo que ir a verlo mañana, mamá?

—Sí, André, si quieres ve mañana.

La señora Hendriks se alegraba de que hubiera sido tan fácil. Se había convertido en el chico más extraño!

André estaba absorto en cavilaciones y había contestado las preguntas de su madre sin pensarlo. Ni siquiera sabía bien a bien sobre qué le había hablado.

—¿Cómo dice, mamá, dónde tengo que ir? ¿Dónde vive ese hombre? ¿Tiene su dirección?

—Espera, André, voy por su tarjeta, porque la tengo en mi bolso; aquí está.

Y se la entregó. André leyó: G. H. Waldorf, psicometrista, clarividente y médium sanador. Calle Van Heelstraat 24 en G.

—¿Qué significan estas palabra, mamá, este es el psiquiatra?

Una sensación interior le dijo que no, pero no insistió y para evitarle a su madre una decepción, ya no tocó más el tema.

Esa noche se le reveló mucho de lo que le pasaba y de por qué toda esa tristeza lo había invadido.

En cuanto llegó a su habitación, percibió algo extraño a su alrededor. Pare-

cía que algo crujía suavemente, como si el viento soplara moviendo las hojas caídas en el bosque. Nunca antes había sentido nada parecido y le pareció muy extraño. El viento también lo había atemorizado; sentía que esa corriente fría no venía de fuera, porque todas las ventanas estaban bien cerradas.

Apenas había pasado esto cuando la tabla en la que estaba tallando a San Antonio se movió. Y ahora también escuchó claramente unos golpes y volvió a sentir ese viento frío.

Otra vez se movió la tabla e incluso iba de un lado a otro. Después otra vez oyó los golpes y entonces una sensación de miedo lo acapará. Tenía la cabeza febril y el corazón le latía con vehemencia. Sin embargo, intentaba pensar. Nunca antes le había pasado algo así; esto era lo mismo que si hubiera fantasmas. Pero no, eso no existía ni creía en esas cosas; por eso se sacudió ese pensamiento.

Allí lo vio de nuevo. Ya era la tercera vez. Hubiera querido quitar la tabla de San Antonio de su lugar, pero no se atrevía. Había algo que lo mantenía firme en el lugar en el que estaba. De nuevo escuchó los golpes, que ahora incluso se iban haciendo más regulares. Eran tres golpecitos suaves que oía caer en la mesa.

Cada vez se sentía más aterrado, esto era horrible. Era como si el miedo lo ahorcara, cerrándole la garganta.

De repente oyó que alguien dijo:

—André, tranquilízate y reza.

No sabía cómo explicarlo ni por qué lo hizo, pero se arrodilló y empezó a rezar. En su angustia le rezó con fervor a Dios desde su corazón, desde lo más profundo de su corazón, para que le quitara todo lo misterioso que lo rodeaba.

De nuevo se sobresaltó. ¿Había oído bien? ¿Acaso no había oído que a su lado alguien más rezaba? La voz que oía era suave y tierna. Pronunció las siguientes palabras:

—Padre, ayúdame a convencerlo. Ayúdame, Padre, para que también se le pueda quitar toda la tristeza.

Eso lo conmovió profundamente, porque ahora estaba seguro de que ya no estaba solo en su propia habitación.

—Ay, Dios, en el nombre del cielo, hay fantasmas aquí. ¿Qué es lo que he hecho? Últimamente lo mío ya no es vida. Ay, Dios, protégame del mal. Ayúdame, no he hecho nada malo (—imploró).

Lloraba mientras le rogaba a Dios por protección. Su cuerpo entero se sacudía por todas estas emociones.

—¿Ya no se escuchan acaso las plegarias de un hijo (Tuyo)? Si no soy malo; no he hecho nada malo ni soy consciente del mal. Padre, ¡ayúdame, ayúdame!

Y después de rezar y haberse tranquilizado un poco, volvió a oír cómo esa

dulce voz decía:

—André, no te preocupes, tranquilízate; mantén la calma, hijo mío. Venimos a ayudarte y te traemos el bien.

Ahora le ganó la sensación de despertar de un sueño, por lo suave que sonaba la voz. Pero ¿qué quería decir con esto? Le seguía siendo un misterio. Sin embargo, sintió que se había tranquilizado un poco y pensó: ‘Parecía que unas manos se me hubieran posado en la cabeza’.

De nuevo oyó claramente que una voz dijo:

—Mantén la calma. André, no vayas a echar a perder ahora el contacto que nos ha costado meses y meses de trabajo y que ahora vemos casi cumplido. Sé feliz, porque no venimos desde el mal, sino desde el bien y te traemos la gloriosa verdad: la realidad de la vida después de la muerte. Vinimos a decirte que no hay muerte, sino que los supuestos muertos viven. Siguen viviendo en la eternidad, del otro lado de la tumba. Nuevamente, quédate donde estás y no interfieras en nosotros con tu inquietud. No venimos con malas intenciones, sino que queremos llevar a las personas al camino correcto, usándote a ti como instrumento. Contigo como médium, queremos quitarles a las personas su ignorancia y darles a cambio nuestro saber.

La gran verdad que enseña que nosotros, que partimos de la tierra antes que ustedes, que hemos muerto como lo llaman ustedes, seguimos vivos, aunque en una vida llena de felicidad, amor y luz. Una vida de pureza, que en algún momento será perfecta, con la que Dios nos obsequió. Y te pedimos que nos ayudes para convencer a nuestros hermanos y hermanas de esa verdad. Les queremos probar que no hay muerte, sino que seguimos perviviendo en una vida espiritual (—explicó la voz).

Estas palabras conmovieron mucho a André; no se pudo controlar y lloró de emoción y felicidad. Aun así todavía no podía entregarse por completo, pues bien podía ser el diablo el que le estaba hablando. También llegaba a las personas con palabras bonitas y con las promesas más magníficas y lo hacía tan solo para destruirlas. Primero suscitaba su vanidad, con tal de tirarlos luego al suelo, una vez que los tuviera por completo en su poder. Entonces quedaban irremediablemente perdidos.

—No somos diablos —escuchó André que decían—, porque venimos para el bien (—oyó).

Estas palabras lo sobresaltaron mucho, pues allí se estaban pronunciando sus propios pensamientos. Eso lo superaba. Ya ni siquiera sus propios pensamientos estaban a salvo. Eran las fuerzas de Satanás; no había otra explicación.

De nuevo habló la dulce voz:

—Hijo mío, no somos diablos (—se repitió).

“Hijo mío”, ¿acaso estaban diciendo “hijo mío”? ¿Lo había oído bien?

¿Quién, además de su padre y madre, lo llamaría “hijo”? ¿Qué significaba todo esto?

—No temas, hijo mío. ¿Por qué no me quieres creer? ¿Acaso mi voz es tan poco armoniosa, suena tan diabólica? ¿No somos todos hijos de Dios? ¿Piensas que Dios no llama así a todos sus hijos? De nuevo te digo: no temas, venimos con buenas intenciones y quiero convertir toda la tristeza de estos últimos tiempos en felicidad. Guiaré todos tus caminos, convertiré toda tu inquietud en dulce deseo.

Escúchame, y luego te pregunto: ¿soy diabólico? Te decía que queremos anunciarles a las personas esta feliz noticia, porque aquellos que vienen del bien ofrecen amor, felicidad y confianza. Ahora tranquilízate; me haré visible y quiero intentar manifestarme a ti. Pero quédate donde estás, mírame y recíbeme en tu corazón.

De la esquina de la habitación, donde había escuchado el sonido del viento, André vio ahora aparecer una gran nube blanca. En medio de la nube ya se hacía más y más claro y en esa luz se empezó a formar una figura, haciéndose cada vez más grande. Ya era completamente visible y ahora vio con claridad frente a él la figura de un espíritu, rodeada de toda la hermosa luz que irradiaba de ella misma.

Esta gloriosa visión conmovió mucho a André y lo tranquilizó, porque todo el temor, toda la tristeza de repente se le habían quitado. Bien quisiera hablar, pero no se atrevía.

La aparición estaba ahora en una gran luz blanca y la nube en la que había aparecido había desaparecido por completo. —Mira, hijo mío —escuchó que se decía—, ¿tengo aspecto de diablo? (—preguntó.)

Las lágrimas de felicidad que corrían por las mejillas de André bien le demostraban al espíritu que el temor de haber sido tomado por sorpresa por fuerzas diabólicas había ahora desaparecido por completo. Ahora oyó que decía:

—Hijo mío, ¿ahora sí quisieras ser mi hijo?

André asintió con la cabeza de una manera que dejaba claro que se entregaba por completo a él.

—Registra bien en tu interior mi apariencia, mi persona, pues por un tiempo no me podrás ya ver de esta manera. Registra bien todo en tu interior, para que no confundas a otro conmigo cuando no esté visible. Como te decía, serás mi instrumento, y yo tu líder espiritual, y juntos anunciaremos la gran nueva de que la muerte no existe, sino que los muertos están vivos. No será lo único, pues te ayudaré en todo. Y no solo quiero ser tu líder espiritual, sino también tu hermano, apoyándote en todo.

Ya hemos llegado al punto en que te has hecho clariaudiente y clarividente y después se te dará la aclaración de lo que ha sucedido aquí esta noche. Solo esto, y luego me iré: ve mañana a la dirección que te dieron. A ese señor se le

ha avisado de que irás, puesto que él también está bajo nuestra protección y tú harás el mismo trabajo que él viene haciendo desde hace bastante tiempo. Ahora duérmete, hijo mío, ya nada perturbará tu descanso.

Nunca en su vida André había visto un ser humano tan bello como el que tenía frente a él y lo reconocería entre miles. Ahora se hizo oscuro a su alrededor y la figura había desaparecido. Aun así, escuchó de nuevo que la dulce voz decía:

—Te diré ahora mi nombre; escucha bien el timbre de mi voz, para que la distingas entre otras voces, en caso de que alguien quisiera pretender ser yo. Esas cosas también pasan. Pero entonces podrás oír de inmediato que no soy yo el que te habla.

Mi nombre es Alcar, Alcar. Recuérdalo bien. Y ahora ves: cuando un hijo le reza a Dios, cuando se arrodilla en humildad, Dios escuchará esa oración. Rezaste desde lo más profundo de tu alma; así hazlo siempre, hazlo cada vez. Eso era lo que me faltaba decirte. Buenas noches, hijo mío.

Dios te bendiga. Tu Alcar.

La voz había dejado de hablar. Ahora le dio pena que hubiera acabado. ¡Oh, qué sonido! Ahora ya no tenía miedo; dentro de él, todo era tranquilidad. ¿Bajaría todavía para contarles a sus padres qué habían sido todos sus problemas y qué significaban? No, era demasiado tarde, porque ya era más de la una.

Se acomodó y hundió la cabeza en las almohadas, llena de pensamientos gloriosos dedicados a este hombre, que no era un diablo como había pensado en un principio. Era un hombre bello, que le había hablado en cuanto enviado de Dios. Le habría gustado seguir hablando toda la noche con esta magnífica aparición. Se sentía lleno de una gran felicidad. Le pareció glorioso. Ese hermoso hombre era su amigo, lo había dicho él mismo, era su hermano. Y luego ese otro señor, que ya sabía del asunto. Él también estaba bajo su dirección.

Cansado por todas las emociones, pronto se quedó profundamente dormido y amaneció al otro día lleno de felicidad, dedicándole sus primeros pensamientos a su nuevo amigo, su líder espiritual con el bello rostro y la hermosa luz. Claramente volvió a ver toda la aparición ante sus ojos espirituales.

¡Y qué bello era su nombre!

Ahora André se podía reír de nuevo; se atrevía otra vez a vivir. Toda la tristeza lo había dejado. Qué dura había sido la vida últimamente. Ahora le parecía casi incomprensible haberlo aguantado. Qué felices se pondrían sus padres cuando les contara todo. También para ellos había sido insoportable. Pero ¿de qué manera lo habría acaparado esa tristeza, cómo habría sucedido? Todo esto seguía siendo incomprensible para él. Aun así, le gustaría saberlo. Rápido saltó de la cama y se vistió.

Su madre ya estaba abajo.

—Buenos días, mamá.

—Hola, hijo.

André todavía no quería decirle nada, porque ahora no le alcanzaba el tiempo para contárselo todo. Tenía curiosidad por saber lo que ese señor le fuera a decir. Así que no hubo muchas palabras entre los dos.

Su madre, que lo observaba, pensó que se veía un poco mejor. No le pasó desapercibido que se rió. Hacía mucho tiempo que no veía algo así en él. Su muchacho se estaba riendo. ‘Oh’, pensó, ‘tal vez ahora se avisten otros tiempos’. ¡Cuánto significó para ella esa risa! Le anunciaba que las cosas iban a cambiar.

André se despidió y se apresuró al tren.

La señora Hendriks sintió algo que no había sentido en mucho tiempo. Tal vez volvería la armonía a la casa.

—Oh, ¡si tan solo fuera cierto!

Esas palabras se las dijo a sí misma.

Sin embargo, las escuchó Hendriks, que había bajado.

—¿Qué cosa, Marie, si tan solo fuera cierto?

—Ay, papá, quiero decir lo de André; lo vi diferente esta mañana; noté que volvió a reír.

—¿De verdad? Esa es una buena señal.

—Me da la sensación, papá, de que los tiempos van a volver a cambiar; que toda esa miseria ya habrá pasado.

—Ojalá, Marie; ojalá tengas razón.

André tocó el timbre del señor Waldorf y pronto lo dejaron entrar. Estaba ansioso por ver al hombre que ya sabía de él, pero se controló, porque quería dar una impresión de tranquilidad.

Se abrió la puerta y el señor Waldorf entró a la habitación.

—El señor Hendriks, ¿no es así?

—¿Cómo sabe que soy yo?

André se había propuesto enterarse de todo.

—Ya se lo diré; siéntese. Hace algún tiempo, en una visión me mostraron la casa de sus padres, a su padre y madre y también a usted mismo. Y en el momento de ver eso, aún no sabía lo que significaba. Pero en la noche, cuando estábamos en una sesión de espiritismo, me dijo mi líder espiritual, es decir, mi control, que tenía que ayudarlo. Me dijo que usted estaba muy triste y que desde hacía tiempo estaban incidiendo en usted. Sus padres ya no sabían qué hacer por usted y usted mismo no sabía qué era lo que lo oprimía e incomodaba tanto. Pero lo pusieron bajo influencia y tenía que pasar por algunas cosas. Era la incidencia desde el “otro lado”. También me dijeron que pronto recibiría mensajes usted mismo.

André empezó a reír.

—Me parece maravilloso, señor Waldorf, que sus mensajes sean tan eficaces y que lo haya visto de manera tan clara, porque anoche todo se me reveló; y le digo sinceramente que me siento en las nubes.

Contó todo lo que había vivido.

—Oh, es hermoso, hermoso; me parece maravilloso. ¡Qué progreso! No había pensado que vendría tan pronto. Debe estar feliz, señor Hendriks, por este bello don. Ya vio a su líder espiritual. Ocurrió al estar en estado de clarividencia; supongo que ya lo sabe.

André asintió.

—Se dio muy rápido y lo más bello de todo es sin duda que se pasaron mensajes desde dos lados al mismo tiempo. Conmigo y con usted. Podemos aceptar tranquilamente las pruebas que hemos recibido, porque esto ya no es una coincidencia. Sabe lo que le dije a su madre. Todo esto está sucediendo para convencerlo, porque a nosotros, las personas que seguimos en la tierra, se nos hace muy difícil aceptar esto tan grande, tan increíble, si no se nos dan hechos y evidencias que nos conecten directamente con la vida después de la muerte. Puede creerme sin dudarle si le digo que no hay muchas personas que reciben ese tipo de evidencias. Pero en este caso era necesario, visto que sus padres habrían pensado que todo esto era obra del diablo. Usted es una buena fuerza y lo desarrollarán desde el “otro lado”. También me dijeron que tiene un líder espiritual. Esto lo pudo ver y escuchar anoche. Qué cosa tan gloriosa. Esté agradecido, porque créame, se le ha obsequiado con un don divino. Yo mismo y también mi mujer, a quien verá pronto, estamos felices de estar bajo esta dirección. Ya volverá a escuchar a su líder espiritual tarde o temprano, pero si puedo darle un consejo, espere con paciencia. Me parece glorioso que todo se esté cumpliendo de manera tan bella, y el trabajo que hará es el mismo que el mío; y tal vez reciba muchas cosas más. No lo sé aún, pero me da la sensación de que llegará lejos, si hace lo que digan sus líderes espirituales. No haga nada por su cuenta; espere. Supongo que ahora está feliz, ¿no es así?

—Vaya que sí, me dan ganas de dar gritos de júbilo y no me gustaría tener que pasar de esto, no ahora ni nunca. Aunque ciertamente he pasado tiempos terribles, señor.

—Ya lo creo, y si algún día me necesitara, puede contar conmigo. Y ahora acompáñeme a ver a mi mujer, porque también a ella tendrá que conocerla. Ya no tengo mucho tiempo, porque estoy escuchando que han llegado pacientes. Venga, acompáñeme. Mire, allí está.

Aquí está André Hendriks, Anna. Mi mujer ya sabe muchas cosas y al rato la pondré al tanto de todo lo demás. Conózcanse, y yo iré a ayudar a mis pacientes. Y escíbame si me necesita.

Se dieron la mano cordialmente y el señor Waldorf se fue.

—¿No le parece glorioso, señor, que posea algo tan bello? Oh, amo tanto a las personas que poseen este don y que lo usan bien. Aquí está el pequeño Tom, nuestro muchacho. Espero que Dios también le dará ese don a él, porque no existe un trabajo más bello ni mejor que pueda hacer. Y creo que pasará, porque él ya ve a niñitos a su alrededor y pasa a menudo que habla con ellos. Muchas veces dice: “Allí, papá, niños.” Y entonces mi marido ve a niños del reino de los espíritus que juegan con él y están a su alrededor. Sí, señor, es algo bello.

De los cuatro vientos vienen personas a ver a mi marido; es que lo ve todo tan gloriosamente. Siempre da bonitas evidencias. Pero no es fácil, señor, luego lo experimentará. La gente es muy ingrata y siempre quiere más. Lo vivirá usted mismo, pero sea fuerte y sobrepóngase a eso; es lo mejor que le puedo aconsejar. Mi marido está bajo una alta influencia y si usted también está protegido así, debe estar muy agradecido. Pero ahora se tiene que ir, porque ya es hora. Son casi las doce y mi marido dijo que su tren saldría a las doce y media.

¡Cómo había pasado el tiempo!

André estaba feliz. También estas personas estaban felices con él.

—Señora, ¿cuánto les debo?

—Nada, señor, nada. Gerard no quiere eso. Nos ayudaron exactamente igual y a mi marido le alegra poder servirle.

—No señora, no puede ser, no puedo aceptarlo. Y es que no hay manera de que enmiende lo que su marido ha hecho por mí y por mis padres.

—Ni hace falta, porque en todo hay Dirección; para nosotros la coincidencia no existe. La Alta Dirección que también a nosotros nos trajo el espiritismo lo dirige todo. Esta es una gran fe y nos da una nueva confianza y una nueva felicidad. Váyase tranquilo, señor, nuestra casa es su casa; es ayuda mutua (—le dijo).

La señora Waldorf no quiso aceptar nada, rechazando tajantemente todo.

—Si podemos ayudarlo, lo hacemos con gusto; yo me resigno ante todo lo que se nos regala desde el otro lado, porque mi marido es el instrumento que recibe mensajes desde el mundo elevado; no puedo ni debo cambiar nada en ello. Oh, es tan bello, señor. Ya hemos recibido una cantidad tan grande de evidencias.

André se fue, dándole las gracias también a ella desde lo más profundo de su corazón.

Se apresuró al tren y en el camino ordenó una hermosa canasta de flores para ella. Le confortó poder hacer por lo menos eso.

Ya no tener contacto con estas personas, a las que ayer todavía no conocía, le parecería terrible. Qué bella se le hacía la vida ahora.

En el tren reflexionó acerca de todo lo ocurrido.

Oh, ¡ojalá sus padres quisieran creerlo! Haría su mejor esfuerzo por contarles todo de la manera más fiel. Y es que era la cosa más gloriosa y el señor Waldorf hacía un trabajo tan hermoso.

Ahora él podría empezar a hacer lo mismo y lo haría feliz. Sería otra vida que la de muchos de sus amigos, quienes buscaban la felicidad en los bares y no pensaban en ningún Dios, aunque frecuntaran la iglesia, porque era una obligación, no porque sintieran la necesidad. Así que esta nueva vida le traía el espiritualismo, del que ya había escuchado tantas veces.

La gente decía que era obra del diablo, pero eso se explicaba obviamente por su ignorancia y porque no lo entendían. No podía ser cosa del mal; lo entendía ahora después de la conversación con la familia Waldorf. Era sencillo, inmaculado, verdadero y sagrado.

Sentía júbilo por dentro y le hacía bien poder pensar ‘Lo muerto no está muerto; los muertos viven. Qué cosa más hermosa; qué perspectiva tan gloriosa de que, después de haber sido enterrado, uno siga viviendo en toda la eternidad’. Así filosofaba durante el rato que pasó en el tren. Por fin llegó a casa.

Les contó a su padre y madre lo que había vivido con el señor Waldorf.

No sabían qué pensar. No obstante se alegraban de que su hijo se hubiera recuperado.

André habló con convicción:

—Sí, mamá, este es el espiritualismo; se le injuria llamándolo obra del diablo y ya ve lo mucho que nos ha ayudado.

Sus padres no ahondaron en lo que dijo, pero sí se alegraban de que estuviera feliz de nuevo.

Ahora de nuevo había armonía en la casa y André volvió a ser su chico cariñoso, que compartía sus penas y alegrías con ellos.

También les contó lo que había ocurrido la noche anterior en su habitación. Tampoco entendieron mucho de eso, aunque no podían decir que lo había enfermado más; más bien al contrario: lo había curado. Así que esperaban lo mejor y tenían que confiar en que iba por buen camino.

Les aseguró que todo era Dirección desde el más allá.

El espíritu que lo había visitado y que había hablado con él lo había liberado de malas influencias.

André ya podía cantar y silbar de nuevo, su voz resonaba alegre por la casa. También podía trabajar de nuevo, con más gusto incluso que antes.

Así pasó algún tiempo sin que ocurriera nada particular. Pero pronto se daría cuenta de que no se le dejaba solo.

Los últimos días, su madre había tenido unas severas jaquecas como consecuencia de los problemas que habían pasado, y a André se le ocurrió ayudarla.

Como en un fognazo le vino la idea: 'Ayúdala, ponle las manos en la cabeza y la curarás gracias a tu fuerza magnética'. Lo hizo y poco a poco el dolor se fue apaciguando.

Su madre lo miró y rió. Fue a ver a su marido, sacudiendo la cabeza, para contarle.

—¿Qué te parece, papá? André hizo que desapareciera mi dolor de cabeza (—dijo).

Hendriks también se rió.

—Ríete si quieres; desapareció. En verdad, ha desaparecido.

—No sé qué decirte, Marie; todo esto nos es tan nuevo, tan incomprendible.

André estaba feliz por su primera sanación. De inmediato pensó en su líder espiritual, porque seguramente Alcar lo había ayudado. Le pareció glorioso que fuera precisamente su madre la primera persona a la que hubiera podido ayudar.

Últimamente había reinado el silencio en su habitación; por las noches ya no había ocurrido nada allí, de modo que podía dormir a gusto, como antes.

Tampoco había escuchado ya ese golpeteo.

Sin embargo, anhelaba ver a su líder espiritual. ¿Dónde estaría? Pensaba sin cesar en él, colmado de todo lo que tenía que ver con lo invisible. ¿Dónde estaba Alcar?

Una mañana estaba en el taller, otra vez deseando mucho verlo, cuando de repente escuchó un golpe tan fuerte que hizo a su padre alzar la mirada. André estaba convencido de que era una respuesta a sus pensamientos no pronunciados; que quería decir: "Aquí estoy". Le causó frío, pero no quería decirle nada a su padre.

Y es que pasaba con tanta frecuencia que algo crujiera en el taller.

Así pasaron semanas sin que pasara nada más que fuera particular, de manera que su deseo de ver a Alcar iba en aumento.

La educación para la vida espiritual

André sentía ahora que empezaría para él la nueva vida. A fin de cuentas, era lo que se le había dicho. Siempre iba incrementándose su deseo por tener más contacto con su líder espiritual.

Sentía predilección por la soledad, y por las noches solía estar en su habitación.

Así llevaba ya algunos días esperando las cosas que por alguna razón no llegaban. Una sensación interior le decía que no podía tardar ya mucho más.

La noche siguiente se había quedado dormido plácidamente después de haberse acostado. Sin embargo, de repente estaba de nuevo completamente despierto y pensó que había oído que alguien lo había llamado.

—André —escuchó de nuevo que le decían, y al mismo tiempo entendió quién lo llamaba. ‘Ah’, pensó, ‘la dulce voz de Alcar, a la que he esperado tanto tiempo’. Le sorprendió que no tuviera miedo en absoluto. Oía claramente la voz, pero no veía a nadie.

—Escucha, hijo mío.

Después de esas palabras, André oyó de inmediato una gloriosa música de órgano, que le hizo vibrar todo el cuerpo. Primero pensó que venía desde fuera, pero pronto abandonó esa idea, porque oyó que Alcar le preguntó:

—¿Lo oyes, André?

Justo después escuchó que los tonos ganaban en volumen para luego hacerse poco a poco más suaves, como si el viento se los llevara, para finalmente desaparecer del todo. Le pareció muy hermoso. Luego oyó que alguien cantaba con una voz tan clara como el cristal. También eso cesó de pronto y le pareció que habían sido las últimas notas de un aria.

Todo esto lo había conmovido profundamente, porque nunca había oído algo parecido.

Luego le preguntó Alcar si había oído todo.

No se atrevió a contestarle y después de un instante escuchó un susurro:

—Háblame en pensamientos, André. Así podemos hacernos inteligibles entre nosotros. Yo oigo esa suave voz, así como tú oyes la mía. La música de hace rato venía desde las esferas; quería que la oyeras. No solo su (vuestra) tierra tiene música, también nosotros en el más allá la tenemos, y mucho más bella y en armonía con el Infinito.

Todos los que tocan instrumentos entre nosotros son animados por sus sentimientos refinados y su fuerza espiritual.

Transmiten esos sentimientos interiores a sus instrumentos. Es posible porque no les obstruye su cuerpo material al hacerlo. Esa voz que cantaba

era la mía; la música que oías venía desde la segunda esfera; y conforme más alta la esfera, más perfecta será la música. Gracias a mí te hiciste uno con esta esfera; más adelante podrás entenderlo mejor.

Así es como se ve que en las regiones elevadas el ser humano se vuelve cada vez más espiritual y etéreo, lo que permite que pueda elevarse cada vez más.

Cuando te lleve más adelante en nuestros viajes al más allá, podrás verlo y escucharlo todo y por ende también podrás comprenderlo todo mejor. Sabes ahora que hablamos, cantamos, tocamos música y que podemos hacer incluso muchas más cosas; aunque para conceptos terrenales debemos estar muertos, es decir, que ya no podemos hacer nada. Todo te llegó por medio de la clariaudiencia.

Son tus oídos espirituales, que captan todo.

Nuestro sonido es demasiado débil para oídos terrenales, así como los ojos terrenales son demasiado burdos para poder vernos.

Ahora bien, cuando quiero aparecer ante ti, quiero decir: hablar contigo, o sea, conectarnos, lo que significa hacernos uno espiritualmente, interrumpo la materia; son los sentidos materiales. En este estado de clariaudiencia puedes hablarme; ese es nuestro contacto que podemos establecer fácilmente desde aquí una vez que hayamos encontrado un instrumento apto, con sensibilidad para ello.

Buscar una conexión desde el lado de ustedes no es fácil porque sus ojos no nos ven, por lo menos la mayoría de las personas de su tierra no nos ven.

Podemos establecer esta conexión fácilmente porque nuestros ojos ven a través de la materia. Entonces vemos el hilo sensitivo, con el que nos conectamos. Entonces verás con tus ojos espirituales lo que queramos mostrarte, y únicamente lo que yo te muestre, con lo que yo te conecte. No lo olvides nunca, hijo mío, porque garantiza nuestro buen contacto.

Así que cuando, más adelante, veas varias inteligencias, no olvides nunca que yo te conectaré, de este lado, con ellas y no hables antes de que me oigas o me veas a mí, pues si no, podría ser que se te den mensajes equivocados.

Hace tanta falta establecer una buena conexión entre el espíritu y el ser humano, basada en una firme confianza que acepte lo que se dé de nuestro lado y aporte pruebas para aquellos que lleguen a tocar tu puerta para pedir consejos y apoyo. Gracias a todas estas pruebas también ganarás a tu vez confianza y transmitirás siempre todo, por más extraño que te pueda parecer a veces. Así te convertirás poco a poco en un buen instrumento, un buen médium, que nos escuchará. Recuérdalo bien. Escúchanos siempre, porque de lo contrario todo irá mal y estarás solo de nuevo, como antes, cuando todavía no existía para ti.

Piensa siempre en eso y no olvides que nosotros vemos a través de la materia. Te diré entonces lo que observe de este lado y lo que descubra en el ser

humano material, cuando llegue a ti para restablecer su salud.

Gracias a un íntimo lazo de amor podemos lograr muchas cosas y gracias a ese mismo lazo de amor nos fortalecerá Dios para que hagamos bien nuestro trabajo, porque queremos actuar según Su voluntad.

Así que ábrete siempre, hijo mío, para poder recibir lo bello que nosotros queramos darte. Entonces podremos darles a las personas pruebas convincentes de la vida después de la muerte; de que después de deponer la vestidura material, la vida tiene una pervivencia.

Llevaremos a las personas a este bello camino, con el fin de que puedan desarrollarse para ver la luz en el más allá, cuando más tarde mueran en la tierra. Ese es nuestro trabajo, hijo mío, que consideramos sagrado. Queremos contarles a las personas que sus seres queridos siguen vivos y que quieren conectarse con ellas, porque lo quiere Dios, y porque todo esto proviene de Dios; también este saber. Queremos salvar el abismo entre nuestro mundo y el de ustedes y queremos levantar el velo que forma la división entre la tierra y el más allá. Y cuando entonces mostremos la verdad de todo esto, te pediremos que nos sigas.

Te pondremos en el buen camino, que sube, y que te llevará al templo del saber puro. Yo seré tu líder espiritual y tú serás el instrumento a través del cual daremos a conocer la verdad. Yo te desarrollaré para que puedas hacerlo bien.

Por eso, André, me conectaré contigo y juntos nos conectaremos con Dios, para darles a las personas esa verdad, con Su ayuda. Queremos aportarles felicidad, y darles aquello que las edifique espiritualmente, por lo que ya desde ahora, cuando todavía están en la tierra, estarán conectadas con la vida eterna, lo que les apoyará y fortalecerá.

La vida no será entonces ya tan difícil, sino que las elevará. También se les harán más llevaderas todas sus preocupaciones diarias. Así, las personas se harán conscientes de que cuando a ellas también les llegue el final, serán felices, y de que les espera algo bello después de su muerte material, en una pervivencia hasta la eternidad, si recorrieron el difícil camino a través de la vida terrenal como Dios quiso que lo hicieran. Entonces se atreverán a emprender la lucha, y la vida tampoco será tan falta de propósito. Entonces verán en esto la luz de Dios, y lo bueno en todo lo que Él nos da; sobre todo el amor, la creación más grande de Dios.

Entonces apreciarán todo, sea lo que sea, y aceptarán tanto la felicidad como la pena y el dolor, porque sentirán que todo esto beneficiará su nivel espiritual.

Queremos educarlas para la vida en las esferas mientras estén todavía en la tierra, pero entonces queremos sencillez y obediencia de tu parte y amor por el trabajo de Dios, quien es el Omnipoder en amor.

A Él, para Él se elevará todo, porque es Él quien nos lo obsequia.

Ahora nos detendremos, André, pero piensa con calma en todo esto y pregúntame si quieres saber algo. Entonces llámame con mucha fuerza en pensamientos y vendré.

Luego también dibujaremos y pintaremos, pero por ahora ten paciencia; eso ya vendrá. ¿Me entendiste? Te daré todo de la manera más clara y sencilla posible, para que no solo los que hayan estudiado sino también los no cultivados puedan entendernos. Porque tenemos que indicarles a todos la existencia elevada, para que algún día adquieran la convicción de que vivimos aquí en perfección hasta en la eternidad de las eternidades. Dios te bendiga.

Alcar había dejado de hablar y André se sintió solo de nuevo.

Este buen espíritu, que irradiaba amor, se había ido. El amor se percibía en todas sus palabras y André susurró en silencio:

—Alcar, mi líder espiritual, le agradezco todo.

De inmediato alcanzó a oír:

—Gracias, hijo mío, ofrécete en amor por Dios, con y en todo para Él.

Luego se hizo el silencio y ahora le pareció como si algo bello se hubiera alejado de él.

Por este espíritu haría cualquier cosa, por el hombre que había conocido hace tan poco tiempo y que ya le había dado tanto amor. ¡Qué felicidad le causaba ahora esta revelación!

Se propuso muy seriamente hacer su mayor esfuerzo, tal lo deseaba su líder espiritual.

Alcar le había asegurado que también dibujaría, pero le parecía un nuevo misterio cómo sería eso. Le empezaba a superar, su cabeza estaba repleta con todo este nuevo saber.

Tenía que convencer a las personas, curarlas y llevarlas a este camino, le había dicho Alcar, y lo quería hacer de buena gana, una y otra vez. Ya tenía amor por todo lo que tenía que ver con quien era ahora su líder espiritual y su amigo; y le dio las gracias a Dios desde lo más profundo de su corazón por todo este amor y por esta gran revelación.

Poco después, se quedó profundamente dormido.

La mañana siguiente, les contó todo a su padre y madre, porque Alcar había dicho que sus padres tenían que saberlo.

Ellos también estaban felices, aunque no entendieron lo que significaba todo esto.

André les habló con convicción de la vida después de la muerte.

—Entiéndame bien, papá, no digo mentiras, de verdad, créame: Alcar habló conmigo y yo lo vi. Oh, si tan solo hubiera podido escuchar esa bella música, le habría impresionado al igual que hizo conmigo.

Alcar me cantó. Esa es sin duda una prueba de que pervive. ¿Cómo lo

explicaría usted si no? Yo estaba completamente despierto y por lo tanto no estaba soñando. Oh, ¡fue maravilloso! ¿Y no le parece glorioso saber que sus padres también siguen vivos? Mejor tenga un poco más de paciencia, porque cuando algún día vengan a la tierra y se me conceda verlos, se lo contaré a usted (—dijo).

Siempre que fuera mínimamente posible, hablaba también con otras personas sobre sus asombrosas experiencias.

Su madre también les contaba a todos lo que les había ocurrido. Muchos se burlaban de André, pero eso no le molestaba; ni siguiera llegaba a afectarlo. Entonces optaba por pensar en Alcar, que ya lo ayudaría. Sin embargo, no se atrevían a enfrentarlo abiertamente, porque les entraba miedo cuando hablaba de los “espíritus”.

Un par de días después del último contacto con Alcar, de improviso empezó a dibujar.

Fue curioso cómo con esto se marcó un inicio.

Desde hace algo más de un día había tenido un dolor molesto en el brazo derecho, y pensaba que era reuma.

Pero una mañana oyó que su líder espiritual le decía:

—André, quiero dibujar, ve por papel y lápiz; te hace falta un lápiz de dibujar.

No sabía qué hacer. ¿Cómo tendría que dibujar? Nunca lo había hecho.

Aun así se fue, buscó las cosas que necesitaba, dispuso todo frente a él y esperó qué vendría.

Poco a poco fue desapareciendo el dolor en el brazo. En un momento dado, y sin que él lo quisiera, su mano agarró el lápiz, haciendo movimientos giratorios. Luego una sensación extraña lo atravesó, mientras que el brazo giraba con velocidad cada vez mayor.

Después volvió a disminuir y sintió que su brazo derecho estaba siendo guiado.

Eso siguió así durante algún tiempo, todo esto sin que él lo quisiera. Primero se dibujó una cruz, luego se añadieron flores alrededor de la cruz, mientras que a él le daba la sensación de que le iba ganando el sueño.

Su padre, que había entrado y que vio que André estaba dibujando, al ver algo tan extraño, se alejó a hurtadillas para avisar a su mujer.

—Ven rápido, Marie, es asombroso. ¿De dónde habrá sacado ahora esto el chico? Nunca en la vida he visto algo así. Está haciendo un dibujo que se ve muy extraño. Yo nunca le enseñé nada por el estilo.

André seguía dibujando y no se dio cuenta alguna de que sus padres hubieran entrado y que ya llevaban un rato detrás de él.

A su madre aquello empezó a preocuparle y dijo:

—Mírale la cara, Willem, se le ha cambiado por completo. Pareciera que se

hizo mayor; hay rasgos extraños en ella. ¿Y ahora esto qué podría significar?

Su temor fue en aumento.

—¿Qué es lo que le pasa a nuestro hijo? ¿Qué significa todo esto, papá? Ay, no vaya a terminar mal. No vaya a estar enloqueciendo.

Llegó el momento en que su temor se hizo finalmente tan grande que habría querido abrazar a André, pero antes de que pudiera hacerlo, este se incorporó de un salto.

—Quédese donde está —dijo.

Miró firmemente a sus padres, levantó el brazo derecho y empezó a hablar, aunque no con su propia voz: era un sonido completamente distinto.

—Queridos padres, mantengan la calma.

Su hijo, al que quieren tanto, está en buenas manos y en verdad les digo: no tienen que temer nada. No enloquecerá.

Por el momento lo he llevado a una situación de trance y no es él mismo quien les habla, sino que soy yo, Alcar, su líder espiritual, del que ya les ha hablado. Tomé posesión de su cuerpo material para dibujar y para hablar con ustedes a través de él.

Como les decía, está en buenas manos y, por más extraño que les parezca y a pesar de que aún no lo puedan entender, piensen en todo momento que lo usamos para un cometido bello, que consiste en difundir el espiritualismo.

Y Dios mediante diremos claramente a la gente a través de él: “No estamos muertos; vivimos. No teman nada, no teman nada”.

Su hijo tiene un bello don y ¡recibiremos la protección y la bendición de Dios para todo lo que queramos llevarle a la gente por medio de su hijo!

Ambos se habían arrodillado ahora ante Alcar.

—No les pediré mucho, tan solo esto: dejen hacer a su hijo. Dejen que haga lo que quiera. Quiero decir: déjenle la libertad de su opinión, porque tiene que hacer nuestro trabajo. Queremos ayudarlos a ustedes también; créanme. Y ahora les pido su apoyo y cooperación. Entonces no solo me ayudan a mí, sino a muchos que están aquí de nuestro lado y que conmigo quieren convencer a las personas en la tierra.

André ahora está en trance, como lo llamamos, lo que quiere decir que su propio espíritu ha salido de su cuerpo y que yo, que hace mucho he muerto en la tierra, aunque vivo ahora en el más allá, he acaparado su espíritu.

Así pude dibujar en esta ocasión y más adelante también pintaremos a través de él. Así hablaremos a través de él, así obrará milagros, porque seguiremos desarrollándolo. Díganse.

Lo convertiremos en un buen instrumento para servirnos.

Les traigo muchos saludos, también de sus padres, que están aquí.

Su padre y su abuelo dicen que no hacen falta herederos para mantener su negocio funcionando.

Su nieto tiene que hacer un trabajo más grande; es el trabajo de Dios.

Ustedes tendrán las manos llenas apoyándolo en todo su trabajo. Vean y experimenten; hagan lo que les digo, y dejen que yo lleve las riendas para guiarlo.

Será mi instrumento y no querrá otra cosa más que trabajar para nosotros que estamos muertos, aunque estemos vivos. Luego, en ciertos momentos, volverá a hablar en trance. Pueden pasarle estos mensajes. Sea fuerte, madre, y no tema. Los ayudamos a todos. Ahora me voy a ir; les doy las gracias. Que Dios los bendiga a ambos (—concluyó).

André suspiró profundamente y abrió los ojos. Parecía que había estado dormido.

—Mamá, ¿qué significa esto, por qué se arrodilla ante mí, qué ha pasado?

Ambos le contaron lo que Alcar les había comunicado. Ahora vio para su sorpresa el hermoso dibujo.

—Oh, qué bello, papá.

Hendriks asintió con la cabeza.

—Recuerdo haber estado dibujando, porque de repente ya no controlaba mi propio brazo. También recuerdo que, cuando casi estaba terminada la cruz con las flores, me entró una sensación de sueño. Luego ya no recuerdo nada.

¿Qué le parece, mamá?

—Es asombroso, hijo, y Dios está con nosotros; eso es seguro. Primero me sentí un poco temerosa, pero cuando te levantaste de un salto y empezaste a hablar con nosotros, los dos a la vez nos alegramos. ¿No es así, papá?

Hendriks estaba feliz y le contó a André lo que Alcar deseaba de él.

—Ahora todo nos parece bien, hijo, tú haz tus cosas y entrégate por completo a ese trabajo. Ahora los dos sentimos que es algo especial y te ayudaremos en lo que podamos.

André rebotaba de felicidad con su hermosa pieza, a cuyo pie decía “Amor”. También estaba firmada con el nombre de Alcar y del otro lado estaba el suyo propio.

—¿No es asombroso, mamá? Yo mismo haré un marco para la pieza que para nosotros es sagrada y le daremos un lugar especial en nuestra casa. Allí sí que parece la prueba de que lo muerto no está muerto, y que los muertos, al contrario, viven. Si no, ¿cómo explicarlo? Nunca he dibujado algo parecido ni podría hacerlo.

Hizo rápidamente un marco y se apresuró a colgar el dibujo en un bonito lugar en la sala de estar.

Allí estaba como un símbolo de dos mundos y parecía que irradiaba una luz grande y fuerte. Atrapaba la mirada.

André le escribió de inmediato al señor Waldorf y le contó en una larga

carta lo que había sucedido.

Este le contestó que se alegraba mucho y que esperaba que sus dones se siguieran desarrollando. Esta pieza no fue la única por mucho tiempo, porque pronto hubo más; todas ellas unos dibujos hermosos y simbólicos.

Luego tuvo que comprar pinturas al pastel y se hicieron piezas a color.

Varias fueron adquiridas por personas con ideas afines deseosas de poseer uno de estos dibujos.

Alcar había dicho:

—Recuerda, André: cada pieza, por nimia que parezca, tiene su propia irradiación espiritual, aunque las personas no puedan verla.

Así siguió por un tiempo. Luego le llegó el mensaje de que podía empezar a pintar al óleo.

Una tarde iba a suceder por primera vez, después de que Alcar le comunicara que un pintor francés quería usar su cuerpo y que algunas personas podrían presenciarlo.

Entonces sus padres pusieron a su disposición una habitación grande, donde podía llevar a cabo sesiones de espiritismo pictóricas.

El señor y la señora Waldorf también llegaron para presenciar esta primera gran sesión de espiritismo.

A las dos estaban presentes todos los invitados, espiritualistas convencidos, y André tenía todo listo para poder empezar a la hora exacta.

Esperaban ansiosos lo que pasaría. Así también el mismo André, porque hasta ahora solo había trabajado en su propia habitación.

Sentado frente al caballete, entró en trance un poco después de las dos.

El espíritu que quería pintar a través de él tomó de inmediato la paleta y los pinceles y empezó a trabajar con mano firme.

Hasta ese momento, André nunca había tenido una paleta en las manos, pero la inteligencia que había tomado posesión de él dio prueba de mucho oficio. Todos los presentes vieron que de verdad era la obra de un artista.

Se fue untando pintura aquí y allá por todo el lienzo, y lo primero que terminó fue un hermoso cielo en colores nácar.

En medio de todo apareció un arco con forma de herradura. Parecía una vista en perspectiva hacia algún lugar glorioso. Luego pintó encima de ese arco un gran pájaro elegante, que cubría con su hermosa y colorida cola una parte del firmamento.

Al quedar terminada la pieza después de alrededor de hora y media, André se giró hacia los presentes, quienes pensaron que estaba recuperándose del estado de trance.

Pero suspiró hondo, después de lo cual apareció Alcar, para explicar el significado de la pieza.

—Esta pieza, amigos míos, la hizo un francés, un amigo mío, de nombre

Louis Clairmond, quien en su vida terrenal, hace mucho tiempo, fue pintor, al igual que yo. La obra representa una esfera más elevada y el pájaro significa: un enviado de Dios.

Ven la pureza de color en su plena armonía, con la que está sintonizada con las esferas más elevadas. Está dispuesto a pasar las órdenes de Dios a la tierra, a donde se le está mandando. Todos somos emisarios de Dios; es lo que simboliza esta representación.

Tengo que transmitir los saludos de sus amigos que ya partieron; muchos están presentes aquí. Esta sesión queda ahora terminada. Los saludo a todos; que Dios los bendiga.

Luego André empezó a ver y vio muchas inteligencias alrededor de los presentes, que describió y que fueron reconocidas todas. Así se recibieron muchos mensajes. Uno de los presentes recibió una evidencia sin duda excepcionalmente hermosa. De inmediato volvió a escuchar a Alcar, que dijo:

—Cuidado, André, te conectaré con él.

André describió ese espíritu, que un señor y una dama reconocieron de hecho al instante. Era un amigo de estas personas, con quien habían tenido mucho trato en la tierra y cuya muerte había sido terrible. Le contó todo a André; cómo había pasado, lo que había sido en su vida terrenal y también mencionó su nombre.

Esta era sin duda una de las pruebas más bellas y nadie podría dudar de su veracidad, porque el espíritu transmitió dos nombres de pila y le dijo a André que Johan significaba su nombre de pila y Bernard su apellido.

André les pasó estos mensajes a sus destinatarios, que estaban sumamente impresionados, porque aquellos habían llegado de manera tan inesperada.

Les brotaron las lágrimas y estaban convencidos, no solo por el acto de pintar, sino también por estas pruebas de que su querido amigo seguía estando cerca de ellos. También recibieron el mensaje de que ya estaba progresando y que gracias a mucha lucha había podido ver la luz.

Así se les convenció a estas personas de que hay vida después de la muerte.

Los invitados se fueron muy impresionados por esta bella tarde.

Eran pruebas magníficas y André estaba feliz con su pintura que había recibido de esta manera.

El señor y la señora Waldorf se quedaron un poco más, ya que André tenía algunos asuntos que tratar con ellos y tenía que entregarles en nombre de Alcar un dibujo que su líder espiritual había hecho y provisto de una dedicatoria para ellos.

Debajo de la pieza decía: “Oración oída”.

—Ya ven —dijo André—, que las personas, allí, debajo de la cruz, están rezando. Un rayo de luz atraviesa el cielo negro. Esa es la luz de Dios, la prueba de que su oración queda satisfecha.

El dibujo va destinado a ustedes dos y Alcar dijo que sabrían cuál es el significado.

A Waldorf se le llenaron los ojos de lágrimas, porque para él fue una prueba muy potente.

—André, te diré por qué estoy conmovido. Mi mujer y yo mandamos oraciones por ti a Dios, para que te protegiera y para que de tus dones pudiera resultar algo grandioso. Ahora se nos da una prueba que sin duda es muy convincente de que nuestras oraciones fueron escuchadas, porque siempre rezábamos bajo la cruz que está en nuestro dormitorio. Y ahora tu líder espiritual nos regala este dibujo. Dos personas que rezan bajo la cruz. También es una prueba de que los espíritus lo saben todo acerca de nosotros. Le damos las gracias a tu líder espiritual por este gran regalo. ¿Le podrías decir que nos hace muy felices?

Después de ese día André estaba en boca de todos y llegaban a verlo desde los cuatro vientos.

Tuvo que ayudar a muchos enfermos y convencerlos de que la vida eterna existía de verdad.

Sanar y desdoblarse del cuerpo

El desarrollo de sus dones transcurrió rápido a partir de ahora, y la mayoría de las veces se usaban para sanar.

Una mañana lo visitó un señor con un retrato de su mujer, y le pidió si a partir de él podía decir algo acerca de su estado de salud.

André lo tomó de sus manos mientras oía que Alcar dijo que tenía que conservar la calma y dejar que todo incidiera tranquilamente. Era necesario para poder hacer un diagnóstico atinado. Alcar le había dicho que era posible por la intuición del médium y que no podía darse de otra manera que por la mezcla de sus auras, cosa que aún no podía entender, pero que se le explicaría más adelante. Unos minutos más tarde sintió que le empezaba a dar un fuerte dolor en la parte baja de la espalda y poco después le llegó el siguiente mensaje de Alcar.

—Esta señora sufre de un padecimiento de riñones agudo. Veo una piedra en su riñón izquierdo y tú sentiste el dolor que causa.

Ahora se le enseñó el lugar en que se encontraba la piedra, lo que le pareció asombroso.

De repente vio dentro del ser humano, pudiendo constatar qué parte del cuerpo estaba enferma. Estaba siéndole enseñado con claridad.

Alcar prosiguió:

—Te muestro la causa del dolor, el núcleo alrededor del que gira todo; así que: fuera preámbulos y búsquedas, nada más que la causa. Ahora dile sin rodeos lo que le pasa a su mujer.

André obedeció de inmediato, pero su visitante no parecía estar convencido.

—Sí —dijo—, mi mujer ha visitado a varios médicos, pero ninguno mencionó un padecimiento de riñón.

—¿Le parece tan extraño? —preguntó André—. Puede que no lo hayan visto.

Aun así no se sentía muy seguro y le preguntó a Alcar si estaba seguro de haberlo visto y escuchado bien, pregunta que se le contestó afirmativamente.

—Confía, André, lo que veo es correcto; no dudes de ello, tienes que superar esto, porque si no, no avanzamos en tu desarrollo.

A fin de cuentas tú mismo lo sientes y lo que viste está bien; transmíteselo.

Por segunda vez, André le aseguró que la paciente sufría de una piedra en el riñón.

Y el visitante dijo:

—Muy bien, señor, entonces tendrá que tratar a mi mujer.

Después, André le dio algunas particularidades más sobre sus hijos y le sorprendió que este supiera que los tuviera.

—Son evidencias menores, señor, pero espero que puedan serle convincentes.

La siguiente mañana fue a la dirección que le habían dado para tratar a la enferma y cuando llegó, la mujer tenía unos dolores terribles.

De inmediato le puso las manos en la espalda, porque Alcar le dijo que tratara bien la región de los riñones.

Ella percibió enseguida que el glorioso calor que le irradiaba de las manos le hacía bien.

Alcar también dijo que tenía que rezar mientras magnetizaba; luego examinaría a la paciente.

Alcar no había sido médico en la tierra, pero en las esferas, en la vida después de la muerte, había completado esta carrera y ahora podía considerarse uno.

El tratamiento había terminado y había durado alrededor de diez minutos. Alcar le comunicó que ahora la piedra se soltaría pronto.

—Díselo, André, y tranquilízala.

La mañana siguiente, volvió a ayudar a la señora a la misma hora durante diez minutos y acordaron que ella iría a la casa de él si su condición mejoraba, pero que de lo contrario, él la volvería a visitar el lunes.

Estando en su habitación a la mañana siguiente —era domingo—, de pronto vio a esta paciente frente a él, y oyó decir a Alcar:

—Vete a verla, André, los dos tratamientos ya han surtido efecto.

Tan rápido como pudo fue a la casa de la señora y ella le dijo asombrada:

—¿Qué hace aquí, señor? ¿No habíamos acordado que iría a verlo y que de lo contrario, me vendría a ver nuevamente el lunes?

—Sí, señora, lo sé, pero ahora mejor muéstreme ese cálculo renal.

—¿Cómo sabe que se soltó?

—¿Cómo lo sé? Gracias a mi líder espiritual, señora. Creo que su marido ya habrá recibido suficientes pruebas de que mi líder espiritual había acertado.

Le contaré cómo sé todo eso. Estaba en mi habitación, en casa. De repente la vi claramente ante mí y me llegó el mensaje de que la piedra se había soltado.

—Para mí es una prueba convincente, señor.

Esta noche pasé unos dolores terribles y ahora estoy tan aliviada de que me deshiciera de esta cosa horrenda. Pero ¿cómo pudo ver todo eso?

Primero, André no supo qué contestar, pero después oyó que Alcar dijo:

—Te ayudaré, André, entrégate.

Y vio ante sí toda la situación como en un fogonazo.

Luego empezó a hablar.

—¿Que cómo fue posible, señora? Mire. Estoy bajo el control de un médico espiritual. En el momento de verla, entendí que algo tenía que haber pasado. No habría venido antes de la mañana del lunes si mi líder espiritual no me hubiera dicho que tenía que ir a verla y que el tratamiento ya había surtido efecto.

Vine de inmediato y en el camino se me contó todo lo que había pasado con usted.

Por eso pude pedirle:

“Muéstreme la piedra, por favor”. Se sorprendió. Claro que todo depende, y esto es sin duda fundamental, de la manera en que esté sintonizado el médium. Me refiero al contacto entre el espíritu y el médium. Tiene que ser bueno, porque tenemos que cumplir con lo que se nos ordene.

El espíritu ve a través de todo, señora. Claro que mi líder espiritual sabía de antemano lo que le sucedería. Así se les ayuda a las personas, así reciben pruebas y se darán cuenta de que aquí no hay quien se burle de su enfermedad.

—Oh, señor, me parece maravilloso y se lo contaré a todos mis conocidos. ¡Cómo es posible que todo esto haya podido pasar sin una operación!

—Tendremos que tratarla algunas veces más, puesto que tiene que recobrar algo de fuerzas, pero luego estará de nuevo completamente sana. Lo peor ha pasado ya; fue el desprendimiento del cálculo del riñón que causó todos esos dolores.

Una vez que llegaron a casa, Alcar le contó lo que había pasado esa mañana.

—En el momento en que querías contarle a la señora cómo era posible que hubieras podido ver todo lo ocurrido, yo te ayudé a que se lo aclararas (—dijo).

André le preguntó a Alcar cómo sabía que iba a pasar esta mañana.

—Mira, hijo mío, te lo voy a explicar.

Sus vibraciones, es decir: sus pensamientos, habían llegado hasta mí. Eso pasó a la medianoche; sufría terribles dolores en ese momento y desde este lado pude ayudarla gracias a mi fuerza. Así pude darle una noche tranquila. También vi que la piedra en el riñón se estaba desprendiendo y que lentamente dejaría el cuerpo. Saqué cuentas y llegué a la conclusión de que pasarían todavía algunas horas antes de que apareciera por completo.

Estuve otro par de veces con ella mientras dormía y hoy a primera hora, cuando quiso enderezarse, le volvieron los dolores agudos, causados por el desprendimiento de la piedra.

Todo lo demás ya lo viste tú mismo, eso lo sabes. Cuando le dieron tantas ganas de averiguar algunas cosas, paralicé tus pensamientos mientras dejé que aparecieran los míos. Ella misma no se dio cuenta de nada.

Así ves, André, que a través de nuestro lazo de amor podemos establecer

un contacto sólido. Así podría incluso darte temporalmente el conocimiento de alguna ciencia. Eso pasa entonces en semitrance, mientras que el espíritu sigue en el cuerpo. Por incidir en tus pensamientos no podrás entonces decir otra cosa que aquello que yo quiera que digas, lo que solo es factible por medio de una buena conexión.

De esa manera podremos ayudar a todas las personas que vengan a verte. Escucha bien, entrégate siempre como lo hiciste hoy por la mañana y confía en todo lo que te enseñe y te haga escuchar. Sigue de inmediato mis órdenes, por más extrañas que te puedan parecer; entonces te fortalecerás y pronto te habrás desarrollado por completo (—dijo).

Más adelante, André tuvo que escuchar que todo no era más que obra del diablo.

Esto lo afligió mucho, no solo porque la gente fuera tan ingrata, sino sobre todo por Alcar, quien la había ayudado en silencio, sin que ella lo supiera. Y esas cosas se olvidan. Primero decían qué lindo era todo; luego lo llamaban obra del diablo. A las personas que juzgan así no se las puede ayudar.

Para André eran pruebas irrefutables de la pervivencia de amigos que ya habían hecho la transición, que querían hacer lo que fuera para regalarles a las personas materiales la convicción de que ellos quieren apoyarlas y que pueden ayudarlas desde el otro lado. Ahora a Alcar se le tildaba de “diablo”, cuando había sido él quien había liberado a la paciente de sus dolores y su enfermedad. Así de ingrato es el ser humano y tan rápido a formarse un juicio.

“Aquel que esté libre de pecado, que tire la primera piedra”. Estas palabras serían pertinentes aquí si no se hubiera actuado por ignorancia.

Aun así, André percibía que necesitaba que se le fortaleciera para poder aguantar todo esto. Por suerte, Alcar lo volvió a ayudar en todo su sufrimiento.

—Sabía que tendríamos que oír todo esto —lo consoló Alcar—, pero sigue mis consejos. No esperes nada; las personas no saben lo tontas e ingratas que son. Mantente por encima de todo y sigue haciendo tu trabajo fielmente; entonces podrás tener la seguridad de que, cuando a ti también te llegue el momento de dejar la tierra, tú también descansarás y serás feliz, porque habrás cumplido con el trabajo de Dios, en contra de todo. Dios te recompensará por eso; no lo olvides nunca. Solo Él nunca olvida nada que se haya hecho por amor (—lo tranquilizó).

Así a André todo se le volvió soportable y pronto recibió un mensaje de Alcar de que viajaría con él dentro del más allá.

—Asegúrate, hijo mío, de que esta noche a las nueve estés en tu habitación. Irás entonces conmigo a las esferas. Diles a tus padres que nadie, pero de verdad nadie, puede molestarte. Diles lo que vamos a hacer y dales las buenas noches antes de ir a tu habitación. Entonces ya no tendrán que ir a verte y

podrán ir a dormir. También asegúrate de mantener la calma y entrégate bien dispuesto. Duérmete tranquilamente; todo lo demás lo haré yo.

Después de haber comunicado este mensaje a sus padres, se preparó esa noche para acompañar a Alcar. Ay, estaba tan tenso; lo acompañaría a regiones desconocidas. Alcar le había dicho antes que su espíritu ya varias veces se había desdoblado del cuerpo de manera inconsciente; sin tener conciencia porque al volver dentro del cuerpo, del cuerpo material, el espíritu no podría procesar toda esta nueva sabiduría. Llegaría el momento en que volvería conscientemente y guardaría el recuerdo de todo lo que su líder espiritual le hubiera enseñado.

Y ahora ese momento había llegado. Estaba esperando lleno de entusiasmo, anhelando este momento. Habían sido horas de tensión. Aún no oía nada; tampoco veía a Alcar y aun así ya eran las nueve y cuarto. Tampoco escuchaba música ni golpes.

Nada de todo eso. No sabía cómo procedería todo, pero se atendería a lo que se le había dicho, acostándose.

Alcar quería que se durmiera tranquilamente, pero pensó: 'Cómo podré dormir ahora, con tanta tensión'. Luego le dieron ganas de bostezar, señal de que se estaba incidiendo en él. Ya sentía que le iba ganando el sueño y se sentía cansado.

Se fue hundiendo cada vez más, hasta quedarse profundamente dormido.

Las primeras palabras que luego le llegaron fueron:

—Ven, hijo mío, mira quién soy.

Miró a su alrededor y no vio más que una resplandeciente luz azul, unos pasos a su izquierda. Luego vio una gran luz blanca acercándose a él, que le causó temor. Todo le estaba resultando tan extraño, tan imponente. La luz blanca se acercaba cada vez más. Y luego de pronto vio a Alcar frente a él.

—Alcar, ¿es usted esa luz? —exclamó. Con un grito se abalanzó sobre Alcar para abrazarlo—. Alcar, Alcar, ahora lo reconozco. ¡Oh, Dios!

André cayó de rodillas de alegría y felicidad, agradeciéndole a Dios poder ver ahora a su espíritu protector de esta manera.

—Ya está, André, tranquilo, chico.

Alcar le puso las manos en la cabeza para magnetizarlo y unos momentos más tarde se tranquilizó un poco.

—Hice bien, hijo mío, al no mostrarme de inmediato; tu alegría habría sido demasiado grande para tu envoltorio material y eso habría sido desventajoso.

André tenía ahora una sensación de que la sangre le fluía a la cabeza con toda fuerza. Primero le dio frío, luego calor, después se sintió mareado y tuvo que buscar apoyo para no caer. Pero todo esto no duró mucho. Luego volvió a alzar la vista y se dio cuenta de que Alcar seguía sosteniéndolo en sus brazos,

apretándolo contra él.

—Muy bien, hijo mío, así está mejor. Ahora podrás soportar lo que sea. Ahora somos uno gracias a tu gran deseo y tu fuerte voluntad de hacer nuestro trabajo. Una conmoción demasiado grande no habría sido buena para ti, como te acabo de decir; le habría dado una sacudida a tu vestimenta material, que has abandonado ahora, y como un fogonazo tendrías que haber vuelto en tu cuerpo y habrías sentido algún tipo de fallo.

Pero lo evité. Ahora podrás aguantar cualquier emoción, dado que te he radiado y envuelto con mi fuerza espiritual, que es mi fluido. En esta radiación puedes entrar al más allá. Sin ella, tu cuerpo espiritual no lo resistiría todo.

Cuando quieras saber algo, pregúntamelo; me esforzaré entonces para explicártelo lo más claramente posible. Ahora primero te contaré todo lo que ha pasado aquí. Escucha, André.

Antes de que pudiera ocurrir tu desdoblamiento, puse tu cuerpo en este sueño. Si bien estabas tenso, para nosotros es muy fácil influir en alguien desde este lado.

Alcar rio; André, tímido, no dijo nada.

—No te preocupes, hijo mío, lo sabrás todo. Ya no quería hablarte, pues tenía que pasar pronto; si no, te habría hablado antes de que te hubieras desdoblado. Leí tus pensamientos. Para los habitantes de la tierra estás ahora dormido, pero en realidad no es más que tu envoltura material, que está en la cama. Ahora tu espíritu está dispuesto a seguirme, a acompañarme a donde quiera ir, a donde sea que te lleve. Son los milagros de tus dones mediúmnicos. Te quiero mostrar cómo, no obstante, sigues conectado con tu cuerpo durante nuestra ausencia. Mira, el fino rayo de luz que ves saliendo de tu costado izquierdo es el cordón fluido que conecta tu espíritu con el cuerpo material. Es el cordón vital, que es casi invisible pero aun así se le puede distinguir de la luz que irradia tu cuerpo. En caso de romperse este cordón, no podrías ya volver a entrar a tu cuerpo. Pero ahora, por más que nos alejemos de aquí, seguirás conectado, aunque ya no se vea. Sin embargo, este cordón invisible es el cordón vital del ser humano material. También lo llamamos la vida, pues es uno con la materia. Quiero que recuerdes todo esto muy bien, porque es necesario. Ahora André se había colocado en la cabecera de su cama y se veía a sí mismo acostado allí; parecía que estaba muerto. Estaba muy pálido, pero el pecho le subía y bajaba con tranquilidad.

Desde el lado terrenal sería ahora muy difícil constatar que aquí yacía solo un cuerpo material, habiéndose desdoblado el espíritu.

—A este cuerpo no se le puede molestar, como te dije antes; por eso te pedí que avisaras a tus padres, porque con la menor interferencia podría romperse el cordón y entonces para la tierra habrías muerto.

—Qué interesante es todo esto, Alcar.

—Sin duda que lo es. Es que el ser humano es una joya de la creación. Dios lo creó a Su imagen. Al rato, cuando nos vayamos, mis ayudantes se quedarán aquí para velar por tu cuerpo. Desdoblarse es peligroso, pero cuando se toman las medidas preventivas necesarias, no puede pasar nada, ni llegará a pasar nada. La menor interferencia, sin embargo, podría resultar en una parálisis cardíaca, y de todas formas causar trastornos nerviosos, dado que el corazón no soportaría el sobresalto causado por la interrupción del cordón fluido. Así que debemos tomar nuestras medidas preventivas. Mira, allí están los ayudantes que cuidarán tu cuerpo.

Ahora André vio aparecer a seis jóvenes, que estaban en la gran luz azul detrás de él.

Lo saludaron cordialmente y vio que eran felices y que tenían bellos rostros.

—En realidad no son tan jóvenes como lo sugiere su apariencia; todos ellos llevan ya unos cientos de años en las esferas. Aquí, el espíritu adopta la apariencia de su ser interior, y un ser humano que deja la tierra a los ochenta años y vivió mal allí, se verá aún mayor del otro lado de la tumba. Aquí, la apariencia es el espejo del alma y tendrá el aspecto de acuerdo a su fuerza interior. De ese modo, el que se ha olvidado completamente de sí mismo en la tierra se verá aquí más viejo. Allá no era posible ver que tras esas mejillas tan hundidas se escondía un alma que había caído muy bajo, que por tanto en lo espiritual estaba en un nivel muy bajo.

Pero una vez aquí, esa alma se queda completamente al desnudo y el cuerpo espiritual adopta la forma de lo que era en realidad. Por eso se vuelve irreconocible y terriblemente viejo. Ese ser humano no aprovechó la vida terrenal para gran cosa, y espiritualmente estaba completamente desviado.

Ves la belleza de mis amigos, André; ellos son jóvenes, aunque hayan llegado a la edad de doscientos años. Aquí esta no es visible, pues han rejuvenecido gracias a su fuerza espiritual. Mira qué luz y qué irradiación; son signos de su sabiduría y su amor por Dios.

Aun así, habrá muchos que necesitarán mil años para poseer esta sabiduría, esta luz.

André los miró uno por uno y le llamó la atención que Alcar tenía sin duda la luz más inmaculada de todos. Le indicaba que su líder espiritual estaba en un nivel más elevado.

—Bueno, André, ahora contemplarás el más allá antes que muchos otros hermanos y hermanas. Sin embargo, no pienses que eres el único visitante, porque cuando estemos en las esferas te darás cuenta de que vendrán varios otros de la tierra. Podrás entonces notar en todos ellos que son habitantes de la tierra.

Se puede ver por la doble irradiación, al igual que tu propia doble luz está

ahora alrededor tuyo. Esta fuerza es traslúcida; por eso se puede ver tu cuerpo espiritual a través de mi irradiación. Y eso te servirá para reconocer a aquellos que, al igual que tú, visitan las esferas acompañados de sus protectores.

Te aclaro esto porque nadie puede entrar al más allá desde la tierra sin que lo rodee esa irradiación espiritual. De esas dobles irradiaciones, algunas son más nítidas que otras. La menos nítida es la del cuerpo espiritual del ser humano material. Así verás al rato muchos que, como tú, son llevados a las esferas, aunque sigan viviendo en la tierra.

Por lo que más tienen que velar mis ayudantes es por el peligro de nuestro lado; son las inteligencias que quieren robarles a estos seres humanos que se han desdoblado; es decir, que quieren romper el cordón fluido. Pero mis amigos se encargarán de todo y nos avisarán lo más pronto posible. Cómo ocurre eso y cómo nos avisan te será todavía un misterio, pero también te mostraré todo esto. Ahora nos vamos, André; ya te contaré todo en el camino. Ven conmigo.

Tomados de la mano, planeando, dejaron la tierra.

—No solo se lleva a los médiums para el trabajo espiritual, André, sino que también hay espíritus de control que llevan a sus instrumentos para trabajos científicos. Estas personas se desdoblan entonces de manera inconsciente, y siempre será así. Tú, en cambio, te has desdoblado de manera consciente. No obstante, se te permitirá primero recordar solo una parte de este viaje; aunque luego poco a poco también te darás cuenta de todo lo demás. A los instrumentos que sirven la ciencia se les da solo lo que su líder espiritual quiera darles y cuando vuelven a la tierra, primero se les cubre de un velo en las esferas, para que conserven todo lo más puro posible en las reservas de su subnconsciente.

Sientes lo maravillosamente que se trabaja en todo, ¿verdad? Quiero decir: ¿cuánto se le da a la tierra? Ahora todavía te es incomprendible, pero poco a poco esto también te irá quedando claro.

André asintió con la cabeza; todo le parecía asombroso y no podía decir nada.

—Con esto quiero decir, hijo mío, que casi todo lo que se relaciona con el cosmos se da desde nuestro lado. Porque nadie, ni aunque sea el más grande de sus grandes eruditos, podría descubrir algo importante si los caminos que lleven a ello no le fueran mostrados por medio de inspiración desde las regiones elevadas. Claro que esto vale solamente para las cosas útiles y buenas para el ser humano. Pero desgraciadamente reciben ayuda del mal, de quienes viven en las esferas más bajas. No obstante, se incide en el ser humano que sea susceptible para ello y esté abierto a malas influencias que lo estimulen a hacer el mal y lo incorrecto. Así que de este modo se influencia a los seres humanos; a algunos para bien, a otros para mal. Pero son ellos quienes tienen

que escoger el camino que hay que emprender. Muchos no piensan en eso, porque el egoísmo y la vanidad se lo hacen olvidar, y el interés propio es la causa de que pasen sin fijarse en el sendero que lleva hacia arriba. Por suerte hay muchos “eruditos” prominentes en la tierra, pero los hay aún más que solo ansían el honor y la fama, que de todas formas no son más que temporales, y luchan por obtenerlos lo más que puedan, sin entender que la fama no se debe a sus propios conocimientos, sino a la Dirección desde el más allá. Para aclarártelo, te voy a contar algo que te permitirá entender lo horrible que es la situación en la tierra.

Hace mucho tiempo solía visitar el planeta desde mi propia esfera, porque me interesaba todo lo que hiciera el ser humano en su ignorancia; y muchas veces tuve que observar cómo malentendía todo, impidiendo a sus líderes espirituales ayudarlos. Me consideraba un estudiante que observaba invisible, interesado en lo que así vivía. Así siguió bastante tiempo. Luego supe qué tenía que hacer e hice mi plan, porque quería alejar a la humanidad de sus ideas erróneas, para darle en su lugar el conocimiento puro, dirigiendo a la humanidad hacia caminos mejores. Vi cosas terribles y presencié escenas tristes; todo debido a la ignorancia, incapacidad, incredulidad y falta de conocimiento de las leyes de la vida elevada, que es la continuación de la existencia terrenal. A mí, y a muchos otros, nos atrae con fuerza salvar a la humanidad de las manos del mal y convencerla desde aquí de la triste verdad de que la tierra y sus habitantes están enfermos, lo cual sabemos porque vemos a través de todo. Queremos llamar la atención sobre toda la miseria y esperamos que los seres humanos se darán cuenta por fin de que actúan de manera errónea y que propician el mal, por lo que todo atenta contra las leyes de Dios. Desde hace mucho tiempo hemos estado intentando ofrecer ayuda en silencio, aportar felicidad y crear mejores condiciones. Muchos de nosotros trabajamos en la tierra por medio de contacto con un médium, pero pocos logran mantener a sus instrumentos fuera de las garras del mal, dado que a la mayoría de los médiums los consume la envidia, por lo que pulverizan su fuerza y repelen a sus líderes espirituales, cuyo esfuerzo se ve recompensado de esta manera, sin que se obtenga nada.

Y es que no se puede negar que nuestro trabajo sea difícil, porque siempre hay que luchar contra la idea de que la vida terrenal se puede cumplir lo más fácilmente al tomarla simplemente como es. Sin embargo, esta idea no ayuda a la gran causa ni a nosotros.

De este modo vi, pues, que la incidencia silenciosa no me ayudaría a avanzar y le pedí a Dios ayuda y fuerza para poder hacer mi trabajo a través de un médium.

Luego recibí apoyo desde las regiones elevadas, pues de nuestro lado también se nos ayuda por medio de nuestras oraciones, que son escuchadas por

Dios y que me permitieron verte. En todo hay dirección, André. No obstante, todavía no eras apto para nuestro trabajo, así que tuve que tener paciencia. Aun así, iba a verte de vez en cuando, mientras que te guiaban y protegían mis ayudantes, que viste hace un momento; en aquel entonces tenía que hacer otro trabajo. Podría seguir hablando un buen rato de todo esto, pero no me puedo desviar de lo que te quería decir. Por fin pude empezar. Tienes conciencia de todo lo que ha pasado y de que ahora estamos juntos en el más allá.

Te pido con insistencia, André: mantente fuerte. Te recompensaré ampliamente. Supongo que ahora entenderás cuáles son mis propósitos y planes. Todo esto lo quiero dar a conocer al mundo por medio de ti. Durante nuestras primeras clases te conté con suficiente claridad que todo sirve para nuestra gran causa: convencer a la gente de que hay vida después de la muerte. Les hablaremos de nuestros viajes y de todo lo que recibes de nosotros.

Esta beneficencia espiritual que se vierte por la tierra entera hará que esta pueda avanzar.

En uno de mis viajes, vi pasar algo triste. El ser humano vive en la materia, por la materia y con la materia, por lo que se olvida lo espiritual, lo bello que debe hacer crecer el alma humana. Y te sorprenderá darte cuenta de cómo se ve estorbada esta en su desarrollo, porque la gente no quiere aceptar la realidad de la existencia de una vida después de la muerte.

Un día, vi en un laboratorio a dos hermanos que buscaban nuevos inventos. Estudiaban química y habían logrado ya mucho para la ciencia, por lo que sus nombres se hicieron famosos incluso mucho más allá de las fronteras. Pero, ambiciosos como eran, eso no les bastaba; seguían anhelando fama nueva. De haber estado convencidas estas dos personas de que la vida terrenal continúa, habrían concebido su estudio de una manera completamente distinta. Cuando me encontré con ellos, estaban a punto de inventar uno de los explosivos más peligrosos y, al ausentarse el hermano menor de casa durante unos días, el mayor siguió frenéticamente con sus investigaciones, día y noche. Estaba bajo la influencia del mal.

Una noche, el laboratorio saltó por los aires por una explosión, y sacaron sus restos mortales de debajo de los escombros.

Luego se dio a conocer en la tierra que el profesor A. había fallecido en un trágico accidente durante sus investigaciones científicas.

Su hermano pensó que las pruebas químicas habían sido satisfactorias. Y se le construyó un nuevo laboratorio, donde podía continuar con sus investigaciones.

En la tierra no se pregunta qué buscaba; basta con que se hagan inventos y esta es, para nosotros, una de las necesidades más grandes, porque esto lleva al ser humano directamente a las garras del mal, dado que él mismo abre los canales para que sea así, por lo que además todo atenta contra las leyes de

Dios.

Pues bien, ¿qué pasó de nuestro lado?

Al descubrir el perecido después de la explosión que seguía viviendo como espíritu, a pesar de haber muerto en la tierra, tuvo que reconocer que se había dejado influenciar por espíritus malignos. Se dio cuenta ahora de que había hecho la transición antes de tiempo debido a actos e ideas erróneos, y decidió poner todo de su parte para proteger y salvaguardar de un siniestro a su hermano en la tierra, que no era consciente de la mala influencia que incidía en él, mientras invocaba fuerzas elevadas para ayudarlo, pues veía que de lo contrario, su hermano estaría perdido.

Viví situaciones como estas. Cuando el ser humano se ha olvidado de sí mismo, se convierte irremediamente en un juguete del mal. Ya puedes ver con esto, André, lo necesario que es abrirle los ojos. Muchos se han perdido de esta manera. Y ¿qué han logrado esas personas? No mucho, ¿verdad? Provocó el fracaso de sus vidas, porque han olvidado lo espiritual, que debía ser alimento para su alma. Así, muchos se han perdido por su ignorancia.

Ya nos hemos alejado mucho, André, sin que te dieras cuenta; llegamos ahora a un lugar que nos conecta con la tierra y con las esferas.

Recorrimos esta distancia en un tiempo sumamente corto, porque nos hemos desplazado planeando.

Antes de continuar miraremos la tierra como espíritus.

Mira, allí abajo; ese disco oscuro y gris es la tierra. Allí está tu cuerpo, allí vives y allí habitas. Pero ahora te puedes convencer de que puedes vivir fuera de tu cuerpo material. Esta es sin duda una de las evidencias más grandes que recibirás jamás, porque se te aclara esto por medio del desdoblamiento. Ves que la tierra casi no tiene luz; la pequeña luz que ves cerca de ella no es la luz del sol, que observas con tus ojos terrenales cuando tu espíritu está dentro de tu cuerpo. Esta luz, en cambio, significa la escasa fuerza espiritual que irradia la tierra. Las nubes que ves con tus ojos materiales ahora también han desaparecido. Así de sombría se ve la tierra espiritualmente.

—Me parece bello e interesante, Alcar, verla así.

André miró a su líder espiritual, que lo contemplaba sonriendo.

—Sin duda que vale la pena poder verla desde aquí. Pero cuando al rato te cuente cuáles son las causas por las que está tan oscura, rezarás conmigo, rogándole a Dios por salvación. Entonces ya no te parecerá tan bella e interesante, hijo mío. Mira esa pequeña y delgada línea gris que gira alrededor de la tierra, apenas iluminada; no posee más irradiación espiritual que esta.

La luz de la tierra no es blanca, sino turbia. Es lo malo que vemos de este lado, el mal que allí prolifera. Este planeta ha caído terriblemente bajo. Mira la diferencia entre esta irradiación y la de los otros planetas. Allí también viven personas, aunque con una sintonización mucho más fina en espíritu y sen-

timientos, y por lo tanto también automáticamente más perfectas. ¿Acaso su luz no es mucho más inmaculada, y no te hace feliz poder ver algo tan bello?

Ahora mira de nuevo lo oscura que es la tierra. Allí ya no se conoce el amor puro ni la fidelidad a Dios. Todo se deforma y las personas solo anhelan tesoros y fama terrenales, como aquellos dos hermanos. El ser humano quiere avanzar, pero recorre el sendero que lo lleva hacia abajo.

Aun así intentaremos hacer que esa luz se vaya haciendo más clara, y muchos nos ayudarán.

Si algún día la tierra llegara a resplandecer como los planetas aquí arriba, entonces también se volvería a encontrar en ella amor puro y la gente volvería a vivir según el mandamiento de Dios. Volvería a resplandecer como Dios quiere ver resplandecer a todos Sus hijos. Pero esto seguramente no pasará aún por ahora, porque están en lucha; cada hermano lucha contra el otro. Uno despoja a otro de su felicidad, anhelando y maldiciendo la vida de otro. Así continúan por el sendero que los aleja cada vez más del camino recto. En su ofuscamiento ya no ven los senderos de Dios ni sienten los gloriosos y cálidos rayos que iluminan esos senderos. Todo está frío y árido para ellos y no sienten la necesidad de aumentar su nivel espiritual. Pasan por la vida uno detrás de otro, juegan a esconderse unos de otros y temen mostrarse sus características buenas. Ya no se atreven a hacerlo ni cargan su cruz visiblemente para mostrársela abiertamente a cualquiera. Tan bajo ha caído la humanidad, tan turbia es la luz espiritual de la tierra y tan incomprendido el mensaje que Cristo le llevó en su momento.

Por eso intentamos, y con nosotros miles más, no: millones más, liberar la tierra convenciéndola otra vez de una vida de ultratumba, con el fin de llevar a las personas al sendero que los conduce hacia arriba. Eso, hijo mío, es el alimento espiritual que los volverá a llevar hasta Dios, Padre de todos nosotros. Recibimos Su amor y fuerza, y gracias a Su amor y sabiduría somos capaces de llevarles una luz diferente y también otra influencia, la influencia sagrada de las esferas.

Les llevamos la semilla fértil que será alimento para su alma, que crecerá y florecerá muy por encima de todo mal y que los llevará de vuelta al camino correcto, que han dejado desde hace mucho tiempo y que los volverá entonces a llevar hacia las cimas (—explicó).

Alcar parecía una estatua, el brazo alzado, tomado de la mano con André, y era como si le hubiera hablado a Dios allá arriba, lleno de amarga pena, para pedir perdón por la pobre tierra y fuerza para el trabajo que quería hacer.

—No es fácil, hijo, mejorar esto, porque el ser humano prefiere hacer aquello que le parezca más fácil, aquello que no implique una lucha. Es que así es el ser humano y de esta manera, porque no se atreve a luchar, se le arrastra hacia las tinieblas.

Se hunde cada vez más, hasta verse amenazado con perecer en la miseria y por fin pide ayuda y liberación de esa miseria que él mismo ha creado, por haberse desviado del camino recto.

Y entonces llegamos desde aquí para ayudar a ese pobre hombre. Pero primero tiene que pedirle ayuda a Dios; antes no podemos alcanzarlo ni puede ver nuestras manos extendidas.

Pero si le ha suplicado al Padre por ayuda, no perecerá, porque Dios ama a todos Sus hijos, a malos y buenos por igual.

Así llegará algún día el momento en que Dios vea a todos Sus hijos en perfecto amor e inmaculados.

Más adelante, cuando vengas aquí para siempre, continuaremos juntos el bello trabajo que hace que se eleven las personas espiritualmente.

Ven, vamos a seguir.

André volvió a mirar por un momento el disco oscuro que tenía que ser la tierra. Allí abajo vivía, allí tenía que trabajar, convencer a las personas. Llevarles la luz a través de la ayuda de Dios. Tenía que ayudar a agrandar la poca luz que la tierra irradiaba como fuerza espiritual, para que algún día llegara a ser una llama.

Así siguieron durante largo tiempo, ambos absortos en sus propios pensamientos.

André vio que Alcar tenía la cara radiante, a pesar de que de que seguía triste.

Alcar lo miró y preguntó:

—¿Acaso piensa mi hijo que estoy triste?

—¿Cómo sabe que pensaba eso?

—Te leí los pensamientos, André, o mejor: tus pensamientos llegaron hasta mí.

—¿Cómo puede ser, Alcar?

—Para nosotros no hay nada imposible. Podemos hacer lo que sea con tan solo desearlo. Para asimilar esto, nos tenemos que desarrollar. Es la fuerza espiritual, y, por lo tanto, posesión propia.

Aquí, en primer lugar es necesario entender el idioma espiritual, porque cuando el ser humano llega aquí, ya no posee nada de lo que pertenece a la tierra. Claro que usamos el idioma terrenal para la tierra, porque de esta manera nos tenemos que dar a entender allá, pero comprendeme bien, André: aquí solo usamos nuestra fuerza espiritual, así que también para el idioma. Lo necesito para entrar en conexión con todo y con todos, así que también con mis seis amigos. Se logra solo por la fuerza espiritual, porque penetra todo y por eso puede usarse a distancia. Todo esto se puede lograr solo por medio de una fuerte voluntad y una fuerte capacidad de concentración. De nuestro lado hay una estrecha relación recíproca, que nos pone en contacto con lo Elevado.

Ven, intentemos por un momento entrar en conexión con mis amigos.

Alcar sacó un objeto que se parecía un poco a un trozo de seda y que se podía guardar fácilmente. Estaba rodeado de un cable suelto con algunos contactos.

—Mira, este es mi aparato de recepción; contiene mucha fuerza, porque me puede hacer uno con el Cosmos omnipotente, donde aún siguen ocultos tantos secretos. Este aparato está sintonizado con la fuerza humana, en unión con nuestra fuerte voluntad y nuestra capacidad de concentración. Así que está sometido a mi voluntad. De esta manera, las imágenes que quiera atraer hacia mí serán obligadas a hacerse visibles tan nítidamente como yo desee. El instrumento está hecho de metal líquido y por ahora su secreto se conoce únicamente en las esferas. Un amigo mío lo diseñó y, como dijo él, los primeros años no será entregado todavía a la tierra. Cuando quiero, pues, conectarme con algo, es decir: hacerme uno, pongo la mano izquierda del lado izquierdo y la mano derecha del lado derecho de la tela, con este contacto aquí y ese botón allí, a la derecha. Ya está, André, ahora soy uno con el Cosmos. Como te decía, el Universo tiene muchos milagros. Este, por ejemplo, es un milagro pequeño pero útil. Hay planetas cuyos habitantes ya lo poseen y lo usan. Pero esas personas ya avanzaron mucho más en el camino espiritual, así que son mucho más perfectas que las que viven en la tierra. Si se entregara a la tierra, estoy seguro de que se usaría este noble producto para destruir a los demás, porque se le ha regalado ya tanto a la tierra de lo que se ha abusado para fines bélicos, y obviamente esa no fue, de ninguna manera, la intención. Ahora me concentraré y todo lo que quiero ver, o sea, aquello que absorbo con fuerza en mis pensamientos, aparecerá en este trozo de tela, de color y forma completamente igual a como es en realidad. Aquí llamamos al instrumento un espejo espiritual, o también espejo mágico, aunque mi amigo dijo, y tiene razón, que es televisión de los pensamientos. Ahora pon mucha atención; verás algo bello, pero no hables y ponte detrás de mí. Así, para que puedas ver por encima de mi hombro.

André se dio cuenta de que Alcar estaba usando todas sus fuerzas, aunque nada en él se movía ya. Durante unos instantes se quedó inmóvil y luego André no solo se vio aparecer a sí mismo en el lienzo, sino también su habitación con todo lo que había en ella, tan nítidamente como si se tratara de una fotografía. Reconoció claramente a los hombres jóvenes en la luz azul. Durante unos instantes, esta imagen se mantuvo muy nítida, luego se fue borrando un poco, para finalmente desaparecer del todo.

—Oh, Alcar, que cosa más maravillosa. Me pude ver a mí mismo en mi habitación, y también a sus ayudantes.

—¿Te pareció bonito, hijo mío? Esto era lo que te quería mostrar. También podría lograr contacto con Adonis y hablar con él en idioma espiritual,

aunque nos separe mucha distancia.

Hay otros caminos, además, para entrar en comunicación con nuestros amigos, pero a mi parecer este es el mejor, porque no me hace falta la ayuda de nadie. Este método ya me ha servido mucho y pudiste ver que, en cuanto relajé un poco mis pensamientos y mi voluntad, enseguida también la imagen se fue haciendo más débil.

Aquellos que sepan lograr algo con sus pensamientos, que sepan concentrarse, que sepan sujetar algo, pueden lograrlo con este método. Para los demás, el instrumento no tiene valor. Así que todo se reduce a la concentración y la voluntad fuerte.

Cuando a mi amigo se le permita darle el instrumento a la tierra, esta lo recibirá por medio de inspiración.

Sería bueno que pusieras a prueba tus fuerzas, que pensaras intensamente en tu cuerpo material.

André lo hizo, pero no logró hacer aparecer más que unas cuantas vibraciones débiles. Luego se rindió.

—No logro hacerlo para nada, Alcar.

—La prueba, hijo, de que te falta hacerte más fuerte. No puedes todavía retener el objetivo con tus pensamientos, cosa que no es tan fácil, por cierto. Pero poco a poco también eso llegará.

—¿Quién es Adonis, Alcar?

—Es mi ayudante y el líder espiritual de mis demás amigos. Lo verás cuando hayamos vuelto a tu habitación.

Ahora quiero volver un instante sobre lo que te acabo de decir en cuanto a entregar a la tierra.

Sin duda que en la tierra se han logrado pequeños avances, pero aun así, los inventores a los que mi amigo quiere usar como instrumentos tendrán que tener paciencia, puesto que en el caso contrario, trabajarán para fines equivocados.

Ahora seguiremos directamente a la tercera esfera, el lugar al que quiero ir contigo.

Hay siete esferas, de las que la primera y segunda se parecen mucho a la esfera terrenal, aunque sea de forma espiritual. Pero allí poco a poco se empieza a desarrollar uno para poder llegar a las regiones elevadas. Ya no son esferas de purificación; se las considera ya esferas vitales.

Lo que queremos ver no se puede presenciar en estas esferas; así que vamos a la tercera esfera. Todas las personas que viven allí trabajan en su nivel espiritual. Muchas dejaron la tierra hace poco, otras hace tiempo.

Te tengo muchas sorpresas, André; ahora llegaremos pronto.

—Oigo música, Alcar, ¿de dónde viene?

Oh, ¡qué glorioso!

—Al rato tendrás la oportunidad de oír y ver todo lo que se nos obsequia.

Las inteligencias que verás llegaron para esta ocasión desde diferentes regiones. Ya habrás visto que desde nuestra última parada hemos ascendido con mucha velocidad.

Aun así, no has podido percibir nada particular. ¿No es así?

—Sí, Alcar, no he visto otra cosa que un espacio vacío.

—Ya no se pueden ver la tierra ni los demás planetas. Planeamos en el infinito. No obstante, hemos atravesado otras esferas sin que te dieras cuenta; se explica porque solo te quiero mostrar lo que me he propuesto, pues no te sería posible procesar todo. Te superaría. Tampoco podríamos desplazarnos con tanta velocidad si no te agarrara con mi voluntad y pensamientos. Ahora eso te protege y tendrás resistencia a todo lo que veamos y encontremos. Ya te dije que podemos desplazarnos con la velocidad de nuestros pensamientos, lo que obviamente solo es cierto para quienes viven de este lado.

Es mi deseo que retengas bien lo que pronto verás, porque en la tierra tendrás que contárselo todo a cada uno que quiera escucharte. Todo esto grábatelo bien en la memoria, así se te volverá a aparecer poco a poco una vez que hayas vuelto a la tierra. Entonces volverás a ver todo frente a ti de manera consciente, tal y como se te concedió vivirlo. Pero no podrás explicar como es en realidad. A fin de cuentas es imposible traducirlo a idioma terrenal; hay que verlo e intuirlo en carne propia. Sin embargo, las personas serán felices cuando les cuentes de la vida después de la muerte y cuando les asegures que, en caso de llevar una buena vida en la tierra, llegarán aquí en la luz y conseguirán la felicidad celestial. Todos llegan aquí como son interiormente y llegan a la esfera a la que pertenezcan espiritualmente. Según la ley de causa y efecto, uno cosecha lo que haya sembrado. Muchísimos llegan aquí en un estado infeliz y muchas veces tienen que pasar mucho tiempo en las esferas tenebrosas, húmedas y frías, antes de poder avanzar espiritualmente para llegar a una región más elevada. Quienes hayan comprendido, en cambio, ya durante la existencia material que es la intención de Dios usar esta vida para el beneficio de los demás y quienes actúen de acuerdo a eso, se sentirán de inmediato como en casa después de hacer la transición, y serán felices en una esfera que se corresponde con su interior.

Vuelvo una vez más sobre esto, porque es de suma importancia. La gente debe saber que aquellos que hayan completado su vida correctamente vivirán en las esferas de luz y amor, mientras que aquellos que se hayan olvidado de sí mismos encontrarán su morada en las esferas de frío y tinieblas. Diles, André, que encontrarán aquí todo en correspondencia a como haya sido su vida interior en la tierra.

Ya, ahora hemos llegado a la tercera esfera.

Seguramente te habrás percatado de que la luz del cielo ha ido cambian-

do. Así lo podrás percibir en todas las esferas. Se vuelve cada vez más bella, más perfecta; todo se funde y está interconectado en la armonía más grande. Ahora vieron a muchas inteligencias que iban y venían en grandes columnas y también en grupos más reducidos. Todas se desplazaban planeando.

—¿Todas ellas son personas que aún viven en la tierra, Alcar?

—En parte, hijo mío, aunque la gran mayoría la constituyan los que han hecho la transición desde las regiones aquí abajo. Todos van a la fiesta a la que también vamos nosotros, puesto que se les ha concedido presenciarlo. Este es otro proceso imponente, un conocimiento imponente, porque no son llamados, sino que lo intuyen por medio de lo elevado que hay en ellos. Esto vuelve a remitirnos al Omnipoder de Dios, que dirige todo aquí, así como en la tierra.

Mira, hemos llegado ahora al lugar al que queríamos hacer este viaje. Allí en el valle encontraremos seguramente un lugar desde donde podamos ver todo claramente. André divisó un país hermoso. La naturaleza se parecía a la de la tierra, pero tenía una luz más suave y más bella, que incidía en él de manera gloriosa.

—Cuánta tranquilidad hay aquí, Alcar.

—Todos los que viven aquí son felices, aunque desde la tierra no llegaron más que a la primera esfera, puesto que la vida en esta esfera está ya en un nivel infinitamente más elevado que en la tierra (—explicó).

En el valle se encontraban miles y miles de inteligencias, que se habían colocado en una larga columna que serpenteaba por el valle y que a lo lejos solo se llegaba a distinguir como un punto.

—Ven, André, iremos a esa colina para ver pasar la columna.

—¡Qué bello es aquí, Alcar!

—Todo está en armonía con el Infinito y todas estas personas viven en la casa que se han construido ya en la tierra. Esa es aquí su morada espiritual.

—Pero ¿qué es lo que está ocurriendo ahora, Alcar?

—Te lo voy a decir. El valle es un lugar de consagración, donde muchos hermanos van a prestar su juramento espiritual. Están dentro de la columna y se examinarán en algún estudio en el que se estén capacitando; pronto podremos verlo.

¡Escucha! La música que oíste hace un rato está sonando de nuevo.

André oyó melodías gloriosas y esta imponente música le hacía vibrar todo el cuerpo. Se sentía como si lo acogiera, como si quisiera llevárselo consigo a regiones elevadas.

Nunca había escuchado algo tan bello y estaba profundamente impresionado. Le pareció que se estaban tocando instrumentos extraños.

Alcar lo miró y se percató de que estaba llorando.

—Sé fuerte, hijo, habrá más cosas que te conmoverán profundamente.

—Lloro de felicidad, Alcar, y no sé cómo podré darle las gracias a Dios y también a usted por haberme traído.

—Verás muchas otras cosas, pero tienes que ser fuerte, porque si no, te será imposible registrarlo todo.

La columna fue pasando despacio por donde estaban.

André vio ahora muchos espíritus en bellas túnicas de diferentes colores.

—¿Estas túnicas tienen algún significado para los que las llevan puestas, Alcar?

—Sí, claro. La mayoría de estos espíritus están vinculados a una orden y la ropa que llevan es símbolo de su fuerza espiritual. Todas estas inteligencias vienen de esferas más elevadas que esta.

André pudo ver todo con claridad.

Detrás de la música iba alguien con una túnica muy hermosa que cargaba en los brazos estirados una cruz luminosa.

—¿Qué es eso, Alcar?

—Esto, que tienes que retener con toda tu alma, es la Luz Divina, irradiada por la cruz. Sabía que lo veríamos.

Es sagrada, hijo mío.

Es la luz pura y sagrada que puede darnos la cruz, porque cuando vemos la cruz, pensamos en nuestro maestro. Esta es la Luz del Hijo Perfecto de Dios. Su Irradiación (—dijo).

Ahora todos se arrodillaron, porque les pareció que el mismo Mesías estaba entre ellos.

—A arrodillarse, André, y démosle gracias a Dios por esta gloriosa luz (—dijo).

Ambos se arrodillaron, dándole gracias al Padre por esta gran gracia.

—De todo lo que verás aquí, esto es sin duda lo más elevado y lo más sagrado. No es una luz como la que pintan los artistas en la tierra alrededor de la cruz como símbolo del amor divino, no, es la Luz radiante y sagrada del mismo Cristo.

Por eso quise traerte. Gracias a Él hemos recibido toda esta sabiduría, esta luz sagrada.

Lo podrás entender porque ahora has visto tú mismo lo que significa el símbolo de la cruz en lo que se refiere a fuerza espiritual.

La felicidad perfecta, la gloria de la Luz, que el hijo de Dios, el Hijo Perfecto de Dios, le dio a los seres humanos en la tierra (—dijo).

André se había aferrado a Alcar; le empezaba a abrumar, a ser demasiado impresionante.

—Vamos, hijo, muestra tu fuerza y escucha.

El resplandor de esta luz hará que los espíritus infelices cambien de parecer e intenten elevarse de tal manera que llegará el momento en que sean dignos

de poseerla para la eternidad.

El que carga la cruz fue mi líder espiritual y es digno de llevarla. A muchos de los que están aquí no les corresponde estar en esta esfera, sino que vinieron a este valle desde la primera, la segunda y muchas otras esferas para contemplar la luz que irradia la cruz. A todos se les dio la oportunidad de presenciar esta fiesta y cuando al rato vuelvan, se les manifestará el deseo por superarse.

Son guiados, al igual que tú, pues de lo contrario, volverían a caer en el lugar del que vinieron, porque no podrían aguantar la luz y el calor de esta esfera. Por eso también es necesario que sean rodeados por la radiación del fluido de sus líderes espirituales (—dijo).

Al lado del portador de la cruz iban dos hombres más jóvenes, también con túnicas magníficas, que André miró con mucho interés, puesto que cada uno de ellos llevaba un libro adornado con hermosas cintas y flores. No podía leer lo que decía la cubierta.

—¿No puedes leerlo, hijo mío?

—No, Alcar, así que de nuevo sabía usted lo que se me pasaba por la cabeza.

—No solo leí tus pensamientos y lo que pone en los libros, sino también lo que significan los títulos. Lo que llevan cargando son los libros vitales, que significan sabiduría, fuerza y amor, cosas que tienen que ver con la tierra y varios otros planetas.

A Alcar le encantaba que André quisiera saberlo todo y que pudiera satisfacer su sed de conocimiento.

—¿Cómo puedes saberlo, Alcar, a esta distancia?

—Nuevamente gracias a la fuerza espiritual.

Más adelante, cuando hayas llegado a este punto y poseas esta fuerza espiritual, podrás tú también, al igual que yo, constatar estas y muchas otras cosas.

Podrás hacerlo mientras vivas todavía en la tierra; tanto te desarrollaré. Conozco el significado, aunque no los haya leído, solo gracias a la concentración.

Estos dos jóvenes eran seguidos por unos cincuenta más, todos envueltos en túnicas malva y llevando muchas insignias de una orden en el brazo izquierdo y en el pecho.

—¿Qué significan estas órdenes? Son distintivos de honor, ¿no es así?

—Sin duda, André, pero no las compares con las de la tierra. Allí se otorgan muchas veces sin razón y a menudo también solo por cuestiones materiales y no por hechos espirituales.

No se cuestiona cómo se merecen. Todo se mira solo con ojos materiales y no tiene nada que ver con las leyes de Dios.

¿Qué valor pueden tener estas órdenes cuando el ser humano se encuentra

en un nivel espiritual bajo?

¿Entiendes lo que quiero decir, André?

—Sí, Alcar.

—Cuando no son por méritos espirituales, no tienen valor alguno. Los que llevan estas insignias en las esferas, como estos jóvenes, las han merecido espiritualmente.

Se las reconoce por su luz, por su irradiación y fuerza y por su amor por todo y por todos. Sus grados y títulos son una posesión espiritual, sagrada. Luego volveré sobre el punto; entonces visitaremos lugares donde hay muchos de la tierra que allí se habían ataviado el pecho con condecoraciones de metal, solo por presunción y vanidad.

Podría hablar de esto mucho tiempo, pero ahora deja que te diga tan solo esto: a muchos se les hace burla al presumir de sus posesiones anteriores o lo que solían ser.

Muchas personas de prestigio, según ideas terrenales, se encuentran aquí en las esferas oscuras y allí de qué sirve ataviarse de esa manera, cuando en su alma todo es oscuridad. No, aquí el brillo exterior ya no tiene valor; el ser humano tiene que brillar por dentro.

Solo esto lo perfilará como un ser humano que da y vive únicamente porque lleva la luz de Dios por dentro y alrededor suyo. Entonces es bello, entonces lleva órdenes de fuerza espiritual y los ayudará a todos. Por eso, hijo mío: ataviate con las insignias de Dios; son la sabiduría, la fuerza y el amor, merecidos en sencillez y humildad. Así podrás apoyar a las personas, que entonces entenderán que todo es amor. Dios les dio a estos jóvenes órdenes espirituales, que llevan con sencillez, puesto que se ofrecen para hacer el bien y quieren amar todo lo que es la vida de Dios.

Así presentarán ahora examen en el imponente estudio de las leyes vitales. Por eso han traído esos libros.

André vio que en el rostro de todos se podía apreciar una felicidad radiante.

En el centro del valle se habían posicionado unas carrozas, adornadas con las flores más hermosas de las esferas, y que llevaban como símbolos: la sabiduría, la fuerza y el amor. Todo se había compuesto armoniosamente, formando un solo conjunto.

Al lado de los jóvenes iban los sabios que tenían que examinarlos. Todos estos espíritus irradiaban felicidad y sabiduría.

—Estos hombres, André, serían viejos en la tierra, pero ¿qué es aquí ser viejo? ¿Qué es aquí el tiempo? Nada, claro, en comparación con la Eternidad. Son todos jóvenes porque poseen fuerza espiritual. En la Eternidad no se envejece, porque el espíritu se mantiene joven eternamente.

A André todo esto le parecía imponente. No podía encontrar palabras para

expresar cómo le hacía sentir. Una cosa era incluso más bella que otra, pero bien sentía que aquí estaba en la Eternidad, lo veía en todo. Ahora sentía con absoluta seguridad que Dios es amor.

—Ellos conocen el amor verdadero, André, y lo poseen. Es su fuerza más grande; por eso rebosan de felicidad y de pensamientos armoniosos y sagrados.

Ya que ahora la columna se dirige a aquel templo, que alcanzas a ver desde aquí, nos apresuraremos para llegar antes. Entonces te mostraré otra cosa bella, antes de que empiece la ceremonia; si no, ya no nos dará tiempo. Hay más cosas allí que te impresionarán.

Mientras avanzaban, Alcar le preguntó si no había visto algo llamativo en varias de las inteligencias.

—Sí, Alcar, sé a qué se refiere. Cuando veníamos habló de eso. ¿No es así?

—Así es, hijo mío.

—Vi a muchos, no solo hombres sino también mujeres, que están rodeados por la doble luz. Es a eso a lo que se refiere. ¿Cierto, Alcar?

—Me conmueve que hayas podido constatar eso por tu cuenta, porque hay espíritus que ya llevan años y años aquí y que no pueden intuirlo todavía, ni que pueden ver si están tratando con el espíritu de un ser humano material o con un espíritu astral. Es decir: con el espíritu de un habitante de la tierra o con un habitante de las esferas. Los espíritus más bajos tampoco pueden intuirlo, porque en la tierra no aprovecharon la oportunidad de enriquecerse de manera espiritual, por lo que, al llegar a las esferas, son muy pobres espiritualmente.

Ahora bien, hay aquí muchos espíritus protectores quienes, al igual que yo, pretenden desarrollar a sus instrumentos, para mostrarles todo como es en la realidad y para darles la convicción de la gracia que se nos da al sernos concedido vivir aquí.

Ahora hemos llegado al “Templo de la Verdad”, que se usa ahora como lugar para examinarse. Si no supiéramos que nos encontramos en las esferas, pensaríamos que este edificio había sido erigido por manos terrenales. Se parece mucho a un templo de piedra en la tierra, aunque no haya nada material que se pueda descubrir en él. Más adelante te lo explicaré y te daré una aclaración completa al respecto.

Extraemos todo del Cosmos. Allí se encuentran ocultos todavía muchos secretos, no solo relacionados con la arquitectura, sino también en cuanto a muchas otras artes y ciencias. ¿No es de una belleza maravillosa, André? ¿Acaso se creería en la tierra que en el más allá se pueden encontrar casas, edificios y templos? Aun así, poseemos aquí todo lo que se pueda imaginar, pero en forma mucho más perfecta, mientras que obviamente la sustancia tiene que ser pensada de manera espiritual. Así como en la tierra todo está

presente en forma material, y por lo tanto en estado más basto, el reino del espíritu está construido de forma espiritual.

Los iguales se atraen. Nosotros, habitantes de las esferas, somos seres astrales, así que aquí todo debe adaptarse a nosotros. Y conforme más elevada sea la esfera en que nos encontremos, en la misma medida todo será más perfecto allí, hasta que en las regiones más elevadas se llegue a lo más perfecto, lo completamente etéreo. Luego hablaremos también más en detalle sobre este punto; ahora quedan todavía muchas cosas que debes ver, porque te tiene que hacer avanzar espiritualmente. Así que entremos.

Entraron a un gran vestíbulo, donde ya estaban presentes muchas inteligencias.

También aquí, André vio muchos espíritus que aún vivían en la tierra y que por lo tanto se habían desdoblado. Había una calma y un silencio totales. Sintió claramente que todo esto estaba siendo dirigido por una mano poderosa.

En el centro del templo había una gran fuente, rodeada por hermosas flores de bellos colores. Detrás había un púlpito, también adornado con flores. La abundancia de la belleza era tal que lo conmovió mucho. El conjunto era un jardín de flores perfecto. Una representación simbólica ocupaba el centro de la fuente; el agua que brotaba era esparcida por encima de todas las plantas y flores. A todas les tocaba su parte; ni una sola plantita quedaba olvidada. Todo estaba impregnado de armonía y amor. La flor grande recibía un poco más que la más pequeña y la planta grande un poco más que la planta más pequeña; todo se regaba de tal manera y recibía la cantidad que le correspondía por su tamaño y necesidad.

—Hay armonía en todo, hijo mío, y llama la atención que todos intuyan aquí de manera tan distinta algo que en la tierra pueda parecer, en efecto, muy normal. Eso es así, a su vez, porque aquí todos están sintonizados con esto. Es el gran encanto que transmite. Eso lo tiene que sentir el ser humano. ¿No es magnífico, André? Ves que cautiva a todos. Los que la hicieron son espíritus elevados, que sin duda poseen en un alto grado la fuerza armoniosa y espiritual que han puesto en esta fuente, porque esta nos habla y nos obliga a pensar en Dios, porque Él está en todo y porque Él tiene que ser comprendido en Su sabiduría y en Su fuerza armoniosa por lo espiritual en nosotros. Así que nos enseña a hacer todo armoniosamente, como Dios lo desea de nosotros. Sin duda que esta fuente tiene un sentido profundo.

—Siento, Alcar, que fue hecha con esta intención.

—También este comentario es muy acertado.

Hace un momento ya te dije lo que nos enseña, ¿cierto? Ves que todos los presentes están cautivados por su influencia. Ese es el gran misterio que reside en todo lo que tiene que ver con lo Divino. Los caminos y las leyes de

Dios son inescrutables para el ser humano. Aun así, todo es sencillo cuando se quiere ser uno en armonía con Dios. Eso no quiere decir de forma personal con Dios, sino que me refiero a vivir de tal manera como Él les indica a todos Sus hijos. Así, esta fuente es la representación simbólica del ser humano, que significa armonía, sabiduría, fuerza y amor.

—Ahora lo entiendo todo, Alcar.

—Afortunadamente, hijo mío. Si queremos ser uno con Dios, percibimos que existe un contacto, que lo amamos, que somos Sus hijos, como debe ser. Todos debemos ser los hijos de Dios, ansiosos por sabiduría, fuerza y amor. Entonces avanza el ser humano, entonces irradia.

Aquellos que están por llegar también entenderán el propósito de esta representación simbólica. Para ellos son muy atinadas las palabras: “Y no olvides un solo tallo en tu campo, pues todo, por más nimio que sea, tiene el derecho de existir, tiene el derecho de vivir”. ¿Te queda claro todo, André? Riega todo y no se olvida de nada. Así también nosotros tenemos que hacer todo en amor. Es nuestro alimento espiritual y nuestra fuerza. Los profesores espirituales aclararán a sus alumnos en toda armonía cómo la fuente lleva a cabo su trabajo. Son capaces de eso gracias a su recíproco amor por Dios. En todo recorren el sendero del amor, porque el amor es lo más elevado y lo más sagrado que Él haya creado. En un momento uno de los líderes espirituales hablará a los que se examinan, a aquellos que viven aquí y a aquellos que, al igual que tú, han venido desde la tierra para presenciar esto. A todos les indicará la gran fuerza interior que poseen.

Ahora sonó el toque de las trompetas para anunciar que había llegado toda la columna y que se podía empezar. Uno de los sabios, envuelto en una hermosa túnica, se había colocado en el púlpito. Encima de él colgaba la cruz luminosa, que había sido adornada ahora, como señal de pureza, con azucenas blancas. Era la luz sagrada, pura y blanca que irradiaba Cristo como el Hijo Perfecto de Dios.

Se hizo un silencio absoluto y todos se arrodillaron; había llegado el momento solemne, sagrado.

Conmovió mucho a André.

—Este líder espiritual se conoce aquí como un Espíritu del Amor, un nombre honorífico que se ha merecido con sus actos. Hablará de la “Confianza en uno mismo”, André; eso también lo sé ya. Les dará a todos apoyo y fuerza para su desarrollo.

El orador empezó con voz clara y sonora:

—¡Hermanas y hermanos míos! Ustedes que van a examinarse, ustedes que aún viven en la tierra, pero también ustedes que ya viven de este lado, todos ustedes que están cargados y agobiados, quiero dirigirme a todos ustedes. Cuando la vida se les haga demasiado pesada y no sepan a dónde ir,

confíen. Cada lucha en la vida es difícil, pero les digo: la cabeza en alto, la mirada hacia Dios, la mirada hacia la Luz de Dios. Siguiendo ese camino lograrán muchas, muchísimas cosas. ¡Hermanas y hermanos! Tengan ánimo. Queremos ayudarlos a pasar por esta dura lucha. Vengo entre ustedes como su amigo y les traigo palabras de apoyo y consuelo. Y es para mí una necesidad darles la confianza en ustedes mismos, porque ¿qué es un ser humano sin confianza en sí mismo? ¿Acaso no son los restos de un naufragio en el océano de la vida? La confianza en uno mismo con toda la seguridad, que les ofrece la posibilidad de lograr algo, de realizar algo, ¿no es acaso lo más esencial en la existencia humana, aquí en las esferas y en la tierra? Y esto sirve entonces para girar la mirada hacia lo elevado en nuestra autoconfianza. La palabra es tan sencilla. Confíe en usted mismo. Significa: primero volverse al revés uno mismo y luego ver qué hay de bueno y qué hay que considerar inservible. Y si luego le queda algo de confianza en usted mismo, entonces recae en usted la dura tarea de mostrar humildad, para hacer crecer lo poco bueno que haya en usted. Esto embellece el espíritu y la envoltura del ser humano en la tierra. Pero tengan sobre todo cuidado de que la confianza en ustedes mismos no vaya a degenerarse nunca en vanidad, y velen siempre por eso. La confianza en uno mismo es la fuente de energía que debe llevar su camino hacia el bien. La falta de confianza en uno mismo los hace pequeños, los hace nimios y les causa una sensación de inferioridad. La confianza en uno mismo le da fuerza, no solo para su posición social, sino que en primer lugar tiene que ser la fuente en la que encuentre su alimento todo lo bueno de la vida en la tierra y en las esferas. Así que no solo es válido para el ser humano en sus preocupaciones terrenales, sino a la vez, y más bien en primer lugar, para su amor hacia la Creación de Dios, hacia el Omnipoder de Dios, hacia sus prójimos y hacia el bien. Todo eso les hace falta a ustedes, aquí y en la tierra. Y cuando Dios les encargue un cometido, por más difícil que sea, lo tienen que aceptar y tienen que confiar en que puedan cumplir con él. Y entonces intuirán lo sagrado en ello y dirán: “Qué agradecido estoy porque Dios me diera ese cometido y de que pueda cumplirlo”. Entonces, queridos, habrá crecido y se habrá fortalecido su confianza en ustedes mismos y después de toda su lucha y todas sus dificultades, sentirán que habrán reunido fuerza para llevar a cabo el cometido que se les ha encargado y que así se habrán elevado espiritualmente ustedes mismos. Entonces se les habrá restituido la confianza en ustedes mismos y podrán alejar todos los pensamientos sombríos, dándose cuenta de que fue Dios quien les dio esta fuerza y que Él les encargó el trabajo, pero a la vez entenderán que su Padre misericordioso no desea de ustedes nada que no puedan llevar a cabo. Tengan confianza en la victoria de su lucha vital. Tengan confianza a pesar de las contrariedades que encontrarán incorporadas a su camino vital. Pero sobre todo tengan confianza en el

Amor que Dios le regaló al hombre como mayor don. La autoconfianza y el conocimiento de ustedes mismos los guían automáticamente hacia el Amor sagrado de Dios. Para ninguno de ustedes la lucha vital es fácil, pero sepan que, conforme más dura sea la lucha, más bella será la victoria. Porque solo aquellos que quieran triunfar a pesar de todas las penas y preocupaciones recibirán la bendición de Dios. Se someterán a la voluntad de Dios, estando de acuerdo con todo y aceptando todo. Porque aquellos que no conocen lucha, tampoco pueden elevarse. Se hundan cada vez más, porque les hace falta la única cosa que necesita el ser humano para ser él mismo. Y es la confianza en uno mismo. Libren su lucha por el bien, pero asegúrense de salir victoriosos y que esté en ustedes la confianza de hacer despertar el bien dentro de ustedes, de mantenerlo despierto. Tengan confianza en ustedes mismos, tengan confianza en ustedes mismos, y entonces también confiarán en Dios. Pero aunque esta lección de vida les parezca acertada, muchas veces es tan difícil seguirla, ¿no es así? Entonces recuerden siempre que son hijos del Padre Todopoderoso, que nunca olvida a los Suyos en todas sus penas y preocupaciones, sino que los apoya en los tiempos oscuros, tanto en la tierra como en las esferas. Por eso alcen con plena confianza la vista hacia aquel que llaman su Padre. Y si en algún momento inclinaran la cabeza, diciendo desde lo más profundo de su corazón: “Padre, no puedo más”, entonces levántense de nuevo y menosprecien todas sus preocupaciones. Entonces las verán sin duda de otra manera, porque entonces Dios, en toda Su gran bondad, les habrá devuelto la autoconfianza que les faltaba. Hombres: recen mucho; por su trabajo y por sus estudios. Recen cuando estén alegres, pero también cuando tengan dificultades. Recen cuando puedan, y quiéranlo siempre. Recen por confianza en ustedes mismos, porque sepan, que sin ella no pueden ser hijos de Dios. Recen porque nunca se les quite eso, porque entonces experimentarían lo nimios que son, porque entonces solo serían materia sin fuerza. Le rezo al Padre de todos nosotros porque los ayude, les apoye, les dé fuerza y por que les dé: sabiduría, fuerza y amor. Por que les dé la confianza en ustedes mismos que les hace falta para poder alcanzar el bien. Que la bendición de Dios esté con todos ustedes. Amén.

Un profundo silencio le siguió al discurso y a la oración de esta alta inteligencia.

Luego otro espíritu, con una túnica de otro color, se subió al púlpito y les dirigió las siguientes palabras a los presentes:

—¡Mis queridos, hermanas y hermanos! Yo también quiero dirigirles algunas palabras. Cuando todo en la vida se les haga demasiado pesado, aquí en las esferas como en la tierra, recen entonces, recen una y otra vez. El amor es lo más elevado, lo más elevado de todo, lo más sagrado, lo más sagrado de todo. Dios los bendice por cada victoria que logren sobre ustedes mismos.

Pero es difícil y muchas veces se verán ante casos casi insuperables. Pero entonces Dios dice: “Tienes que hacer mi voluntad”, y contestarán: “Dios mío, no puedo”. Pero Dios dice implacable: “Tienes que hacerlo”, y cada vez sentirán de nuevo Su inquebrantable voluntad. “Tienes que hacerlo, hijo mío; así debe ser, Yo lo quiero así”. Entonces piensan que no pueden y que se quieren resistir al máximo. Pero Dios insiste y finalmente habrán llegado a ese punto y luego inclinan la cabeza ante la voluntad severa pero sagrada de Dios y habrán logrado una victoria sobre ustedes mismos en la lucha tan amarga, tan pesada y tan dolorosa, que les costó sangre del corazón. Y aun así, tenían que hacerlo. Entonces, muy suavemente, Dios les pondrá las manos en la cabeza inclinada y dirá: “Muy bien, hijo Mío, estoy contigo”.

Para todos ustedes llegarán esas horas difíciles; no las eludan, porque de todos modos no hay manera de evadirlas. Afronten la lucha pura y no intenten esquivarla, porque no es la voluntad de ustedes la que se tiene que hacer, sino la de Dios. Amén.

Todos estaban profundamente conmovidos y sentían la influencia sagrada de las palabras que se les daban aquí para apoyarlos y fortalecerlos. André también estaba muy conmovido por las oraciones tan fervorosas pero a la vez tan sencillas, por el apoyo espiritual y por todo lo que le fue concedido contemplar en las esferas. Incidieron mucho en él, y en su corazón le dio las gracias a Dios fervientemente por esta mirada en el Mundo Elevado.

—Ven, André, ahora es nuestro momento de partida.

—Oh, Alcar, qué bello es, qué sagrado es todo aquí. Si pudiera quedarme aquí, ¡qué feliz sería!

—Eso vendrá más adelante, hijo mío; cuando llegues aquí definitivamente, serás feliz para siempre. Esta fiesta seguirá y más sabios tomarán la palabra, pero tenemos que volver a la tierra.

Pero antes de irnos, te pido que retengas todo bien, para que puedas contarlo en la tierra.

André miró una vez más a todos los que estaban a su alrededor y la magnificencia de las esferas.

—Separarme de esto me es de verdad muy difícil, Alcar.

—Siente bien todo, hijo; también tienes que retener la gloriosa influencia de estas esferas, porque por ahora no volveremos aquí; por lo menos por el momento no volverás a ver todo esto.

Planeando se fueron acercando a la tierra.

—Tenemos dos horas más de tiempo, que usaremos para que en el camino hablemos ciertas cosas y puedas asimilarlas. Ahora estamos a la misma altura que en nuestro viaje de ida, cuando pudimos ver la tierra, aunque ahora en sentido contrario. Porque mira, ahora está por encima de nosotros, como en

la tierra ves el sol. Alza la mirada en línea oblicua. Esa es la tierra.

André vio de nuevo el planeta con su irradiación oscura.

—Sus habitantes siempre buscan cosas oscuras, André, y por lo tanto se olvidan de encontrar la luz que tenía que ser su alimento espiritual. Unos envidian a otros lo que estos se han ganado de manera honrada. No quedan contentos con una ganancia razonable; intentan juntar lo más que puedan a costa de sus hermanas y hermanos, a quienes infligen así mucha pena y dolor. Así se arrastra el ser humano por la vida. Así vive en un oscuro infierno, que no quiere ver de todas formas. Ahora puedes ver la gran diferencia entre la influencia que has percibido en la tercera esfera y la que irradia la tierra.

—Pero si en la tierra hay quienes rezan, Alcar. ¿No tiene entonces valor alguno? ¿No ayuda? Las oraciones que se elevan hacia arriba, a Dios, ¿no pueden acaso iluminar la tierra?

—Se reza mucho, hijo mío, muchísimo, pero no en sencillez y humildad, porque el ser humano siempre reza para sí mismo. Dios no se percata de sus oraciones. Claro que se reza, pero son solo pocos los que elevan una oración libre de amor e interés propios. La mayoría de las oraciones que pasan a nuestro lado, porque una oración que va escalando hasta Dios pasa por nosotros, están llenas de peticiones, llenas de pensamientos egoístas. La gente no lo busca a Él: en primer lugar se busca a sí misma. Unos piden dinero, otros sabiduría. Y aun otros piden ganar una guerra. Y así sigue. Se pide sabiduría para usarla para el mal; está reñido con las leyes de Dios. Así se reza, hijo mío. Hace un rato escuchaste con cuánta sencillez los espíritus elevados nos hablaron y rezaron. Nosotros también le daremos gracias a Dios e intentaremos acercarnos a Él en sencillez. Las personas ya no saben cómo tienen que amar a Dios y sus oraciones ya no salen desde lo más profundo de sus corazones. Antes de despedirnos elevaremos nuestra oración en sencillez hacia Dios, como es debido. Como un hijo le reza a su padre. Ven, arrodíllate a mi lado y démosle gracias a Dios por habernos dado la felicidad de poder ayudar a la gente en la tierra por Su gracia. Le daremos gracias por el apoyo y la fuerza que hemos recibido en las esferas (—anunció).

Muy pegados el uno al otro, hombro con hombro, le rezaron a Dios y André oyó que a Alcar le temblaba la voz al decir:

—Padre Todopoderoso. Han pasado muchos días, aunque desaparecieran en la Eternidad. Hemos conocido suerte y desgracia, y se nos ha apoyado. Gracias, Padre, pues somos débiles. Somos débiles porque queremos y muchísimas veces no podemos. Padre, somos débiles porque somos humanos, pero también queremos ir hacia lo elevado, Padre, y hay un sagrado llamamiento en nuestro corazón, un grito en busca de apoyo, y sentimos cómo el espíritu nos agarra, llevándonos hacia lo más elevado. Ten piedad de nosotros, Padre, que hemos pecado. Tú, Omnipoder de amor, guíanos y

danos fuerza. Nos impulsas, nos impulsas sin tregua por nuestro sendero, para buscar y encontrar. Te damos gracias, Padre, por todo en nuestra vida, por la alegría y la tristeza, por la felicidad y el sufrimiento. Padre, haznos cargar con todo, pero no nos abandones. Sabemos que has venido a nosotros en Tu Amor omnipoteroso. Sabemos que nos apoyarás y que nos perdonarás y por eso, Padre, te damos gracias. Rogamos que seas misericordioso con nuestros pecados e intentaremos acercarnos a ti. Padre, nuevamente, perdónanos nuestras culpas y nuestros pecados. Quítanos el velo del mal y déjanos llegar a Tu Casa Paterna. Te damos gracias. Amén.

André miró entre lágrimas a su líder espiritual. Le abrumaban las emociones. Sintió que la oración de Alcar era sencilla pero muy fervorosa; no pudo controlarse más y se echó a los brazos de su líder espiritual, lleno de felicidad y amor por su Dios Omnipotente.

—Puedes llorar, André, puedes llorar, hijo. De vez en cuando es bueno poder llorar todo lo que haya que llorar. Puedes llorar. Es una prueba de que tu corazón está lleno de emoción, porque has inclinado la cabeza, porque le has pedido perdón a Dios con sinceridad. Esto te hará más fuerte; no te preocupes. Bueno, ¿ya te sientes mejor? ¿Ya tienes otra vez suficiente fuerza para cargarlo todo?

—Sí, Alcar, pero me resulta tan abrumador todo esto.

—Lo es, hijo mío. Pero ven, ahora tenemos que irnos. Esta era la oración que ya desde niño, cuando aún vivía en la tierra, elevaba a Dios, y cada vez que la pronunciaba desde lo más profundo de mi corazón, sentía que me iban inundando un gran sosiego y paz. Siempre me ha fortalecido, porque cuando se reza con humildad, sin amor propio, cuando nos ponemos al hombro la cruz que Dios nos da a cargar, encontraremos fuerza en la oración y nos consolará, cada vez más. No refunfuñes ni te quejes si llegara el momento en que la vida se te hace demasiado pesada. La lucha te hará más sabio y te hará crecer espiritualmente porque si nunca tuvieras oscuridad a tu alrededor, no sabrías apreciar la luz.

Podríamos seguir hablándolo durante horas, pero el tiempo apremia ya.

En muy poco tiempo habían vuelto a la casa paterna de André. Todo estaba muy tranquilo todavía y los ayudantes de Alcar seguían en su habitación; se acercaron de inmediato para saludar a su hermano.

—¿Entendiste mis mensajes, Adonis?

—Sí, hermano.

Ahora André sabía quién era Adonis. Este lo miró sonriendo y le preguntó si todo lo que había vivido lo había impresionado.

—No sé qué decirle. Las palabras no alcanzan para dar una descripción de toda esta belleza.

Ahora Adonis y sus amigos se fueron, después de que Alcar les hubiera dicho que luego les avisaría para un trabajo nuevo. Entonces André sintió que había llegado el momento de despedirse y fue presa de una sensación de angustia. Ahora tenía que volver a separarse de su amado líder espiritual y no podía ya contener sus lágrimas.

—Tranquilo, André, hay que ser fuerte, hijo. Si no nos vamos a separar para siempre. Solo es por un rato corto; luego me volverás a ver de espíritu a espíritu. Además, siempre estoy a tu lado; ¿acaso no me oyes y ves siempre? Este es el final de tu primer viaje que hiciste desdoblándote y yéndote a las esferas. Sé fuerte; iremos en otras ocasiones, haremos más viajes y esperemos que todos sean exitosos. Ahora, antes de volver a tu cuerpo, te voy a quitar mi fluido y mi fuerte voluntad, porque si se me olvidara eso, mañana tendría lugar en ti un extraño fenómeno. Si no te librara de mi fluido, penetraría hasta en tu cuerpo material, lo que sentirías con fuerza y te dificultaría tu trabajo terrenal. Naturalmente, esto es algo que tengo que evitar y tengo que encargarme de que despiertes tranquilamente después de este primer viaje. El descenso en tu cuerpo ocasionará una suave sacudida, que no se puede evitar, sin importar de qué manera aplique mis medidas de precaución. Después de despertar, todo lo que escuchaste y contemplaste en las esferas volverá poco a poco a tu memoria.

En ese momento, André sintió un cansancio terrible.

—¿Qué significa, Alcar?

—Significa que te he librado de mi fluido y de mi fuerte voluntad. Estabas sintonizado con las esferas y ahora tu cuerpo espiritual está de nuevo dispuesto a descender en el cuerpo material (—explicó).

Después se estremeció y todo el cansancio había desaparecido.

—Ya está, André. Ahora te he desmagnetizado, lo que también hice cuando partimos. Y ahora, ¡adiós! Aquí está tu vestimenta, tu envoltura material.

Una vez más, André se arrodilló ante su amigo espiritual, dándole las gracias por todo lo que se le había dado.

De repente se hizo la oscuridad y ya no vio a su líder espiritual. De nuevo sintió que ascendía; era como si lo levantaran. Luego parecía que bajaba. Después ya no pudo acordarse de nada. Despertó de golpe, se incorporó de un brinco y vio que solo eran las siete de la mañana. ‘Bueno’, pensó, ‘entonces tengo un poco más de tiempo’. Su cuerpo estaba sudoroso y tenía gotas de sudor en la frente. Pensó que había dormido profundamente, porque tenía los ojos pesados; también sentía una presión que le ceñía la cabeza. Pero pronto volvió a sumergirse en un profundo descanso. Luego su madre lo fue a despertar, y bajó con el cuerpo descansado.

Toda la mañana pasó tranquilamente. No oía nada; todo estaba quieto a su alrededor; pero por la tarde, cuando estaba cavilando un poco, de repente

vio a Alcar a su lado.

—André —oyó que le dijo—, ¿te sientes cansado? Escucha, hay algo que te tengo que decir. Supongo que sabrás que esta noche estuviste conmigo en las esferas. Es por eso que sientes eso que te ciñe la cabeza, que ahora pronto desaparecerá. Mañana te volverás a acordar de todo. Entonces podrás concentrarte mejor y entenderás lo que hemos visto juntos. Ahora quiero hacer un dibujo.

André preparó papel y pinturas al pastel y en poco tiempo había tomado posesión de él. Se dibujaron flores extrañas, pero cuando esa pieza estuvo terminada, le pareció conocer esas flores. ¿Dónde las había visto antes? No se acordaba bien. En todo caso, no eran flores de la tierra, porque tenían una forma extraña.

Eran flores espirituales, le contó Alcar. Eran de hermosos colores y se habían hecho en media hora. ¡Cuánta bondad tenía con él su líder espiritual!

—He tomado posesión de ti por un motivo particular, y no podía hacerlo de mejor manera que provocándote un trance.

En el tiempo en que usé tu organismo, también incidí en tu cuerpo material; la cinta alrededor de la cabeza y el cansancio han desaparecido ahora.

Al usar tu organismo te he librado de todo lo que te molestaba. Lo puede hacer solo quien sepa usar las fuerzas elevadas y quien esté él mismo sintonizado. Es la protección que le debemos a la bondad de Dios. Por cierto, André: lo que llevas ahora en tu subconsciente se te dio conscientemente en las esferas. Te ayudaré a reavivar el recuerdo en tu interior.

Alcar se fue.

Esto también ya había concluido. Y André se había enriquecido no solo espiritualmente, sino que también había recibido un bello dibujo, hecho por manos espirituales. Luego pasó un breve periodo en el que se desarrolló rápidamente su mediumnidad. También su condición clarividente hizo grandes avances y sobre todo en el ver e intuir de los enfermos progresó mucho.

Las cuestiones materiales le eran secundarias; de todo no sacaba más que las verdades espirituales. Alcar quería que también su don psicométrico lo ayudara en la intuición y el diagnóstico de enfermedades, y en la curación de estas.

Los resultados fueron maravillosos. Muchos fueron a verlo, y pudo mostrarles con hechos, gracias a su don mediúmnic, lo bueno que sería para la humanidad que se adoptaran fuerzas verdaderas, es decir: que las adoptaran aquellos que poseen estos dones, lo que significaría un apoyo y una bendición para muchas personas.

La transición

La tía de André ya llevaba enferma algunos años; a veces su condición mejoraba, pero la mayor parte del tiempo estaba mal. No poseía belleza física, pero era amada por su bello carácter, pues siempre intentaba animar a la gente y ayudarla; dar lo más que podía. Según la opinión del médico podía vivir todavía un tiempo más, pero Alcar le comunicó a André que no había curación posible y que pronto haría la transición.

Durante los últimos meses, André había hecho muchas cosas por ella; la reconfortaba y disfrutaba enormemente con que fuera a verla para ayudarla.

—Hijo —decía siempre—, hay algo bello en ti. Todavía podrás ayudar a mucha gente.

Con frecuencia le mandaba alguna cosa para los demás enfermos. Él la quería mucho; era muy cariñosa y buena.

Alcar le había dicho que la enfermedad se agravaría esta semana; ya le diría con más precisión lo que tenía que hacer.

Su madre estaba muy afligida, lo percibía claramente.

A él mismo no le causaba tanto pesar que su tía tuviera que morir, puesto que en el más allá sería feliz. Y es que ya había sufrido suficiente. Al partir quedaría liberada de todo su sufrimiento y estaría de nuevo sana y podría caminar, después de deponer su vestimenta material.

André hablaba mucho con su madre cuando estaba desalentada y caía presa de la tristeza.

—Vamos, mamá, por favor no esté tan triste. Y es que ella será feliz. No tiene que preocuparse por ella; es una buena mujer, una persona excepcional y no será infeliz, porque está dispuesta a morir y partir. Para ella es una liberación. ¿Me cree?

Confíe, mamá; Dios le dará a usted la fuerza de cargar con esto. No se complique más las cosas; Alcar nos ayudará. Con tantas cosas que ya hace por nosotros el mundo espiritual. Cuántas cosas hemos recibido últimamente, ¿no es así? Vamos, hay que ser fuertes y estar agradecidos. Bastante tiempo ya ha sufrido mi tía; ¿quisiera retenerla aquí? ¿No ha sufrido suficiente?; ¿acaso quisiera que tuviera que seguir así, en la cama? No, no es así, no quiere eso. Para eso la ama demasiado. ¿Qué es la muerte para ella? ¿Acaso todas mis palabras y las de Alcar no le dicen nada? ¿Acaso la muerte no es una salvación si se sabe que la vida es eterna? Ahora muestre que lo sabe. Vamos, mamá, ya no llore.

André la animaba porque ella amaba tanto a su hermana, que ahora partiría de su lado.

‘Sí’, pensó la madre Hendriks, ‘André tiene razón’.

Un año tras otro, la enferma había estado siempre en cama y ahora llegaría el final. Su muchacho le daba valor y fuerza, lo sentía bien, para soportar la pérdida. Hablaba con la convicción de alguien que sabe.

Siempre pasaban juntos los domingos. No iba a ninguna parte y tenía solo pocos amigos. Apenas eran unos cuantos con los que podía hablar de estas cosas que lo ocupaban tanto y a las que se entregaba por completo. De todas formas, la gente no lo entendía y él no sentía deseo alguno de hacer las cosas que quisieran los demás.

No, ya no podía, ahora que había recibido algo tan bello. No hablaban de otra cosa que de nimiedades terrenales y esas ya no le interesaban. No se sentía atraído hacia esas personas y por eso ya no buscaba su compañía. Tenían tantas ganas de llevarlo por el camino que serpentea sin rumbo por la vida. Se sentía feliz con todos los tesoros espirituales que Alcar le había dado y enseñado, y evitaba a los demás, porque no querían hacer más que las cosas fáciles. Pues que todas estas personas vivieran entonces conforme a como vieran la vida; él no estaba para eso. Quería vivir como sentía que había que hacerlo, conscientemente. La mayoría de las personas no vivía por su propia cuenta, sino que eran vividas a través de la voluntad de otros. Le causaban repulsión las personas que intentaban imponerse a otros, obligando a los demás a hacer las cosas que ellas querían. También le parecía terrible cuando le ofrecían regalos que involucraran interés propio; lo sentía de inmediato y entonces carecían de todo valor para él. Lo que no se daba con amor, desde el corazón, ataría al que recibía, y a él le era imposible seguir tratando a ese tipo de personas, que así quisieran imponerle su voluntad. Se sentía incómodo en su compañía. Entonces más valía estar solo e ir por el camino que se le había mostrado; con honestidad y rectitud en el amor verdadero hacia Dios. La gente tenía que dar por amor, no para recibir bienes terrenales ni influencia mundana, o para las apariencias; ni tampoco para recibir gratitud. Quería vivir como lo quería Alcar.

Colmado de estos pensamientos bajó una mañana, y encontró a su madre sola. Después de haberle dado los buenos días, le preguntó:

—¿Dónde está papá?

—Tu padre fue a la iglesia; yo ya fui, fui a misa de siete.

Su madre lo miró, pero no dijo nada más. André sintió bien lo que quería decir su madre; la iglesia no los dejaba en paz. Después de desayunar, se vistió. —¿Hace bueno, mamá?

—Sí, hijo, es un día glorioso.

—Bien, entonces voy a dar un paseo. Como a las doce seguramente estaré

de vuelta, mamá.

—Muy bien, André.

Su madre lo miró irse; amaba mucho a su hijo. ¡Cómo había cambiado! Últimamente no había ido mucho a la iglesia. Desde que había comenzado con esas cosas, ya no la había pisado. Bien sentía ella que su padre no había dicho la última palabra al respecto. Cada vez volvía al asunto. Le gustaba que lo acompañara. Pero André no lo hacía; no sentía ya nada por la iglesia, pero a Hendriks eso no le bastaba. El chico bien podría ir a la iglesia a pesar de sus extrañas ideas, le había dicho a su mujer.

Hendriks llegó a casa alrededor de las once.

—¿Dónde está el chico, Marie?

—Fue a dar un paseo, papá; me dijo que regresaba alrededor de las doce.

—Qué bello sermón el de esta mañana, Marie. No entiendo que no le atraiga al chico. No me entra en la cabeza; con lo bello que es. No, Marie, no me deja contento.

Aunque a su madre le habría gustado ver que acompañara a su padre, tomó partido por André.

—Vamos, Willem, déjalo. Si no hace nada malo. Si reza, lo dice él mismo, todos los días. Es cierto, últimamente ya no podemos entenderlo, lo admito, pero a pesar de eso se porta bien. Todo lo que hace es bueno, ¿no es así? Eso sí que tendrás que admitirlo.

—Sí, será muy cierto todo eso, mamá, pero aun así debería ir a la iglesia.

André estaba fuera, pasándolo de maravilla en la naturaleza. Allí lo tenía todo, veía la vida en todo y disfrutaba de todo. Esta era la creación de Dios y la gente ni se percataba de ello. No entendía que sin razón alguna, incluso sin pensarlo, pudieran destrozar esto tan bello. Destrozaban a golpes las hermosas flores que aquí crecían a diestro y siniestro, sin razón, mientras iban caminando por allí.

Cuando estaba fuera, siempre sentía a Alcar a su lado. Ay, si tan solo las personas pudieran ver, aunque fuera durante unos minutos, entonces sabrían lo maravilloso que era el mundo a su alrededor, en todo su resplandor. Entonces también verían a sus hermanas y hermanos, pues vivían todos detrás del velo. De las personas a quienes se lo contaba, pocas podían creer que fuera hablaba con su nuevo amigo. Estaba unido tan íntimamente en lo espiritual con Alcar; se había convertido en un lazo tan estrecho. Desde la mañana, al despertar, oía a Alcar dándole los buenos días. Así era todas las mañanas. Desde un principio siempre había sido así. Muchos se burlarían de él si lo contara, y aun así era la verdad. Alcar era lo máspreciado que poseía en la tierra y sin embargo no era visible para las demás personas. Fuera su contacto era tan pleno y cuando en casa se sentía oprimido, Alcar siempre lo mandaba a la gloriosa naturaleza de Dios. Entonces su líder espiritual decía:

—Vete afuera, André, allí siempre podemos alcanzarte.

Sobre todo cuando estaba tan triste después de haber estado en las esferas, era la naturaleza la que le daba fuerzas. En esas ocasiones no aguantaba estar con otras personas; las diferentes influencias le oprimían mucho. Las personas no sabían qué influencias había alrededor de ellas. Él sí las sentía.

Ahora ya había alcanzado el punto en que podía diagnosticar una enfermedad, cuando la persona que venía a pedirle consejo se concentraba con fuerza en el enfermo. Era el hilo de la telepatía, decía Alcar, pero lo que era sin duda lo más asombroso: sentía entonces la enfermedad y el dolor en el mismo lugar donde los sentía la persona en la que se pensaba. Luego, después de pasar esto, veía todo muy claramente y también muchas cosas diferentes de aquellas en las que pensaba el visitante. Luego la telepatía se volvía a desconectar y se le conectaba con el enfermo.

Hace poco, le había dado pruebas maravillosas de eso a alguien, de las que se había sorprendido y que había considerado milagros. Era asombroso, pero para él ya no lo era; le parecía de lo más normal. Pero le había tomado mucho tiempo llegar a este punto. Ay, qué tiempos tan terribles tenía a las espaldas. Ahora lo peor había pasado, le había dicho Alcar. Aun así, siempre llegaban nuevas fuentes de pena y de dolor. No venían de Alcar, porque este era un espíritu del amor, sino de las personas. No obstante, aquí afuera, en la naturaleza de Dios, todo era glorioso. En esas horas de tristeza rezaba mucho y entonces poco a poco todo el sufrimiento iba desapareciendo.

Esta mañana también le pareció tan gloriosa; dentro de él rebotaba de júbilo. Aun así, sentía que su padre no estaba contento porque no iba a misa. A todos les habían dado una educación católica y la de sus padres había sido muy severa. Naturalmente, la iglesia se esforzaba por retenerlo. A pesar de ello estaba plenamente convencido de que no necesitaba de la iglesia. Aquí fuera podía alcanzar a Dios; mejor que entre toda esa gente en la iglesia. Siempre le molestaba mucho que el párroco se contradijera a sí mismo en sus diferentes sermones, pero el buen hombre no daba para más. Le había pedido consejo a Alcar, y este le había dicho:

—Te hemos dado la nueva fe, hijo, la fe pura, por lo menos cuando no es una actitud sensacionalista. Porque mucha gente piensa que ya basta con que participe en una sesión de espiritismo. Pero no queremos sensacionalismo, no ofrecemos alucinaciones, no idolatramos, sino que sacamos lo espiritual de todo. Eso nos lleva hacia arriba; eso se tiene que dar por sentado. No importa qué religión se profese, siempre que busquemos a Dios y queramos el bien. A Dios no se le encuentra necesariamente en un palacio; acuérdate de eso. Todas las religiones son una en la medida en que quieren el bien.

En su habitación tenía un rincón tranquilo donde podía acercarse a Dios. Allí estaban colgadas todas sus piezas religiosas que había recibido por vía

mediúmnic, que le habían dado los espíritus elevados. Había amor y luz en ellas. Allí le rezaba a Dios, pidiéndole fuerza. No, no le era posible volver a la iglesia, como le gustaría tanto a su padre. En la naturaleza podía desprenderse de todo. Las personas no lo sentían y él no podía entenderlo.

Después de haber estado fuera, estaba lleno de pensamientos elevados y volvía entonces a casa reforzado en cuerpo y alma. Era glorioso; Dios vive más allí que en ese bonito edificio. El resplandor del oro y de la plata en la luz oscilante de las velas, el incienso y las apariencias eran un impedimento para hacerse uno con la creación de Dios. En la naturaleza de Dios a uno no le hace falta todo esto. Mucha gente no veía la fuerza divina en todo; no podía hacerse una con ella, porque dentro de ella había frío.

Solo veían la forma, pero no sentían la vida que Dios ha depositado en todo.

Pero después, a uno la forma no le sirve para nada. La forma, ¿qué es la forma? La forma es materia pura, egoísmo puro, tan solo lo terrenal, así lo sentía y veía él. La gente que ya solo se aferraba a la forma, que la mantenía durante un rato más en el camino recto, esta gente no veía que la tierra es un gran jardín de la vida.

Dios dio tal infinidad de cosas, pero nada de eso se ha apreciado. No hizo más que aceptarlo como si fuera lo más natural, sin pensar por un momento agradecer esta gracia. Cuántos enfermos estaban atados a la cama y tendrían ya un cielo en la tierra y querrían trabajar duro, si pudieran y se les concediera caminar en la gloriosa naturaleza que Dios creó para nosotros, pero lo que suele pasar es que la gente no valora y ni siquiera ve lo que hay en abundancia.

¡Escucha ahora cómo cantan los pájaros! Qué dulce es su canto. Allí pasaba volando una madre con alimento para sus polluelos. Todo por amor, por puro e inmaculado amor. La gente no siente la gran fuerza en la naturaleza que domina todo por un amor infinito a todo lo creado. André veía y sentía ese amor intensamente en todas partes. En la naturaleza no se había deformado nada aún; allí todo era real y puro, porque no hay poder humano que pueda cambiarlo.

Una vez tras otra la humanidad pecaba contra las leyes divinas y cuando después se le echaban encima por su propia culpa el sufrimiento y la desgracia, refunfuñaba y se rebelaba contra Dios preguntando: “¿Cómo es posible que Dios apruebe esto? ¿Por qué no interviene?”. No entendía que no era Dios quien la castigaba, sino que sus propios actos y pensamientos erróneos le habían traído la desgracia. Qué idea tan mísera se tenía de Dios. Dios, que es amor, no castiga nunca. Dios, que es justo, ama a todos Sus hijos y es Su intención que todos sean felices, hagan el bien y se eleven cada vez más. A André la gente se le antojaba necia; todos hacían de su vida lo que querían y cuando las cosas terminaban mal, no buscaban la culpa en ellos mismos,

sino en Dios. Nunca intentaba conocerse a sí misma; el conocimiento de uno mismo permitiría encontrar a Dios en todo.

Hoy pensaba mucho en su tía. Su padre le haría una breve visita y luego, cuando llegara a casa, ya le diría cómo estaba ella. Ya no debía de faltar mucho. Alcar le había dicho que tenía que ayudarla.

Durante sus caminatas oía muchas veces la voz de Alcar; a menudo del lado derecho de su cabeza y con mucha claridad. Últimamente pasaba mucho, aunque también de otras maneras recibía noticias suyas, a veces por medio de transmisión de pensamientos o inspiración, pero muchas veces también veía un tablero negro y una mano que escribía en ella con tiza blanca.

De esta manera recibía entonces encargos de cómo tenía que actuar. Para la última manera de transmisión tenía que estar tranquilo; no se podía mientras caminaba.

El propio Alcar también escribía a través de él, sirviéndose entonces de la mano izquierda de André, cuando en realidad era diestro y no sabía hacerlo con la zurda.

Se había colocado en una alta colina, desde donde se divisaba toda la ciudad, y como pasaba muchas veces cuando estaba allí tranquilo, disfrutando, empezaba a ver. Siempre podía ver cuando quería, y eso hacía falta cada vez que alguien pedía su ayuda. Podía entrar en conexión con Alcar en cualquier momento.

De repente vio el tablero delante de él; luego al propio Alcar. Después este volvió a desaparecer, aunque su mano se quedó y empezó a escribir. Primero su nombre; luego escribió: “¿Puedes leerlo todo?”.

‘Sí’, dijo André en sus pensamientos, y de inmediato la mano escribió: “Maravilloso. Quisiera usar este método para darte algunos mensajes para mañana. Mira.

Esta mañana fui a ver a tu tía; la enferma empeora ahora rápidamente. Prepara a tus padres, porque mañana hará la transición. ¿Me comprendiste, André?”.

Contestó afirmativamente, porque había leído todo, asustándose mucho. De inmediato, Alcar continuó escribiendo: “También te ayudaré con tu padre; no lo tiene contento que no vayas a la iglesia. En la mañana te mandé fuera para poder incidir mejor en ti. Ábrete esta tarde, hijo mío, y lo convenceremos”.

Alcar escribió su nombre en la parte de abajo del tablero. Luego no siguió nada más, aunque ahora oyó que su líder, que controlaba todo, dijo:

—Cuéntame lo que viste, André.

Lo hizo y Alcar dijo que estaba bien.

Este control era necesario, porque cuando había que convencer a la gente para su sanación, no se podían cometer equivocaciones. Entonces se entre-

gaban de buena gana para recibir tratamiento.

No quería que los pacientes le dijeran nada acerca de su estado de salud; iban a verlo para consultarlo y él tenía que decirles lo que no estaba bien. Para eso era magnetizador clarividente. Alcar se lo había dicho así: “Recuerda, André: nada de adornos, solo lo necesario”. Con eso quería decir: la enfermedad. Y porque Alcar le enseñaba todo de diferentes maneras, siempre podía comunicarles a las personas las causas correctas de la enfermedad y eran pruebas convincentes para ellos. Se sentía feliz cuando había podido ayudarlos.

Ahora oyó que la voz de Alcar dijo:

—Escucha, André, quiero contarte algo que tiene que ver con la partida de tu tía y sobre su lugar en esta vida. Intenta comprenderme.

Muchas, muchísimas personas están en el mundo con las manos vacías y esto podría y debería ser completamente diferente. Queda mucho por hacer y es tan difícil, hijo mío. Ojalá todos desearan con fervor lo elevado. Ojalá la gente anhelara un lazo como el que hay entre nosotros. Entonces todo sería tanto más fácil y bello en la tierra y en la vida. Pero cuando hay momentos en que uno quisiera ofrecer a manos llenas lo más bello y lo mejor que hay en él, entonces de repente se da cuenta de que tiene las manos vacías, porque no puede ser para el mundo ni para la gente. Y de esta manera se arrincona lo bello que posee el ser humano, el más sagrado don divino. Y entonces uno ya no quiere que sea prominente esa cosa bella ni quiere ya mostrarla, porque en cada vida humana llega en algún momento aquel que nunca tiene suficiente de eso.

A tu tía eso le afligía mucho, André. Por eso sus manos llenas seguían sin estar lo suficientemente llenas. Y hay gente que siempre quiere tomar más, tener más. No por egoísmo; uso esta palabra adrede, André, sino sobre todo para poder dar ella misma a manos llenas. Por eso le era tan difícil, porque daba más de lo que ella misma había recibido. Toda la gente lo vivirá una vez en la vida. Una vez, solo una vez, porque Dios solo pone el amor sagrado en el corazón de las personas una vez. Un amor para siempre, eterno. A algunos les llega antes, a otros más tarde, pero en algún momento todos lo recibimos. Y si no pudiéramos confiar en eso, si no supiéramos que Dios, en Su gran bondad, nos regalará ese amor, entonces seríamos infelices, profundamente infelices. Así tenemos en nuestra vida la confianza en lo que Dios dispone de forma sagrada, la seguridad de que solo Él pone amor en nuestras manos y también de que finalmente portamos ese amor y lo llevamos a donde debe ser entregado. Y cuando hayamos llegado al lugar correcto, entonces esas manos se abrirán y el amor fluirá, cuanto más tiempo, más abundantemente fluirá y entonces es como si vieran las flores de Dios, que Él esparce desde las manos de ustedes; entonces también ustedes verán la luz que va a su encuentro. Ese

es el momento sagrado que Dios ha elegido para ti, ser humano. Espera tu tiempo, espéralo; llega para todos, para todos, tarde o temprano. Y ¿qué es una parte de una vida humana, medida a la luz de la Eternidad? ¿Qué son diez, veinte años de vida terrenal, en comparación con la Eternidad? ¡Nada! ¿O sí? Da felicidad y recibe la felicidad que pueda recibir en la tierra, en ese amor sagrado. Pero sé que en el más allá la vida es mucho más larga, infinitamente larga. El amor es lo más elevado y lo más sagrado, más sagrado que cualquier otra cosa. ¿Acaso no quiere decir, hijo mío, que no hay nada más sagrado que el amor? ¿Acaso podría ser de otra manera? Da amor, como lo hacía tu tía. Porque el amor que Dios pone en el corazón de las personas es el bien más bello y más sagrado que se pueda recibir. Confía, confía en la fuerza divina de Dios, en Su justicia y ten fe en que cada uno reciba en la vida lo que Dios quiera, en el momento en que Él lo quiera. Y aunque digas, ser humano, en tu estrechez de mente, que piensas que para ti ese momento ha llegado ahora, has de saber entonces que no lo entiendes. Porque ese momento no llegará antes de que estés maduro; aunque seguro llegará. Porque muchos están en la vida con las manos vacías, otros muchos con las manos llenas de entrega; estos últimos serán entonces felices. Y nosotros, del “otro lado”, damos gritos de alegría al ver cómo Dios les ayuda a ustedes, seres humanos. Gritamos de alegría porque Dios los ayuda para la Eternidad. Donde viva el amor inmaculado, allí está la bendición de Dios. ¿No podemos gritar de alegría entonces? ¿No debemos gritar de alegría? Hay muchas personas que aman y que llevan el amor de Dios dentro de ellas. Eso resulta en tanta belleza a su alrededor, y todo lo que sea bello, lo que sea inmaculado y sagrado, causa alegría de nuestro lado. La tía llevaba ese amor dentro de ella. Las personas que aman, que lleven el amor de Dios por dentro, no pueden ser malas, porque hacen que el mundo avance y también nos ayudan a nosotros mientras todavía viven en la tierra. Y si luego llega el momento en que se les cierren a las personas los ojos y que la luz desaparezca de ellos, entonces no le habrá llegado su fin a ese amor, porque seguirá viviendo del “otro lado”. Así ha sido, así seguirá siendo y confiar en eso te debe ser un consuelo. Y aunque la separación pueda parecer larga, has de saber entonces que los que te aman siempre están cerca de ti, que te apoyan y ayudan donde se pueda. Y si todas las personas pudieran ver, se darían cuenta de que están allí a su lado, anhelantes. Así es como la vida merece ser vivida. Porque Dios le ha dado a cada ser humano su cometido. Tu cometido todavía no se ha cumplido, André; el de ella, sí. Aquí se está preparando el momento de su llegada, y les exclamo a quienes se quedan atrás: no se quejen ni refunfuñen, porque es la voluntad de Dios. El amor es lo más elevado, lo más elevado en la tierra y de nuestro lado. Porque el amor es una chispa de la Luz de Dios, de la Luz Sagrada y eterna de Dios.

Así la recibirá ella, André, y díles a todos que tienen que ser fuertes cuando ella parta.

Alcar había dejado de hablar. Ese fue el sermón para André, llegado directamente desde el más allá. Esto fue lo que le dijeron los muertos. Ay, ojalá todas las personas pudieran oír esto, entonces serían felices, como él. En sus pensamientos le dio las gracias a Alcar y volvió a casa despacio, con las palabras de Alcar en el corazón y disfrutando de la Armonía que reinaba en la naturaleza. Estos eran los jardines de la vida de Dios en la tierra, en los que la gente podía ser feliz con tan solo ver en todo la obra de Dios. Entonces esta gloria sería accesible para muchos, para todos. Aquí se elevaba su oración, lo sentía. Aquí todo era puro y Dios estaba en todo.

La gente podía aprender mucho de las palabras de Alcar y le daría apoyo si tan solo quisiera escucharlas.

Encontró a sus padres desanimados y pensó de inmediato en su tía.

—Hola papá, hola mamá.

—Hola hijo.

—¿Fue a ver a la tía, papá?

—Sí, está empeorando.

Pensó en las palabras de Alcar y casi no se atrevía a decirlo, pero tenía que hacerlo de cualquier manera. Sentía la presión de Alcar.

—Mañana hará la transición, papá, y esta noche la velaré. Esta es la última noche.

Hendriks y su mujer se asustaron sobremanera; aun así se mantuvieron fuertes.

André sintió que su padre estaba desalentado y que pronto volvería a la carga; Alcar ya lo había puesto sobre aviso. Últimamente adoptaba rápidamente los pensamientos de los demás, aunque nunca se aprovechara de eso, tampoco cuando podía usarlos en su propio beneficio. Se preparaba entonces a solas para lo que vendría. Así hizo ahora.

Su madre estaba afligida; estaba triste ahora que su hermana empeoraba.

André pensó: ‘Si tan solo empezaran, entonces podría animarlos y apoyarlos’. No podían sobrellevarlo como él. No habían visto el más allá. Sin embargo, tenía que hacerlo. Porque sabían muchísimo sobre la vida después de la muerte.

Su madre empezó a llorar.

André se levantó enseguida y se acercó a ella poniéndole las manos en la cabeza.

—Tranquila, madrecita, sea fuerte. La voy a magnetizar, le daré nuevas fuerzas; entonces la tensión ya volverá a bajar.

En efecto, después de unos minutos se tranquilizó.

—Vamos, mamá, sea fuerte, por qué no trata de dominar sus lágrimas.

Vamos, ya está. Ande, sea fuerte; ¿por qué llora? No es bueno que llore y esté triste. ¿Acaso no fue ya suficiente tiempo de estar enferma en cama? ¿Quisiera que se quedara aquí más tiempo? ¿No estuvo ya años postrada en cama? Ay, mamá, no sabe lo que hace usted. No sabe lo que significa la muerte. Ahora usted ya ha vivido, oído y visto tantas cosas, y aun así está abatida y hay que ayudarla. Sean fuertes los dos y ayúdenla. No le compliquen más las cosas, porque una persona que hace la transición está muy sensible, muy sensitiva. Esa sensibilidad está relacionada con la muerte. Muchas veces su estado es de estar medio inconsciente. En ese estado el espíritu está receptivo a todas las vibraciones que se le mandan; así que, mamá, ¿qué pasa ahora? Por llorar y por su gran pena le está dificultando la separación. Por eso le vuelvo a pedir: no se altere y no le dificulte la partida. Créame, mamá, morir es una gloria. Oh, si pudiera ver lo que yo veo, si el velo se le levantara tan solo un momento, ¡qué feliz sería conmigo!; entonces estaría convencida. Pero sé que no es fácil para usted, porque no puede ver. Ella va al más allá y allí será feliz para siempre. Alcar me lo dijo esta mañana. Ella es un alma que ha recorrido el camino recto; no se extravió, aunque ella también tendrá que ser purificada todavía al llegar al más allá, porque los humanos cometemos errores, mamá, lo queramos o no. Para usted todo esto debe ser una evidencia.

André estaba ahora entre sus padres y de vez en cuando los miraba profundamente a los ojos.

Lo miraban en silenciosa admiración. A veces volvía a ser un niño; a veces hablaba de manera imperativa. Ya no reconocían a su propio hijo.

André prosiguió con voz fuerte:

—Qué glorioso sería todo en el mundo si todas las personas supieran; entonces el ser humano viviría mejor y no lo consumirían sus bajas pasiones, que en algún momento tendrá que abandonar de cualquier manera. Las personas cuidarían mejor de ellas mismas y de su nivel espiritual. Ahora se obstaculizan unas a otras; unos le infligen a otros pena y dolor. Y les pregunto: ¿por qué? Porque no saben. Olvidan que para Dios todos somos hermanas y hermanos, y lo seguimos siendo para siempre. Eso nos lleva hasta Dios. Si la gente no quiere darse cuenta de cómo debe ser y cómo también será algún día, entonces no podrán intuir lo sagrado de eso. De verdad, si el mundo supiera, si la gente supiera, no existirían esos desmanes. Entonces la separación tampoco les sería tan dura y la partida de la tía no les significaría una pérdida, sino solo una breve despedida, porque todos nos volveremos a ver, y si hemos vivido bien, como lo quiere Dios, entonces llegará el día en que seremos felices.

La tía es una mujer que fue un ejemplo para los demás. Vivió como deben vivir los verdaderos cristianos. Y ella lo sabía, mamá, porque sentía que no iba a ser condenada. Lo sentía porque estaba abierta al amor de Dios e incluso lo

sabía; por mal que se cumpla la vida, Dios no condena a nadie.

Es precisamente lo que me aleja de la iglesia, papá. Mejor hablemos de eso de una vez.

Hendriks se ruborizó. André estaba tocando el punto delicado; pero este fingió no darse cuenta de nada y prosiguió:

—Nadie está condenado, papá; es lo que nos dice nuestra fe, ¿no? ¿Condenado! ¿No es terrible que se le pinte al ser humano esa imagen? Créame, les quita a muchas personas el valor para empezar a vivir mejor. Les es indiferente. Ay, ¡qué enorme error han cometido esos sabios al enseñárselo así! ¿Esta es la imagen que se hacen del Omnipoder de Dios? ¿Acaso piensa que voy a hacerles caso a ellos? ¿Cómo podría, papá? ¿Puede usted exigirme eso? (—preguntó.)

Hendriks no dijo nada y André siguió:

—Pues no, no puede hacerlo, papá. Ni siquiera esos sabios eclesiásticos pueden llevarme a hacer eso. ¡Condenado! Es espantoso. No puede ser cierto; siento que no es cierto y ¿piensa que entonces voy a fingir, aunque de todos modos no pueda creerlos? Alcar es mi clérigo y me enseña la verdad pura, mi nueva religión. Es la verdad del “otro lado”, es la verdad de la que los mismos muertos que no están muertos vienen a convencernos. No se preocupe. Rezo mucho, día y noche, por fuerza y apoyo por mis pacientes y también por mí mismo, y puedo hacerlo mejor fuera o en mi habitación que entre toda esta gente en la iglesia. Allí se distrae el ser humano que quiere ser uno con Dios.

¿Cómo se pueden tener esos pensamientos sobre Dios, de aquel que es todopoderoso en todo! ¿Cómo podría condenar a un niño? Disparates, papá, es mentira; no puede ser. No vamos a parar a ningún infierno ni tampoco seremos quemados. Es lo que cree la gente, pero tampoco es cierto. No existe ningún infierno, ni tampoco el supuesto purgatorio; todo eso no existe. El ser humano se convierte a sí mismo en un infierno y lleva un purgatorio dentro de sí mismo. Es lo oscuro en su alma, porque no vive como debe ser. Uno puede sentir un cielo dentro de sí mismo; si uno vive con sencillez, si reza en humildad y si no hace más que la voluntad de Dios, entonces se puede poseer el cielo ya aquí en la tierra. Créame, papá, ni siquiera los peores ni los que han caído más bajo serán quemados, y sin embargo es lo que se les enseña. Pero se le hace creer a esta gente y si se han desviado les cuesta volver a tomar el camino correcto. Pues bien, ¿qué es lo que dicen? “Ay, de todos modos soy demasiado malo; no tengo ya remedio, estoy perdido”, y entonces persisten en sus pecados. A estas personas se les ha quitado su último resquicio de esperanza; ya no ven la salida ni tienen ya la fuerza de mejorarse, de elevar su nivel espiritual.

No, papá, si tuviéramos un Dios así, si nuestro Padre Todopoderoso fuera así, ¡qué defectuoso sería entonces su Omnipoder! Entonces nosotros, los

seres humanos, deberíamos apiadarnos de Dios. Nadie se echa a perder, papá, nadie. Todo lo que está vivo seguirá vivo. Algún día todos serán felices. Esta es la nueva verdad y el núcleo de todo está dentro de nosotros mismos.

No tiene que ser solamente una sensación, sino que debemos trabajar en nosotros mismos con fervor, debemos mejorar. Esta gloriosa, sagrada verdad debe elevar nuestro nivel espiritual. Alcar nos da alimento espiritual. Le repito, papá, ¿quisiera que fingiera acompañándolo a la iglesia? Le digo: no se deje influenciar por un clérigo que no posee él mismo la fe pura. Según Alcar, el clero se ha perdido en su propia doctrina, que se ha convertido en una doctrina fría, despojada de toda calidez. Son palabras huecas, sin amor. Pronuncian sermones llenos de unción en los que se predica la condenación eterna. Eso muestra lo poco que se le entiende a Cristo. Pero ¿acaso no es glorioso, papá, que hablemos con los muertos, que viven y son felices, lo vivimos todos los días, no solo yo, sino también ustedes dos? Y todos ellos, los millones de personas que viven del “otro lado”, dicen: “No hay infierno, no hay purgatorio”. Todas ellas dicen que el ser humano lleva el infierno en su interior; lo lleva todo en su interior, lo posee todo él mismo, porque se ha convertido a sí mismo en un infierno. Así es. Pero si el ser humano es malo y quiere mejorar, entonces Dios lo ayuda, porque ama a todos Sus hijos, tanto a los perfectos como a los imperfectos. ¿Acaso no es triste, papá, que en este siglo el ser humano siga sin liberarse de esta doctrina, de estos castigos que se impone a sí mismo? ¿Acaso debemos seguir aceptándolo todo sin reparo alguno?

Si piensa eso, papá, entonces le digo: desde el “otro lado” se nos trae una nueva verdad. ¿Debemos seguir creyendo si podemos saber, si podemos saber puramente? Antes, usted pensaba igual que ese clérigo. A los muertos teníamos que dejarlos descansar; pero por suerte usted mismo ha visto que vinieron a nosotros por iniciativa propia. Sí, papá, vinieron por su propia cuenta. Y ni usted ni mamá, ni yo tampoco, ninguno de nosotros tres ha invocado un solo espíritu. Y ¿no puede ser feliz entonces, ahora que nosotros mismos hemos recibido las evidencias? Con eso podemos seguir viviendo. ¿Se le ocurre una gracia aún más grande? Puede crearme, papá, lo amo, los amo a los dos y con la edad que tienen no les haré el más mínimo daño. Los ayudaré y compartiré las alegrías y las penas con ustedes. Déjese de estos pensamientos. Deje que el párroco diga lo que quiera. No hago cosas malas, busco a Dios en mi propia habitación, solo, o en la naturaleza. Allí puedo rezar. Allí puedo entregarme. Allí siento que mi espíritu sube hasta Dios como debe hacerlo el espíritu de Su hijo. ¡Las cosas que han pasado! ¿Acaso usted no ha recibido suficientes pruebas convincentes? Si pudimos ver por nuestra cuenta cuánto erran estos clérigos. ¿Esos son seres espirituales, papá, los que le imploran a Dios para que haga que su país gane la guerra? Se han desviado del

camino correcto y arrastran a miles con ellos en su aberración. Cada párroco le rogaba a Dios por la victoria de su país, pero Dios no daba nada; los dejó que hicieran. Pensaban que Dios era sobornable e intentaban, por medio de ofrendas y oraciones, lograr que Él estuviera de su lado. Pero las oraciones que se elevaban al cielo pretendían en primera instancia el asesinato y en segundo lugar estaban repletas de amor propio. Eran un montón de dioscecitos, cada uno por su cuenta, que querían convertirse ellos mismos en un Dios. Ay, qué aberración, papá, es terrible. Hace poco pudimos ver cómo se bendecían todos los coches que participaban en la columna. Duele el corazón cuando hay que presenciar algo así. Ahora no se vaya a alterar por eso. Le digo, papá, es burlarse de las leyes de Dios; de Dios mismo. ¿Hay que bendecir las cosas materiales para evitar accidentes? El ser humano haría mejor en implorar la bendición para sí mismo. Su propia alma es la que la necesita más. Y ¿cuál fue la consecuencia de esa bendición? No obstante hubo accidentes y es que no podía ser de otra manera, porque fue un acontecer material. Y detrás de las nubes, aquí arriba de nosotros, miles y miles más de inteligencias miraban desde lo alto a aquellos que impedían este acontecer frío, para que esta burla no llegara hasta las esferas. Pero Dios lo ve todo y Dios lo sabe todo.

Así Dios sabe que esto es una burla de Él, porque Él no bendice coches; sí a las personas que le imploran ser bendecidas. Así Dios lo sabe todo, y por lo tanto también que estas personas erran. La religión en la que me educaron no logra satisfacerme, Padre, pero ahora ya no me dejó engañar. Y dentro de mí hay júbilo, porque ahora puedo explicarle a usted todo de manera tan clara.

El núcleo de todas las religiones es el mismo. Con que el ser humano quiera el bien, ¿qué importa entonces si es judío, cristiano o musulmán? Todos estos caminos llevan a una misma meta: el más allá. La gente dice: “Ya veremos quién tiene la razón”, pero les digo que todos tienen la razón si recorrieron el camino recto y buscaron a Dios con sencillez y humildad. Si los cristianos siguieran realmente la doctrina de Cristo, actuarían con más amor hacia sus prójimos. La doctrina que se ha construido alrededor del Gran Ejemplo está muerta y dura; se ha convertido en un oficio formal. Ahora la gente manda a sus hermanos a la guerra; si fueran en verdad cristianos, no matarían. Papá, no quiero causarle tristeza. Manténgase en su fe, pero le predigo que antes de que hayan pasado dos años, será espiritualista, así como lo soy yo. Celebraremos servicios nosotros mismos, puros y libres de todo amor propio y egoísmo. Amo a todas las personas, porque son hijos de Dios. Y si llegara otra guerra, papá, no participaré en ella. Prefiero recibir la bala yo a quitarles la vida a otros. Entonces iré donde Alcar, al más allá, que es más bello que toda la belleza de la tierra y vale más que todos los tesoros terrenales.

No creemos; sabemos. Estamos en conexión con la Eternidad, formamos parte del Universo y seguimos formando parte de él, incluso cuando ya no

vivamos nuestra vida terrenal. Eso no se lo ofrece su fe, papá, este saber, este vivir la comunidad con aquellos que viven del “otro lado”.

Hay un solo idioma, Padre, que todos entienden; es el idioma del amor. El idioma del amor, el idioma de Dios lo puede entender cualquiera que quiera comprenderlo. Ese idioma interior, esa chispa de Luz Divina que hay en cada uno de nosotros, unirá a toda la humanidad. Esta parte del Fuego Divino nos llevará hacia Dios, si queremos ser Sus hijos y recibir Su bendición. Tenemos que intentar vivir como hermanos y hermanas ya en la tierra, sin importar nuestra convicción.

Estar en armonía con todo, ser uno con todo lo que vive: esa es la voluntad de Dios. Ya no podrá existir el odio, porque todos querrán el bien. Y llenos de estas buenas intenciones recibiremos lo elevado.

¡Las cosas que nos quieren hacer creer, papá, todas las diferentes tendencias religiosas!

Hace poco tuve una conversación con un señor que me preguntó si conocía la Biblia. Le contesté: “No”. Y luego él dijo: “Yo sí”.

Durante nuestra conversación me expresó la convicción de que, cuando llegara su hora de morir, llegaría donde Cristo al Paraíso, porque el mismo Cristo le había dicho al asesino cuando estaba en la cruz: “Hoy estaré conmigo en el Paraíso”. ¿Acaso eso no lo dice todo? Le pregunté: “¿Así que piensa que, cuando deje la tierra, llegará a la esfera de Cristo? Porque Paraíso significa esfera. Cristo tiene su Paraíso y es Su esfera. Este es Su entorno, ¿no es así?”.

“Sí” me contestó, “sin duda alguna”.

“¿Eso es lo que piensa?”, le volví a preguntar.

“Sí, señor, eso pienso y eso lo sé”.

Lo dijo provocándome.

Le pedí que no se enojara, porque no hacía falta. “Pero” le dije, “así no pienso yo al respecto, señor. Quiero hacer todo como hay que hacerlo, como es debido. Vengo con amor genuino y no con amor propio. No quiero mentir ni engañar, mucho menos causar daño a nadie. Quiero dar amor lo más que pueda. Con esto le quiero decir, señor, que quiero vivir bien. Quiero ser una persona sencilla, un hijo que ama a Dios en sencillez. Y aun así, cuando me llegue mi hora no llegaré a la esfera de Cristo. A fin de cuentas, hemos venido a la tierra para aprender. Sin embargo, espero poseer un poco de luz, lo cual ya significa felicidad en el más allá”.

“Vaya, no”, dijo, “yo voy al Paraíso”.

Entonces le pregunté si era uno con Cristo.

Dudó un momento y luego contestó que no podía dar respuesta a esta pregunta. Me fui, papá. No se puede razonar con personas que estén llenas de amor propio, vanidad e idolatría. Nosotros, pobres personitas materiales,

¿podríamos ser uno con Cristo? Nosotros, aún llenos de errores, de debilidades humanas, que somos insignificantes y materializados, ¿querríamos compararnos con Él? Ay, ¡en qué poca estima tienen estas almas al Hijo Perfecto de Dios! Es sin duda un claro ejemplo de que no entienden la doctrina de Cristo. Las personas con este tipo de ideas no saben que están llenas de soberbia, porque se quieren comparar con el Hijo de Dios, Su Hijo Perfecto.

Nada más que idolatría, papá. Cristo es un océano y nosotros somos gotas de agua, en comparación con Él. Se nos olvida que estamos en la tierra para aprender. Cristo vino para enseñarnos; nosotros, en cambio, estamos en la tierra para purificarnos de nuestros errores. Y, ¿por qué no podemos llegar al Paraíso al hacer nuestra transición, papá? Porque ningún ser humano, entiéndame bien, ni un solo ser humano que vive en la tierra está sintonizado con el Paraíso de Cristo, o con su esfera.

Ni siquiera podríamos aguantar la luz que Él irradia: nos cegaría si Él apareciera frente a nosotros en la noche. Vi esa luz en mi primer viaje a las esferas, con Alcar. Fue imponente y sagrado, papá.

Ay, ser humano, no vuelas demasiado alto ni te imagines demasiadas cosas. Tu decepción será tan grande después de dejar la tierra y al llegar en el más allá. Allí tienen valor solo tus posesiones espirituales, lo que lles interiormente.

“Pero”, preguntan estas personas, “y ¿qué hay de todos nuestros grandes hombres?”. Que lo investiguen, entonces experimentarán que muchos grandes hombres son infelices más adelante, si en toda su idolatría nos han dado un ejemplo equivocado aquí en la tierra.

Le digo, papá: un ser humano necesita cientos de años para desarrollarse. Solo entonces, si amamos a Dios, si lo queremos nosotros mismos, poco a poco nos convertimos en seres humanos en el sentido verdadero de la palabra.

Del “otro lado” continuaremos por el camino hacia la perfección. En la tierra no es posible llegar a esa altura; para eso, la vida es demasiado corta. Y qué significa poseer erudición y conocimiento terrenal si se olvida lo espiritual, o si se intenta engañarse a uno mismo con algo que no existe, que no está incluido en el Liderazgo de Dios. Si estos eruditos, estas personas de la razón se imaginan que poseen esa luz elevada que posee un Cristo, entonces le digo, papá, que yerran. Estas personas son idólatras y esto les trae gran sufrimiento, que solo sentirán plenamente cuando hayan depuesto la vestimenta material. Qué gran decepción experimentarán al darse cuenta de que no están en la esfera de Cristo, sino que han sido llevadas a una esfera que es igual de fría, egoísta y carente de amor que su doctrina. Con lo que estén sintonizados interiormente, así será su esfera. Es amor propio lo que poseen estas personas, nada más que imaginación y ofuscación, que viene de ellas mismas y de los demás. ¿Sabe lo que significa ser uno con el perfecto Hijo de

Dios? ¿Qué somos nosotros en comparación con Él? No, papá, no lo acepto. Ni siquiera sería capaz de aceptarlo, porque siento en mi interior que no existe. No podemos esperar algo tan bello como seres humanos después de nuestra partida de la tierra. Aquellos que creen eso porque hay unos eruditos que les pintan así las cosas yerran: ellos y esos eruditos. Y su pena y dolor serán grandes. Construyen a su alrededor una roca que no existe. Se colocan en un pedestal y cuando Dios se lo quite de debajo de ellos, no podrán mantenerse firmes, se vendrán abajo y quedarán heridos o serán aplastados por su amor propio, su idolatría y sus alucinaciones. Muchos eruditos que recorrieron el camino espiritual son profundamente infelices en la vida después de la muerte, porque su doctrina estaba desprovista de todo calor y amor.

Hace poco lo experimentamos en nuestra sesión de espiritismo, papá.

Los espíritus que llegaron hasta nosotros, ¿no eran personas de los mejores círculos de la sociedad y no llevaron esos eruditos a miles con ellos por su camino? Y estas personas, ¿no fueron despistadas? Digo la verdad, ¿no es así? Usted lo vivió. Entonces, ¿no es lógico que nosotros, desde la tierra, no lleguemos a la esfera de Jesús? Sin embargo, ellos piensan que sí, y por eso me gustaría decirles alto y claro: “Examínense ustedes mismos y conózcanse; entonces verán que no poseen la fuerza espiritual. Déjense flagelar y crucificar por nosotros y verán que el cielo no se abrirá. No habrá masas oscuras que tapan el sol ni la tierra se agrietará; todo permanecerá como es y nada cambiará al morir ustedes, porque todo en ustedes es material. Dios lo ve, pero los deja hacer porque no son más que seres humanos. Porque son seres humanos con sus errores, como nosotros, y no dioscecitos con fuerza espiritual”. Todos los que piensan que recibirán esta son cegados por aquellos que piensan saberlo, pero su saber no es más que sabiduría terrenal, pensamientos propios, desprovistos de sentimiento espiritual. Que nos prueben y muestren quiénes son.

Cristo no volverá a la tierra porque después de todos estos cientos de años todavía siguen sin entenderlo. Solo cuando el ser humano entienda Sus palabras actuará conforme a Su Espíritu, volviendo a Él y a Dios, a quien en su aberración le han dado la espalda desde hace tanto tiempo. Evaden los caminos de Dios en el más allá, como decía el líder espiritual, y tienen que vivir como Él lo quiere. Solo entonces estarán dispuestos para ser hijos de Dios como debemos serlo, sin vanidad ni amor propio.

También hay quienes piensan que Cristo habla a través de ellos. Hasta ese punto ya han llegado algunos en la tierra. Pero en el más allá eso se considera un sacrilegio. Estas personas ya no hablan en el nombre de Dios, sino, como dicen, con la voz del mismo Cristo. Esas personas están en el camino espiritual, pero son idólatras. Abusan del poder de Cristo y pierden el contacto con ellos mismos.

Waldorf lo ha vivido. Le contaré esto: verá entonces de qué manera se escuchan nuestras oraciones y cómo se trabaja del “otro lado” para ayudarnos. Waldorf servía de instrumento y tenía que llevar a cabo este trabajo espiritual. Me lo contó todo; también lo tuvo que ayudar Alcar. Me contó que había sido terrible, pero había salido más fuerte y había aprendido cómo tenía que rezar y cómo tenía que amar a Dios, sin interés propio. No se lo pude contar antes a usted; de cualquier modo, no me habría entendido.

Waldorf era el médium para Alcar y sus amigos, lo que no se le contó hasta que hubiera pasado todo. Servía de instrumento para el mundo elevado.

Un día se le puso en contacto con un señor, una persona buena e íntegra. Rezaba con fervor y mucho, y le rogaba a Dios por fuerza; desde hacía mucho había pedido en sus oraciones sabiduría, fuerza y amor. Era muy sensitivo y se le ayudaba por medio de inspiración. Recibía muchos versos y escritos y eso lo hacía sentir muy feliz. Pero pronto fue demasiado lejos. Muchas personas alrededor suyo le aceptaban todo porque, así era su razonamiento, era una persona particularmente piadosa y ponía en todo su amor hacia Dios. Si poseía la luz, podía estar por encima de todo y dado que pensaba que realmente la poseía, aunque no fuera más que vanidad, todos los demás eran cegados junto con él. Habría seguido viviendo así, como tantos en la tierra, de no haberle rogado a Dios hacerle conocer la verdad. Rezó con fervor por la verdad y Dios se la dio a través de Sus enviados, que trabajaban a través de un instrumento terrenal. Así se le enseñó la verdad y Waldorf fue conectado con él.

Después los líderes espirituales de Waldorf empezaron a ayudarlo. Primero recibió pequeños mensajes, luego más grandes, que se hacían cada vez más bellos, todo para aumentar su vanidad. Y gradualmente se fue creyendo tan alto que pensaba ser infalible. Los mensajes por escrito que recibía acerca de su condición espiritual se iban haciendo más y más elevados y de forma lenta pero segura se fue construyendo una roca, hasta que esta roca se convirtió en un pedestal. Fue aún más lejos y finalmente llegó al punto en que pensaba que ya no lo guiaban espíritus, sino el mismo Cristo. Pero ni eso fue suficiente. Se imaginaba que ahora se había desarrollado tanto que Cristo hablaba a través de él; su vanidad había llegado al punto culminante. Pero esto le fue fatal. ¿Qué pasó entonces? De repente, Waldorf recibió un escrito sobre la sabiduría, la fuerza y el amor y se lo tenía que mandar. Waldorf seguía sin saber con qué fuerzas estaba tratando, para quién trabajaba y cuál era el propósito de todo esto. Sí sabía que servía de instrumento para el más allá. Pronto recibió una respuesta del señor en la que le expresaba su admiración por los mensajes que había recibido bien. “Imagínese usted”, así le escribía, “todo es correcto. Durante años recé por sabiduría, fuerza y amor y ahora se me dan a través de su mediación, sin que usted supiera que he rezado por

eso”. Esto no podía ser una coincidencia, papá, porque en la tierra nadie lo sabía. Su oración había sido escuchada y para él fue una enorme evidencia que lo hizo sumamente feliz.

El propósito de todo esto fue demostrarle que había fuerzas invisibles que conocían la condición interior de su alma; pero eso no fue todo. Los mensajes que Waldorf recibía se hacían cada vez más contundentes. No obstante, ahora ya no era a favor del otro; al contrario, se le hacía bajar de su pedestal. Ahora recibió la verdad por la que había rezado. Pero no quiso ceder. Se quedó encima de la roca que él mismo había construido. Luego llegó la lucha, la lucha espiritual, papá, y quedó herido, lo que hizo que el corazón se le contrajera. Todos a su alrededor le tuvieron muchísima lástima. A un mensaje le seguía otro; todo fue cumpliéndose. Aun así no quería entender que todo esto se le daba porque pedía con fervor la verdad, que se le llevaba por caminos terrenales. A pesar de ello se aferró a su posición elevada, rehusándose a bajar. Waldorf recibió un mensaje que iba en contra de todo, pero el temerario no quiso aceptarlo. Montó en cólera y le mandó un escrito a Waldorf, que, según decía, había recibido él mismo desde el otro lado. Waldorf tenía que intuirlo y leerlo, y luego ya entendería quién era el remitente. Waldorf lo sostuvo entre las manos y se puso nervioso, para él una señal de que no era puro. La influencia elevada tranquiliza, papá, y hace que uno se sienta feliz; la influencia que emanaba de este escrito no estaba por tanto en un nivel elevado. Contenía las siguientes palabras:

“Seres humanos, líderes espirituales y espíritus, hasta aquí llegaron, ya se acabó. Ahora hay que seguir Mi voluntad, Mis órdenes. Mi hijo ya no soporta más; ya lo han atacado lo suficiente. Dejen ya de escribir; todo está mal. Los líderes espirituales no saben que Yo estoy aquí con Mi hijo. Él hablará con Mi Voz y quiero que escuchen. Todas las órdenes que le daré tendrán que ser obedecidas. Tengan cuidado y no lo lleven demasiado lejos”.

El escrito abarcaba aún más.

Justo después le llegó un mensaje a Waldorf de que tenía que dejar de ir a verlo. Esto se lo daban sus líderes espirituales. Del primero escrito se podía deducir claramente que los espíritus elevados sabían qué era lo que pedía el hombre. Pero cuando recibió el escrito que tenía que traerlo de vuelta, que le decía que sus inspiraciones no servían, entonces nada, pero realmente nada fue correcto en lo que los líderes espirituales de Waldorf, y no Cristo, le habían dado. Su escrito se lo había dado Cristo y nadie podía competir con eso, dado que Él estaba por encima de todo. Era un instrumento, a través del cual el mismo Cristo hablaba, y ya no aceptaba nada de Waldorf ni de sus líderes espirituales, porque Waldorf, con su sabiduría terrenal, estaba muy por debajo de él. Así que, ¿cómo era posible que Waldorf le dijera lo que tenía que hacer? Eso no lo aceptaba y por tanto no entendía que había volado

demasiado alto, porque se construyó una roca que en el camino espiritual se pulverizaba con la menor tormenta que la azotara. No quería descender porque entonces tendría que volver a liberar a todos los amigos que había puesto bajo su influencia y no se atrevía a afrontar esa humillación. Él, que era uno con Cristo, era tan débil que no soportaba la verdad espiritual. Todo lo que pedía, todo lo que escribía eran sus propios pensamientos. Pero porque había rogado fervorosamente por la verdad, se le había dado. Esto me dice, papá, que fue ayuda espiritual del “otro lado” la que le trajo la verdad.

Entonces de repente André entró en trance y Alcar continuó a través de él:

—¿Acaso no hablaba por casi todas sus preguntas el dioscito humano, que se había rodeado de su propia aureola? ¿No parece que este tipo de personas piensa ser infalible, mientras están repletos de errores humanos? ¿Acaso no es cierto que no quieren bajarse de los pedestales en los que ellos mismos se han colocado? ¿Y no son casi todas las palabras de desesperación y duda la consecuencia de que se hayan colocado en su pedestal fabricado por ellos mismos? Mientras estas personas se eleven a sí mismas para ser sus propios diositos y en esta dignidad se coloquen a sí mismas en pedestales, no podrán arrodillarse humildemente ni tampoco les será posible ver a Dios por encima y a través de todo. Y solo esa es la primera exigencia: intuir la omnipresencia de Dios, la cercanía de Dios, ver el camino de Dios. Pero el camino a Él lleva por muchas decepciones, porque una y otra vez se tropezarán y la caída mayor será la caída de su pedestal. Y del “otro lado” se celebran estas decepciones, porque, en caso de comprenderlas bien y de haber efectivamente sentido bien esta decepción, se habrán de hecho acercado un paso más al camino que Dios nos muestra.

Oigan, seres humanos, ¡sean finalmente hijos de Dios! Sientan por fin, a pesar de su superioridad, que no son más que insignificantes motas de polvo. Ser humano, quítate la corona que tú mismo te has colocado en la cabeza, inclínate mucho y concédele a Dios un momento de confianza; solo entonces sabrás qué pequeño, qué lastimosamente pequeño eres en realidad.

Estas palabras también se las dirijo a quienes dudan del espiritismo. No necesitan saber más. Pero también díselo a André; él me entenderá. Es tan sencillo, pero el ser humano no busca a Dios, sino en primer lugar a sí mismo. Y aunque no quiera saberlo, se busca a sí mismo a pesar de ello. Y aunque piense que solo quiere buscar a Dios, desgraciadamente se vuelve a buscar tantas veces a sí mismo, porque se considera infalible, ¿no es así? Pero finalmente verá la luz, la eterna luz infinita y el amor de Dios lo ayudará a encontrar el camino correcto. Y aunque sea a menudo también un camino de espinas, y aunque muchas veces se haga la oscuridad a su alrededor, aun así, aquel que lo desee verá algún día la luz eterna de Dios, la luz sagrada, la Luz de luces.

Dios bendiga su trabajo. Qué glorioso es decirles esto. Me hice cargo de la

conversación de André porque les quiero mostrar que estoy con él y que lo ayudo en todo.

Todo lo que les ha contado es la verdad.

André volvió a su cuerpo y prosiguió:

—Por eso han venido los espíritus hasta nosotros, papá; para revelarnos el único camino que lleva a Dios. Por eso el espiritualismo es un asunto sagrado. Esta es mi nueva religión. ¿Por qué le he contado todo esto, papá? Porque la iglesia no me da esto, pero la ayuda espiritual del “otro lado” sí. Los espíritus ven quién y qué es Cristo cuando están en las esferas más elevadas, pero un ser humano que aún vive en la tierra simplemente no puede estar sintonizado con eso ni mucho menos ser uno con Cristo. ¿Qué se pensaría ese hombre? Se imaginaba ser el único hijo de Cristo. ¿Acaso no nos ama Dios a todos, y Cristo con Él? ¿Era el único hijo? ¿Cristo había muerto solo para él? No, papá, eso es demasiado. Es el amor propio y la idolatría los que le hicieron una mala jugada. También habría tenido que ser mucho más fuerte, infinitamente más fuerte, para no haber salido herido; si en verdad hubiera poseído esta fuerza, no se habría caído. Nuestros propios sentimientos, nuestra propia intuición, nos dicen que no puede ser así y cuánto mal genera eso. Este caso nos muestra qué consecuencias tiene cuando alguien está tan cegado, no solo para él mismo, sino también para los muchos que lo siguen.

André había hablado con sus padres durante dos horas.

Su madre estaba llorando nuevamente; ya no por la tristeza de que su hermana haría la transición, sino porque su hijo había hablado como nunca antes. ¿Era este su muchacho? Ay, ¡cómo era posible!

Hendriks miraba, quieto, inmóvil. Luego miró a André y dijo:

—Hijo mío, recorre tu propio camino, así como se te dice, porque nosotros ya no podemos ayudarte; siento que tienes razón.

Alcar nos habló y nos hizo bien.

André se acercó a su padre, le puso las manos en la cabeza y lo estrechó entre los brazos lleno de amor. Este consentimiento le alegró mucho.

—Se lo agradezco, papá. La tía llegará también allí donde están ahora Alcar y todos los líderes espirituales que siempre nos ayudan a nosotros, los seres humanos. Estoy tan contento de que hoy nos hayamos podido hablar con franqueza. Pero ya es suficiente; ya volveremos sobre eso luego.

Vayan los dos otro rato con la tía; yo ya me quedaré entonces en casa, porque esta noche velaré. En la mañana hará la transición y entonces podré ver cómo nos precede a la Vida Eterna. Sean valientes y fuertes, porque nosotros, los que sabemos, llevamos nuestra pérdida con resignación. No le dificultemos su partida. Pasará por la puerta, la puerta al más allá, y no se le detendrá. Y será bella, papá, joven y bella. Eso lo tiene reservado Dios para todos cuando queramos acercarnos a Él en sencillez, como hijos Suyos.

Los padres se fueron.

—¿Qué te parece ahora ese muchacho, Marie? Ya no era él quien nos dirigía la palabra. ¿De dónde sacará toda esa sabiduría? Estoy realmente impresionado y podemos estar agradecidos a Dios de que le sea concedido hacer este trabajo.

Ahora ambos habían quedado convencidos, firmemente convencidos, de que no le había tocado nada más que el bien. ¡Qué manera de hablar, qué claro les había explicado todo!

André se quedó solo y fue a su habitación. Tenía ganas de estar solo, solo con Alcar, a quien escuchó ya pronto.

—Dale gracias a Dios por semejante gracia, André, y reza porque siempre podamos recibir la fuerza de convencerlos a todos. Asegúrate de que siempre intentes acercarte a Dios en sencillez. Mientras hablabas te adopté; sabes cómo lo hago. Déjate ir siempre así y está siempre abierto a mí, pero entonces fíjate bien en aquello que te llevemos. Préstales mucha atención a todas las voces que oigas. La voz más grave te hará escuchar la verdad; todas las demás son erróneas. Te ayudaremos en todo; no nos excluyas con tus propios pensamientos ni con tu propio saber. Entonces ya no podríamos llegar a ti, porque no oirías nuestras voces. Entonces tu propia voz te arrastraría alejándote del camino correcto, es decir: cuesta abajo. Reza, reza mucho; siempre de nuevo. Implora sencillez y fuerza para poder hacer el bien. Todo por Dios, porque Él lo quiere.

Alcar se fue.

Después de volver sus padres, André fue abajo.

—Acaba de estar el médico, André —le contó su padre—, y dijo que temía lo peor.

André, que se quedaría a velar a su tía en la noche, acordó con sus padres que a las cinco de la mañana irían a buscarlo, porque Alcar le había dicho que haría la transición alrededor de las siete.

—Veremos si se cumple, papá, pero cuando lo dice Alcar, lo tenemos que creer.

—Vale, André, iremos.

Pasó la noche dibujando.

Alcar volvió a hacer una hermosa pieza y la llamó “Entra”.

La tía también entraría. Pronto entraría por esta puerta al más allá. Tenía relación con su fuerza interior. Así que, ¡cuánta riqueza interior debía de tener! La puerta era una abundancia de flores, de magníficos colores. Al mirar a través de ella, a lo lejos se veía un glorioso paisaje, bañado en un sinfín de hermosos colores. En una colina había un templo y frente a este se veía una cruz que, como símbolo de Cristo, bloqueaba la entrada como si les preguntara a los que habían hecho la transición: “¿Tienes disposición de entrar aquí?”. Su

tía bien estaría dispuesta a entrar y no la detendrían los rayos luminosos que emanaban de la cruz. Ella podría aguantar esta luz.

Cuánto amor por él había en Alcar, para hacérselo visible todo en imágenes. Entendió este dibujo y sintió lo que su líder espiritual quería decir con él.

Su padre había ido un momento a ver a su tía y André le preguntó cómo seguía ella.

—No está bien, hijo, siente el pecho pesado y le cuesta trabajo respirar.

—La ayudaré, papá; le hará bien.

Les dio las buenas noches a sus padres y se fue. Primero dio una buena caminata porque quería estar fresco por la noche.

Alrededor de la medianoche tocó el timbre y le abrió la enfermera que cuidaba a su tía.

—¿Cómo sigue mi tía, enfermera?

—Sigue igual, no está bien. Se acaba de ir el médico. Si empeora, tendremos que llamarlo de inmediato.

André fue a la habitación donde su tía estaba en cama. Estaba sumida en un profundo descanso; tenía los ojos cerrados y las manos dobladas. Seguramente está rezando, pensó. ¡Cómo había sufrido la pobre mujer! Y aun así querían mantenerla aquí, ella que desde hace ya algunos años estaba postrada en la cama. Pero ahora Dios la llamaba a Él. Qué gloriosa era en el fondo la muerte, que la libraría de todo su sufrimiento. Si las personas tan solo pudieran ver eso, entonces no tendrían miedo y ya no estarían temerosas por morir. Pero tampoco se quitarían ya la vida, porque se darían cuenta de que no se puede uno privar de la vida, pues el espíritu sigue existiendo eternamente del otro lado de la tumba.

André se acercó a la moribunda y la magnetizó durante algún tiempo, lo que al parecer le hacía bien, porque abrió los ojos y lo miró. Sonrió para indicarle que le parecía bien. Luego se sentó frente a su cama, en espera de lo que pasaría.

Habían pasado varias horas, en silencio. Ya había visto a Alcar, quien le había dado a entender que tenía que poner mucha atención.

Una tenue luz roja iluminaba la habitación, y él sentía una influencia que le decía que aquí en verdad iba a pasar algo.

La enferma se inquietó y se volvió a acercarse a ella. Seguía con los ojos cerrados.

Nuevamente le puso las manos en la cabeza, lo que la volvió a tranquilizar después de unos instantes. Pero pronto salió de su pecho un ruido sumamente áspero y parecía casi imposible que pudiera todavía respirar.

André sintió que tenía mucha fiebre, aunque después del tratamiento sí que la temperatura había bajado un poco. La enfermera quiso saber cómo

había logrado ese resultado y él le contó lo que había hecho. Ya había hablado con ella en otras ocasiones y algo sabía ella de estos fenómenos.

—Venga a sentarse aquí conmigo, enfermera, entonces le diré lo que veo y así le permitiré vivir conmigo cómo un ser humano hace la transición a la Vida Eterna.

Ahora veía con claridad a dos personas detrás de la cama y Alcar le dijo que eran sus padres que venían a buscarla.

La enfermera no veía nada, pero escuchaba todo lo que André le susurraba con plena atención. Vio que ambos espíritus volvían la mirada sin cesar, como si esperaran a alguien.

De nueva cuenta Alcar dijo:

—Pon atención, André.

Unos minutos después vio aparecer otros cuatro espíritus. Dos de ellos eran un poco más jóvenes que los demás. Constató un fuerte parecido familiar entre estas inteligencias más jóvenes.

—Ahora veo seis espíritus, enfermera, de los que los dos más jóvenes seguramente serán su hermano y hermana. Eran gemelos; murieron muy jóvenes y ahora serán más o menos de mi edad. El tercero de los cuatro que llegaron los últimos es alto y robusto; al cuarto no lo conozco tampoco.

André se concentraba para poder seguir viendo bien todo.

Después de que todos los demás se hubieran alejado de la cama, uno de los últimos en llegar empezó a hacer movimientos de roce magnético encima del cuerpo de la tía, de las piernas hacia la cabeza. André le contó a la enfermera cómo se hacía; a ella le pareció muy extraño. Después de que este tratamiento hubiera durado más o menos quince minutos, oyó que Alcar dijo:

—André, ¿viste ese espíritu?

—Sí, Alcar —contestó.

—Pon atención a todo lo que hace, porque es él quien se tiene que encarar de la transición de tu tía; es un médico espiritual que llevará a cabo este trabajo. Sabe cómo hay que llevarse a los moribundos y de qué manera se les tiene que liberar de su cuerpo material. Para tu tía hace estos movimientos de roce magnético tres veces, aunque a veces sea necesario hacerlo repetidas veces. Eso depende del estado espiritual de quien hace la transición. A muchos no es fácil liberarlos; tiene relación con su vida espiritual y la manera en que hayan amado a Dios.

La lucha conocida como agonía será terriblemente pesada para los que amaron con fuerza la materia, que anhelaban lo material y no lo podían soltar, porque no quisieron encontrar a Dios en su vida terrenal. Para ellos se tendrán que repetir estos movimientos tal vez hasta diez o veinte veces. Es un estado terrible cuando el médico espiritual tiene que efectuar su trabajo en un alma así.

Con tu tía pasará tres veces, André, una indicación de que su transición no supondrá una lucha.

Ahora él se ha ido por un momento, porque no solo tu tía, sino otros más harán la transición esta noche.

Así cada uno tiene un cometido que cumplir en el más allá, que quiere cumplir con todo amor.

Este médico espiritual sabe más que sus colegas terrenales, pues aquí se ve ante muchos casos que tiene que intuir y diagnosticar puramente con su fuerza espiritual, para ayudar al ser humano que hace la transición. Ahora va a ver a otros moribundos.

Su trabajo es atenuar la sacudida que recibe el espíritu al dejar el cuerpo y apoyar a los renacidos antes de que entren a la Vida Eterna. No pienses que es tan sencillo introducir a un espíritu en las esferas para siempre. El médico tiene que cuidar todo; en primer lugar la ruptura del cordón fluido.

Si se hace correctamente, el espíritu no sufrirá consecuencias negativas al llegar. Todo tiene que hacerse a tiempo, ni demasiado pronto ni demasiado tarde. De eso tiene que estar plenamente enterado el médico espiritual. Saca sus cálculos según la irradiación del moribundo, en la que se refleja su estado espiritual. De allí puede deducir exactamente lo que tiene que hacer y cuántas veces tiene que repetir los movimientos de roce magnético. En algún momento, este médico vivió en la tierra, y de volver allí, la tierra estaría bendita, porque ha aprendido infinitamente mucho del “otro lado”. Ahora te podrás imaginar lo terrible que es cuando el espíritu es arrancado del cuerpo de repente, por ejemplo por un accidente. Entonces pasa demasiado rápido y la sacudida es demasiado fuerte. Muchos de los que llegan aquí de esta manera están inconscientes durante mucho tiempo. Esto también tiene relación, a su vez, con su estado espiritual en el momento en que hacen la transición.

No se piensa en todas estas posibilidades en la tierra. La transición es el nacimiento del espíritu en las esferas, como el niño que nace en la tierra. Pero al nacer, el espíritu necesita más ayuda que el niño. El médico espiritual necesita todas sus fuerzas para ello y usa además las de los demás para recoger a los moribundos.

También los pueden ayudar los pensamientos de los que se quedan atrás, para poder desprenderse de su cuerpo más fácilmente (—explica).

Todo lo que Alcar le decía a André, este se lo contaba a la enfermera, que se mostraba muy interesada.

—Y ahora tiene que prestar atención, enfermera, pronto mi tía volverá a estar inquieta, porque veo a su madre al pie de su cama.

Se concentra con fuerza en la moribunda, y la tía sentirá sus pensamientos y los asimilará. Esto les pasa muchas veces a los que hacen la transición. Se lo cuento de antemano porque sospecho lo que pasará.

Muchos de los que van a morir invocan a los familiares que han partido antes. Se piensa entonces que deliran, pero de ninguna manera es así; en efecto, con los ojos espirituales ven a sus seres queridos ante ellos.

Mira, la tía ya se está inquietando y ahora veo a los otros espíritus en la cama.

En un momento dado, André y también la enfermera oyeron que decía en voz suave:

—Mamá, ay mamá, ¡ayúdeme!

Al hablar se había enderezado un poco, pero después volvió a caer en las almohadas.

—Ya lo ve, enfermera, me alegra haber podido decírselo de antemano, cuando mi tía estaba todavía tranquila. Ahora ha visto a su madre. Y ya le dije que mi abuela intentó hacerse visible por medio del contacto entre ella y su hija, lo que de hecho logró.

Durante alrededor de una hora, la respiración de la enferma se había vuelto muy dificultosa, y la situación empeoraba cada vez más. El médico espiritual había vuelto e hizo, así como la primera vez, movimientos de roce magnético encima de ella. Después de este tratamiento miró durante bastante tiempo la parte superior de su estómago. Alcar dijo:

—Este es el lugar donde el espíritu, desatado por completo del cuerpo material, es soltado. A eso lo llamamos la célula vital y al cordón con el que el espíritu está conectado con el cuerpo material, el cordón vital, como ya te dije antes. En la tierra, a ese lugar se le llama el plexo solar. Allí empieza la separación. Es el lugar que examina el médico y a medida que se atenúa la luz vital, establece cuánto tiempo más pueda tomar. Esa luz se vuelve más y más tenue, pero luego, cuando el espíritu se haya soltado del cuerpo espiritual, volverá a ser plenamente visible. Ahora veo claramente que tu tía hará la transición a las siete; veo cómo está ocurriendo.

Eran en ese momento las tres; así que a la moribunda le quedaban cuatro horas más de vida en la tierra.

Todo esto se lo contó André a la enfermera; así podría ver si se cumplía.

La enferma seguía inconsciente y André preguntó a Alcar si podía hacer algo él también.

—No te preocupes, hijo mío, recobrará una vez más la conciencia. También eso lo veo y lo puedo constatar de antemano.

La gran alegría al ver a su madre, que no fue un delirio, sino que la vio de verdad, la dejó impotente, pues el cuerpo ya no resiste las grandes emociones que experimentó a raíz de eso. Viste las consecuencias que esto tuvo.

La enfermera preguntó si no tenía que avisar al médico, pero André le dijo que no hacía falta aún, puesto que al rato volvería a despertar.

—No podemos hacer nada aún, enfermera, porque recibí un mensaje del

“otro lado” de que recobrará la conciencia por su propia cuenta. Así que podemos esperar a ver qué pasa.

Las horas de la noche se fueron arrastrando lentamente y la enferma despertó alrededor de las cinco y media de la mañana.

—Ya lo ve, enfermera, todo se está cumpliendo. Me lo comunicó mi líder espiritual; de lo contrario yo no habría podido saberlo. Cuántas cosas saben los espíritus, ¿no cree, enfermera? Sus padres también habían llegado ahora y André primero tuvo que ayudar a su madre, porque si no, la emoción la sobrecogería demasiado. Se avisó al médico, que llegó enseguida.

Alcar le dijo a André que durante el examen del médico tenía que salir a dar un breve paseo; había suficiente tiempo. Luego estaría fresco de nuevo y podría concentrarse bien al dar comienzo el gran evento.

Así que salió y el aire de la mañana le hizo bien.

El paseo duró media hora y volvió a entrar completamente refrescado.

El médico estaba conversando con sus padres y la enfermera, y André sintió que esta les había contado algo de lo que ella había vivido.

Se volvió a sentar en su rincón frente a la cama. Ahora la enferma se inquietó mucho y eso se debía a que el médico espiritual estaba de nuevo ocupándose de ella; era la tercera vez.

A partir de este momento poco a poco se llevaría a cabo el gran proceso; la tía haría la transición.

André estaba en tensión; eran las seis y cuarto y la tía aún vivía. Alrededor de su cama vio claramente una emanación gris que se iba volviendo más blanca.

La moribunda yacía envuelta en una nube; todos los espíritus seguían presentes y la miraban tensos.

Así que no solo del lado terrenal había tensión; del lado espiritual era incluso más grande.

André vio que el paso de la tía se esperaba con impaciencia.

—Es un gran acontecimiento, André —dijo Alcar—, que puede ir acompañado de pena y dolor, pero también de gran felicidad. En este caso es una persona feliz la que hace la transición. Será muy bella, pero aun así todos esperan con una sensación de temor la sacudida que el rompimiento del cordón fluido puede causar.

Había pasado otro cuarto de hora y la emanación blanca flotaba ahora claramente visible encima de la cama. El médico espiritual pidió a los espíritus masculinos que lo ayudaran. Entonces el proceso empezó. Casi eran las seis y media.

—A los que son felices —volvió a proseguir Alcar—, se les tiene que ayudar sin embargo unas dos o tres veces y ya te dije que hace falta mucha fuerza y mucho oficio para poder hacerlo bien.

En el caso de tu tía, todo está sucediendo en silencio, pero para muchos que están atados a su cuerpo y que deben seguir así los primeros días después de su muerte, esto es un terrible suplicio. Para ellos, morir es muy pesado y les trae mucha pena y dolor: ni las fuerzas del médico espiritual pueden ofrecer remedio. El mismo ser humano se proporciona esta miseria, porque lo ha querido él mismo. Podría seguir hablando de esto durante mucho rato, pero lo pospondré a otro momento.

André se percató de que el médico espiritual se había inclinado por encima de la moribunda. A ambos lados de ella estaban los otros, y vio claramente que la emanación blanca se desplazó hacia su cabeza. Allí se mezcló y quedó suspendida como una gran masa.

—El espíritu que pronto hará la transición utilizará esta emanación; es para los primeros días de su vida en las esferas.

Para tu tía es posible usarla porque tiene una condición espiritual elevada; sin embargo, a los infelices les falta esta fuerza espiritual porque no están dispuestos a morir. Y les hace falta y lo sienten, porque es el primer alimento espiritual del que tienen que vivir en las esferas.

Lentamente se fue elevando la nube blanca, pero André aún no podía distinguir nada en ella claramente.

De repente la tía se movió y se incorporó. Habló, pero nadie pudo captar algo inteligible. La madre de André estaba con ella y la abrazaba. Ya no podía hablar con claridad, pero aun así pronunció un par de palabras más, que todos entendieron.

—¡Allá, allá! —dijo. Luego le salió de la boca algo de flema y la madre de André la volvió a acostar en las almohadas.

Poco antes, el médico le había tocado los pies, agitando la cabeza.

André dedujo que su tía había muerto. De inmediato se empezaron a mover las inteligencias. Ambas mujeres eran visibles de nuevo y muchos otros espíritus, que no conocía, también se habían reunido alrededor de la cama.

La nube blanca seguía elevándose lentamente, tan lentamente que casi no se notaba.

En lo que veía, André no lograba distinguir alguna forma conocida que se pareciera a algo. Fue un momento solemne, que nunca olvidaría.

Ahora oyó a Alcar:

—Cuando el médico espiritual estaba inclinado encima de ella, rompió el cordón fluido —dijo.

No lo había notado porque había tantas cosas que pedían su atención. Por eso agradecía que Alcar se lo hubiera dicho.

Arriba en la nube se empezó a formar ahora una imagen que parecía una cabeza, y luego, se pudo ver claramente, vio que dos manos tapaban los ojos,

como protegiéndolos de mirar en una luz demasiado resplandeciente.

Así se fue elevando lentamente el cuerpo espiritual.

Las dos inteligencias femeninas, su madre y su hermana, la apoyaban y la abrazaban.

Oh, ¡cuánto amor emanaba de todo esto!

André lloraba silenciosamente en su rincón. Qué cosa más gloriosa poder ver esto como persona material. Estaba profundamente conmovido por este gran acontecimiento.

Su tía había dejado ya la mayor parte de su cuerpo y ahora veía con claridad su rostro, porque ya no lo tapaban las manos. ¡Qué bella y rejuvenecida estaba! Se había quitado de encima por lo menos treinta años y parecía ahora una mujer de treinta y cinco años.

Su cuerpo espiritual irradiaba varios colores, que la rodeaban por completo.

Ahora se había hecho visible hasta más arriba de las rodillas y el desdoblamiento empezó a ser un poco más veloz. Ya se hacían visibles los pies; la tía había dejado su cuerpo material por completo.

La emanación que había alrededor del cuerpo se cerró y la tía se había liberado.

De inmediato volvió a oír a Alcar.

—Permanecerá en esta luz hasta que despierte en las esferas. Está profundamente dormida y sus familiares la llevarán al lugar con el que está interiormente sintonizada. Luego los verá a todos.

Muchas veces ocurre antes. Algunas veces nada más dejar el cuerpo, pero eso tiene que ver con los diferentes estados.

Los colores que viste indican la fuerza espiritual de tu tía. Emanada esta luz, emana estos colores; es el reflejo del estado de su alma, sus propias posesiones, su felicidad.

Alcar había hablado con calma y serenidad y André había entendido todo claramente.

—¿No verá ahora su cuerpo, Alcar?

—No, André, ella no. Muchos sí. No es que no podamos despertarla para que pueda contemplar todo por un momento, pero está tranquila y así seguirá, no importa a donde la lleven.

También hay muchos que no se duermen mientras dejan el cuerpo. Aunque se les provoque un estado más o menos anestesiado, del que pronto vuelven a recuperarse.

Te decía que podría contarte mucho al respecto, pero lo haré más adelante y trataré todo por separado (—dijo).

Los familiares miraron una última vez a la madre y al padre de André, que se quedaron junto al cuerpo material de su tía. La madre de su madre se ac-

ercó a ella, y André vio que la besó, de lo que su madre no se percató, aunque lo vio claramente y oyó el beso. Todo esto se desarrollaba para él solo. Luego vio que el médico espiritual le quitó algo al cuerpo material; después empezó el viaje a las esferas.

Ahora ya no quedaba nadie. Se hizo la oscuridad ante él y el bello suceso que se había desarrollado aquí a lo largo de la noche, la transición de un alma al más allá, había terminado.

André no encontraba palabras; había silencio en él y estaba impresionado con todo lo que se le había concedido vivir.

Su tía estaba bella cuando partió; lo había visto con claridad.

Se le consideraba fea por fuera, pero aquí se había podido observar cómo era por dentro. Eso era lo real. Morir y partir a aquel otro mundo era glorioso.

¿A eso era a lo que le tenía miedo la gente? Con lo glorioso que era, siempre que uno estuviera dispuesto a partir. Se notaba por lo ocurrido que Dios lo sabe y lo conduce todo.

Eran las siete y tres minutos; todo lo que Alcar había predicho se había cumplido, otra vez más.

Su madre estaba muy afligida.

El médico le había cerrado los ojos y junto con otra persona, la enfermera se encargaría de amortajar el cuerpo.

Primero rezaron y cuando terminaron, André vio que incluso la última nubecita ligera se había disipado encima de la vestimenta que le había servido a su tía en la tierra.

—Venga, mamá, vamos a casa.

En casa André contó a sus padres todo lo que había visto y oído esa noche.

Su madre se calmó mucho cuando se enteró de lo bello que había sido lo que él había visto. Incidía tranquilamente en ella; parecía que gracias a este nuevo conocimiento hubiera recibido fuerza. La descripción que André le había dado de sus padres era completamente correcta y la hermana y el hermano que había visto eran en efecto gemelos y habían muerto muy jóvenes. André fue a su habitación para dormir unas horas. Seguía viendo todas las imágenes. Primero la nube, luego esos bellos colores, después su tía, a la que en esa nube se le llevaba a su lugar en el más allá, y finalmente, los familiares.

¡Qué bello era todo! ¡Qué grandioso era todo! Qué todopoderoso era Dios, que velaba por todo y regulaba todo. Esto lo tenían que saber las personas; entonces podrían vivir de manera más fácil y mejor. Al verlo no serían despojados de su valor, como es el caso de muchos. Aquí les esperaba algo bello; recibirían de inmediato luz y serían felices. La tía poseía esa luz; una luz bella, de un blanco claro, que la iluminaba a ella misma y a todos los demás que habían venido por ella. Cuánta fuerza interior debía haber llevado.

Ahora a André todo le resultaba claro y comprensible. Y es que en la tierra

siempre la había visto en esta misma luz. Esta luz era su propia irradiación. De esta manera podía reconocer a todos los seres humanos. A partir de su irradiación podía ver cómo eran interiormente y ahora sabía mejor que nunca lo que significaba esta luz de colores.

Alcar le dijo que lo había visto bien y que esa comparación era correcta. Sí, era maravilloso morir así. Qué bellos eran todos los que habían venido por ella, y qué felices.

Alcar dijo que más adelante vendrían alumnos del médico espiritual, hombres y mujeres, llenos de luz todos ellos, llenos de felicidad y juventud. Y ¡qué armonía había! Todo estaba arreglado y ocurría en el momento oportuno. Del “otro lado”, todos tienen su tarea y todos hacen el trabajo que se les ha encargado sin meterse con el de los demás. Todos trabajan por una sola causa: llevar el bien, hacer el bien. Así tendría que ser también en la tierra. Allí también las personas tendrían que entenderse de esa manera; qué glorioso sería.

Con estos pensamientos se quedó dormido y no sintió que el líder espiritual, que lo amaba tanto y que trabajaba con él y a través de él —como su instrumento—, hacía largos movimientos de roce magnético por encima de él para quitarle todo el cansancio.

Después de unas horas despertó fresco, como si hubiera dormido toda la noche, y Alcar le dijo lo que había hecho. Sintió que debía ser cierto, tenía que haber recibido ayuda, si no, el cansancio no podría haber desaparecido.

Su padres estaban contentos y tranquilos después de todas las pruebas que les había dado y ahora no les quedaba más que estar convencidos de que lo muerto no está muerto. También la enfermera que había estado presente toda la noche estaba muy asombrada de que se hubiera cumplido todo como él lo había visto y contado de antemano. Ella le prometió seguir por el camino que ahora se le había enseñado.

André estaba feliz de que todo se hubiera cumplido una vez más de manera tan bella. Así fue avanzando cada vez más y pronto daría grandes pruebas de su don de ver, y del buen contacto con Alcar. Y sobre todo demostraría lo bueno que es que un médium se asegure de no hacer nada sin tomar en cuenta los líderes espirituales. En el ver reside un gran peligro cuando no se eliminan los pensamientos propios. La tía había ahora entrado al más allá por la puerta. Alcar le dijo que seguía dormida. En su caso tomaría unos días, lo que era muy poco, visto que muchas personas tardan semanas o meses.

También suele suceder que los que han hecho la transición vuelvan a la tierra unas horas después de la muerte, para entonces, liberados del cuerpo material, poder vivirlo todo y consolar a los que se quedan atrás.

Según el tiempo terrenal, su tía pasaría unos días más en estado dormido, y luego despertaría para siempre en las esferas de felicidad, amor y vida.

André volvería a vivir pronto otros acontecimientos nuevos, porque a diario lo llamaban o iban a verlo personas que lo necesitaban.

La sanación y la utilidad de las fuerzas buenas

Poco después de la partida de su tía, llamaron a André para que fuera a ver a un niño. Los padres estaban preocupados y pedían su ayuda. Los médicos que lo habían tratado no habían logrado curarlo. La fiebre que tenía al niño de catorce años en cama desde hacía un largo tiempo no quería ceder y no eran capaces de dar con la causa.

Cuando pidieron la ayuda de André, estaba en casa de unos amigos que vivían a aproximadamente siete kilómetros de distancia de la casa del enfermo.

Un tío del muchacho lo había buscado esa noche y lo había encontrado allí. Había llevado una foto con la que André debía establecer el diagnóstico.

Mantuvo el retrato entre las manos durante unos minutos; luego le dijo al visitante:

—Escuche, entiéndame bien. En estos momentos el niño tiene fiebre de 39,4 °C, que se midió hace cinco minutos. Preste atención a la hora; lo único que me interesa es ofrecerle evidencias de que veo claramente que esto ha pasado. ¿Tendría la bondad de averiguar por teléfono si es correcto?

El tío llamó y lo que había dicho André resultó cierto; unos pocos minutos antes, la temperatura había sido en efecto de 39,4 °C.

Entonces fueron juntos a la casa del niño enfermo. Allí se produjo una situación nerviosa. Algunas personas lo tomaron por un médico y cuando se enteraron de que no era sí, varias se alejaron de él.

La madre del chico le ofreció una silla, pero vio sentada allí a una mujer mayor, como espíritu. Pronto había establecido contacto con este espíritu y ella le contó que era la abuela del chico enfermo. Este espíritu, que se le manifestaba claramente, también le dijo en qué lugar estaba el enfermo y a dónde tenía que ir para encontrarlo.

—Vine aquí —dijo ella—, para ayudarlos a ellos; las cosas no van bien así, señor.

Esto le había llegado como un fogonazo, de modo que pudo contestar de inmediato cuando la madre le ofreció la silla:

—Ay, gracias señora, ya me quedaré de pie.

Así rechazó el ofrecimiento. No quería sentarse en un lugar donde había ya alguien más, aunque no fuera visible para los otros.

La situación tensa duró cierto tiempo y le nació la sensación de que había personas que hubieran preferido que se fuera. Sentía que no le tenían confianza. Sin embargo, quiso poner fin a esto y preguntó:

—Señora, ¿qué es lo que quieren que haga aquí, por qué me mandaron traer? Que su cuñado cuente lo que pude constatar desde la distancia.

Así que este contó lo que André había visto y a algunos les impresionó por un momento, pero sintió que los demás no querían tener trato con un charlatán así. ¿Qué sería lo que tendría que decir el médico al respecto? Esos fueron los pensamientos que captó. Sin embargo, de repente le dijo la madre:

—Señor, por favor acompáñeme.

André la detuvo y le dijo que sabía cómo tenía que llegar a la habitación del enfermo desde donde estaba.

—¿Conoce mi casa? —preguntó—. ¿Ha estado aquí antes? ¿O se lo contó mi cuñado?

—Su cuñado no me contó nada, señora; nunca he estado aquí ni quiero saber nada. Solo dígame si esta descripción es correcta.

—Sí —contestó.

Entonces le dijo a ella que se lo había contado su madre, pero esta información también careció de valor para ella. Ella sonrió e hizo caso omiso. No sabía nada de que hubiera una vida después de la muerte.

André precedió a los presentes hacia la habitación del niño enfermo.

—Mire, señora, su chico tiene 39,4 °C de fiebre. Lo ayudaré y si luego le toma la temperatura, habrá bajado hasta 37,6 °C. Se lo digo de antemano para convencerla; también a mí se me comunica de antemano.

Se acercó al niño y le puso las manos en la cabeza. Luego rezó fervorosamente a Dios para pedir fuerza para Alcar, y así poder ayudar al chico. El tratamiento duró alrededor de diez minutos. Luego volvieron a la habitación delantera.

André habló un momento más con la madre y le pidió que tomara la temperatura. Todos tenían curiosidad de saber si la predicción se cumpliría. El termómetro marcaba 37,6 °C.

—Otra prueba maravillosa para usted, señora, de que aquí no se dice cualquier cosa. Todo lo que le he contado primero se me dio. De lo contrario no podría saberlo. A mí lado está un médico espiritual, que usted no puede ver, pero que yo oigo y veo. Esta persona, que solía vivir en la tierra y ahora está en el más allá, asumió la tarea de curar desde las esferas a los habitantes de la tierra y de convencerlos del gran valor de la riqueza espiritual que les regala el espiritualismo. Soy su instrumento y gracias a mis dones lo oigo y lo veo. El médico espiritual ve a través de todo, porque es espíritu. Para el ser humano material es imposible. De esta manera también ve lo que le pasa a su hijo. Así pudo constatar de antemano que la fiebre bajaría hasta 37,6 °C. Usted ha visto que es la verdad.

Se lo cuento para convencerla. Como dice, nunca ha oído de estas cosas y

no puede entregarse sin más. Se preocupa y quiero quitarle esta preocupación con evidencias (—dijo).

Se despidió diciendo que volvería a la mañana siguiente.

En ese momento, la temperatura era de 38,4 °C. Después del tratamiento subió de inmediato, y un cuarto de hora después, cuando la madre puso el termómetro, marcó 40,1 °C. A ella y a los demás compañeros de casa les entró un pánico tremendo y ya no quisieron saber nada, ni de André ni de magnetizar. Pero él no se quería rendir así como así. Sentía que si no se esforzaba, si no lo intentaba todo, el niño lo padecería y eso no podía ni iba a pasar.

—Escuche, señora, les quiero decir algo a todos ustedes. Ayer, al tratar al chico, la fiebre bajó de inmediato, lo vieron, y mientras lo ayudaba hoy, hubo un aumento. Les diré lo que esto significa. Saben que los médicos no pudieron quitar la fiebre. Su hijo ya lleva tres semanas en la misma condición y nada, nada ha ayudado. Pero ¿qué pasó ayer? Inmediatamente después del tratamiento, la fiebre bajó, lo que logramos gracias a las magnetizaciones. Los médicos han intentado todo lo que se puede según su ciencia; sin embargo, todos sus intentos, sus medicinas, no tuvieron resultado; la fiebre no bajó, mientras que sí fue el caso en los diez minutos que lo magnetice ayer. Ahora se preocupa porque ha habido una subida. Esto se debe a que no sabe, no entiende, lo que ha pasado. Pero a mí me parece hermoso, porque ahora la temperatura ha diferido de su altura fija.

¿Cuál es la razón? La irradiación magnética intensifica la enfermedad. El aumento se origina porque el fuerte magnetismo afecta a los gérmenes patógenos. Y automáticamente se da entonces un rozamiento en el proceso de la enfermedad. Esto pasa en muchas personas; en otras no es así. Tiene que ver con el estado nervioso del enfermo. Ahora su hijo está tan débil que no lo soporta. Pero dese por afortunada, porque mi fuerza es tal que la fiebre no puede resistirse a ella. Sin embargo, si no confía en mí, aquí no puedo hacer nada.

Se fue, pero al cabo de dos días fueron a buscarlo de nuevo.

—¿Le importaría acompañarnos otra vez, señor? Hemos hablado con el médico de cabecera y ha oído de usted. Al escuchar su nombre, dijo que tal vez podría ayudar a nuestro hijo. “¿Se llama André?”, preguntó el médico, y cuando se enteró de que es su nombre, dijo: “He oído hablar de él en otras ocasiones; al parecer es muy bueno”. Así que he venido a buscarlo de nuevo, señor. Por favor, no nos tome a mal lo que pasó; sabemos tan poco de estas cosas.

Los acompañó de inmediato.

En el camino habló con la madre, y dijo entender que no tuvieran mucho conocimiento de este tipo de asuntos.

—El mundo es ignorante, señora, e incluso muchas personas con estudios

siguen sin más en esta ignorancia. Por eso no me parece nada extraño que usted sea tan incrédula, a pesar de que le haya dado pruebas de mis dones. No soy ningún charlatán, pero hago curaciones en pequeño, como en algún momento lo hizo Cristo en grande. Hace dos mil años se produjeron milagros, pero también se dan hoy en día. Usted misma puede verlos y experimentarlos, si tan solo sabe dar con las personas correctas. Estas pueden ayudarla por medio de sus oraciones y su fuerza magnética. Yo no puedo hacer nada yo mismo, sino que hago mi trabajo con la ayuda de mi líder espiritual. Este trabajo es un don de Dios, don que me es sagrado y del que no permito que se burle la gente que no sabe nada ni cree nada de él, porque ellos mismos no son clarividentes ni entienden nada de la fuerza que tenemos los médiums. Este es un don sagrado, señora, y cuando queremos usarlo bien, recibimos mucha ayuda desde arriba. El ser humano material, cuyo espíritu no está todavía sintonizado con lo elevado, cree solamente lo que puede percibir con sus sentidos materiales y por tanto no puede aceptar la existencia de las cosas espirituales.

Cuando André volvió donde el chico enfermo, este seguía con mucha fiebre, pero se alegró muchísimo de que hubiera vuelto.

Le había dicho a su madre:

—Mamá, ese hombre me puede curar.

Y después de que dijera eso, ella había empezado a llorar.

El chico miró a André cariñosamente. Le estaba pidiendo con los ojos que lo curara. Eso conmovió a André, porque ese chiquillo intuía lo bello de la fuerza que él le había ofrecido. ¿Acaso eso no era suficientemente elocuente? Debía de ser todo para los padres. Su hijo enfermo percibía por intuición que él podía ayudarlo. La ignorancia de sus padres estaba obstruyendo la recuperación.

Amaban al niño y querían hacer lo que fuera por ayudarlo, pero su ignorancia les hacía una mala jugada.

André no era médico; no habían vivido nunca nada parecido e ignoraban que un magnetizador destacado no hará nada que no sepa justificar, porque está bajo dirección espiritual.

André lloró por dentro al ver al chico postrado como estaba y al ver la mirada del pobre niño que pedía compasión. Le dolió. Luego oyó que Alcar dijo:

—Así es el mundo, André.

Por tercera vez le puso las manos en la cabeza y después del tratamiento la temperatura era de 38,6 °C. A la mañana siguiente le llegó un mensaje de Alcar, diciendo que la fiebre había vuelto a subir hasta alcanzar los 40,2 °C y que pronto vendrían a buscarlo, lo que les comentó enseguida a sus padres.

—Escuche, mamá. Si viene alguien, dígame lo que le estoy comentan-

do ahora, porque quiero ofrecerles cada vez más evidencias a las personas, porque resulta imposible convencerlas.

Quince minutos después tocó el timbre el tío que había ido a buscarlo la primera vez y le pidió que lo acompañara. Entonces André le solicitó que fuera primero a ver a sus padres un momento, pues querían decirle algo. Al hombre no le parecía mal.

—Pero —dijo—, ya no necesito más pruebas y me parece una pena que en casa de mi hermano a usted no lo entiendan. Me es inexplicable que sigan tan reacios.

André lo llevó donde sus padres y lo que oyó de parte de ellos fue otra evidencia más, aunque ya estuviera convencido de sobra de los dones especiales de André. Juntos se dirigieron a la casa del chico enfermo y al llegar André se acercó de inmediato a él. Entre todas las conversaciones de las personas que tenía a su alrededor, oyó que Alcar dijo:

—André, volveré a examinar al chico y ahora quiero hacer algo. Fíjate bien.

André tomó la mano derecha del muchacho en la suya y se sentó en el borde de la cama. A su lado estaban los familiares, todos ellos con mucha expectativa.

Cuando tenía que fijar un diagnóstico así, normalmente entraba en trance, estado en que Alcar podía mirar dentro del cuerpo del enfermo y en que él mismo adoptaba todo lo que padecía el enfermo. Eso era intuir la enfermedad. Por lo general, este estado de trance duraba poco y nunca más de diez o doce minutos. En ese estado no solo intuía la enfermedad del paciente, sino que también veía sus padecimientos. Y cuando luego se había recuperado del estado de trance, Alcar le controlaba de qué manera había visto la enfermedad y oía hablar a Alcar; todo esto pasaba muy rápidamente. Ahora, mientras sostenía la mano del niño, Alcar le contó que había una infección en el pulmón derecho, lo que él ya había intuido.

Alcar, su líder espiritual y control, le dio a entender que lo había sentido y visto bien.

—Es una infección, André, que no provoca tos ni flemas; no hay síntomas que permitan constatarla, y no es de extrañar que los médicos no la hayan podido ver, puesto que no tienen indicios para poder constatarla. Hay que actuar pronto y ahora volvemos a entregarles al chico. Pero antes de que nos retiremos, daré algo a sus padres. Toma lápiz y papel, André.

André hizo lo que se le pidió. Alcar tomó posesión de su brazo derecho y en algunos segundos se dibujó un pulmón con un punto negro en la esquina superior derecha, rodeado de círculos.

André sabía lo que tenía que decir, pues Alcar ya se lo había transmitido.

—Acompáñenme —dijo, y todos fueron a la otra habitación—. Señores

—prosiguió—, ya no puedo ayudar a su hijo y entrego mi tarea a su médico de cabecera. No pierdan tiempo. Hagan todo lo que puedan y encárguense de que se tome una radiografía del pulmón derecho, mañana antes del mediodía. Háganme caso, pues de lo contrario las consecuencias serían incalculables. Su hijo tiene una infección en el pulmón derecho, que los médicos no han podido detectar. Actúen lo más rápido que puedan y entréguenles este dibujo (—concluyó).

¿Se tomaría en cuenta su consejo? Si no lo hacían, había que temer lo peor.

Al otro día, a las cuatro de la tarde, le fueron a dar la gran noticia de que lo había visto bien, pues la infección estaba exactamente en el lugar que había indicado en el dibujo. El examen de radiografía lo había demostrado.

Los médicos habían preguntado quién había hecho el dibujo y el médico de cabecera, que lo había llevado, contestó:

—Este dibujo lo hizo el hijo de un carpintero, que es clarividente y magnetizador. Esto es sumamente curioso. Aquí tenemos la prueba de que no se puede dudar de la existencia de este tipo de poderes.

A André le pareció glorioso escucharlo y fue a su habitación para darle gracias a Dios por la gran ayuda que Alcar había recibido. Rezó intensamente porque en su calidad de instrumento hubiera podido dar esta gran prueba a la ciencia.

Pasaron cuatro semanas sin que recibiera ninguna otra noticia, pero un día fueron a buscarlo de nuevo y le preguntaron por qué no iba a visitarlos otra vez. Primero, el chico había mejorado gloriosamente. No estaba en la cama, volvía a jugar y se sentaba en la ventana a mirar.

Había estado enfermo durante mucho tiempo y tenía ganas de salir, así que ahora que estaba tan bien, su madre le había pedido permiso al médico.

El médico había dicho que estaba bien; si hacía sol y el tiempo seguía igual, podía estar fuera durante cinco minutos, entre las doce y la una.

—Pero recuerde —había dicho—, no más de cinco minutos; y no puede estar quieto; tiene que estar en movimiento.

La madre se alegró y alrededor de las doce y media había salido a caminar con él durante cinco minutos. El niño lo disfrutó mucho y estaba contento cuando volvieron a subir. Pero por la tarde se sintió molesto, cada vez estaba más callado, hasta que quiso ir a la cama alrededor de las seis.

Al otro día no tenía ganas de levantarse, y ya llevaba así tres días. Además le había vuelto un poco la fiebre.

André volvió a tomar la mano derecha del chico en la suya y se quedó así, hasta que oyó que Alcar dijo que el chico estaba perdido.

Se asustó mucho, pero no lo mostró. Se levantó y se lavó las manos para quitarse la influencia del niño y así deshacerse del dolor suyo que había adoptado.

Después se despidió de su pequeño paciente y le dijo a la madre que hablaría con el médico.

—¿Cree que está peor, señor?

—De ninguna manera —mintió, porque no sabía qué contestarle. Le dolía. Alcar le había mostrado que el pequeño haría la transición, pero no quería lastimar a los padres antes de que hubiera llegado el momento.

—No se preocupe aún, señora, todavía no hay nada que decir al respecto. Aunque le puedo decir que no estuvo bien que el niño saliera.

Se fue con el ánimo triste. Ya se estaba imaginando a los padres, quebrados por el enorme sufrimiento que les esperaba. Sufría con ellos y le brotaron las lágrimas.

‘Sí que es pesado’, pensó. ‘Será muy duro para ellos, pero el cariñoso chiquillo será feliz. Llegará al más allá y seguirá viviendo allí’.

Llamó al médico, pero no lo encontró en casa. Volvería a intentarlo por la noche.

Mientras tanto, buscó contacto con Alcar; había algo que le preocupaba. Quería saber qué era y qué significaba. Con su voz interior llamó con insistencia:

—Alcar, Alcar, ven, ayúdame.

De inmediato oyó a su fiel líder espiritual y como siempre se tranquilizó enseguida.

—¿Por qué te preocupas, hijo? ¿A qué viene ese temor?

—Alcar, tengo miedo de no haber visto bien. ¿Qué le tengo que decir al médico? Mi voz interior me dice que el niño hará la transición y sin embargo tengo miedo.

—Ven, recemos, André. Sabes que la oración nos ayuda en tiempos difíciles, en los momentos de temor. Le rogaremos a Dios por fuerza y volveremos a elevar la sencilla oración que le mandamos en nuestro primer viaje. Esa oración te la di. Te dará fuerza y te quitará el temor (—dijo).

André rezó con fervor y cuando terminó, Alcar continuó:

—Gran Padre, Todopoderoso. Hubo un tiempo en que nuestra fe en ti se tambaleó. Hubo un tiempo en que la tormenta sacó a nuestra pequeña embarcación de su rumbo y nos convirtió en el juguete de las olas de un océano de dificultades y sufrimiento.

Pero ahora sabemos que nosotros mismos controlamos nuestra brújula y que Él, que está por encima de las tormentas, nos conducirá a buen puerto, a Su Reino, al Reino de los Cielos. Estamos tan agradecidos por nuestro conocimiento, pero seguimos teniendo tantos defectos y nos queda tanto por aprender y tanto por cargar. Hay tiempos, Gran Padre, en que el bastón en que nos apoyamos se dobla; que las cosas se nos hacen pesadas y que nos sentimos como niños a los que se les ha prohibido algo. Pero gracias al

conocimiento dejamos de buscar y por medio de la búsqueda llegamos al conocimiento. Oh, Dios, que Tu velo de amor nos cubra. Elévanos hasta Tu gran amor y hasta Tu Grandiosa Creación. Padre, escúchanos, perdónanos, ayúdanos y danos Tu verdad, Amén.

André suspiró hondo; todo el temor había desaparecido por su oración y la de Alcar, por lo que los dos habían vuelto a recibir fuerza.

Ahora oyó que Alcar dijo:

—Observa bien, André.

De nuevo vio al pequeño, pero ahora veía que se lo llevaban. Había coronas de flores en el féretro y todos iban vestidos de negro.

—Dile al médico que esto pasará dentro de cuatro semanas, André.

—Sí, Alcar, pero ahora también sé qué me angustiaba tanto; tenía miedo de predecir.

—Ahora haz tus predicciones, hijo mío. No a los padres, sino a aquel que debe saberlo. Puse mi temor en ti y quise que sintieras cómo me repugnan los que abusan de este don para la materia. Me repugnan aquellos que fuerzan a los médiums a predecirles el futuro, por lo que no se pueden hacer responsables, por lo que destruyen muchas almas nobles y muchísimas cosas bonitas, tan solo por avaricia y por sensacionalismo. Enturbian su don; eso era lo que te quería mostrar. Me parece glorioso que también hayas vuelto a intuirlo. Nunca te prestes a hacer predicciones de tipo material. Podemos predecir y lo haremos, pero solo en el terreno espiritual. Entonces se nos concede hacerlo, porque es cuando puedo pedirle ayuda a mi maestro. Yo también tengo a mi maestro, André, y no se me ocurriría molestarlo con preguntas cubiertas de lodo y polvo terrenales. Puedo pedirle cosas espirituales; entonces puedo pedirle a Dios por fuerza y se nos concederá. Recuerda, André: evita siempre predicciones, el futuro, las respuestas a preguntas materialistas, aunque te ofrezcan los tesoros más grandes. Veremos el futuro a gran distancia, pero solo en materia espiritual. Entonces podremos pedirle apoyo a Dios y llegaremos a buen puerto, aunque nos encontremos en una tormenta en el gran océano. Nunca lo olvides, hijo mío, si no quieres causarme sufrimiento ni tristeza (—concluyó).

André le prometió a Alcar, por encima de todo, que nunca se le olvidaría esto.

—Esto es lo que vi, André, esto es lo que me han mostrado los Líderes espirituales más elevados. Como en un fogonazo se va mi pregunta y vuelve la respuesta; lo veo como lo han visto ellos y como lo viste tú también ahora. Esta es la gran cadena de la que todos somos eslabones.

Nuevamente, dile al médico lo que has visto.

Por la noche André volvió a llamar; el médico estaba en casa.

—Hola, habla André, doctor.

—¿Qué pasa, André?

—Doctor, me llamaron para que fuera a ver de nuevo al niño. ¿Sabe lo que ha desencadenado? Le permitió salir.

—Sí, así es. ¿Te parece tan grave? Por qué no vienes a verme, André.

—No tengo tiempo, doctor, pero solo le quería decir que debido a que le ha permitido al niño salir, morirá antes de que transcurran cuatro semanas.

Luego oyó una risa del otro lado de la línea.

‘Allí vamos de nuevo’, pensó, y luego oyó que el médico le decía:

—Si alguna vez has visto bien, André, y aunque habrás visto bien más de una vez, ahora mismo sí que estás equivocado.

—Vaya, ¿eso piensa?

—Sí, sin duda, ¡mi pequeño paciente está bien!

—Pues déjeme que le diga, doctor, que el chico morirá de tuberculosis pulmonar.

Le colgó.

De nuevo André sintió que no se le creía, pero al mismo tiempo oyó a Alcar, que lo apoyaba en todo y que siempre lo acompañaba, diciendo:

—Muy bien, André, deja que espere: ya verá lo que pasará.

Después de lo cual volvió a desaparecer todo el desánimo, porque creía a Alcar y no al médico.

Pasaron dos semanas. Se convirtieron en tres y seguía sin noticias acerca del niño. Pasaron de nuevo unos días y estaba en ascuas por saber si la predicción se cumpliría o bien si habría razones para que la gente se burlara de él. Pero dos días antes de que hubiera pasado la cuarta semana, a las nueve de la noche, el chico hizo la transición. Y los médicos que lo habían tratado, junto con el director del hospital al que lo habían llevado finalmente, constataron que había muerto de tuberculosis pulmonar.

Quince días más tarde, su madre llevó flores a André y le dio las gracias por la manera tan amorosa en que lo había ayudado. Estaba profundamente afligida y la pena y el dolor que André había intuido de antemano la aplastaban.

André le dio las gracias desde lo más profundo de su corazón y le deseó fuerza según la cruz que le tocara cargar.

Se fue a su casa arrastrándose, abatida, porque a pesar de que André hubiera hablado con ella y le hubiera dicho que el chico era feliz ahora, aún no se le había concedido lograr consolarla.

Sin duda que este triste suceso demuestra con mucha claridad la utilidad de las fuerzas buenas y también se puede aprender de él lo necesaria que es la colaboración entre los señores médicos y los magnetizadores de prestigio y clarividentes para la humanidad que sufre.

A pesar de que aquí y allá ya hay un rayito de luz penetrando la oscuridad,

seguimos lejos de que los dones espirituales y la ciencia vayan de la mano.

Ojalá algún día la plena luz penetre la oscuridad. ¡Sería tan beneficioso para tanta gente!

Con la ayuda de Dios, Alcar y André seguirán por el camino que han emprendido. Es su deseo más elevado poder ofrecer curación espiritual y corporal allí donde esta haga falta, además de poder ayudar a poner el mundo en el camino que lleva hacia arriba.

Sesiones de espiritismo en trance

André había formado un círculo con el que de vez en cuando llevaba a cabo sesiones de espiritismo. Invitaba a estas veladas a varias personas, de las que muchas volvían a su casa fortalecidas en cuerpo y alma. Entonces, Alcar hablaba a los presentes a través de André.

Cuando hacía las sesiones de espiritismo, la habitación siempre estaba llena de flores, porque él tenía la convicción de que, a pesar de que no fueran tan bellas como las del “otro lado”, estas causaban una impresión agradable a los espíritus que llegaban a visitarlos. También encendía incienso durante la humilde espera.

También daba muchas sesiones de espiritismo de dibujo y pictóricas, que eran maravillosas. Nunca se sabía de antemano lo que vendría y por lo tanto había curiosidad por lo que llegarían a ver. Ya había recibido piezas maravillosas, aunque nunca había ido a clases de dibujo ni de pintura. Todo pasaba al margen de él; no era más que la herramienta. Aun así había algunas personas a las que todo esto no impresionaba; para ellas tampoco tenía valor. Les parecía una cosa normal y no pensaban en qué le pasaba. Le parecía una pena, porque le encantaría que profundizaran en el asunto, que reflexionaran, porque entonces llegarían al camino correcto, que los conectaría con el más allá.

Cuando estaba en trance, su espíritu había dejado el cuerpo y una inteligencia había tomado posesión de su organismo. Aun así, esto era materia de reflexión para la gente; sin duda que era algo extraordinario. Esto probaba de sobra que lo muerto no está muerto, sino que aquellos que han muerto aquí en la tierra siguen viviendo e incluso son capaces de producir piezas pictóricas hermosas, y muchas cosas más.

Sí, miraban las piezas pero pronto habían olvidado de qué manera se habían generado. Era así porque no podían mirar detrás del velo, como él. De modo que no se lo podía tomar a mal y no quería enojarse con ellos. Tenía que estar por encima de todo, le había dicho Alcar, y nadie debía poder afectarlo en esto. Para él, todo era sagrado, pues venía del “otro lado” y había recibido sus dones de Dios.

No le afectaba lo que dijera la gente y por eso le ofrecía vez tras vez la oportunidad de vivir todo esto. Sí que era asombroso; no tenía conocimientos profesionales y aun así había que admitir que eran obras de arte. Pensaba que las personas eran muy terrenales, y que no tenían sensibilidad alguna por el trabajo espiritual.

De estas personas tenía que cuidarse mucho. Siempre se entregaba sincer-

amente, pero aun así lo malentendían. Muchos abusaban de eso. Era triste.

Nunca podías exteriorizar del todo tus bellos sentimientos interiores; los tenías que blindar.

Alcar dijo que muchas personas llevaban máscaras y no se entregaban sinceramente; tenía que cuidarse de eso. Poco antes se había rumoreado que iba a otra ciudad a comprar las piezas. Así eran las personas. Aunque vieran con sus propios ojos lo que sucedía, aun así había entre ellas quienes no podían o querían creerlo. Entonces intentaba convencerlos de otras maneras, dándoles pruebas magníficas, pero muchas veces era un esfuerzo vano y seguían incrédulos como Santo Tomás, pobres de ellos.

Cuando recibía mensajes y los transmitía como le indicaba Alcar, muchas veces no dejaba contenta a la gente. Esta esperaba otra cosa, algo material la mayoría de las veces, y Alcar daba todo desde el punto de vista espiritual, lo que no les satisfacía. Lo que se les comunicaba no les resultaba fácil; significaba una lucha y no se atrevían a enfrentarse a ella. Entonces la gente misma lo sabía todo mejor.

A este tipo de gente no se le podía ayudar ni aconsejar, porque no se atrevía a andar por el camino espiritual. El de ellos pasaba por la materia; amaban la materia, era más fácil. Se le hacía difícil mantener una buena amistad con todos estos tipos. Lo que sí era fácil era tener todos los amigos que quisiera, siempre que hiciera lo que ellos querían. Pero es que eso no podía hacerlo. Sus pensamientos tenían que estar siempre con su trabajo espiritual y con Alcar, y eso no lo entendían. Si los escuchaba lo sacarían de su trabajo por las tonterías terrenales que los ocupaban y que sin duda les interesaban a ellos, pero a él no.

Tenía que obedecer estrictamente a su líder espiritual y vivir y trabajar solo para sus dones. Quería estar lo más desconectado posible de la materia y aprovechar los años que le quedaban por pasar en la tierra. Para él, cada día era valioso.

No se pensaba en eso y por lo tanto tampoco se entendía nada de las cosas ocultas tras el velo. Tampoco les llegaba del todo la idea de que había recibido sus dones por algo. Cuando hablaba de eso, todo se le tomaba a mal, todo se malinterpretaba, y se decía que él no quería, por lo que la amistad se entibiaba porque él no hacía lo que se esperaba que hiciera.

De esta manera estaba siempre solo y la vida le pesaba. Pero había una persona que lo ayudaba y era Alcar, el amigo en quien podía confiar, su líder espiritual y su maestro en todo.

Alcar siempre estaba a su lado y siempre lo comprendía. Alcar sabía cómo era interiormente, cuáles eran sus intenciones y cómo amaba a todas las personas. Decía con frecuencia:

—Sé fuerte, André, la gente no quiere entenderte. Tampoco se esfuerzan, e

intentarán lograr que estés de su lado. Cuidate de eso, porque de lo contrario, otros vivirían tu vida en lugar de que la vivas tú mismo.

A menudo tenía días sombríos que apenas lograba acabar y en los que chocaba con todos. Entonces se dedicaba a cavilar acerca de estas situaciones y tenía que llegar Alcar para que pudiera pasar el mal rato. En este estado podía calar a las personas. Entonces las entendía y sentía hacia dónde querían ir. Entonces todo era triste en su interior. Ay, qué difícil eran para él esos momentos. Era cuando veía y sentía exactamente lo malas que eran otras personas y anhelaba estar donde se encontrara Alcar. Ay, y si Alcar no lo animaba en esas ocasiones... Pero en eso podía confiar.

Las personas tendrían que poder leer en el corazón de los demás; antes no lo creerían de todos modos. Ya había visto y experimentado lo suficiente para saber eso. Nunca les era suficiente, pues siempre exigían más, siempre más. Nunca se atrevían a enfrentarse a uno abiertamente. Todo esto ocurría en silencio, detrás de las espaldas de uno.

Cuando la gente no entendía el trabajo espiritual, decía que él era un fantasiado y entonces empezaba el chismorreó entre ellos, no abiertamente, sino detrás de las máscaras a través de las que nadie podía ver. Aun así, él veía a través de ellas, una tras otra. Alcar ya lo había desarrollado hasta el punto en que podía ver e intuir eso. Estas personas lo hacían todo en silencio y antes de que se diera cuenta, ya le habían dado un fuerte mordisco tan atinado que hizo brotar sangre de dolor. Sin embargo, tenía que aguantar, le había dicho Alcar, porque la gente no era capaz de otra cosa. Pero ahora sí aguantaba, porque con todo vivía mucho tiempo en las esferas; allí estaba siempre en pensamientos. Su mitad material se quedaba en la tierra, pero su espíritu estaba allí donde siempre hay armonía y felicidad. Cuando le llegara el momento de morir, qué feliz sería con Alcar. Por eso tenía que librar esta lucha. Había rezado muchas veces por que se le concediera morir, porque le parecería lo más glorioso poder estar para siempre allí donde ahora solo iría de vez en cuando: en la esfera feliz donde siempre hay armonía; con aquellos que están en la luz. Allí puedes darle tu punto de vista a todos abiertamente sin que tus palabras se tuerzan. Cuando se hace una promesa, se cumple; allí todo es sincero y verdadero. En la tierra la gente le cuenta todo “en confianza” a cualquiera que quiera escucharlo.

En las esferas oscuras también ocurre, como decía Alcar, pero esto se sabe de antemano y entonces se puede tomar en cuenta. Los espíritus que viven allí no son de fiar; viven en la oscuridad y la frialdad. Los que en la tierra le cuentan todo “en confianza” a los demás podrían ver en las esferas oscuras de qué manera se daña la confianza. En la tierra no es posible mirar a través de otro porque el cuerpo material lo impide, pero una vez llegado al más allá y habiéndose librado del envoltorio material, ya no le es posible al espíritu

ocultarse de los demás.

En las esferas elevadas se tiene mucha confianza en todo, porque si ya no se tuviera, entonces ya no sería su casa ni tampoco aguantaría estar allí, porque entonces ya no tendría la sintonización con esta situación. Tampoco podría ya aguantar la luz que se posee en esas esferas. Allí todos son para los demás como un libro abierto, porque leen en los pensamientos de los otros. Allí todos viven de manera honesta e íntegra, en perfecta armonía. En la tierra, eso no parece ser posible. Sin embargo, esa es la dirección en que hay que llevar las cosas. En la tierra, la materia oculta todo lo espiritual, así como las buenas características del ser humano. Y si estas se tienen que reprimir con frecuencia, ya no se atreve uno a manifestar su opinión ni tampoco a darse honestamente. Y a lo largo de toda la vida terrenal, se tienen que ocultar por tanto los sentimientos interiores. ¿Y por qué hace falta? ¿Por qué? Porque si no, todos los demás lo obstaculizan a uno, aunque no haya hecho nada malo. La causa es tan solo el odio y los celos. Cuando comprendía a las personas, se reía en él algo que le hacía bien, porque entonces sabía de antemano a dónde querían llegar. Entonces estaba preparado y podía protegerse contra las malas influencias. Nunca abusaba de lo que adoptaba de ellos de manera telepática, porque entonces podría seguir días. Dejaba que se le resbalara todo como si no supiera nada, y de ser posible cumplía sus deseos. Entonces sentía que estaba por encima de ellos, aunque ellos pensaran que de todos modos no lo intuía de ninguna manera. Pero los dejaba hacer, siempre y cuando no se propasaran. En ese caso Alcar le avisaría con tiempo; eso lo sabía.

Una vez había estado con amigos en una gran ciudad en el extranjero en la que unos años antes, durante la guerra, había habido batallas feroces. A sus amigos les daba igual, pero él no podía ser feliz allí. Toda esa miseria, toda esa tristeza, toda esa pena, todo ese dolor de antes lo oprimían mucho. Lo entristecían todo el odio y toda la ira de los que intuía la mala influencia. Esa ciudad era un lugar horrible y le parecía terrible que eso no lo sintieran todos esos miles de personas. Era infeliz hasta lo más profundo de su ser; veía a los soldados errando por las calles, no como seres materiales, sino como espíritus. Seguían luchando y no sabían parar; a tal grado los animaba el odio. Veía toda esa miseria con sus ojos espirituales y por más que intentara sustraerse de ella, no lo lograba.

Era una ciudad maravillosa, se decía, pero él por poco se había asfixiado allí, aunque nadie se dio cuenta. Había visto pasar claramente a los soldados, con diferentes uniformes, todos salvajes y furiosos. Era una guerra de verdad, para él todo ocurría como en la realidad y oía cómo se gritaba “¡Muerte, muerte!”, y blasfemias y maldiciones. ¿Qué se había logrado con esa guerra? Nada más que una miseria innombrable. Las personas se azuzaban contra otras. Pobres de aquellos que tengan la culpa de ello; a esos necios les espera

algo terrible. Los esperarán millones una vez que hagan la transición al más allá. Mejor que recen mucho, muchísimo, mientras todavía estén en la tierra, para que Dios los proteja de estos demonios, aunque ellos mismos sean unos. Porque son demonios los que los esperan, porque les han causado toda esa pena y dolor. También sentía una profunda misericordia por aquellos que cargaban con un crimen así en la conciencia, porque no pueden evadir su castigo ni pueden por ahora pagar por el crimen. Había visto claramente todos esos pobres espíritus y también la sangre que corría por las calles y seguía impregnándolo todo. Sin embargo, todos estaban felices y nada parecía molestarles. Sentía y veía a esos caídos en combate; significaba que todo no había pasado aún, sino que seguían luchando. Incluso ahora, a pesar de haber dejado el cuerpo material. Era imposible observarlo a través de ojos materiales. Habría querido huir, lejos de esa ciudad mala. Ya no podía estar despreocupado ni alegre.

A sus amigos les pareció rara su actitud y no lograban entender por qué andaba tan triste, por qué no se interesaba por nada ni se divertía. Le dolía y lo lamentaba por ellos, porque no quería causarles sufrimiento, pero no podía contarles nada por miedo a que se burlaran de él. Ay, no había remedio. ¿Y qué tenía que decir? Pues de todos modos ellos no lo veían y preguntarían por qué tenía que pensar en todas esas tragedias. Y es que para ellos todo esto era agua pasada. Sí, había pasado, por lo menos para ojos materiales, pero él tenía que verlo, sentirlo y vivirlo a fondo como había pasado en la realidad. Así era el mundo, así vio él qué maldición es la guerra para la humanidad. Ya no se pensaba en las innumerables víctimas, los supuestos muertos, que no están muertos sino que de pronto han sido expulsados de su cuerpo material, que han llegado con una sacudida al más allá, que han seguido luchando allí como espíritus, indomables. El mundo retrocedía así cientos de años en sentimientos espirituales. Y luego nadie se detenía al pasar ante las víctimas que seguían viviendo en la tierra, los heridos, los pobres e infelices mutilados que habían quedado ciegos o sin brazos ni piernas. Muchos de ellos poblaban las calles y había visto cómo cientos de personas pasaban de largo sin darles nada. ¿Dónde estaba su amor al prójimo? ¿No les sobraba nada a estas personas? ¿No lo tenían? Aunque dieran unos pocos centavos. Poquito a poco se les posibilitaría a ellos la existencia. Pero ¡si estos pobres hombres habían quedado mutilados en la guerra! Lo había lastimado y le había sido imposible divertirse en medio de toda esa miseria, entre toda esa gente fría que ya no portaba ni un mínimo destello de luz en su interior.

Se había acercado a uno de esos desgraciados y le había dado todo el dinero que llevaba; no sabía cuánto. Bien podrían haber sido veinte o treinta francos, o incluso más. ¡Cómo lo había mirado ese pobre soldado mutilado! Estaba fuera de sí de felicidad.

André sintió que una voz interior le dijo que había hecho bien. Le había parecido glorioso. Había sido su única satisfacción en esa tenebrosa ciudad. Y cuando siguió su camino, el inválido levantó sus bastones en señal de agradecimiento.

—Disfruta tu comida, come mucho hoy, ¡te lo mereces! —le había dicho desde la distancia al pobre hombre. Al soldado le habían brotado lágrimas de alegría y luego André no había aguantado un segundo más en su presencia y había huido. Pero después había sentido un momento de felicidad gracias a la de ese pobre soldado.

Por todos lados había este tipo de pobres personas pero ya no tenía nada que darles. Tenían las caras demacradas, y se podía leer en ellas un dolor y una miseria profundos. Ay, no aguantaba verlo. Cómo era posible sentarse frente a la ventana de un restaurante para comer con apetito mientras que del otro lado de la calle hubiera uno de esos pobres inválidos. No había podido hacerlo, porque se le hacía un nudo en la garganta. Sin embargo, muchos lo hacían sin siquiera darse cuenta de lo que había fuera. Tampoco de que les entraba una maldición. Allí estaba su hermano, a cuyo lado habían luchado, que ya no tenía qué comer y siempre tenía que permanecer fuera, bajo la lluvia y el viento, mientras ellos saboreaban su comida. ¡Así es la vida, así es el hombre!

Había escrito a casa que se moría de infelicidad en esta bella ciudad, en la que no veía más que miseria y tristeza. Cómo iba a adquirir nuevas impresiones y juntar fuerzas, si todo le parecía un insulto. Se había hecho este propósito: mientras viviera en la tierra, no volvería nunca a esa ciudad.

Aun así, fue llamativo que después de su partida, y apenas saliendo un poco de la ciudad, toda la tristeza de repente se le había ido. En la naturaleza, lejos de esa atmósfera oscura, de nuevo había podido respirar desahogada y cómodamente, y había recuperado la alegría y la felicidad.

De modo que estar en el más allá, en las esferas de luz donde todo significa armonía y felicidad, era sin duda más glorioso que estar en la oscura tierra. La mayoría de la gente tiene miedo de morir. Pero no hace falta si se sabe lo feliz que uno puede ser en las esferas y si está dispuesto a aparecer ante el Trono Divino. Pero aquellos que buscan su felicidad en las cosas materiales de la vida cotidiana no se dan cuenta de esto. No les interesa y por tanto tampoco lo aceptan como verdad, hasta que en algún momento también a ellos se les convencerá del valor de una vida más elevada. Entonces empezarán a ver de una manera totalmente diferente hacia la vida terrenal y también cambiarán su opinión acerca de sus prójimos.

¡Las cosas que se decían por allí! La guerra (la Primera Guerra Mundial, 1914-1918) había terminado y los inválidos que se veían eran mendigos que montaban una farsa. Pero lo que él había visto no era una farsa, sino una

tragedia vital, ni tampoco se trataba de mendigos, sino de pobres infelices a los que se les pasaba por el mismo rasero que a los maleantes.

Alcar le había dicho que le había mostrado toda esa miseria para que pudiera entender todavía mejor lo malos que son los habitantes de la tierra.

Lo que más le gustaba era estar en su habitación, entre todas las obras de pintura que había recibido del “otro lado”. Allí veía las esferas, cuando Alcar lo conectaba con ellas y también la gran luz que en aquella ciudad ya no se podía ver. Allí era feliz con su líder espiritual, como lo era en la naturaleza, donde los momentos sombríos pasaban rápidamente.

Después de llegar a casa había contado a muchas personas lo que había visto, pero ni siquiera les parecía tan grave; lo había sabido de antemano. Y es que tampoco podían creerlo, ni las otras verdades invisibles que él había presenciado y vivido.

Alcar dijo que podía tomar siglos antes de que estas almas infelices pudieran encontrar la paz. Esto es lo que conlleva la guerra y cuando termina, todo ha terminado, por lo menos para la tierra, y ya no se piensa que sea tan terrible, porque la gente no puede o no se atreve a arrastrar las consecuencias. Y esta guerra apenas ha pasado cuando ya se está pensando en otra nueva que causará aún más desgracia y perdición.

—Ser humano, hazte más sabio. ¿De qué sirve todo esto? Decide tú mismo qué sentido tiene asesinar a tus hermanos —dijo Alcar.

Las personas sienten materialmente y no de otra manera. Están sintonizadas así y adoran la materia.

Todo el arte en esa ciudad era hermoso, pero lo más hermoso pierde allí su valor al ser despojado de fuerza espiritual. Las personas no quieren entenderlo y tampoco lo ven, ni ven que el mundo está enfermo. No sienten nada de esto ni quieren sentirlo.

Alcar dijo que la tierra está enferma y es mala, y que las personas están espiritualmente enfermas. Es aún más terrible que si sufrieran de una de las más terribles enfermedades. Ya no tienen sensibilidad ni luz en su interior.

André casi se asfixiaba bajo esa mala influencia. Esta no era la influencia que sus amigos espirituales traen a la tierra; esa es sagrada e inmaculada. En la tierra, en cambio, todo está despojado de luz y calor y en todos lados reinan las pasiones. ¿Dónde había quedado el amor verdadero que en algún momento había dado Cristo? Ya ni siquiera se conoce, porque lo que se encuentra es amor propio. Las personas le parecían temerarias; ni siquiera se daban cuenta de que muchas veces jugaban como si nada con el sagrado fuego del amor. Después descubrirán que se ha tratado con temeridad el amor verdadero, y por ello sufrirán mucho y se arrepentirán. Pero luego no tomará mucho tiempo para que la gente vuelva a jugar con él de manera tal que en muchos haga surgir el dolor del corazón. Así de crueles son las personas.

Le era imposible imaginarse por qué no querían comprenderse mejor unos a otros. ¿Acaso no sabían que el amor era la creación más grande de Dios y que ellos mismos podían estar sintonizados con todo lo bello que significa felicidad, si tan solo quisieran seguir el camino que lleva hacia arriba?

Se estremecía al encontrarse con personas así. Para él, el amor sagrado significaba felicidad eterna. También le irritaba cuando llegaban a verlo personas que querían presenciar sesiones de espiritismo por sensacionalismo o pasatiempo y luego no profundizaban en el asunto.

Cuando asistían a una noche pictórica o una sesión de espiritismo, en las que Alcar hablaba a través de él, pronto ya habían olvidado todo porque no entendían ni sentían su sacralidad, ni cuánto apoyo y felicidad les aportaba. Era gente que siempre arruina todo en todas partes. Pero para él este trabajo era sagrado; luchaba, junto con otros miles, por la gran causa: convencer a las personas de la verdad de que hay vida después de la muerte material.

Alcar siempre lo alertaba sobre aquellos que no querían creer eso.

—No te fíes de ellos —decía—, porque significan un peligro para nuestro trabajo. Blíndate contra estos seres; yo te ayudaré a hacerlo. Entonces podrás contestarles por medio de nuestro saber puro. Vemos y conocemos cada estado del alma. Los calamos a todos.

André les tenía miedo a estas personas y por tanto las mantenía a distancia.

Como hace muy poco, cuando había organizado una bella sesión de espiritismo pictórico con mucha asistencia.

Alcar le había dicho que comprara un lienzo grande, que se destinaría a un pintor marítimo alemán que había caído en combate durante la guerra y ahora deseaba pintar a través suyo.

Había comprado la tela (0,90 m por 1,50 m) y también la pintura y otros requisitos, y tenía curiosidad por saber qué se pintaría en ese gran lienzo.

Estas sesiones siempre las organizaba por la tarde, aunque no fuera necesario, porque ya se habían hecho en la oscuridad dibujos con unas líneas hermosas.

Entonces, antes de que fuera inducido al trance, tenía que rezar; luego se sentaba ante el caballete, esperando lo que viniera. Las inteligencias no se hicieron esperar mucho y después de unos momentos estaba en trance; entonces su espíritu se desdoblaba de su cuerpo material, de cuyo organismo tomaba posesión un pintor espiritual.

Esa tarde habían llegado puntuales todos los invitados, entre quienes había algunos pintores. El pintor que apareció había armado una pieza con una técnica asombrosa.

A todos los presentes les pareció sumamente interesante ya que, como dijeron ambos pintores, una técnica así solo podía pertenecer a alguien que había realmente tenido estudios en la materia.

En dos horas la pieza había quedado terminada y representaba ‘En la costa irlandesa’; era un mar con rocas. Después su espíritu había vuelto a su cuerpo. Pero después de un rato Alcar lo había inducido nuevamente en un trance, hablándoles a los presentes de la siguiente manera:

—Ya ven, mis queridos, que nos es posible, después de la muerte material y a pesar de ella, seguir trabajando en la tierra. Esta bella pieza es obra de un pintor alemán de nombre Erich Wolff. Este joven artista, que murió en el campo de batalla en su última guerra mundial (al publicarse el libro en 1933 se trata de la Primera Guerra Mundial), pintaba durante su vida terrenal en la costa escocesa e irlandesa.

Muchos familiares los saludan y que Dios los bendiga a todos (—concluyó).

Había terminado la sesión de espiritismo.

Un tiempo después recibió varias obras más de este pintor. Una de ellas fue pintada de manera excepcionalmente realista. Esta pieza llevaba por nombre ‘En la costa escocesa’.

Alcar se la regaló a un amigo de André. Había trabajado para Alcar sin saber a qué fin servía. Todo esto había sido Dirección. Después de que Wolff hubiera terminado la pintura, lo hizo ver en estado clarividente cómo y dónde los barcos rodeaban esa costa.

Cuando le llevó la obra a su amigo, le contó lo que el pintor le había comunicado, lo que le pareció muy interesante. Era un macizo rocoso muy particular con dos largos salientes, bañado por el mar, que representaba el ambiente de una hermosa noche estival.

Cuando la pieza ya llevaba algún tiempo colgada en la pared de su amigo, llegó a casa un cuñado suyo que trabajaba de maquinista en la navegación de altura. Al entrar reconoció de inmediato la costa escocesa.

—¿Cómo tienes aquí la costa escocesa? ¿Compraste este cuadro en Inglaterra? —preguntó.

Pero el amigo de André solo se rio y dejó que siguiera hablando.

El marinero contó:

—Navegamos dándole la vuelta a la costa por aquí para llegar a Holanda. —Mientras que indicaba en el cuadro de qué lado—. Esos picos rocosos son visibles ya desde lejos y muchas veces nos sirven de punto de orientación. Entonces nos decimos en el barco: “Los picos están a la vista”. Está pintado con llamativa exactitud, justo como es en realidad.

Cuando hubo terminado de hablar, el amigo de André le contó que esta pieza la había recibido un médium que en primer lugar no sabía pintar en circunstancias normales, y en segundo lugar, que cuando sí lo hacía no era consciente de ello, porque estaba entonces en trance, y en tercer lugar, que nunca había visto Escocia, Irlanda o Inglaterra.

Al marinero le pareció asombroso y estuvo mirando la bella pieza pictórica un largo rato.

De este modo se probó sin duda que otra persona había estado trabajando aquí. Que no lo hacía él, André, sino que otro había usado su organismo.

Wolff hizo así seis grandes piezas para él, hermosas todas.

André estaba feliz, sumamente feliz con sus dones y con todo su trabajo. Esa era la razón por la que deseaba tanto que las personas profundizaran en el mismo. Descalificaban este trabajo llamándolo obra del diablo. ¿Acaso Alcar, Wolff y los otros espíritus eran diablos?

¿No? Hasta ahora los había conocido como espíritus del amor. Así por ejemplo, poco antes, había sido hermosa la manera en que Alcar lo protegía y cuánto cuidaba sus dones.

André se sentía enfermo; tenía un fuerte resfriado. Sin embargo, había hecho ese día su trabajo, a pesar de que anhelara estar en la cama. Por la noche le dio mucha fiebre y pensó en acostarse pronto, pero para su gran desconcierto le llegó un recado de Alcar alrededor de las siete, en el que se decía que quería pintar.

Dijo para sus adentros:

—Pero por el amor de Dios, ¡estoy enfermo!

Sin embargo, inmediatamente después oyó que Alcar le dijo por segunda vez:

—Asegúrate de estar listo alrededor de las ocho; ¡pintaremos, André!

Así que dejó de suspirar. Lo que Alcar deseara tenía que ser bueno.

Cuando se lo contó a sus padres les pareció muy extraño y le desaconsejaron con vehemencia que accediera a esa solicitud. ¿Cómo podría pintar con el cuerpo enfermo?

Dudaba; finalmente sus padres lo convencieron de que se negara y decidió acostarse.

Pero ocurrió aquello con lo que nadie contaba.

De repente llegó a estar bajo influencia, entró en trance y Alcar les habló a sus padres a través de él:

—Ya ven, mis queridos: cuando queremos, somos capaces de lo que sea. Yo mismo pintaré esta noche y no entenderán sino más tarde por qué tomé posesión de su cuerpo material justo entonces.

Se fue a la habitación de André, preparó todo y se puso a pintar. Desde las ocho menos cuarto hasta casi las diez, André permaneció en trance y cuando despertó, de inmediato se dio cuenta de que la fiebre y la enfermedad habían desaparecido. Le pareció glorioso y se apresuró a ir a ver a sus padres para contárselo.

Poco después, Alcar le dijo:

—Las flores que pinté no son tan bellas. Mi intención era hacer que mejor-

aras, y lo logré por completo. No podía hacerlo mejor que tomando posesión de tu cuerpo. Así lo ves, mi hijo: entrégate siempre, confía en mí siempre. Tu cuerpo material está bajo mi protección. Sigo velando por ti.

Esa noche, André lloró de felicidad y agradecimiento porque los espíritus eran tan buenos con él y también sus padres agradecieron en su oración a Alcar por la gran ayuda y por esta maravillosa prueba que habían recibido de su parte.

Este era amor inmaculado y puro; amor de Espíritus de las esferas elevadas.

¡A cuántos había podido convencer ya gracias a las pruebas que Alcar les había dado! ¿Acaso no había que vigilar entonces escrupulosamente esta causa sagrada? ¿No eran diablos buenos? ¿No eran diablos que aman a las personas? ¿Si se hacía todo por darles evidencias, para convencerlos de que hay una vida después de la muerte material? El espiritualismo y todo lo relacionado con eso era para él una causa sagrada. Aquellos que trabajan detrás del velo, sin esperar agradecimientos, quieren hacer lo que sea para traerles a las personas la felicidad y la verdad. ¿Acaso no había que arrodillarse humildemente y aceptar todo con gratitud? ¡Ellos quieren ver a las personas felices! No, no son diablos, estos espíritus del amor, aunque las personas en la tierra, en su supuesta sabiduría, los tomen muchas veces por diablos. Piensan que con su sabiduría terrenal pueden entender lo espiritual, y no es cierto. Tendrían que estar sintonizados con todo esto de manera interior; entonces lo podrían intuir, pero están demasiado materializados. La sabiduría terrenal no es fuerza espiritual ni tiene nada que ver con ella. ¡Como si no fuéramos todos iguales ante Dios!

¿Acaso en la tierra un rey siempre está en un nivel espiritual más elevado que un carpintero? Claro que no. Sin embargo, muchas veces se tiene esa idea.

Había visto tantas veces que los supuestos grandes hombres que en la tierra eran eruditos, incluso teólogos, y que aparecían en las sesiones de espiritismo, estaban muy infelices, profundamente infelices y pedían que se les ayudara. Solo entonces entendían que el espiritualismo es algo bello. Allí estaban entonces, con todos sus estudios y su sabiduría, que no los habían ayudado a avanzar espiritualmente. Y es que no habían vivido espiritualmente. Sin embargo, también había eruditos que sí habían encontrado la luz y la felicidad del “otro lado”, pero a la vez habían vivido mejor en la tierra; no habían olvidado a Dios y habían sido buenos con los demás. Era lo bueno que llevaban dentro, como Dios lo quería de ellos. No llevaban máscaras, como otros a quienes algún día también les llegará su tiempo del otro lado. Allí las máscaras se caen y estarán desnudos; entonces su poder habrá desaparecido. Pero en la tierra son los que echan a perder todo y contra quienes siempre lo previene Alcar.

Esto ni siquiera le parecía tan terrible, pero cuando lo hacen bajo el disfraz de lo espiritual, entonces es mucho peor y están perdidos. Entonces edifican una pared espiritual frente a ellos y desde allí disparan sus flechas materiales con el objetivo de alcanzar a personas honestas y sencillas. Así son sus máscaras para este mundo. Así viven bajo el disfraz de seres espirituales. Para ellos, todo es pasatiempo. Pero el trabajo espiritual es demasiado sagrado para eso. Sus corazones están y permanecerán fríos ante todo, y en ellos, lo bello nunca ocupa el primer plano. La chispa divina, con la que podrían estar sintonizados con las esferas elevadas y todo lo bello, ya no arde, sino que se ha consumido lentamente, apagándose como un pabilo en la mesita de noche.

Por gente así había pasado por mucha lucha y ahora que había llegado al punto en que entendía a dónde querían llegar, jugaba con ellos porque ahora poseía la fuerza.

Ahora comprendía a todos. Alcar lo había llevado tan lejos y había desarrollado hasta este punto su sensibilidad espiritual. Es lo que no hacen estas personas, porque una y otra vez recaen en su mundo material. Aun así, Alcar quería que se entregara siempre, porque a nadie le podía faltar nada, puesto que los que se entregaban honestamente también iban a buscarlo.

—Mantente por encima de todo —decía Alcar—, para que tu corazón no esté cerrado para los buenos. Pronto podrás intuir cuándo se acerca a ti un corazón abierto, porque ese corazón te enviará su radiación. Ten siempre disposición, por más grande que sea la lucha que se te presente, porque esta te enseñará. Así que confía; estamos a tu lado y seguiremos siendo tus ayudantes invisibles.

Alcar le hablaba así muchas veces y le sentaba bien, porque a veces todo lo había superado y entonces casi no podía seguir por las preocupaciones y la tristeza. Las personas querían cada vez más, y más, hasta que finalmente nada tenía ya valor para ellas.

¿Ahora qué sería lo que pasaría esta noche? Tal vez iban a admirarlo de nuevo para luego tirarlo al suelo en algún lugar. Pero estaría preparado, por más difícil que se lo pusieran.

Alcar y sus amigos no lo hacían nunca. Son finos y puros en sus respuestas. Nunca ofenden a nadie y siempre van por un solo camino, el del amor. Lo único que les importa es su tarea: trabajar para el espiritualismo. La gente lo entiende solo a medias y no quiere aprender de ese modo, por más bellas que sean las lecciones que reciban. Sin embargo, las reciben por su propio bien, porque a través de ellas tienen que desarrollarse.

No es por el sensacionalismo que se puede entrar en contacto con aquellos que han muerto en la tierra. Esa no es la intención del mundo de los espíritus. La humanidad tiene que avanzar, subir por el camino hacia Dios. Pero a mitad del camino no pueden seguir adelante y recaen hasta aquel lugar en

que la vida vuelve a serles fácil. Eso no les cuesta: las cosas van por sí solas. Así continúan dando tumbos; se cumple la vida y para ellos no es más que una vida de placeres terrenales.

Su estado de ánimo sombrío seguía sin querer ceder, pero con los ánimos así podía entender tan bien el gran sufrimiento de Cristo.

Cristo se había dado a la gente. Daba cada vez más y cuando ya no pudo dar más, lo pegaron. Cristo los dejó hacer y todo fue empeorando, porque querían aún más. Estaban empeñados en tener Su Carne y Sangre. Y solo cuando lo estaban clavando en la cruz, el pueblo vio en Él al verdadero Hijo de Dios. Cuando se desgarraron las nubes y apareció la Luz de Dios, todas esas personas vieron que Él era el Ser Humano sencillo, que se había querido dar por completo.

Cristo era también el hijo de un carpintero, pero Él tenía una fuerza mucho mayor que la suya. Cristo obraba grandes milagros. Cristo era el Gran Espíritu. Él, André, obraba milagros en pequeño. Aun así, se le concedía hacer el mismo trabajo y también curar enfermos. Pero no podía hacer que los ciegos vieran, como lo hacía Cristo, porque no era más que un ser humano imperfecto, uno con muchos errores.

Cristo era el ser humano Perfecto, el Hijo de Dios, que se había entregado plenamente por los seres humanos; sin embargo, lo crucificaron.

Pronto la gente olvidó ese gran milagro y siguió pecando, siguió sin cesar.

Cuando estaba triste y sombrío, podía sentir y entender tan bien lo que ese sufrimiento debió ser para Cristo. Cristo, el corazón sencillo, que fue torturado y flagelado por sus hermanos y hermanas. Ni siquiera bastó que fluyera Su sangre. Así es la gente.

Alcar le había puesto a Cristo como ejemplo, diciéndole:

—No caviles y haz tu trabajo, André. Debes estar preparado por todo y tómalo como ejemplo a Él, que sufrió para todos nosotros. Haces el mismo trabajo, hijo mío, pero todo en pequeño y no intentes compararte con Él. Debes estar contento con esta felicidad y mantenla encarrilada (—concluyó).

Le quedaba mucho por aprender, lo sabía bien, y aprendería mientras estuviera en la tierra.

En algún momento había sentido la gran satisfacción que debió sentir Cristo y por eso lo había entendido todo aún mejor.

Lo habían mandado buscar para ver a un bebé de nueve meses que estaba en la cuna gravemente enfermo, con mucha fiebre e inmóvil. No sabía cómo había llegado a ese punto y no se quiso imaginar nada, pero cuando estuvo junto a la cuna les había dicho a los padres:

—Ahora sí que les enseñaré cómo curaba Cristo.

Lo miraron extrañados, pero no dijeron nada; la situación era demasiado grave para eso. Se arrodilló y rezó fervorosamente, como siempre cuando

tenía que tratar a un enfermo. Les imploró tanto a Dios como a Cristo por ayuda y rezó:

—Dales a Tus enviados la fuerza para poder ayudarme con este bello trabajo. Oh, Jesús, ayúdame. Quiero curar a este pequeño en Tu nombre, como Tú lo hacías.

De repente —nunca se le olvidaría este hermoso momento grande— su brazo fue elevado ligeramente y una fuerza ajena lo llevó a la cabecita del niño, mientras que lo atravesó una gloriosa sensación de gran felicidad. Después de unos minutos su brazo fue conducido de vuelta y al instante el pequeño abrió los ojos, empezó a reír, gritar y patear, y se había curado.

Los padres lo miraron llenos de admiración y se les llenaron los ojos de lágrimas.

Oh, ¡qué día aquel! ¡Qué milagro tan grande había ocurrido!

Alcar le dijo:

—Se te concedió hacer esto gracias a tu gran amor por Cristo y por nuestro trabajo.

Se sintió en el séptimo cielo.

En sus oraciones pedía siempre ayuda, pero también entendía que no a cada enfermo se le podía curar en seguida, porque entonces tendría que ser igual a Cristo y no podía serlo ni en miles de años. Pero era para él un mandamiento sagrado asegurarse de estar siempre dispuesto para recibir las corrientes elevadas para transmitírselas a los enfermos.

Había curado al niño poniéndole la mano en la cabeza. Así lo había hecho también Cristo durante su vida en la tierra. Si bien no se le flagelaba ahora a él, a André, era posible que lo encerraran en la cárcel porque no era médico y por lo tanto, según las leyes terrenales, ejercía la medicina ilegalmente. Hacía muchos siglos, Cristo fue el Ser Humano Perfecto en la tierra y no volverá a aparecer otro Cristo en la tierra para sacrificarse por la humanidad, pues después de todos estos cientos de años, Jesús sigue sin ser comprendido.

Así se pasó el día cavilando. No podía dejarlo atrás y estaba cansado de tanto reflexionar. Pero ya era hora de dejar de hacerlo, pues los invitados ya habían entrado y la sesión de espiritismo empezaría en seguida. Seguro que Alcar le daría fuerzas, como siempre. La sesión empezó. Primero se recibieron muchos mensajes con la cruz y el tablero; llegó algo para todos y muchos volvieron a entrar en contacto con familiares y amigos que habían perdido temporalmente. Así se les reconfortaba, se les reconfortaba espiritualmente, y eran felices por entrar en contacto con sus seres queridos. ¡Qué bello era!

Terminada esta parte de la sesión llegó un momento de descanso; después, Alcar lo indujo al trance y se dirigió a los presentes para decirles con su voz clara las siguientes palabras:

—Buenas noches, hermanas y hermanos míos, hoy quiero hablarles acerca

del reloj humano.

Los quiero ayudar y es lo que voy a hacer. Siento tantas ganas de ayudarlos, pero ¿cómo? Les dije ya en muchas ocasiones, vez tras vez: los quiero ayudar, si Dios quiere. Ahora escuchan con mucha atención todo lo que les voy a decir y que en el fondo saben desde hace mucho tiempo. Sin embargo, eso no quita que, por más que lo sepan y aunque de vez en cuando lo piensen, ustedes, seres humanos, con sus pensamientos humanos, no siempre actúan conforme a este saber. Tic tac, sube y baja, ese es el tiempo. Es el péndulo del reloj. Es tan regular: tic tac, tic tac. Tan ininterrumpidamente: tic tac. Pues ahora piensan que su vida también seguirá de manera tan regular como el reloj al que el relojero le da cuerda. Pero ¿acaso esa vida transcurre de manera tan lisa y regular para todos? ¿Es para todos ese tic tac tic de las ocupaciones, actividades o encargos diarios? ¿O hay allí un sonido que no oyen? ¿No hay allí un sonido que sí sienten y que los distingue precisamente a ustedes, los seres humanos, de ese tic tac cotidiano y monótono del reloj? ¿No es precisamente la chispa divina en ustedes la que los distingue de eso y que los sitúa por encima de todo lo mecánico? ¿Y no se encuentra la Fuerza del Amor Divina en esa chispa divina? ¿No es precisamente lo que la gente llama amor lo que hace que valga la pena vivir y haber experimentado? ¿No es lo más bello, lo más rico y lo más Divino en el ser humano? Todos lo anhelan desde pequeños; casi diría: desde antes de nacer se anhela el amor. Y ese amor va creciendo, y se vuelve más bello; se vuelve más fuerte y mueve montañas. Sin ese amor, la vida sería un desierto.

Aquellos que conocen el amor, ellos son los felices. Quienes conocieron el amor siguen viviendo en él y quienes no lo conocieron son felices al sentir interiormente esa gran fuerza, esa gran fuerza divina, la sacralidad de lo que podrían dar. ¿Lo comprenden, amigos? ¿Lo sienten, amigos? ¿Que su vida podría ser una vida en pensamientos? ¿Comprenden cuánto podrían dar? Dejen que lo que hay en ustedes sea lo más bello y lo más sagrado, incluso lo más sagrado por encima de lo demás; siempre.

¿Les conté muchas cosas nuevas esta noche? ¿No saben todo esto desde hace mucho tiempo? Y sin embargo me pregunto: ¿no los he ayudado, no los he arrancado brevemente del sueño, no les he sacado a relucir un momento lo mucho y bello que hay en el ser humano y que lo distingue de la máquina? Y cuando Dios, en Su gran bondad, les hace sentir ese amor en su vida terrenal, confíen entonces, amigos. Es la voluntad de Dios, no lo olviden nunca, que reine ese amor y que exista ese lazo de amor. ¿Entonces podría ser posiblemente la voluntad de Dios que un lazo así se rompiera? Les digo que no. Tengan entonces plena confianza en una vida de amor sacralizado y permitan con confianza que el reloj vital siga andando. Es la voluntad de Dios. Llegará el día del final de toda máquina, el tiempo en que estará desgastada

y desvencijada. En ese momento el reloj vital deja de andar. Entonces ya no se escucha ese tic tac y es cuando se echa de menos. Y eso deja un vacío en tantos y hay gran tristeza en ustedes por aquel fiel amigo, aquella alma fiel a la que amaban. Aquí en la tierra se echa entonces tanto en falta el alma fiel que los apoyaba, a la que ustedes apoyaban, que los ayudaba, a la que ustedes ayudaban, a la que ustedes daban amor y que les daba amor. Es cuando les aparece frente a ustedes el vacío, porque no creen en el más allá. Y cuando el reloj ya no anda y ya no hace tic tac, recuerden entonces el gran amor que irradiaba esta persona. La gran cantidad de amor que dio, pero también la gran cantidad de amor que quiso pero no pudo dar porque ustedes, los seres humanos, con pensamientos humanos, no lo entendían y no sentían el amor que quería darles. No vieron las manos que les llevaron eso, sino que inconscientemente las hicieron de lado. Lo pueden ayudar mucho en su oración a Dios, en la que deberán pedir perdón por no haber querido ver tanto amor. Le pueden pedir en su oración que deje que Su Luz alumbre el alma que daba tanto amor, o quiso darlo. Le pueden pedir perdón por los pecados de él, porque todo ser humano comete pecados, sea o no su intención. El ser humano peca porque no es más que un ser humano. Y cuando llegue el momento en que le plazca a Dios parar también el péndulo de ustedes, que haya muchos que elevan una oración a Dios para ustedes, para llevarlos pronto a la Luz. Confíen en Dios, confíen en el amor de Dios y crean en su propio amor. Amén.

Alcar había terminado de hablar y se había ido silenciosamente.

Había sido una sesión preciosa y había una sensación de estar en tierra sagrada. Todos estaban felices.

Oh, ¡que verdad tan hermosa y gloriosa poder vivir después para siempre en el más allá!

La velada había acabado. Los invitados volvieron a sus casas y preguntaron si podían volver a estar presentes en las siguientes sesiones para escuchar otra vez esta bella voz clara que se había dirigido a ellos con tanto amor.

Unos días más tarde, Alcar ya anunció que quería volver a organizar una sesión de espiritismo y en esa ocasión André invitó a otras personas más, de modo que el círculo se hizo incluso más grande que la vez anterior.

A todos les hacía falta el apoyo y la fuerza espiritual que se les brindaba del “otro lado”.

Ahora sus padres también podían ayudarlo, porque la predicción que le había transmitido a su padre, tal y como Alcar se la había hecho muy al principio, se había cumplido.

También esa noche muchos entraron en contacto con sus seres queridos que ya se encontraban del otro lado y cada prueba que recibieron era aún más convincente que la anterior. Todo rezumaba verdad y amor. Esto ofrecía un

piso firme; esto era saber puro. ¡Era glorioso! No se les llamó a los muertos, sino que estos llegaron por iniciativa propia y hablaron con aquellos que se habían quedado atrás. Ya no era necesario dudar; la gente sabía que los muertos están vivos. Ofrecieron unas lecciones gloriosas, libres de amor propio o egoísmo. Todo estaba siendo transmitido de manera inmaculada y pura. Así lo trajeron aquellos que los habían precedido. Y de esta manera podían ser felices no solo aquellos que seguían viviendo en la tierra, sino también los que ya se hallaban del otro lado, porque Dios les permitía traerles a sus seres queridos que se habían quedado en la tierra, en pena y dolor, esta felicidad para la que les dio la fuerza y el contacto.

Los amigos del otro lado estaban felices por poder exclamar:

—¡No estamos muertos; vivimos! No estén afligidos; venimos a ustedes y los ayudamos. Vemos a través de la materia y podemos guiar sus caminos a través de todos los pantanos. Vemos el peligro porque estamos despojados de la materia basta. Somos ahora delicados y vivimos en la Luz. Esa es la fuerza que recibimos aquí en la Eternidad de parte de Dios. No tapen los oídos; estamos con ustedes y queremos ayudarlos. No nos busquen demasiado lejos; estamos cerca. No nos busquen en la tumba; estamos a su lado y vivimos.

André había escuchado esas palabras ya en tantas ocasiones, pero una vez tras otra le sonaba a él y a todos los demás como una agradable música ese “No estamos muertos, vivimos”.

Nuevamente, los datos fueron recibidos primero por la cruz y luego apareció Alcar, quien habló a los presentes de la siguiente manera:

—Aquí estoy de nuevo. Buenas noches, amigos y amigas míos, hermanas y hermanos. Esta noche quería hablarles sobre la fe, la esperanza y el amor.

Algún día estaremos juntos para la eternidad. Recuerden estas palabras ahora que todavía viven en la tierra.

Es tan glorioso acudir a verlos para traerles la Luz del “otro lado”; la luz que Dios nos da para traérsela a ustedes. El amor de Dios.

Y ¿por qué es tan glorioso poder estar aquí? Porque entre ustedes hay armonía; una concordancia de alma con alma, algo tan necesario. Porque esa armonía crea un ambiente que es sagrado y bello, como se encuentra solamente en el caso de pocas personas. Y por eso estoy agradecido porque me sea concedido poder venir entre ustedes. Entiéndanme bien cuando digo: me es concedido. Porque no es mi voluntad, sino la voluntad sagrada de Dios, que yo llevo a cabo. Y agradezco que me sea concedido llevarla a cabo. Es tan glorioso estar entre ustedes, porque percibo a mi alrededor todos los rayos emitidos por ustedes y me da una confianza tal de que nunca sucederá aquí nada más que lo bueno. Todos ustedes irradian algo bueno, porque saben y quieren lo bueno. Porque están llenos de deseo de hacer lo elevado, y de querer solo eso. Y aunque no lo noten de inmediato ni lo sepan todavía ustedes

mismos, me gusta tanto decirles esto, porque tal vez sea un incentivo para ustedes para seguir por este camino, lo que los fortalecerá y edificará.

Vamos, todos necesitan apoyo en la vida, y sé que unas palabras mías les harán bien. Allá, miren todos hacia arriba.

Con el brazo derecho, Alcar apuntó hacia arriba.

—Allí ven la fe, la esperanza y el amor y de este último es de lo que más verán; es el amor y es bello. Ay, es tan hermoso. Crean en él y actúen de acuerdo a él, porque sin la fe en el más allá, sin la esperanza de algo mejor y sin el amor que forma un lazo, la vida sería desoladora. Las tres palabras: fe, esperanza y amor les ofrecen un vistazo en la gracia divina. Si Dios les da fe, esperanza y amor, es más de lo que merece un ser humano. Y si no se poseyeran, ¿entonces sí sería soportable la vida? Si no se creyera en Dios, si no se creyera ni confiara en que Él nos dará todo eso, ¿acaso la vida aquí en la tierra no sería profundamente triste, muy triste? Esa trinidad es tan bella, tan sagrada y tan elocuente para el alma humana. Es tan grande, tan inmaculada. Es más de lo que puedan abarcar.

Pero aunque tomen de todo eso tan solo una partícula minúscula y aunque tengan tan solo un poco de fe, una pizca de esperanza y un destello de amor, entonces ya toman y agarran algo de eso infinitamente claro, de aquello tan bello, de aquella cosa divina. Y tú, ser humano, tienes que asegurarte de que crezca, se expanda, se fortalezca y embellezca; que en ti viva una nube de fe, una nube de esperanza y de que hagas brillar un sol de amor con un resplandor azul. Solo entonces estarás rodeado de una irradiación etérea. Entonces irradiarás algo tan bello, tan glorioso que Dios verá a sus hijos como le gusta verlos. Tengan fe, tengan esperanza y amen, y Dios los bendicirá. Y entonces podrán invocar a Dios, postrarse ante Él en agradecida humildad y agradecer lo bello, lo sagrado y lo divino que trajo a su vida. Eso es entonces lo bello de la vida; es la luz divina. Pero desgraciadamente sigue habiendo tantos que no ven o no quieren ver esa luz. Y si uno mismo sí lleva en su interior la fe, la esperanza y el amor, y no los encuentra en su camino, entonces este se vuelve tan difícil, tan pesado, tan árido; entonces uno está como perdido. Entonces uno encuentra en todas partes zarzas que crecen en ese camino y uno tiene que separar con las manos los arbustos si es que uno encuentra el sendero correcto. Entonces esas manos empiezan a sangrar y se tiene uno que sacar las espinas de la carne porque lastiman tanto. Entonces, el camino es difícil. Pero dentro de ustedes mismos, la fe, la esperanza y el amor tienen que creer y tienen que ser conscientes de que con la ayuda de Dios pueden desenmarañar los arbustos, porque entonces podrán encontrar el camino hacia lo bello, lo elevado y lo sagrado.

Tienes que confiar en que puedes encontrar ese camino, y finalmente también lo harán.

Confíen, confíen. Crean en sí mismos, esperen algo mejor y dejen que el amor florezca dentro de ustedes. La lucha es buena, amigos, la lucha los fortalecerá, pero la lucha tiene que llevarlos a lo más elevado, a la trinidad: fe, esperanza y amor. Tienen que luchar hasta que alcancen a ese objetivo. Llegará el día en que vencerán. Pero mientras quieran sustraerse a las dificultades del camino, su lucha se hará cada vez más difícil y su sendero más pesado. Entonces no solo habrá espinas de zarzas en su camino, sino que crecerá en él todo lo que tenga espinas, alto como una montaña. Y no podrás atravesarlo hasta que te inclines ante la voluntad de Dios, hasta que te arrodilles en humildad y digas: "Dios, perdóname, he hecho mal". Y cuando entonces levantes la mirada y veas a lo lejos los colores resplandecientes con los que están escritos esos "fe, esperanza y amor", habrán desaparecido ante ti todas las espinas y el sendero estará liso, resplandeciente y abierto como un camino de luz. Y te acercará a la luz con los brazos abiertos y estarás agradecido porque se te haya concedido alcanzarla. Ten fe, ten esperanza y conoce el amor. Conoce el amor por tu prójimo, conoce el amor por todas las criaturas de Dios, conoce el amor por aquellos que han partido de tu lado. Conoce el amor por Dios y conoce el amor por aquellos que no te entiendan.

Tu camino no siempre es fácil, pero con la ayuda de Dios, con la fe, la esperanza y el amor que Él deposita en tu corazón, entrarás en la luz. Confía en eso, confía siempre en eso.

Es tan glorioso estar entre ustedes y poderles dar todo esto; poder decirles lo que brota del corazón, encontrar un oído que escucha, un ánimo que entiende y un alma que busca lo elevado. Que mis palabras que son tan sencillas y aun así significan tanto les depositen en los corazones un poco de la fuerza omnipotente de Dios. Que en los momentos difíciles, todos ustedes crean, tengan esperanza y vivan en el amor de Dios. ¡Que Dios los bendiga! Amén (—concluyó).

La sesión de espiritismo había acabado y todos volvieron a sus casas, en silencio y ensimismados.

Nuevamente, un enviado de Dios se había dirigido a ellos y se sentían fortalecidos por ello, espiritual y corporalmente, porque las palabras de Alcar les habían brindado una paz beneficiosa y una fuerza sagrada para el espíritu.

Era la influencia del "otro lado", traída por los "muertos".

Nuevamente, todos habían recibido pruebas de su pervivencia y por tanto estaban convencidos de que lo muerto no está muerto. Sentían la sacralidad y la pureza de estas bellas veladas.

—Habrá más veladas como esta, André —le dijo Alcar—, y continuaremos trayéndoles fuerza a las personas desde el más allá.

Sé fuerte y rézale a Dios por que siempre nos sea concedido recibir esa fuerza para regalársela a través de ti a la humanidad.

Te doy las gracias, hijo mío. Ahora me voy.

Alcar había dejado de hablar, pero aun así André lo sentía a su lado, lo que sin duda seguirá siendo así siempre mientras esté todavía en la tierra. También siempre seguirá rogándole a Dios que pueda conservar a Alcar, puesto que su trabajo le es sagrado ypreciado.

La verdadera clarividencia y el peligro de ver

A André se le llamó para ir a ver a una señora que quería hacerle una consulta. Le preguntó a Alcar si le parecía bien, y este le contestó:

—Pues sí, vamos a verla.

Llegó a la hora fijada. Las señoras no estaban en casa pero podían llegar en cualquier momento. La que quería consultarlo venía a tal propósito de fuera de la ciudad y se hospedaba en casa de una amiga.

André aguardó durante un tiempo, pero cuando la espera empezó a parecerle un poco demasiado larga, quiso irse porque tenía que tratar a pacientes en casa, pero Alcar dijo que tenía que esperar; iba a ser algo particular.

Reflexionó. ¡Que iba a ser algo particular! Por lo tanto, entonces, Alcar ya tenía que saberlo. Sintió una fuerte incidencia; Alcar estaba haciendo algo. Aún no podía ver claramente qué era.

Las señoras llegaron a casa y se le presentó a la invitada.

—Mucho he escuchado sobre usted, señor Hendriks, por eso quiero consultarlo. Subamos, así no nos molestarán.

Una vez arriba, ella puso frente a él una foto y una corbata y le preguntó si con eso podía decir algo sobre el estado de salud de su esposo.

André tomó la foto entre las manos.

—Me esforzaré, señora, pero no debe decirme nada. Solo cuando le diga lo que veo puede decirme si es correcto o no.

Después de unos instantes dijo qué impresiones recibía acerca de su marido. Lo invadió un fuerte deseo de dormir y luego se sintió sofocado. Cuando este impulso incidió en su cuerpo, se lo comunicó también a la señora y ella le contestó que eran los síntomas que presentaba su marido.

—¿Así que lo sentí bien, señora?

—Sí, sin duda es así.

—Muy bien, entonces le diré con qué tiene que ver. Veo a algunos médicos junto a su marido; también veo que las medicinas que le administran son para el corazón. ¿Es correcto?

—Sí —contestó.

—A su marido lo veo así, señora.

Y le dio una descripción de su persona. También ahora solo podía decirle que era completamente exacta. También la descripción del carácter era correcta.

—Veo el lugar donde usted vive, el entorno donde su marido sale a pasear todas las mañanas, las calles por las que tiene que pasar para llegar a la oficina. También veo el nombre de la calle donde esta se ubica. La señora tuvo que

admitir que todo era correcto. Luego no vio nada más y se quedó esperando lo que fuera a suceder.

Después de unos instantes, la señora preguntó:

—¿Ve algo más?

—No, señora, pero espere un momento más.

Ella se impacientaba, pero André estaba preparado y mantuvo la calma.

Alcar le había dicho ya muchas veces que tenía que mantener alejada la influencia que las personas le mandaban, pues de no hacerlo lo confundiría y no vería puramente, sino que estaría bajo la influencia de la gente. Alcar siempre decía que tenía que estar tranquilo. La gente le mandaba muchos pensamientos que adoptaba telepáticamente. Si bien podía darles pruebas así, pero entonces se fundarían en lo que ellos mismos sabían y pensaban. Eso no le permitía avanzar.

También ahora fue así. Rechazó estos pensamientos con fuerza.

De repente vio muy claramente a cuatro personas frente a él. Eran tres señoras y un caballero. En cuanto vio esta imagen delante, oyó que Alcar dijo:

—Son cuatro clarividentes a los que ella ha consultado. Tuvieron en las manos la foto y la corbata y por tanto aún sigue pegada su influencia a estos objetos.

Transmitió este mensaje. También esto se había visto correctamente.

Luego Alcar dijo:

—Mírale la cabeza, André, concéntrate con fuerza y adopta sus pensamientos.

La miró y vio cómo de su cabeza salió un rayo de luz que llegó hasta él. Pasó tan rápido como si hubiera sido un fogonazo.

Alcar siguió:

—Ahora ves sus pensamientos vueltos luz. Telepatía, André, ten cuidado. Todos estos clarividentes han adoptado sus pensamientos y ahora quiero mostrarte cómo se le influencia a un clarividente, cómo capta los pensamientos de la persona que lo consulta.

André sabía cuál era el significado de la luz que le llegaba. Y cuando la señora le preguntó si veía alguna cosa más, pudo decirle lo que había visto y adoptado.

—Sí, señora, le diré lo que veo. Los cuatros clarividentes que consultó le dijeron todos que su marido morirá antes de diciembre. Oigo claramente las palabras que le dijeron y que ahora he adoptado de usted. Las repetiré al pie de la letra: “¿Sabe que pronto enviudará?”.

Se quedó asustada y empezó a sollozar. Esta era la quinta vez que un clarividente hacía esta evaluación. Otros cuatro ya se lo habían predicho antes y uno de ellos tenía fama en toda Europa. Así que tenía que ser cierto, pues

todos habían tenido la impresión de que su marido ya no viviría mucho.

André le tuvo compasión porque se le hubiera dicho tan tajantemente que su marido moriría pronto y porque ella lo hubiera creído, pero prosiguió:

—¿Así que lo que le dije coincide con lo que le predijeron los otros clarividentes?

—Sí, exactamente, su declaración coincide con lo que dijeron ellos.

—Perfecto, señora, pero le aseguro que no hicieron más que adoptar telepáticamente los pensamientos de usted y le dijeron en lo que usted estaba pensando, porque tiene un fuerte poder de concentración y por lo tanto influyó en ellos. Tampoco supieron decirle otra cosa acerca del estado de salud de su esposo que lo que ya sabía usted misma y que la ocupaba por completo. Ahora estoy solo frente a los cuatro otros clarividentes y percibo que no me cree. Sin embargo, quiero esforzarme, señora, e intentar si puedo recibir para usted la verdad pura. Le preguntaré a mi líder espiritual, que está conmigo, si es posible que me la muestre.

Le preguntó a Alcar, quien le contestó:

—Entrégate y veremos cuál es la verdad.

Se entregó de buena gana a Alcar, pero antes de concentrarse rezó a Dios pidiéndole que le fuera concedido recibir la verdad, la verdad espiritual. La cuestión era ahora ver puramente, no solo por el enfermo, de quien se trataba, sino también por esta pobre mujer, que ya había aguantado un miedo tan terrible debido a lo que se le había dicho. Rogó por fuerza para su líder espiritual, para que, al usarlo a él como instrumento, pudiera darle a la señora la verdad pura acerca de todo. A su lado oyó que Alcar también rezaba y pedía fuerza.

Los cuatro clarividentes realmente deberían saber cuánto daño ya había hecho su trabajo y cuánto cuidado tienen que tener con sus dones. La pobre se encontraba en una tensión nerviosa tan grande que, si esta se prolongaba mucho más, sin duda alguna haría la transición incluso antes que su esposo.

Después de su oración, André cayó en trance y en esta condición le fue levantado el velo que cubría la verdad. Cuando se le concedió ver, oyó decir a Alcar:

—Cuéntale lo que ves.

Primero le pidió a ella que anotara todo lo que iba a decir y luego prosiguió:

—Escuche, señora. Veo ante mí el primero de diciembre; luego veo pasar todas las fechas de diciembre. Parece casi una película. Ahora veo enero y veo también a su esposo, que mantiene un aspecto sano mientras que, según lo que sostienen los clarividentes, ya debería haber muerto. Tampoco veo que pase nada en enero, aunque sí veo a su marido. Cada vez se me muestra cómo se encuentra. Ahora llegamos a febrero y la primera semana pasa frente a mí lentamente. El ocho de febrero, la película se detiene. Significa algo. Ahora

veo a su marido enfermo, está en cama, pero no se preocupe, la película vuelve a avanzar. Diez, doce, catorce, dieciséis de febrero; ahora veo que se ha recuperado. No fue más que una pequeña indisposición. Ahora ha pasado febrero. Veo el cuatro de marzo; sucesivamente los días restantes de ese mes. Abril. Ahora los días y meses pasan cada vez más rápido. Nada, no pasa nada. Sigo viendo a su marido al lado de usted, fresco y sano. También pasa ante mí el mes de noviembre y ahora ya es un año después de la fecha fijada en que tenía que haber enviado, pero veo que no ha llegado el momento aún. La película se está volviendo a enrollar, señora; dice mi líder espiritual que así es suficiente. Todo se acabó. Ya no veo nada más y puede volver a ser feliz.

Pero la señora no sabía qué pensar. También había hecho poquísimas anotaciones, solo “8 de febrero”. Miró a André sin decir nada y él sintió que no le creía. Su posición era de uno contra cuatro, y ¿a quién tenía que creer ella? En su opinión, los demás también podrían tener razón y parecía convencida de eso. Para él era una situación insostenible y Alcar dijo:

—Termina esto ya, hijo. No tiene valor alguno para ella y por más que veamos, no nos sirve de nada.

—Señora, escúcheme por favor, puede pensar lo que quiera y aceptar lo que prefiera, pero le pido atentamente: escríbame todo lo que le vaya ocurriendo a su marido. Para mí es sumamente importante saber quién ha visto bien en este asunto.

—Se lo prometo.

—Entonces le diré qué pasó.

Lo que los demás clarividentes adoptaron telepáticamente de usted no tiene nada que ver con clarividencia verdadera. Ver de verdad, señora, es transmitir lo que recibimos de nuestros líderes espirituales. Tenemos que concentrarnos con fuerza para poder recibir puramente aquello con lo que nos conectan nuestros líderes espirituales. Si mi líder espiritual no me hubiera advertido de su gran poder de concentración, también me habría influido a mí y también yo habría visto mal. Acepto como verdad lo que vi y le conté.

No está cerca el día en que se influya en mí, señora. ¿Y por qué no? Porque nunca trataré de dar pruebas por medio de la telepatía, es decir, adoptando pensamientos. Como le dije: esto no es ver, sino solo intuir. Un clarividente tiene que tener certeza sobre si las impresiones que recibe proceden de sus líderes espirituales o de personas materiales. Tenemos que saber distinguir, pues allí reside el gran peligro. Sobre todo en casos de enfermedad es necesario desconectar la telepatía por completo y controlar todo lo que nos dan nuestros líderes espirituales. Porque no puede haber equivocaciones. ¿Siente lo peligroso que es? Si no lo hacemos, nuestro ver se volverá muy peligroso para los que nos pidan consejos. ¿Acaso no ve usted misma el peligro de lo que esas personas le contaron? Tal vez aún no, porque no me cree, pero

después pensará en mis palabras, en todo lo que le dije en este momento.

Su amiga tiene mucho tiempo de conocerme y sabe que quiero ser sencillo y que solo pretendo servir de instrumento. No soy un fanático, señora. Lo único que me importa es ayudarla con todo lo que tenga dentro. Todo lo que veamos en un caso como el suyo debe ser espiritual. Eso me dice que nos tiene que asistir un líder espiritual, un espíritu, o sea, uno de nuestros ayudantes a través de quienes hacemos todo y de quienes recibimos todo. Se lo digo solamente porque confío en mi líder espiritual; significa que todo lo que le ha dado es cierto, porque siempre, en todo, me da lo puro. Pero también porque nunca se burla de la salud de los seres humanos, que le son sagrados. Me parece terrible para usted que la hayan alterado tanto. Ni los propios clarividentes culpables de esto saben ya si están en contacto puro con sus líderes espirituales; de lo contrario jamás se les habría permitido contarle estas cosas.

Un espíritu elevado, que está en la luz, jamás transmitirá algo parecido. Y aunque fuera la verdad y aunque los datos también fueran confiables, incluso entonces nunca le habría dicho que pronto enviudaría. Y si estas personas sostienen que lo ven, dicen falsedades y anulan a sus líderes espirituales. No debemos olvidar nunca que somos herramientas y debemos tener cuidado de que nuestros propios pensamientos no ocupen el primer plano, de que no se impongan. Es una tarea complicada para los médiums. Cada médium trabaja con un médico espiritual, pero en este caso, ellos los anulaban. Y si el clarividente no se mantiene recto, quiero decir, cuando no sabe diferir entre la clarividencia y la telepatía, todo resultará inevitablemente en un fracaso. Entonces le da pruebas de lo que ocupa por completo los pensamientos de usted. ¿Entiende ahora, señora, lo sencillo que es todo? De no haber influido a estas cuatro personas con su temor de perder a su marido, ellos también le habrían comunicado cosas diferentes. Así, este temor le fue fatal. Los clarividentes adoptaron los pensamientos de usted, pensando que habían visto bien. Yo tenía que guardarme de eso. Los pensamientos de usted habrían podido despistarme; por eso mantengo a raya los pensamientos que se me manden. ¿Siente lo que quiero decir, señora?

—Sí, le entiendo.

—Le contaré otra evidencia maravillosa de mi líder espiritual. Hace algún tiempo, un sábado por la tarde, un caballero y una señora vinieron a verme, y el señor me pidió que dijera algo acerca del estado de salud de su mujer. Para lograr el contacto, tomé las manos de ella entre las mías; así empieza a ver mi líder espiritual y me transmite lo que haya visto. Lo verificamos tres veces, pues es necesario para anular la adopción telepática de pensamientos, que es muchas veces inconsciente.

Se me comunicó que ella era sorda del lado derecho, y al instante se hizo el

silencio en mi oído derecho. A continuación la vi interiormente y luego siguió el tercer control; después me dice mi líder espiritual si he sentido y visto bien. Este control lo aplicamos a nosotros mismos, y cuando mi líder espiritual dice que está bien, puedo confiar en que todo lo que he visto es correcto. Así que le dije a la señora que era sorda del lado derecho y admitió que era cierto. Le pareció maravilloso, pero esto era todo. Tenía que ayudarla y magneticé su oído durante cinco minutos. Mientras la traté, mi líder espiritual me mostró que el absceso en su oído se reventaría el lunes a las nueve menos cuarto de la mañana y que luego estaría curada. Le conté también eso, sin dudar de mí ni de mi líder espiritual.

“Veremos si se cumple”, dije.

Al otro día, domingo, pensé mucho en esa señora. A pesar de estar en tensión, confiaba plenamente en mi líder espiritual.

Llegó el lunes, y por la mañana, a las nueve y cuarto, tocaron el timbre y el señor llegó para contarme que todo había ocurrido exactamente como yo lo había dicho, y que su mujer oía de nuevo. Le pareció glorioso y estaba muy feliz de que la predicción se hubiera cumplido.

A estas personas se les daba una prueba sin duda magnífica, no solo de la nítida visión de mi líder espiritual, sino también de la curación espontánea.

Muchos médicos le habían dado en vano sus fuerzas a ella y aquí se le había quitado la enfermedad en unos cuantos minutos. ¿No le parece maravilloso? ¿Y acaso pensaba entonces que yo dudaría de lo que se le ha contado ahora, si ya he podido dar a las personas cientos de evidencias de las habilidades y del ver de mis líderes espirituales? No, señora. Le cuento esto para darle más certeza y más confianza en lo que se le ha comunicado, porque aquí lo que importa es su tranquilidad. Me parece irresponsable que los otros clarividentes le hayan comunicado que su marido partirá de su lado. Es imperdonable atreverse a decir: “¿Sabe que pronto enviudará?”. Y si fuera así en verdad ni siquiera haría falta predecírsele con meses de anticipación. Siento su temor y entiendo tan bien su condición. No puedo imaginarme que un mensaje así proceda del “otro lado”. Eso no es ayudar, sino destruir. No aboga por su amor hacia las personas. Hemos recibido nuestros dones para apoyar a las personas que se acercan a nosotros. Pero en lugar de ayudarla y apoyarla, se le infundió innecesariamente un gran temor, que tendría que durar dos largos meses más. Vamos, señora, deshágase de ese temor. Créame, lo que le predijeron no se cumplirá. Rece por que Dios le brinde mi convicción, rece mucho; como está ahora no podrá aguantar. La oración la consolará y la ayudará. No puedo hacer más por usted y no se le pueden dar otras pruebas.

André se fue y una vez fuera se sintió aliviado, porque veía a su lado a su querido líder espiritual, quien le dijo que había hablado bien.

—Hiciste lo que podías, hijo, pero me temo que no se le puede convenc-

er con nuestros datos. Pero no te preocupes; todo se cumplirá como te lo mostré. Te diré por qué se cumplirá.

Yo sabía de antemano de lo que se trataba. Me alcanzaron sus pensamientos y sabes que los puedo captar. Vi todo y me aseguré de que se me conectara de inmediato con mi maestro. No te lo pude decir en ese momento, pero mi maestro me lo mostró. Ya que se trataba de algo espiritual, se me concedió preguntarle. Así te lo di a ti y tú a ella. Esta es la gran cadena de la que todos somos eslabones. Mi maestro lo ve y puede ofrecer la verdad. Mi pregunta y mis pensamientos llegan a la velocidad de un rayo a aquellos que pueden saberlo y luego suben hasta Dios, pues todo lo espiritual se ofrece a través de Su ayuda. Está siempre dispuesto a recibirlo. Reza por mucha sabiduría, verdad y fuerza. Ya ves, se nos dan porque pedimos apoyo espiritual, libre de intereses materiales. Siempre pide eso en toda sencillez (—dijo).

Pasó un mes y André no oyó nada. El caso no lo dejaba tranquilo. Pasó diciembre; había llegado el momento funesto en que el hombre haría la transición. Pero André no recibió ninguna noticia. Entonces llamó por teléfono a la amiga de la señora y recibió la respuesta tranquilizadora de que todo seguía bien. Ella estaba empezando a dudar de la fatídica predicción y dijo que desde un principio se había inclinado por lo que él había declarado.

Pasó enero; seguía sin tener noticias. El ocho de febrero volvió a llamar, pero no se le podía decir nada. Por fin, en marzo, recibió una carta que decía:

“Estimado André:

En seguimiento de mi promesa del año pasado, en casa de la Sra. V., le quiero hacer saber que al parecer sí vio bien en cuanto al estado de salud de mi esposo. Sí duerme mucho, pero aparte de eso no hay síntomas preocupantes. En caso de que uno de los clarividentes tuviera razón con el número tres, podría significar dentro de tres años. No puede escribirme directamente, porque naturalmente mi esposo no está enterado de mi entrevista con usted.

Atentamente,

B. v. H.”.

La predicción de Alcar se había vuelto a cumplir. Pues, ¿por qué habría uno de entregarse a fantasías que no tenían pies ni cabeza? Porque uno de los tres clarividentes había mencionado el número tres, ¡algo tenía que pasar “dentro de tres años”!

No hay manera de ayudar a quien dé rienda suelta a su imaginación.

Al principio de su formación, Alcar había dicho: “Verás lo que yo quiera que veas”, lo que prueba de sobra que un médium no puede hacer nada por sí solo. La gran confianza de un médium en su líder espiritual, la voluntad de servir únicamente como instrumentos lo protegerán de errores y mensajes

equivocados. En particular los que posean el don de la curación tienen que guardarse de ello, porque puede estar involucrada la muerte. Estos médiums tienen una enorme responsabilidad. Alcar dijo a André:

—La sencillez es la fuerza de este gran don. Y luego: la verdad por encima de todo. No usar telepatía para convencer a las personas por medio de sus propios pensamientos. Allí está el gran peligro de ver. Y no te vuelvas vanidoso, pues en muy poco tiempo estarías perdido, por más grande que sea tu don, porque ya no podrías distinguir claramente entre lo que yo te doy y tus propios pensamientos. No te es posible ver un pensamiento en luz si no te ayudo. Ten cuidado cuando te enfrentes con cosas grandes, porque puede haber vidas humanas en juego. Para todos los que poseen este don, lo principal es que se nos escuche (—terminó).

Un día se llamó a André para que fuera a ver a un niño de ocho años y después de haber ido algunas veces, Alcar le dijo que ya no le era concedido ayudarlo. No hizo caso y pensó, ‘¿Por qué ya no se me concede ayudarlo? El niño está mejorando, ¿o no?’. Cuando un día hizo caso omiso de la voz que lo advertía, y fue a verlo a pesar de todo, Alcar le dijo:

—Tienes que obedecer, André. Pretendiste no escucharme, pero no harás nada que no sea mi voluntad. Este niño hará la transición y te estoy retirando para ahorrarte todo lo desagradable. Hay un médico con el chico y es suficiente. Ya no podemos hacer nada allí; nuestro trabajo ha terminado. Aprende de esto y haz todo como yo quiera que lo hagas, por más extraño que te pueda parecer. Veo a través de todo y todo lo que hago tiene un propósito.

El pequeño hizo la transición quince días después y Alcar dijo:

—Ya ves, hijo mío, que se cumple. Nosotros, de nuestro lado, vemos a través de todo. Tienes que fortalecer cada vez más el lazo que te une a mí por medio de una gran confianza, hasta que algún día se convierta en un lazo de amor. Entonces trabajarás como yo quiero y podré ayudarte en todo, por más peligroso que te parezca. Mantente sencillo; beneficiará tu formación. Y no olvides nunca que eres una herramienta, como todos los que poseen este don.

Cada uno tiene que librar su propia lucha y encontrar su propio camino. Pero no solo en tus actos, sino también en pensamientos. Te contaré algo al respecto. Esto rige a todos, porque para algunos ese camino es el sendero hacia las tinieblas, mientras que para otros es el camino, muy quebrado, que conduce a la Luz de Dios.

Ya te he dicho tantas veces y explicado tan a menudo lo difícil que te puede ser ese camino.

A ustedes, habitantes de la tierra, que tienen que hacer su trabajo, a ustedes, que buscan el camino hacia la Luz y llevan dentro la sagrada voluntad de hacer el bien, les digo desde este lado que en muchas ocasiones siguen errando y buscando, y que siguen siendo muy quebrados sus caminos.

Pero ¿cómo será entonces el camino de los que no buscan la gran luz? ¿No son unos desventurados? Muchos yerran y buscan. No lo digo como un reproche, pues nosotros, de nuestro lado, sabemos que errarán y que tienen que hacerlo. Porque una vez llegados al camino hacia la luz, se convertirán en uno de nosotros y habrán concluido la vida terrenal. Este errar no es ir adrede por caminos equivocados. No, más bien es un apartarse de los pensamientos, fuera del camino correcto. Nadie les impide pensar lo que quieran. Así, sus pensamientos se pueden mandar en una dirección equivocada; entonces yerran y muchas veces ni siquiera lo saben. Pero cuando vayan en la dirección correcta, serán felices y nos facilitarán alcanzarlos.

¿Y es seguro que siempre son buenos los pensamientos humanos? ¿No hay en todos ustedes un impulso hacia el mal, hacia lo reprochable? ¿Y no hay algo que, habiendo formado y por tanto transmitido una imagen de pensamientos semejantes, los aleja del camino iluminado que lleva al bien? ¿Es tan extraño, entonces, que deba hablar de esta manera? ¿Y no lo hago para ayudarte a mantenerte sobre el camino recto y a seguir entregándote para el bien, animado por pensamientos inmaculados? ¿Es cruel, entonces, cuando les digo a todos que, a pesar de su buena voluntad de seguir el camino hacia la luz, yerran? Y luego: si a ustedes, que quieren lo elevado, les cuesta ya tanto trabajo sintonizarse puramente, hacerse uno con nosotros, ¿cuánto más difícil no será entonces seguir el camino de la luz? ¿Y cuánto más difícil, infinitamente más difícil, no será entonces para aquellos que no quieren con toda su alma andar el camino hacia lo elevado? Nosotros, los habitantes del mundo espiritual, les decimos bien alto: Todos ustedes que viven en la tierra, no solo sean cuidadosos con sus actos, sino también con sus pensamientos. Porque los pensamientos que emiten son grandes como nubes y sobre todo sus malos pensamientos; ruedan como masas negras alrededor y por encima de la tierra. Son turbios; fríos, húmedos y sucios al tacto. A ustedes, los humanos, les causa temor cuando llegan a parar en una de esas nubes negras. Al ver esas masas negras, se sobresaltan mucho. Entonces, al haberlo intuido con pureza, sus primeros pensamientos serán: ‘¿Cómo pude pensar así?’. Y es necesario que se hagan esta pregunta. Entonces los pensamientos edificantes cubrirán las nubes negras, iluminándolas con su brillo. Eso es el bien que llevan interiormente y con el que están sintonizados con lo espiritual.

Entonces sus pensamientos puros arrojarán su brillo luminoso sobre los oscuros e iluminarán todo eso tenebroso, pero luego seguirán apareciendo pensamientos oscuros semejantes, de aquello negro, hasta que la luz, la luz del bien, lo haya borrado también. Los pensamientos malos de este tipo pueden, como nubes negras, asediar y destruir a otro.

Pero por suerte también están los rayos resplandecientes, que se dirigen hacia Dios desde lo más profundo de los corazones. ¿Y no hay entre esos rayos

azules, blancos y dorados miles de matices? Cuando estos colores sagrados, esta luz del bien, iluminan una nube oscura, habrán dejado atrás otro recodo más del camino y podrán seguir avanzando con valentía. Y poco a poco todos los pensamientos oscuros cederán ante el bien.

Esta es entonces su lucha para encontrar lo elevado. Y aunque muchas veces piensen que poseen la luz, les digo desde este lado que muchas veces todavía están errando y buscando. Nunca olvides esto, hijo mío, pues no es bueno que haya pensamientos negros y con eso no me refiero solo a los que en tu opinión sean inmaculados y malos, sino también a los de soberbia, de vanidad y de ilusión. A los pensamientos del semidiosito. El deseo de ofrecer sensacionalismo, el deseo de ser algo que sin embargo no eres. No dejes que irradies todos estos pensamientos, que también son oscuros.

Los pensamientos oscuros y malos pueden causar infinitas desgracias. Piensen siempre en eso, todos ustedes que tienen que trabajar en ustedes mismos, que tienen que llegar a conocerse, y no olviden que precisamente esos pensamientos malos han rodeado, han crucificado a Aquel; la gran figura, el ser humano sencillo ante el que debemos hincarnos de rodillas con humildad.

Todas esas nubes oscuras se comprimieron encima de la cabeza del Hijo de Dios. Pero cuando lo crucificaron, encima del Gólgota se desgarró la negra masa de nubes y la Sagrada Luz de Dios se vio en el Cielo.

Ay, seres humanos, cuando en su interior reine la oscuridad, junten las manos y piensen que en esta oscuridad les será difícil encontrar el camino hacia Dios. Plieguen las manos, inclinen la cabeza, agradézcanle por Sus dones, recen por que les enseñe, a través de las nubes oscuras, el camino hacia la Luz y que esto pueda irradiar de ustedes aún durante su vida terrenal, porque al mundo le hace tanta falta. Entonces también nosotros los ayudaremos en todo; nunca lo olviden. Y cuando se haya hecho entonces la luz dentro de ustedes, tienen que implorarle a Dios para que deje que esa luz brille en su interior para siempre. Que Dios permita que estas palabras, que salieron de lo más profundo de mi alma, les puedan dar la fuerza para querer hacer siempre lo elevado. Pídanle que siempre haga brillar en su alma esa luz azul, blanca y dorada, para que también pueda iluminar a los demás que vayan a verlos, y para que pueda acercarlos a la Eterna y Sagrada Luz de Dios.

Mi chico querido, cuando estés solo, completamente solo, e inclinas la cabeza en humildad, pregúntate si todos los días has dado más luz que oscuridad. Pero di también que quieres ascender espiritualmente; dilo sinceramente para tus adentros. Siéntelo bien y luego di: “Hoy he sido mejor que ayer”. Rézale a Dios por ayuda y di que mañana quieres ser mejor que hoy. No te vanaglories, pero tampoco te subestimes. Nuestro Padre sabe todo, ve y entiende todo. Y cuando llegues hasta nosotros con tus preguntas espirit-

uales, podremos ascender, hasta nuestros maestros, para transmitir y pasar a través de ellos la verdad.

Médiums, usen sus dones en amor por Dios. Entonces el mundo avanzará gracias a su ayuda, su fuerza y su amor, el espiritualismo se difundirá cada vez más y la humanidad será conducida por camino hacia la Luz.

Magia negra

A André se le instruyó en los fenómenos ocultos; tanto en las fuerzas más bellas y elevadas como en los poderes oscuros. Alcar lo quiso así para que en este mundo supiera protegerse contra lo que fuera.

—Ahora te comunicaré algo sobre la magia negra —dijo su líder espiritual—. Está en boca de todos, pero solo pocos saben cómo defenderse de esta fuerza peligrosa. Es particularmente peligrosa en nuestro ámbito, por eso te enseñaré lo que te hace falta para distinguir lo que se te envíe. Al ser humano se le puede poner bajo influencias que llevan directamente a la demencia. Lo debe saber cualquiera que investigue los fenómenos ocultos, para saber protegerse de ellas. Escucha bien, hijo mío, intentaré dejártelo claro.

La magia consiste en magia blanca y negra. Entre los europeos, el ejercicio de la magia negra se desconoce, o por lo menos se conoce poco. Se debe a las características raciales (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es) de los pueblos. Por eso se oye hablar mucho más de “arte negro” en el trópico, en la Indonesia holandesa, que en Europa.

La magia negra requiere ciertas características, ciertas particularidades de carácter y un entorno determinado. Sus elementos son, en primer lugar, la concentración de la voluntad, en segundo lugar el don mediúmnico, luego el desarrollo material o espiritual y finalmente la fuerza de aquel contra quien va dirigida. En su potencial pleno, la magia negra solo se puede dirigir en contra de personas de la raza blanca (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es), y en forma más débil también contra otra raza de color. Así que los blancos son los más propensos a la magia negra, como consecuencia de su vida espiritual, de su constitución y, sobre todo, de sus condiciones de vida. Concentrar la voluntad no es otra cosa que la dominación del espíritu, es decir, que la voluntad fuerte se fije con firmeza en el propósito para el que se quiera usar. Cada pensamiento se crea, es por tanto algo personal y por eso también real. De esta manera, la capacidad de concentración es un conjunto de fuerzas. La concentración de la voluntad es la creación intencionada desde las fuerzas de pensamientos que haya disponibles. Se emiten intencionadamente pensamientos hacia una persona o personas, con el deseo de hacerles mal. Es posible lograr este objetivo en una medida muy grande, pero el don mediúmnico es un requisito para poder servir como transmisor de esta disponibilidad de fuerzas.

Los adeptos de la magia negra son espíritus de orden menor; son los espíritus infelices que están directamente bajo el poder de los que dominan la concentración de voluntad, por lo que pueden alcanzar todo. Entonces se

desconectan y pueden obrar varios supuestos milagros, que se generan por medio de una fuerte concentración de la voluntad, y la apropiación de los pensamientos de a quienes quieran usar como herramienta. Les es posible porque los espíritus de orden inferior no tienen voluntad ni existencia propias.

Estos espíritus infelices pertenecían a las razas (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulof.es) no desarrolladas y son los que más fácilmente pueden usarse para sus propósitos. Se aferran al país, al entorno en que hayan vivido, porque no quieren alejarse de allí. Sobre todo los viejos espíritus negros, que alguna vez vivieron allí como hombres libres, odian a los intrusos europeos. Es fácil atraerlos y forzarlos. Solo desdoblándose del cuerpo el mago les da a los espíritus la posibilidad de levantar objetos, lanzarlos hacia arriba, romperlos o tocarlos, e incluso hacerlos planear. Y de este modo no solo se puede hacer planear objetos, sino también al mismo mago negro, porque sigue conectado con el cuerpo material y puede lograr, mediante un absoluto desdoblamiento de la voluntad, hacer más denso su fluido hasta tal grado que para nosotros, espíritus, se vuelva visible, aunque siga invisible para el ojo material. Entonces solo necesita sus ayudantes para apartar a otras influencias del trabajo que quiera efectuar.

Ahora bien, ¿por qué los europeos son más propensos a ser influenciados por estas fuerzas que los nativos? En primer lugar porque los blancos que viven entre los nativos pronto se ven sometidos a degeneración, volviéndose un objetivo fácil para malas influencias. En segundo lugar, porque la voluntad europea se debilita por circunstancias climatológicas, lo que resulta muy peligroso para los blancos en el trópico. En tercer lugar, porque su condición física, debido a los nervios debilitados, es de tal naturaleza que pronto son susceptibles de ser influenciados por espíritus malos. En cuarto lugar, porque los blancos no son capaces de luchar y la mayoría de las veces reciben menos ayuda desde el lado espiritual en los países de Oriente que en Europa, porque no es fácil alcanzarlos allí, lo que a su vez es consecuencia de su comportamiento.

Sin embargo, la magia negra puede ser anulada en cualquier momento, en concreto por:

A. La concentración de la voluntad de la persona o las personas que son atacadas. Solo lo pueden controlar buenos clarividentes con líderes espirituales confiables;

B. La abstención del consumo de alcohol, de juegos de naipes, de fumar, de la blasfemia y de delitos varios;

C. Una vida sosegada y la persecución del bien;

D. Abundantes rezos, la colocación de una cruz en el terreno delante de la vivienda y el quemar incienso dentro de la casa.

He aquí lo que debes saber, porque, a pesar de que en Europa no te molestará mucho, tenía que advertirte de estas fuerzas malas, porque si esas personas, que tratan con “magia negra”, vinieran a Europa, podrían obrar milagros parecidos a fenómenos espiritistas, pero que en realidad no tienen nada que ver. Y entonces los que vivieran algo así tendrían que ser protegidos de manera especial contra malas influencias.

Solo aquellos que estén bajo la dirección de sus protectores elevados pueden llegar a conocer la verdad por medio de estas inteligencias. De no ser así, pensarían sin duda alguna que se enfrentaban a fenómenos ocultos genuinos. Es el gran peligro para las personas que no saben constatar la diferencia entre fenómenos espiritistas y magia negra, por lo que muchas veces el espiritismo se ha ganado una fama menos favorable. Se me concedió, hijo mío, decirte estas cosas. Intenta entenderlo bien, para que te armes contra estos poderes.

La magia negra lleva al ser humano hacia abajo, pero la magia blanca lo eleva, conectándolo con líderes espirituales y espíritus que quieren subir, y por tanto intentan acercarse a Dios.

(Para más explicaciones sobre la magia negra te remitimos al libro “Dones espirituales”).

La incineración y el entierro

Alcar había prometido a André que algún día lo dejaría acompañarlo a un crematorio para presenciar una incineración.

—Pero —había dicho Alcar— primero te tengo que poner al tanto de algunas situaciones y fenómenos ocultos para que tu cuerpo espiritual sea más resistente a todas las emociones tristes que tendrás que aguantar en ese viaje.

Ahora quería hacer ese viaje con Alcar, porque anhelaba esa sabiduría y albergaba un impulso por conocer todo lo relacionado con la vida después de la muerte. Le interesaba por encima de todo y para lograrlo estaba dispuesto a dejar de lado todos los placeres terrenales. Pensar en el más allá ocupaba gran parte de su vida. Alcar siempre cumplía lo que prometía. Nunca lo decepcionaba; podía contar con él. El lazo entre ambos ya era tan fuerte que sabía exactamente cuándo Alcar iría a su casa en las esferas, donde era tan feliz.

Muchas veces decía:

—Anda, Alcar, ahora vaya a su hermosa casa, vaya a esa hermosa luz; no haré nada. Puede ir sin preocuparse, estará cansado de todo el trabajo, igual que yo.

Pero entonces Alcar le contestaba que no se cansaba.

—El hombre material se cansa pronto, pero el espíritu no; un día incluso llegará al punto en que resista todo. Eso depende a su vez del nivel de su formación espiritual.

Eso le daba entonces a André materia de reflexión, porque procesaba interiormente todo lo que Alcar le enseñaba, pues quería entenderlo bien. Amaba muy intensamente a su líder espiritual, porque Alcar era muy bueno con él y casi nunca se iba de su lado.

A veces se lo contaba a su madre, cuando Alcar había ido alguna rara vez a su casa en las esferas, pero entonces ella se marchaba. Le superaba; sus pensamientos no daban para tanto. Ella se lo contaba entonces a su padre, pero tampoco él podía entenderlo.

—Y sin embargo es así, mamá, Alcar se fue a su casa en las esferas y durante ese tiempo no se me concede hacer nada; si no, atraigo influencias equivocadas.

Pero su madre agitaba la cabeza; si bien es verdad que estaba convencida de que no hay muerte, pero no sabía nada ni podía imaginarse que los espíritus tendrían sus casas.

Alcar le había dicho que vivía en una casa entre las montañas, con abundancia de agua, bosques, flores, jardines, aves y otros animales a su alrededor. Pero su madre no podía creerlo; no cabía en su vieja cabeza.

Una tarde, Alcar sorprendió a André anunciándole que al otro día tenía que estar preparado para un segundo viaje a las esferas.

—Iremos por la mañana, André; asegúrate de estar desocupado porque lo que veremos ocurrirá durante la mañana.

Después de haber recibido este mensaje, de inmediato se sintió tranquilo y calmado; la tensión de los últimos días había desaparecido por completo.

A la mañana siguiente, estaba en su habitación a las diez. Les había pedido a sus padres que no entraran. No se le podía molestar, sin importar quién lo visitara; ya volvería a bajar sin necesidad de que lo llamaran.

Después de haberse acostado en la cama, pronto empezó a invadirlo de nuevo esa extraña sensación. Cuando se desdoblaba, siempre se enfriaba, empezando por las plantas de los pies. Le nacía allí una sensación como si la vida se hubiera retirado.

En las sesiones de espiritismo pasaba muy a menudo que su espíritu estaba al lado de su cuerpo y al despertar más tarde de su estado de trance, se acordaba de todo y sabía con exactitud lo que había visto. Se había visto sentado como espíritu y también veía qué clase de luz irradiaba. Desdoblarse era para él sin duda la prueba más grande de que la vida tiene una pervivencia. Alcanzaba a ver todo; solo la luz era diferente de aquella que observaba con sus ojos materiales. Más adelante, Alcar le explicaría cuál era su significado y cómo se establecía la comunicación con los seres humanos desde el “otro lado”.

Habiendo subido esta insensibilidad hasta más arriba de las rodillas, se le podía pinchar y pellizcar sin que sintiera nada; después lo invadía una sensación de sueño. Para él era la señal de que su espíritu estaba por dejar el cuerpo. Lentamente este se iba elevando y al haber dejado la mitad del cuerpo, sus pensamientos empezaban a enturbiarse, hasta que finalmente se liberaba por completo. Alcar dijo que podía ocurrir despacio, pero también como un fogonazo.

Así, también ahora fue hundiéndose cada vez más. Alcanzó a escuchar el rumor en la calle solo por un momento más; era como si pasara sin afectarlo, a gran distancia. Hasta este punto sabía todo. Después se hizo el silencio a su alrededor y ya no pudo pensar más.

—Mira, hijo mío.

Fueron las primeras palabras que lo alcanzaron después de dejar su cuerpo material, y al mismo tiempo vio a su líder espiritual, quien lo volvió a estrechar contra su pecho con amor paternal.

—Acércate, hijo.

André lloraba. No se podía contener. No eran lágrimas de tristeza, sino de felicidad, y lo invadió un sentimiento imposible de describir. Así que no hablaron más. Primero tenía que tranquilizarse; y lo logró muy pronto gracias a la gran fuerza y la gloriosa irradiación magnética de Alcar. Cualquiera

que se viera cubierto e irradiado por ellas no podría más que tranquilizarse.

—Bueno, André, volvemos a estar juntos en el más allá. De nuevo te he envuelto en mi fluido, así que otra vez resistirás todo lo que vivamos esta mañana. Ven, vámonos de una vez, ya te contaré algunas cosas en el camino. Esta mañana no pisaremos regiones más elevadas; todo lo que veremos está en la esfera de la tierra. Ahora podrás hacer en la tierra observaciones con tus ojos espirituales porque estás liberado de tu cuerpo material y te sorprenderá que todo exista para ti como lo sueles mirar con tus ojos materiales. Pero la luz ha cambiado. Ahora, la tierra tiene una luz completamente distinta. Ya no es la luz del sol, pues es propia de la tierra material y se ve allá a través de ojos materiales.

Sabes que asistiremos a una incineración. Tu cuerpo espiritual posee ahora tanta fuerza que podrá procesar la miseria que aquella conlleva sin sucumbir. Así, todo llega lentamente, poco a poco, paso a paso, y llegará el día en que puedas valerte por ti mismo para hacer tu labor espiritual en la tierra.

—¿Y entonces se irá, Alcar?

—Eso no, hijo mío; no te preocupes. No es lo que quiero decir. Entonces en la tierra podrás comprender todo mejor, podrás actuar por tu propia cuenta y no tendrás que pedirme consejos siempre. Entonces podré dejarte más cosas sin preocuparme, lo que aligerará mi tarea.

—¿Está contento conmigo, Alcar?

—Sin duda, André, debo estar contento, aunque has hecho cosas que yo hubiera querido que las hicieras de otra manera. Entonces no me escuchabas suficiente y te blindabas contra mí. Pensabas entonces que estaba bien, aunque mi intención fuera otra, aunque hubiera querido transmitirlo de otra manera. Yo veía con más nitidez que tú y así no podíamos controlar las cosas lo suficiente. Por eso te advierto, hijo, nunca actúes demasiado rápido y sobre todo ten muchísimo cuidado y no te precipites en materia de curaciones. Así te ahorrarás mucho sufrimiento.

Muchos médiums piensan que es fácil estar bajo control, pero te digo: conforme más te desarrolles, más peligroso te será. Ábrete solo a mí. Me sientes, conoces, oyes y ves. Así que deja que me encargue yo de todo. Veo a través de todo y podré hacerte atravesar sano y salvo, guiándote.

Antes de ir a la incineración, te enseñaré otros estados, pues así entenderás todo mejor (—terminó).

Caminando y planeando ya se habían movido desde hace algún tiempo por plazas y calles. André reconocía todo y sabía exactamente dónde estaban. Veía que las personas estaban rodeadas por diferentes luces y se dio cuenta de que no los veían a Alcar ni a él cuando pasaban caminando entre ellas.

—Esa luz a su alrededor, ¿es su irradiación, Alcar? En algunas la veo muy nítida, y en otras no.

—Sí, André, lo has visto bien; irradian más o menos luz y algunos de ellos no tienen luz alguna a su alrededor. Esto tiene que ver con el tamaño de su fuerza espiritual.

André vio a muchas personas pobres, pero también a muchas que iban finamente ataviadas. Señaló a un hombre que caminaba justo a su lado y que estaba muy pobremente vestido.

—Mire, Alcar, qué luz tan bella rodea a este pobre.

—Buena observación, hijo mío, es una hermosa luz la que irradia esa persona. Una luz así no se puede comprar; de lo contrario las cosas pintarían bastante mal para los pobres. Esa luz la desarrolló él mismo; es su propia posesión.

Es una gran dicha que en el mundo elevado no se nos juzgue por nuestras posesiones materiales; para Dios, todos los seres humanos son iguales. Si tan solo se quisiera entenderlo, pronto la tierra estaría liberada de todo lo bajo y malo. Un mendigo puede ser muy rico interiormente, mientras que el ricachón puede ser espiritualmente pobre, sin poseer nada de esta bella luz. La riqueza espiritual tiene mucho más valor que las posesiones materiales, y para el pobre que posee esta luz, significa mucho más que dinero, abundancia y todas las comodidades que se creen necesarias para la felicidad terrenal.

Pero solo nosotros vemos eso. De nuestro lado vemos la irradiación de las personas que ellas mismas no pueden ver. No saben cómo es su irradiación; no conocen su propia luz.

Aun así, por suerte hay muchos entre los ricos que, teniendo oro a su alrededor, también llevan oro dentro; quiero decir: luz interior. Esto tiene que ver con la tarea que tienen que llevar a cabo en la tierra y cómo la lleven a cabo.

Muchas veces se oye el comentario de los menos dotados de bienes terrenales sobre sus semejantes ricos: “Qué buena vida tienen”. Pero también esos ricos tienen sus preocupaciones y su vida no es tan fácil como pueda parecerles a veces a los demás, porque la manera en que hay que administrar estas riquezas materiales conlleva grandes preocupaciones.

Dame ahora la mano y atravesaremos puertas y paredes.

De inmediato André se empezó a sentir un poco más liviano; después planearon unos metros por encima de las cabezas de las personas y no había nada que los detuviera. Atravesaban todo lo material.

—Esto les es posible a todos los espíritus, André, también a los infelices, aunque con la diferencia que los últimos no tienen luz alguna a su alrededor y se guían solo por el sonido que llegue hasta ellos. En cambio, nosotros podemos observar todo.

Así entraban planeando en una casa y salían por otra, mirando a través de todo.

A André le pareció muy interesante.

—Qué caras pondrían las personas, Alcar, de poder ver esto.

—Mi intención es mostrarte mucho, para que tengas una idea clara de la manera en que nos desplazamos. También te darás cuenta entonces que peligroso es hacer sesiones de espiritismo que no estén cerradas por líderes espirituales de nuestro lado, porque una habitación es un campo abierto para el espíritu. Lo estás viendo por ti mismo. Todo tipo de espíritus se acercan a eso y están al lado de una persona sin que esta se dé cuenta. En estos estados, desplazarse es muy difícil para un ser humano material, porque no ve más allá de las paredes que tiene alrededor. —Así siguieron adelante, cada vez más, hasta que Alcar dijo—: Bueno, estamos en el lugar donde quería ir antes que a ningún otro.

Ahora somos espectadores y no nos ven. Aquí nos quedaremos, por lo menos por ahora. Absorbe bien todo. Estamos aquí en una de las habitaciones suntuosamente decoradas de una mansión. Ven, vayamos a ver dónde está la dueña; la conozco desde hace mucho. Este caso me interesa y quería ver ahora si la situación sigue siendo la misma. Acompáñame, no temas; a nosotros nadie nos tiene que abrir la puerta. Llegamos sin invitación, les parezca bien o no, y subimos; creo que la encontraremos allí.

Había mucho ajeteo en la casa; muchos sirvientes, viejos y jóvenes, iban y venían.

—Ya ves, André, que nadie nos ve ni siente. Vamos, inténtalo, dale un empujón a ese empleado; lo atravesarás y no se dará cuenta. Una persona delicada sin duda lo sentiría, porque está sintonizada con el contacto espiritual.

André dio al empleado un empujón tal que pensó que el hombre se caería por las escaleras sin falta. Pero siguió caminando como si nada.

—¿Ya lo ves, André? No siente nada. Ahora da un grito; tampoco te oírás.

André gritó lo más fuerte que pudo; el hombre no oyó nada.

—Así es generalmente el hombre. Aun así, nos es fácil influenciarlo con tan solo saber de qué manera debemos adentrarnos en sus pensamientos.

Habían pasado ya por muchas habitaciones y finalmente Alcar se detuvo.

—Mira, André, aquí está la mujer que quería visitar.

André vio que estaban en un dormitorio. En una hermosa cama yacía una mujer aún joven y muy bella, y a su lado había tres perritos, que empezaron a gruñir mientras que uno miraba a Alcar.

—¿Ves eso, André? El animalito me ve. Muchos animales son clarividentes y este perrito tiene la intuición más refinada que su ama.

Ahora Alcar se puso de espaldas a la cama y el perrito dejó de verlo.

En el momento en que el animalito lo había visto, André había oído que la mujer dijo:

—Quieta, Mollie, quieta, corazoncito mío. ¿Qué te pasa? ¡Ven aquí! ¿A quién le gruñes? ¿Qué ven tus grandes ojos?

Y entonces la perrita se había acercado a ella para lamerle las manos.

—¿No es hermosa, André?

André asintió con la cabeza.

—Sí, es bella, hijo. Es famosa por su belleza y no hace otra cosa más que dejar que la admiren. No se dedica a nada más y se interesa únicamente por ella misma, sus perros, su posición y su vida moderna. Es bella, claro que sí, pero esta hermosa criatura no posee nada que tenga que ver, aunque sea mínimamente, con lo espiritual. No hay el más mínimo calor en ella. Toca el piano, pero también sus interpretaciones son frías. No hay siquiera una pizca de sensibilidad en nada. Es un pobre e insignificante ser de materia basta. Es buena y cariñosa con sus animales, o por lo menos eso piensa. En seguida te comentaré algo más al respecto, que tiene que ver con la vida en las esferas. Pero nuestra visita no es principalmente a ella, sino a su madre que vive de nuestro lado y que ahora quiere protegerla y tratar de apartarla del camino equivocado. No la veo todavía, pero seguramente llegará pronto, pues intenta todo lo posible para convencerla de otra vida. Esperaremos tranquilamente un poco más, pues tenemos todo el tiempo para el verdadero fin de nuestro viaje. Como te dije, la joven pasa el tiempo cuidando su belleza corporal. No está casada, sino que la mantiene alguien que es lo suficientemente rico para hacerlo. Pero esa persona sufre mucho por el frío de su ser interior. Ella, por su parte, piensa que tiene una vida mala y sus pensamientos están tan intensamente enfocados en ella misma, que tampoco ve nada más.

Así vive su vida cómoda pero mala y la considero capaz de todo. Así que sobra decir que tienes que compadecerlos profundamente a ella y a él.

El hombre no ve más que la bella vestidura que esconde su ser interior.

Ahora te quiero decir algo relacionado con sus mascotas. En caso de que irradiara algo de luz al dejar esta tierra, podría, si lo quisiera, guardar sus perritos cerca de ella, puesto que en las esferas es tan posible como en el mundo material. Pero si hace la transición en el mismo estado en el que se encuentra ahora, tendrá que enfrentarse a la triste experiencia de que sus queridos animalitos ya no querrán saber nada de ella.

—¿Qué quieres decir, Alcar?

—Te lo voy a explicar. Sabes que un animal, igual que el hombre, se compone de espíritu y materia, ¿verdad? El hombre se cree superior al animal, y lo es, pero aun así, hay personas que podrían aprender mucho de los animales si, desde su fuero interior, intuyendo con pureza, quisieran comparar su propio amor con el de los animales.

Esta mujer notaría entonces que sus perros se sienten atraídos hacia aquellas personas que muestran su amor verdadero. Pero ella ignora todo esto y sin duda tampoco querrá saber nada al respecto hasta que venga hacia acá. Aun así será lo que importa más adelante.

El animal se entrega por completo tal y como es; el hombre, en cambio, no. Por eso el animal se sentirá atraído hacia el hombre interiormente más perfecto y llegará a estar bajo su influencia.

De nuestro lado, siguen al hombre perfecto. Algún día, ella también lo experimentará.

Ya te conté antes que yo también tengo mis animales, pero no pienses que están a nuestro alrededor. No obstante, viven cerca de nosotros, aunque en otra esfera. También esto lo ha previsto Dios. Su Dirección y poderosa Sabiduría se notan en todo.

En su esfera, los animales ven qué aspecto tienen en realidad sus amos y amas. Más adelante, esta mujer pensará que los perros ya no la conocen, pero entonces la verán y sentirán muy diferente.

Llegará el día en que volvamos a ver los animales que hemos querido, y abrirás los ojos de par en par cuando puedas verlos juntos.

En su reino celestial están juntos todo tipo de animales y conviven en armonía, y en amor por los demás. Los espíritus que están en la luz pueden acercárseles sin problema; no les pasará nada malo. Es la intención de Dios que todas Sus criaturas convivan en paz y armonía, pero tomará todavía siglos y siglos hasta que esto ocurra en su tierra.

El amor es lo más sagrado que Dios nos ha dado. Toda Su Creación está permeada de eso. Es lo más elevado que Él ha puesto en todo; la chispa divina: el principio del Perfeccionamiento. Los animales también sienten el calor y el amor verdadero que puede emanar un ser humano. ¿Lo logras entender, André? ¿O quieres que te lo explique con más claridad?

—No, Alcar, lo entiendo, porque como me explica y muestra todo, me da una imagen nítida del Amor y Omnipoder de Dios.

—Hay Dirección en todo, hijo mío; en todo está la fuerza sagrada de Dios.

Esta joven quiere tener sus perritos para ella sola y nadie puede acariciar a los inocentes animalitos. Gasta más en ellos que en cualquiera de sus subordinados, que tienen que hacer el trabajo más pesado para ella. Todo por amor propio, André. Nunca aprecia los buenos cuidados de su personal. Sería una bendición para ella si perdiera sus bienes materiales, porque toda esta abundancia la lleva a la perdición. No vive con la materia, sino que la materia la vive a ella, e igual que ella a tantos otros que siguen en la tierra. En verdad, sería una suerte para ella perder sus tesoros terrenales. Y hasta me parece posible.

Cada quien tiene que cargar su cruz. Seguramente, también le llegará la suya. Y la tendrá que cargar, lo quiera o no. Puede cambiar su vida cuando quiera. Si no lo hace, su hundirá cada vez más. Después te contaré más sobre ella, pero ahora veo que entra su madre. No te preocupes, no nos puede ver porque no posee nuestra luz. Va y viene, aunque pasa la mayor parte del tiem-

po aquí, al lado de su hija. Te mostraré cómo el mal se castiga solo.

Esta madre hizo la transición hace no mucho; hace poco solamente desde que dejó la tierra, en la que andaba por el mismo camino que el que recorre ahora su hija. Ella también era considerada muy bella y trajo mucho, muchísimo sufrimiento donde habría podido traer felicidad. Ella también jugaba con el amor, y quien juegue con eso será severamente castigado, porque el amor es la creación más grande de Dios. Más grande incluso que el universo con todos sus planetas y estrellas.

Ella se burlaba de todo lo que es la vida de Dios y, desde luego, no dejó gran cosa para su hija ni le dio nunca la menor fuerza interior. Aquí quiero volver un momento sobre el caso de los dos hermanos que se esforzaban por inventar explosivos. Así como uno de los hermanos protege al otro, esta madre trata de proteger a su hija. Ambos quieren liberar a sus protegidos de las garras del mal que los rodea. La madre no se ha hundido más cuando llegó de nuestro lado. Eso lo debe a la ayuda de sus padres, quienes la protegen a su vez. Ella comprendía muy bien su situación y se dio cuenta de lo terrible que era. No estaba todavía completamente perdida. Y cuando se arrepintió, le pidió perdón a Dios por todo el daño y el mal que había dejado atrás. Se le permitió ir a donde quisiera. Claro que no a las regiones elevadas, sino dentro de su propia esfera. Se le concedió volver a la tierra y hacer lo posible por cumplir su tarea de liberar a su hija del estado en que se encuentra y del que su propia madre es culpable por su manera de educarla.

Malcrió a su hija poniéndola en contacto con todo lo que es mundano y ostentoso. Desde hace bastante tiempo intenta influenciarla para que se despidiera de esta vida de libertinaje. Pero ves que todavía no ha llegado a ese punto. Y por ahora tampoco logrará su objetivo. Sin duda, percibirás lo pesada que es la tarea que tiene que llevar a cabo en la tierra después de su muerte material; una tarea que ella misma se impuso y que asumió con gusto para redimir los pecados que ha cometido en la vida terrenal.

Su tarea es una de las más pesadas que puede llevar a cabo un espíritu en la tierra, porque a la pobre madre se le obstaculiza de todas las maneras posibles en su empeño por liberar a su hija.

La sigue a todas partes. Donde esté la hija, allí también vemos a la madre. A veces gana terreno, luego lo vuelve a perder en grandes porciones a la vez. No solo lucha contra la renuencia de su hija, sino también contra los espíritus más bajos, quienes se lo complican terriblemente. Muchos de nosotros tratamos de animarla y le decimos que tiene que perseverar. Y es lo que hace entonces, pero a veces le pesa demasiado aun así, y entonces intervenimos y la ayudamos sin que pueda vernos. Somos invisibles para ella, porque no está sintonizada con nosotros. Así ella a su vez recibe ayuda de espíritus elevados, que han asumido esta tarea. La sabiduría de Dios lo regula todo.

Ahora trabaja bajo la influencia de lo elevado, porque su fuerte deseo por hacer el bien llega hasta las esferas elevadas. Así, pues, se trabaja desde las esferas en la tierra. Siempre esperamos hasta el último momento; luego intervenimos y se hace irremediamente lo que queramos nosotros.

Lo viste con el señor Waldorf. Hasta el último momento tuvo que mantenerse en contacto con aquel otro médium si no queríamos perder nuestra última oportunidad de bajar a este de su pedestal. Ahora ves, André, lo que es la belleza material, lo que significan las posesiones materiales. Nada más que frío, nada más que posesiones terrenales. Claro, visto a través de ojos espirituales. Todo lo que hay dentro y alrededor de esta mujer es frío. Su voz, que a los oídos terrenales ahora sigue sonando muy normal, se convertirá algún día en un chillido, un fuerte grito del que uno preferiría mantenerse muy alejado. De todo esto se pueden decir infinidad de cosas y sin duda vale la pena de que se investigue.

Cuenta en la tierra lo que ves, André, y cómo son aquí las situaciones cuando un ser humano se ha olvidado.

Mira, ahora entró una sirvienta; parece que hizo algo que le molestó, porque escucha: tiene un arranque despiadado con ella.

¿No es terrible? La pobre mujer le lleva veinte años y luego por una nimiedad se le habla con esta dureza. No lo podrá aguantar mucho más, porque incluso la persona más fuerte sucumbe bajo algo parecido. He allí el amor que ella les brinda a sus semejantes. Pero esta no fue la intención de Dios. Tenemos que dar y recibir, a menos de que no se requiera o aprecie.

Pero ven, hijo, sigamos; ya nos detuvimos lo suficiente aquí.

Mira, su madre reza; cuando ve la oportunidad, reza. La ayudaremos antes de irnos de aquí. Tú también tienes que rezar por ella cuando hayas vuelto en tu cuerpo. Entonces, en tu oración pídele a Dios por apoyo y fuerza para ella. ¡Mira a esa pobre madre! Está arrodillada frente a la cama de su hija, pero este sercito terrenal nuevamente no está viendo nada más que su propia belleza corporal.

¡Pobre madre! Es un caso entre millones, un ejemplo de todo el sufrimiento y miseria que se sufre en la tierra y en las regiones bajas.

André habría querido soltarle un grito a la hija: “¿Acaso no ves que tu madre está triste, criatura desgraciada?”. Pero ¿tendría algún efecto?

—No te servirá de nada, André, aunque le pegaras; solo se burlaría de ti.

—De nuevo sabe lo que se me pasaba por la cabeza, Alcar. Qué triste es todo esto. La madre está profundamente infeliz. Mire, está llorando. ¿La ayuda, Alcar?

—Sí, hijo mío, le daré nuevas fuerzas; las recibirá sin darse cuenta.

André vio cómo Alcar puso sus delicadas manos en la cabeza de la pobre mujer, magnetizándola un rato. Cuando dejó de hacerlo, ella giró la cabeza,

como si creyera ver algo.

—Aunque no me vea, sí me percibe.

Alcar le deseó fuerza y luego se fueron.

—Vamos, hijo, no le des más vueltas. Es así y no lo podemos cambiar. Esta mañana vivirás aún más cosas. Por ahora no regresamos todavía, porque experimentarás mucho más que te demostrará que el ser humano se conduce él mismo hacia la infelicidad y que cualquier pecado cometido se castiga solo.

La madre siente lo equivocada que fue su vida y también el frío que había dentro de ella durante su vida en la tierra. Ahora ve lo que ha engendrado y haría lo que fuera para poder anularlo.

—¿Verá completada su tarea, Alcar?

—Si persevera, lo logrará, pero para eso primero se le tiene que quitar a su hija todo lo que posee en la tierra. Antes no se puede lograr nada con ella, porque ha errado demasiado. Claro que también hay otros caminos, pero para ella no son de provecho.

Todo es tan pesado, André. El ser humano está atascado en la materia y ha dejado de sentir el valor de sus propias posesiones espirituales.

Para él, poseer dinero es un requisito primordial; sin dinero, nada tiene valor para él.

Pero ten presente esto, André: cuando te entregas a las personas y trabajas para ellas a través de tus dones, se deberá valorar, aunque no les resulte visible.

Tus dones me son sagrados y pongo fin a cualquier acercamiento a quienes no quieran entendernos. Tus dones nos cuestan a los dos sufrimiento y lucha, y no permito que se burlen de eso.

Ya te dije en otra ocasión que la luz de Dios no se puede adquirir a cambio de dinero. Se la tiene que ganar el propio ser humano; otro no se la puede dar. Y la materia, que a menudo podría facilitarle las cosas le es, al contrario, tantas y tantas veces un impedimento. Aun así también el que vive en abundancia puede portar en sí la luz espiritual, si tan solo intenta encontrar a Dios en sencillez y oración. Pero es una tarea difícil de llevar a cabo. No anheles la riqueza, André; poseer mucho dinero te defraudaría.

¿No es suficiente con saber que en el más allá uno puede ser feliz para siempre? ¿Y no trabajaría uno entonces, mientras esté aún en la tierra, en la elevación de su nivel espiritual, lo más que se pueda? ¿Es necesario que algunas personas tengan que dejarse llevar a tal grado, errar tanto y apostar toda su felicidad espiritual en aras de la nimia cantidad de aparente felicidad que les ofrece la vida? Sin embargo, esto ocurre demasiado a menudo.

El rico tiene que tener una voluntad fuerte para poder resistirse a sus posesiones materiales, para que mantenga su poder sobre ellas y no que la materia obtenga poder sobre él. Hace falta mucha fuerza para que pueda administrar su riqueza de la manera en que Dios lo espera de él. Siempre tiene que estar

alerta para no ser vivido por la materia. El ser humano que no anhela las posesiones espirituales estará irremediablemente perdido, porque solo le interesan las cosas materiales de la tierra y su nivel y fuerza espirituales reciben por eso demasiado poco alimento. ¿De qué sirve ser rico en dinero y bienes, pero pobre en sentimientos espirituales? El ser humano porta dentro de sí la posibilidad de la fuerza espiritual, de la madurez y cuando las posee, se le notará. Interiormente, el ser humano puede ser muy rico en luz y fuerza, y brillar como el diamante más resplandeciente. Entonces la vida terrenal no es tan difícil y uno se puede orientar mejor en todo. Te contaré algo más al respecto.

Cuando todavía vivía en la tierra, un día fui con amigos a un lugar en que nunca había estado. A pesar de eso sabía orientarme allí, y les llamó la atención que supiera tan bien el camino.

Uno de ellos preguntó cómo podía ser y pensaba que yo ya había estado allí antes.

Lo negué y no entendía nada. “Es mi capacidad de orientación”, dije, “se tiene que poseer interiormente”. Y, sin pensarlo, añadí a lo anterior: “Usted no la siente ni la tiene”.

“Bueno”, contestó, “pero prefiero tener la cartera llena”. Más adelante, nuestros caminos se separaron. Pero me lo volvía encontrar de vez en cuando en la tierra y entonces pensaba: ‘¿Ya sabrá orientarse, o seguirá prefiriendo ver sus centavos?’.

El buen hombre era por mucho mi superior en cuanto a posesiones materiales y le gustaba hacérmelo sentir, aunque no supiera si me interesaba. Yo poseía todo y nada, es decir: era rico en fuerza interior, pero pobre en dinero y bienes. Él, en cambio, siempre estaba hurgando en la materia y no veía otra cosa.

A menudo conversaba seriamente con él, pero el hombre no se tomaba la molestia de desarrollarse espiritualmente o de hacerse con algo que le costara esfuerzo o fuerza de voluntad. Ya lleva también mucho tiempo en nuestro lado y sé en qué esfera se encuentra. Siento con mucha fuerza su deseo y podría acercarme a él para ayudar, pero no iré hasta que me surja un impulso potente de ir a verlo. Sé cómo llegó aquí y ahora daría lo que fuera por tener una mínima capacidad de orientación, que de nuestro lado significa calor y luz.

En la tierra nunca intentó procurarse alimento para el alma y cuando hizo la transición tuvo que dejarlo todo atrás; todos sus “centavos”, de los que ahora se está aprovechando otro.

En la tierra habría podido adquirir mucha capacidad de orientación por medio del contacto con amigos espirituales. Lo quería por lástima, por ser tan pobre en sentimientos interiores. Cuando alguien así llega aquí, es igual

a un niño que apenas está empezando a aprender. La lucha lo habría curado, la lucha lo habría liberado de la materia, que lo mantenía atrapado. Pero no se me concedió lograr convencerlo de eso. Se burlaba de mí y todo lo que le decía pronto se le había vuelto a olvidar. Así vivió su vida terrenal en vano.

—Y ¿no ayuda a su amigo, Alcar, cuando se lo pide?

—Pero claro, André. Aunque tiene que gritar con más fuerza aún, anhelar con más fervor. No otra vez lo material, sino lo elevado, lo espiritual. Tiene que anhelar siempre con más fervor, de lo contrario volveré a hablar para nada y todo mi trabajo será en vano, sin que de todos modos le sirva de nada.

Si uno se entrega con demasiada facilidad, no tiene valor para personas así. Su deseo tiene que venir desde muy dentro del corazón. Piensa mucho en mí y también para él llegará el día de trabajar para el bien. Pero nuestros caminos se seguirán separando hasta que llegue ese día. Le dolerá, pero eso es inevitable y es su propia culpa, porque todo esto lo habría podido aprender durante su vida terrenal, incluso recurriendo a sus posesiones.

De vez en cuando clama por ayuda y entonces le extraña que sus amigos terrenales no se acerquen. También llama a sus padres y están con él, pero él no los ve ni siente. Así son las cosas aquí, André; así les va a los que en la tierra olvidan lo espiritual.

Pero si entonces le pide a Dios por ayuda con fervor, con mucho fervor, también a él se le ayudará.

Aquí todo está maravillosamente dispuesto, hijo mío, y seremos partícipes de precisamente aquella luz y aquella felicidad con las que estemos sintonizados interiormente. Todos ustedes que siguen estando en la tierra: asegúrense de saberse orientar al llegar a las esferas.

Ahora te llevaré a otro lugar más, André; nos queda suficiente tiempo (—concluyó).

Siguieron planeando y llegaron a una calle tranquila. De repente Alcar se detuvo y dijo:

—Aquí es, André. Ven, vamos a entrar.

André se percató de que estaban en un taller. Aquí debía vivir un artista; en todas partes había maravillosos cuadros en las paredes.

—Ven aquí, te mostraré dónde está el pintor. Mira, allí está, apoyando la cabeza en las manos frente al caballete.

André vio a un hombre de unos cuarenta y cinco años, con una barbita puntiaguda y cabello rizado. No podía ver mucho más de él.

En el caballete había un gran lienzo, el retrato sin terminar de una bella mujer.

—¿No la reconoces, André?

—¿A quién, Alcar?

—A la mujer que aquí se está pintando.

André volvió a mirar el lienzo y se sobresaltó al ver a quién representaba.

—Es ella, Alcar, la mujer con la que estuvimos hace un rato.

—Exactamente, hijo mío. Ahora mira a este pobre hombre. Él también está atrapado en sus redes y de no liberarse él mismo, estará perdido.

Vine aquí para mostrarte que un don, como el que tiene este pintor, tiene que usarse espiritualmente.

Sus ojos se centran solamente en su belleza exterior y ella lo sabe, aviva la pasión que lo está llevando a la perdición. Está completamente en su poder y este ser humano dotado, que posee un don de Dios y se conoce como uno de los mejores pintores de su época, se perderá por la mala influencia de esta seductora mujer.

La obra que está haciendo causa repulsión por la irradiación inferior de la que posa. No lo ven las personas materiales, pero nosotros sí. Nos resulta visible la irradiación de ambos, la de la mujer y la del pintor. En la de ella vemos de todo; toda su vida está plasmada allí.

Se metió en la cabeza que quiere tener al pintor en su poder, y lo destruirá.

Él no es consciente de ese peligro, porque solo ve en ella el bello ser que lo está inspirando. No ve nada más.

Te quiero mostrar, André, cómo todos los dones de Dios se ven afectados y se destruyen si el ser humano solamente fija la mirada en cosas materiales. La chispa divina, la chispa del genio se apagará y de su don no quedará nada significativo cuando haya perdido su fuerza espiritual. Entonces lo elevado en él se convertirá en odio, envidia y pasión; todo por la mala influencia de este ser terrenal. Así hay miles, que se derrumban de este modo. Esta mujer no posee nada de aquello que es sagrado y bello que puede hacer que un ser humano irradie; sabemos quién es. No es más que materia, materia basta, por dentro y por fuera. Por dentro es fría y árida, y si él no la ve como es de verdad, pronto habrá perdido su don. Está influenciada por el mal y el mal los hundirá a los dos, como todo lo que llegue a estar bajo la influencia de este.

Si su arte no es el reflejo del calor que él lleva interiormente, no será nada más que materia fría. La chispa divina que lleva dentro tiene que hacer que sea uno con el Padre.

La inspiración se genera por el fuerte deseo y la fuerza espiritual. En cuanto haya perdido esta fuerza, por olvidarse a sí mismo, su talento quedará extinguido.

¿Lo entiendes, André? ¿Sientes lo que quiero decir, hijo mío? Que todo don es un don de Dios significa que se lleva interiormente esta luz, esta fuerza y si se permite que ese don se eche a perder por un ser como ella, uno mismo es, desde luego, culpable.

Tenía que conocerse a sí mismo, pero se olvida de sí mismo en su pasión por este ser material y tampoco ve lo sagrado de su posesión espiritual. Sufre

por ella, porque mira: si seguimos sus pensamientos, entonces al final de estos se forma la imagen de ella. Ahora ya no puede trabajar sin ella, por lo menos, es lo que piensa, porque lo consume su influencia.

Podría inspirarlo el sonido de un órgano. Esas vibraciones lo elevarían; esas gloriosas melodías lo llevarían a un estado elevado y al sintonizarse entonces con estas vibraciones, podría llegar a una esfera elevada y la gente se sentiría atraída por la luz que su arte irradiaría. Esta estaría entonces bendecida por su sagrado anhelo y su ansioso deseo por que le sea concedido dar arte inmaculado. Y lo recibiría entonces por medio de inspiración, porque sería uno con el Cosmos, con Dios.

No obstante, cree que encontrará eso elevado en ella, piensa que lo alcanzará a través de ella. Así se pierden muchos dones divinos que podrían haber sido una revelación para la humanidad. El que tendría que haber buscado el camino hacia arriba ahora se viene abajo y se ve destruido por la materia.

Ahora está allí, triste, y cuando la gente lo ve así, les causa lástima porque sufre. No saben que este sufrimiento es material y que él mismo lo quiere así. No tiene nada que ver con una lucha espiritual, porque es terrenal. Es sufrimiento que en realidad no existe. No es un pesar que Dios le haya impuesto; lo busca él mismo. De esta manera, si no se le agita para despertarlo, también su vida se habrá vivido en vano.

El mal que empezó con la mala vida de la madre sigue pululando y así todos se hunden no solo materialmente, sino también espiritualmente. Y a todas estas personas que son consumidas por la materia les dirijo en voz alta estas palabras: "Hombre, oh hombre, pierde tu deseo por la materia". Quiero decir con esto, André, que tienen que buscarlo espiritualmente.

"Oh, ser humano, despierta, despierta de estas tinieblas, que tú mismo buscas. Vamos, despierta; te traemos luz nueva. Y no llores, porque es tu propia culpa. Ábrete y verás. De verdad, pierde tu deseo por la materia y alza la mirada. Deja que tu sentimiento interior te lleve a Dios, quien te da la Luz. Siente tu dolor, conoce tu sufrimiento. No mires esto a través de tus ojos terrenales. No te conviertas en tenebrosidad y pesar, pues no existen. Ve la razón de tu sufrimiento y la reconocerás.

Has de saber, oh ser humano, por qué te ha ocurrido todo este sufrimiento. Has de saber para qué tienes que sufrir. ¿Te atreves a alzar la mirada hacia Dios con los ojos lagrimosos? Fuera ese sufrimiento y llora de felicidad, pues tu sufrimiento no existe. Muéstrale a Dios tu alma enferma; solo Él conoce la pesadumbre de tu corazón y siente tu dolor. Pídele apoyo, que se te brindará en luz y en amor, en fuerza y felicidad. Llegará el día en que esta luz te envolverá con sus rayos y te sentirás uno con Él. Entonces estarás feliz y poseerás amor inmaculado. Acepta tu carga; te decimos en voz alta: oh, ser humano, atrévete a vivir. Mira todo lo material con tu fuerza interior y trata

de conocerte a ti mismo. Entonces estarás dispuesto a cargar todo y confiar en lo más elevado”.

Mira, André, es como si algo despertara en él y espero que aprenderá a verse a sí mismo. Lamento mucho que aquí no se pueda ayudar. Él mismo tiene que querer ser redimido para salir de este pozo.

Ven, hijo mío, ahora tenemos que ir al lugar en el que empieza el verdadero propósito de nuestro viaje (—concluyó).

André estaba sumamente impresionado por todo esto. Mientras planeaban, fueron dejando atrás a muchas personas que iban acompañadas, sin darse cuenta, de sus ángeles guardianes, que procuraban apoyarlas en todo.

Pronto llegaron a una calle en la que había muchos coches fúnebres frente a una casa cuyas cortinas estaban corridas.

Estaban en un buen barrio; se notaba en todo.

—Ven, entremos. Aquí tampoco nadie nos verá. Estamos ocultos para los demás espíritus en cuanto a que no estén sintonizados con nosotros, y los que estén en la luz tienen las mismas intenciones que nosotros, así que no nos obstruirán, porque saben y son felices y tienen una tarea que cumplir, como nosotros.

Tuvieron que pasar por algunas habitaciones para llegar al cuarto fúnebre, en el que había muchos hombres y mujeres que estaban alrededor de su amigo traspasado.

—Son sus amigos, que al rato cantarán y le darán el último adiós. Escucha, ya están empezando.

Cantaban con mucha fuerza, a pleno pulmón, queriendo mostrar así cuánto querían al difunto y cuánto les pesaba este adiós.

—Era su director de coro, y ahora, André, cantan una de sus canciones.

André vio que había muchas coronas y arreglos florales de varias asociaciones de música y canto alrededor del féretro.

—Acércate, André, y en seguida, cuando hayan concluido sus cantos de lamentación, que aumentan aún más su sufrimiento, podrás oír cuál es la auténtica verdad.

Sus cánticos habían terminado y todos fueron pasando uno por uno al lado del féretro, para despedirse de su conductor y amigo.

—¿No oyes algo, André?

—Sí, Alcar, pero no sé de dónde viene. Oigo un suave lamento; ¿es de los que se quedan atrás?

—En parte, hijo mío. Acércate.

Ahora se ubicaron justo al lado del ataúd y André vio que dentro yacía un hombre de unos sesenta años.

—¿Oyes algo ahora?

El lamento le llegaba con mucha más fuerza que antes.

—Sí, Alcar, es terrible, y ahora también veo el cuerpo espiritual que se está retorciendo. Quiere salir, Alcar, ¿lo ve?

—Sí, hijo. Quiere irse, pero no puede. Lo están sujetando. Allí, frente a ti, hijo mío, se está sufriendo un enorme dolor y este infeliz se lo ha procurado él solo. Ese hombre, que está adherido a su cuerpo material, será quemado, André.

—Ay, Alcar, ¡qué terrible! ¿Tendrá que pasar por eso estando vivo?

—Ese es precisamente el asunto, hijo, y luego tendrá que sufrir aún mucho más. Su cuerpo material será quemado, al tiempo que tendrá que aguantarlo espiritualmente. Ahora puedes ver lo inhumanamente crueles que son sus hermanos, aunque actúen por ignorancia. Este hombre era estimado y famoso, pero el don que Dios le dio de poder transmitir sus sentimientos con música, como el pintor lo hace con colores, ha sido echado a perder, espiritualmente echado a perder. Él tampoco pensaba en un Dios y ahora que hay muchas personas rezando alrededor suyo, siente la verdadera y gran falta del amor divino, que nunca dio ni nunca quiso ver.

No solo le hacía falta el amor de Dios, sino que también se burlaba de todo lo relacionado con lo espiritual. También en su caso la gente solo conocía su exterior, su vestidura material. No veían en él a la persona que odiaba todo, que maldecía todo. Las pruebas de veneración que recibía continuamente lo llevaron a un estado de ensalzamiento y sobreestimación de sí mismo. Su nombre estaba en boca de todos, pero los triunfos que conseguía le hicieron olvidar que recibió su don de Dios. Hay que tener piernas fuertes para poder cargar con una abundancia semejante. Y una vez que llegó a ese punto, también él se convirtió fácilmente en un instrumento del mal. Fue el inicio de su perdición.

Desde su altura intentaba aplastar a sus colegas y arruinó a más de un músico por medio de críticas injustas. Olvidaba por completo que también a él le llegaría su día, aunque ya no fuera en esta tierra, sino en ultratumba.

Sin embargo, sigue habiendo quienes lo consideran su hermano y amigo. Personas que no supieron mirar a través de la máscara ni lo conocían como es espiritualmente. Ay, si tan solo supieran lo que le pasa ahora, estarían horrorizados. Así se ve que el honor terrenal es solo temporal y carece de significado alguno para la Eternidad.

Así, el ser humano cosecha lo que siembra. Su odio hacia los demás se le devolverá a él mismo y la pena de los demás se convierte en la suya propia, pues todo lo que le desee a otro, tarde o temprano se le devolverá. No tengo que explicártelo más, André, sin duda lo comprendes.

El “difunto” se encuentra ahora en un estado relativamente sedado, pero después, cuando estemos en el crematorio, querrá vengarse furiosamente.

—¿No hay nada que se pueda hacer, Alcar? ¿No podemos liberar a este

pobre hombre?

—No, André. Solo Dios puede ayudar aquí. Ni los espíritus ni los seres humanos pueden cambiar nada, porque él mismo se ha colocado en este estado. Se le dijo que viviera de otro modo. Nos pasa a todos durante nuestra vida terrenal; nos despierta la voluntad de Dios. Así se le previene al ser humano, pero la mayoría de las veces no lo siente. Sin embargo, fue la mano de Dios la que lo advirtió dos veces. Lo sé. Un día se cayó y se pensaba que iba a morir, pero un tiempo después, cuando hubo recuperado su salud, la vida anterior volvió a comenzar y odiaba a la gente y a Dios, que le había dado su cruz a cargar. Por segunda vez fue derribado y estuvo postrado en la cama. Y después de haberse recuperado de nuevo, su odio incrementó aún más y desde nuestro lado no se lo podía liberar, porque no quería escucharnos. Su padre está en el mundo de los espíritus desde hace mucho tiempo, pero tampoco él lo podía alcanzar. Intentó de todo para hacerle ver su estado, pero no se le concedió lograrlo. Intentó muchas veces darle pruebas de nuestra pervivencia por medio del espiritismo, pero a él le daba risa y se burlaba de todo. Se había materializado por completo y espiritualmente se había hundido tanto que no se podía aferrar a esta verdad.

Solo Dios podría salvarlo y no vayas a pensar que Él alguna vez sería cruel. El mismo ser humano es el creador de su propia suerte. Si a este infeliz se le enterrara de la manera convencional, permanecería unido a su cuerpo material hasta que este se hubiera descompuesto. Ningún doctor espiritual puede ahora romper el cordón fluido que lo une con la materia, porque llegó a este terrible estado por su propia culpa. Tendría que haber aprendido a creer y encontrar a Dios. El ser humano no debe pensar que Dios se aparecerá en persona ante sus ojos, sino que nos hace sentir que poseemos una chispa divina, para poder ser uno con Él.

Somos responsables de nuestras acciones y, de acuerdo a la ley de causa y efecto, cosecharemos lo que hayamos sembrado.

Este hombre no lo comprendió ni sintió que en todo se puede percibir la Dirección de Dios. Es la razón por la que ahora no podemos correr a su rescate. Este hombre no es el único que será torturado de esta manera. Y es que la gente no quiere ver la verdad. Así, Dios nos deja actuar según nuestro propio y libre albedrío; hace falta para nuestro crecimiento. Tenemos que aprender y cuando no queremos, sufriremos las consecuencias negativas.

Desde este momento, juntos intentaremos ayudar a la humanidad, André, señalándole con énfasis los peligros que conlleva la incineración de cadáveres, un aviso que, desde luego, en primer lugar va destinado a aquellos que no han vivido según los mandamientos de Dios. Lo sabrán conociéndose a ellos mismos. Qué duro castigo tienen que padecer esas personas, cuando se han hundido tanto que tienen que soportar la incineración de su cuerpo

mientras siguen unidos a él por medio del cordón vital. Qué terrible suplicio tienen que padecer durante el proceso de incineración, mientras que el cordón fluido los mantiene presos y no pueden moverse de lugar, a menos que cargaran con su envoltura material. No obstante, eso queda excluido, pues la materia es el vehículo del espíritu y no al revés; claro que esto solo vale para este acontecimiento. Una vez que nos hayamos despedido, se acaba nuestro poder sobre nuestra vestidura material y por regla general se hace con ella lo que nosotros mismos hayamos dispuesto. Si este ser humano hubiera estado informado de que hay una vida después de la terrenal, habría determinado en su disposición de última voluntad que sus despojos debían ser confiados, de acuerdo con las eternas leyes de Dios, al regazo de la Madre Tierra. Estas eternas leyes dicen que el ser humano nace del polvo y que al polvo volverá, pero la intención no es que esto ocurra de manera violenta, sino lentamente, de modo paulatino, por la vía natural.

Más adelante verás por qué hace falta que la vestidura material se entierre de la manera convencional. Este pobre infeliz quería ser incinerado después de muerto y ahora se cumplirá ese deseo.

De aquí en adelante será nuestra tarea advertírsele a las personas y cuando sepan lo horrible que es, tal vez logremos que decidan que no quieren que más tarde se les incinere. Ese será nuestro trabajo y por eso te llevo conmigo, mi hijo. Tienes que presenciar esta incineración, por más difícil que te pueda ser, para poder hablar de este acontecer más tarde. Sin embargo, habrá muchos que no hagan caso de nuestras palabras, pero aunque sean unos cuantos los que sí lo hagan, ya estaremos muy agradecidos. No podemos dar pruebas convincentes, por más que nos gustaría. Pero nos tienen que creer. Solo uno entre muchos miles tiene el don de poder ver como tú y de poder vivir un hecho parecido. Y los clarividentes que no se hayan desdoblado se tienen que concentrar con mucha fuerza para poder aferrarse al momento en que un ser humano es incinerado. No obstante les es factible por la ayuda de sus líderes espirituales. Entonces no solo podrán ver la incineración, sino que, en caso de ser además clariaudientes, también podrían oír los lamentos del torturado y sus chillidos de dolor y miedo. Toda esta miseria queda oculta para el mundo. Dios mismo podría enseñársela a las personas, pero en la tierra no hay todavía sabios que puedan comprender Sus leyes en toda su envergadura, porque los habitantes de este planeta son seres humanos y no deidades, aunque muchas veces lo piensen y aunque posean la chispa divina. En caso de que la quisieran desarrollar, podrían intuir muchas verdades para comunicárselas a los demás y de esa manera dárselas al mundo, lo que le haría bien y le ayudaría a avanzar.

Pero el ser humano está sumergido en sus intereses materiales y lo espiritual, nuestra chispa divina, se olvida. Si pudiera darse cuenta de eso, re-

cibiría mucho y sería capaz de comprender mucho, porque entonces querría ser uno con todo, con Dios y porque querría intentar ser un hijo perfecto de Dios.

El ser humano que quiera enriquecerse espiritualmente recibirá mucho. Pero solo hay unos cuantos en la tierra que se ocupan de estos estudios y que aprenden a edificarse espiritualmente a través de lo divino que tienen dentro, de su sintonización divina. No es fácil, pero para ellos habrá ayudantes; aunque no será así antes de que quieran entregarse por completo. Entonces recibirán la verdad espiritual, entonces ascenderán espiritualmente.

A los estudiosos terrenales les ocupan demasiado los pensamientos materiales y eso no cambiará hasta que también ellos quieran recibir la verdad espiritual, quieran confiar en la sabiduría de Dios. El ser humano pide verdad y sabiduría, pero olvida que no se le pueden dar mientras no deje el camino equivocado. Él mismo construye, pero se olvida de que su edificación no descansa sobre un fundamento espiritual y de que tarde o temprano se colapsará. Deberá darse cuenta de lo sencillo que habría podido ser. Entonces se levantarán ayudantes que lo pondrán en el camino correcto. Así es en todo.

También vale para la medicina. Los cirujanos hacen, por ejemplo, demasiado uso de sus bisturís, cuando muchos pacientes se mantendrían con vida con el magnetismo o el tratamiento médico natural. El conjunto descansa sobre el poder divino en cada objeto, pero en todo, el principio divino está materializado y despojado de sentimiento espiritual. Significa que en algún momento perecerá. El alimento puro que tiene que hacer crecer al ser humano ha sido consumido, y por tanto ya no existe. La ciencia que servía de base ha sido despojada de toda fuerza espiritual. La situación de la verdad espiritual en la tierra ha llegado hasta este punto. Y si no ayudáramos desde nuestro lado, intentando elevar a la humanidad, seguiría nutriéndose de eso y el mundo no avanzaría, sino que siempre retrocedería, hasta que llegara el final de toda civilización.

La civilización ya ha sido pisoteada parcialmente y yace en el piso, malherida por los muchos golpes que ha recibido. El mismo hombre ha creado esta situación intolerable y tiene que llegar al punto en que comprenda que ha actuado mal. Sí hay sabios que han intentado llevarlo a ese punto, pero tampoco sabían si habían dado con los cordones correctos, los que unen al ser humano con el gran Omnipoder que es Dios. En su ignorancia, los seres humanos muchas veces se resisten a Dios. No es entonces su voluntad preconcebida resistirse, sino que la ignorancia y las vanas quimeras les hacen una mala pasada. Y en eso los ayudan los individuos que se creen ellos mismos un semidiós, pensando que hacen avanzar el mundo con una nueva ciencia, que no obstante tampoco tiene valor, porque el contacto con lo espiritual no es más que mínimo. También para ellos valen las palabras: Hombre, pierde

tu deseo por la materia. Porque por los caprichos de cada uno no avanza el mundo ni nuestra gran causa: el espiritualismo. Cristo les dio la verdad. Todo en sencillez, pero las personas complicaron e hicieron incomprensible todo lo que era sencillo, de modo que nadie lo entiende ya.

Así, toda la verdad espiritual ha sido tergiversada y ya nadie puede encontrar el principio. Así yerran y descarrían. ¿Y dónde está el final? A dónde nos dirigimos, si las personas no quieren entenderse a ellas mismas. Ni hacen el esfuerzo de dar amor.

Pero ven, hijo mío, el cortejo se está poniendo en marcha, aunque iremos los dos solos al crematorio. Llegaremos pronto y antes de que lleguen allí los demás, investigaremos unas cuantas cosas (—dijo).

Como si el viento los cargara fueron planeando hacia el crematorio.

—Mira, André, ese bello edificio encima de esa colina es el potro donde el espíritu padece sus suplicios. Para los que se hayan portado mal en la tierra, la vida después de la muerte empieza allí de manera cruel. Se supone que es una casa de la paz, pero en realidad es la casa del dolor. Ay, ser humano, entiende en tu ignorancia que te pones a ti mismo y a otros en ese potro y que así no solo fallas en honrar a los que parten de tu lado, sino que los torturas de la manera más terrible que existe. Cree en nosotros y toma a pecho este aviso, porque en tu ignorancia te burlas de las leyes de Dios. Nosotros, que vivimos en el país de ultratumba, queremos enseñarte el camino correcto, que lleva a la verdad. No tenemos deseos egoístas; solo anhelamos ayudarte. Queremos traerte la verdad, porque sabemos cuánto se sufre aquí, aquí, en esta casa del dolor. De nuevo te decimos en voz alta: mantente en los caminos de Dios. No vayas a construir por tu cuenta caminos que sean solo materiales y oscuros, porque pasan por las tinieblas y los constructores estaban ciegos y por tanto no podían ver la luz espiritual. Te decimos alto y claro: pon fin a estos terribles estados y vuelve a la naturaleza, que dejaste hace ya tanto tiempo. Abre los ojos y ve cómo queremos apoyarte. Ve cómo están tus amigos contigo, tus hermanas y hermanos que partieron antes. Queremos ayudarte y queremos ayudar a aquellos que son torturados de esta manera. Estamos a tu alrededor, pero tus ojos materiales no nos ven, porque te has blindado y no quieres ver la verdad. Abre los ojos y los oídos y no solo nos verás, sino que también nos oirás hablar. En verdad, podemos hacerlo, porque hemos recibido la fuerza necesaria de Dios. Estamos a tu lado para protegerte cuando te haga falta protección. Ay, no busques mal, no busques en días oscuros la luz del sol, que no está: espera a que vuelva a haber luz. Entonces nos verás, pues somos esa luz del sol.

Y cuando te hayamos ayudado, y sepas que tus caminos son materiales, escucha entonces nuestros consejos, porque hay un viento espiritual que lleva consigo la verdad en toda eternidad. Llegará el día en que lo detendrán y

recibirán los tesoros que lleva consigo. Entonces, hagan suyo en primer lugar el saber y dejen de un lado su ignorancia. Así podrás avanzar, cada vez más, hasta que se hayan reconsiderado todas las acciones equivocadas y estas se hayan convertido en mejores que carguen en ellas la verdad.

Mira, André, ya están presentes muchos amigos cuya envoltura material fue quemada y que lo sufrieron todos, en menor o mayor medida. Rezan conmigo: “Padre, perdónales sus errores, pues no saben lo que hacen”.

—¿En dónde estamos aquí, Alcar?

—En el cuarto de incineración, André; de nuevo hemos entrado desapercibidos. Enseguida verás un médico espiritual que ayudará al pobre músico con movimientos de roce magnético a suavizar sus terribles dolores. Mira, ya está allí, porque en las esferas se sabe cuándo se quemará a algún infeliz.

Pero la incineración no solo es reprochable para los espíritus infelices, sino que también lo sufren de alguna manera los felices. Esto depende por completo del grado de su fuerza interior; pero incluso cuando pertenecen a la primera o segunda esfera, la incineración es desaconsejable para ellos. De modo que todo se reduce a cómo son interiormente y cómo están sintonizados con lo espiritual. Por lo tanto, así como sea la luz que posean, así será su felicidad y su fuerza. Y así su pena y dolor, así su sufrimiento.

Un espíritu que de inmediato va de la tierra a la tercera o cuarta esfera no sentirá casi nada de la incineración, pero a pesar de que estos espíritus ya no estén sujetos a su cuerpo, sentirán al llegar a su esfera que algo les falta y sufrirán las molestias.

El tremendo calor del horno de incineración consumirá el cuerpo material con una violencia que atenta contra las leyes de la naturaleza y está completamente en contra de la intención de Dios.

Que este acto de violencia pronto desaparezca del todo, por tanto, por el bien de la humanidad, a favor de la inhumación convencional.

Podría seguir hablando mucho de esto y mencionar cientos de casos. Pero ahora nos interesa este pobre pecador, que sigue conectado a su cuerpo y enseguida tendrá que sufrir lo indecible.

No nos quedaremos hasta el final, André. Quiero decir, hasta que el cuerpo se haya incinerado por completo, pues te superaría y sería demasiado horrible presenciarlo.

¡Escucha! Los primeros acordes del órgano. Así que el cortejo ha llegado.

Ven, subamos. Es música fúnebre, André, y por todos lados están entrando ahora las personas que quieren presenciar la solemne incineración y que después contarán qué bella fue.

Mira, André, ya están colocando al pobre sobre el catafalco que lo llevará abajo. Es lo que llamamos la cinta transportadora de los muertos (—dijo).

Los presentes le dirigieron un último adiós y la cinta se puso en marcha

mientras sonaba el solemne órgano.

—Lo seguiremos, hijo mío. Sé fuerte, porque ahora empezará el suplicio. ¿Lo ves y lo oyes gritar?

—Sí, Alcar.

—Ya ve y siente lo que le pasará en breve.

André se aferraba de Alcar con mucha tensión.

—Ponte aquí, cerca de mí, hijo mío.

Algo terrible estaba por ocurrir. Oyeron los gritos del pobre:

—Verdugos, asesinos, ¿a esto le llaman honrar a alguien?

Pero estas injurias no conmovieron a los que estaban arriba: todos tenían la cara rígida, estaban colmados de compasión, sin saber lo atroz de la suerte de esta pobre persona.

—Ya está sintiendo los dolores infernales, André, que su cuerpo espiritual tendrá que aguantar (—explicó).

Mientras tanto, el ascensor había descendido al espacio de combustión.

—Morir no es grave, hijo mío, porque la muerte es un redentor poderoso, pero pasar por una tortura parecida, que no conoce su igual en la tierra, es espantoso. El espíritu siente, oye y ve todo, aunque haya dejado su cuerpo, pues sigue unido a él a través del cordón fluido. Solo en el caso de quienes estén adheridos a sus cuerpos, quienes se hayan olvidado en la vida terrenal. También hay otros estados, pero solo en quienes estén separados de su cuerpo material. En cambio, él seguirá atado a su cuerpo hasta que el lazo se rompa.

—Qué terrible, Alcar, para ese pobre hombre.

—Así son las cosas, y de nuevo resultan de su ignorancia. No puede concentrarse porque amó demasiado la materia, descuidando lo espiritual en su interior. De haber encontrado a Dios durante su vida en la tierra, ahora todo sería muy diferente para él y no tendría que soportar este suplicio, porque espiritualmente habría estado sintonizado de otra manera. Su vida terrenal fue en vano, pues se tendría que haber desarrollado espiritualmente. Vale para todas las personas, ricas y pobres.

Así, sin embargo, si su cuerpo no se hubiera quemado, habría tenido que presenciar la descomposición de su vestimenta material. Después también verás este estado.

¿Te quedó claro todo, André?

—No, Alcar. No me es del todo comprensible.

—Mira, hijo mío, entonces primero mira; más adelante intentaré aclarártelo todo un poco más.

André miró y con sus ojos espirituales podía percibir claramente el cuerpo en el horno de incineración. El ardor que reinaba allí no les suponía un obstáculo, pues era ardor material.

El órgano seguía sonando, pero la gente que le había rendido el último

homenaje al “difunto” se había ido.

André vio entonces que el cuerpo se contraía, se revolcaba y retorció como un ser humano vivo, mientras que al mismo tiempo oía unos gritos, alaridos y gemidos que hicieron que temblara de horror. No había quien pudiera ver y oír eso. ¡Aquí se estaba sufriendo de manera atroz!

Allí, delante de él, había dos cuerpos: el material y el espiritual. De repente estaban de pie, después caían para enredarse de nuevo, retorciéndose.

—Ay, Alcar, no puedo más; vámonos de aquí.

Alcar puso su brazo en los hombros de André, brindándole apoyo de esta manera, y así se fueron. Le seguían resonando en los oídos las palabras “Hipócritas, canallas”, y muchas más.

—Es terrible, Alcar, horripilante.

—Así es. Ven, hijo mío, te ayudo, si no, no pasarás por esto.

—Ay, Alcar, ¡qué espantoso! Nunca quiero volver a ver algo así. No hay ser humano que lo soporte. Ay, ¡cómo está sufriendo ese hombre!

Alcar le puso las manos en la cabeza, porque André estaba tan consternado por todo lo terrible que había visto.

—Por más mal que una persona haya hecho, Alcar, y por más pecados que haya cometido, sigue siendo indudablemente un castigo muy severo.

—Los hay incluso más severos; este es de uno de los muchos que uno se debe a sí mismo. No lo olvides nunca, André.

André rezó para que Dios fuera misericordioso con el pobre pecador.

—Así, pues, es la incineración, hijo mío, para los que siguen unidos al cuerpo material. El cuerpo espiritual solo se desprenderá cuando la materia haya sido destruida por completo. Ahora entenderás lo necesario que es que se les abran los ojos a las personas también en este sentido, para que de aquí en adelante prefieran el cementerio por encima del crematorio.

Este proceso durará unas horas y cuando se haya cumplido la sentencia, el médico espiritual lo llevará a un lugar en las esferas donde pueda reflexionar y llegar al arrepentimiento. Allí podrá decidir qué es lo que quiere, es decir, subir o bajar.

Pero cuando despierte después de un tiempo de inconsciencia, porque no aguantará esto, querrá buscar su propio camino e, impulsado por fuerte odio, perseguirá a las personas, pensando que ellos le han ocasionado este sufrimiento.

Entonces llegará el tiempo de errar con las terribles cicatrices, causadas por la combustión, que cubren su cuerpo espiritual.

André estaba triste. Era un suplicio atroz. Había visto que el pobre no se pudo desprender cuando quiso alejarse. Primero tenía que quedar quemado su cuerpo; solo entonces se rompería el cordón fluido.

Había visto ambos cuerpos, uno insensible, el otro tanto más sensitivo, y

había visto que estos cuerpos se rodeaban retorciéndose, la materia y el espíritu, allí en ese terrible horno.

—Tiene razón, Alcar. No es una casa de paz, sino una casa de dolor.

—De todas formas, no se piensa en esto en la tierra, André. El cuerpo espiritual no solo tiene que presenciar cómo es quemado su vehículo material, sino que también tiene que aguantar el dolor y la pena causados por la combustión de este. No es una sugestión, sino la triste realidad, una que se debe enteramente a la falta de sensibilidad espiritual.

Pero los materialistas no lo creen. ¿Cómo podría este infeliz entonces creer ahora en un Dios, teniendo que soportar estos dolores?

Imagínate hablar con él de Dios. No te escucharía; y por eso todavía no se le puede ayudar. Lo está consumiendo el odio, que ahora se ha avivado e intensificado aún más que durante su vida en la tierra.

Si un hombre en este estado pudiera creer de verdad en Dios, se libraría de esta tortura y podría ir a donde quisiera, aunque no podría subir más que hasta la esfera con la que está interiormente sintonizado.

—¿Ahora se te ha aclarado más el estado, André?

—Sí, Alcar, ahora lo entiendo todo.

¿Y a dónde irá este hombre, después de despertar?

—Su esfera está en las profundidades. Allí están las esferas oscuras. Allí es donde irá, de no arrepentirse. Y una vez llegado allí, le sobrarán compadres que lo quieran apoyar en sus planes vengativos. Entonces volverá a la tierra con sus nuevos camaradas e influirá de manera destructora en toda persona que carezca de firmeza en su amor por Dios y no confíe en el bien.

No se puede pagar mal por mal, pero me temo que como consecuencia del orden de sus ideas, eso le importará bastante poco. Así, el mal siempre seguirá proliferando. Así, el mal se castiga a sí mismo. De haber sido enterrado de la manera convencional, habría tenido la oportunidad de desarrollarse después de concluir su castigo, pues en ese caso su odio no habría sido alimentado por este atroz proceso de combustión. Aun así, tendrá que arrodillarse y pedir perdón a Dios. También llegará ese día, pero aún puede faltar mucho para eso, probablemente siglos y siglos.

Pero ¿qué son mil años en la Eternidad? En la tierra, la gente piensa, al llegar a una edad muy vetusta, al menos para la tierra, que es increíblemente vieja. Pero ¿qué significan esos pocos años a la luz de la Eternidad? Tan solo un fagonazo.

Ahora iremos a las esferas oscuras, el lugar con el que está sintonizado este ser humano. También las tienes que ver para recibir una imagen nítida de ellas. Mantente fuerte, André, es un viaje pesado para ti.

Tomados de la mano dejaron la tierra planeando.

—¿Te sientes un poco mejor, hijo mío?

—Sí, Alcar, pero sin su gran fuerza no podría procesar todo esto.

—No nos quedaremos mucho en las esferas oscuras. Solo te mostraré el lugar donde vivirá nuestro amigo.

André volvió a ver la tierra como un pequeño disco, pero esta vez podía entenderlo todo mucho mejor.

—Mira, André, allí estábamos hace un rato y vivimos todas esas cosas terribles. Qué insignificante es la tierra entre todos estos grandes planetas. Qué fácil sería para Dios ayudarla. No pienses que la olvidará. Recibe suficiente alimento espiritual. Dios deja que la gente haga de las suyas, pues tiene que aprender. Después de todo, ella misma pide todo ese sufrimiento y ahora tiene que encontrar por su cuenta el camino para avanzar; otro no les puede ayudar en eso. Solo así llegarán algún día a desarrollarse.

Ya ves, se va haciendo más y más oscuro; nos hemos acercado a la tierra crepuscular. Este cielo de un azul pardo es la esfera que colinda con las regiones oscuras. Pero tenemos otra tierra crepuscular más; esta colinda, no obstante, con las esferas de luz, donde empiezan las regiones elevadas, aunque esta se usa como esfera de purificación. Esta tierra crepuscular pertenece a las esferas oscuras y en seguida, cuando la hayamos pasado, estaremos en el lugar al que irá nuestro amigo.

Verás que el cielo cambia continuamente de color, André.

—Esto es muy extraño, Alcar. El cielo siempre tiene un color oscuro, aunque los tonos estén más oscuros de un momento a otro.

—Indica que nos hemos acercado mucho a las esferas oscuras. Aquí, todo converge. La luz cambia de color hasta que mantenga finalmente su color acostumbrado.

No dejaron de seguir planeando.

—Muy bien, llegamos al lugar de destino. Este cielo marrón oscuro, iluminado por un resplandor rojo, es la luz que posee esta esfera, esta tierra de odio y resentimiento. Los millones de personas que viven aquí están sintonizadas interiormente con esto.

En nuestro primer viaje vimos la luz de la tercera esfera. Así que ahora puedes comparar ambas irradiaciones y concluir lo bajo que han caído los habitantes de esta esfera.

Aquí hemos llegado a la frontera donde empieza la tierra del odio. Ven, buscaremos un lugar en esta alta montaña.

André miró a su alrededor. Allí, frente a él, hundido en las tinieblas, en ese oscuro resplandor, distinguía una gran ciudad. Muchas torres contrastaban con el cielo rojo óxido. Desde donde estaban, el panorama que se extendía ante ellos era magnífico pero a la vez sombrío.

—En esta gran ciudad reinan solo el dolor y la miseria que la gente se ha deparado a sí misma por no querer conocer ni amar a Dios.

Muchos llevan ya cientos de años allí y en todo ese tiempo aún no han llegado a sentir la necesidad de encontrar una luz más inmaculada. Allí siguen embelesados igual como cuando vivían en la tierra.

La ciudad se extendía hasta el horizonte, donde André pensó divisar un poco más de luz.

—¿No se puede abarcar con la vista esta ciudad, Alcar?

—No, André, ni en miles de años se podrá, porque se extiende infinitamente. No me atrevo a decir “hasta la eternidad”, porque espero que llegue el día en que también estas esferas posean la luz elevada.

Puedes ver que, como en las regiones elevadas, los espíritus edifican sus casas y templos también allá.

—Dijo, Alcar, que este es el lugar donde vivirá por ahora el pobre que hemos visto ser quemado esta mañana, ¿verdad?

—Sí, André, esta es la esfera con la que está sintonizado.

—¿Qué hará, Alcar, después de llegar allí?

—Solo entonces empezará de verdad su embrutecimiento e intentará dar rienda suelta a su sed de venganza contra las personas que cree responsables de todos los martirios que tuvo que sufrir.

—¿Viven todos juntos allí, Alcar? ¿Ricos y pobres?

—Sí, André; allí todos son uno. Reyes y reinas, príncipes y princesas y los más pobres entre los pobres. Es así para todas las regiones. Pero si llega alguien que presume de su existencia anterior, de lo que fue en su momento, todos se burlan de él. Aquí reina el que pueda influenciar en otro, el que domine la masa por la concentración.

Trabajé durante mucho tiempo allí abajo para ayudar a infelices.

—¿No iremos allí ahora, Alcar?

—No, hijo mío, todavía no. Más tarde. Si no, te va a superar. Y tampoco pienses que es tan sencillo entrar allí. Antes de descender a esta esfera de odio, pasiones y violencia, hay que tomar todas las medidas de precaución necesarias. No olvides que allí no se encuentra el más mínimo rastro de amor. No es fácil trabajar allí. Solo son capaces los firmes, los que tienen una gran fuerza espiritual y una sólida voluntad, y los que saben orientarse y concentrarse donde sea.

Tienen que estar por encima de estos espíritus en cualquier sentido y eso dice mucho, muchísimo, pues el mal actúa con mucha astucia.

Las inteligencias de las regiones elevadas descienden en muchas columnas y grupos a las esferas oscuras para llevar a cabo su trabajo de amor allá abajo durante tres o cuatro meses según el tiempo terrenal.

—Pero ¿cómo encuentras a los espíritus infelices entre otros millones, Alcar?

—Sus gritos de dolor y ayuda llegan a las regiones elevadas y desde allí se

les informa a los ayudantes abajo. Entonces van. Tienen que poseer un infinito amor por los humanos, si no, no aguantan mucho allí. Gracias a este trabajo de amor se desarrollan ellos también, ganando así en fuerza espiritual. Y cuando hayan encontrado a alguien que grita desde lo más profundo de su corazón y que le ruega a Dios ser liberado de ese oscuro pozo, lo llevan a una esfera más elevada y que por así decirlo está habilitada para servir como esfera de purificación. Se hace mucho por los infelices, pero es trabajo duro.

En uno de mis viajes a las regiones oscuras conocí a una princesa que llevaba ese título en la tierra. Había llegado poco antes y hacía alarde de su belleza, por lo que todos se reían de ella. Pero no lo entendía y a pesar de que ella hacía lo que fuera para castigarlos, ellos no le dieron oportunidad. Y cuando se cansaron de reírse de ella, le pusieron un espejo enfrente, para que pudiera verse a sí misma. Si la hubieras visto, André. Pegó un grito y se cubrió el rostro con las manos. Luego salió huyendo, porque desde el espejo la miraba una máscara horrenda, una cara tremendamente desfigurada. Así era su belleza espiritual.

Después la volví a ver, sola y abandonada. No quiere mostrarse más y por ahora no presumirá más de lo que fue en su momento en la tierra.

Pero si quiere pedirle a Dios ayuda y perdón, y si quiere trabajar duro en sí misma, algún día se le restituirá una belleza muy por encima de su belleza terrenal.

—Sin embargo, da pena, Alcar.

—Vaya, ¿te da pena, André? Había caído incluso más bajo que la mujer que visitamos esta mañana. Estos seres no hacen nada y donde vayan llevan pena y dolor, donde se tendría que traer felicidad y amor. Y en la vida después de la muerte siguen haciendo alarde de lo que poseían en la tierra.

Sin embargo, ¿qué significan la belleza terrenal y los bienes terrenales para ellos, si han desatendido lo espiritual, el estado de su alma? Todo lo terrenal no es más que temporal y carece de valor. Cuando tu tía hizo la transición, vimos qué bella se hizo en cuanto dejó su cuerpo material. Más adelante verás qué bella es ahora en las esferas, mientras que en la tierra no era precisamente una belleza. Pero era creyente, daba amor y vivía como debe vivir un hijo de Dios. Las situaciones como la de la princesa dan lástima porque conllevan sufrimiento y miseria y porque la gente no quiere darse cuenta de su propio estado. Créeme si te digo que allá abajo hay miles que ni siquiera saben que han muerto en la tierra.

—¿Que ni siquiera saben que han muerto, Alcar?

—Así es, André, y es sin duda una prueba de que se llega a las esferas con el mismo estado del alma que el que se tenía en la tierra y de que se le lleva a uno al lugar que corresponde a su interior.

Después te explicaré ese tipo de estados del alma más claro aun y luego

visitaremos juntos las esferas oscuras, pero primero te tienes que fortalecer más si quieres aguantarlo como espíritu desdoblado. También tienes que ver otros estados más para poder entender las cosas en toda su envergadura.

Después de que hayamos vuelto a la tierra podrás sentir claramente lo que te ha pasado esta mañana. Pero te digo, trata de aguantarlo y reza mucho. Que no se te olvide esto, André. Todo tiene un precio. Tu don es tu riqueza, lo sabes, y es una gracia para ti poder contemplar todo esto. Por eso tienes que querer luchar por ayudar a esos pobres hombres.

—Siento un gran deseo de hacerlo, Alcar; estoy contento de que quiera llevarme consigo y le prometo que me esforzaré e intentaré entender todo.

—Muy bien, hijo mío, eso te hará más fuerte y ganar fuerza espiritual. Por eso haremos viajes nuevos cada vez.

—Esto debe ser, según el dogma terrenal, el infierno, ¿no es así, Alcar?

—Sí, André, según el dogma terrenal este es el infierno y los millones de personas que aloja estarían, según ese dogma, eternamente condenadas. Así se enseña en la tierra, pero este infierno tiene un aspecto muy diferente al que se le cuenta y se le hace creer a la gente. De todas formas, los infelices ya sufren bastante allí. Imagínate que tuvieran que arder eternamente.

Esta mañana, el pobre músico estuvo, en el sentido literal de la palabra, temporalmente en un infierno.

En el más allá, las esferas tenebrosas son el infierno, pero los espíritus que viven allí no tienen que quedarse para siempre, puesto que algún día también ellos alcanzarán las regiones más elevadas; porque Dios no condena a nadie. Ningún hijo de Dios se pierde. Todo eso son sinsentidos y los clérigos que durante su vida terrenal hablaban siempre sobre el infierno, el diablo, el purgatorio y la condenación tendrán que reconocer, después de su transición, que dijeron disparates porque no conocían la verdad. Así hay tantas cosas que predicán como si fueran verdad y que sin embargo son solo inventos propios.

¿Qué utilidad tienen esos sermones sobre el infierno y la condenación? Más tarde verás cuántos de estos teólogos hay abajo, porque ellos tampoco estaban libres de odio y rencor, y cómo privaron a más de una persona de su felicidad, su fe, su esperanza y su amor.

—Alcar, mire, allí van pasando espíritus.

—Los había visto desde hace tiempo, André, pero estaba esperando hasta que tú los vieras. No te preocupes, puedes quedarte sentado. No nos pueden ver, porque no están sintonizados con nosotros.

—¿Qué tipo de espíritus son, Alcar?

—Son los guardianes que vigilan la entrada de esta esfera. Acechan todo lo que que llega aquí y no encuentran nada mejor que hacer que asaltar a los viajeros perdidos y arrastrarlos hacia abajo. Pero no puede pasarnos a nosotros. Solo es así para los espíritus que todavía no son conscientes de sus fuerzas

interiores y por lo tanto no las han desarrollado aún.

No pueden vernos a nosotros, pero entenderás que no se puede entrar allí como si nada. Mira, se van, André.

Se puede comparar este estado con el de la pobre madre que vimos esta mañana. Y es que ella tampoco nos veía, aunque estuviéramos detrás de ella.

—¿Y entonces su estado es igual de infeliz, Alcar?

—No, eso no, puesto que ella ya no conoce el odio. Posee ahora amor inmaculado y lo da. Es a su vez algo completamente distinto. ¿Lo entiendes, André? Tienes que saber intuir estos estados del alma puramente. El de ella ya está muy por encima del de estos guardianes. Ella es consciente de sus errores y sabe lo que hizo mal. Y al tener conciencia de eso, intenta elevarse dando amor. Puede ir a donde quiera, mientras que aquí viven muchos que se quedan encadenados a su lugar, hasta que queden liberados del odio que los tiene presos. La madre pronto verá la luz, porque cuando se da amor, se encuentra a Dios. Así avanza poco a poco en su desarrollo.

—¿Cuánto tiempo cree que nuestro amigo tendrá que permanecer en las tinieblas, Alcar?

—Pueden ser años, André, pero también siglos.

—¿Y siempre se quedará en este lugar, incluso cuando quiera el bien?

—No, claro que no. Si ya te conté que, con la ayuda de los que trabajan aquí, se traslada a otros lugares a los espíritus que empiecen a sentir el deseo por lo elevado. Allí tienen que aprender y solo cuando quieran se les muestra lo que han hecho mal en la tierra. Aquí se sabe eso de cualquiera. Luego viene el arrepentimiento, que sentirá tarde o temprano todo ser humano. Entonces, en ese tipo de personas muchas veces se manifiesta la idea de la reencarnación como ayuda y gracia de Dios. Se les concede entonces volver a la tierra, y pueden hacerlo, y durante la nueva vida terrenal podrán enmendar toda la pena y el dolor que hayan causado.

Llevan por dentro inconscientemente el impulso de hacer el bien, porque de nuestro lado han entrado en ese estado elevado y han luchado por ello, aunque todavía traigan pegados muchos errores. Para ellas es una gran gracia, habiéndoles entrado un deseo sagrado, poder remediar el mal que hayan cometido. Esta ley es una de las leyes más grandes de Dios, porque deja manifiesto Su amor infinito.

Acerca de la reencarnación también se pueden decir muchísimas cosas. En la tierra hay muchos que creen en ella, pero se desconoce cómo se regula.

En aquel tiempo hizo la transición un escritor que, al llegar aquí, se burlaba de todo y se ufanaba de lo que había realizado. Pasaron muchos años antes de que también él por fin sintiera remordimiento y le naciera el deseo de hacer el bien. Entonces se le hizo ver lo que había hecho durante su vida en la tierra y le extrañó que se supiera. Le podían mostrar cada letra que

había escrito, porque todo lo que se hace espiritualmente sigue perviviendo. Nuestros pensamientos también siguen existiendo una vez que los hayamos formado. El contenido de las obras que había escrito era de baja calidad y se oponía diametralmente a todo lo que tenía que ver con lo espiritual.

Cuando volvió a la tierra cumplió esa vida como Dios lo deseaba de él, porque había llegado a querer a Dios y lo estaba conociendo en todo. Así llegó a la luz en una corta vida terrenal, lo que le podría haber tomado siglos en otras circunstancias. Es solo una pequeña aclaración, André, porque de la reencarnación se podrían narrar incontables cosas.

Te dije que para los espíritus más bajos significa una gran gracia, pero los que poseen fuerza espiritual y saben lo bellas, inmaculadas y gloriosas que son las esferas de luz no desean volver a la tierra, porque ya no aman la vida terrenal. Cuando nuestro amigo haya llegado a ese punto, este sendero le estará abierto también a él, si lo quiere. Así, Dios ha preparado muchos senderos para Sus hijos, que llevan todos hacia arriba y llegan al camino que los llevará a Su Casa Paterna.

Para todos los infelices podemos citar palabras que nos salen del corazón. Así recuerdo que mi maestro me dijo un día las siguientes palabras:

“Te digo, algunas personas oprimen a las demás, pero en la vida después de esta apareceremos ante el único Tribunal y entonces se verá el mal que les hicimos a otros. ¡Ay del ser humano que ultraje adrede a otro!

En la tierra hay pocos que lo toman en cuenta. Por eso vengo aquí a verlos a todos ustedes y nunca los soltaré, porque quieren el bien. Solo lo entenderán más adelante”.

Estábamos en otras regiones para realizar trabajos allí y lo entendí, André. Repito estas palabras miles de veces, porque me fortalecieron y entiendo cuál fue su intención: cómo podía alcanzar a Dios y cómo tenía que amar al ser humano.

Mi maestro, que vivió en la tierra hace más de dos mil años, descendió hasta nosotros desde las regiones elevadas y nos obsequió estas palabras, destinadas a todos.

De esto se deduce, André: sencillez y humildad en todo; eso significa fuerza y amor. Oh, hace tanta falta que el ser humano lo sepa. ¡Cómo se peca y cómo se vive! Puesto que la gente en la tierra intuye y ve de manera material, no siente allí el calor espiritual. Muchos a los que hemos visitado juntos, hijo mío, se burlaron de nosotros, mientras que estábamos llenos de todos nuestros tesoros espirituales. Más tarde, cuando estén de nuestro lado, querrán que nos volvamos a ocupar de ellos, pero entonces ya no será posible. Entonces nuestros caminos se separarán demasiado, porque nosotros seguimos avanzando, siempre más. Yo también tengo mis órdenes; se nos señalarán caminos nuevos y habrá que ayudar a otras personas que sí entiendan el valor

de eso. Llegará el día en que abrirán los ojos de par en par, pero entonces ya no seremos visibles para ellos. Llegará el día en que se les detenga el reloj y entonces estarán espiritualmente desnudos y serán la burla de todos cuando se ufanen de una vida que se ha vivido completamente en vano. Compadécete de las personas que presumen de sus pertenencias materiales y que piensen que por ellas son más que sus hermanos. Aquí arriba eso se acabó; allí reina Dios y tienen que doblar las rodillas si quieren ver la luz. Llegará el momento en que un poder justo los juzgue. Entonces se les habrá acabado el suyo y estarán sometidos al Omnipoder de Dios. Alguna vez reconocerán el valor de los tesoros espirituales que se les querían dar en la tierra, pero que entonces no quisieron ver, porque amaban y aceptaban los objetos materiales. Incluso su pensar se había materializado por completo.

En algún momento se calarán sus planes egoístas y se acabará toda farsa. Entonces todos podrán ver qué tipo de amigos eran, qué entendían por amistad y qué amistad amaban. Todo lo terrenal es pasajero, André. ¿Y no tendríamos entonces que estar exultantes? ¿No tendríamos entonces que dar gracias a Dios, que algún día veremos nuestro amor y nuestras intenciones valorados por lo que son? Ya no serán ultrajados entonces por personas celosas e ignorantes. ¿No es acaso glorioso saber que llegará el momento en que estaremos frente a la justicia de Dios?

Llegará el día en que veremos a Dios y solo Él nos puede ayudar. Sabe cómo quiso vivir el hombre su vida en la tierra. Llegará el momento en que se entenderá cuánto amor deseábamos regalar sin poder hacerlo, pues la gente no quería ver nuestras manos que daban. Algún día se ansiarán las verdades espirituales. Alguna vez se entenderá la verdad de todo lo que se dio espiritualmente. En la eternidad se entenderán nuestras intenciones. Allí reina solo Dios, Padre de todos nosotros, porque tienes que saber, hijo mío: hay solo un poder que une y sujeta todo, y es Dios.

De todo lo que se realiza espiritualmente, nada se puede esconder ni echar a perder. Entonces todo estará descubierto, en su apariencia real en esa gran y sagrada Luz eterna (—concluyó Alcar).

—Si tan solo la gente pudiera oír esto, Alcar.

—Lo oirán, André. Se lo contaré a través de ti.

También intentaré representar estas esferas con colores. Cuando llegue esa parte, la reconocerás de inmediato. Pero no me será fácil representarlas adecuadamente. Aun así me esforzaré; recibirás la obra (—dijo).

Habían pasado ya mucho tiempo en la alta montaña.

—Por qué no vuelves a mirar otra vez hacia abajo, André, porque por ahora no volveremos aquí.

—Qué grande es el Omnipoder de Dios, Alcar, para conocer el estado del alma de todos Sus millones de hijos.

—Muy cierto tu comentario, André. Dios lo sabe todo, Dios lo ve todo, Dios está en todo. Es por eso que es todopoderoso y conoce el estado del alma de todos. Dios es fuerza, Dios es amor, Dios es luz, Dios es vida.

Para dejarte aún más claro cómo sabe todo y conoce todo estado del alma, te contaré algo que está relacionado.

Hace mucho visité en la tierra un círculo en el que semanalmente se hacían sesiones de espiritismo. No estaba ligado al círculo, sino que lo visitaba con frecuencia como espíritu observador. Y es que pasa tantas veces durante las sesiones que se nos ve, aunque sin ser reconocidos, y que la gente no sabe con qué fin vamos a la tierra.

Mis amigos llevaban allí alimento espiritual que se recibía por medio del tablero y la cruz. Ocho personas terrenales participaban en estas sesiones semanales, entre quienes estaba una madre que había perdido de golpe a su hija de siete años después de un enfermedad corta pero intensa.

Estando la pequeña en las esferas ya desde algún tiempo, su abuelo la llevó a la tierra, pues su madre clamaba sin cesar por su niña querida, y la trajo a las sesiones para ponerla en contacto con su madre. Así, la madre pudo volver a hablar, gracias al espiritismo, con su hija. Esto estuvo pasando a lo largo de algunos años y no hará falta que te diga, André, cuánto se alegraba la madre de que su hija la animara regularmente.

La pequeña se adaptó pronto a su nuevo estado y se fue desarrollando con excepcional velocidad.

Cuatro años más tarde, cuando la niña había cumplido, según cálculos terrenales, 11 años, la madre también hizo la transición y los primeros pensamientos de quienes se quedaron atrás fueron: ahora está con su cariño, ahora será feliz.

Pero después de haber estado un tiempo de nuestro lado, cuando se le trajo a la tierra para asistir a las sesiones, ya como espíritu, y se le dijo: “Ahora ya habrás visto a Mari” —era el nombre de su pequeña hija—, tuvo que admitir que aún no era el caso. De inmediato entendieron cuál era la causa. No estaba todavía sintonizada con el estado espiritual de su hija. Ella sufría mucho por esta pena, más grande incluso que después de que la chiquita la hubiera dejado en la tierra. Allá por lo menos había podido tener de vez en cuando contacto con ella, pero ahora ni podía verla ni hablar con ella. La pobre madre sufría mucho por eso, pero entendía por qué se le había negado el trato con su hija y se propuso buscar lo elevado.

—¿Por qué no podía ver a su hija entonces, Alcar?

—Te lo diré, André. Ya te conté anteriormente que uno no se puede convertir en ser espiritual solamente por asistir a sesiones de espiritismo. Hay que desarrollarse espiritualmente.

No es por sensacionalismo que se hace todo ese trabajo y que se ofrece

el alimento espiritual. Este tiene que servir para enriquecer al ser humano. Tiene que intentar encontrar a Dios por medio de esta verdad y amar todo lo que Él creó.

A pesar de participar en las sesiones, la madre seguía siendo una persona que se sentía más atraída por la materia y lo tomaba todo a la ligera. De este lado a nadie se le fuerza a hacer nada, André, sino que tiene que aprender a intuir por su cuenta. Queremos ayudar a las personas por amor a la gente, sin desear agradecimientos a cambio. Sin embargo, no sentía la gran gracia que se le concedía cuando se le trajo de vuelta a su hija y no pensaba que a ella también le llegaría su hora y que entonces, al llegar a las esferas, tendría que irradiar la misma luz que su hija si quería poder verla. Ahora están ambas en las esferas, pero no juntas. Aunque ese día llegará y entonces serán felices para siempre.

¿Ahora lo entiendes todo, André? ¿Puedes sentir ahora que esta es una prueba convincente del Omnipoder de Dios? ¿Te está quedando claro ahora que Su Omnipoder rige y organiza todo? No habría posibilidad de que la madre pudiera encontrar a su hija aquí, de nuestro lado, sin ayuda, porque le faltan la luz y la fuerza espirituales para ello. Dios está en todo. Por eso conoce todos los estados del alma. Dios es omnipresente, tanto en los Cielos más elevados como en la tierra y en las esferas tenebrosas.

—Qué bello y sagrado es todo esto, Alcar.

—Ten por seguro que es sagrado, André. Llegará la hora en que se nos detendrá el reloj y entonces sabremos si hemos amado a Dios correctamente.

Ahora volvemos a la tierra, André. No olvides rezar por el infeliz que dentro de poco llegará aquí.

Se fueron aproximando a la tierra planeando a gran velocidad y André volvió a ver nuestro planeta con los demás a su alrededor. Se fueron acercando más y más, y veía cómo la luz del cielo cambiaba de color a cada instante.

—Bueno, ahora seguiremos desplazándonos a pie.

—¿A dónde vamos, Alcar?

—Pronto te darás cuenta. Ven por favor.

André vio a su alrededor a mucha gente que llevaba flores y coronas, y que seguían el mismo camino que ellos.

—Ah, ya lo veo, Alcar, vamos a un cementerio. Ya llegamos.

—Exacto. Es un cementerio y ya ves que mucha gente va a dejar flores en las tumbas de sus seres queridos. Allí los que se quedaron atrás no encuentran mucho consuelo, pero el ser humano, que es ignorante, tampoco puede hacerse una idea, formarse una imagen de la realidad. Piensa que sus seres queridos yacen en efecto debajo de las lápidas y visitarlos es su único consuelo; piensa honrarlos y amarlos así.

Ven a mi lado, André, enseguida te enseñaré algo triste. Te falta ver más

cosas, pero sé fuerte.

Después de haber pasado muchas tumbas, Alcar se detuvo.

—Bien, aquí nos quedaremos durante un momento. Es la tumba de una chica de veinticinco años. Observa bien y escucha.

André vio un ángel en la tumba, esculpido en mármol níveo. Tenía una palma en la mano derecha y se inclinaba como queriendo defender la tumba.

André leyó: “Aquí descansa nuestra querida hija, nieta y hermana, Anna Maria H., nacida en H., el 14 de septiembre de 1901, fallecida el 7 de agosto de 1926. Era nuestra niña querida; que descanse en paz”.

—Mira, André, las dos personas que están frente a la tumba son sus padres. Pusieron en la lápida estas bellas flores como muestra de su amor. Te mostraré más cosas, pero no hables.

André tuvo que esforzarse para no hacer ruido, porque al lado de los padres vio a una joven, hermosa como un ángel y vestida por completo de blanco. Abrazaba a su madre, lo que esta al parecer no percibía, y tampoco oía la suave voz que le decía: “Mamá, mamá, estoy con usted. No esté triste, soy feliz”.

André la miró a ella y luego a la madre, pero esta no oía la suave voz, aunque sonara muy claramente y la oyeran a gran distancia varios espíritus que habían venido todos a ver a sus seres queridos.

—¡Mamá, mamá! —volvió a exclamar. Había ahora un deje doloroso en su voz. Intentaba mecer suavemente a su madre, pero no lo lograba. De nuevo exclamó:

—¡Mamá, mamá!

Pero esta seguía sorda a los gritos. Esto entristeció mucho a la chica y cuando Alcar se le acercó, André la oyó preguntarle si no podía ayudarla.

‘Oh, qué bella, qué inmaculada es’, pensó. El color de su tez era más bello incluso que el del ángel de mármol blanco en su tumba. Era como si hubiera descendido del cielo, tan angelicalmente inmaculada y tierna era.

—Oh, hermano —oyó que dijo— ¿cómo puedo alcanzar a mis padres? ¿No hay nada que se pueda hacer al respecto?

—Sí, querida hermana, la ayudaré, pero de otra manera. ¿Qué hace aquí en la esfera de la tierra? Si su casa está en las esferas de luz, ¿no?

—Sí, hermano, así es, pero no encuentro sosiego allá. Me tiran de vuelta hacia acá. No tengo sosiego por toda su pena y dolor. Oh, si supieran que vivo y que estoy bien, podría ser feliz en las esferas de luz, felicidad y amor. Pero ahora no puedo serlo, porque no lo saben. Ay, ¡ayúdeme, ayúdeme! Se lo suplico. Usted también viene de la luz. Ayúdeme, hermano, a alcanzarlos.

—Me encantaría ayudarla de inmediato, querida hermana, pero no me es posible, porque de esta manera no podrá alcanzar a sus padres. Sus oídos terrenales no la oyen y sus ojos terrenales no la ven. Así no notarán que está

aquí a su lado, viva, que los abraza, los ama y les exclama: “¡No estén afligidos, queridos padres, soy feliz!”. Son sordos para su voz suave pero clara. Sus oídos materiales no la oyen, porque se blindan espiritualmente. Pero la ayudaremos. Mi amigo y yo tenemos el objetivo de convencerlos de la vida de usted en las esferas. Él es mi instrumento y se lo contará cuando quieran escucharlo. Le muestro a él estos estados y él dará a conocer en la tierra lo terribles que son. De esta manera no puede hacer nada por sus padres y aún desconoce el camino para poder alcanzarlos, hija mía.

—Mi madre está afligida desde hace ya tanto tiempo, hermano, no lo puede superar. No se le puede ayudar. Por eso vine a la tierra. A menudo estoy en casa con ellos y ya he intentado entrar en contacto de muchas maneras. Pero no quieren apartarse de lo que se les enseñó alguna vez; a saber, que algún día Dios me llamará hacia arriba. Según ellos será el Juicio Final. Ayúdenme, ayúdenme. Deben saber que vivo y que soy feliz; entonces la vida les será mucho más llevadera.

—La ayudaré, si quiere. Vuelva a su esfera, intente obtener ayuda de las regiones elevadas, récele a Dios para pedírselo y vuelva entonces donde sus padres. Entonces podrá alcanzarlos con la ayuda de inteligencias elevadas. Esa ayuda se le dará si se la pide a Dios. Ahora suéltese de sus padres; no puede permanecer aquí, porque pronto llegarán espíritus infelices que la provocarán y se burlarán de usted, divirtiéndose con su sufrimiento. Deje que se vayan sus padres e intente alcanzarlos de la manera que le recomendé.

La chica miró a Alcar amorosamente, lo tomó de la mano y dijo:

—Le agradezco estas bonitas palabras, hermano. Me esforzaré y me doy cuenta ahora de que no debí venir aquí así.

Una vez más lo miraron sus ojos inmaculados y luego se fue.

—¿Entendiste todo, André?

—Sí, Alcar. ¡Qué dulce y bella es! Parece un ángel.

—Es un espíritu que pertenece a las esferas de luz y felicidad, donde siempre hay armonía, pero el gran pesar de los padres tira de esta dulce niña, que a fin de cuentas sigue siendo una niña, de vuelta hacia la tierra, y no puede ser feliz en las esferas porque los pensamientos de dolor de ellos la alcanzan. Siempre siente su tristeza y por eso es forzada a venir aquí, a pesar de que sus padres no perciban nada de su presencia de todas formas, ni oyen su suave voz. Están aquí junto a una tumba en la que no se puede encontrar nada más que un montoncito de materia, mientras que su hija vive y estaba a su lado sin que la vieran. Su convicción los arrastra hacia esta tumba, en la que piensan encontrar a su hija.

Es terrible para un espíritu que viene para ofrecer ayuda y apoyo experimentar entonces que no se le ve y que no se pueden oír sus palabras de consuelo.

Pero esta chica sí posee el poder de penetrar hasta sus padres, aunque todavía no sepa cómo debe actuar para alcanzarlos a través de influencia.

No vendrá a menudo a la tierra si no se la llama, si no se la arrastra hacia aquí.

Estos casos se dan a menudo y si hace lo que le he dicho, se le ayudará. Pronto se escuchará su oración, porque su súplica es inmaculada y quiere acercarse a Dios en amor. Su oración es inmaculada porque solamente pide poder dar amor.

Será un día pesado para ti, André, pero ánimo. Cuando hayas vuelto a tu cuerpo, ya te ayudaré para procesar toda la tristeza que has pasado y absorbido como espíritu.

Llegaron ahora a otra tumba.

—Mira, aquí hay una joven mujer junto a la tumba de su madre, pero ves también que la madre está a su lado como espíritu, para apoyarla y darle fuerza.

Así hay miles y miles de personas en la tierra que no oyen ni ven, ni tampoco saben, que estos estados efectivamente existen.

Mira allí, André, otra escena más: una joven madre junto a la tumba de su hijo. El hijo está a su lado, pero no está solo, porque lo acompaña su abuelo, que ya lleva mucho tiempo en las esferas, como puedo deducir por su irradiación. El chico no podría encontrar el camino a la tierra solo, pero siente sin duda toda la tristeza que sufre la madre, porque no puede olvidar a su hijo.

André vio a un muchacho de unos trece o catorce años y a su lado el abuelo, que lo llevaba de la mano.

—También este muchacho aprenderá a entender estas situaciones. Y cuando haya pasado algún tiempo, trabajará y hará todo lo posible para convencer a sus padres de su pervivencia y para darles pruebas de su vida en las esferas de felicidad, amor y vida. Él también es feliz allí, André. Ven, que no nos vean; quiero evitarlo.

Así todos intentarán alcanzar a sus seres queridos desde ultratumba. Y después de muchos, muchos años alcanzaremos finalmente ese punto.

Llegaron ahora a una tumba que se acababa de cavar.

—Ya veo a quién se enterrará aquí, André. Es una joven mujer que hizo la transición antes de su tiempo. La veo, aunque para ti todavía no es visible, porque sus pensamientos me alcanzan desde el lugar en que se encuentra ahora. En esta tumba se le pondrá “a descansar” y quién sabe cuántos la visitarán a ella también.

—Alcar, ¿desean los espíritus a menudo volver a ver sus cuerpos enterrados?

—Sin duda alguna, hijo mío, pero no todos, ni mucho menos, porque después de todo se sabe lo que se llegará a ver.

La vestidura depuesta que en muchos casos fue tan amada empieza a descomponerse enseguida y por lo tanto ya pronto ofrece un espectáculo repugnante.

Impresiona de manera tan horrible a los espíritus que a pesar de todo quieren volver a ver el cuerpo que idolatraban en la tierra, que a toda prisa salen huyendo para no volver nunca al cementerio, donde quieren dejar a la tierra lo que le pertenece. Así también será la suerte de esta mujer.

—¿No hay nada que se pueda hacer por esos pobres seres, Alcar?

—Claro que sí, André, si lo quieren. Al rato te mostraré la esencia de todo. Estás profundamente impresionado con toda la miseria que vimos esta mañana, pero aún no sabes muy bien a quién se le puede ayudar. Cuando hayas estado de nuestro lado durante más tiempo, pronto sabrás dónde en verdad puedes hacer el bien. Te falta aprender a percibir el sufrimiento falso. Tu amor por todo lo que sufra es muy bello, hijo mío, pero tienes que entender bien dónde se sufre dolor de verdad y quién necesita tu misericordia. Tienes que saber intuir puramente lo que es real y lo que es solo apariencia. La extraña ciudad donde alguna vez fuiste tan profundamente infeliz estaba cargada de desesperación real y tremendo sufrimiento. A esos espíritus en efecto había que compadecerlos y tu intensa misericordia de entonces no estaba fuera de lugar. No obstante, muchas veces experimentarás lo opuesto y recibirás ingratitud en retribución por tu asistencia amorosa. Si tuvieras que realizar trabajo de amor en las esferas tenebrosas, te sorprenderías con esto. Pero es necesario que pasemos por esta escuela. Allí recibimos lecciones en el conocimiento del alma humana.

Vamos ahora al último lugar que quiero visitar contigo antes de terminar nuestro viaje. Mantente fuerte, André, pues te mostraré un espíritu que sigue unido a su cuerpo. Alguien así también sufre de manera indecible, porque tiene que pasar por la descomposición de su envoltura material en la oscuridad y el frío.

No puedes preguntarme nada cuando hayamos llegado donde él, solo observar.

André vio frente a él la tumba de un hombre adulto, pero por más que se fijara, no podía descubrir nada más. Luego miró a Alcar y era como si se le dijera: “Quédate donde estás”.

Se detuvo y ya no veía a Alcar. Sí que lo oía hablar. Al parecer estaba conversando con alguien más, porque claramente lo oyó decir:

—Pero, hombre, busque a Dios. Intente encontrar a Dios. Aprenda a rezar.

Ahora oyó que Alcar estaba siendo objeto de burla. Por todo el gran cementerio resonó una risa satánica, mientras que oyó que alguien dijo despectivamente:

—¡Busque a Dios! Al diablo con tu Dios.

André se asustó mucho. ¿Quién se atrevía a decir eso? ¿Quién podía olvidarse de esa manera? Pero lo había escuchado claramente: “Al diablo con tu Dios.” No sabía a qué infierno había llegado y bien habría querido huir si Alcar no le hubiera dicho que se quedara donde estaba.

—¿Piensas —oyó de nuevo que decían—, que tu Dios me dejaría aquí así, si fuera tan bueno? Te lo repito: vete al diablo. Lárgate y quédate tu sermón. Reza por ti mismo, hombre, y déjate ya de disparates. Largo de aquí, te digo, y engaña a otro; ni tú mismo has visto alguna vez a tu Dios.

André oyó de nuevo la voz de Alcar, que decía:

—Tan solo intente decir: Oh, Dios, ¡ayúdame! Y Él oirá su súplica. ¡Dios, ayúdame! Si lo pide en serio, se le liberará de su cuerpo material.

De nuevo se oyó esa risa satánica, entremezclada con gritos de “Dios, ¡ayúdame!”.

—Vamos, para ya, no me emborraches con tus cuentos consoladores. Te lo digo una vez más: vete, no me hace falta tu ayuda. Nunca he necesitado a nadie, nunca.

Luego oyó que el hombre contaba lo que había sido en la tierra. Había desempeñado una alta posición, gozando de gran prestigio.

—¡Oh, esos canallas! —volvió a gritar—. ¡Si tan solo los pudiera agarrar! Te prometo que no se desharán de mí. ¡Ya verán! Han pasado por aquí ya muchos como tú. Son todos unos hipócritas piadosos. Seguro que eres uno de ellos. ¡Vete, hombre; rápido!

Ahora André veía claramente una figura que se alejaba unos metros de la tumba, pero luego no podía seguir y volvía a retroceder, como si una mano invisible lo tirara de regreso.

De nuevo oyó un grito:

—¿Aún no te has ido?

Luego todo quedó en silencio y en ese mismo instante vio a Alcar, cuya fina irradiación se volvía a hacer visible poco a poco.

Corrió a abrazarlo, desbordando felicidad por estar de nuevo junto a su líder espiritual.

—Ay, Alcar, qué terrible es esto; no aguanto más aquí.

—Anda, sé fuerte, hijo mío. ¿Entiendes la esencia de todo esto?

—Sí, Alcar, ¡qué blasfemo es ese hombre!

—En el camino te explicaré lo que sucedió aquí en esos pocos minutos. Ya dejaremos este camposanto, donde también yacen algunos vivos. Sabes lo suficiente ahora. Para que pudiera verme tuve que trasladarme a su estado. Probablemente viste que mi propia luz desapareció.

—Sí, Alcar, pero no supe lo que significaba. Ya no lo veía y todo se hizo oscuro a mi alrededor; pero esa risa satánica, la conversación y los gritos los oía muy claramente.

—Quise acercarme a él solo, porque no estás informado todavía de cómo tenemos que trabajar para conectarnos con un infeliz de estos. No me vio hasta que no me mostré sin mi irradiación. De otro modo no es posible. Si nos hubiéramos acercado a él de manera normal, se habría quedado quieto sobre su tumba, mientras que precisamente quería que oyeras lo enterrado que está este pobre todavía en la materia, lo infinitamente lejos que está todavía de la perfección. Oíste sus blasfemias. No soy el único que ha intentado lograr que le resultara más fácil desprenderse de su cuerpo. Si él lo quisiera, pronto podría cambiar por completo su estado.

Cuando hube hablado algunas palabras con él, quería salir corriendo, pero el cordón invisible, el cordón de plata lo detenía y lo tiraba de vuelta a su cuerpo, que está en muy avanzado grado de descomposición.

—Vi que no podía avanzar más, Alcar, pero no vi ningún cordón. Había tanta oscuridad a mi alrededor.

—Estabas fuera de todo, André; de lo contrario habrías podido verlo. No fue posible ahora, porque quería mantenerte fuera de todo. Por mi fuerte voluntad y mi capacidad de concentración te mostré que sigue unido a su cuerpo material. Yace en ese cementerio desde hace bastante tiempo ya; se puede observar por el avanzado grado del proceso de descomposición. Solo cuando este haya terminado, podrá moverse nuevamente con libertad y entonces querrá vengarse por la supuesta injusticia que sufrió. Entonces también intentará llevar a cabo los diabólicos planes que ya ha tramado.

Probablemente no lo hayas visto, pero tiene un gran hueco en la cabeza, causado por un disparo. Esta herida hace que siga sufriendo insoportables dolores, que por la rabia dejó de sentir durante un momento mientras hablaba con él.

Permanecerá en este estado hasta que espiritualmente haya llegado al punto de superar la materia. Y es precisamente esta fuerza la que le falta.

Ahora, a través de la capa de tierra, debe contemplar la descomposición de su cuerpo. Hay más estados de este tipo; algunos son incluso más terribles. Presenciaste toda esta miseria como espíritu. No se pueden dar pruebas más convincentes. Y ahora te insisto, hijo mío, cuéntales tus vivencias a los que tengan oídos para escucharlas. Cuéntales lo que deben saber, lo terribles que son las consecuencias cuando el ser humano se ha olvidado en la tierra. Díse-lo cuantas veces puedas. Te ayudaremos a hacerlo.

En todos lados trabajamos para la gran causa y miles de espíritus van a emprender viajes, como nosotros. Pero es una lástima tan grande que muchos de nosotros pierdan su instrumento por no atreverse a librar la lucha que hace falta para esto. Deseamos de nuestros instrumentos obediencia, sencillez en los corazones y, por encima de todo, amor por Dios. Y cuando cumplen con nuestro deseo, podemos darles muchas, muchísimas cosas bellas a cambio,

porque nosotros recibimos nuestro apoyo a su vez de las regiones elevadas.

Muchos de nosotros también pierden su instrumento porque los consumen los celos hacia otros. Nunca me decepciones, hijo mío; entonces lograremos mucho juntos. Dios nos bendecirá por este trabajo, con el que esperamos seguir hasta la eternidad.

Para siempre juntos en el mas allá. ¿No será glorioso?

Mantén immaculados tus dones, André, y sobre todo tu fuerza magnética, y reza mucho. Dios estará con nosotros.

Otra vez se había cumplido el viaje y André vio que los ayudantes de Alcar habían velado nuevamente fieles junto a su cuerpo.

Adonis se le acercó y lo saludó amablemente preguntándole:

—¿Te fue mejor que la primera vez, hermano mío?

André solo asintió con la cabeza. Nuevamente estaba sin poder decir nada, porque sentía que se acercaba la despedida, la despedida de su amigo querido.

Adonis lo entendió, le dio un cordial apretón de manos y se fue.

—Ya ves que estamos siempre preparados para todo, André. Esta mañana temprano ya, Adonis recibió mis órdenes. Y ahora, por última vez, sé fuerte, hijo mío. Piensa en mí y llámame cuando me necesites. Siempre hay contacto entre nosotros y te ayudaré en todo. Cuando hayas vuelto a tu cuerpo, te diré lo que tienes que hacer.

Alcar estrechó a André entre sus brazos.

El lazo amoroso que se formaba entre estas dos personas se iba haciendo más fuerte y sagrado, y seguirá existiendo para siempre. Alcar, el hombre astral, y André, el ser humano material, hacen juntos el mismo trabajo y aspiran al mismo objetivo, que algún día esperan alcanzar.

André lloró de felicidad, porque su amigo, su hermano, su buen y fiel camarada lo entendiera tan completamente y le mostrara tanto amor.

—Ven, hijo, es tiempo; tienes que irte ya.

André sintió de nuevo que iba subiendo, mareándose; después alcanzó a sentir durante un momento que descendía y luego despertó con una leve sacudida. De inmediato volvió a sentir la cinta alrededor de la cabeza. Tampoco podía pensar bien todavía y no tenía suficiente fuerza para retener sus pensamientos.

Así estuvo algunos minutos sentado en el borde de su cama, hasta que oyó que Alcar le dijo:

—Hoy te sentirás triste y tal vez mañana también. Sal, entonces; acércate a la naturaleza, hijo mío, reza mucho y trata de superar todo. Tu hermano Alcar está contigo y te apoya.

Se fue hacia abajo. Se había ausentado durante casi cinco horas completas. Después salió, para poder procesar con calma todo lo que esta mañana había vivido durante su viaje con Alcar.

Dentro de él y alrededor suyo todo estaba en silencio. Y después de haber permanecido durante un largo rato en la naturaleza de Dios, pudo volver a casa fortalecido en cuerpo y alma.

La Tierra Estival

André estuvo muy desanimado todavía un buen tiempo después del viaje a las esferas tenebrosas. Fue exactamente como al principio, cuando se incidía tanto en él. En ese tiempo también había estado tan triste. Pero ahora conocía la causa. Había vivido todo como espíritu, fuera de su cuerpo, y una vez de vuelta en el cuerpo tenía que procesarlo todo.

Sabía ahora el instrumento tan fino que puede ser el ser humano y lo que puede cargar, sin saber de dónde recibe la fuerza necesaria. Había avanzado rápido últimamente; se lo debía a Alcar, su mejor amigo. Había recibido sus dones de Dios, pero su líder espiritual los había desarrollado.

Estos últimos días solía caminar fuera, en la naturaleza, y le hacía bien. Ay, estaba tan triste y sentía que de nuevo estaba solo. Sus padres sin duda querían ayudarlo, pero no sabían cómo; por eso tenía que procesarlo todo él solo tranquilamente. Pero Alcar lo apoyaba mucho; también por los bellos dibujos que otra vez recibía de él. Así pasó bastante tiempo.

Pensaba muchísimo en el pobre músico y lo seguía viendo claramente. Recordaba todo lo que había visto con Alcar. Sobre todo esa mujer mala, la pobre madre de ella y también el pintor. Elevaría en silencio su oración por todos estos infelices. Eso los ayudaría a avanzar. Una oración fervorosa por los espíritus infelices que viven en las esferas tenebrosas siempre llegará a Dios. Por eso quería rezar mucho por la pobre madre, por el hombre que fue incinerado y también por el que seguía unido a su cuerpo. El sufrimiento de ellos le pesaba mucho.

Si tan solo las personas pudieran verlo y vivirlo por sí mismas, entonces ya les cambiaría la concepción de la vida y habría bastante menos rencor y envidia en el mundo. Entonces aprenderían a amoldarse más a las circunstancias en las que las colocó el gran Líder Espiritual de nuestra existencia. También se aprendería a tener conciencia de que la riqueza tiene tantas razones de ser como la pobreza, y de que el prestigio y la riqueza imponen grandes obligaciones. Entonces cada uno cumpliría en la tierra su tarea como parte de la gran Creación de Dios. En los últimos días, había vuelto a darle a la gente grandes evidencias y también se había desdoblado conscientemente varias veces. Esto ahora le era posible por el fuerte contacto que había entre Alcar y él. El último desdoblamiento había sido sin duda muy particular y sus padres se habían vuelto a impresionar, como siempre cuando ocurrían grandes cosas.

Ocurrió cuando estaba en su habitación. En un momento dado, estaba de pie fuera de su cuerpo y se vio a sí mismo sentado en la silla, con la mano

izquierda sosteniendo la cabeza, como si estuviera dormido.

En ese estado atravesó paredes, porque entonces ya no eran un obstáculo para él.

En otra ocasión, habiéndose liberado de su cuerpo material, iba por una calle cerca de su casa, al lado de una señora hacia la que se sentía, por decirlo así, atraído, viendo exactamente la ropa que llevaba. Vestía un abrigo verde y en el brazo llevaba unas flores. Podía leerle claramente los pensamientos y constató que estos estaban llenos de él. Por eso supo que iba a verlo. Le preguntó lo que quería de él, pero siguió caminando sin inmutarse, porque no lo oía ni veía. Así caminó unos cuantos pasos al lado de ella —como espíritu—, y le pareció muy interesante. Luego en un abrir y cerrar de ojos estuvo de vuelta en casa y despertó de golpe.

Todo esto había ocurrido en menos de cinco minutos.

Al darse fenómenos así, parecía como si hubiera dormido durante algún tiempo, y por eso tenía una sensación de presión en los ojos.

Buscó de inmediato a sus padres y les contó lo que había vivido.

—Escuche, papá. Le tengo una gran evidencia. Venga, mamá, usted también lo tiene que oír. Enseguida llegará una señora a la que me acerqué fuera de mi cuerpo, es decir, por desdoblamiento. Me pedirá ayudarla en sus sesiones de espiritismo (—dijo).

Les contó además cómo vestía y que traía flores.

—No reconocí muy bien las flores, pero estoy seguro de que son blancas. En un rato, cuando suene el timbre, usted, papá, tiene que abrir. Me encantaría que lo hiciera para convencerlos de la verdad de todo esto. Puede estar aquí en unos minutos.

Los padres de André estaban tensos por lo que pasaría. Cuando sonó el timbre después de cinco minutos y su padre abrió, vio que se cumplió todo y dejó a la señora allí parada, dirigiéndose hacia adentro lo más rápido que pudo. A André le dio risa y la señora no entendía nada.

André le contó que ya había sabido que iría a verlo, y para qué. Eso la conmovió mucho y fue para ella otra prueba más de la pureza de sus dones mediúmnicos.

Pero no se le concedió ayudarla; Alcar no lo quería porque en ese círculo eran muy obstinados y no se contentaban con lo que se les daba del “otro lado”, y así por lo tanto se llegaría a muy pocos resultados. Así Alcar siempre lo ponía sobre aviso de todo lo que no estuviera bien.

Una mañana salió para tratar a sus pacientes y le dijo a su madre que no podría volver antes de las cuatro. Primero fue a ver a un amigo que vivía en el vecindario, pero apenas había llegado allí, cuando Alcar le hizo ver que en casa lo esperaba alguien que quería hablar con él.

Se lo contó a sus amigos y se apresuró a casa, donde su madre se le acercó

de inmediato.

—Qué coincidencia, André —dijo—, que vuelvas tan pronto.

—Las coincidencias no existen, mamá; Alcar me mostró que aquí me espera alguien que tiene que hablar conmigo y por eso pude convencer a unas cuantas personas más de la Dirección que hay en todo.

Había vuelto a tener sanaciones espontáneas e incluso había sanado a distancia.

Con que la gente quisiera entregarse, teniendo confianza y dejándose todo a él, se podían lograr muchas cosas.

Un día estuvo con personas que le entregaron un anillo de una señora que vivía fuera de la ciudad, y le pidieron determinar su enfermedad.

Después de haber tenido el anillo un momento en las manos, pudo determinar qué enfermedad padecía la señora. Resultó entonces que los médicos habían constatado lo mismo.

—Pero en este momento tiene el cuello hinchado y le duele la garganta —prosiguió.

No estaban al tanto de eso, hicieron de inmediato una llamada a otro municipio y se enteraron de que la información de André era correcta.

—La ayudaré ahora desde aquí, y verán que en veinte minutos se habrá liberado del dolor en la garganta —dijo.

Después de media hora se volvieron a informar por vía telefónica. El dolor había desaparecido y el hinchazón en el cuello se había reducido de manera considerable.

Con esto, André les había probado a estas personas que, como cualquier médium que posea este don, puede sanar a distancia.

Le es posible sobre todo si el paciente se sienta quietamente en el momento establecido. El enfermo no necesita hacer nada más. Alcar se encarga entonces de que la telepatía y la sugestión queden excluidas. Esto pasa completamente por fuera del individuo.

Es muy curioso con cuánta fuerza puede quedar pegada la irradiación de una persona en un objeto.

Una vez llegó a verlo un señor que le dio una foto y quiso saber lo que le pasaba al hombre que salía en el retrato. La tomó entre las manos y de repente, incluso él se sobresaltó, ya no podía ver bien. Empezó a ver todo borroso, a pesar de que fuera pleno día. Entonces oyó a Alcar diciendo que estaba bien y oyó además solamente las palabras:

—Ciego, André, y aun así se le puede ayudar.

Transmitió de inmediato estas palabras de Alcar, diciendo que el hombre estaba ciego.

El señor se asustó un momento, pero pensó que lo había visto de maravilla.

—Y —dijo—, lo más bello es, sin duda, que sus ojos todavía estaban bien

cuando se hizo la foto. Así que no lo pudo tomar de allí. Hago estudios en este campo, y por eso me parece muy interesante este caso.

Al mismo André también se le hacía muy curioso; era un bello resultado para él. Pero no sabía muy bien cómo se lo explicaría al visitante, y le pidió a Alcar por consejo. Su líder espiritual dijo:

—Entrégate y te ayudaré. De repente vio toda la situación ante sus ojos.

—Escuche, señor —dijo entonces—, intentaré aclararle lo mejor que pueda cómo y por qué pude intuir y ver que este hombre está ciego, y cómo pude constatarlo a pesar de que aún veía cuando se hizo el retrato.

Volvió a tomarlo entre las manos.

—Por mi don puedo hacerme uno con él, lo que le es imposible a usted si no posee esta fuerza. Lo puede hacer solamente el que se pueda mezclar espiritualmente, es decir, hacerse uno, con otra persona, con otra irradiación, también llamada fluido. ¿Lo entiende, señor?

—No muy bien.

—Entonces se lo diré de otra manera. Todo vive, todo es vida y cuando me hago uno con esa vida, sentiré, pensaré y seré exactamente como esa otra vida. Eso es espiritual, ¿no es así? Bueno, esta foto se hizo hace ya muchos años, cuando el ciego todavía veía. Pero esto no tiene que ver con su condición espiritual general. Esto se relaciona con su cuerpo material. La materia es materia cuando esté despojada de vida. Así, su cuerpo material es nuevamente uno con el cuerpo espiritual. Ahora tengo en mis manos esta foto; entiéndame bien, señor, y porque puedo mezclar mi fluido con la irradiación que emana de ella, o sea, de él, me hago uno con él. Y si este contacto es puro, también podré percibir todo. Entonces incide directamente en mi cuerpo material. Por eso empezaron a fallarme tanto los ojos y pude decirle con seguridad lo que les pasaba. ¿No se hizo este diagnóstico puramente, señor?

—Sí, es asombroso.

—No, no lo es. Es mucho más sencillo si lo vemos como se lo expliqué. Y así pasa. Es la fuerza espiritual que puede poseer un ser humano y cualquiera que posee este don puede hacerlo cuando haya llegado a ese estado de sensibilidad. Ahora me es muy fácil contar más aun acerca de esa persona, por ejemplo: cómo es, cómo piensa, qué carácter tiene, etc. Cuando soy uno con él, también adopto todo de él.

Ahora, André oyó que Alcar dijo:

—Maravilloso, hijo mío, bien hecho. Después discutiremos y explicaremos juntos todas las posibilidades psíquicas para las personas. Ahora, sigue.

—Lo puedo ayudar, señor, pero veo que no creará esta verdad. Aunque pueda intentarlo.

El amigo del ciego hizo todo lo posible para incitarlo a que se pusiera bajo el tratamiento de André, pero no creía en esta charlatanería y por lo tanto

siguió siendo ciego.

Así pasaba el tiempo, y diariamente, André daba nuevas evidencias a las personas que iban a verlo.

Una mañana lo visitó una señora con una foto de la que una parte había sido cortada. La tomó en las manos y de inmediato vio al lado de la señora que salía en la foto a una niña de unos siete años. Vio muy claramente a la niña y le preguntó entonces a la visitante:

—¿Dónde está la niña que estaba al lado de esto?

Se sobresaltó y dijo:

—Ay, señor, la corté.

A André mismo le pareció magnífico que lo hubiera visto tan bien y ahora podía constatar con calma la enfermedad de la señora en la foto.

Así se convencía a todos, y se les ayudaba tanto en lo espiritual como en lo material.

También lo visitó un día un paciente que tenía en tratamiento. De repente sintió un beso en la frente y a su lado estaba una muy dulce, bellísima niña espiritual, una chica de quince años que había venido acompañando a su madre y le había dado ese beso. A continuación pronunció las palabras:

—Usted es muy bueno con mi mamá querida.

Le brotaron las lágrimas y al mismo tiempo vio un hermoso florero con rosas, con una rosa amarilla excepcionalmente grande en medio, que brillaba sobresaliendo por encima de todas las demás.

—Estas flores —dijo la niña espiritual—, las puso mi madre al lado de mi retrato anoche y ahora se lo quiero agradecer. Pero también la quiero apoyar en su pena. Siente pena, señor, pero no debe estar tan triste. Tiene que darle todo su amor a mis hermanitos, porque yo soy feliz.

No hizo falta más de un segundo para pasar este mensaje. Después le preguntó a la madre:

—¿Puso anoche flores junto al retrato de su hija? Rosas, con una gran rosa amarilla en el centro.

No respondió, pero empezó a llorar.

—Escúcheme por favor, señora; no sé nada acerca de usted. ¿Tiene dos niños y murió su hijita hace cuatro años?

—Sí —dijo.

—Su hija vino aquí y me besó la frente por la ayuda que le doy. Soy feliz, señora, de que esta inmaculada niña espiritual me lo haya dado. Le pide dar todo su amor a sus hermanitos, porque ellos lo siguen necesitando tanto aquí en la tierra. Ella vive y es feliz en las esferas.

Entonces la pobre madre le contó qué pesar la agobiaba.

—Ay, señora, ¡qué glorioso siento por usted, por haber recibido ahora una de las pruebas más bellas que se le puedan dar a un ser humano! Sabe ahora

que los “muertos” no están muertos, sino que viven. Cuando estaba triste anoche, se refugió en el retrato de su hija. Y mientras usted pensaba en ella, ella fue atraída hacia usted por su gran tristeza y estuvo a su lado como un ángel de las esferas de luz, donde es tan feliz, mientras que usted no la veía ni sentía sus caricias. Vio que puso flores al lado de su retrato.

Que todo esto le sea una prueba de que su tesoro querido sigue viva y quiere apoyarla. Le pide nuevamente darles su amor a sus niños y dice: “¡Sea fuerte, mamá!”.

—Ahora ya no me falta nada —dijo la señora— esta es una prueba convincente para mí y me esforzaré en darles todo mi amor a mis niños. También intentaré dejar atrás toda mi pena. Sé ahora que mi hija vive y que la volveré a ver.

—Ya ve, señora, que la tiró de vuelta hacia la tierra con su fuerte tristeza. Una buena prueba de que atraemos hacia nosotros a los que viven en el más allá por nuestra tristeza y nuestro deseo. En eso se puede ver qué fuerza emana de los pensamientos humanos. Nosotros mismos desconocemos cuánto emana de nosotros, y por eso mi líder espiritual me dice a menudo: “André, ten cuidado con tus pensamientos”.

La madre recibió otro mensaje más de su hija, más tarde, para decirle que ahora todo está bien. Así, André ya les ha podido probar a cientos de personas que la vida sigue después de la muerte material.

Aun así siguió sintiéndose triste, y pensaba sin cesar en Alcar, porque seguía sin poder superar las impresiones de su último viaje.

Alcar le dijo que tuviera un poco más de paciencia, porque pronto quería volver a ir con él a las regiones elevadas si su melancolía no quería disminuir.

Y no disminuía de manera alguna, porque no era fácil procesar el sufrimiento de todos esos infelices. De vez en cuando revivía un poco y pensaba entonces que lo había superado, pero luego seguía la reacción y se volvía a hundir en un estado de ánimo incluso más sombrío. Todo le pesaba mucho. En esto estaba solo y nadie podía ayudarlo. Entonces se moría por ver a Alcar, de espíritu a espíritu. En esas ocasiones la gente no lo entendía y no aguantaba estar en ninguna parte. Era difícil no solo para él mismo, sino también para las personas con quienes tenía trato.

Su padre y madre sí lo entendían y preferían no hablar del asunto. No se ponía caprichoso, solo callado, triste y ensimismado.

Por la mañana, antes de irse con Alcar, había andado por la casa cantando, pero más tarde, cuando había bajado, era como si trajera unas pesadas nubes de tormenta encima de la cabeza. Aun así quería ser fuerte y no darle tanto trabajo a Alcar. Entonces le rezaba con fervor a Dios para que lo ayudara. Eso lo aliviaba.

¡Ay, ese pobre hombre! No podía olvidarlo. A cada instante volvía a ver

ese cuerpo muerto, que parecía revivir por ese terrible calor. No, algo así no quería volver a ver nunca. Las primeras noches le había impedido dormir y sin duda necesitaba descanso para poder hacer su trabajo de día. Cuando la fuerza de sus pensamientos dominaba todo y no podía conciliar el sueño, Alcar intervenía, poniéndolo en un estado de semitrance. Eso lo sentía muy claramente. Después, Alcar se retiraba lentamente y él se quedaba dormido. No era entonces un sueño normal; lo notaba por la mañana en la cabeza.

Así habían pasado muchos días. Se daba ánimos a sí mismo, porque tenía que pasar por esto. Sentía sin duda que significaría un gran desarrollo para él si su espíritu pudiera aguantar todo esto. Y lo sabía: nada es gratis, tampoco la sabiduría. Todo cuesta fuerza de voluntad. Una tarde, Alcar dijo que por la noche volverían a ir a las esferas elevadas.

—Tendremos que adelantar nuestro viaje, André, porque no puedes desprenderte de todo lo que has visto. Y es que fue un viaje pesado para ti. Aun así, tienes la suficiente fuerza como para poder cargarlo. Ahora mantente listo; por la noche estamos nuevamente en las esferas.

Alcar le había contado que iría a ver con él el gran tráfico entre la tierra y la Tierra Estival, y tenía curiosidad por saber cómo sería allí.

Todavía de humor sombrío, se fue a su habitación temprano. Primero se entretuvo un poco por allí y se asombró de que en ese momento no tuviera todavía ningún deseo de desdoblarse.

Su habitación estaba ahora tapizada de piezas espirituales que había recibido de Alcar y de los demás pintores. Le había costado bastante lucha y fuerza de voluntad llegar a ese punto. Hay que persistir y saber aguantar mucho si se quiere lograr algo. La gente veía solo el resultado, pero no la lucha y el sufrimiento que todo esto le había implicado. Cómo había sido al principio objeto de burla y mofa, y también cuando ya llevaba recorrido un gran tramo de este camino seguían guaseándose de él. Aun así había adornado muchas paredes con piezas de Alcar.

Poco a poco iba sintiendo ahora cómo lo invadía la sagrada incidencia del “otro lado”. La cabeza le empezó a pesar y por eso se desvistió deprisa. Alcar le había dicho que, si quería desdoblarse por la noche, tenía que acostarse a dormir boca arriba, entonces podía liberarlo más fácilmente. Así que eso hizo.

Eran solo las nueve y media. No obstante, apagó la luz y después de unos diez minutos ya estaba profundamente dormido.

—Bueno, hijo mío.

Fueron las primeras palabras que oyó e inmediatamente después vio a su líder espiritual, al que abrazó con un grito de alegría.

—Sé valiente, André, ahora somos de nuevo uno. Los últimos días te han sido pesados, porque tenías mucho por procesar. Ahora, conmigo, pronto te

tranquilizarás. Nosotros, de nuestro lado, podemos soportar mejor ese tipo de sufrimiento; para un espíritu terrenal es difícil.

Ya ves cuánta precaución debemos tener. Y si te diera a la vez todo lo que hay que vivir durante un viaje así, ¡cómo te sentirías entonces! No lo soportarías. Ven, mírame, hijo mío.

André miró a su líder espiritual con lágrimas en los ojos, sonriendo. Sintió su gran fuerza y volvió a ver a su alrededor esa gran luz blanca.

—No deseabas desdoblarte, pero todo eso es obra mía, André. Bien, ahora podemos irnos tranquilamente. Qué glorioso que Dios nos haya dejado formar este lazo. Ya ves que para cada trabajo pesado hay apoyo y alimento en las esferas. Quien quiera seriamente y se atreva a luchar, se hace más sabio y puede aprender todo lo que quiera. Eso es cierto para todo ser humano en la tierra. Pronto estarás ahora libre de tu melancolía.

—Oh, ya estoy mucho mejor, Alcar; gran parte ya ha desaparecido. Ahora empiezo a sentirme feliz otra vez.

Dejaron la tierra rápidamente, tomados de la mano.

Ahora André sabía orientarse cuando se alejaban de nuestro planeta. De nuevo lo veía como un disco y su irradiación no había cambiado nada aún. Aquella pequeña, débil luz seguía siendo lo único que tenía de valor espiritual.

—La Tierra Estival, André, es la esfera que está conectada con la tierra; se ubica entre la tercera y la cuarta esfera feliz. La Tierra Estival es la esfera donde puede estar el espíritu terrenal por la noche, habiéndose desdoblado, si se le concede como una gracia de Dios. En la Tierra Estival se encuentra entonces con los seres queridos que se le adelantaron y se carga de nuevas fuerzas para regresar después, más fuerte de espíritu, en su cuerpo material.

Iremos ahora directamente allí, porque quiero devolverte el sosiego y la calma de las que te privó la incineración. Pronto volverás a ser el André de siempre, ¿no es así, mi hijo querido?

—Oh, Alcar, ya estoy mucho mejor, ahora que estoy nuevamente con usted.

—Mira, allí asoman los primeros rayos de luz de la Tierra Estival. Es un país hermoso, André, una esfera inmaculada; sería difícil describirla.

La luz se fue haciendo cada vez más brillante.

—Hemos atravesado ahora tres esferas, aunque tampoco esta vez lo hayas notado.

Ante él, André vio un magnífico paisaje, con árboles, agua, aves de hermosos colores y flores —como nunca las había visto en la tierra— en tonos indecibles. El firmamento tenía un claro color malva y de vez en cuando resplandecía con un brillo amarillo dorado. No podía encontrar palabras para toda esta hermosura. Si quisiera compararla con algo, entonces más se le acercaría una temprana y resplandeciente mañana de verano, cuando el hom-

bre siente que la naturaleza le toca el corazón. Pero aunque fuera una de las mañanas más gloriosas que uno viviera jamás, incluso entonces sería tan solo una comparación muy defectuosa, pues la Luz sagrada de Dios y el radiante calor que reina en la Tierra Estival son indescriptibles.

—En la Tierra Estival reinan el amor, la armonía y la felicidad, hijo mío.

André vio muchos espíritus y de nuevo supo distinguir de inmediato lo terrenal de lo astral.

—Sentémonos aquí, André, y podremos observarlo todo.

Como lugar de descanso escogieron una de las muchas bancas, rodeadas de las flores más bellas de las esferas, que invitaban al cansado viajero terrenal a sentarse. Las aves cantaban su canción más elevada.

—Hay armonía en todo aquí; lo verás e intuirás. Ahora pon mucha atención. Te mostraré cómo me hago uno con el pajarito que está allí enfrente de ti.

Nunca había visto André en la tierra un pájaro con un brillo dorado parecido. Vio que Alcar se esforzaba para algo y cuando extendió la mano derecha, el pajarito fue de inmediato a posarse en ella.

—Mira qué tierno, André. Ahora está en mi poder y hará lo que yo quiera. Concentra tus pensamientos por un momento en los otros cuatro que están allí entre las flores azules.

André lo hizo, y como si los hubiera llamado, los animalitos se acercaron a él y se sentaron en la mano que les tendía. Pero uno de ellos no pudo apropiarse pronto del lugar deseado, porque había pensado en la palma de su mano y ahora querían posarse todos allí, lo que finalmente logró también el cuarto animalito.

André estaba encantado. Qué glorioso sería si pudiera lograr algo parecido con los pajaritos terrenales.

—Haremos pruebas con ellos, André, y verás cómo el hombre puede influenciar a los animales por concentración y fuerza de voluntad. Mezclando su irradiación con la del animal, puede lograr tenerlo en su poder y obligarlo a hacer lo que él quiera. Recuerda lo que te dije acerca de la televisión y la magia negra. Quédate ahora aquí, André, mantén a los pájaros en tu poder y concéntrate con fuerza; veremos entonces quién tiene la voluntad y la capacidad de concentración más fuertes.

Alcar se alejó de la banca y el pajarito que se le había acercado voló tras él de inmediato. A donde se dirigiera Alcar, lo seguía. Entonces los pájaros en la mano de André se inquietaron. Sentía que había algo que no podían resistir y de repente volaron los cuatro en la dirección de Alcar, que estaba a unos quince pasos de distancia. Este los recogió y luego caminó de regreso.

—A tu concentración de voluntad le falta fortalecerse mucho, hijo querido, porque tus pensamientos no pudieron retenerlos. ¿No notaste que se

inquietaron de inmediato?

—Sí, Alcar.

—Te distraje por medio de mi fuerte voluntad. Lo intentaremos otra vez más y luego los dejaremos en libertad.

André acarició a los animalitos en las hermosas plumas, lo que parecía agradecerles, pues levantaban la cabecita y torcían la espalda.

—Ahora retenlos muy fuertemente con tus pensamientos, André.

—De acuerdo, Alcar, haré lo que pueda.

De nuevo se alejó Alcar.

André se esforzó, pero llegó el momento en que los cuatro se habían ido otra vez, posándose en la mano de Alcar.

—Ya ves quién de los dos es el más fuerte en fuerza espiritual. Ahora te mostraré algo bonito; pon atención. Desprenderé de mi voluntad el pajarito que está en mi pulgar; puede entonces volar hacia donde quiera. A los otros tres los mantengo presos por ahora. Mira, ya está empezando a sentirse más libre. Al parecer, no pasa nada, y aun así, los otros animalitos siguen completamente en mi poder. ¿No es magnífico, André? Ahora, mis pensamientos lo sueltan por completo.

Apenas lo había dicho Alcar, salió volando el pajarito.

—Ahora estos dos, André. Dejaré que se debilite mi voluntad lentamente. Mira, ahora los dejo por completo libres.

Entonces también ellos salieron volando de inmediato.

—Ten, André, juega otro poco más con los últimos dos; retiraré mis pensamientos de ellos.

Ahora André se alejó unos metros de Alcar; concentró por completo sus pensamientos en los pájaros, dio una palmada y entonces los animalitos se le acercaron de inmediato.

—Maravilloso, André, es una prueba de que puedes lograr cosas con tus pensamientos.

Le fue una gran satisfacción haber llegado a este punto.

—Ahora intenta también alejarte un poco, llevándotelos contigo.

Para su gran alegría, también esta prueba se logró.

—Oh, Alcar, ¡si en la tierra pudiera poseer unos animalitos así!

—Ya vendrá, André, algún día lograrás lo mismo con pájaros terrenales. Pero no olvides que no todo animal obedece de inmediato a nuestra voluntad. Con algunos necesitarás más fuerza que con otros. Ahora déjalos que se vayan; tenemos otras cosas que hacer.

Entonces André pensó en otra cosa y los pájaros salieron volando.

—Por favor, mira ahora todos estos espíritus radiantes, hijo mío. ¿No parecen felices?

Allí iban un hombre con su mujer, un niño con su madre, dos hermanos

juntos; luego allá un niño con otros niñitos o un padre y madre con su hijo. Muchos de ellos caminaban tranquilamente de un lado a otro, mientras que otros buscaban la soledad para estar solos durante un rato.

—En la tierra es de noche ahora y hay muchos espíritus desdoblados aquí. Pronto llegará uno que conozco. Ya he visto a su mujer y su hijo.

—Qué felices viven aquí todos estos espíritus, Alcar.

—No le puedes decir bastante a la gente en la tierra lo bello y sagrado que es aquí. Y en las esferas elevadas, todo es aún más perfecto.

Un día pude ver la sexta esfera cuando estaban de fiesta allí. Porque había hecho algo bueno, mi maestro me pidió que lo fuera a ver allí y pude estar en ese lugar un rato. Me sucedió entonces exactamente lo que ahora a ti. Tantas cosas bellas y sagradas no se pueden describir con palabras, porque lo que se siente allí es imposible de representar. Son todos ángeles los que viven allí en un indescriptible esplendor de colores.

Más adelante, cuando hayamos avanzado tanto que puedas entender todo y vayamos a visitar la quinta o sexta esfera, podrás dar todavía muchas más cosas bellas y sagradas a la tierra.

Mira, allí viene el hombre al que me refería.

André vio a un hombre todavía joven frente a él, que caminaba al lado de una inteligencia un poco mayor.

—Este joven sigue viviendo en la tierra. En el parto de su hijita, perdió a su querida mujer, que se llevó también a la pequeña. Sientes el profundo pesar en el que quedó atrás, solitario.

Pero Dios es previsor en todo y le otorga Su gracia a los que aman de verdad.

Así se le concedió visitar de vez en cuando a su querida mujer e hijita en la Tierra Estival, porque de lo contrario, su sufrimiento sería insoportable. ¿No son prodigiosas las leyes de Dios, hijo mío, y no se puede entrever Su Dirección en todo?

—¿Se desdobla también conscientemente, Alcar, y recuerda esto?

—No, André, eso no, porque no es un médium directo, aunque, como en cualquier ser humano, estén latentes estas fuerzas dentro de él. En su caso, este desdoblamiento sucede de otra manera todavía, que te explicaré más adelante. Su hija querida sigue creciendo aquí y llegará el día en que se acercará a su padre, bella como un ángel.

El joven hombre abrazó a su mujer por un largo tiempo, lo que fue un espectáculo conmovedor para André, y también estrechó contra su pecho con amor a la pequeña, que tendría unos tres años. Al hombre y a la mujer se les llenaron los ojos de lágrimas de felicidad, y las dejaban correr libremente. La pequeña rodeó el cuello de su padre con los brazos y lo miró, como queriendo decir: “¿Por qué tardaste todo este tiempo?”.

—Este tipo de escenas se dan aquí continuamente pero no hay vergüenza por sentir felicidad. Estas dos personas serán una eternamente, cuando el corto tiempo que a él le resta pasar en la tierra haya pasado, porque le han suplicado a Dios bendecir su amor. Bajo cualquier circunstancia se mantendrá fiel a esta mujer y ella será su alma gemela hasta toda la Eternidad. ¡La felicidad eterna! ¿Sientes lo que significa? Eternamente juntos, unidos en Dios.

En las esferas elevadas tuve un día la oportunidad de presenciar una bendición nupcial espiritual, celebrada por el mismo Cristo. Y en cuanto llegue el momento en que también tu espíritu pueda procesarlo, te mostraré a ti también una bendición nupcial así. Oh, André, es algo tan sagrado, una felicidad tan grande que puede recibir el humano de nuestro lado. No se puede comparar con lo que en la tierra se entiende por eso. El amor espiritual es una sensación imponente, que arde en el alma del humano como un fuego sagrado. Pude intuirlo durante un momento, solo un momento. Entonces ya no pude aguantar más lo que llevaban por dentro aquellos dos que espiritualmente eran uno. De todos modos llegará el día en que nosotros también lo poseamos. El ser humano que haya sentido esta fuerza sagrada intentará siempre cumplir con todo como lo quiere Dios. Querrá desarrollarse, para poder recibir algún día el amor sagrado que Dios ha reservado para todos Sus hijos.

Hijo mío, hijo mío, es una fuerza formidable la que entonces lleva dentro el espíritu humano. Por su indecible felicidad puede entonces mover montañas y parece como si todo estuviera a su favor, todo le hablara, fuera uno con él; como si soñara, como si esta sensación divina lo llevara cargando hacia esferas más elevadas. Entonces tiene un deseo anhelante por agradecer a Dios por esta gran gracia y ningún sacrificio le sería demasiado pesado.

En la tierra sería imposible poder procesar esta sensación. Solo puede hacerlo el hombre astral, porque la materia no podría soportar esta felicidad. El hombre material no está sintonizado con esta sensación.

¿Cómo se piensa en la tierra sobre al amor matrimonial? Casi nunca se entiende allí esta sensación inmaculada, porque el ser humano se ha materializado demasiado y por lo general, su amor no tiene nada que ver con el amor elevado, porque no es nada más que estar juntos en lo material. Se está unido entonces materialmente, pero en lo espiritual hay una distancia de millas. Se ve muchas veces. Muchas vidas fueron destruidas porque se pensaba amar, mientras que ese amor no era otra cosa que egoísmo o pasión. No se hace nada para desarrollar el amor elevado y el hombre seguirá viviendo por muchos, muchos años sin siquiera conocer a la otra persona que vivió a su lado durante todos estos años, porque no intentó sondear ni llegar a conocer su estado de alma, sentimientos ni fuerza espiritual. Así, muchas veces dos personas que se juntaron porque pensaban de verdad que se amaban, nunca

llegaron a conocer el amor verdadero. Solo cuando dos almas se acercan entre ellas inclinándose con humildad, nacerá, además de la pasión humana, también el amor inmaculado, que Dios pone en el corazón del hombre solo una vez.

El ser humano que sienta este amor elevado por otro y no recibe nada a cambio, este ser humano infeliz tiene un alma que llora porque no se le entiende. Siente el amor por el que le rezó tan fervorosamente a Dios y cuando no es correspondido, nace una pena tan intensa, tan terrible, tan conmovedoramente profunda, que nadie más que Dios puede sonarla. ¡Ay del ser humano que no entienda este amor! Se burla de la creación más grande de Dios, lo más elevado y lo más sagrado por encima de todo lo que Él haya creado.

Cuando en la tierra se encuentran dos seres que han sido dotados con este fuego sagrado, todo a su alrededor brillará, porque no caben en sí de felicidad y no quieren darse más que amor inmaculado.

Por lo general, el amor terrenal no es más que amistad. Lo que se siente en las esferas es amor que se funde hasta formar uno solo: un sentir, una vida, un entendimiento. Este amor es eterno, y las almas fueron unidas por Dios. En la tierra, por lo general es muy diferente. Allí, las personas van por la vida como hombre y mujer, pero no consideran esa vida como un camino que lleva a Dios, sino como un camino de placeres terrenales. Un camino que se recorre, pues, como cualquier otro. Pero olvidan que cualquier otro camino es para todos, mientras que el que deben recorrer juntos va destinado solo a ellos. Tienen que recorrerlo juntos en amor, entonces será fácil para ambos. Pueden apoyarse y ayudarse mutuamente. Es el camino que les muestran los ángeles, porque los protegen los ángeles de Dios al querer vivir en amor. Es el camino que les enseña Dios mismo.

Pero son muchísimos los que no ven ese camino, y otros intereses, tendencias y costumbres hacen que se separen y se desvíen. A veces se encuentran de nuevo, e intentan entonces volver a subir el estrecho sendero que debe llevarlos de vuelta a ese difícil camino elevado. Pero pronto se vuelven a desviar, porque les falta la firme y sincera voluntad de mostrarse el camino el uno al otro con la ayuda de Dios.

Así entonces dejan pasar la vida muchas personas, lado a lado sin entenderse y sin amor, como caballos en una yunta de los que el más fuerte tira del otro para ponerlo en el camino que él quiere andar, hasta que el primero finalmente se opone con fuerza, rompiendo el arreo del que ha dado tirones desde hace tanto tiempo, emprendiendo su propio camino, libre al fin.

No intentes nunca guiar una yunta así, André, porque solo su propia voluntad puede mantenerla en el buen camino. Oh, ser humano, deberías preguntarte con toda tu razón humana si tu camino lleva al Trono de Dios, o si tienes que decirte a ti mismo que no es el camino que Él te ha enseñado. Y

si están unidos en amor puro, entonces quiera Dios, quien puso ese amor en sus corazones, juntando sus manos con Su bendición, que no dejen voluntariamente el camino que Él les ha enseñado, porque una vez que hayan llegado de nuestro lado, el sendero celestial será aún mucho más bello que el terrenal, y los llevará a su hogar Celestial.

Ámense con amor sagrado e inmaculado. Apóyense y consuélense, confíen en el otro y sigan el camino que está salpicado con las flores de su amor. Esa es la voluntad de Dios y los espíritus darán gritos de alegría cuando vean llegar a la Tierra Estival a una feliz pareja de humanos así, tomados de la mano.

Ahora vuelve a fijarte en el feliz trío al que se le ha concedido juntarse aquí, André.

El padre del joven hombre se retiró entretanto y más adelante lo llevará de vuelta a la tierra, a su cuerpo material. Esperaremos ese momento desde una pequeña distancia, para luego seguirlos y ver cómo llegará en la tierra.

Las personas como él, que quedaron atrás allí en profundo dolor, reciben de Dios la gran gracia de seguir cerca de sus seres queridos de esta manera, manteniendo el contacto interno con ellos, aunque no sean conscientes. Sin embargo, sigue siendo su posesión espiritual.

Así hay tantas cosas más que el ser humano lleva dentro, aunque inconscientemente. Los parapsicólogos en la tierra investigan y examinan estas fuerzas y estos fenómenos meticulosamente.

Muchos espiritistas opinan que todo descansa en la incidencia de espíritus, pero hay muchas cosas que tienen una causa más profunda, como la gracia divina y la convivencia en la Tierra Estival.

Aquí, cualquiera puede ser feliz; los que gustan de la montaña y aquellos que aman las grandiosas planicies. Ya ves qué país tan glorioso es. Más adelante, miraremos las moradas celestiales por dentro.

—Oh, Alcar, ¡si eso fuera posible! ¡Cuánto me gustaría ver algún día su casa!

Alcar sonrió.

—No solo te enseñaré mi casa, sino todo lo que poseo. Pero ten un poco más de paciencia; faltan tantas cosas por ver, hijo mío. Examinaremos todo poco a poco, así podré seguir desarrollándote espiritualmente.

En las esferas, la belleza de nuestra casa está completamente en armonía con nuestro ser interior. Cuanto más alto el nivel de este, tanto más elevada será la belleza de nuestro entorno.

No puedes formarte una idea de eso y te aconsejo no reflexionar al respecto, porque ninguna imagen se acerca a la realidad.

Según las leyes divinas, uno cosecha lo que se siembra. Tampoco eso podrás señalárselo lo suficiente a tus semejantes. Y al hacerlo, siempre diles encarecidamente que el estado o la posición social no tienen nada que ver

con todo esto.

Uno puede nacer en una choza entre el brezo y aun así, ya en la tierra, asegurarse de construir en las esferas una gran propiedad.

—Aquí parece un paisaje alpino, Alcar, pero no hace frío.

—El frío lo sentirás en las esferas oscuras, que visitaremos más adelante. Allí también hay unas espesas tinieblas.

—Aquí todo me parece sagrado, Alcar. Me gustaría quedarme aquí.

—Ya lo creo, hijo mío. Eso también vendrá más adelante. Aquí, la naturaleza canta su canción y todo respira sosiego y paz. Aquí se siente lo mucho que Dios ama al ser humano y lo infinitamente bueno que es para él. Aquí, el ser humano es uno solo con Él en Su Jardín de la Vida. ¿Acaso exagero, hijo mío? ¿No es este un jardín de la vida? Te di una pequeña representación de lo que es: la parte con todas esas flores en su eterno esplendor. El ser humano que llega aquí después de una vida provechosa y entra a este santuario será indeciblemente feliz.

—Los espíritus van a rezar, Alcar.

—Sí, sienten la necesidad de agradecer a Dios esta gran gracia.

—Oh, Alcar, si la gente en la tierra pudiera ver esto, entonces sí que empezarían a vivir como Dios lo quiere.

—Sin duda alguna, hijo mío, pero tienen que llegar a ese punto sin haber visto todo esto, porque en cada persona está presente la chispa divina, que le permite intuir la diferencia entre el bien y el mal.

Recemos ahora también nosotros, hijo mío; tendrás esa necesidad también, ¿no es así?

—Sí, Alcar.

—Ven entonces aquí, junto a las hermosas flores que llevan la vida de Dios en ellas.

Mira qué color malva tan glorioso tiene esta flor. Está como en una emanación.

Alcar tomó la flor entre las manos y se arrodilló. André estaba arrodillado frente a él y lo miraba. Sentía en este momento sagrado que su líder espiritual estaba en un nivel incluso más elevado que el que le mostraba y que le daba y enseñaba tanto en gran sencillez.

—Escucha, André, e intenta entenderme.

Con la cabeza inclinada, Alcar dirigió ahora su mirada hacia la bella flor y dijo:

†

—Es una flor espiritual, que crece y florece solo por Dios. Vive en todo y siente en todo a su Dios, porque quiere ser una sola con Dios, para vivir rodeada de todo lo que es Dios. Rodeada por el amor de Dios vivirá, flore-

cerá, será bella, para bordear infinitas lejanías, para penetrar profundidades interminables por medio de la voluntad de Dios, que consagra. Porque en todo siente el gran Omnipoder de Dios, conserva este color y este esplendor para siempre. Es como los viejos; rejuvenecida como los jóvenes se eleva en esta sabiduría en su trayectoria vital. Pero si se la quiere destruir, entonces lo verá, sabrá defenderse y vencer porque da amor y es una con Dios.

Flor de la tumba, átomo vivo de las esferas, que Dios proteja tu esplendor, tu color y tus sentimientos interiores; entonces habrá rayos resplandecientes que iluminarán tu vida con resplandor celestial. Y por la Luz del Creador el ser humano intentará conocer tu luz; en particular: tus sentimientos hacia Dios. Vive, flor mía, vive. Deposita tu aroma, tu color y tu fuerza sobre vientos espirituales y guía y fortalece al ser humano con tu sabiduría. Dales a muchos de tu luz, de tu fuerza y también del resplandor que llevas dentro, para que el ser humano pueda también ser sintonizado con todo. Da de tus posesiones a los pobres que vienen a verte y que, desgraciadamente, tienen que volver a la tierra. Dales tu amor y tu dulce aroma, que les darán fuerza, y mezcla tu luz con la suya.

Oh, ayuda al ser humano en su doloroso sufrimiento, porque está perdido entre las rocas que se caen. Llega a ti zigzagueando, buscando curación y fuerza. No permitas que llame en vano, porque sufre por su entorno y solo la fuerza, la espiritualidad de la persona, podrá ayudarlo. Oh, dale ese apoyo. Tú resistes y conoces, tú posees y sientes la fuerza sagrada de Dios en todo. Que nos dé fuerza a todos. Amén.

Alcar soltó la flor y André vio que tenía lágrimas en los ojos.

—Recé por ti también, hijo mío.

André sintió a su alrededor que se había hecho un silencio aún más profundo y que le había entrado una gran fuerza. Esta oración lo había fortalecido. Reflexionó profundamente. El ser humano podía ser uno con todo. El ser humano sufría por su entorno, nuevamente por su ignorancia. “Viene a ti zigzagueando”. Sentía lo que Alcar quería decir con eso. La gente tiene que caerse y volver a levantarse en la vida terrenal. Hay que ascender pasando pena y dolor, o mediante la espiritualidad de la persona. Esta tenía que ser la fuerza espiritual en el ser humano.

Estos pensamientos le pasaron por la cabeza como en un fogonazo. El ser humano podía ser uno con todo y entonces no tendría que sufrir tanto.

—Así es, André. El ser humano puede ser uno con todo si tan solo lo quiere, permitiendo que prevalezcan sus sentimientos divinos. Con solo vivir como debe hacerlo, con ser uno con Dios en todo.

—Volvió a captar mis pensamientos, Alcar.

—Lo hice, hijo mío.

Esta flor espiritual me siente; recé a través de ella. Ella también lleva y posee la vida que Dios ha puesto en todo. Podemos sintonizarnos con eso. Ser uno con esa vida. ¿Sientes lo que quiero decir? Sería buena idea reflexionarlo con cuidado cuando hayas vuelto a la tierra.

Ven, volvamos ahora al lugar en el que estábamos hace un rato; te tengo otra sorpresa. Mira, allí viene alguien a quien conoces.

André miró la figura que Alcar le indicó:

—¡Tía, tía! —gritó, echándole los brazos al cuello y abrazándola entrañablemente—. Oh, tía, ¡qué sorpresa, qué felicidad! ¿Por qué no me lo dijo antes, Alcar?

—Te lo dije en nuestro viaje anterior, André, pero se te olvidó. Ahora quédate con tu tía; al rato vengo por ti, pues mientras tengo otra cosa que hacer.

Instantes después, Alcar había desaparecido.

André no pudo pronunciar palabra; esta felicidad le llegó de manera demasiado inesperada y lo abrumaba. Qué bueno era Alcar, sin duda alguna. No le daba más que amor. Iría hasta el fin del mundo por él. Alcar nunca pensaba en sí mismo, sino siempre en los demás. Nunca se ponía en primer plano, siempre se daba a conocer por amor y hacía todo por los demás.

—Mírame, por favor, hijo mío.

—Oh, tía, perdóneme, estaba pensando en mi querido líder espiritual; es tan bueno conmigo.

—Ya ves, André: ya no soy vieja ni fea.

—No, tía, es bella.

André lloró de emoción. Aquí ante él estaba la querida hermana de su madre, que había visto partir de la tierra. Vivía, era bella, joven y feliz, y estaba rodeada de todo lo que es inmaculado y encantador.

—Vamos, tía, cuénteme algunas cosas. Tengo tanta curiosidad y no sé qué preguntarle primero, por dónde empezar. Todo es tan inesperado, tan grandioso, tan imponente. Vive, es feliz, es bella y joven. Más bella incluso que cuando la vi dejando su cuerpo.

André le contó todo lo que había observado cuando ella partió de la tierra.

—Todo es como lo has visto; todo es verdad. Mis padres, mi hermana y mi hermano fueron a buscarme. Estoy con mis padres en la cuarta esfera. Mi hermana y hermano ya están en una esfera más elevada. Llegaron allí como ángeles desde la tierra.

—¿Cómo supo que mi líder espiritual y yo estamos aquí?

—Es muy sencillo, André. Tu líder espiritual me mandó sus pensamientos, que ahora ya sé captar. También lo percibí y te vi desde mi casa. Allí tengo un instrumento con el que puedo observar todo lo que quiero ver y en él te vi venir con tu líder espiritual. Sabía con mucha antelación que volveríamos a vernos. Oh, hijo mío, hay tanto que te quiero contar, pero esta vez nuestro

encuentro solo será breve. Volverás más adelante, mientras que aún vivas en la tierra, y entonces te mostraré todo lo que poseo. Diles a tus padres que vivo y que soy feliz, que tengo una casa propia, que construí ya durante mi vida terrenal. Oh, André, ¡esos primeros instantes tras despertar en las esferas! Cuando desperté y vi todo eso tan bello, cuando todo me sonrió y supe que no había vivido mi vida en la tierra en vano, entonces me arrodillé para agradecer a Dios. Ya he visto y aprendido muchas cosas. También se me dio trabajo; se me encomendó una bella tarea, que tenía tantas ganas de hacer ya en la tierra, pero para la que nunca tuve la oportunidad.

—¿Qué trabajo es, tía?

—Cuido a niños espirituales, André, educándolos con amor; esa es mi tarea.

—Oh, ¡qué hermoso! Les contaré todo a mis padres. Sobre todo que la vida después de la muerte puede ser tan bella y que usted es joven y feliz.

—Hazlo, y no olvides darles también mi bendición.

¿Sabes quién es tu líder espiritual, André?

—No, tía, no lo sé aún, pero sí sé que posee un gran amor y ama a todas las personas.

—Lo has sentido bien; estás bajo una buena dirección. El que siempre está a tu lado y te educa espiritualmente es un espíritu del amor al que se le venera aquí en todas partes. Sé fuerte y sigue persistiendo en lo bueno. Eso te dará felicidad espiritual.

Qué tesoros puede poseer el ser humano que se hace uno con toda esta belleza, con la vida eterna. Son posesiones eternas, sagradas y verdaderas. Oh, soy tan feliz. Aquí me puedo entregar como soy interiormente; aquí se me entiende. Aquí reina el amor, aquí todo es uno y todos son felices.

—¿Cuando despertó, supo dónde estaba?

—Sí, desperté en mi propia casa, André. Esos primeros instantes después de mi nacimiento en el más allá quedarán grabados en mi alma eternamente. No se pueden describir con palabras. Cuando desperté y vi todo eso bello a mi alrededor y todas esas flores, en miles de colores, cuando en todo vi y sentí la vida eterna, no hacía más que llorar, llorar todo el tiempo, de felicidad, porque sentía que eran mis propias posesiones a las que me habían llevado desde la tierra. Y le agradecí y supliqué a Dios que diera a todos los espíritus esta gran felicidad. Después me embargó una gran compasión por todos los que tenían que quedarse atrás en la tierra.

Alégrate, André, alégrate cuando hace la transición una persona que en la tierra haya amado a Dios. Mírame y siente lo feliz que soy, ahora que he depuesto mi vestidura material. Así que alégrate cuando alguien así hace la transición y no estés afligido, porque estamos mil veces mejor que los que están tristes por nosotros. Que se considere nuestra partida como un viaje a

un lugar elevado; que se intente estar preparado para luego también aceptar este viaje a la tierra eterna; y que se asegure que lo reciban allí espíritus felices entre vivas.

Cuéntales a todos lo sagrado que es todo aquí, André.

—Se lo prometo, tía.

—Mira, allí viene tu líder espiritual, ahora te tienes que ir. Nuestro encuentro fue solo breve. Mantente fuerte, André. Siempre volverás aquí. Cada vez de nuevo, para que puedas dar muchísimo a la tierra.

Sabrás que eres un chico excepcionalmente dotado, ¿no?

—Sí, tía, lo sé y nunca abusaré de mis dones.

—Y más adelante, André, cuando a Dios le plazca romper también tu cordón vital, entonces vendrás aquí y estaremos eternamente juntos. ¿No es así, hermano Alcar?

—Tía, ¿conoce a Alcar?

—¿Quién *no* lo conocería, André! Donde haga falta amor, allí se le encuentra.

André miró a Alcar con humilde admiración, sintiéndose tan insignificante frente a estos dos espíritus. En el breve tiempo que llevaba en las esferas, su tía ya había llegado a saber mucho más que él. ¿De dónde sacaba esa sabiduría? ¿Cómo podía saber todo esto tan pronto?

Alcar le volvió a leer los pensamientos, y le preguntó:

—¿Le parece tan extraño a mi hijo que un espíritu que esté en la luz sepa? Tu tía pasó por la puerta, hijo mío.

André comprendió.

Su tía lo abrazó y besó. Y ambos agradecieron a Dios este reencuentro.

—Y ahora: hasta pronto, André.

Quiso decir algo más, pero su tía ya se había ido.

—Me habría gustado tanto preguntarle algo más, Alcar.

—En las regiones elevadas, se actúa inmediatamente. Esto tiene que ver con el orden y la armonía. Así que allí no se pierde el tiempo después de tomar una decisión. Pero ven, el joven al que queremos seguir ya va de camino a la tierra.

André miró por última vez todo lo que se podía contemplar en la Tierra Estival.

—Cuánto me gustaría volver a ser uno con los pajaritos durante un momento más, Alcar. ¿Ya no tenemos tiempo para eso?

—No, hijo mío, más adelante. Ahora ya no debemos perder tiempo.

—Pero me es tan difícil despedirme de esta gloria, Alcar; me resulta casi imposible.

—Entonces te daré la fuerza necesaria a través de mi voluntad. ¿Estás mejor ahora?

Cuando el espíritu temporalmente desdoblado viene aquí y ve y siente lo eterno, la separación siempre le vuelve a resultar difícil. Por favor no te sientas triste. Más adelante visitaremos las regiones elevadas regularmente y contemplarás todavía más cosas que las que has visto hasta ahora. Te prometo que esto pasará pronto.

—Alcar, no quiero ser malagradecido, pero me es más difícil separarme de la Tierra Estival que de todo lo demás que me ha enseñado. Aquí todo me atrapa, aquí todo vive, aquí todo significa gloria. ¡Esto es lo que tiene que seguir anhelando el ser humano!

Dejaron la Tierra Estival y poco a poco su luz empezó a palidecer para ellos. Ambos estaban completamente ensimismados, y callados fueron planeando hacia la tierra.

André pensaba en todo lo que había podido contemplar: en los pájaros, las flores, la naturaleza, el valle, las montañas, las casas, su tía. Se sentía aturdido y no lograba despegarse de ello.

—¿Tan difícil te resulta irte de aquí, André?

Estas tiernas palabras de su líder espiritual le hicieron bien y le brotaron las lágrimas. Le tomó la mano a Alcar, apretándola con amor.

—Sí, Alcar, me resulta muy difícil. A cambio de todo esto, a cambio de esta gran felicidad, quiero privarme de todos los tesoros de la tierra, aunque fuera una corona.

—Ya lo creo, André. Los tesoros terrenales no se pueden comparar con los celestiales.

—Me encantaría morir, Alcar, me encantaría, ahora que he estado en la Tierra Estival. Lo digo honestamente, y desde lo más hondo de mi corazón declaro: para esto quiero morir, Alcar, así de joven como estoy. Me habría encantado quedarme allí, aunque siento que todavía no se me concede. Pero daré tanto amor como pueda a la gente en la tierra, para que se me conceda vivir más adelante en esta esfera sagrada. Trabajaré para eso, Alcar.

—Y sin embargo hay muchos miles de personas que se empecinan en la vida terrenal, que se aferran a los últimos cordoncitos vitales, todo para no morir, y que los sujetan con desesperación porque tienen miedo de partir.

Nada de lo que se posea en la tierra, ni aunque fueran continentes enteros, puede compararse con lo bello que poseen todos los espíritus que viven en la Tierra Estival, o en otras esferas felices.

Guarda todo lo que has visto ahora en tu interior. Eso te dará fuerza para la vida diaria. Haz tu trabajo, con amor por Dios y tus prójimos; entonces verás el valor y la utilidad de todo, y sabrás cómo tienes que cumplir la vida en la tierra. Mantente por encima de todo lo que es material, porque después de tu transición sabes lo que te espera.

Toda la felicidad que la tierra te pueda ofrecer es incomparable con lo que

has vivido en este breve lapso de tiempo. Estos instantes son tan inmensamente más valiosos, hijo mío.

El ser humano terrenal no quiere formarse una imagen de sí mismo, y de todos modos tendrá que suceder. Solo entonces empezará a trabajar en su nivel espiritual. Queremos ayudarlo a hacerlo. Para eso vamos a la tierra. Queremos abrirle el alma, para que intuya esto por sí solo. Pero nos sigue rechazando, aunque lleguemos a él llenos de amor, y no quiere escucharnos. Y aun así vivimos para él y sentimos sus preocupaciones, su pena y su dolor. Pero no entiende que estamos a su alrededor, que queremos apoyarlo y ayudarlo en todo.

Te contaré algo que tiene que ver con eso.

En los tiempos en que iba a la tierra regularmente para investigar cómo actúa el ser humano en su ignorancia, me fijé en una familia, que consistía en una pareja y dos chicos. El padre era dueño de un negocio y trabajaba día y noche para su familia. Pero cuando sus hijos hubieron cumplido nueve y siete años, de repente hizo la transición.

El negocio apenas estaba despegando, y fue un enorme golpe para la pobre madre cuando su marido partió tan de repente. Fue un tiempo terrible para ella. Aun así siguió trabajando con todas sus fuerzas en lo que habían construido juntos. Así pasaron algunos años; los chicos crecieron sin complicaciones y llegaron a la edad de dieciséis y catorce años. El negocio florecía; incluso lo había ampliado.

En ese tiempo, la madre dijo a sus hijos: “¡Si tan solo papá hubiera podido vivir esto!”.

No era consciente de que su marido, que los amaba tanto a todos, incidía en ellos y que el negocio había prosperado tanto gracias a su influencia.

Siempre estaba en contacto directo con el mayor de los chicos, sin que nadie de ellos lo supiera. Así que todo sucedía a través de su voluntad. Así, el padre ayudaba a los suyos, apoyándolos desde el Reino de los Espíritus. En silencio los rodeaba de su gran amor, y cuando haya llegado el momento oportuno, recibirá la retribución por ello. Por eso quisiera decirle a la humanidad entera: busquen contacto con los que se les hayan adelantado; viven detrás del velo y siempre seguirán amándolos y apoyándolos.

Ahora vamos a visitar al joven, André.

—¿Cómo lo encontraremos, Alcar?

—Es muy sencillo. La fuerza de nuestros pensamientos nos lleva al lugar en el que se encuentre, del que hemos claramente absorbido la imagen. Solo tenemos que encargarnos de retener muy bien esa imagen. ¿Sientes lo que quiero decir?

—Sí, Alcar, le entiendo.

Se estaban acercando cada vez más a la tierra y pronto llegaron a su esfera.

—Ahora me tengo que concentrar más, hijo mío, porque no es tan fácil atravesar la irradiación de la tierra, pues es más basta que la de las regiones elevadas.

Una vez en la tierra, volvieron a atravesar muchas casas, sin encontrar obstáculo alguno.

—Mira, hijo mío, allí está.

André se percató de que de nuevo se encontraba en un dormitorio y que el hombre que había visto en la Tierra Estival estaba plácidamente dormido. No se le notaba que su espíritu hubiera dejado el cuerpo por la noche.

Al lado de la cama estaba la inteligencia que lo había llevado a la Tierra Estival, haciendo movimientos de roce magnético encima de él. Este espíritu los vio de inmediato cuando entraron y los saludó amablemente.

Cuando hubo terminado el tratamiento, Alcar habló con él, y el espíritu desapareció.

—Regresa enseguida, André. Es el protector del hijo que tiene.

Cuando anoche este se durmió de tristeza y cansancio, su padre lo trajo y lo llevó con su mujer e hija, algo que ya pudo pasar varias veces, porque las ama tan intensamente. Cuando despierte al rato, recordará todavía mucho de todo esto, aunque creará haber soñado y le parecerá extraño haber visto a su mujer e hija, rodeadas de bellas flores.

Pero no todos los sueños son fantasías, como puedes ver.

Cuando el ser humano sabe esto y por la mañana está repleto de pensamientos de aquellos que ha perdido, su profundo dolor se aliviará sensiblemente y puede estar seguro de que por la noche estuvo en las esferas. El dolor de su alma se convertirá entonces en un silencioso deseo.

Lo que su espíritu haya vivido de manera consciente en el más allá, siempre lo llevará consigo después de su regreso a la tierra, y entonces quedará libre de mucho sufrimiento por la felicidad sobreterrenal que se le haya regalado, aunque, en la mayoría de los casos, no sea consciente de ello. Por eso, no aceptará fácilmente esta sagrada verdad. Para el ser humano material es difícil imaginarse situaciones espirituales. ¿Entiendes lo que quiero decir, André? Si concentrara sus pensamientos en las cosas que lo ocupan por la mañana, y que por lo tanto lo penetran conscientemente, que ascienden desde el acervo de su subconsciente, entonces recordará muchas cosas y tomará conciencia del subconsciente. Entonces se volverá más sensitivo y empezará a vivir de otra manera que el ser humano de materia basta. Entonces avanzará espiritualmente.

¿Puedes seguirme, André?

—Sí, Alcar, me parece precioso y sin embargo sencillo.

—Todas las verdades espirituales brotan de la fuente de la sencillez, hijo mío. Todo lo que Dios creó se caracteriza por la sencillez. Todo es sencillo

cuando se mira por ojos espirituales. Pero el ser humano hace, ve y compara todo de manera material y la materia lo obstaculizará.

Pero en su fuero interno está la sagrada chispa de Dios, que nadie puede quitarle, por la que está sintonizado con Dios y por la que debe comprobar, calar e intuir todo.

Es cuando avanzará poco a poco en su desarrollo y sentirá qué fuerza tan gloriosa puede poseer. Es cuando llegará a manifestarse la sensación que está sintonizada con el acervo de su subconsciente y que por decirlo así hace que surja este. Es cuando, por su sintonización espiritual, intuirá todo de manera consciente, en todas sus formas existenciales. Tienes que tratar de entenderme, hijo mío, porque es muy difícil para ti hacerte uno con lo que quiero decir. Quiero mostrarte lo profundo que suele estar enterrada esta verdad en el alma humana y lo fácil que se puede perder todo lo que el ser humano haya recibido, por desdoblamiento, en la noche. Incluso el ser humano sensitivo tiene gran dificultad para retener en la mañana lo que en la noche haya pasado con su espíritu.

La sintonización espiritual está oculta muy profundamente en el alma humana, pero llegará el día en que esta sensación emergerá, se desarrollará y poseerá gran fuerza. Entonces, el hombre resplandecerá, dará amor y seguirá los mandamientos de Dios. Entonces ya no tendrá que pugnar contra el mal.

¿Entiendes lo difícil que es hacer que se manifieste esta sensación, que es dominada por intuiciones materiales?

Es un problema del que se ocupa también la ciencia y al que sin embargo solo se puede acercar uno por la intuición espiritual y la sintonización con lo divino. Por eso la gente empezará a caminar por el camino correcto, que lleva a la verdad.

Esto es lo que necesitan las personas para poder intuir las cosas invisibles.

¿Te queda claro, hijo mío?

—Sí, Alcar, le entiendo perfectamente.

—Maravilloso; entonces intenta procesar todo interiormente.

Aquí estamos lejos de tu casa, André. Pero en unos cuantos segundos podrás estar de vuelta en tu cuerpo y haber despertado. Podemos desplazarnos, intervenir y hacer trabajo a la velocidad de nuestros pensamientos. Cuando queremos, podemos también penetrar en la tierra para llegar a tu cuerpo, atravesarla, porque eso tampoco nos significa una barrera. Entonces podríamos ver lo que vive y el empuje que hay en el interior de la tierra.

Quedan tantas, tantísimas cosas que tienen que interesarle al ser humano, que pueden hacerlo avanzar si alza la mirada hacia Dios, que gobierna todo y lo ha creado todo. Y cuando hay personas que anhelan esta sabiduría y quisieran enriquecerse espiritualmente con ella, ¿permitiría Dios entonces que la anhelaran en vano? No, hijo mío, mil veces no.

En Su indecible amor por todos Sus hijos, nos ha permitido a nosotros, espíritus descorporizados, ayudar al ser humano en todo lo que le elevará a él y a nosotros espiritualmente.

Queremos llevar al ser humano a esos parajes, donde reinan la felicidad, la armonía y el amor hasta en toda la Eternidad. Queremos hacerlo uno con todo lo que Dios ha creado. Entonces avanzará también la tierra, y su luz será más brillante y más bella de color.

Mira, hijo mío, ahora, sin percatarnos, hemos vuelto a llegar al lugar en el que descansa tu cuerpo material.

André estaba de nuevo en su habitación; eran las seis de la mañana.

—Ahora la vida te volverá a ser más fácil de sobrellevar, porque todo lo que se te ha concedido contemplar esta noche en la Tierra Estival se quedará contigo, fortaleciéndote. Ahora nos despedimos, hijo mío; tendremos que separarnos, aunque sea brevemente.

Alcar lo volvió a liberar de su fuerte voluntad, retirando su fluido de él.

Pero antes de que André volviera a su envoltura material, agradecieron a Dios todo lo que se les había concedido recibir durante este viaje.

—Ahora tienes que ser fuerte, hijo, tienes que saber cargarlo todo.

Siempre eran para él los momentos más pesados cuando tenía que despedirse de su querido líder espiritual, que se había convertido en su hermano y su amigo más fiel.

—Me esforzaré, Alcar, me esforzaré al máximo, como usted lo quiere de mí.

Sintió que subió y que luego bajó. Después despertó de golpe, recordando de inmediato el glorioso viaje, en compañía de Alcar, a la Tierra Estival.

Luego contó a sus padres lo que se le había concedido vivir durante la noche, y se alegraron de la felicidad de su hijo, agradecidos de que su querida hermana pudiera vivir en una esfera tan elevada e inmaculada.

André volvió a regresar a la vida terrenal, enriquecido con sabiduría nueva, con nuevas impresiones de la vida después de la muerte material.

El viaje le había hecho bien. Todas las preocupaciones, toda la tristeza y todo lo que lo oprimía lo había abandonado de golpe, se le habían quitado por la influencia bendita de la Tierra Estival. Podía trabajar de nuevo y estaba dispuesto a cumplir con lo más pesado que encontrara en su camino. Y en lo más profundo de su corazón agradeció a Dios en sencillez y humildad todo lo que se le había concedido recibir a través de Alcar, su líder espiritual y maestro.

Siempre cuidará de seguir siendo un instrumento que solo esté abierto a lo elevado.

Mantiene la mirada alzada, centrada en Dios, y reza por ayuda y apoyo para cada ser humano.

Alcar, su líder espiritual, un espíritu del amor, te dice en voz alta a través de él:

—¡Sus muertos viven!

Viven a nuestro lado, en la tierra del amor eterno y la paz eterna.

No los detengas en su evolución hacia las esferas elevadas, porque estas son inalcanzables si quienes quedaron atrás siempre los vuelven a atraer a la tierra por no dejar nunca de lamentar su pérdida.

Por eso tienes que pensar en ellos como en seres queridos que, aunque los hayas perdido, volverás a ver más adelante.

Fin (parte 1)

Parte 2

Prefacio (a la parte 2)

Estimado lector, estimada lectora:

Muchos lectores de ‘Una mirada en el más allá’ me pidieron que hablara un poco más de Alcar y André, porque están muy agradecidos por todas las pruebas de que hay una pervivencia después de la muerte material que les ha ofrecido Alcar, y que los han convencido de manera contundente de que algún día volverán a ver a sus seres queridos que ya partieron.

Me es muy grato cumplir esta solicitud, porque Alcar sigue ayudando a André en todo lo que pueda poner a la humanidad en el camino espiritual del Espiritualismo, que la llevará a la “Casa paterna con las muchas viviendas”.

Seguirá guiándolo siempre y le dará a luchar la lucha que le hace falta para poder ser un instrumento bien dispuesto para las inteligencias elevadas, pues no hay cosa que más quieran Alcar y los suyos, espíritus del amor todos ellos, que ver en esta tierra toda la pena y el dolor convertidos en gran felicidad.

André siente lo sagrada que es la tarea que se le ha puesto en los hombros. Quiere seguir dedicándose a ella en amor pleno y espera poder recibir siempre apoyo espiritual, para ser digno del contacto con el mundo de los espíritus elevados. Entiende que cuando llegue su momento de hacer la transición quedará manifiesto al llegar a las esferas si ha dedicado sus dones completamente en beneficio de la humanidad, o no.

¡Que Dios le dé la fuerza para ello!

El amor es vida.

El amor es lo más sagrado, por encima de todo lo demás.

El amor es la felicidad eterna en la vida después de la muerte material.

La Haya, diciembre de 1935

J. R.

Anhelo de Dios

*Uno e indivisible, grandioso es Dios
En Él descansa la suerte de todos nosotros.
En Amor está alrededor nuestro.
Quien no lo conoce sí que está solo.
Grande es la Luz que de Él irradia
Y hacia la gente baja;
Hacia todos, incluso la más pequeña moza.
Mantengan encendida esa Luz gloriosa.
Y si se convierte en llama de su vida,
No habrá temor cuando esta termina.
Entonces Dios contento y con gran deseo recibirá
Su espíritu en el más allá.
Hermanos que lean esto, vivan todos
Para ser con el Espíritu de Dios unidos.*

Desmaterialización

En la primera parte de esta obra se pudo leer cómo Alcar, el Líder espiritual de André, fue desarrollando poco a poco los dones mediúmnicos de este. André deseaba desde hacía mucho tiempo que se le concediera organizar sesiones de espiritismo a oscuras. Sin embargo, tenía que tener paciencia y primero estar mejor informado sobre las ciencias ocultas.

Así que esperó con calma hasta que hubiera llegado el momento en que Alcar lo avisaría. Y cuando después de algún tiempo recibió el permiso de empezar con las sesiones a oscuras y de ver por su propia fuerza cómo se presentaban fenómenos importantes, estaba colmado de alegría.

Desde hacía bastante tiempo sabía que, estando presente un médium de voz directa, los espíritus pueden hablar a través de un megáfono —un tipo de trompeta— que les amplía la voz, y que a veces este gran acontecimiento puede tener lugar incluso sin este instrumento, cuando las fuerzas mediúnicas presentes tienen suficiente fuerza para ello.

Alcar le comunicó que en él estaban presentes las fuerzas para voz directa, materialización y desmaterialización. Aun así había que desarrollarlas, lo que tomaría mucho tiempo.

¡Qué revelación fue para él! Y cuánta gratitud sentía porque le sería concedido convencer a la gente incluso de esta manera, y por fuerza propia, de que existe una pervivencia del otro lado de la tumba. Pronto formó un círculo con unos amigos y Alcar dijo que todos debían tener paciencia y aguardar con calma, plenamente entregados, lo que ocurriría. Solo después de haber participado varias veces empezaron a presentarse los primeros fenómenos. Consistían en golpes, que se oían a veces en muebles y paredes, pero la mayoría de las veces contra el megáfono que estaba en el centro de la habitación en una mesita. Después de los golpes se consiguieron fenómenos de aporte. Hubo flores que fueron sacadas de un florero y que fueron depositadas en el regazo de los participantes. Y en un piano cerrado fueron pulsadas las teclas.

Así se presentaron varios fenómenos, en ciertas noches más que en otras. No obstante, André no oía ni veía nada de todo esto, pues en cuanto se ponía música de gramófono, necesaria para obtener voces directas, caía de inmediato en trance, para despertar solo terminada la sesión. Pero también en ese sentido era paciente y ya se sentía feliz con que los demás le dijeran que habían pasado una hermosa noche.

Aunque por fin le llegó también a él el momento en que se le concedió percibir lo que pasaba.

Una noche, cuando la “trompeta” planeaba de nuevo por el aire, se le

pidió a Alcar si a “él” (su nombre no se podía pronunciar mientras estaba en trance) se le concedería ver esto. Y como respuesta a esta petición, Alcar lo hizo despertar del trance.

Luego vio que en una esquina de la habitación, muy por encima de él, planeaba la “trompeta”, provista de dos franjas luminosas.

¡Qué impresión!

De pronto la “trompeta” dio un pronunciado giro por la habitación, para descender a su lado al suelo en un movimiento circular. Le dio un escalofrío.

Luego vio que volvió a bajar y de nuevo cayó en trance.

Estos importantes fenómenos solían manifestarse durante las sesiones semanales, hasta que una noche tuvo lugar algo diferente y muy particular. Alcar se había dirigido a los presentes a través del megáfono, lo que pasaba frecuentemente, también lo hacían otras inteligencias, y les había pedido prender o apagar la luz cuando lo dijera y seguir sus indicaciones también por lo demás. Sin embargo, el que prendería la luz no podía demorarse, porque conllevaría peligro para el médium. Así que cuando Alcar daba sus órdenes, había que actuar enseguida.

En un momento dado hubo que prender la luz y los presentes vieron para su enorme sorpresa que André se había deslizado entre los barrotes de la mesita sobre la que estaba el megáfono, mientras que la distancia entre su silla y la mesita era de metro y medio. Yacía en el piso, pálido como un muerto. Era un misterio para todos cómo exactamente había llegado allí. De repente sonó la segunda orden de Alcar:

—¡Apagar! —Y unos segundos después—: ¡Encender!

Cuál fue la sorpresa de todos cuando vieron que André estaba de nuevo en su silla, plácidamente dormido, como si no le hubiera pasado nada. Seguía en trance. Cuando, terminada la sesión, le dijeron lo que le había ocurrido, intentó pasar por debajo de la mesa pero no lo logró, pues el espacio entre los barrotes y el piso era demasiado reducido. Le preguntó entonces a Alcar lo que le había pasado, y se le contestó que lo habían levitado y desmaterializado parcialmente.

Nadie había visto que este proceso ocurriera, a pesar de que André llevara franjas luminosas en brazos y piernas, pero estas, según decía Alcar, no podían observarse por la velocidad de lo ocurrido.

Otra cosa muy asombrosa le sucedió de manera inesperada, fuera de las sesiones, tal como se transmiten espontáneamente todas las pruebas contundentes.

Una noche, ya tarde, estaba hablando un poco con un amigo frente a su casa cuando se le acercaron dos señoras pidiéndole ayuda para abrir la puerta de su casa, pues una bicicleta que se había caído en el pasillo estaba obstruyendo el acceso a la vivienda. La puerta no se podía abrir más que unos

centímetros y no había nadie en casa. Tal vez podría levantar y desplazar la bicicleta con un palo largo o de escoba.

De inmediato André estuvo dispuesto a ayudar a las señoras. Se despidió de su amigo y entró para buscar algún palo. Pronto reapareció, armado de un pedazo de tubo de gas y una escoba con los que quería intentar levantar la bici por el resquicio de la puerta y se fue con las señoras a su vivienda, donde se puso manos a la obra de inmediato. Pero por más que intentara forzar el palo de escoba o el tubo de gas para que pasara por el estrecho resquicio, el experimento fracasaba, pues ambos objetos eran demasiado gruesos. Finalmente, la puerta empezó a crujir de manera ominosa, por lo que a las señoras les dio temor de que fuera a partirse. Tanto alboroto hizo que se asomaran los vecinos para ver qué ocurría, y entonces André les preguntó si podría llegar a través de su casa a la parte trasera de la vivienda de las señoras, lo que resultó imposible. Aun así había que encontrar una forma de entrar.

De repente —André mismo no sabía por qué— deslizó la mano izquierda lo más que pudo entre la puerta y el quicio, mientras que con la derecha sujetaba el picaporte. En el mismo instante —agarrar la puerta fue, por así decirlo, un contacto— lo traspasó una corriente tan fuerte que se sintió mareado y cansado, y que hizo que casi se cayera. Lo embargó el mismo sentimiento que al desdoblarse o cuando se le hacía entrar en trance.

Cuando despertó como de un profundo sueño, ya no podía acordarse de las demás cosas que le habían ocurrido. Se frotó los ojos para poder ver mejor, mientras no dejaba de bostezar, miró a su alrededor y se percató de que estaba al lado de la bicicleta caída en el pasillo. Como aturdido levantó la bicicleta, apoyándola en las escaleras, abrió la puerta por dentro, se despidió maquinalmente de las señoras y de los demás presentes y salió disparado a la calle, dejándolos a todos muertos de susto.

Una vez fuera de nuevo tomó conciencia hasta cierto punto de lo que le había ocurrido. De repente, como si alguien lo empujara, empezó a correr rápidamente, mientras al mismo tiempo oía que le decían:

—Corre, André, corre; hace falta, hijo mío. —De inmediato se dio cuenta de que era Alcar, que quería tranquilizarlo—. A correr, hijo —sonó nuevamente su voz. Por cómo corría, atravesando una calle tras otra, casi parecía como si participara en una carrera. Sentía que aunque quisiera quedarse quieto no podría, porque era impulsado a la fuerza.

Finalmente, después de haber entrado y salido corriendo de algunas calles, se encontró de nuevo frente a su casa y allí se le detuvo. ¡Qué extraño era todo! Parecía como si fuera un reloj al que una fuerza desconocida daba cuerda para detenerlo después. De cualquier manera, entendió que tenía que ser entonces la fuerza y la voluntad de uno de sus ayudantes espirituales la que dirigía este proceso, aunque no viera a nadie, ni a Alcar ni a ningún otro es-

píritu. De ningún modo era Alcar, pues sabía distinguir e intuir su influencia entre todas las demás inteligencias.

Después de tanto trotar y correr sintió que le estaba dando mucha hambre y de nuevo oyó la voz de Alcar, que dijo:

—Come, André, come hasta que te sientas satisfecho.

Entonces se apresuró a la cocina para cortarse unas rebanadas de pan, porque no quería molestar a su madre despertándola, puesto que ya eran más de las once y media. Así que hacía ya alrededor de media hora que se encontraba en un estado que le resultaba incomprensible.

Ya no pensaba nada más que en comer; enseguida se llevó el susto de darse cuenta de que había empezado a comerse su octava rebanada de pan. Pero ¿qué era lo que le había pasado? ¿Si tan solo todo terminara bien! ¿Qué tenía que hacer si se enfermaba? ¿Qué sentido tenía todo esto? ¿Seguro que eran Alcar y los suyos quienes lo estaban usando para estas extrañas cosas?

Le empezaba a entrar miedo.

De nuevo oyó la voz de Alcar:

—André, tampoco le des vueltas a eso. Estás en mis manos.

Se le desbordó el corazón. ¡Este era su Alcar! Alcar, el espíritu del amor, contestaba sus pensamientos no pronunciados. Se le había concedido vivirlo ya tantas veces. Alcar lo conocía, sabía todo de él y podía alcanzarlo de diferentes maneras. Y lo más bello, en lo que podía sentir con más fuerza el amor de Alcar, era sin duda la respuesta a sus pensamientos no pronunciados. Cada vez le volvía a parecer glorioso, una y otra vez volvía a sorprenderse.

Sonó el timbre. Tal vez lo buscaban para un enfermo.

Grande fue su sorpresa cuando vio a las dos señoras frente a él, de las que se había olvidado por completo, otra prueba para él de que se tenía que concentrar únicamente en lo que hiciera en un momento dado, que seguía siendo el instrumento de sus líderes espirituales y que no podía retener sus propios asuntos por la fuerza de pensamientos.

—Señor —empezó una de las señoras—, ¡qué susto nos dio y cuánto miedo nos hizo sentir! ¿Pero qué es lo que pasó en realidad? No se deshará de nosotras así como así. Queremos saber qué milagro fue el que ocurrió. ¿Estamos tratando con el diablo?

A André le dio risa. Él, un diablo; ¡lo que le faltaba!

—¿Y encima le da risa? —preguntó la otra visitante—. Gritamos tanto que en todos lados se abrieron las ventanas. Sin duda la gente pensaba que alguien estaba siendo asesinado. Vamos, cuéntenos lo que significa todo esto. De lo contrario no dormiremos tranquilamente ni un minuto esta noche. De repente desaparece de nuestra vista, abre la puerta desde el interior, sin mirarnos corre a la calle como si lo persiguiera el diablo y como si le hubiera entrado miedo de nosotras.

—Calma, señoras —contestó André—, e intentaré aclararles que hace un momento debe haber tenido lugar una desmaterialización, es decir un fenómeno oculto que a mi parecer solo puede darse con la ayuda de un médium y a través de la intervención de espíritus, quienes disuelven por así decirlo el cuerpo del médium, aún no sé cómo, para luego volver a construirlo.

Yo era el médium en este caso y de ninguna manera el diablo, como temían. Lo que sucedió fue una sorpresa inesperada para mí también, pues fenómenos así no se dan precisamente todos los días.

Dios me regaló fuerzas mediúmnicas, que me son sagradas, y me siento como un instrumento en Su mano; en primer lugar, en lo que concierne al don de la curación por medio de la fuerza magnética. —Dirigiéndose a continuación a una de las señoras, siguió—: Le duele la espalda, señora, le molesta desde hace mucho tiempo y veo a un señor a su lado que dice ser su padre. Describió la inteligencia, que, según él, tenía un gran parecido con ella, nombró la enfermedad que le causó la transición, pero sintió de inmediato que a ella esto le causaba miedo.

Lo miró como si él mismo fuera un espectro y dijo:

—Que me duele la espalda es cierto, señor, pero que tendría a mi difunto padre aquí a mi lado, no lo creo para nada. Es usted una persona extraña, porque todo lo que nos cuenta se hace cada vez más incomprensible.

La mujer tenía mas ganas de llorar que de reír.

Después de que se hubieran ido las señoras, André oyó que Alcar dijo que tenía que acostarse pronto y entendió que hacía mucha falta, porque le parecía que le iba a estallar la cabeza.

Y ya acostado en la cama, sintió durante por lo menos media hora cómo una corriente estimulante le recorría el cuerpo. Después le dio mucho calor y empezó a transpirar terriblemente, mientras que el corazón le latía con fuerza. Pero después de un cuarto de hora volvió a estar completamente seco, lo que le pareció un fenómeno extraño e innatural, visto que en caso de una enfermedad no habría sido así. No entendía nada. Luego sintió frío y se estremeció, pero finalmente le entró un agradable sentimiento de suave y glorioso calor. Este proceso duró dos horas. Después su líder espiritual dijo:

—Ahora vete a dormir tranquilo, hijo mío, porque estás muy cansado. Pero después de una buena noche de descanso, el cansancio habrá desaparecido. Mañana te pondré al tanto de todo lo que te ha pasado y te daré la explicación de esta exitosa desmaterialización.

André sentía que se hundía cada vez más, pero antes de quedarse dormido, sintió que se le posó delicadamente una mano en la cabeza, la mano de su Alcar cuya corriente magnética incidió tan gloriosamente en él, que a la mañana siguiente despertó fresco y animado.

Entonces, sus primeros pensamientos fueron para ambas señoras, recor-

dando de inmediato lo que le había pasado en la noche y obviamente les contó todo a sus padres. Ya habían vivido muchas cosas asombrosas con su chico, pero nunca antes se habían enterado de algo así.

Las señoras volvieron en el transcurso de la mañana; se habían tranquilizado algo y querían saber un poco más sobre “el milagro”. André sentía bien que veían en él a un mago más que a un médium, pero aun así les volvió a contar que un fenómeno sobrenatural semejante solo se puede llevar a cabo con ayuda espiritual y les aconsejó empezar a leer mucho sobre el espiritismo y el ocultismo si tenían interés por estas cosas. Entonces podrían entenderlo todo mejor. Luego sintió que no debía ahondar más en el tema, porque de todos modos no le entenderían ni creerían, porque el espiritismo y la vida después de la muerte seguían siendo enigmas para sus visitantes y no querían saber nada en absoluto de espíritus. Adoptó estos pensamientos de ellas y Alcar le hizo intuir que las sondearía. Pero en estos pobres seres humanos no había la más mínima profundidad. Dormían su sueño profundo y podía tomar mucho tiempo para que despertaran espiritualmente y se interesaran en lo que les pasaría después de su existencia terrenal. Temían la muerte y por tanto no podrían aceptar que “los muertos” viven. Pero el temor a la muerte es temor a la vida, porque “lo muerto, muerto está” es una enorme falsedad. Los supuestos muertos viven y seguirán viviendo para toda, absolutamente toda la Eternidad.

Entonces qué ricos son, él y todos los que poseen esta convicción. Qué feliz es él, que, como instrumento en las manos de Dios, puede ayudar a los “muertos” a apoyar psíquica y físicamente a las personas en la tierra. Los “muertos” ayudan a las personas materiales y las curan. Los “muertos” lo hicieron atravesar la sólida puerta de madera. Solo ellos pueden hacer esto último; les es imposible a las personas de carne y hueso, por más sabias que sean para el mundo. Los “muertos” pintan a través de él, hablan con él y hacen que obre milagros.

¡Pobres, pobres seres humanos! ¿Cuándo despertarán? Ustedes, que han vivido semejante milagro, reflexionen al respecto. Fue una lección para ustedes, que les dio Dios, para poder despertar. Ya pueden dejar de ser como Tomás el incrédulo, pues han recibido sus evidencias. “Despierten los que estén dormidos y levántense de la muerte”, les exclama el que es maestro de todos nosotros, pues dormir espiritualmente lleva a que en la tierra innumerables vidas humanas se pierdan, se vivan en vano. Así que despierten y piensen en su felicidad eterna, en su salvación eterna. La muerte material es la transición al mundo espiritual, el nacer en las esferas del Más Allá. Abran los ojos y vean. Su tiempo es valioso, pues pronto llegará su fin para esta tierra y entonces su mirada se agotará sin haber logrado ver, sin ver espiritualmente en la Eternidad, en la vida eterna.

En la tarde, mientras estaba tranquilamente reflexionando, lo alegró de nuevo la amorosa voz de Alcar.

—Escucha, hijo mío —dijo—, el propósito de nuestras sesiones de espiritismo oscuras era lograr la desmaterialización, y se pueden considerar como una exploración previa. Estaban involucrados algunos de mis amigos, incluyendo la inteligencia que se hace llamar “Fysica”. El espíritu “Fysica”, que en la tierra estudió matemáticas y física, y que se graduó, cum laude, de doctor en química, continúa sus investigaciones en las esferas. Es uno de los nuestros desde hace más de 30 años y había asumido la dirección del fenómeno que tuvo lugar anoche y que merece toda la atención, puesto que él puede conectarse con el cosmos, del que extrajo las fuerzas necesarias para este acontecimiento.

Te explicaré ahora lo más destacado de lo que pasó con tu cuerpo. Cuando no pudiste abrir la puerta más allá de un resquicio, te pusimos en un estado de semitrance. Fue el momento en que, inconscientemente, atravesaste la puerta con la mano izquierda, sosteniendo con la derecha el picaporte. Eso constituyó nuestro contacto, por el que se estableció la conexión.

En el caso de una sesión a oscuras, habríamos ejecutado todo de otra manera. Estas solo deben realizarse con una tenue luz de color rojo profundo, pues de lo contrario, el ectoplasma que debe conectarnos con el médium se disolvería. Entonces tuvimos que tomar en cuenta diferentes fuerzas obstructoras. Pero “Fysica” había hecho sus cálculos de antemano, para que no pudieran presentarse fallos permanentes en tu cuerpo.

Después de consumida la desmaterialización, constatamos que tenías irregular la circulación de la sangre y, para volver a regularla, y gracias a nuestra fuerte voluntad y capacidad de concentración, te hicimos correr de aquí para allá la distancia de unas cuantas calles. Durante nuestros viajes a la Tierra Estival y a las otras esferas has experimentado lo potentes que son estas fuerzas, porque en aquel entonces también podías hacer únicamente lo que queríamos de ti. Después de tanto correr y trotar sentiste surgir en ti un hambre anormal. Fue una prueba de que habíamos rebasado el consumo normal de tus fuerzas. Estabas exhausto, aunque no afectara a tus fuerzas generales, sino solo a tu conciencia activa.

El ser humano lleva por dentro, inconscientemente, una gran fuerza, que emerge solamente en condiciones anormales. Imagínate por ejemplo a alguien que conduce un coche en una vía muy transitada. De repente se le acerca otro coche, pero logra evitar una colisión haciendo una maniobra a la derecha o izquierda. Después de este esfuerzo, sin embargo, se siente agotado, porque en este breve instante usó más fuerza y energía que la que habría usado en otras condiciones en todo el día.

¿Siente mi hijo lo que quiero decir? ¿Le queda claro que sacó su energía del depósito de reservas que llamamos su capacidad inconsciente?

Así que usamos más fuerza que la que controla tu estado normal, a lo que tu cuerpo material reaccionó con ímpetu. De ahí esa gran fatiga. Pero comiendo bien y descansando lo necesario, pronto se recuperó la fuerza consumida. Después llegó el momento en que, mientras estabas en la cama, pudimos tranquilizarte el sistema nervioso con rayos cósmicos, lo que era muy necesario, visto que cualquier fallo habría tenido consecuencias nocivas para tu cuerpo, sobre todo para el corazón que, como sentiste, latía con intensidad. Por el tratamiento también tenía que volver a la normalidad la presión sanguínea, pues estaba muy alta en un momento y luego muy baja. Como recordarás, primero te dio un calor espantoso y después frío, para finalmente volver a un estado normal. Secarte tan de pronto, después de haber sudado tanto, fue el resultado del tratamiento con rayos cósmicos, con el que alimentamos tu cuerpo.

En su tierra, hasta ahora no se han sabido aprovechar estas fuerzas tan útiles. Pero llegará el día en que la ciencia echará mano de la naturaleza para extraerle todas estas fuerzas sanadoras. En el cosmos quedan ocultas tantas fuerzas que, como ya te conté, serán dadas a los humanos cuando la ciencia quiera por fin dirigirse al eterno reino de los espíritus. La conciencia cósmica debe despertar, pero para poder abrir el depósito cósmico, primero hay que saber intuir y entender. Solo entonces serán capaces de alimentar el cuerpo enfermo con rayos cósmicos, estas fuerzas benditas. Solo entonces, cuando los sabios de la tierra se inclinen en humildad, los inspirarán Inteligencias de las regiones elevadas, estableciendo la conexión. Solo entonces dejarán de existir el cáncer y la tuberculosis, porque solo la naturaleza puede ayudarlos a contener estas temidas enfermedades.

La desmaterialización se logró como se quería porque reduciendo esta fuerza habíamos anulado el proceso de gravedad. Tu cuerpo fue disuelto para volver a ser construido en un fognazo. Esta disolución de tu cuerpo material y su reconstrucción ya constituye en sí toda una ciencia. Así hay varias etapas en este acontecimiento para las que hace falta estar desarrollado cósmicamente, para poder intuirlo en todas sus formas existenciales. Hasta que no seas uno de nosotros esto no te quedará claro; solo entonces tus sentimientos tendrán que ser desarrollados y sintonizados con todo. En las esferas toda la teoría se convierte en vida.

“Fysica”, quien en la tierra fue un erudito y un trabajador discreto y aplicado, tuvo que reconocer después de su transición que su conocimiento ya tenía escaso significado, como pasa en el espíritu con toda la ciencia terrenal. La erudición terrenal solo es sabiduría cuando se ha desarrollado en el espíritu.

“Física” continúa sus estudios de nuestro lado, tanto en el espíritu como en la materia. Nuestros eruditos vienen a la tierra para conectar a sus habitantes con las leyes espirituales y si estos pudieran ver espiritualmente, les dejaría perplejos que el espíritu, el ser humano de las esferas, continúe sus investigaciones en la materia para llevarlos a un camino más elevado, el camino a la perfección, el camino a Dios. Por eso el ser humano tiene que aprender a intuir y entender cómo es la vida del espíritu; entonces este lo hará vivir como debe vivirse la vida de todos, porque toda la vida viene de Dios. La vida es aquella ciencia que es inagotable y que siempre seguirá siéndolo.

Ten por seguro, hijo mío, que toda ciencia es vida y que en todas sus formas significa Amor. Y todo lo que vive se deberá vivir en armonía, pues en el espíritu las discordancias cósmicas son imposibles, puesto que Dios es Amor y Su Creación, perfecta.

Después de que te hubiéramos alimentado el cuerpo con rayos cósmicos, sentiste que mis manos te magnetizaban. Hacía falta mi fluido vital para proporcionarte un sueño tranquilo.

Entenderás que durante la desmaterialización tu espíritu dejó el cuerpo, con el que siguió conectado a través del cordón fluido o de plata, como pudiste ver ya anteriormente. También fue el caso durante tus primeros desdoblamientos, como sabes (—concluyó).

André volvió a estar profundamente agradecido a su líder espiritual por todo lo que había hecho por él, aunque a la vez lamentara sobremanera que este importante acontecimiento se hubiera dado para nada. ¡Lo que no habían tenido que hacer Alcar, “Fysica” y otros espíritus para que se lograra este fenómeno! ¡Cuánta energía se había tenido que consumir!

—Basta de cavilar, hijo mío —oyó que dijo su querido amigo espiritual—, no es bueno. Con todo, no era nuestro deseo que se realizaran manifestaciones físicas, pero el deseo de significar mucho te jugó una mala pasada. Por eso hemos querido mostrarte lo que significa la mediumnidad física. ¿Le puede traer felicidad al ser humano? ¿La fuerza física es posesión eterna? ¿Puede el ser humano ser bello y radiar por esta fuerza? ¿Está así conectado con Dios? ¿Significa vida? ¿A través de ella se le puede salvar a la humanidad de la perdición? Pues no, mil veces no. Son las fuerzas psíquicas las que son posesión eterna y significan felicidad eterna, mientras que las físicas solo tienen una existencia temporal. Pronto todo esto te quedará claro y te permitirá entender que el acontecimiento de anoche no fue inútil. Sabes que hay fuerzas físicas y psíquicas latentes en ti. Ahora, ¿cuáles son las esenciales, las que se tienen que desarrollar primero? ¿Cuáles los dones más grandes de Dios, los más sagrados que puedas recibir? ¿Con cuáles podemos ayudar más a la humanidad? ¿Cuáles se convierten en tu posesión eterna, durante una

forma de existencia superior? Las fuerzas físicas también son un don de Dios, sin duda, pero tienen que servir para convencer a aquellos que no se pueden convencer aún por las psíquicas, para abrirles los ojos. Y cuando se les haya abierto los ojos, llegamos nosotros para apoyarlos espiritualmente, desarrollar sus sentimientos y enseñarles cómo deben dar amor.

Ten por seguro que sabemos por qué y para qué venimos a ti. Te permití organizar sesiones de espiritismo oscuras. Nuevamente: no para nosotros, sino para ti mismo. ¿Para aumentar tu poder? No, para truncar de una vez por todas tus deseos. Tú, hijo mío, tienes una tarea diferente, más bella. Para ti tenemos otros propósitos que permitir que jueguen contigo aquellos que sientan la necesidad de hacerlo. Es una tarea sumamente sagrada la que se te ha confiado. Por eso debes tener humildad y guardar silencio, y dejar que el Espíritu Santo trabaje en ti. Tu tarea es la del espíritu. Por eso queremos aclararte qué es lo más bello y lo más sagrado de tus dones. En verdad, la mediumnidad física no sobra en la tierra, pero ya se pueden encontrar suficientes médiums que poseen esta fuerza. Hay miles; se les encuentra en cada ciudad, en cada pueblo. Cuando queramos, podemos desarrollarlos de diferentes maneras. Pero ¿eso nos haría avanzar? Ya hay suficiente sensacionismo en la tierra. ¿Pensabas que esto nos apoyaría? Los primeros sonidos de golpes, estos sencillos fenómenos, eran incluso demasiado profundos para ser entendidos por la ciencia. Aun así estos golpes siempre seguirán siendo el acontecimiento más grande en la historia de la humanidad. Como voces directas, estos sencillos golpes eran claramente audibles para cualquiera que quisiera escuchar. Y miles escucharon y fueron convencidos de que hay una pervivencia después de la muerte material.

Pero cuanto más grandes se vuelven las pruebas que la humanidad recibe de nuestro lado, menos se cree, porque estos fenómenos físicos ya no son humanos y por tanto incomprensibles. De esta manera, en la tierra todo se vuelve sensacionismo, pues todo es terrenal.

Por lo tanto, no es difícil encontrar médiums físicos, aunque psíquicos hay solo uno entre miles. Desde nuestro lado siempre buscamos este tipo de instrumentos, prestos a servirnos para ayudar a la humanidad en lo espiritual, porque la tierra y sus habitantes únicamente podrán ser felices cuando estos últimos se eleven espiritualmente, lo que será posible solo a base de fuerza psíquica. Por eso queremos desarrollar tus dones para todo lo espiritual, hacer crecer tu amor, conectar tus sentimientos con todo lo vivo. Gracias al experimento de anoche te quedó claro que no podemos ayudar a las personas si no lo quieren y que seguirán siendo como Tomás el incrédulo, por más grandes que sean los milagros.

También he querido protegerte de esta mediumnidad que, aunque sea muy bella y útil, tampoco significa la luz eterna. Tu camino es completamente

distinto. Visitarás conmigo las esferas y contemplarás allí lo que se puede contemplar solo espiritualmente. Te desarrollaré en lo espiritual, lo que más adelante, aquí arriba, será tu felicidad, tu amor y tu luz eterna si le pides a Dios sabiduría, fuerza y amor (—dijo).

Conforme al deseo de Alcar, André mandó a algunos espiritistas destacados a ver a las dos señoras, para que se enteraran de boca de ellas del milagro que había ocurrido, y así se pudiera mencionar en alguna revista. Tal vez esto podría entonces abrirles los ojos a otros. Pero las señoras mismas se habían vuelto a dormir. Y es que habían hablado con el pastor y este había dicho que no debían inmiscuirse en este tipo de artes del diablo. Todo era obra de Satanás. Luego André le preguntó a Alcar qué más debía hacer. Y este contestó:

—Nada, nada, nada, hijo mío. Ya ves que no se las puede convencer a las personas cuando aún no les toca.

De nuestro lado hay miles de pastores a los que les encantaría dar a conocer que allá todo es vida, lo que no habían entendido antes, y que el Espiritualismo no es cosa del diablo, sino de Dios.

Así que nuestra labor será ayudar a los humanos que quieran ser ayudados. Estos recibirán entonces alimento para su alma, su cuerpo eterno.

Más adelante, André entró en contacto con la esposa del espíritu “Fysica”, que aún vive en la tierra, y es feliz de haber podido demostrarle que siempre está conectada con su esposo, que la esperará en las esferas cuando haya terminado su vida terrenal.

Cómo Alcar veló por una joven vida

Una mañana, Alcar despertó a André ya temprano, para informarle que a las doce tenía que ir a darle tratamiento a la pequeña Dora, la hija de año y medio de su amigo Jacques.

‘Qué extraño’, pensó. ‘¿Qué le pasará a la niña? Apenas anoche jugaba en su silla, toda alegre’. No entendía nada, pero obviamente se aseguró de llegar a casa de sus amigos a la hora indicada.

Nel, la mujer de Jacques, abrió y dijo que su marido aún no había llegado, aunque no tardaría.

—Vengo a ayudar a Doortje —dijo André.

—¿A Doortje? —preguntó Nel asombrada—. ¿Acaso le pasa algo?

—No lo sé todavía, Nel. Pero esta mañana, mi líder espiritual me ordenó venir a ayudarla.

—Ya veo —dijo Nel—. Sí, ha tenido la cara sin mucho color últimamente y a veces de repente empalidece. Los niños pueden enfermarse antes de que nos demos cuenta.

Mientras hablaba, Nel había sacado a Doortje de su sillita, para pasársela a André. Pero la nena no quería saber nada de eso e intentaba apartarlo con sus manitas, como si ya sintiera lo que estaba por ocurrir. No obstante, él había contado con su resistencia y había traído unas golosinas, que podrían convencer a la pequeñita para rendirse de buena gana. Nel la volvió a sentar con sus dulces y cuando André quiso aprovechar este momento favorable para magnetizarla, oyó que Alcar le dijo que debía darle tratamiento sobre todo en el lado derecho de su cabecita. Su líder espiritual lo ayudaría a dárselo.

Lo asaltó un miedo repentino. ¿Lo había oído bien? ¿Alcar lo ayudaría? Esto ocurría solo en casos graves. ¿Acaso la condición de Doortje era tan grave? ¿Qué era entonces lo que le pasaba? Seguía sin saberlo.

Le puso ambas manos en la cabecita, a pesar de que ella intentara impedirselo como podía.

Al surgirle ese miedo, se había hecho el propósito de concentrarse como nunca antes, porque sentía por intuición que la enfermedad de Doortje era más grave de lo que podía sospechar.

Mientras magnetizaba entró en trance, pero en ese estado no pudo percibir nada más que una emanación gris oscura del lado derecho de la cabecita. Alcar le informó que había visto bien y que después de un cuarto de hora tenía que volver a tratarla. Entonces entendió que debía estar muy gravemente enferma.

—¿Es cierto, Alcar? —preguntó angustiado en pensamientos, para que

Nel no lo oyera.

—Sí, hijo mío, pero todo se arreglará. Tienes que volver a ayudar a la pequeña.

Nel le preguntó qué opinaba, pero André, que seguía sin saberlo él mismo, contestó que le había detectado un resfriado. Por eso quería darle tratamiento de nuevo.

Nel se conformó con esta respuesta, porque ignoraba que magnetizar dos veces seguidas indica un caso grave.

¿Qué significaba todo esto? ¿Esta emanación gris era la enfermedad? ¿Por qué dos tratamientos tan seguidos?

Por suerte, Alcar no lo hizo esperar mucho en su inquietud.

—A ayudar, hijo —se le susurró—, después todo te quedará claro.

El segundo tratamiento que le dio a la muchachita fue más intenso aún que el primero y también le rezó con fervor a Dios por que se le diera a Alcar la fuerza para salvar esta joven vida. Durante todo el tratamiento rezó por eso y también intentó adoptar la enfermedad en su propio cuerpo, algo que siempre lograba. Entonces, succionaba lentamente todos los lugares dolorosos y después de que esto hubiera pasado, podía establecer el diagnóstico de manera clarividente.

Lo único que constató ahora era una sensación de rigidez en el lado derecho de la cabeza y escalofríos en la espalda.

Después del tratamiento se fue a casa y en el camino se encontró a Jacques, al que puso al tanto de todo lo que había ocurrido durante su ausencia. A Jacques le sorprendió mucho, porque él tampoco había notado nada anormal en su pequeña antes de salir a trabajar.

—Tal vez Alcar haya descubierto algo extraño anoche, cuando estuvimos contigo. En todo caso, el tratamiento no le hará daño.

Su amigo quedó convencido sin reservas, ya que, después de que en su momento su médico de cabecera lo declarara incurablemente enfermo, se le había concedido recuperarse por completo gracias a la ayuda de Alcar y André. Así que le estaba sumamente agradecido a Alcar por su intervención y muy conmovido por esta prueba de amor por él y los suyos.

Por la tarde, su líder espiritual le comunicó a André que Jacques vendría a buscarlo alrededor de las nueve, y exactamente a esa hora su amigo tocó el timbre.

—Ven conmigo rápido, André —dijo—. Doortje tiene un aspecto terrible. Hay un gran tumor del lado derecho de su cabecita, tiene uno de los ojos completamente cerrado y desde el centro de su cabecita corre una raya azul al tumor. ¿Qué podría ser, André?

Como en un fogonazo le llegaron estas palabras:

—Dile que le dio un resfriado y que ahora se está manifestando.

Le pasó este recado a su amigo, que así se tranquilizó un poco.

En el camino volvió a tener contacto con Alcar, que le dijo:

—No temas, André, todo el peligro ha pasado. Se nos ha concedido salvar a Doortje de las garras de una peligrosa enfermedad infantil. No obstante, mientras no te dé permiso para hacerlo, no puedes contarles nada a los padres, porque aún no pueden conocer la verdad. Adelante, tranquilízalos.

Pronto llegaron donde la pequeña enferma. Tenía un aspecto realmente horrible. No era extraño que sus amigos estuvieran muertos de preocupación. Pero André los tranquilizó y dijo que tenían que alegrarse de que el resfriado se hubiera soltado.

Doortje estaba en el regazo de su madre, mirando tranquilamente a su alrededor, y André intentó tomar su cabecita entre las manos con cuidado. Pero ahora no había absolutamente nada que hacer con ella. Por eso mejor desistió de su intento y esperó las órdenes de Alcar.

Tenía la carita terriblemente hinchada y la raya azul tenía un aspecto alarmante.

De repente, gracias a Dios, oyó la conocida y tan amorosa voz que le susurraba:

—Ayúdale ahora también dos veces, por más que grite.

Una terrible verdad se escondía en estas palabras. De todos modos se controló, para poder magnetizar tranquilamente a la pequeña con la ayuda de Jacques y Nel.

Se tenía que concentrar después del segundo tratamiento. Así que se abrió y Alcar le pasó sus datos por medio de inspiración. Mimarón a Doortje y la llevaron a su camita; después André acordó con sus amigos que tenían que llamarlo cuando lo necesitaran.

—¿Acaso hay entonces peligro? —preguntó Nel.

—No —le contestó André—, por suerte no hay peligro. Alegrémonos de que el resfriado se haya soltado.

Una vez en casa reflexionó largo rato sobre el caso. Después de dos tratamientos, parecía que su estado había mejorado ostensiblemente. Pero, si era cierto que todo peligro había cedido, ¿por qué no había podido decirles la verdad a Jacques y Nel? En realidad seguía sin saber lo que le pasaba a la pequeña. Alcar solo le había dicho que había habido peligro de muerte, pero que se les había concedido salvar a Doortje. No se sentía tranquilo por dentro; el desarrollo de los acontecimientos lo satisfacía solo a medias. Por fin se quedó dormido, para despertar por la mañana con la misma sensación insatisfecha.

Sus primeros pensamientos fueron entonces para la niña tan enferma. La noche había pasado sin que nadie lo hubiera llamado. Era extraño. Se empezó a angustiar. ¿No había escuchado bien esta vez y por ello actuado mal?

No era posible, ¿no? En otros casos nunca dudaba de las palabras de Alcar. ¿Por qué entonces ahora sí? ¿Había hecho mal en irse a dormir? ¿Las cosas que podían haber pasado durante la noche! ¿De qué manera podría justificar todo? ¿Estaba seguro de que le había dedicado suficiente cuidado al tesoro más valioso de sus amigos? Ellos también habrían dormido, porque no sabían nada del peligro. ¿Cómo había podido olvidarse tanto y mantener a su hija lejos de las manos de los médicos! Había sido una irresponsabilidad y muchas cosas tenían que cambiar en él si quería convertirse en un instrumento amoroso para las Inteligencias elevadas. ¿Qué debía hacer ahora? ¿Ir a ver a Jacques y Nel? Pero aún era tan temprano. ¿Acaso no entenderían que la niña de sus ojos estaba muy gravemente enferma? No, no podía hacerlo. Lo asaltó una gran tristeza. Ay, ¿cómo podía enmendar todo? Le rogó a Dios por perdón y rezó:

—Padre, tengo tantos deseos de servir como Tu instrumento puro. Así que sea esta una lección para mí, Padre, una lección vital.

Ya estaba viendo a sus amigos deshechos por la tristeza. Por su culpa habían perdido lo máspreciado que poseían en la tierra. Estaban quebrados para el resto de sus vidas. Y, ¿quién estaba más triste? Alcar, obviamente. Lo había eliminado por completo por desconsideración imperdonable. ¿Quién seguiría creyendo en su Alcar ahora, si su instrumento ya no servía? Ay, ¡qué angustiado estaba! ¿Y dónde estaba su líder espiritual ahora? ¿No sentía su sufrimiento? En otras ocasiones siempre lo consolaba cuando estaba triste y preocupado. ¿Por qué entonces ahora no?

La cabeza casi le estallaba y estaba atontado de tanto pensar. Ojalá no fuera posible haber perdido a Alcar, destruido su trabajo.

¡Ojalá pudiera ver algo! Tal vez ya se habían perdido sus dones. Qué pobre sería entonces. Más pobre incluso que el ser humano más pobre que no tiene ya qué comer; porque ¿qué significa la falta de dinero y bienes en comparación con la pobreza espiritual? Alcar le había hecho ver tantas veces que la riqueza terrenal no significa posesión espiritual ni eterna. ¿Qué es el oro terrenal en comparación con las posesiones espirituales? ¿Qué significa todo lo terrenal en comparación con sus dones? Nada, sin duda. Preferiría morirse de hambre a tener que vivir sin sus dones: su oro espiritual, su cristal eterno en el que las esferas brillaban en todo su esplendor, en toda su belleza. Y ahora tal vez había destruido el trabajo de Alcar, su tarea de curar a los habitantes de la tierra y de convencerlos de que hay una pervivencia eterna, en una forma de existencia superior.

Debió quedarse con Doortje esta noche y velar escrupulosamente por esta joven vida. Y ahora había deshilachado uno por uno los lazos de amor que lo conectaban con Alcar, jugándose así su confianza.

Dios le había regalado la gracia de poder trabajar para el Espiritualismo, y

le había concedido ayudar y consolar a sus prójimos que sufrían por medio de sus dones. Se le concedía apoyar a los que habían tenido que desprenderse de sus seres queridos, mostrándoles que la “muerte” significa vida. Se le concedía curar enfermos, visitar las esferas como hombre de la tierra. ¿Y estaría lo suficientemente convencido de lo grandioso de todo esto? ¿Sería lo suficientemente sagrado para él? ¿Seguro que entendía bien que nunca podía darle suficiente amor a Alcar, que había dejado la tierra desde hace ya siglos y sabía infinitamente más que él?

Dios había puesto todas estas cosas sagradas en sus manos y si no intuía suficientemente el inconmensurable valor de este regalo de Dios, más adelante sería muy infeliz. Miles de Inteligencias que han dejado a sus seres queridos en la tierra y los protegen mientras ellas perviven detrás del velo lo miran ahora desde arriba. ¿Estará completamente consciente de que tiene que vivir su vida de eternidad ya en el presente? ¿Que tiene que renunciar a todo lo que pertenece a la tierra?

De haber cumplido con su deber, sus amigos lo habrían amado incluso más de lo que ya hacían ahora. Habría podido convencer aún más a la ciencia de que los médiums nobles y amorosos son capaces de asistirlos por medio de clarividencia, fuerza magnética y otros dones.

Cuánto trabajo útil se le había concedido hacer ya. Había podido ayudar a médicos y había hecho en unos cuantos minutos diagnósticos de los que ellos mismos no habrían sido capaces sin la ayuda de sus colegas espirituales, porque con la ayuda de Alcar podía ver dentro del cuerpo humano.

Todo habría sido diferente si hubiera escuchado bien.

Las personas no se entregan fácilmente a un magnetizador. ¿Las madres querían todavía confiarle a sus hijos ahora? ¿No preferirían ahora mil veces verse en manos de los médicos a observar con resignación que él los privaba de toda asistencia médica? ¿No era para ellas mucho mejor saber que habían hecho todo lo posible que ofrecerle a él su confianza desacertada? Era completamente consciente de lo grave de su negligencia. Esto ya no era justificable.

Allí estaban sus piezas que había recibido de manera mediúmnica, pintadas por Alcar, que lo había usado como instrumento. ¿Todavía se atrevía a mirarlas, mientras a él lo retribuía con ingratitud?

En el espíritu no se hacen las cosas a medias. O todo, o nada; eso sí que lo había aprendido a lo largo de los años. Tendría que escoger entre o bien ser un médium bien desarrollado, o bien perder su mediumnidad, dado que esta es un don de Dios, y el Altísimo no deja que se burlen de Él.

¡Cuánto silencio se había hecho a su alrededor! Parecía el mismo silencio y la misma calma que reinaban en la Tierra Estival cuando en su momento había entrado allí con su líder espiritual.

Se hizo más silencio aún, un silencio tal que podía oír la respiración de la

vida. Esto le sentó bien. Lo tranquilizaba y se le relajaban los nervios. El sentimiento de angustia se fue diluyendo y empezó a sentir la cabeza menos pesada. Lo recorrió una sensación placentera. ¡Cómo era posible! Pensó captar algún sonido por encima de su cabeza. Era como si se le hablara susurrando. Le sonaba como algo melódico. Parecía música que le llegaba por el impulso del viento; música celestial que lo ponía feliz. Ya no podía volver a imaginarse el estado de angustia en el que se había encontrado antes. ¿Dónde había quedado esa miserable sensación? Sintió que lo iba invadiendo la felicidad con aún más intensidad. ¿Qué le estaba sucediendo? Las paredes de su habitación desaparecieron ante sus ojos, para ceder su lugar a un soleado y extenso paisaje de montaña. Vio árboles con copas de colores oscuros y claros. Justo ante él había un gran estanque en el que chapoteaban muchos pájaros como nunca había visto; y alrededor del estanque florea y desprendía su olor una abundancia de flores en matices de colores tan resplandecientes, de un esplendor tan apabullante como no se pueden contemplar en ningún lugar de la tierra. Bordeando ese jardín de flores celestial serpenteaba un sendero por todo el paisaje montañoso que se podía observar hasta llegar al horizonte. Allí desaparecía de su campo de vista.

Escrutó su alrededor, pero no pudo distinguir ningún ser humano.

Qué pena que no vivieran personas aquí, pues qué felices serían rodeadas de toda esta belleza, en este jardín de la vida divino, como Alcar ya le había enseñado uno anteriormente.

¡Qué riqueza de armonía, delicioso sosiego y paz cubría este paisaje, iluminado por luz dorada!

Vio que algo se movía al final del sinuoso sendero. No era mucho más que un punto, pero a pesar de eso pudo ver que se estaba desplazando. Lentamente se fue acercando más y más. Parecía ser una figura vestida de blanco. Entonces, ¿sí sería un ser humano? Qué indecible gloria debía ser entonces para esa persona que se le concediera vivir en este paraíso.

La figura siguió acercándose. Entonces se detuvo y respetuosamente tomó unas flores entre las manos. Durante un buen rato, la figura solitaria estuvo haciendo allí exactamente lo que había visto hacer algún día a Alcar. Así que la figura también amaba las flores y la vida que está en todo. ¿Podría, al igual que Alcar, intuir la vida en todo?

Era una figura alta y delgada. Así, vista desde lejos, era de la misma altura que su líder espiritual y en sus actos había un gran parecido a los de Alcar. Qué pena, ahora desapareció detrás de los arbustos con flores. ¿Volvería? La tierna vida la ocultaba a la vista de André. Por suerte, allí la volvió a ver; a través de los arbustos pudo distinguir su sombra. ¡Qué serenidad había en sus movimientos! Ahora de nuevo era claramente visible, pero todavía no podía distinguir con nitidez su rostro; para eso aún estaba a demasiada dis-

tancia. Ahora de nuevo se venía acercando poco a poco. En todo su ser había armonía y pensó distinguir una sonrisa en su bello rostro. ¿Sería hombre o mujer? La cabellera de la bella persona le caía hasta los hombros, pero todos sus movimientos sugerían, en cambio, belleza masculina. Sí, seguramente era hombre.

Ahora podía distinguir mejor su vestidura blanca; cuando la alumbraba el sol, brillaba en incontables matices. A veces se la veía en una emanación rosa suave, otras en una azul celeste o de color vino, y se destacaba contra el fondo verde claro. Era como si todos los colores celestiales de las flores entre las que se encontraba se reflejaran en esta vestimenta blanca.

Ahora el desconocido se volvió a detener, para tomar flores entre las manos por segunda vez. Se inclinaba mucho hacia ellas, envolviéndolas con ambas manos, para así acariciarlas. ¿Ahora estaría también rezando, como Alcar, que rezaba a Dios a través de las flores? A través de la vida que Él ha puesto en todo. ¿Sabría hacerlo también este bello desconocido? ¿Su sintonización sería la misma que la de su líder espiritual?

Probó si podría conectar con él concentrándose con fuerza. Pero no podía penetrar en él. Al llegar sus pensamientos hasta él, sentía que algo lo detenía, tirando de él, haciéndolo retroceder, y a pesar de su esfuerzo no lograba lo que sin embargo le era tan fácil en la tierra. ¿Cuánta fuerza y esfuerzo le costaba ahora! ¿Por qué era imposible sondear a esta persona? Sentía claramente que su fuerza de concentración disminuía cuando se acercaba a él. Había ahora algo que rodeaba a ese desconocido y que no podía penetrar.

¿Era acaso su irradiación, más fuerte y bella que la suya? ¿No podía ser conectada su luz con la de él? ¿Rebotaba en la suya? Sentía en todo que el desconocido era superior a él. ¿No quería ser alcanzado? ¿No era susceptible de ser influido? ¿Poseía esa fuerza consciente de sí mismo? André comprendió. Rebotaba en él, como las olas del océano rompen en las rocas. Esta persona podría desafiar huracanes y mover montañas. Nadie más que Dios podría derribarlo de su pedestal. Y Dios le dejaba su paz y su felicidad porque amaba la vida con un amor que se correspondía con el Amor sagrado de Dios. Así que vivía en armonía con el Infinito y tenía que saber obrar milagros, solamente a través de su amor. Eso también lo entendía André; se lo había enseñado Alcar. Y si se aseguraba de ser un buen instrumento, algún día también a él le sería concedido poseer esa fuerza.

Sentía que no le era concedido seguir ahora, despilfarrando sus fuerzas. ¿De qué servía esto? ¿Se le concedía llevar una influencia que interfería en el sosiego del espíritu? ¿Esto era amor? ¿Le era concedido perturbar este sagrado sosiego, que no era de la tierra? ¿No sería mejor esperar pacientemente lo que pasaría a continuación?

Se arrepentía de ya haber ido demasiado lejos; tenía que aprender a contro-

lar su curiosidad, pues esta no es más que amor propio.

¡Qué expresión tan apacible había en el noble rostro del desconocido solitario! Parecía que era el Ángel de la Paz en persona. Despacio, paso a paso, se fue alejando ahora del lugar en que había estado durante un rato considerable y continuó tranquilamente su camino. Mantenía el rostro girado hacia la izquierda, como si estuviera observando algo allí que le llamaba la atención. Pero... de repente se dio la vuelta y había desaparecido.

André se dio cuenta de que debía ser a causa suya. ¿No habría estado mal espiarlo así mientras rezaba? Tenía que reconocer ante sí mismo que seguía siendo una persona lamentable y un basto habitante de la tierra a la que le faltaba mucho para estar sintonizada con lo espiritual, porque chocaba con lo que se le concedía contemplar aquí.

Tendría que haber observado todos sus actos con gran amor; entonces habría sido completa su sintonización y su espíritu habría estado en armonía con lo Eterno. Pero el habitante de la tierra de materia basta no percibe de manera tan fina, tan espiritual, tan pura.

¿No sería mejor ausentarse en lugar de observar la belleza de las esferas, que hacía que el corazón le latiera con emoción? ¿Era digno de que se le concediera contemplar todo esto?

Seguía teniendo frente a él el paisaje extendido en todo su sosiego y belleza. ¿Quién sería entonces el afortunado que deambulaba allí tan gloriosamente? En él vivía el espíritu de Dios, el espíritu del Padre.

Allí lo estaba viendo de nuevo. Era extraño. Si pensaba en él en amor, se volvía a mostrar de inmediato. ¿Podría captar sus pensamientos? Sólo sabía hacerlo Alcar; nadie más que Alcar.

Lentamente se fue acercando. Si tan solo siguiera por el camino enfilado, pronto podría verlo con más claridad. No obstante, reprimió su fuerte deseo, porque lo entristecería profundamente si se volvería a retirar por su culpa, por la interferencia de sus pensamientos faltos de armonía.

¡Cuánto tiempo tendrá que pasar antes de que el ser humano pueda llamarse y tenga permiso de llamarse espiritual, y cuántos miles de años más tendrán que transcurrir antes de que en la tierra reinen condiciones mejores y el amor entre la gente sea espiritual, inmaculado y puro!

Solamente podría conectarse en amor con el bello desconocido. Le quedaba claro. Por tercera vez se detuvo allí entre las flores, un mar de flores, y extendió los brazos hacia ellas. A continuación envolvió una gran flor azul con sus manos bellamente formadas e inclinó con humildad la cabeza, a la que iluminaba un brillo sobreterrenal.

El momento en que empezó a hablar fue solemne, sagrado. Los sonidos le llegaron exactamente como poco antes había oído esa música gloriosa, y la voz, tan suave como esa música, le sonó igual de melodiosa. Era una oración

que elevaba al Creador:

†

—Flor mía, que portas la vida que Dios ha puesto en tu interior y en el mío, por medio tuyo mando mi amor a Él.

Conectándome contigo me conecto con Dios, porque Él nos ha dado la vida a ambos, porque ha depositado en nosotros la vida eterna.

Por tu bello color me mantendré en armonía con el Infinito, por tu dulce olor me fortaleceré. Tu color, que es del espíritu, inunda los campos de la vida eterna.

El que respire tu olor se sentirá fortalecido, porque el aliento del Padre vive en ti, vive en mí. Porque nuestro Padre es la Vida, nos ha dado la vida.

Tus aromas que intensifican la fuerza del alma de las personas serán dulces. Por eso sentiré la vida como nos fue dada, porque Dios solo da una vida, que para él significará: hermosa tranquilidad, paz eterna, amor santificante. Por eso me mezclo contigo, para acercarme al Creador en amor y humildad.

Mezclo mi luz con la tuya, porque juntos intuiremos la Luz de Dios, Su Luz eterna y sagrada.

Conservaremos nuestro amor, que es uno, que es eterno, que es la vida, porque Dios nos dio amor eterno, vida eterna. Dios te dio la vida, tu resplandor azul y tu olor.

Dios me dio el Intelecto pensante y depositó en mí sabiduría y fuerza.

Sin embargo, nos dio una vida y un amor. Por eso Dios nos hizo uno. Estamos eternamente conectados a través de la vida y en amor.

Así vivimos en amor por Dios; en serenidad, en paz, en felicidad y en armonía por Dios, porque llevamos dentro una vida.

¿Podrá entender la gente en la tierra, donde viví en su momento y donde ahora tengo nuevamente trabajo que hacer, que somos uno? ¿O pensarán que somos necios? Si conocieran tan solo un poquito de la felicidad que poseemos, que llevamos dentro, ya serían felices y habría paz en la tierra.

Ojalá supieran, bella flor, que el amor es fuerza y significa vida; que el amor puede hacer que se sequen los mares. Pero solo cuando es de origen divino. Si tan solo sintieran lo que es el amor universal, entonces podrían, como nosotros, ayudar y apoyar a los demás.

Pero los ayudaremos a usar la fuerza divina de Dios para hacer que despierten otros que todavía no intuyen la vida ni saben vivirla, que aún no están vivos. Les enseñaremos a confiar en la fuerza divina de Dios. Intensificaremos su confianza en todo.

Si tan solo la gente en la tierra pudiera tener más confianza; sería fuerte en su lucha.

Bella flor, confía; por eso es tuya la vida, tu vida se ha convertido en sentimientos, tus sentimientos en amor y tu amor en tu vida.

Ojalá la gente en la tierra supiera que la confianza en ella misma la haría capaz de obrar milagros; que la confianza en ella misma haría crecer y florecer su amor y lo embellecería.

La confianza en uno mismo es la fuerza de toda vida. La confianza en uno mismo es la fuerza divina que Dios llama vida. La confianza en uno mismo conecta al ser humano con Dios.

¿Por qué el ser humano duda que haya una vida eterna? Porque, bella flor, no siente su vida eterna, no la entiende; porque no es consciente de ella. Sigue siendo una posesión suya inconsciente. Por eso lo llamamos un muerto en vida.

Se enoja, bella flor, cuando se le dice la verdad, cuando se le muestra la verdad. Oh, podría contarte tanto sobre el ser humano terrenal, mas no quiero perturbar tu sosiego.

El ser humano en la tierra desconoce nuestro sosiego, porque vive en disarmonía y no siente armonía, porque su vida carece de armonía, porque está en disarmonía con su Padre celestial.

¡Cuántas cosas bellas no podríamos contarle de nosotros! Pero le parecería demasiado melindroso, demasiado aterrenal. A tal grado se han materializado sus sentimientos espirituales.

Cuando queremos instruirle por medio de nuestros instrumentos, pidiéndoles hacerlo tal y como lo vemos y sentimos, porque vivimos y estamos despiertos, entonces piensa que los médiums se han convertido en nuestros esclavos. Lo piensan principalmente los que creen saber algo de sintonización espiritual.

Si tan solo nos tuvieran más confianza, podríamos indicarles sus errores, llevarlos al camino correcto y conectarlos con nuestra vida, que es vida eterna. ¡Cuánto podríamos darles entonces! Pero, bella flor, incluso los que ven espiritualmente, que llevan dentro el don de luz, carecen de suficiente confianza en sí mismos. También ellos se tambalean todavía y están sometidos a influencia.

Ahora saco fuerzas de ti, mi flor. Con tu savia alimenté y fortalecí vida joven.

Ahora me voy, pero volveré, para contarte todavía más sobre las personas, cuando no perturbe tu sosiego. Aunque tu amor será lo suficientemente fuerte, porque viene de Dios.

Haré comprensible lo incomprensible y desarrollaré el espíritu humano en la tierra. Así quiero dirigir a las personas y sintonizar sus sentimientos con Dios. Entonces todos sus temores y dudas se convertirán en confianza en ellos mismos. Vive, flor mía, vive. Deja que viva la vida que hay en ti. Deja

que siga siendo tu felicidad y vida eternas.

A André le latía el corazón con fuerza. Ahora sabía lo suficiente y entendía todo. La figura luminosa que tenía frente a él no podía ser nadie más que su propio líder espiritual, su propio y amado Alcar. Ahora lo había visto como nunca antes. Sí, entendía todo. Su temor había sido innecesario y su confianza se había tambaleado. Todavía le habían faltado fuerzas para enfrentar el peligro. Tendría que haber reconocido a Alcar de inmediato sin dudar nunca de su ayuda.

Se sentía como paralizado y apenas tenía fuerzas para cargar con todo esto.

Entonces oyó la amada voz que conocía de sobra, que susurraba:

—André, hijo, el que quiera realizar todo en amor será inagotable, porque el Amor es Dios y Dios es inagotable.

André alzó la mirada. Ahí, frente a él, estaba su líder espiritual. ¡Qué bello era! Durante sus viajes a las esferas no se le había mostrado nunca con una belleza tan resplandeciente.

—Solo me verás así cuando estés completamente sintonizado conmigo y, como ahora, vengas a mí en gran amor humano. Amor que me diste a través de tu miedo, visto que tu miedo era amor, y que está sintonizado con esta esfera. Esta prueba de tu amor por mí me hizo decidir poner fin ahora, y para siempre, a la falta de confianza que había en ti. Conocía esta desconfianza, hijo, y por eso te mantenía fuera de todo y no eras más que mi herramienta. No obstante, así no habrías aprendido nada, pero tu amor se ha sintonizado con el mío por tus sentimientos profundos. Así nos hicimos uno y pude conectarte con ese amor, con esa esfera, donde sentías el sosiego que pone armonía en todo, lo que significa vida espiritual.

Durante la enfermedad de Doortje quise fortalecer tu confianza en ti mismo, para mostrarte que solo el amor es confianza en uno mismo. Ya no se te mantendrá fuera de la verdad, porque ahora sé que todo te es sagrado, que tu amor crecerá y florecerá y que obraremos milagros en el nombre del Padre, porque Él es la Vida de toda la vida. Ahora todo te habrá quedado claro. Pero siempre has de estar alerta de no convertirte en marioneta de tus sentimientos y sobre todo también de no pensar que sabes más que nosotros, porque eso significaría vanidad, de la que nunca te podremos advertir demasiado. Ya no te dejes influenciar de manera errónea; recuérdalo. La incredulidad es el veneno que ha infectado a la humanidad.

He aquí ahora otra imagen.

André vio a Doortje frente a él y le dieron ganas hasta de gritar de felicidad, pues la niña estaba viva. Así que se había preocupado sin motivo, porque no había confiado suficientemente en Alcar.

—¿Sientes ahora —preguntó este—, por qué Jacques y Nel no deben saber

nada? Si supieran de la seriedad de la enfermedad de su hijita, nos la quitarían para confiarla, por su miedo, a un médico terrenal. Pero está a salvo en nuestras manos y por medio de dos tratamientos magnéticos hemos podido salvar a la pequeña de una meningitis.

A André ya no le sobresaltó esta información, visto que ya no era posible que se tambaleara su confianza en Alcar.

—Ahora todas las sustancias malignas dejarán el cuerpecito; pronto lo notarás. Yo velaré por ello, André. Confía, confía, confía.

Y luego esto. No te sobrevalores, pero más que nada tampoco te subestimes, porque entonces, ¿cómo podrías ser consciente de tu propia fuerza y convencer a otros de nuestro saber?

Y también muestra que de ti emana amor, porque el amor obra milagros.

Tu amigo no vendrá y mañana la niña estará mucho mejor.

Alcar se había ido y André estaba solo de nuevo. Había aprendido mucho durante las últimas horas y había entendido bien la visión. Qué felicidad era para él haber podido ayudar a su líder espiritual a conservar una joven vida para los padres.

La noche después, fue a ver a Doortje. Nel vino a su encuentro desde el pasillo exclamándole:

—¡Doortje está mucho mejor, André, pero salió un montón de suciedad de su orejita! Esta tarde a las tres se reventó el absceso, acompañado de un olor terrible. ¡Cómo ha debido de sufrir mi pequeño tesoro!

La pequeña estaba otra vez en su pequeña silla y lo miraba con su carita sonriente, como si se diera cuenta de que ya todo se había arreglado.

Ya no hacía falta que la ayudara. El milagro había sucedido gracias a los dos tratamientos.

Pero no se salvó de volver a caer enferma, porque su oreja izquierda empezó a hincharse poco a poco y la piel alrededor a teñirse de rojo, hasta que finalmente apareció un tumor detrás de ella.

André la trataba dos veces por semana, como le había ordenado su líder espiritual, mientras que le había comunicado también que este proceso se repetiría cinco veces y que el segundo tumor sería algo más pequeño que el primero. El último sería del tamaño de una canica.

Les pasó este mensaje a sus amigos, que se quedaron muy impresionados. Les pareció terrible. Este primer tumor era casi del tamaño de una nuez y podía reventarse en cualquier momento.

Una tarde, Alcar dijo que eso sucedería por la noche y que había que vender bien a la pequeña, pues se liberarían muchas sustancias malignas.

La mañana siguiente, Jacques fue a contar que lo que Alcar les había comunicado se había cumplido. El primer tumor había desaparecido.

Aun así la orejita seguía roja e hinchada, y desde el momento en que se pre-

sentó la hinchazón hubo y seguía habiendo sangre en la orina, lo que según Alcar cambiaría después de que desapareciera el último tumor.

Lentamente fue apareciendo el segundo y desapareció nuevamente como el primero. Y cuando por fin este proceso se hubo repetido cinco veces, el color de la tez de la pequeña afortunadamente empezó a mejorar y ya tampoco había rastro de sangre en la orina.

—Ahora Doortje está curada —dijo Alcar—, y no volverá a enfermarse por ahora, pues hemos sacado todas las sustancias malignas, lo que será de gran peso para el resto de su vida.

Entonces André les contó a sus amigos con cuánto amor su líder espiritual había velado por su tesoro y de qué temida enfermedad la había salvado.

Naturalmente, esta información los conmovió mucho y estaban profundamente agradecidos por todo lo que Alcar había hecho por ellos en su gran amor.

—Podemos ayudar a las personas en todo —dijo Alcar—, y en caso de enfermedad grave no se esperará un minuto de más si resultara que hay que pedir ayuda médica terrenal. Siempre velaré, día y noche, porque el espíritu ya no necesita dormir ni conoce el cansancio. Pero a ti te toca cumplir todo según nuestros deseos. Entonces no hay peligro. Entonces la gente se entregará con disposición a nosotros y la ciencia nos aceptará, porque habremos ganado su confianza. Los médicos acudirán a nosotros por ayuda cuando estén impotentes ante casos de enfermedad grave. Inclinarán la cabeza y depondrán su pudor fingido, porque muchas veces se ven ante problemas que no lo son para el espíritu, porque nos conectamos con la materia y vemos a través de ella.

Entiéndeme bien: yo probaré a la ciencia que pervivimos; yo, llamado ahora Alcar, que antes vivió en la tierra. Viví en su tierra hace siglos pero el nombre que entonces portaba sigue siendo pronunciado con deferencia por muchos de ustedes. En el mejor momento de mi vida, con algo más de cuarenta años, me llamaron para dejarla. Antes de ese momento, sin embargo, ya estaba convencido de que mi vida no terminaría con la terrenal. Y cuando tomé conciencia en qué estado había dejado a muchos hermanos y hermanas, me invadió, gracias a Dios, un intenso deseo de poder convencer a las personas terrenales de que hay una pervivencia después de la muerte material.

Hace mucho ya que también todos mis amigos están de nuestro lado y me ayudan y apoyan en esta tarea. En la tierra de ustedes llevaban nombres destacados, que siguen perviviendo allí y que ciegan a la gente, mientras que para ellos ya no tienen valor, porque hemos aprendido que es solo el espíritu el que le da valor a la vida.

Si se pudiera aceptar que detrás del velo trabajamos con gran amor para ellos, intentando ayudarlos con todo, entonces también nos podrían aligerar

mucho nuestra tarea, actuando conforme a nuestros deseos, pero al pensar que lo muerto, muerto está, no quieren tener nada que ver con la vida. Por eso volvimos a la tierra, yo y tantos otros, para despertar a la humanidad y convencerla de que vivimos, porque Dios, que es Amor, nos dio a nosotros y a ella una vida eterna que gracias a una constante evolución llegará a ser perfecta algún día, como es perfecto el Padre en los Cielos.

Así se me concedió, pues, salvar una vida joven a mí, el ser humano descorporizado con mi intelecto pensante desarrollado, mientras que nadie en la tierra sabía qué enfermedad peligrosa sufría y por lo tanto nadie habría podido intervenir de manera contundente, de modo que no habría quedado más que materia, solo materia.

Con eso quería demostrar que mediante un médium sanador noble podemos ayudar al ser humano a resolver sus problemas y que queremos darle amor siempre. Si tan solo aprendiera a comprender que los “muertos” viven. Desde el más allá le exclamamos: vivimos, vivimos de nuestro lado en gran felicidad. Vivimos en amor eterno e inmaculado; un amor como en la tierra no lo conoce ni percibe ningún ser humano. La vida eterna es indestructible, pero se puede desarrollar completamente en el espíritu solo después de la muerte material. Es indestructible porque la Vida es Dios y Él no destruirá Su propia Vida.

Pero cuando llegue el momento en que Dios lo llame y se produzca la supuesta muerte, lo único que tendrá que hacer el ser humano es deponer su vestidura material, como depone tantas veces una prenda, gastada o no. Entonces el espíritu se liberará de sus cadenas para poder elevarse hacia regiones desconocidas, más arriba, siempre más arriba.

Nosotros, que hemos depuesto nuestra vestidura material hace tanto tiempo, nos acercamos a las personas para contarles esto, porque sabemos que siempre evolucionaremos, para adoptar formas de existencia cada vez más elevadas hasta que seamos demasiado sensibles, con una sintonización demasiado elevada para poder seguir conectándonos con los habitantes de la tierra.

Terminé por demostrar que el magnetismo es la fuerza bendita que ayudará al ser humano a curar a sus enfermos, porque es una fuerza curativa pura y natural, y todo lo natural y puro recorre el camino que lleva a lo Elevado.

Yo, que hace tanto tiempo vivía en su tierra, salvé una joven vida porque era la voluntad de Dios. Así que solo me será posible cuando mi fuerza no atente contra la fuerza de Dios.

Nosotros, que intuimos el espíritu mucho más intensamente que el ser humano, sabemos lo que podemos y se nos concede hacer en sintonización con Dios.

Espiritualmente, el ser humano sigue inmerso en un profundo sueño, del

que no despertará del todo hasta que sea uno de los nuestros.

Salvamos a Doortje. ¿No les prueba a los humanos que volvemos a ellos para hacer nuestro trabajo rodeados de ellos? Dios nos dio la gracia de poder volver a ellos. Por poseer la luz, vemos en su oscuridad que nuestra luz iluminará.

Hombre de la tierra, acepta la luz, porque esa Luz es Dios. Te abrochamos el salvavidas del espíritu. Ten presente que en el mar de la vida no hay tormenta capaz de destruirte. Te mantendrás a flote, porque la Vida eterna te mantendrá a flote.

En ti está la sagrada chispa divina, la fuerza salvadora por la que estás sintonizado con Él.

Seguiremos velando las vidas jóvenes y también las vidas que aún están en mantillas —que podrían llamarse jóvenes todavía en el espíritu—, aunque hayan llegado ya a la edad de setenta o incluso de ochenta años. A ellos y a los jóvenes queremos ayudarlos. Y por eso digo a todos ellos: ahora te queda tiempo, ahora sigues en tu cuerpo terrenal, en la posesión de tu vida terrenal. Hay que salvar, amigos, lo que se pueda salvar. Pero no hay que salvar materia, sino el espíritu, y hay que purificar su alma. Entonces al final habrá una vida de Amor eterno, de felicidad eterna en la Casa de Dios mi Padre, cuando tu peregrinación terrenal haya tocado a su fin.

La utilidad de la mediumnidad sanadora

Una tarde, André recibió la visita de un señor que le preguntó si podría ir a ver a su hijo, que llevaba siete días en la cama con fiebre alta, mientras que el médico que iba a revisarlo a diario seguía sin poder llegar a un diagnóstico.

Como en un fogonazo le llegaron entonces las siguientes palabras:

—El pulmón derecho esta infectado.

Y al preguntarle a continuación a Alcar cómo podía dar este diagnóstico ya sin el menor contacto, su líder espiritual le contestó que le explicaría todo más adelante.

—Pero ahora dile —continuó—, que conocemos la causa de la enfermedad.

André le pasó el mensaje a su visitante, a quien le pareció muy curioso y casi incomprensible.

Por la noche tocó el timbre en la dirección que le habían dado y examinó de inmediato al muchacho, que estaba gravemente enfermo. Le tomó la mano en la suya, para en estado de trance constatar enseguida cuál era la enfermedad, lo que Wim, de diecisiete años, permitió pacientemente. Después le preguntó, tocando al mismo tiempo ese lugar, si sentía dolor del lado derecho debajo del omóplato, pero el paciente no sentía nada allí ni había sentido dolor en ese lugar en todos estos días. Pero al sujetarlo André sintió un dolor marcado, ardiente, a veces punzante en el pulmón derecho y después vio claramente que estaba infectado, lo que Alcar le había dicho ya en la tarde.

Se lo comunicó ahora a los asustados padres, que le pidieron encargarse del tratamiento de su hijo, pues les había inspirado confianza por haber podido fijar el diagnóstico en diez minutos, lo que al médico le había sido imposible en siete días.

Obviamente, André quería de todo corazón cumplir con esta petición y le preguntó a su líder espiritual qué tenía que hacer.

—Escucha, hijo —le contestó este—, si el médico hubiera podido fijar su diagnóstico hace una semana, habría empezado de inmediato con compresas de Priessnitz, pero como no lo hizo, tendremos que esperar un poco para hacerlo, pues entretanto la infección ha invadido el interior. Ahora nos toca magnetizar al chico con vigor; así la enfermedad saldrá después de tres o cuatro tratamientos y le quedará claro también al médico que su paciente tiene pulmonía. Ponerle compresas de Priessnitz ahora aceleraría demasiado el proceso; llegaremos a resultados mucho mejores a través de nuestro fuerte flujo magnético. Entrégate por completo, hijo mío; hay muchas Inteligencias que nos ayudan.

Después de un tratamiento de más de veinte minutos, Alcar lo detuvo y le comunicó lo que ocurriría.

—En primer lugar, después de este tratamiento Wim empezará a transpirar mucho, lo que tendrá un efecto curativo. Esta transpiración hará que la infección empiece a trabajar y en dos días sentirá el dolor que sentiste hace un rato. Ese será entonces el momento en que el médico empezará a oír algo.

André volvió a comunicarles este mensaje a los padres, que la mañana siguiente le contaron de inmediato que por la noche su hijo había transpirado muchísimo.

Dos días después, empezó a quejarse de un dolor y cuando el médico lo volvió a examinar minuciosamente, constató que el pulmón derecho de su paciente estaba afectado, como ya había dicho Alcar antes. Por la noche quiso tomarle una radiografía.

Cuando los padres de Wim se lo contaron a André, oyó que Alcar dijo:

—Antes de hacer la radiografía, les daremos un dibujo que muestre claramente dónde está infectado el pulmón.

Eso alegró mucho a André y le pareció interesante que se le concediera volver a convencer a la ciencia médica, como magnetizador clarividente, de la Ayuda Espiritual desde las Esferas Elevadas.

Después de que André volviera a tratar al enfermo, Alcar tomó posesión de su brazo e hizo el dibujo prometido, que mostraba claramente que él, André, a pesar de no saber nada de enfermedades, era capaz, por clarividencia, de hacer un diagnóstico correcto.

Por la noche, el médico hizo la radiografía y les dijo más tarde que esta había demostrado que el pulmón derecho estaba infectado. Dado que no había traído la foto, la madre le preguntó si no podría hacer un dibujo de ello. Le gustaría luego compararlo con el de André, lo que naturalmente desconocía el médico.

Después de que este hubiera cumplido su petición, los padres sacaron el primer dibujo, pidiéndole no enojarse por haber consultado también con un magnetizador en su angustia, después de que su chico hubiera padecido ya siete días una enfermedad de la que no había manera de constatar la causa.

Al médico, que miró el boceto con detenimiento, le pareció muy curioso que ambos dibujos se correspondieran tanto y no entendía nada.

—Sí, doctor —dijo el padre—, a nosotros también nos asombra, porque desde que llegué a la casa del magnetizador, a pesar de no haber visto este nunca a nuestro hijo, conocía la causa de la enfermedad. Es incomprensible, pero la pura verdad. Y cuando lo revisó más tarde en nuestra presencia, lo que duró solo diez minutos, mostró el lugar donde sentiría dolor dos días después.

El médico no podía más que repetir que le parecía sumamente curioso.

—Pero —preguntó también—, ese magnetizador no seguirá viniendo aquí ya, ¿no?

¡Qué estrecha es a veces la mirada humana!

Naturalmente, los padres de Wim habían llegado a confiar plenamente en André, dejándole con toda tranquilidad el tratamiento de su enfermo, que quería, según decía, más al médico joven que al viejo. El médico joven seguramente lo curaría, decía Wim, porque le ponía las manos exactamente en el lugar en donde le dolía más, haciéndole mucho bien. Una mañana lo saludó con las palabras: “Hola, doctor”, pero André, que no quería saber nada de eso, dijo que no era médico. Pero para él era y seguía siendo su médico, en quien había depositado su confianza y que le aseguraba que se recuperaría por completo siempre que descansara. Así habían pasado otros cuatro días y a lo largo de su enfermedad el chico se había debilitado mucho, perdiendo mucho peso; la alta fiebre, que se resistía a dejarlo, lo había dejado sumamente exhausto. Esta joven vida luchaba contra eso desde hacía ya casi doce días y el médico no había sido capaz aún de decirle cuándo se podía esperar la crisis.

Por eso, André se lo preguntó a Alcar y recibió de inmediato su clara explicación.

—Llevamos cinco días trabajando con él —dijo—. La crisis ocurrirá por lo tanto la noche del próximo martes, para durar hasta el mediodía del jueves. Entiéndeme bien: el jueves al mediodía, la crisis habrá pasado.

De modo que sin dudarle un instante, André comunicó esta información. El martes por la noche, la fiebre subió con tal vigor que el enfermo se inquietó mucho para finalmente perder el conocimiento. Estaba todo el tiempo delirando y tirando de las mantas, de modo que para el miércoles por la mañana, su condición le parecía muy inquietante a André. Pero Alcar, que le hacía sentir su gran amor y nuevamente estaba velando por la joven vida día y noche, le ordenó concentrarse mucho y tratar al chico con fuerza. ¡Qué amor tan sagrado, tan universal residía en todo esto! ¡Si la gente tan solo pudiera intuirlo! ¡Si tan solo sintiera algo de la gran fuerza por la que su líder espiritual tiraba todas las vidas hacia él, conectándose con ellas!

Durante el tratamiento, André sintió y vio a varias inteligencias alrededor del lecho del enfermo. ‘¿Qué significaría esto?’, se preguntó. No le gustó mucho, porque estaba al tanto de que cuando aparecen muchas inteligencias junto a un enfermo de gravedad, esto suele presagiar su transición. Llegan para guiar al espíritu, que pronto dejará el cuerpo, hacia el lugar en las esferas con el que está sintonizado por su vida terrenal. Por eso le preguntó a Alcar por qué se mostraban en el lecho del enfermo. Este lo tranquilizó de inmediato y le dijo que se lo explicaría más adelante. Así que no volvería a preocuparse inútilmente, pues la lección que había recibido durante la enfermedad de Doortje había sido para él una lección vital. Nada debía angustiarlo ya;

tenía que ser firme como una roca en la rompiente y las tormentas más violentas ya no podrían destruir su confianza en sí mismo. Nadie sería capaz de influenciarlo, aunque lo enfrentaran diez médicos, porque podía confiar en su Alcar hasta toda la Eternidad.

Así que les aseguró a los padres de Wim con gran firmeza que, por más grave que se fuera a manifestar la situación, tenían que confiar en que su chico seguiría con vida.

Después de haberlo tratado ese miércoles por la noche y haber repetido otra vez más sus palabras tranquilizadoras, volvió a casa, para volver la mañana siguiente, el jueves. Entonces los felices padres pudieron haberle dado un efusivo abrazo de gratitud, porque durante la noche la temperatura poco a poco había ido bajando hasta 38,4 °C.

Después del tratamiento, el termómetro solo marcaba 37,9 y al mediodía Wim estaba completamente libre de fiebre. La crisis había pasado, como lo había predicho Alcar, y esta joven vida también estaba salvada.

Los padres no sabían cómo agradecerse a André y menos aún de qué manera podrían expresarle jamás a Alcar sus sentimientos de tan profundo agradecimiento. A Alcar, del que habían leído ya tanto en “Una mirada en el más allá”.

Pero Alcar no quería saber de agradecimientos.

—Escucha, hijo mío —dijo—, y comunícales el siguiente mensaje.

Cuando el padre de Wim llegó a verte esa tarde para pedirte consejos y ayuda, iba acompañado de su propio padre, que hizo la transición hace mucho tiempo, que vela con toda discreción por las gracias y desgracias de los suyos y sabía por tanto de qué grave enfermedad padecía su nieto. Conectándome con él supe cuál era la causa y pude darte el diagnóstico correcto, antes de que hubiéramos tenido la menor conexión con el paciente. El abuelo también me informó de que llevaba ya varios días incidiendo en su hijo, lo que afortunadamente había logrado por completo despertando el sentimiento de angustia de este.

Te lo aclararé más adelante, haciéndote vivir, por desdoblamiento consciente, cómo se incide en el ser humano desde nuestro lado.

El abuelo, que ya en la tierra amaba mucho a su nieto, conservó ese amor por él en la vida después de la muerte material y se le concedió ayudarlo. Así que los agradecimientos le tocan a él, pero tampoco él los aceptará, pues el amor espiritual es universal y toda Inteligencia que está en la luz lo regala plenamente.

No reclamamos gratitud y ya nos sentimos felices con que el ser humano se quiera entregar en plena confianza para recibir nuestro amor. Vivimos por él, para revelarle la Vida por medio de pruebas y para convencerle de que los médiums sanadores de buena fe hacen un trabajo útil, mientras trabajan por

y para nosotros con su fuerza magnética, es decir: fuerza de vida, un tónico natural y humano.

A través de ellos podemos curar de manera infalible sus enfermedades y males; nosotros, que hemos muerto en la tierra, como se suele decir.

Hijos de la tierra, aún sin despertar espiritualmente, ¿no merece todo esto una reflexión? ¿Es tan horrorosa la idea de recibir ayuda de los “muertos”? ¿Que los “muertos” mantengan a un casi moribundo al lado de los suyos, dejándolo vivir, resulta tan terrorífico? “Los muertos” son de ayuda en todo, todo, todo, pero esos “muertos” solo ahora viven de verdad, mientras que aquí se piensa que ya no pueden volver hacia aquí para convencer a las personas de su cercanía.

Habría que borrar la palabra “muerto” del diccionario; introduce disarmonía, porque en verdad: nosotros, espíritus descorporizados, estamos con, dentro y alrededor de los seres humanos, vemos a través de la materia y hemos vuelto a velar por una joven vida. ¿No es una prueba de que poseemos intelecto?

¿Y qué hizo usted, médico, que estudia en la tierra, que no se ha convertido todavía en una sabiduría en el espíritu? ¿Usted, cuya tarea es intentar salvar vidas humanas? ¿Usted, que buscó pero no pudo encontrar? Intentó ahuyentar a nuestro instrumento del lecho de enfermo, después de que le hubiéramos quitado todo el miedo y la intranquilidad que le causaban a usted noches en blanco, devolviéndole así su sosiego y su confianza en sí mismo. ¿Ese es el verdadero humanitarismo? Claro, no le ha llegado su hora aún. Pero sepa que solo hay una fuerza que lo une todo, que hace que todo viva, que nos guía a usted y a nosotros, que nos dio la vida a todos y que hará que su ciencia y su erudición se esfumen cuando lo ilumine su luz. Entonces toda la posesión, toda la sabiduría, todo el poder, todo el saber terrenal se le caerá, porque Dios conoce solo una fuerza: la fuerza del amor. Y ese amor usted lo quiso ahuyentar de la habitación del enfermo, el amor inmaculado, que usted todavía no siente, pero que no obstante tendrá que poseer en abundancia si quiere llegar a la vida, la vida que es Dios, la vida que nos ayudó a conservar la joven vida para los suyos.

Por lo general buscamos nuestros instrumentos entre los que no llevaron a cabo una carrera, pues de haberlo hecho, podrían hacerse inmanejables, al pensar saberlo todo mejor que nosotros. Su erudición terrenal entraría entonces en conflicto con nuestro saber, pues no fue desarrollada en el espíritu y por lo tanto no es sabiduría.

No nos sirven los instrumentos pseudoeruditos, porque una vez que se subi-

eran a un pedestal, podrían volverse temerosos de que nosotros los bajáramos de allí, porque su edificación no posee fuerza en el espíritu y la menor tormenta haría colapsar su base como un castillo de naipes. Los verdaderamente humildes de espíritu son los que nos sirven mejor, para nuestra sagrada tarea, porque podemos trabajar al lado de, dentro y a través de ellos.

Así que acepten nuestros instrumentos, ustedes, hombres de ciencia, porque son los embudos a través de los que podemos llegar a ustedes. Examinen a aquellos a través de los que hablamos. Sométanlos a prueba cuantas veces quieran, pero acéptenlos cuando llegan a ustedes en amor. Separen el grano de la paja; incluso es necesario, porque sigue habiendo demasiados médiums, o supuestos médiums, que solo después se darán plenamente cuenta de cuánto trabajo nuestro echaron a perder en la tierra. No nos lleven la contraria; examinen con seriedad y sin prejuicios, porque más adelante, cuando sean uno de los nuestros, usarán todas sus fuerzas para poder llegar a los suyos y convencerlos de que su amor no se ha debilitado, como lo hacemos nosotros ahora. Imagínense qué felicidad les dará entonces poder ayudar y apoyar a sus seres queridos que dejaron atrás.

Las muchas Inteligencias que nuestro instrumento vio alrededor del lecho de enfermo eran todos sabios en su tierra, a quienes ahora, en la vida detrás del velo, se les enseña, cual fueran niños, cómo incide el espíritu en el ser humano material. ¿No lo entienden? Esperen entonces hasta haber llegado también de nuestro lado. Entonces se lo probaremos. Todo lo que se ha aprendido en su tierra se convierte en sabiduría solo al llegar de nuestro lado, porque con nosotros lo terrenal ya no tiene valor. Estas Inteligencias ahora están completamente convencidas de eso y por lo tanto le están profundamente agradecidas a Dios de que ahora se les conceda aprender cómo podrán incidir en un instrumento cuando llegue el momento en que ellos mismos busquen uno, y cómo podrán, a través de él, llegar a los suyos en la tierra. Esperan con impaciencia el momento en que se les concederá esto y, a su vez, podrán difundir su mensaje.

Amigos, luego les llegará su hora también a ustedes. Puede que falte mucho, pero también puede que muy poco. Cuando Dios los llame, tendrán que venir. Así que asegúrense de estar listos y pongan su espíritu en Sus manos. La vida es eterna; piensen en eso y conozcan su propia vida. Despéguese de todo egoísmo y aplasten su propio yo, porque solo hay un Yo y es el Ser Supremo, el Creador Todopoderoso del cielo y de la tierra; solo Él. Dejen que les abramos los ojos. En toda su tierra se está vertiendo nuestro alimento espiritual y poco a poco vemos que la luz se va haciendo más brillante. Miles, cuyos instrumentos pudieron llegar a ellos para desarrollarlos, llegan hasta ustedes para ayudarlos. Desciendan de sus pedestales, amigos, inclinen

mucho la cabeza, otórguenle un momento de atención y confianza a Dios y piensen en su bienestar eterno, en su gloria eterna.

Wim desea con fervor convertirse algún día en médico. Que sea entonces una bendición para muchos y que pueda siempre llevar a cabo su tarea con gran amor. Le exclamamos: deja que todo lo que pasó durante tu enfermedad te siga siendo una lección de vida, de la que siempre puedas sacar sabiduría. Dedícate por completo a la sufriente humanidad, espiritualmente más incluso que corporalmente. Apoya a los magnetizadores que trabajan para nosotros y conéctate con ellos. Entonces nos conectaremos contigo, por lo que acumularás sabiduría, poseerás sentimientos y portarás vida en ti. Y porque portarás vida dentro de ti, estarás fuerte y serás poderoso en tus capacidades. Obrarás milagros, porque la Vida te ayudará. ¡Ofrécete en amor y muestra siempre que eres digno de recibir ayuda de los Espíritus de las Esferas Elevadas!

Sanación física y psíquica

Y nuevamente alguien fue a buscar a André, pidiendo una consulta por motivo del estado de salud de su pequeño hijo Louis, de siete años, y en estado de trance André pudo constatar en menos de diez minutos que el niño era retrasado mental y que mojaba la cama por las noches.

Este padre también se sorprendió mucho porque André pudiera hacer el diagnóstico tan correcto tan pronto y le preguntó si sería posible curar al muchacho.

Le dio una respuesta afirmativa, puesto que Alcar no lo advirtió de la imposibilidad de hacerlo. Después su visitante le preguntó cuánto tiempo necesitaría.

—Escucha bien, hijo mío —dijo Alcar entonces—. Después de que lo hayamos tratado durante quince días, el mal poco a poco se estabilizará, para volver a mostrar el mismo fenómeno un mes más tarde. Después pasarán ocho meses antes de que se produzca la sanación completa, durante los cuales se le tendrá que tratar regularmente. Sin embargo, entonces también se habrán desarrollado sus sentimientos, por lo que podrá hablar y aprender mejor.

André le pasó este mensaje al padre, que se alegró mucho, y en plena confianza puso a su hijo bajo su tratamiento.

Después de haber magnetizado al pequeño Louis cuatro veces —dos por semana—, ocurrió obviamente lo que había predicho Alcar, para volver a empezar después de un mes. Continuó el tratamiento en su propia casa y después de haber ayudado al chaval durante cuatro meses, en una ocasión lo acompañó el padre para preguntarle cómo veía las cosas.

—Ya le comuniqué, señor, cómo siento y veo todo, ¿no? —fue su respuesta.

—Sí, se cumplió lo que me dijo la primera vez que vine a verlo, pero nos sirve de tan poco, pues cada noche es la misma historia.

André, que se estaba concentrando fuertemente en Alcar, porque él mismo no sabía de estas cosas, esperó con calma lo que quisiera comunicarle su líder espiritual, y pronto lo oyó decir:

—Si no confía en nuestras palabras, que consulte la ciencia terrenal. Nuestro trabajo necesita tiempo.

Así que André continuó:

—Si le parece que toma demasiado tiempo, le sugiero consultar a un médico, señor. Año tras año la gente empieza tratamientos médicos y por más que duren, eso no es relevante, con que el paciente pueda mejorar. Pero cuántas veces no ocurre que finalmente los tienen que abandonar de todos modos,

porque la mejora esperada sigue sin darse. Y ahora me pide usted una pronta recuperación, mientras que sin duda intenté dejarle claro el procedimiento.

Pero esa no había sido la intención de su visitante.

—Durante años —dijo—, estuvimos yendo de médico en médico con nuestro hijo, pero la ayuda médica no sirvió de nada, mientras que desde el primer día en que usted trató a Louis, pudimos constatar un cambio favorable en él, a pesar de que el mal no esté curado todavía. Porque antes, después de haber jugado fuera, siempre pasaba unos cuatro días en cama, enfermo. Nunca estaba normalmente sano, como mis otros hijos. Y ahora no hace más que jugar fuera a la intemperie y eso ya nunca lo enferma, aunque a veces llegue a casa chorreando agua. Aunque fuera solo por eso queremos perseverar en el tratamiento.

—Bien, señor —contestó André—, pero entonces también tiene que confiar en mí para lo demás.

Un poco más tarde oyó que Alcar dijo:

—Volveré a hacerle una predicción. Llevamos ahora cuatro meses ocupándonos de su hijo y por lo tanto me faltan cuatro meses más para poder curarlo por completo. Le parecerá increíble si le digo que el pequeño Louis lleva ya mucho tiempo curado materialmente, aunque siga mojando las sábanas. Y es que para oídos terrenales suena improbable. Pero de cualquiera manera es la verdad, y te aclararé cómo es posible.

En primer lugar debemos seguir magnetizándolo regularmente. Es necesario, sin duda, para desarrollar sus sentimientos en el espíritu. Tenemos que aumentar su nivel espiritual, porque de no poder hacerlo, no se podría remediar el desagradable fenómeno, puesto que no es consciente de la falta de sentimientos espirituales en ese punto. Sigue encerrado en su subconsciente y tendrá que despertar más adelante.

Cuando lo hayamos tratado durante ocho meses, no solo de repente dejará de presentarse el fenómeno, sino que también sus sentimientos se habrán desarrollado y habrán llegado a un estado más elevado. Entonces será capaz de hablar y aprender mejor, y también poseerá una capacidad de concentración mayor. Sin embargo, por este estado más elevado, o estado de concienciación, no solo saldrán a flote sus características buenas, sino también las menos buenas.

—Esto último no es una perspectiva agradable —señaló el padre del pequeño Louis.

De nuevo André no supo qué contestar, pero de inmediato Alcar le susurró:

—En el caso de un niño normal, la concienciación crece al mismo tiempo que el crecimiento material y en proporción a él, y también en el caso de un niño normal así se pueden constatar características menos buenas, aunque

no salgan a primer plano, porque el crecimiento espiritual y material son uno solo, lo que significa el desarrollo del ser de concienciación; en eso reside la fuerza de los sentimientos del ser. Podría analizar miles de otros estados de esta manera.

La parte del proceso de desarrollo para la que un niño normal necesita un año, este chico la tiene que procesar ahora en un par de meses. Y de repente habrá llegado al punto en que sus sentimientos despertarán en el estado de conciencia. Así que experimenta todo en un tiempo mucho más corto que el niño normal y por el cambio repentino pierde entonces su equilibrio por falta de experiencia de vida, porque no tiene suficiente fuerza de concentración ni fuerte voluntad. Pero como intuyo su estado espiritual y puedo sonarlo, me atrevo a asegurar que, en lo que atañe a sus características menos buenas, se limitará a travesuras, que por cierto solo hará durante un tiempo. Puedo constatarlo porque siento su amor. Así que no perecerá, porque hay suficiente amor y sentimientos por el bien en él; estas buenas características lo guían y lo llevarán al camino de vida correcto. Así que de ninguna manera debe su padre preocuparse por su estado espiritual. Todo se arreglará.

¡Cómo se ilusionó el padre con esta perspectiva!

—Entonces, qué sencillo parece todo esto en realidad— dijo.

—Sin duda es así —oyó André que su preceptor espiritual contestaba a eso—, y es que todo termina siendo sencillo cuando el ser humano puede conectarse con la Vida. Todo brota de la fuente de sencillez. Entonces los problemas ya no lo son, los milagros ya no lo son, porque todo es vida. Aun así, el ser humano material sigue sin poder intuir la vida en todo y todavía no sabe conectarse con eso. La vida es amor; por eso los sentimientos de él se convertirán en sabiduría cuando estén sintonizados con lo espiritual.

André continuó tratando al niño y cinco días antes de que hubieran pasado los ocho meses, dicho fenómeno desapareció de repente, convirtiéndose Louis en un niño completamente distinto, que podía aprender con mucha más facilidad. No obstante, un día su padre le contó a André que Louis no podía tener las manos quietas y que llevaba a casa todo lo que llegara a su alcance. Era un fenómeno extraño, porque antes algo así ni se le habría pasado por la cabeza. Muchas veces llegaba incluso con puros, y le era un misterio de dónde los sacaba.

Pero por suerte también este fenómeno volvió a desaparecer, después de eso el pequeño Louis llegó a ser un niño cariñoso, cuidadoso e inteligente, como lo había determinado Alcar de antemano.

André le preguntó a su líder espiritual cómo había sido posible hacer que por un tratamiento magnético el niño fuera sano no solo en lo corporal, sino también en lo espiritual, y recibió la siguiente respuesta:

—El magnetismo es fluido vital y la vida significa sentimientos. Al intensificar ahora sus sentimientos por el fluido vital, el chico vivió todo ese tiempo bajo una presión espiritual más elevada, por lo que se intensificaron sus fuerzas espirituales. De haber sido tu fluido más basto que el suyo, no se habría podido establecer una conexión y el tratamiento habría sido en vano. Pero vi a lo que podríamos llegar, lo que le es posible solo al espíritu astral.

Llegarán a verte enfermos o te mandarán llamar, y pensarás que podrás curarlos, lo que resultará imposible a pesar de todo porque no pueden absorber tu fluido vital, y por tanto no se puede establecer una conexión. Y esa será entonces la prueba de que no puedes ayudar a todos, a menos de que uno se entregue incondicionalmente y en plena confianza y se entable un lazo fuerte entre magnetizador y paciente.

Así que su fuerza subconsciente tenía que salir a flote y hacerse consciente proveyendo el estado psíquico del chaval de alimento espiritual. Y por esta súbita concienciación perdió el equilibrio. Ya te he aclarado antes cómo es posible. Nuestra medicina tenía que ser espiritual, para que sus sentimientos se desarrollaran. Pudimos llegar a este resultado gracias a tus fuerzas vitales. No habría sido posible administrando medicamentos terrenales, pues en varios casos estos pueden curar la materia pero nunca el espíritu.

Así que das de tu propia fuerza vital, tu oro espiritual, a otros, hijo mío, lo que se podría comparar con una transfusión de sangre. Si la gente pudiera tener conciencia de que les das tu sangre espiritual, no se tomarían todo esto tan a la ligera. No la despilfarres, porque es valiosa y se tiene que estimar así, aunque cada pérdida de fuerza vital se vuelva a rellenar del depósito cósmico, dependiendo de la fuerza del amor que lleves dentro. Así que puedes dar cuanto quieras, porque si tu amor es puro, nunca te agotarás, pues el amor es inagotable al provenir de Dios. Por lo tanto, quien desarrolle sus sentimientos de amor desarrolla a la vez su fluido vital.

Pero también hay personas que no viven como el Padre de todos nosotros lo quiere de ellos y que aun así poseen fuerzas curativas. También este tipo de personas tienen sus líderes espirituales, pero estos las consideran simplemente como los canales materiales que les permiten trabajar.

Da tu fluido vital a los que sufren corporal o espiritualmente, hijo mío, pero manténlo puro por medio de tu amor, que tiene que estar sintonizado con Dios; porque solo entonces podremos ayudar a los últimos (—concluyó).

Nuevamente, André había adquirido sabiduría vital y había vuelto a recibir nueva riqueza espiritual.

Una curación milagrosa

En este estado, André vivió fenómenos muy curiosos, por lo que conoció las fuerzas psíquicas de los que han depuesto el cuerpo material.

—Escucha, André —le dijo Alcar—, esto es lo que quiso decir el profeta Joel cuando dijo: “Y sucederá que después de esto (dice Dios), derramaré Mi Espíritu sobre toda carne; y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros ancianos soñarán sueños, vuestros jóvenes verán visiones”. (Joel 2:28, Hechos 2:17)

André vivió milagros y por eso podía entender el significado de estas palabras, mientras que cada vez le quedaba más claro que, si un médium se confía en cuerpo y alma a fuerzas superiores, es capaz de obrar milagros. Fueron a pedir su ayuda para una chica de veinte años que estaba gravemente enferma y el diagnóstico que Alcar le hizo fijar fue: paratifoidea. Al preguntar si se le concedería ayudarle, Alcar contestó:

—Si bien podemos disminuir sus dolores y la fiebre, para esta enfermedad también es indispensable la ayuda terrenal.

La familia pidió ahora ayuda médica y después de un par de días, el médico que la estaba tratando decidió ingresar a su paciente en un hospital.

Después, André vivió cosas asombrosas de las que no entendió el significado. Por más que reflexionara, le seguía siendo imposible ver luz en esta condición que era oscura para él.

Cuando se le concedía curar a un paciente o cuando, por alguna razón, se interrumpía el tratamiento, siempre se liberaba del todo, para poder entregarse después a otros enfermos nuevos, porque para poder fijar un diagnóstico hace falta liberarse interiormente de cualquier pensamiento que pudiera interferir. Pero ahora le era imposible, porque veía constantemente su imagen, por lo que se veía limitado en su trabajo. Día tras día pensaba en la chica enferma y se preguntó más de una vez qué sería lo que significaba todo esto, porque nunca había sentido un contacto tan íntimo con un paciente que hubiera tenido que soltar. La chica también lo estaría sintiendo, pensó, pues en enfermos estas fuerzas a menudo están desarrolladas en gran medida. No oía ni veía a su líder espiritual, pero percibía que debía tener un significado que tarde o temprano le sería revelado.

Así pasó una semana.

Cor, la prima de Annie a quien André por casualidad estaba tratando, lo tenía al corriente de su estado, y una noche llegó a verlo para preguntarle de parte de ella si podría visitarla. Entonces tuvo la seguridad de que ella también sentía el contacto, aunque tal vez no fuera consciente de ello. Su

cuerpo estaba entumecido, contó Cor, y siempre tenía mucha fiebre. Tenía la boca adormecida y la sangre envenenada. Ya casi no podía hablar por tener la garganta tan inflamada y tenía el rostro de tono azul plomo. Los médicos ya no daban esperanzas para su recuperación y por tanto la familia también había perdido los ánimos.

Después de que André se hubiera puesto de acuerdo con Cor de ir al hospital juntos la noche después, sintió que el contacto disminuyó y la tensión cambió en un gran deseo de poder ayudar a conservar otra joven vida que luchaba contra la muerte; porque naturalmente —aunque no se dejara ver— Alcar, el espíritu elevado, también velaba por esta vida.

Por lo tanto decidió esperar en confianza y, más pronto de lo que hubiera atrevido esperar, también este problema se le resolvió y conoció otro poco más el gran y sagrado amor de los que, desde detrás del velo, realizan con todas sus fuerzas el trabajo que Dios les encomiende, para bienestar de la humanidad.

Por la noche de repente despertó porque oyó que lo llamaban por su nombre. Miró a su alrededor, pero no vio a nadie y por eso pensó que sería bueno volverse a dormir. Pero unos minutos después volvió a oír que decían su nombre, mientras que descubrió también que lo habían liberado de su cuerpo material y que por lo tanto se había desdoblado. Nunca antes había pasado tan de improviso, pues Alcar siempre lo había advertido de antemano, para que entonces se pudiera sintonizar por completo.

Por tercera vez oyó que exclamaron:

—¡André!

Y cuando miró hacia el lugar desde el que provenía el sonido, vio a dos seres espirituales que no conocía, de los que uno le hizo señas de que los siguiera.

¿Tenía que cumplir con esa petición? En pensamientos se lo preguntó a Alcar y entonces sintió de inmediato cómo lo invadía un delicioso sosiego. Era, por decirlo así, la respuesta a su pregunta, de la que conocía la fuerza. Su líder espiritual estaba velando; solo con él estaba conectado de esta manera. Y cuando se encontraba con él en las esferas, Alcar y él se comunicaban en la lengua espiritual, de la que se sirven allá los que se nos adelantaron —la lengua de los pensamientos.

Obviamente, Alcar estaba enterado de todo y dejó que viviera este problema a su manera. Así que decidió acompañarlos, bajó las escaleras con las dos Inteligencias y los siguió hacia afuera, a unos pasos de distancia.

Era una noche como boca de lobo, no se encontró en el camino con ningún ser vivo de la tierra y no se le dirigió ni una palabra.

¿Se le creería si contaba luego que por la noche caminaba como espíritu, siguiendo a Inteligencias que no conocía? ¿No se le llamaría fantasía, mien-

tras que era ciertamente la pura verdad?

Se sentía tan bendecido porque su cuerpo espiritual pudiera desprenderse del material, pudiéndose mover libremente en ese estado. Y después de la lección que había recibido durante la enfermedad de Doortje, estaba tan firmemente convencido de la presencia invisible de Alcar que se podía entregar en plena confianza a los que ahora lo iban precediendo, aunque no supiera con qué fin habían ido por él.

En respuesta a este orden de ideas, el ser espiritual que lo había llamado se dio la vuelta y lo miró con tanto amor que lo llenó un sentimiento cálido, haciendo que sería capaz de meter la mano al fuego por estos espíritus del amor, que probablemente lo necesitaban para su trabajo en la tierra.

De repente entraron planeando a una calle que llevaba al hospital en el que estaba ingresada Annie.

¿Este desdoblamiento nocturno tendría que ver con ella? Entonces también le quedaba claro por qué estaba tan intensamente conectado con ella.

Una vez en la entrada del hospital, el espíritu que lo había llamado le hizo una seña para que se acercara. Entonces tuvo frente a él a un ser celestial, joven y bello, que lo miró sonriente y le dijo:

—Hemos venido a buscarte, André, porque necesitamos tu ayuda como médium. Interferimos en tu descanso nocturno porque hacía falta, como pronto te quedará claro.

El otro ser se alejó unos pasos de él y entonces el que había hablado le puso la mano en el hombro mientras prosiguió:

—Mira la entrada, hijo mío. Los que entran y salen allí también vivieron en la tierra en su momento e intentan ahora ayudar en todo a sus seres queridos que se quedaron atrás y a otros, mientras que guían a los traspasados al lugar de su sintonización, que significa para unos gran felicidad y para otros, desgraciadamente, profundas tinieblas, según hayan usado su vida terrenal para bien o para mal, pues ningún mortal que llega al más allá puede eludir la justa ley de Dios de causa y efecto. Cosechará lo que haya sembrado.

Más adelante volverás a visitar las esferas con tu líder espiritual, tanto las regiones altas como las bajas, para que en la tierra difundas más aún lo que le espera al ser humano de nuestro lado cuando haya concluido la escuela terrenal.

Los médiums que entiendan que los mensajes que transmitimos nos son sagrados, pueden llevar a cabo trabajo bendito, pues solo dando amor y en plena conciencia de su tarea sagrada pueden ser buenos instrumentos en nuestras manos.

Recuerda que los tesoros del espíritu son eternos e incomparables con los de la tierra. Esto es lo que tu líder espiritual te quiere dejar cada vez más claro. Por eso, sigue nuestro camino sin demorarte. Nosotros te ayudaremos.

Después de este discurso, André oyó fuertes gritos. Se gritaba:

—¡La vida despertará, la vida es eterna!

—¿Los oyes, mi hijo? Son las hermanas y los hermanos que ya han dejado la tierra y perviven de nuestro lado. Quieren convencer a los que quedaron atrás de su eterna y sagrada felicidad. Eso te estimulará a hacer uso de toda la fuerza que tengas dentro para ayudarnos a hacerlos felices.

De nuevo se oyeron voces.

—El ser humano debe despertar —oyó que se decía—. Ayúdenos, ayúdenos, ustedes médiums, que tienen las fuerzas necesarias. Ayúdenos a hacer felices a los que no saben. Es la voluntad de Dios.

Conmovió a André hasta lo más profundo de su alma, porque sentía el fervoroso deseo de los traspasados de poder convencer a sus seres queridos de su pervivencia.

—Ahora mira hacia arriba, André.

Alzó la mirada hacia el oscuro cielo, sin vislumbrar nada al principio, aunque después de unos segundos creyó observar un tenue rayo de luz. Sí, lo había visto bien; llegaba luz en la oscuridad. En todos lados notó destellos, que enardecían el cielo. Era un suceso imponente, que no obstante no lo angustiaba, pues se sabía en manos seguras.

De repente oyó un estallido tremendo; era como si la bóveda celeste se desgarrara, por lo que se hizo visible un hermoso cielo azul claro. Se asomó una radiante luz blanca que bañó la tierra en un resplandor dorado.

—¡La luz —oyó que exclamaban nuevamente—, la luz, la luz sagrada de Dios!

—La luz de Dios —repitió la Inteligencia a su lado; gracias a esta luz la curaremos. Confía, hijo mío, confía. Dios es Amor. Es Su voluntad que se despierte a la vida a los muertos espirituales. Háganlos vivir; ábranles los ojos.

De repente vio una pequeña luz blanca —parecía fósforo— en forma de bola que se acercaba a él planeando por el espacio. Pero cuando estuvo muy cerca de él, de nuevo se alejó planeando para luego volver, lo que se repitió un par de veces. Era como si le pidiera seguirla. Y cuando se hubo decidido a hacerlo, planeó frente a él, entrando al hospital, pasó por algunos pasillos para entrar en una habitación que tenía la puerta abierta.

Entró él también, con cuidado; pero para su sorpresa entonces dejó de ver la luz. Aun así sentía que una fuerza invisible lo guiaba hacia adentro.

‘¿Aquí estará Annie?’, pensó. Con cuidado miró detrás de la mampara que estaba alrededor de una cama, sobresaltándose mucho, porque sí, allí estaba. Pero ¡cómo había envejecido! Quería acercársele corriendo, pero sintió que estaba siendo retenido. Por eso se quedó del otro lado de la mampara y notó de inmediato que los guías invisibles de él iban debilitando su fuerza de concentración.

¡Pobre Annie! Parecía sufrir mucho. Si no, ¿cómo era posible que en unos cuantos días envejeciera tanto? Esto era un asunto de vida o muerte. Su tez tenía de verdad un tono plomizo y tenía los ojos profundamente hundidos en las cuencas. Oía sus suaves gemidos.

¡Afortunadamente! Volvió a ver la luz cuya irradiación era tan bella y tan inmaculada. Se quedó planeando encima de la cabeza de la enferma y se conectó con ella. Luego le llegaron sonidos. Parecía un cántico sagrado. Era asombroso que le fuera concedido vivir todo esto.

—André —oyó en un susurro—, mira hacia la luz. Esta vive, y Dios quiere que se cure. Ayúdanos a llevar a cabo este milagro. Para eso se nos da la fuerza divina de Dios. Que se haga su voluntad.

Luego la luz desapareció y André sintió cómo lo levantaban y volvía en su cuerpo material. Después volvió a quedarse dormido.

La noche después, fue a recoger a Cor para ir a visitar juntos a su prima enferma. Cuando llegaron a su cama, tuvo que controlarse para no perder los estribos, haciendo lo imposible para no mostrarle cuánto le asustaba su aspecto. Lo miró inquisitiva, lo tomó de la mano e intentó hablar. Pero no lo logró porque tenía la garganta tan inflamada. Después trató de explicarle con miradas y gestos que quería saber qué pensaba de su estado. La mirada que le dio era la de una moribunda; una mirada que lo conmovió profundamente y lo forzó a darle esperanzas para su recuperación, dándole ánimos, aunque sintiera que haría falta un milagro para que realmente se pudiera hablar de una recuperación, porque tenía los ojos opacos y ya se le empezaban a notar vidriosos. Estaban hundidos en las cuencas y aun así lo miraban suplicando. Era terrible la mirada con la que intentaba indagar la verdad.

Así pasaron unos segundos que se le hicieron una eternidad. Fue un verdadero martirio, porque si no soportaba esa mirada, esto podría acelerar el final de la chica. Por fin le soltó la mano y se quedó recostada en las almohadas, exhausta.

En ese momento entró su padre y se sentó junto a su cama, por lo que afortunadamente se tranquilizó un poco. Pero no duró mucho, porque después de unos pocos minutos logró preguntarle con voz rota a su padre si no traía un espejito, lo que resultó no ser así, para inexpresable alivio de André.

Pero qué susto se llevó cuando oyó que Cor dijo:

—Yo sí te tengo uno.

¡Cómo era posible! ¿No entendía, acaso, qué es lo que había en juego aquí? ¿Que una mirada en el espejito le sería fatal a Annie? ¡Qué tontos, qué tontos estos humanos! De todos modos la vida de Annie pendía de un hilo de seda. Y ahora agarró el espejito que Cor había sacado, los ojos opacos contemplaron su reflejo y con un chillido ahogado volvió a caer en sus almohadas,

temblando.

En ese mismo instante, André sintió que se estaba incidiendo en él con fuerza. Lo atravesó una fuerza enorme, que podría mover montañas. Después divisó encima de la cabeza de Annie una hermosa luz blanca que siguió iluminándola. Le temblaba el cuerpo entero. Luego sintió cómo lo levantaban para después dejarlo al lado de la enferma, mientras que oyó una voz sonora preguntándole:

—André, André, ¿acaso has olvidado todo? Ponle la mano izquierda en la cabeza y sujétale la derecha como contacto. Presta atención, hijo, y acuérdate de tu visión y de toda la sabiduría que se te ha regalado.

Escuchó lleno de respeto esa voz de un mundo más elevado, que prosiguió:

—Cúrala, André; Dios quiere que se recupere. Es Su sagrada voluntad. Puso fuerza de curación en ti. Ayúdala.

Profundamente conmovido por estas palabras tomó la mano derecha de Annie en la suya, le puso la izquierda en la frente y alzó la mirada. Volvió a ver la luz resplandeciente que se conectaba con ella. La habitación desapareció de ante sus ojos y se hizo visible un hermoso cielo azul.

—La luz de luces —oyó que se decía—, la luz de Dios. Cúrala, André.

Concentrándose mucho en eso, logró entonces por la fuerza de los pensamientos que su voluntad penetrara hasta su conciencia. ‘Escucha, Annie’, ordenó en pensamientos, ‘quiero que ya no te acuerdes para nada del espejito y te duermas tranquilamente, porque es la voluntad de Dios que te recuperes’.

Después de tres minutos le soltó la mano y se alejó un poco de ella. Fue un momento de angustia; pero la tensión duró solo un breve rato, porque en esos tres minutos se había cumplido el milagro. Annie estaba plácidamente dormida y había recuperado su juventud y atractivo. Había ocurrido un cambio milagroso. ¡Qué feliz estaba su padre! Agradeció a Dios en silencio y dejó correr sus lágrimas.

Al otro día, André volvió al hospital, donde encontró a Annie radiante de salud. Se alegró mucho de verlo y se puso muy contenta por el ramo de rosas rojas que le había traído. Por lo visto no se acordaba ya de nada de lo que había ocurrido la noche anterior.

—Qué enferma estuve —dijo—. Pensé de verdad que ya no iba a mejorar y ahora de repente me siento sana de nuevo.

En la noche, cuando estaba tranquilamente en casa, oyó para su gran alegría la voz de Alcar.

—Muy bien, hijo mío —dijo—, ahora de nuevo te aclararé muchas cosas. Otra vez pudiste vivir un milagro. Te conecté con Annie para que mi maestro pudiera realizar esto. Sabíamos lo que pasaría y se nos concedió intervenir en el último momento. Me mantuve invisible y quería ver si sabes distinguir el bien del mal; se quería tu plena entrega. Te hice desdoblarte, porque mi

maestro quería mostrarte todo lo sagrado de tu mediumnidad, por lo que te esforzarás para llegar a esta sintonización elevada. La intención era afianzar más y más tu confianza, porque se te darán problemas cada vez más grandes. Tienes que saber que volveremos y que entonces actuarás conscientemente y convencerás a la ciencia. Créeme; llegará el día en que convenceremos a muchos de la existencia de las fuerzas sagradas que poseen los maestros. Mi maestro te habló; la luz pequeña era yo. De nuestro lado podemos adoptar diferentes formas. Siempre estuve contigo, para apoyarte. Nos habíamos conectado contigo cuando te llevamos al hospital y obedeciste a nuestra voluntad. Estábamos a tu lado, pero nos mantuvimos invisibles. Podíamos seguir el curso de tus pensamientos y te debemos nuestro agradecimiento por tu amor y tu confianza. Mi maestro me acompaña en mi felicidad.

Ahora te aclararé el milagro llevado a cabo.

En el mismo instante en que le sostenías la mano a Annie y le ponías la mano izquierda en la cabeza, se estableció una conexión entre los dos y el Cosmos. Fue un estado igual como cuando se te desmaterializó y se usaron las mismas fuerzas. ¿Te queda claro? Fue la voluntad de Dios; si no, no nos habría sido posible llevar a cabo esta milagrosa curación. Primero hicimos que vivieras en una visión lo tremendas que son estas fuerzas, estos rayos cósmicos, la irradiación de Dios mismo, que penetran Su Creación entera y sin los que nada podría existir, ninguna vida sería posible.

Las personas en la tierra no conocen aún el funcionamiento de esos rayos cósmicos, porque no pueden todavía entender su origen ni acercarse al significado.

Después te contaré más al respecto y podrás vivir todavía más milagros, si en humildad sigues confiando en la dirección de los espíritus de las regiones elevadas, que vuelven a la oscura tierra en estos tiempos difíciles para tratar de llegar a sus habitantes de muchas maneras, con el fin de hacerlos partícipes de su sosiego, su paz y su felicidad.

Cielo e infierno; desdoblamiento del cuerpo

André recibió de su líder espiritual el mensaje de que se le concedería desdoblarse para estar con él en las esferas. Había esperado esta comunicación desde hacía mucho tiempo.

Durante su último viaje a la Tierra Estival, Alcar le había prometido que en cuanto sus dones estuvieran lo suficientemente desarrollados, visitaría con él las esferas tenebrosas. Ahora había llegado el momento.

Estaba extremadamente contento, porque le parecía glorioso poder estar al lado de su líder espiritual. Alcar le aclararía muchos estados, por lo que conocería mucho de la vida del otro lado. También le enseñaría cómo los espíritus elevados intentan convencer a los infelices de lo deplorable que es el estado en que viven, de lo que desgraciadamente ellos mismos no son conscientes en lo más mínimo. Además, Alcar le enseñaría que es posible ascender.

Por eso había ido a su habitación temprano y esperaba las cosas que vendrían. Se había recostado tranquilamente y pronto sintió que se incidía en él y que iba a empezar el desdoblamiento.

¿Ya estaba oyendo algo? ¿Era esa la voz de Alcar? Escuchó con atención.

—¡André!

Se pronunció su nombre suavemente y reconoció la amorosa voz de su líder espiritual.

André sabía ahora que el gran proceso estaba por empezar. Era consciente de todo lo que pasaba a su alrededor. Veía claramente que en su habitación flotaba una emanación azul, que se hacía más y más densa. Planeaba encima de su cabeza y se quedó suspendida allí.

Sentía algo peculiar en los pies, por lo que entendió que Alcar lo iba a liberar de su cuerpo material. Primero sintió un tintilleo y luego le entró una sensación como si algo fuera retirado de su cuerpo. Lentamente sintió que algo emergía en él e iba subiendo; después el corazón le empezó a latir más rápido y se aceleró la circulación de la sangre. Era ahora completamente distinto que en su último desdoblamiento. Cuando su cuerpo espiritual (en el desdoblamiento anterior) se hubo desplazado hasta arriba de las rodillas, se había desplomado inconsciente y no había sabido nada de lo que le había sucedido. Había despertado (en su desdoblamiento anterior) al lado de su cuerpo material.

‘¿Acaso Alcar me aclarará ahora todo y dejará que lo viva conscientemente?’, se preguntó.

Si eso era posible, significaría para él sabiduría en el espíritu.

¿Qué se sabía en realidad de los que dejaban la tierra? ¿Qué sentían al partir? Qué glorioso sería que se le concediera saberlo.

Si el ser humano estuviera convencido de que morir significa ir a una tierra más hermosa y bella, podría separarse con más facilidad.

Cuánto se complicaban la partida muchas personas. Muchas veces había estado en un lecho de muerte y había visto sufrir tanto a un ser humano que le dolía el corazón. Si pudiera vivir conscientemente el desprendimiento del cuerpo espiritual, podría ser un apoyo para muchos y podrían entregarse tranquilamente a los que llegaran a buscarlos. Ya no habría entonces temor a la muerte, pues podría contarle a la gente que morir no es más que deponer la vestidura material que le ha servido todos estos años.

Ya sentía lo tranquilizador que sería para muchas personas, porque qué tormento era a menudo una transición a ese mundo. A veces planeaban durante días entre dos mundos. No podían soltarse porque no sabían nada de estas cosas. Le parecería glorioso comunicarles la verdad.

Ahora oyó a Alcar, que le pidió escuchar.

—Se requiere de tu concentración completa, André —se le dijo—. Escucha bien y no olvides nada de lo que vivirás ahora. Si luego comunicas todo lo que experimentarás a la gente, les será a muchos más fácil dejar la vida terrenal. Quiero que vivas y experimentes de manera consciente todos los estados emotivos y las transiciones, y también este desdoblamiento.

A André se le aceleraba cada vez más el corazón. También sintió que su cuerpo espiritual fue subiendo más y más, por lo que oía el latir de su corazón a gran distancia. Fue para él una sensación extraña y sumamente asombrosa. De inmediato oyó hablar a Alcar, que había captado sus pensamientos al respecto.

—Es así, hijo mío, porque ha empezado la separación del cuerpo espiritual y material. Mientras el ser humano viva en su vestidura material, intuye en el lugar que llamamos el centro vital: el plexo solar. Ahora, sin embargo, el cuerpo espiritual ha rebasado ese punto. El corazón que late con ritmo acelerado, que se puede oír a gran distancia, es consecuencia de que el cuerpo espiritual haya rebasado el centro vital que vela conscientemente. Y desde ese momento la fuerza de los sentimientos hace la transición en el espíritu. ¿Te queda claro?

André entendió todo, porque sentía, oía y veía. Alcar prosiguió:

—Solo pueden desdoblarse de esta manera los que posean la sensibilidad necesaria. Y luego hace falta también la sintonización con los estados espirituales. Todo esto facilitará y acelerará el desdoblamiento.

De nuevo, André sintió que iba subiendo. Alcar prosiguió:

—Hemos llegado ahora a la altura en que podemos entrar desde lo material a lo espiritual; aunque permanecerás otro poco en este estado, porque quie-

ro explicarte una que otra cosa. Te habrás percatado de que los sentimientos son lo esencial en el humano como ser. Los sentimientos son vida y la vida es amor, por lo que el ser humano puede ser uno con Dios y por lo tanto es divino. Desde este momento, hijo mío, mira a tu alrededor; tus sentimientos harán la transición al espíritu. Ahora solo podrás observar por la fuerza y la irradiación del amor, porque el amor es luz de este lado. Así que el amor es sentimientos y por eso el humano poseerá luz y felicidad, según sienta interiormente y esté sintonizado. Ahora planeas entre dos mundos; tu cuerpo espiritual sigue conectado con la materia, pero ya siente y vive en el espíritu. Por eso sigues oyendo incluso a lo lejos el latir de tu corazón, que deja que se oigan sus latidos como un eco en el espíritu. Es un acontecimiento imponente, André, vivido por solo pocos de los que siguen en la tierra. Ahora intenta ver y observarás que la materia está envuelta en una densa emanación. Todo es diferente que cuando lo ves en estado normal. Eso es así porque tus sentidos pertenecen al cuerpo material, aunque eso no será ningún obstáculo en el espíritu. ¡De este lado los sentimientos poseen todos los sentidos! El oído, la vista, el olfato, el gusto, en una palabra: la vida del espíritu es una en todo y ese uno son los sentimientos. Por eso el cuerpo de los sentimientos es lo esencial. Eso lo tiene que desarrollar el ser humano para hacer la transición a una condición existencial superior. Toda la materia está ahora envuelta en una emanación gris. La mejor manera de percibirlo será mirando las paredes, las pinturas y todos los demás objetos. Son de una sustancia espiritual basta que todavía no puedes atravesar con la mirada, porque tus sentimientos de concienciación son mitad espirituales, mitad materiales. Así que el cambio de toda materia se explica porque planeas entre dos mundos, por lo que la materia se encuentra en un estado vital semiconsciente y tu poder de observación en la materia se ha debilitado. Gracias a mi concentración y también a tu propia fuerza y sintonización logré mantenerte a esta altura. Rebasaremos ahora el punto de despertar en el espíritu. Pon mucha atención ahora, André, entrarás ahora en otro estado más, diferente también.

A André le entró la sensación de que su cuerpo espiritual fuera deslizado hacia arriba, pero también de que había algo que impedía que subiera más. Lo sentía claramente y le pareció muy curioso.

—Lo que sientes ahora, hijo, es la fuerza opuesta para este acontecimiento. Es la fuerza de atracción de tu cuerpo material, causada por el cordón fluido que une ambos cuerpos. Queda claro, además, que tus sentimientos son más materiales que espirituales y luego está también la dificultad de que aún vives en la tierra. Son los factores que obstruyen tu rebasamiento, como ser humano terrenal, de este punto de transición, es decir: de la materia al espíritu. El cordón fluido posee esa fuerza según los sentimientos encuentren sintonización en el espíritu. De modo que según como sienta el ser humano,

así hace la transición. Cada ser tiene su propia sintonización y por eso es que todas las transiciones también serán diferentes. ¿Te queda claro? Si no fuera por mi ayuda no podrías desdoblarte conscientemente, porque no bastan tus fuerzas para eso. Así que se limitaría a un desdoblamiento en pensamientos. Ya te hablé de eso. Ahora haremos la transición a otro estado. En ella te quedará claro que el cordón fluido es en este acontecimiento la fuerza que obstruye. Desviaré mi concentración de ti, por lo que volverás en el estado anterior. Pon mucha atención, André.

André sintió que volvía en su estado anterior. Oía claramente el latir de su corazón y todos los objetos materiales se le hacían visibles. Pudo además distinguir sus observaciones espirituales de las materiales.

Si algo lo tuviera que convencer jamás de que la vida es eterna, era esto. Si una imagen le mostrara la reflexión inteligente después de la muerte, era este acontecimiento. Era imponente. Solo ahora sentía lo grandes que son las fuerzas espirituales.

—Ahora, hijo, vuelvo a la fuerza de los sentimientos del ser, lo que te quería aclarar. Para los que parten en la tierra estas fuerzas dejan de existir, porque el cordón fluido se rompe cuando hacen la transición. Todos rebasarán estos estados de los sentimientos, aunque vivan todo inconscientemente. Para algunos significará lucha, para otros nada más que amor y felicidad. Todo se cumple según su sintonización interior. ¿Entiendes ahora todo? El cordón vital une ambos cuerpos y mantiene al espíritu envuelto en miríadas de hilos. Es un fluido suave en el que vive el cuerpo espiritual. Solo nosotros podemos observarlo. Se puede desarrollar sintonizando los sentimientos en el espíritu. Así que cuanto más alta la conexión del ser humano, más bella y fácil le será también la transición. Así que todo es sencillo. Otros, no obstante, que se han olvidado durante la vida en la tierra, llegan aquí inconscientes. Tardan mucho en despertar. Su sintonización de los sentimientos es con las esferas tenebrosas y por eso su transición ocasionará una sacudida. Podría hablar mucho de todos estos estados, porque el ser humano está sintonizado con el Cosmos. Pero hay que tener orientación cósmica para lograr conectarse. Ahora volveré a sintonizar mi concentración, por lo que entrarás en un estado más elevado.

André sintió que iba subiendo y que lo invadían otros sentimientos.

—Llegamos ahora al punto en que empieza la separación y tu conciencia material hace la transición al espíritu. Podrás sentirlo claramente.

Aun así tu espíritu está conectado con tu cuerpo material; pero ¡observa ahora toda la materia!

Todo lo que pertenece a la tierra es transparente. Ahora puedes ver a través de todo; la emanación gris se ha disipado. Esto se debe, como te decía hace un momento, a que tus sentimientos han hecho la transición al espíritu. Así

que estamos a punto de dejar el cuerpo material. Percibes según la fuerza del amor que lleves dentro, porque como sabes, el amor es luz de este lado. Para los que no sientan amor en el espíritu ni lo posean, todo será oscuridad. Espero, hijo, que hayas entendido todo. No me es posible aclararte estos estados de otra manera que como lo has vivido ahora. Pero entenderás todo, porque lo ves, oyes y sientes. Y vivir esto les es dado solo a unos cuantos en la tierra.

Por eso te pido con insistencia, hijo, no olvidar nada de todo lo que te mostraré más adelante. Lo vives para miles de personas. De esta manera quiero intentar llegar al ser humano en la tierra. Quiero aclararle que la transición a este mundo no es más que amor, si se desarrolla en el espíritu. Está en sus propias manos. Depende de él mismo si encontrará en esta vida felicidad y amor, o profundas tinieblas. De este lado conocemos solo una ley, un dicho, que es: "Poseer mucho amor es sabiduría en el espíritu". ¡Vale para ti también, André! Si no poseyeras esa fuerza, no me sería posible mostrarte todo esto. El amor es saber, nada más que felicidad en la vida después de la muerte. Ningún ser que no conozca amor podrá entrar en una esfera más elevada, lo que te enseñaré y haré vivir en este viaje.

La luz azul que observaste es la irradiación de tu amor y mantiene envuelta a la materia. Te dice, además, que todavía vives en la tierra. Los que hacen la transición extraen todo de la materia, porque van a dejar esa vida.

Ahora te liberaré por completo.

André sintió que se le liberaba de su cuerpo. Ahora planeaba encima de su propia vestidura. Había dejado el cuerpo conscientemente, había recibido más sabiduría en el espíritu y había conocido mejor la vida. Qué poderoso era el amor. Esto era posible solo por el amor. Allí yacía su cuerpo material, como si este ya hubiera muerto. Aun así estaba vivo. El cordón fluido mantenía ambos cuerpos juntos. Llegaría el día en que se rompería para siempre y no tendría que volver. Lo llenó una sensación agradable. Era el sosiego de este lado lo que lo hacía feliz.

Oyó que Alcar dijo:

—Lo que sientes, André, es tu conexión en el espíritu. Han despertado y se volvieron conscientes tus sentimientos de ser eterno.

André descendió. Alcar lo recogió en sus brazos.

—Ocurrió un proceso imponente, hijo. Estaremos juntos mucho tiempo. En este viaje tengo que mostrarte y aclararte muchas cosas.

—Cómo agradecerle, Alcar, todo lo que me ha dado en la tierra.

—No me des las gracias a mí, André; nuestra vida pertenece a Dios, a Él le debemos todo.

Alcar no quiso agradecimientos y André agradeció a Dios todo lo que se le había dado. Era una gracia grande poder vivir esto.

—Vuelve a mirar tu vestidura, André.

—¿Qué es eso, Alcar? —Ya no podía ver su cuerpo material—. ¿A qué se debe?

—Hace un rato seguías conectado. La luz azul envuelve tu cuerpo durante nuestra ausencia. En nuestro viaje anterior Adonis cuidó todo; ahora ya no hace falta, porque tu irradiación forma una pared y esconde tu cuerpo.

Permanecerá en esa emanación hasta que volvamos. Está oculto para espíritus infelices. Podemos irnos de aquí sin preocuparnos. Concéntrate ahora en tu vestidura, se hará visible.

André hizo lo que Alcar le dijo. La emanación azul se desgarró, se hizo visible su cuerpo.

—¡Qué hermoso, André! Te muestra que has avanzado y sabes usar tus fuerzas. Nos alejaremos hasta cierta distancia de tu cuerpo. Planeamos ahora en el espacio. Para el ser humano que siente materialmente será increíble, pero el espíritu se mueve por la fuerza de sus pensamientos. En la tierra, el hombre primero tiene que pensar antes de que pueda intervenir actuando. De nuestro lado actuamos de inmediato cuando ajustamos nuestra concentración. ¿Te queda claro?

—Sí, Alcar, lo entiendo todo.

—Ya nos estamos moviendo cuando nos sintonizamos. Apartaré mis pensamientos de ti, porque quiero aclararte algo.

André sintió que le entró una fuerza muy curiosa. Si no se oponía a ella con todas sus fuerzas, era tirado de vuelta a su cuerpo material.

—¿Qué es eso, Alcar?

—Es una prueba de que sigues viviendo en la tierra. El cordón fluido te vuelve a tirar hacia tu cuerpo. Por eso te mostraba la fuerza que se opone, te hice vivir que ese cordón une el cuerpo material y el espíritu. No es visible y aun así sientes su fuerza. También muestra lo etérea que puede ser nuestra vida. Así que según su sintonización el ser humano siente esas fuerzas que se oponen a este acontecimiento, e igual al hacer la transición. Todo es tan sencillo. Es la sintonización espiritual de todo ser. Has de saber cómo usar tus fuerzas y te moverás según tu propia voluntad.

Otra prueba más, André. Concéntrate en mí, no importa a donde vayamos.

Alcar se desplazaba con una velocidad tremenda.

—Hace un rato te conté, y también te lo mostré en nuestros viajes anteriores, que podemos desplazarnos en un fogonazo. ¿Dónde piensa mi hijo que se encuentra?

André miró a su alrededor, pero no vio más que una masa gris. Después de mucho reflexionar le dijo a su líder espiritual que no se podía orientar.

—Entonces escucha. Nos encontramos en el centro de la tierra.

André miró a su líder espiritual, pensando que no era posible.

—¿Es increíble para ti también? Te muestro que el espíritu puede moverse a través de toda materia y que no conoce obstáculos. De haber ajustado tu concentración en mí puramente, habrías sabido a dónde íbamos. Ahora sabes que para nosotros todo es posible. Aun así será asombroso para ti poder vivir esto como ser humano terrenal. Podemos subir y bajar a nuestro antojo. Somos dueños de nuestro pensar intelectual, como lo tuvimos algún día en la tierra. Tenemos un cuerpo más bello que el que posee o conoce el humano en la tierra. Nos podemos conectar y sintonizar con todo, según las fuerzas que haya en nosotros, que es el amor. Podemos conectarnos con todo lo que vive. Somos vida y podemos ser uno con toda la vida, con Dios, porque Dios significa vida. Podríamos señalarle a la humanidad minerales que ni siquiera conocen, pero que necesitan mucho más que otros. Incluso cosas desconocidas en la materia, todo lo que la tierra mantiene oculto. Podríamos mostrarle por qué se originan los terremotos, por qué se manifiestan esas acciones que interfieren. ¡Nosotros los descorporizados podemos hacer lo que sea! Y ese todo es según vayamos encontrando sintonización en el espíritu, según la fuerza del amor que haya en nosotros. No podemos llegar más arriba. Poseeremos sabiduría según sean nuestros sentimientos.

Pero ¿cómo un muerto en vida entenderá la vida en otros planetas, si no siente ni conoce su propia vida? ¿Si no quiere aceptar que vive eternamente, si no siente ni oye su clara pero suave voz interior? ¿Qué utilidad tiene que vuelen a capas de aire desconocidas, si olvidan su vida interior? Aquí se conoce y se sabe hasta dónde pueden ir. Aquí saben que hay partes donde la vida terrenal deja de existir, donde todo se fundirá, si a pesar de todo quieren volar a ese espacio. Aquí conocemos su patético volar. El ser humano debe actuar conforme a las fuerzas que haya en él, lo que es la posibilidad de vida para el humano en la tierra. Miles llegarán aquí demasiado pronto, solo entonces se detendrán y entenderán que esas regiones son inalcanzables para ellos. Aquí se conocen capas de aire donde se detiene la vida terrenal. No hay fuerzas materiales aptas para ellas. Todo esto lo demostrarán los cosmólogos del futuro. Demostrarán que todo significa destrucción si quieren elevarse a esa altura de la tierra. Llegará el día en que esos secretos serán revelados, pero entonces todo será diferente en la tierra. Los eruditos se sintonizarán con nosotros, sus inventos servirán al ser humano. Así como ahora se consume todo, no hay más que violencia, destrucción de la humanidad.

¿Es esa la intención de Dios?

Surgirán inventos que sirvan a la felicidad de la gente. Algún día visitarán otros planetas, aunque solo para bien; no habrá más que felicidad, y así se desarrollarán espiritualmente, encontrando sintonización cósmica. Harán falta miles de años antes de que sea posible encontrar un ser sintonizado que pueda nacer en la tierra. Entonces conocerán la felicidad, poseerán amor y la

tierra se convertirá en esferas de felicidad. Ahora volveremos al lugar donde descansa tu cuerpo. La concentración fuerte, hijo, significa conexión de este lado. Antes de que emprendamos ese viaje, tengo algo que comunicarte.

En primer lugar, André, pregúntame cuanto quieras. Te contestaré según mis fuerzas y conocimientos. Y luego esto: todo lo que vivirás como espíritu desdoblado tiene como propósito convencer a la humanidad de nuestra pervivencia. Fíjate en todo y recuerda lo que ves, lo que te mostraré en el espíritu. Al regresar a la tierra lo difundirás. Ten en cuenta que tu don pertenece a otros, así que echa mano de todas tus fuerzas que hagan falta, porque nuestro tiempo es valioso. Usarás de manera útil tu vida allá. No permitas que pase una hora sin aprovecharla. Deja que otros hagan con sus vidas lo que ellos quieran pero no te dejes arrastrar por sus senderos tenebrosos, que han echado a perder sus vidas. No escuches su sabiduría imaginaria, que sacan de libros y que no siguen en sus vidas. Tienes que sentirlos y saber usar tus fuerzas. No te alejes un ápice del camino escogido. Y no malgastes tu tiempo amenizándoles las noches. Duermen su profundo sueño espiritual y tardarán mucho en despertar. Cuídate de los que usan máscaras, que se saben esconder detrás de paredes espirituales. Ellos son los que se quieren enriquecer con la sangre de Cristo. Son barriles huecos, sin fondo, que mancillan nuestro alimento espiritual. Planean por este espacio y la tierra sirve como punto fijo para apoyarlos. Son ellos, hijo mío, los que hacen actuar la vida como si fuera un teatro, que organizan sesiones de espiritismo y lo usan para sensacionalismo. Te tengo que poner sobre aviso de ellos.

En este viaje te aclararé lo insignificantes que somos los humanos, y cuando entres en las regiones elevadas, conocerás nuestra vida. Todo eso lo vivirás en este viaje. Nuevamente: pon atención en todo. Has de saber que poder conectarse con nosotros es la gracia más grande de Dios que se le dio al ser humano. Mira, ya estamos en el lugar donde descansa tu cuerpo. Desde aquí inicia nuestro viaje y le pediremos apoyo a Dios.

André había regresado a su habitación y al lado de su vestidura material se arrodilló con su líder espiritual.

Alcar le rezó a Dios.

—Padre Todopoderoso.

Te pedimos fuerza y apoyo para fortalecer nuestra fe y confianza en ti.

Gran Padre.

Hay en nosotros un deseo sagrado de poder convencer al ser humano de que existe una pervivencia eterna.

Lo podemos hacer solo por Tu fuerza, por Tu gracia y te pedimos que nos ayudes. Te pedimos luz y amor, Tu protección. Haz de nosotros instrumentos humildes. Pon en nosotros Tu fuerza sagrada, Tu saber, y guíanos para

poder seguir andando Tu camino.

Solo por Tu fuerza navegaremos mares, podremos resistir tormentas, por Tu poderosa fuerza que está en nosotros, porque cargamos Tu vida, incluso somos y significamos Tu vida.

Padre, apóyanos en este viaje. Amén.

Hacer una sesión de espiritismo

—Pues bien, hijo mío, no se logrará ningún trabajo que no tenga la sagrada bendición de Dios. Solo a través de la voluntad de Dios, nuestra felicidad y la de la gente será una bendición. Nuestro viaje empieza. Por ahora no volveremos aquí. Tengo muchas cosas que aclararte. Nos quedaremos en la esfera de la tierra, para visitar después las esferas espirituales. Nos desplazaremos planeando. Mantén tu concentración enfocada en mí, André; podrás seguirme en todo.

Atravesaron planeando muchas casas y edificios. Nada los obstruía y todo le era visible a André. Veía a las personas, de las que muchas irradiaban luz. Podía observarlas claramente. Veía una emanación gris alrededor de otras, y entendió lo que significaba. No sentían amor y vivían una vida terrenal. Le causó una sensación extraña. Ahora entendía lo difícil que era para los clarividentes de la tierra poder observar el humano astral. Era más difícil aún ver, sentir y entender algo de su vida. Todo era muy diferente a la vida material en la tierra. Para poder observar en la tierra, la conexión tenía que ser completa. Pero qué gracia era poder poseer este don. Qué grande era su suerte de poder ver detrás del velo, para llegar a conocer su vida. Por eso veía lo difícil que era para el espíritu astral poder llegar al humano material.

—Nos quedaremos aquí, André. Te quiero aclarar cómo se hace una sesión de espiritismo en la tierra. Mira, allí están reunidos algunos seres que han formado un círculo.

André vio que estaban en una sala de estar. Una señora mayor, con una bella irradiación, estaba ocupada escribiendo. Un hombre joven estaba en una mesa y del otro lado una mujer; ambos sostenían una madera cruzada.

Entendió de inmediato cuál era su significado. Estaban esperando mensajes de este lado. Todos le eran claramente visibles. Ninguno de ellos sintió su presencia. Estaban envueltos en una emanación. Desde uno de los presentes, una luz se dirigía a la madre, que estaba escribiendo. Era la sintonización de quien era su hija. Pensamientos de amor para el ser con el que la joven mujer estaba íntimamente conectada. El joven hombre —él lo veía y sentía claramente— no tenía sintonización con ella. Su amor no era lo suficientemente fuerte para sentirse uno con ella.

André lo tocó, pero él no lo sintió. Para él, estaba muerto.

Ahora intentó conectarse con él, lográndolo por completo. Podía seguir puramente el curso de sus pensamientos. Era para él una sensación muy curiosa descender en un humano terrenal. Estaba dentro de él, y aun así no sentía nada. Le mostraba muy claramente lo sensitivo que tiene que ser el ser humano para poder intuir el humano astral. Para un espíritu, el ser humano en la tierra era como un libro abierto. Aquí se sabía todo de ellos, porque sus almas habían sido abiertas. Y el humano no tenía conciencia de este suceso. Eso le mostró que un ser humano terrenal no está nunca solo. No podía esconderse de nada. Aquí nada podía esconderse. Su estado interior era su posesión, su luz, y cada ser leía en él.

—Ven aquí conmigo, André, te mostraré algo. Ya entenderás que están participando en una sesión de espiritismo, como se dice en la tierra, para entrar en comunicación con sus seres queridos. La emanación gris que ves es fuerza para servir de blindaje. Quiero decir con eso que cualquier espíritu no puede irrumpir en su estado. Si continúan en plena entrega, se convertirá en una sustancia más ligera: la conexión con aquellos que controlan la sesión desde este lado. Pero por ahora no ha llegado aún ese momento. Para eso hace falta desarrollo. Puede tomar años antes de que un círculo pueda blindarse. Te muestro estos estados para convencerte de cómo se hace todo el esfuerzo desde nuestro lado para lograr comunicación con gente en la tierra y para contarles en primer lugar de nuestra vida eterna. Cuando las personas investiguen con seriedad, sus seres queridos se les acercarán para convencerles de su felicidad. Los incitará a usar todas las fuerzas que haya en ellos para su estado interior. Entonces, estas sesiones se llevarán a cabo para otros fines, y son estos. Mira allí, André.

André miró hacia el lugar que su líder espiritual le indicó.

—¿Qué es, Alcar?

—Un espíritu, hijo mío.

—Pero si no lo he visto antes.

—Es que no era posible, pues vive en otro estado que aquel en que nos encontramos nosotros. Aun así ya lleva presente aquí algún rato. Más adelante conocerás también esos estados. Se le trajo aquí porque se le quería convencer de que ha hecho la transición en la tierra.

—¿Acaso no lo sabe entonces?

—No, ni él ni muchos otros. Para él, estas sesiones no significan otra cosa que felicidad. Durante algunas horas estará rodeado de ellos, lo que le da calidez en su existencia oscura y fría. Este hombre lleva poco tiempo de este lado. Su mujer, su hija y su yerno están reunidos aquí.

André vio a un ser de sesenta años. Ay, ¡qué rostro tan terrible tenía! Tenía el aspecto de un loco. Tenía los ojos desorbitados y emitía unos sonidos des-

garradores. Pero nadie lo oía. Andaba por la habitación a tientas. Qué extraño su comportamiento.

—¿Por qué hace eso, Alcar?

—¿No te queda claro? Este hombre los siente, pero es espiritualmente ciego. No podrá observar nada, nada en absoluto. Se olvidó en su vida terrenal. André vio la terrible verdad.

—No posee nada de lo sagrado que de este lado le da calidez y lo hace ver. Su sintonización son las profundas tinieblas y anda errando en este interminable espacio. ¿Sientes lo que significa cuando el ser humano se olvida en la tierra? Estas sesiones son para él y para muchos otros, para conectarlos con sus seres queridos. Es una verdad de muchos miles de estados que te mostraré en este viaje. El ser humano en la tierra no sabe nada de esto, por lo menos el que no quiera saber de que existe una pervivencia. Cuando se le haya convencido, volverá a su sintonización para empezar otra vida desde allí. Alguien con sintonización más elevada hablará por él, para aclararle que tiene conexión. Así sentirá entonces que ha depuesto su vestidura material. No es tan sencillo pasar esos mensajes. El ser humano se blindó ante el humano astral, y no es posible otra conexión. Necesitamos sus fuerzas para poder manifestarnos.

Intentaré aclararte lo difícil que nos es pasar y dar lo que sabemos. Para hacerlo, en primer lugar se necesita sintonización. Cuando un espíritu participa en una sesión, el humano se lo hace posible. Pero desde este lado solo pueden lograr la conexión si poseen las fuerzas que hacen falta. Son: amor, luz y felicidad. Sin amor, no es posible la existencia. Quiero decir con eso un estado feliz, una esfera de luz de este lado. El que quiera dirigir espiritualmente un círculo en la tierra tiene que poseer una fuerte concentración para manifestarse. Cuando un tercer participante tiene sintonización con él, es una pronta conexión para el espíritu. Se hace uno, precisamente con el o la que tiene sintonización con la fuerza de sus sentimientos, por lo que puede manifestarse y transmitir mensajes. Pero también entonces le es difícil poder transmitir su saber.

La dificultad es esta: el espíritu tiene que saber detener los pensamientos emitidos. En otras palabras: saber dominar sus pensamientos. Cuando no le es posible, pasa lo que algunos de los participantes piensan. Así que son sus propios pensamientos los que se deletrean y estos no tienen significado alguno, porque nuestra verdad no pudo pasar. Por eso solo pasan banalidades, nada más que pensamientos propios de los que esperan con impaciencia mensajes para que se les conecte con traspasados. ¿Sientes lo que significa, André? Si el humano astral sabe reprimir la fuerza de los pensamientos que mandan, entonces podrá transmitir sus propias ideas. Los participantes deben ser pasivos. Su deseo ya es disarmonía de nuestro lado, pues detiene el

desarrollo y nos impide pasar mensajes puros. Por eso puede tomar años antes de que una sesión se pueda cerrar y podamos pasar puramente. Pedimos entrega total, y cuando no pueden, más de un círculo se disolverá. Pero no es culpa nuestra. Aquí esperan muchos, como te decía, para llevar alimento espiritual a la tierra y para convencer a espíritus infelices de su vida eterna.

Y luego esto: un espíritu que viva en la esfera de la tierra y que siente que no es deseado, porque su saber no tiene valor para la gente en la tierra, intentará lo que sea para poder mantener la conexión una vez que la haya obtenido. Habla de Dios y amor, y cuenta de que existe una pervivencia eterna de la que no sabe nada. Son los que han vuelto a la tierra y se entretienen e incitan a la gente a participar en las sesiones. Nada de lo que pasa tiene valor en el espíritu. Eso se puede sentir claramente en la tierra. Tarde o temprano, la gente lo siente, y dejarán de participar en las sesiones. Pero una vez que hayan llegado al punto en el que los líderes espirituales de este lado pueden controlar todo, entonces es sagrado, porque están en conexión con sus seres queridos. Ya entenderás lo grande que es entonces la felicidad aquí y en la tierra. Todo no es más que amor, felicidad y sabiduría en el espíritu. Entonces, el espiritismo significa la vida espiritual, que hará felices a muchos. Los apoyará en su difícil vida terrenal, ayudados por los que están de este lado y que les aclaran que pronto estarán eternamente unidos. Estas veladas solo significan felicidad para ambos lados. Si se quiere en la tierra, muchos vendrán conmigo para ayudarlos.

Ven, André, vamos a seguir. Te mostraré otro estado en el que se mancilla nuestro sagrado espiritismo. Yo sé, y otros muchos también saben cómo se le engaña al humano en la tierra. Son los que usan el espiritismo para sus propios fines y hacen intervenir a los espíritus según su voluntad. Pero eso no es posible. Te quiero aclarar cuántos hay que actúan en contra de todo lo que es lo más elevado y lo más sagrado que Dios haya creado. Cuanto más se eleve su sensacionalismo, más bajo han caído.

Ven, nos desplazaremos rápidamente, André.

Quiero mostrarte cómo un clarividente que no tiene idea de nada le puede mentir al hombre acerca de lo que piensa ver. Todo no es más que vanidad y fanfarronería para querer ser algo. Pero sobre todo para enriquecerse con el espiritismo. Piensan que con su comportamiento patético se puede llegar a Dios. Los clarividentes y los que participen en su sesión son todos seres que se sintonizan con una esfera oscura. No entienden que es la gracia más grande de Dios que se le ha dado al ser humano en la tierra. Y esta gracia es el amor de Dios, que mancillan.

Mira André, allí está reunido el distinguido grupo. Su luz es la luz de la Tierra Crepuscular de este lado. Todo es frío, así como sus corazones (—concluyó).

André vio a varias personas que estaban reunidas en un círculo.

La estancia estaba ricamente amueblada; hermosas pinturas adornaban las paredes. Era su habitación de sesiones. Algunos irradiaban luz. Otros estaban envueltos en una emanación gris. En medio de ellos vio a algunos espíritus, que estaban presentes como público invisible para velar por las gracias y desgracias de sus seres queridos. Protectores espirituales, que apoyaban a sus seres queridos en todo. Podía reconocer claramente a todos los seres en esta habitación por su irradiación. A través de ella sentía su sintonización interior, sus deseos y pasiones. Aquí no se buscaba más que sensacionalismo. Para eso servía el espiritismo. ¿No era terrible? Querían conexión para que los espíritus protegieran sus posesiones. Para eso era este suceso sagrado.

—Mira, allí está nuestro hombre, André. Este clarividente está destruyendo nuestro mensaje sagrado. Piensa que percibe, pero siente y ve en sus pensamientos. Él es el médium aquí. La señora invita a los demás a participar en sus veladas. Este clarividente sabe influenciarlos a su manera. Cada visión supera en belleza a la anterior. Por eso recibe sus honorarios. Todo esto no es asunto mío, es solo para mostrar que todo lo que ve es incorrecto. Pronto entenderás lo terrible que es ese hombre. Y todos piensan que ve, porque ellos tampoco están libres de vanidad y alucinaciones. Esto pronto terminará. Los presentes destruirán todo desde este lado. Así trabajan unos para traerles algo, y otros tienen su trabajo en destruirlo todo. No quedará nada de su santidad (—terminó Alcar).

André vio a un hombre de cincuenta años. Era el clarividente. Ay, cómo pensaba de sí mismo. Él era el que tenía la conexión. En él no había nada de la fuerza que significa la clarividencia. Su ver no era más que inventos que ellos creían. Allí estaba, todo emperifollado, mirando a su alrededor para ver si podía observar algo. Todos tenían la mirada clavada en él, como si fuera un santo.

—Creo —oyó André que dijo—, que esto ya va a empezar.

—¿Qué es lo que va a venir, Alcar?

—No viene nada, hijo mío, nada; él cree ver.

Cómo era posible engañar a todos así. Qué farsante era.

—Oigan, ¡va a ver!

La vida actúa. La vida está a su servicio. La vida, que es Dios.

—Veo —empezó—, que los espíritus elevados traen flores. Son colores celestiales, oh, ¡tan bellos!

André miró a su alrededor, pero no había flores, ni tampoco espíritus elevados. No había nada, nada.

—Qué hermoso es —le oyó decir—. Se las ponen en el regazo. —Se refería a la dueña de la casa. ‘Esto se va a poner hermoso’ pensó André, ‘más bello, imposible’—. Siguen llegando flores y ahora veo dos espíritus que llevan her-

mosas túnicas, con flores, que esparcen a su alrededor. Oh, qué hermoso es.

—Cómo miente ese hombre, Alcar.

—Ahora veo —prosiguió—, a dos monjas que también traen flores. Todo es sagrado. Esta noche, sucederá algo bello.

Todos lo miraban fijamente, pensando que habían sido acogidos en el cielo.

—Siguen llegando flores. Más y más flores, de varios colores, oh, ¡qué bello! Lo que veo ahora es de una hermosura increíble. Una paloma blanca está volando por la habitación, intentando encontrar un lugar. Vaya, ¿qué veo ahora? Lleva algo en el pico. Tal vez se me enseñe. Allí va. Qué pena es que no puedan ver esto tan bello. Es asombroso.

Todos temblaban conmovidos.

André miró a su líder espiritual; tenía el rostro tenso. ¿Cómo se sentiría Alcar? Tenía la concentración enfocada en él (el hombre). Tenía que ser doloroso para él (Alcar), para él, que quería ver la humanidad feliz. Cómo se echaba a perder todo.

—Esto no ha sido todo, André, ya verás.

—Ahora el ave se posa en su cabeza. ¿No lo siente?

Era nuevamente la dueña de la casa la que viviría este bello suceso. No, aún no lo sentía. Pero la felicidad hizo que se pusiera colorada. No había más que felicidad en ella. Se le estaba conectando con lo más sagrado.

—Ahora veo lo que dice esa nota. Lo puedo leer palabra por palabra. Se trae a un niño espiritual del que tiene que cuidar. El niño ha dejado la tierra hace poco y no se siente feliz en las esferas. Todavía no encuentra sosiego allí. Se le asigna a usted una tarea que solo se les da a pocos.

Todos seguían el gran milagro, estremeciéndose de felicidad.

—Ahora vienen dos espíritus que llevan túnicas blancas. Llevan al pequeño ser en brazos. Están frente a usted, tiene que extender los brazos para que dejen al niño espiritual allí. Sí, ahora está pasando.

La dueña de la casa sintió que llevaba un niño en brazos. Un ser de los cielos más elevados. Todos tenían los ojos llenos de lágrimas. Esto era sin duda lo más bello que se pudiera recibir del otro lado. Conmovidos por este sagrado suceso, rezaron, agradeciendo junto con el que imaginaba todo esto. Rezaron a Dios para darle la fuerza de poder cuidar al ser inmaculado. En verdad había sido elegida. Dios estaba con ella y con todos ellos. Allí estaba como una estatua de mármol.

Pero aún no era suficiente.

—Ahora se me dice que tiene que pensar en el niño todo el tiempo. Entonces le dará sosiego y crecerá con su ayuda.

A André lo recorrió un escalofrío. Qué farsante era.

Luego prendieron unas varitas de incienso, de modo que la habitación parecía un incensario humeante. Ya no faltaba mucho para que ella se desplo-

mara, inconsciente de felicidad. Con los brazos extendidos hacia el ser invisible, jadeando de emoción y con las venas de la frente hinchadas miraba al clarividente, como un enviado mandado por Dios. Él era más grande aún que el Hijo Sagrado de Dios. Un segundo Cristo. La miraba, envuelto en su largo abrigo negro, sintiendo al hacerlo su grandeza. Las lágrimas le rodaban por las mejillas. Lo superaba. Un ser humano normal no podía procesarlo. ¡No había actor más grande en la tierra! Esta grandeza estaba en él sin que lo supiera. El dueño de la casa, hechizado por el gran acontecimiento, pensaba ver en ella un ángel. Todos estaban embargados de emoción. A este clarividente no se le podía pagar con dinero, los llevaba a todos al cielo.

De repente, Alcar se le acercó, concentrándose.

—Eh —lo oyó decir—, cuánto se incide en mí ahora.

André vio aparecer una enorme luz. Los espíritus que habían contemplado todo en silencio también se le acercaron, concentrándose. Qué difícil era llegar a un ser humano. Aun así lo sentía. Ahora era un médium. ¡Las fuerzas a las que habría que recurrir de este lado para llegar a él! Sin duda se sentiría mareado. Se quedó callado. Todos se quedaron inmóviles.

—Ya —oyó decir a Alcar—. No haremos más, pero el miedo que hay en él le purificará los pensamientos. Tal vez tenga todavía salvación y dejará sus siniestras ocupaciones. Si Dios le regalara en este momento el don de ver, huiría de este entorno y ya no se atrevería a alzar la mirada al cielo. ¿No basta ya de sensacionalismo en el mundo? Ven, sigamos, hijo mío, esta influencia “sagrada” me pone enfermo.

¿Te queda todo claro? A mí y a muchos de mis hermanos nos molesta que nuestro espiritismo se mancille de este y otros modos. Otros que participan en él también son infelices y se sintonizan con estos estados, impulsados por su vanidad y alucinación. El clarividente imaginario no ve más que espíritus elevados y flores. Pero para que sea aún más bello, pone en escena al Espíritu Santo. ¿No es terrible? El mismo Dios descendió entre ellos, posándose en una cabeza material. No se podía representar mejor. ¿No es cierto entonces, que se destruye más de lo que se construye? Su decepción será grande cuando algún día vean la verdad. Los que aceptan que se les traigan niños espirituales no solo son infelices, sino que se marean por su vanidad de poder ser algo en el espíritu. Cuando llegue aquí podrá desarrollar sus talentos en las esferas oscuras. Nada más que egoísmo. Todo es sumamente triste. Así se hacen las sesiones en la tierra. Este círculo es uno entre miles. Solo aquí ven lo equivocados que estaban, lo lastimosos y patéticamente pequeños que eran.

Siguieron planeando un buen rato.

Ambos estaban absortos en sus pensamientos. André sintió que su líder espiritual estaba triste.

—Prefiero estar en las esferas oscuras, de las que sé que son malas, que con

aquellos que cubren sus paredes de objetos religiosos y que ponen al Cristo a su izquierda y derecha, que prenden velas y que llevan emblemas espirituales para cubrir sus almas oscuras. Incluso me parece preferible estar con los infelices que entre los que llevan diademas, que resplandecen por fuera, pero por dentro son fríos y pobres en sentimientos espirituales. Llegará el día en que sepan.

Ayuda espiritual en la tierra

—Ahora nos desplazaremos caminando, André.

Estaban ahora en una gran ciudad. Habían atravesado muchas calles. André lo había vivido ya en su viaje anterior, y nuevamente le pareció muy extraño. En la esquina de una calle, había muchas personas reunidas.

—¿Qué estará pasando allí, Alcar?

—Vayamos a ver. Ven, acércate un poco, sin miedo, nadie nos ve.

Un accidente, André. Una persona mortalmente herida. Estas cosas pasan a diario, pero muchos desconocen lo que pasa de este lado. El que acaba de ser atropellado hace la transición. El hombre está inconsciente. Por lo que veo, tardará unos minutos más; luego su cuerpo espiritual se desprenderá de la materia. Mira allí, André, sus familiares vienen a buscarlo. En las esferas se sabe que llegará.

—¿Cómo es posible que lo sepan, Alcar?

—Pronto te contaré más al respecto.

André vio a un ser luminoso que se ocupaba de él.

—¿Quién es, Alcar?

—Un médico espiritual, hijo mío. Aliviará su transición.

André vio una emanación gris alrededor del cuerpo material. También en su tía había observado la misma nube cuando iba a dejar la tierra. En su caso había sido más bello; interiormente estaba en un nivel muy elevado. Aquí observaba una masa compacta. Poco a poco se fue elevando. Una persona iba a dejar la tierra. Era algo muy normal, pero le dio un escalofrío. ¿Estaba dispuesto a morir? De inmediato pensó en su estado interior. ¿Le había llegado el momento de cambiar lo terrenal por lo eterno? Alcar lo miró y dijo:

—Pronto te contestaré todas esas preguntas.

André pensó, ‘Qué grande es Alcar, que sepa tan pronto en lo que pienso’.

—Ya ves, hijo mío, que hay ayuda espiritual para venir por él. Mira, su cuerpo espiritual va a dejar la materia.

—¿Qué significa esa emanación, Alcar? Es igual a la que se me concedió ver con mi tía.

—Un mismo estado, aunque una sintonización diferente. ¿Te queda claro?

André lo entendió.

—No podrá entrar a esferas elevadas. Su lugar es en las tinieblas. Sería mejor para él poder vivir en la tierra para trabajar en su estado interior. Las esferas elevadas le quedan lejos. Ven, sigamos, en el camino te explicaré todo. Despertará en la Tierra Crepuscular, que colinda con las regiones oscuras. Después de haber estado inconsciente por un largo rato como consecuencia de su súbita transición, vivirá de este lado como se sienta interiormente y encontrará su sintonización, en parte por la suya propia. Allí se le aclarará que ha muerto en la tierra.

—¿Entonces él tampoco sabe que ha hecho la transición?

—No, ¿cómo podría saberlo? No tiene conciencia de nada y piensa estar en la tierra porque ve vida. No te conmoverá de verdad hasta que no hayas conocido su vida. Un pagano no será un ángel en la vida después de la muerte. Tampoco su estado cambiará en nada. Dios llama a todos Sus hijos en Su momento. En las esferas se sabe que llegará. Llevan este saber interiormente. A los que no lo intuyen los avisan otros que están en conexión con ellos. No siempre es posible. Depende de las muchas sintonizaciones que posee el ser humano. Los que están unidos por lazos de amor llevan este saber porque lo pueden intuir de antemano. Por lo tanto, es sencillo que el espíritu basto material no sabrá nada de su llegada. Un maestro de la primera esfera espiritual (la cuarta de luz) sabe de todo ser que deja la tierra cuándo y cómo hará la transición. En este viaje te aclararé más al respecto. El ser humano no llega un segundo demasiado pronto o tarde a este lado. Es la sagrada voluntad de Dios, que no se puede cambiar en nada. Y cuando un espíritu en las esferas empieza a intuir que llegará un ser querido, lo que muchas veces sabe con años de antelación, vuelve a la tierra para apoyarlo en sus últimos años, incitándolo a desarrollarse espiritualmente. Entonces serán felices de este lado. Pero no pueden llegar al ser humano que sienta materialmente. Por eso es sagrado el espiritualismo, una gran gracia y una fuerza sagrada que se le dio al hombre. Por eso pueden llegar a ellos. No conocemos otras posibilidades y cuando las pruebas los han despertado violentamente, entonces han logrado su objetivo.

Así hacen los que ya llevan mucho tiempo aquí para ayudar a sus padres y madres, hermanas y hermanos.

Todo es la Dirección de Dios, André. Así que acepta que hagan la transición a tiempo. Pero también en esto hay estados que no son leyes de Dios. Muchos llegan aquí demasiado pronto, otros los mandan a que hagan la transición. ¡Ay de los que son la causa de eso! Su miseria es terrible. Viven en las esferas oscuras durante miles de años para pagar por sus pecados que han cometido en una pequeña vida terrenal. ¿No es espantoso? ¿Tiene que olvidarse así el ser humano? Viven en este valle de dolor sin ser conscientes

de su vida. También los verás a ellos en este viaje. En la tierra hay quienes piensan que hay que destruir de manera cruel a los muchos seres que viven en este planeta.

Mira, ya estamos en el lugar donde quería estar. Ven, bajemos, André. Quiero mostrarte que, si muchos hacen la transición al mismo tiempo, hay ayuda también para ellos. Dame la mano izquierda y sigue conectado conmigo. Sirve de contacto, por lo que podrás observar por sintonización visionaria. Se requiere toda la concentración. Aquí nos encontramos en un infierno subterráneo de la tierra, en las galerías de una mina. Lo que te mostraré ya ha ocurrido y te muestra al mismo tiempo que lo que el ser humano vive en la tierra persiste. Yo presencié el accidente (—explicó Alcar).

André no veía nada. No había un solo ser en la mina. De repente sintió que lo atravesó una extraña corriente. Eso lo llevó a otro estado que en el que acababa de estar. Pensó que algo se formaba y después de unos segundos vio a varias personas reunidas. Estaban trabajando, percibía claramente su vida increíblemente dura. ¿Cómo era posible poder volver a evocar esta imagen? Sin embargo, todo volvía a vivir como había vivido en esa época. También vio, lo que le pareció muy asombroso, a muchos seres astrales, que podía distinguir de los terrenales. ¿Qué pasaría? ¿Qué imagen se le estaba mostrando?

—¿Qué significa todo esto, Alcar?

—Primero mira allá, hijo mío.

André volvió a mirar hacia el lugar que su líder espiritual le indicaba. Vio a cientos de espíritus reunidos. Era como si esperaran algo que tenía que pasar. Inmediatamente después, oyó un increíble estruendo y supo lo que quería decir. Había ocurrido el accidente. Todos los espíritus se dispersaron.

—Ya lo ves, André, que estamos al corriente también de esto. La ayuda espiritual en la tierra.

Hubo a quienes se pudo salvar, pero la mayoría de ellos hicieron la transición. En la tierra hay ahora sufrimiento; en las esferas no hay más que felicidad, porque serán conectados con sus seres queridos, si están sintonizados con ellos. A otros se les llevará a lugares donde la tristeza es aún mayor que en su miserable vida en la tierra. Aquí emergieron, de este lado no es posible. Aquí estaban reunidos con sus seres queridos; de nuestro lado viven solitarios, en oscuridad y frío. Había entre ellos quienes habían mantenido encendida su luz interior. Estos eran los felices y viven en luz y felicidad, como nunca conocieron en la tierra. Este infierno subterráneo no se puede comparar con un infierno en la vida después de la muerte. El infierno en que se encuentran ahora dejará de existir cuando su estado interior encuentre sintonización con una esfera existencial más elevada en el espíritu.

Te quedará claro que de este lado se sabía acerca del accidente. Ven, subamos, arriba te mostraré algunas otras imágenes. Que el ser humano en la

tierra no olvide su vida interior. ¡Qué pronto puede llegar el final! Entonces hacen falta posesiones, el amor, para poseer de este lado luz y felicidad. Cuando en la tierra se piensa que se va a vivir durante mucho tiempo, el final está cerca. Mantén tu luz encendida, ser humano en la tierra; Dios te llamará de manera inesperada. Qué pronto no se habrá apagado tu luz terrenal, y entonces de este lado tu luz espiritual significará tu felicidad. Aquí viven en las tinieblas y no podrán llegar arriba antes de que hayan librado su lucha. Tan intensa, tan increíblemente profunda, que no podrás formarte una idea de ella. Su terrible existencia en la tierra era un cielo en comparación con su estado de este lado. Ahora aún queda tiempo. Todavía poseen su vida terrenal. Salven, amigos, lo que se pueda; pero no salven materia, sálvense a sí mismos, salven su vida interior, para poseer luz de este lado, lo que significa vida eterna (—concluyó).

André vio otra imagen triste: nada más que miseria. En las puertas de la mina, había cientos de personas esperando a los que no volverían.

—A aquellos allí, André, que han perdido a sus hombres y a sus hijos, les digo claramente: “Recen porque Dios les dé la fuerza para poder cargar con todo esto. Recen porque se les abran los ojos y puedan volver para contarles de su nueva vida. Que ellos puedan darles la verdad, por la que ustedes empezarán otra vida. Recen porque Dios les dé la convicción de que ellos viven en una pervivencia eterna. Algún día los recogerán a ustedes y entonces estarán para siempre reunidos, eternamente”.

—Ven, André, te aclararé otro estado. Podría mostrarte miles de ellos. Y todos te convencerán de que no se olvida a un solo ser en la tierra; en todos lados hay ayuda cuando en la tierra el humano va a cambiar lo terrenal por lo eterno. La imagen que te mostraré ahora también pertenece al pasado. Podría hacer esto de otro modo, por ejemplo en tu habitación, pero quiero que lo vivas. Sobre todo te quedará claro que, cuando nos conectamos con la tierra, todo vive para nosotros, por lo que lo volvemos a vivir. Intenta ahora conectarte con la tierra. Entonces intuirás claramente cómo es la naturaleza en este momento.

André hizo lo que le dijo su líder espiritual.

En ese mismo instante oyó un ruido tremendo. Era el aullido de una tormenta de viento, en la que pensaba que perecería. Buscó protección en su líder espiritual, que lo miró sonriendo.

—¿Estás preocupado, André? ¿Cómo puede la materia destruir al espíritu? ¿Es posible?

André lo entendió. No era posible. Era uno con la materia. Sentía todo porque se había conectado. Pero sí que le era extraño; en esas galerías subterráneas no se había asustado tanto como aquí. Allí también lo había vivido. ¿Cómo era posible?

—Viviste todo con mis fuerzas.

A André le pareció glorioso que Alcar adoptara nuevamente sus pensamientos, aclarándole todo. Ahora lo entendía todo. En ese momento no había estado conectado.

—¿Te queda claro, André? En aquella mina, te hice ver desde nuestro estado. Ahora somos uno con la materia. La naturaleza se rebela, lo que sientes claramente. Te muestra que podemos conectarnos cuando queramos. Deja que se debilite tu concentración y vuelve a tu sintonización anterior. Mira lo que te mostraré ahora. También esta imagen pude vivirla, muchos hicieron la transición.

André vio que planeaba encima del océano. Debajo de él veía un gran buque, a merced de las olas. Pronto se hundiría. Encima del barco vio una nube blanca, en la que pudo claramente distinguir seres, envueltos en una emanación espiritual. Entendió de inmediato lo que significaba. Eran espíritus que ayudarían a los que pronto harían la transición. Aquí también había ayuda.

—Donde sea, como ya te había dicho; en todos lados habrá de nuestro lado ayudantes para recoger al humano que haga la transición. A esto no necesito añadir nada. Y ahora vayamos a otro estado.

¿Puede ser clarividente la madre?

Siguieron planeando durante mucho tiempo.

André pensaba en todo lo que su líder espiritual le había enseñado hasta este momento. Tenía mucho que procesar. Qué poco era lo que sabía el ser humano en la tierra de esto. No había nadie que sintiera nada de ellos cuando hacían la transición de esta manera. Y aun así estaban presentes. La vida que había entre el Cielo y la tierra era inmensa. Y en todo había amor. Esta vida no era más que amor. Qué poderoso era Dios para conocer todas estas sintonizaciones. Ni un niño se perdía. Dios guiaba todo, conocía toda sintonización del alma. Había ayuda para cada ser. Hermanas y hermanos de amor eran los que venían por ellos. Todo lo que estaba conociendo de este lado era amor. Entonces qué pena daba el ser humano en la tierra, comparado con aquellos que vivían de este lado. ¿Qué era la sabiduría terrenal comparada con todo lo que significaba Dios? ¿Qué era la riqueza en la tierra en comparación con esta sabiduría? Qué grande era esta vida.

Sentía el inmenso abismo que tenía que salvar el ser humano. Todo era hondo. El abismo era su tristeza, su pena y dolor, y no era más que miseria; eso lo tenía que vencer el ser humano. Ningún ser se salvaría de eso. Era la sintonización con una vida elevada, que significaba felicidad, tan pronto

como hicieran la transición. Y de todo esto se podía aprender amor, nada más que amor. Había que poseer amor, si no, uno se encontraba en unas profundas tinieblas. ¿No era difícil? ¿No era una lucha? ¿No era miseria, no era pena y dolor? Sentía lo terrible que sería para muchos, pero no querían avanzar, aunque pudieran vivir durante cien años en la tierra. Sin embargo, era necesario, ningún ser humano se libraba. El ser humano tenía que ser suave, como el viento espiritual, como la vida misma.

Esto lo tenía que aprender el ser humano en la tierra. Aquí el amor era el poder, nada más que felicidad, felicidad eterna, eterna.

El que estaba a su lado poseía amor. La fuerza que poseía era grande. Qué lejos se encontraba todavía de él. Cuánto tiempo le tomaría llegar a ese punto. Lo tenía que experimentar una y otra vez. Y aun así él lo llamaba su hijo, su hermano. Él mismo se llamaba un niño en amor. Y ¿qué categoría tenía comparado con él? Se mareaba cuando pensaba en su altura. Tendría que luchar mucho para llegar a ese punto. No obstante, quería seguir por el camino que había escogido. Ahora Alcar le enseñaba que era solo este camino el que tenía que seguir el ser humano. Aprender a dar amor, ese era el camino. Qué sencillo era, y a pesar de eso: qué terriblemente difícil. Había que saber amar a los enemigos. Todavía se consideraba insignificante a sí mismo, ay, ¡tan pequeño!

Alcar era un padre para él. Y en su corazón agradecía a su líder espiritual por todo lo bello que se le concedía vivir. Alcar le puso la mano en el hombro, lo miró y dijo:

—Si mi hijo continúa así y sigue caminando por nuestro camino, su amor seguirá creciendo para el bienestar de la humanidad.

Aquí estamos de nuevo en un lugar en el que quería estar y donde quiero volver a mostrarte algunas cosas. Mira, aquí en esta casa nacen personas. Desde aquí y en muchos otros lugares, el ser humano empieza su vida terrenal. Muchas veces los pequeños hacen la transición y vuelven al lugar del que habían venido. Quiero decir con esto la vida que vuelve a Dios. Es terrible para la madre tener que perder a su hijo. Pero cuando sabe cuál es la intención de Dios, entregará todo. En este estado quiero mostrarte que todo es la voluntad de Dios, pero también qué sagrado es este acontecimiento, lo que solo pocos entienden. Entonces quiero mostrarte que la madre puede ser clarividente, pero sobre todo que puede asimilar y poseer esta felicidad elevada. Ven, André, entramos sin que nos lo pidan. Eso es posible solo para el espíritu.

Entraron en una gran sala, donde André vio reunidas a muchas madres.

—Mira, hijo mío, algunas poseen la felicidad materna, otras la recibirán pronto, o se encuentran en pena y dolor. Nos sentaremos aquí.

En las esferas sentimos tantas veces el sufrimiento agudo que una madre

emite hacia su hijo perdido. “¿Es necesario eso?”, se pregunta el ser humano. “¿Por qué Dios me quita mis posesiones, mientras que hay quienes no lo quieren? ¿Por qué herirme hasta en lo más profundo de mi alma? ¿Cómo puede tolerarlo Dios? ¿Si yo amo a mi hijo! Oh, Dios, devuélveme a mi hijo. Deseo tanto mantenerlo conmigo”. Pero los pequeños hacen la transición. Entonces piensan que Dios es cruel y no un Padre de amor; entonces preguntan cómo Dios puede ser tan implacable.

Todas estas súplicas llegan hasta nosotros, porque la pena y el dolor nos alcanzan, así como el amor de los que se quedan atrás. Entonces, Dios es terriblemente implacable en sus ojos, y no se le entiende. Nosotros conocemos su profunda pena, tener que sufrir para quedarse finalmente con las manos vacías. Su pena es profunda, demasiada profunda para poder representarse en palabras. He visto desarrollarse escenas terribles al dar mi vuelta por la tierra. Madres que, deshechas en alma y cuerpo, no tenían ya más valor para poder seguir viviendo, no tenían fuerzas para poder cargar su profundo sufrimiento que Dios les había puesto en los hombros. Cegadas por este súbito acontecimiento, toda su esperanza y felicidad destruidas. Todos sus planes hechos añicos; su amor, confianza y fe convertidos en odio. ¿Cómo puede Dios torturar tanto a un ser humano? ¿Es ese un Padre de amor? Entonces se rebelan como nunca antes. A ellas les digo claramente: “Ser humano, no te olvides. Ten conciencia de lo que dices, piensas y sientes. Cuando Dios te quita tu amor, tiene un significado, que aprenderás, por más difícil que sea. La lucha que se te encarga es soportable, porque Dios da según la fuerza. Sabemos que hace falta y que Dios es un Padre de amor para todos sus hijos. Humano, acepta, porque tus “pequeños” viven. Viven de este lado, creciendo, y se les cuida en amor. Llegará el día en que se les acercarán a ustedes, en radiante belleza”.

Más adelante, hijo mío, te mostraré esferas de ángeles, donde viven los pequeños de la tierra. Ahora quiero intentar aclararte qué grande es la felicidad que recibe la madre. Pero también cómo es posible que la madre puede ser clarividente por este acontecimiento. Y sobre todo que puede asimilar este estado más elevado, lo que no significa más que desarrollo espiritual. La madre que espera a su hijo en amor es verdad, a otras no se les puede alcanzar. La ciencia en la tierra investiga la posibilidad de si una madre puede ser clarividente, lo que nosotros ya hemos constatado. No obstante, no pueden constatar su estado espiritual, porque no lo sienten. Nosotros sabemos que el espíritu puede conectarse con un espíritu. Ese sentimiento encuentra sintonización en sentimiento, lo que significa amor. Cuando la madre está embarazada, se ha establecido una conexión con otro ser, otra fuerza de los sentimientos. ¿Te queda claro? Esta conexión dura nueve meses. Así que se encuentra en una fuerza espiritual elevada, por el ser que lleva dentro. Pronto volveré a esto.

Cuando nace el niño, la madre siente que se le quita algo; no puede constatar lo que es ni encontrar palabras para describirlo. Pero nosotros sí lo conocemos y sabemos lo que se le quita. Muchos piensan que el nacimiento de ese niño, lo extraño, lo que les falta, es fuerza de los sentimientos. Pero tiene otro significado, y es este: es la fuerza de los sentimientos elevada que estaba dentro de ella, todo ese tiempo que estuvo conectada con su hijo. Así que era la fuerza de los sentimientos del ser la que le hacía intuir este sentimiento. ¿Entiendes lo que quiero decir? Es la felicidad, la gran fuerza espiritual del ser. Cuando esta fuerza que está en ella encuentra sintonización en el espíritu, la madre entra en un estado más elevado, por lo que puede ser clarividente. Así que ha sido alcanzado el grado de clarividencia por su propia fuerza y por la del ser que lleva en sus entrañas. Puede asimilar esta fuerza más elevada, que ha sentido en todo este tiempo, aunque en muchas se pierde esta fuerza, este don divino. Esto se explica porque la madre mantiene su concentración en el ser que nace y por lo tanto regresa a su propia sintonización. La madre que posee una sintonización espiritual puede encontrarse en este grado de clarividencia por la fuerza del niño mientras lo lleva dentro. Pero también en este estado hay diferentes sintonizaciones. Son sintonizaciones vitales en el espíritu, lo que significa la fuerza del ser. Algunas madres viven de manera terrenal, otras son muy sensitivas, lo que encuentra sintonización en la mediumnidad directa. Y depende de todas estas fuerzas de los sentimientos si la madre posee este grado. Después, la fuerza espiritual del niño. Si la sintonización interior del ser que nace es espiritual, entonces la madre y el hijo formarán un solo lazo y sintonizarán en fuerza de los sentimientos. Así que lo que la madre echa en falta después de nacido el niño es el sentimiento elevado que conoció mientras estaba conectada. Y podrá asimilar esta fuerza de los sentimientos, lo más sagrado de este gran acontecimiento. Sabemos lo que es el sentimiento del amor y que por este sentimiento se puede ser vidente; significa que durante su conexión la madre posee un amor más elevado, que ha recibido por este acontecimiento.

Ahora vuelvo a la fuerza de los sentimientos del ser. Así que quiero demostrar que la madre que comprenda el gran milagro, aquella que pueda intuir la conexión con otro ser, puede asimilar este amor en este breve lapso, para el que a otra vida le hacen falta años de lucha. Si se concentran en su estado interior, saben que solo Dios puede dárselo a la madre. ¿Sientes, André, lo que quiero decir?

—Si le he entendido bien, Alcar, una madre cambia durante su unión con el niño, que es amor, por lo que se convierte en otro ser.

—Muy bien, hijo mío. Se requerirá sobre todo que siga viviendo en su primer estado de sentimientos. Este acontecimiento ha puesto a la madre en condiciones de desarrollar su amor. Como acabo de decir, otra vida necesita

para eso años de lucha, pero la madre es un ser agraciado, que puede despertar por este acontecimiento sagrado.

Y de eso se trata para mí. Más incluso que de la clarividencia. Ser madre es lo más sagrado que Dios le puede dar a una mujer en la tierra. Muchas madres pronto se sienten liberadas de esta unión y vuelven a vivir como era su vida antes de este tiempo. Entonces todo se ha vivido en un estado inconsciente. Por eso habrá una madre entre miles que entiende este gran y sagrado acontecimiento de ser madre.

De este lado viven madres que solo ahora son conscientes de lo grande que es la gracia que Dios les dio en la tierra. Pero porque su vida era material y no sabían nada de una vida eterna, volvieron a hundirse en la suya propia, de la que despertaron después de mucha pena, lucha y dolor, aunque de todos modos hubieran podido asimilarlo en poco tiempo. Solo aquí las madres entendieron la fuerza maravillosa de este acontecimiento material. Solo de este lado el humano siente y ve que muchos estados se han vivido materialmente. Aquí despierta el ser humano, pero entonces es demasiado tarde para todo; tiene que suceder en la tierra. Aquí se entiende todo el sufrimiento pasado. Pero primero tienen que recorrer un camino a través de tinieblas y frío, si quieren poder entrar a las esferas de luz. Hay quienes asimilan este amor, y ellos también entienden el gran significado de este acontecimiento y viven en entrega aceptando lo que Dios les da a cargar. Todos los demás se sintonizan con el ser, con la posesión de su hijo. Y cuando se les quita esa posesión, oímos y sentimos plegarias, y entonces Dios les parece cruel, frío e implacable. Entonces no entienden que todo esto es por su bien, para llegar a una conciencia más elevada.

Y luego otro estado. Cuando se ha logrado una conexión, la madre sigue eternamente conectada con su hijo, que volverá a ver en las esferas cuando ella también haga la transición. Su hijo crece, como ya te dije, y se acercará a la madre en radiante belleza.

Ahora una prueba, André, para aclarártelo todo aún más. Aquí están reunidos muchos seres y aquella de allí posee esta fuerza espiritual más elevada. Ahora nos conectaremos con ella. Ahora concéntrate en ella.

André intentó conectarse con la madre.

Poco a poco sintió que brotaba en él una enorme felicidad. Era un sentimiento suave y anhelante por el ser desconocido que vivía en ella. Sintió surgir en él una gran fuerza de amor, que había sentido, si quisiera comparar esta fuerza con las esferas, en la Tierra Estival. Allí había podido intuir y vivir ese sosiego. Miró a su líder espiritual, que sonrió.

—Magnífico, André. Me conecté contigo y sé lo que sentías. Ella está temporalmente sintonizada con la Tierra Estival. Así que vive en una esfera más elevada durante su espera. Espero que ahora todo te quede claro. Otro

estado más, André.

Ahora bien, si esta madre hiciera la transición con su hijo, en primer lugar no lo vería, y en segundo lugar, no podría entrar a la Tierra Estival. Y sería por esto. La fuerza espiritual del ser que ella lleva la pone en esta sintonización más elevada. Pero cuando nazca el niño, ella volverá a su propio estado. Pues bien, el niño que no haya visto la luz de la tierra y que no haya vivido en la materia, es un ángel en el espíritu y por lo tanto tiene otra sintonización que la madre, más elevada. Y ahora que sabemos que hay que tener sintonización en el espíritu, queda claro que la madre entrará en otra esfera que su hijo. ¿Te queda claro todo?

—Sí, Alcar, todo me queda claro.

—En las esferas te contaré más acerca de todos estos estados. ¿Tu madre terrenal aceptará todo esto? Es la verdad de este lado. No conocemos otra. Muchos son clarividentes, muchos entienden la gracia de Dios, pero pocos hay que despiertan gracias a este acontecimiento sagrado. Duermen su profundo sueño espiritual, del que no se les puede despertar ni a sacudidas.

Pena y dolor por los demás

—Ven, hijo mío, sigamos para aclararte otros estados. Quiero mostrarte cuántos tienen que sufrir por lo que otros les han impuesto, pero también qué terribles son muchas transiciones. Te mostraré a aquellos que tienen que observar con resignación que sus seres queridos, con los que estuvieron conectados muchos años en la tierra, son llevados a las esferas tenebrosas, y te haré percibir el agudo sufrimiento que sienten porque saben lo que significan las tinieblas de este lado.

Habían atravesado muchas calles.

—Ven, hijo mío, entraremos en esta casa.

André vio un gran edificio, que parecía un hospital. Veía seres astrales entrando y saliendo. Para el ser humano en la tierra eran invisibles. Reinaba el silencio en este edificio. Era el poder de la muerte, que empuñaba aquí su cetro. Una casa de sufrimiento, nada más que miseria. Lo hacía sentir frío. Lo atravesaron escalofríos al entrar al palacio de la muerte. Caminó detrás de su líder espiritual, que seguía su camino habitual. Seguía avanzando cada vez más. Habían pasado por varios pasillos. También aquí vio pasar a muchos espíritus. ¿No lo veían? Ninguno (de estos espíritus) se dignó en mirarlo. ‘Curioso’, pensó, ‘estoy de este lado, ¿no?’. De inmediato oyó una voz clara pero suave decir “pero en otro estado”, por lo que dedujo que estaba conectado con Alcar. Entendió de inmediato el significado de lo que observaba. Le quedaba claro que se encontraba en la sintonización de Alcar y que no lo veían por eso.

Alcar se detuvo frente a una habitación. ¿Entrarían allí? Sí, aquí viviría otros estados.

Era una sala grande, en la que estaban colocadas juntas varias camas. En todos lados yacían seres humanos enfermos y lastimosos.

Alcar lo estaba esperando. Allí frente a él vio a un joven enfermo. Al lado de la cama vio al ser humano astral que había descendido desde las esferas para ayudar al enfermo, el ayudante invisible. Amor, nada más que amor. André vio que el espíritu hacía largos movimientos de roce magnético por encima de la vestidura material. Sus fuerzas vitales inundaban al ser humano material; irradiación espiritual, fuerza de amor dada al ser humano en la tierra. Le resultaba una imagen imponente. Si tan solo las personas pudieran verla. Entonces estarían convencidos de que los lazos de amor eran eternos.

Era un espíritu masculino y el enfermo podría ser su hijo, puesto que observó algún parecido.

—En la tierra, André, se sabe poco de estos estados. También desconocen las fuerzas de los que viven de este lado; quiero decir la ciencia. Aun así te muestra claramente cómo podemos incidir desde nuestro lado en el ser humano material, cómo podemos ayudarlo.

—¿Este chico va a hacer la transición, Alcar?

—No, todavía no le ha llegado su hora. Vivirá, se curará de esto.

El espíritu le puso las manos radiantes en la cabeza al enfermo. Le daba todas sus fuerzas de amor a su chico. Era imponente que le fuera concedido vivir esto como ser humano. Era el amor de un padre por su hijo. Oh, ¡qué bello era! ¡Qué poderoso era el amor! Lo creían muerto, pero el muerto salvaba la vida de su hijo. La muerte alimentaba la vida. Qué poco se sabía de esto en la tierra. Le corrían las lágrimas por las mejillas al ver todo esto tan bello. El ser humano que vivía tras el velo ayudaba en silencio. En su estado no había más que tranquilidad, felicidad y amor. Nadie lo oía ni veía. Para el ser humano ya no vivía.

Aquí veía el gran milagro, la pervivencia eterna después de la muerte.

Ser humano, ¡acéptalo! Oh, qué sagrado era este saber. Qué grande el poder de Dios entregado al ser humano en la vida después de la muerte.

Alcar estaba unas camas más allá, esperándolo. ¿Y ahora qué es o que vería allí? Estaba frente al lecho de enfermo de un viejo. Era un enfermo de gravedad. Al lado de la cama vio a una joven mujer, que irradiaba una hermosa luz, que iluminaba su entorno. Mantenía la mirada firme en el enfermo, que parecía estar inmerso en un sueño profundo. Ya no viviría mucho más. Ya había comenzado su agonía. Para el ser humano terrenal no había nada que ver. Aun así André sintió su fuerte batalla con la muerte, la muerte que significaba vida. Una lucha que no hacía falta, pero de la que no se podía librar. No sentía ni sabía nada acerca de una pervivencia eterna. Y en su lucha, la

lucha entre la vida y la muerte, ella descendía desde su esfera elevada para ayudarlo. De nuevo vio lo grande que era el amor. Los lazos de amor eran indestructibles.

Amor sagrado de las esferas, inmaculado como lo sentía ella, como irradiaba ella, como era ella misma, como podía ser la vida misma.

—¿Es su hija, Alcar?

—No, su madre.

—¿Qué dice?

—Su madre, André. Es un espíritu de la luz. Joven y bella, mientras que su hijo es viejo, viejo de cuerpo y viejo de espíritu.

André lo entendió: su madre era joven y bella; él en cambio sería un espíritu infeliz, al llegar de este lado. El hombre había echado a perder su vida. André entendió ahora la pena y el dolor que causan los demás. Ella, la feliz, sufría porque su hijo se había olvidado. Qué miseria. Más profunda aún que la que acababa de observar. Allí, el sufrimiento era otro que el que padecía ella. Allí era soportable; aquí era inhumano. La madre sufría por su hijo; sufría por ser madre. Sería llevado al rato a las esferas oscuras. Tenía que renunciar a él, no podía cambiar nada. Era su sintonización. Él mismo lo había querido.

Sufrimiento por los demás. ¿Se sabía de este sufrimiento en la tierra? No, en la tierra no se sabía de él. Hacía un frío cortante. Tinieblas y pobreza. Era terrible. Era su hijo y seguiría siéndolo, también en la vida después de la muerte. Por eso sufría. Su sufrimiento, sus dolores, que solo sentiría después, que eran tan diferentes de todos los dolores materiales, los sentía. Ya ahora, cuando su fin todavía estaba por llegar. Ella sabía lo que significaba tener que descender a las esferas oscuras. No volvían en muchos años.

El dolor de André era indescriptible. Qué verdad tan triste veía aquí. Ella había venido para despedirse de su hijo. Para eso vino a la tierra. Oh, lo sentía como si se lo contara Alcar. Así era la vida en el espíritu. No se le podía cambiar nada.

—¿Todo te queda claro, hijo mío? Así podría mostrarte miles de estados. Ella ya estaba con su hijo desde hace meses, para cuidarlo, y ahora ha llegado el momento para desprenderse de él durante mucho tiempo.

Mira allí, André, una joven chica junto al lecho de enferma de su madre. Junto a ella, su padre. Ambos han venido por ella. Pronto estarán juntos para siempre. Todos felices, porque fue una madre que dio mucho amor a todos los que la buscaron. Tiene posesiones en el espíritu. ¡Son felices, hijo mío!

—¿No pueden vernos, Alcar?

—No, imposible. Nos encontramos en otra sintonización. Pero me conectaré con ella.

Solo ahora André entendió bien lo sencillo que era su líder espiritual. In-

mediatamente después de que Alcar se conectara con ella, se acercó a él, preguntando:

—¿Tomará mucho más tiempo, hermano?

André dedujo de esto que Alcar poseía una sintonización más elevada que ella, y oyó que su líder espiritual dijo:

—No, pronto estarán ustedes juntos.

Ella miró a Alcar con los ojos radiantes, en los que había amor y nada más que felicidad. En esta mirada reposaba el eterno entender, que era el amor que ambos sentían. Todos eran niños espirituales. Seres humanos que entendían con un solo vistazo, con una sola mirada, en el que reposaba todo. Las esferas eran una, sin importar donde vivieran. Quien sintiera amor, entendía esta fuerza silenciosa.

No se habló más. Alcar volvió con él, preguntando:

—¿Te queda claro todo?

—No, no entiendo por qué ella no sabe cuándo su madre hará la transición. Es feliz, ¿no, Alcar?

—Lo percibiste muy bien. Continúa así. Te lo aclararé. Ni ella, hijo mío, puede intuir el momento en el que se llevará a cabo la separación del espíritu y la materia. Siente que hará la transición pronto, aunque solo lo sepan constatar aquellos que posean la primera esfera espiritual (la cuarta esfera de luz), y que vivan en esa sintonización. Ellos son felices, hermosos y jóvenes, pero siguen viviendo debajo de la primera esfera feliz, que te mostraré en este viaje. Cuando se acerque su final, el ayudante espiritual de este lado lo comunicará. Te lo aclaré en la transición de tu tía. Se puede percibir en su irradiación. En ella se ve de este lado si el ser humano hará la transición pronto. Todos estos estados son leyes espirituales. Una ley deja de existir cuando hayamos asimilado las fuerzas que son la sintonización con una esfera más elevada. Solo podemos intuir esas fuerzas psíquicas si poseemos esa sensibilidad. Desde la primera esfera pueden conectarse e intuir varias transiciones. En la transición de tu tía pude calcularlo. Y aquí también se puede. Pero no es mi trabajo. De este lado, cada espíritu feliz tiene su propia tarea. Ambos viven en la tercera esfera. Ya estuviste allí. En este viaje te contaré más de todas estas sintonizaciones. Cuando estemos allí, entenderás mejor todos estos estados de sentimientos.

La primera esfera espiritual (la cuarta esfera de luz) es ese estado en el que el ser humano ha depuesto toda materia. Solo allí se perciben las transiciones, porque entonces poseen esta sabiduría y tienen sintonización con ella. Así que es posesión. Nada más que amor en el espíritu. Todos los seres que vivan bajo esta sintonización son felices, desde la primera esfera existencial en el espíritu (la primera esfera de luz). Así que aquel que haya llegado a la primera esfera espiritual feliz, sabe y siente cuándo se acerca el final, porque ha hecho

la transición en el espíritu. Poseer la vida espiritual de este lado es deponer toda la materia. Así que desprendido de todo para poder actuar según el entendimiento y las fuerzas propios. Para esto hace falta un médico, un ser con sintonización elevada.

¿Te queda claro todo ahora?

—Sí, Alcar, completamente.

—De maravilla, hijo mío, entonces seguimos y visitaremos otra sala.

Entraron en una habitación pequeña. André vio a una viejita flaca, que yacía allí sola, esperando su final.

—Donde sea que se encuentre el ser humano, André, hay ayuda espiritual. Hay allí seres espirituales para ayudar a sus seres queridos, lo que te queda claro porque te hago vivir todos estos estados. No hay enfermo sin que haya alrededor suyo seres espirituales que alivien sus dolores. Hay en la tierra más seres de nuestro lado que seres materiales. Donde se encierran las personas, se encierran con ellas seres espirituales con los que estén sintonizadas. Donde esté el ser humano hay seres espirituales, lo que te mostraré en otros viajes después de este, cuando vivamos la vida de este lado. Así que te esperan muchas más cosas; todo será sabiduría en el espíritu.

Ahora quiero que mantengas tu concentración en mí, porque quiero aclararte algunos otros estados más que te siguen siendo desconocidos.

Mira allí, André.

André miró el lugar que le indicó su líder espiritual y vio a dos espíritus luminosos junto al lecho del enfermo.

—Ahora mira allí, hijo mío.

André se sobresaltó mucho. Vio a un espíritu viejo envuelto en una emanación oscura. Lo oyó gimiendo y gritando, lo que no había sido el caso hasta que Alcar le llamara la atención sobre eso. El ser estaba enfurecido. Se le hacía terrible tener que observar esto.

—¿Qué significa todo esto, Alcar? Ataca a esos otros seres. ¿No se les tiene que proteger?

—No, no lo sienten ni lo ven. Te lo aclararé todo. Aquí estamos en el lecho de enferma de su madre. Ambos seres han hecho la transición hace mucho tiempo y ahora vienen por su madre. Al padre, que vive en una esfera oscura, se le trajo aquí para convencerlo de su vida terrenal.

—Así que son diferentes sintonizaciones espirituales en el espíritu.

—En un momento te aclararé el estado del padre.

Les llama y dice maldiciones, pero ellos no lo oyen, lo que significa que viven en una sintonización más elevada. No saben nada de él, porque son todavía niños en el espíritu y esto se les mantiene oculto. Ahora están conectados con su madre y su concentración está sintonizada en ella, por lo que no absorberán otros estados. Así que podrían conectarse con su padre, pero

son demasiado tiernos para sus fuerzas crueles. Solo cuando entre en una esfera espiritual se volverán a ver. Así que en este estado se encuentran tres sintonizaciones diferentes. Son las de la madre, las de sus hijos y la del padre. Y en todas ellas hay a su vez estados intermedios que te aclararé más adelante. Al padre se le trajo aquí para presenciar la transición de su mujer, por lo que se logrará que empiece otra vida. Viviendo este estado se desarrollará, pues habrá despertado en él el deseo, porque sabe que ella también se encuentra de este lado.

¿Te queda claro?

Al padre lo trajeron aquí espíritus felices, que se han capacitado para este trabajo. Le permiten vivirlo, al igual que yo te he aclarado a ti varios estados al mostrártelos con sintonización visionaria. Así también pudiste observar la vida en la mina.

Al ver a su amada quiere conectarse, pero le es imposible. Oíste lo lejos que sigue alejado de esta altura.

¿Sientes, hijo mío, el gran significado de todo esto? La madre estará con sus hijos, viviendo en una sola esfera, porque ella también tiene sintonización con el espíritu.

Ahora mira allí, André.

—¿Quiénes son, Alcar?

Vio a dos espíritus que llevaban una túnica espiritual.

—Son los que lo trajeron aquí. Ayudantes espirituales de este lado.

Lo miraban amorosos, como si entendieran para lo que estaba aquí.

—Espíritus de amor, André, que llevan a cabo una tarea en la esfera de la tierra. Les abrirán los ojos a otros, enseñándoles cómo obtener una felicidad más elevada.

—¿Saben lo que hago aquí, Alcar?

—También lo saben, porque ven tu irradiación y pueden constatar todo a través de ella. Y además esto: estos espíritus vienen de la cuarta esfera, donde sus posesiones son pura luz y felicidad. Pero para trabajar en la esfera de la tierra, se conectarán con ese estado, lo que significa que hacen la transición a esa vida. Son espíritus de amor, aunque lleven túnicas ásperas. ¿Cómo podrá mostrarse en la oscuridad un ángel de la luz? Es imposible, ¿no? La conexión de este lado es la transición a otro estado. También todo esto te irá quedando claro en este viaje. Los espíritus de la luz llevan su fuerza por dentro, la llevan y están conectados con el orden de verdad. Vemos todos estos estados a diario, André, porque cada segundo miles de personas hacen la transición. Y todo es y significa sufrimiento, infligido por otros.

Sigue, hijo mío, tengo más estados que mostrarte.

Atravesaron muchas salas.

—Ahora te haré vivir una verdad que solo nosotros conocemos.

Ven, entremos aquí.

Allí yace una joven vida que se manda demasiado pronto a este mundo. La operaron, lo que es sencillo en la tierra, pero tiene otro significado en el espíritu, que solo nosotros conocemos. La operación se malogró, otros están esperando (—aclaró).

Había muchas personas de la tierra alrededor de su camita, llorando. Una joven vida se iría y todos estaban profundamente afligidos.

—Seguimos, hijo mío, aquí no encontraremos el significado de esta pronta transición; iremos a buscarlo. He visto cientos de estas transiciones, cuando caminé por toda la tierra. Y todo este acontecimiento afecta a los que manejan el bisturí. Pero también en esto hay estados que indican a los verdaderos culpables.

—¿Dónde estamos aquí, Alcar?

—En una sala de dirección de un hospital. Mira allí, un instrumento en nuestras manos. Él también es médium y nosotros lo dirigimos y ayudamos. Su capacidad se la debe a nuestra ayuda. Su honor y su renombre son del espíritu. Lo que aprendió no era más que materia, pero los que sirven a través de él a la humanidad han sintonizado sus sentimientos. Manejaba el bisturí de manera infalible, hasta que otro factor destruyó su infalibilidad.

André vio a dos hombres. Uno de ellos, el mayor, estaba inclinado con la cabeza entre las manos. El otro se paseaba de un lado a otro y estaba estresado.

—El que da vueltas allí es su hijo y no igualará a su padre en sus capacidades, aunque cumpla mil años. No podemos alcanzarlo. Aun así tiene que seguir a su padre, y lo hará; el padre lo quiere. Y este joven médico tiene que aprender la ciencia que su padre entiende tan excepcionalmente bien, pero para eso pasarán decenas de años; se les manda a este mundo demasiado pronto. Mandó la joven vida hacia aquí por la voluntad de su padre. Tenía que manejar el bisturí costara lo que costara, para que más adelante, cuando su padre haga la transición, el hijo pueda continuar con su trabajo. Sus cálculos fallaron, porque para este trabajo hay que poseer sentimientos. Esto es intuir, lo que no se puede aprender. El padre observa con resignación cómo se destruye una joven vida. Está convencido de que todo habría sido diferente de haber manejado el bisturí él mismo. Sin embargo, ocurrió, porque su vanidad e ilusión le jugaban malas pasadas. Tiene la culpa de esta transición adelantada y tendrá que enmendarla. Sepulta a los demás bajo pena y dolor, lo que no habría sido necesario, porque en este caso es un médium en nuestras manos. Escucha, están hablando.

André vio que el joven médico se acercó a su padre, y lo oyó decir:

—Vamos, papá, que no lo afecte tanto, si nos hemos esforzado.

—No —dijo—, debí haberlo hecho yo mismo. Debí haber escuchado mis

sentimientos interiores, no debí permitirlo. No aprenderás nunca, ¡nunca!

Allí estaban las pruebas de su error, que mostraban de manera incuestionable que no había sido necesario que la niña muriera.

—Me vuelvo loco —André lo oyó decir—, la niña se muere. Ya no se puede hacer nada. No sirves para tu trabajo.

—Todo ese remordimiento, hijo mío, todo ese remordimiento; nada más que tristeza, lo que habría sido innecesario. Pero si no sabe liberarse de esta influencia, por su propia voluntad, habrá más personas a las que se les mandará hacia aquí. Así se destruye la vida, así la pena y el dolor recibidos de los demás. Esta no es la voluntad de Dios. Dios tuvo otra intención. Así unos infligen sufrimiento a otros, para halagar su amor propio, para aumentar sus posesiones. Muchos harán la transición, pero entonces todo será diferente. Entonces será el tiempo sagrado de Dios, el tiempo de hacer la transición. Viví muchos de estos estados horribles durante mi vuelta por la tierra, como ser humano invisible. Observé que se destruía a los animales para que sirvieran al ser humano. Se liquida una vida para curar otra.

Podría enumerar miles de horrores, peores que este todavía.

Así se destruye una vida para poder conservar la otra. Vi desarrollarse escenas repugnantes.

En un laboratorio vi cómo se ataba un perro encima de una mesa. Se había dejado al animal que padeciera hambre unos días, para ser torturado después. Vi que cortaban al animal en el cuello con tal de poder recoger los jugos gástricos.

Se trabajaba de la siguiente manera: le enseñaban al animal, muerto de hambre, un pedazo de carne, por lo que el estómago empezaba a trabajar de manera intensa. Se recogían los jugos gástricos que escupía el pobre animal para fabricar con ellos sueros que pudieran curar a las personas. A pesar de que se le administrara anestesia local, el animal tenía conciencia de todo.

¡He allí la ciencia de la tierra, del ser humano con una sensibilidad divina! ¡Ay de los que se presten a eso! ¡Los jugos animales servirían para prolongar la vida de las personas! ¡Cómo puede olvidarse así el ser humano! Una ciencia macabra. ¡No sienten el lodo en el que se revuelcan!

También vi otros estados que me hicieron feliz. Uno de nuestros instrumentos tuvo que llevar a cabo una operación delicada. Lo seguí con muchos otros, de este lado. Se angustiaba por la joven vida, por si moriría o seguiría viviendo. Pensaba tener el control de todo. Perdió la confianza en sí mismo y regresó a casa. Al día siguiente sería la operación. Estaba convencido de que existía una pervivencia y era consciente de su don. Pero aun así seguía estando en él esa fuerza que lo protegía de mucho sufrimiento.

A plena noche se arrodilló y rezó a Dios para que lo ayudara para que se le concediera conservar la confianza en sí mismo. Rezó durante mucho tiempo.

Y lo ayudaron los que viven de este lado.

Mientras rezaba, se le transmitió la imagen y vio que la operación se lograba. Vio claramente lo que tenía que hacer para lograrlo. Se quedó dormido para despertar fresco y de buen humor, todavía conectado con su visión. Lo apoyaban espíritus del amor, que velaban por él; estos eran sus seres queridos. Siguieron rezando con él todavía mucho tiempo, para pedirle a Dios fuerza para él. La operación se logró por completo. Sintió el sagrado poder de Dios y aceptó humildemente su tarea. Era famoso en la tierra, gracias a los que de este lado incidían en él. ¡Qué lejos está de él aquel otro médico, y sin embargo a este se le atavía de condecoraciones y se le nombra ciudadano de honor! Llegará el día en que le muestren lo que fue bueno y malo en su vida en la tierra. Muchos que efectúen trabajo sagrado serán luchadores para el ser humano con todas sus necesidades. De este lado se espera a los que son mandados hacia aquí demasiado pronto. Todo esto es pena y dolor por los otros.

Y ahora dejaremos la tierra, para visitar las esferas oscuras.

Regiones oscuras

—Ven, hijo mío, nos espera todavía más tristeza. Usa todas tus fuerzas, es un viaje difícil, pero te significará sabiduría en el espíritu.

Dejaron la tierra planeando.

André estaba profundamente conmovido por todo lo que Alcar le había mostrado.

—¿No te encuentras bien, André?

—No, Alcar.

—Mira, escucha.

Ya te he aclarado antes que no puedes cargar con la pena y el dolor del mundo entero. Ahora, mi hijo se encuentra en un estado igual. Es triste, pero lo que sientes es compasión, y la compasión es autodestrucción. También más adelante te quedará claro. Siente amor y permanece en tu propio estado, solo entonces podrás actuar de manera activa.

André lo entendió.

—Mira, allí debajo de nosotros: la tierra. Allí estábamos, en ella vives, allí está toda esa pena y el dolor que has podido ver y vivir desde este lado. Ya te había mostrado esta imagen imponente antes. Ya ves lo insignificante que es en comparación con sus hermanas más grandes, que ocupan todas un lugar en el universo. Pero qué grande es su sufrimiento y cómo se ha hundido la humanidad que vive en ella. Y Dios quiere que todo sea diferente. Tiene felicidad para todos Sus hijos. Si pudieran ver la tierra desde aquí, muchos cambiarían su vida. Qué insignificantes somos nosotros, y ellos, comparados

con la creación de Dios. ¡Y aun así el ser humano se cree mucho! Todo ser se percibe. ¿Y qué es el ser humano en este espacio inmenso y eterno? ¡Nada! Y no obstante está en él la chispa de la luz eterna, y encuentra sintonización con Dios. Por eso nuestro Espiritualismo es sagrado. En todos los rincones de la tierra se vierte alimento espiritual para que el ser humano cambie su vida. Aquí le espera felicidad, nada más que felicidad, si se desarrolla interiormente. Entonces se detiene todo fratricidio, porque saben que la vida es eterna y es imposible destruirla.

Ven, André, sigamos nuestro camino. ¿Ya estás un poco mejor?

—Sí, Alcar, gracias a su ayuda.

Tomados de la mano se acercaron planeando a las esferas oscuras.

—Allí frente a nosotros está la Tierra Crepuscular, que colinda con las regiones oscuras. Aun así conocemos otra Tierra Crepuscular más, donde la luz también es diferente, porque colinda con la primera esfera existencial, que visitaremos de igual manera en este viaje. La luz celestial seguirá cambiando hasta que haya adoptado un color rojo pardo: la irradiación que poseen las personas aquí. Así que la luz en la que viven es su estado interior. Atravesaremos la Tierra Crepuscular y pronto habremos llegado. Una vez allí, nos detendremos por un momento en la frontera de esta tierra, para que te explique algunas cosas. Después descenderemos.

Mira, André, nos encontramos en el lugar en que estuvimos en nuestro primer viaje, aunque ahora conocerás la tierra. Descenderemos en otro lugar (—dijo).

André ya veía cómo cambiaba la luz celestial. Por fin había cambiado en un resplandor rojo pardo: la luz de los que vivían allí. Oh, ¡qué miseria habría para él en esas tinieblas!

—Exacto, hijo mío, el infierno en el más allá. Nada más que miseria. En la tierra uno se imagina otro infierno, por lo menos aquellos que aceptan todo al pie de la letra. Aquí el infierno es tan diferente y posee el fuego a través de la pasión y violencia, irradiadas por todos. Aquí nos pondremos antes de visitarlos.

—¿Tierra, Alcar?

—Tierra, hijo mío, en sustancia espiritual.

André la tomó en las manos. Sí, era tierra como se conocía en la tierra. Pero era extraña y muy peculiar al tacto. No podía encontrar palabras para describirla.

André miró a su líder espiritual, que le contestó:

—¿Extraña, hijo mío? Aquí no hay vida, no hay calor ni amor, no hay sol; nada de todo lo que nos ofrece la vida. Así también esta sustancia está privada de toda fuerza; porque no tienen estado existencial, todo está también en una misma sintonización. Lo que sienta el ser humano serán sus posesiones

de este lado. Sin duda sientes lo triste que es. Aquí no crece ni florece nada, porque la vida es innatural. Carecían de la savia vital por la que la vida crece, pero no tienen existencia y por eso todo está árido y frío. ¿Te queda claro?

—Sí, Alcar. ¿Busca al que hemos visto cuando lo incineraron, Alcar? ¿No me dijo que llegaría aquí?

—Sí, quiero buscarlo y lo encontraré, no importa donde se encuentre. Estará aquí abajo, porque su sintonización es infeliz. En tan corto plazo no puede haberse elevado tanto que le permita haber entrado ya a las esferas de luz. Lo encontraremos aquí. Te mostraré muchas sintonizaciones, todos los estados humanos. Según como sea el amor que poseen, así es su sintonización en el espíritu.

Frente a él había una ciudad oscura. Las puntiagudas torres contrastaban mucho en el brillo rojo pardo, y podía observar claramente todo hasta a lo lejos.

—¿Es esta la ciudad que vi la otra vez, Alcar?

—Esto de aquí es el lugar que te he mostrado, aunque no sea una ciudad, sino una tierra, en la que podrías seguir errando miles de años seguidos. No hay final hasta que ellos mismos sientan el suyo propio. Y entonces te conté que es interminable, por lo menos para ellos, porque no ven su final; y por eso se encierran en su propio estado. Aquí la gente vive en una poza oscura de pasiones y violencia y solo ascenderán cuando se hayan liberado interiormente, lo que significa el desarrollo de su amor. Todos son culpables de su propia desdicha, porque han echado a perder su vida terrenal. Se conocerán a sí mismos, por lo que llegarán a ver lo terrible de su estado. Después llegará el cambio y harán la transición a otra sintonización. A su alrededor había silencio.

De repente André vio a otros seres, que revoloteaban alrededor de él. Le dio miedo.

—Allí hay personas, Alcar. Se nos están acercando. ¿No es peligroso?

—Quédate donde estás, estamos en otro estado, no pueden vernos. Esos seres son los más felices de todos ellos, porque se han liberado de la tierra del odio, donde estuvieron viviendo durante un buen tiempo. Han recorrido un largo y triste camino para liberarse de ella. Su sufrimiento fue grande y todavía ahora tienen que sufrir. Si conoces su vida, te quedará claro cuánto han avanzado ya en el camino hacia la perfección, pero qué triste todavía ahora sigue siendo su estado. Sin embargo, tendrán que rogarle a Dios aún más por perdón, si quieren entrar en una esfera elevada. Sienten que han echado a perder su vida, pero su remordimiento no es lo suficientemente intenso para ser escuchados. Lentamente siguen su camino. Avanzando siempre más, hasta que empiecen otra vida.

—¿Su estado va a cambiar inmediatamente, Alcar, si quieren el bien?

—Pues claro. Los cambios les muestran que es posible elevarse.

—¿También a ellos se les ayuda?

—Sus seres queridos que viven en un estado más elevado mandan sus oraciones por ellos a Dios, por lo que son ayudados.

—¿Aquí abajo hay varios estados?

—Sí, André. Aquí se encuentran siete estados diferentes. O sea, siete profundidades de pasión y violencia, de pena y dolor, de terrible miseria. Lo que está ahora frente a nosotros es la tierra del odio. Después sigue la esfera de los demonios, entonces la sintonización animal, para luego entrar en el estado preanimal. Sigue el valle de dolor y debajo de estos estados hay dos sintonizaciones más, que no podemos visitar en este viaje porque para eso tus fuerzas no son suficientes. Cuanto más bajemos, más terribles son las personas que viven allí. Al rato observarás que de este lado viven personas que ya no se pueden desplazar. En el valle de dolor desconocen existencia alguna.

—¿Se les trae aquí desde la tierra?

—Sí, mi hijo. Has observado una sola imagen insignificante, en la esfera de la tierra. Hay muchos otros estados, todos más tristes que este. He podido vivir transiciones horribles. En el hospital en el que estuvimos hubo una sola imagen y así hay mil más que son mucho más tristes, mucho más intensas. Todos han destruido su vida terrenal.

—Entonces la separación en la tierra no es tan terrible como esta separación, Alcar.

—Lo sentiste muy bien, André. Los que son traídos aquí están separados de sus seres queridos, con los que en la tierra fueron uno durante muchos años. El deplorarlos es el sufrimiento de los que poseen una sintonización elevada. Aquí su amor vive en las tinieblas y el frío. Pasan las vidas en la tierra, después de repente el final y luego esta verdad. Todos lo han querido ellos mismos. En la tierra se desarrollarían por la comodidad de la materia, pero han perecido por sus posesiones. Solo aquí son conscientes de cómo fue su vida allí. Pero entonces ya es tarde. No obstante, cuando se liberen de esta vida los estados cambiarán, las esferas serán más bellas y su sabiduría y fuerza se desarrollarán.

—Pero ¿no es curioso, Alcar, que en estas tinieblas todavía se pueda ver?

—La naturaleza aquí, o la luz que poseen, no se puede comparar con la luz de la tierra. El ser humano ve a través de sentidos materiales, pero interiormente está iluminado, o hay profundas tinieblas en él. Pues bien, la luz interior es la irradiación, la luz que poseen. Así que es posible observar porque vive, eso sí: en esta sintonización. ¿Te queda claro? Aunque descendamos hasta lo más profundo de sus vidas, podremos observar, porque es y sigue siendo vida.

—Qué sencillo es todo, Alcar.

—Así que la luz aquí es un estado permanente, hasta que todos empiecen otra vida.

—¿Aquí todo vive en conjunto, Alcar?

—Así es. Reyes y reinas, príncipes y princesas, nobles y sabios, en resumen: todos están aquí juntos, incluso los pobres. Aquí viven la vida en que vivían en la tierra. Después conocerás también su vida, porque en este viaje te quiero aclarar estados, sintonizaciones y conexiones.

—¿Aquí también hay gobernantes?

—Son, mi hijo, los que saben influenciar la masa. Los más débiles tienen que sufrir, pero lo quieren ellos mismos, porque los siguen en todo. Aquí viven genios, demonios, gobernantes y maestros del mal, además de millones de otros seres. Así pasan cientos y miles de años antes de que despierten, y continuamente tienen que sufrir terriblemente. Ellos mismos no saben de otra vida, perecieron en su existencia profundamente infeliz. Para muchos, la riqueza en la tierra significó su perdición. Desde los rangos más altos que investían descendieron a esta vida, a estas tinieblas. Las bellezas de la tierra tuvieron que cambiar su aureola, su oro y sus esmeraldas por tinieblas. Aquí conviven como animales y son seres humanos deformes. Todos bebieron demasiado del veneno de la vida, lo que hizo que perecieran todos. Ahora descenderemos. Ya caminaremos, André, y de ser necesario planearemos. Pero nos mantendremos en nuestro estado. No verás a ningún ser a menos de que nos conectemos. Cuando lo considere necesario, te avisaré de antemano (—dijo).

André tenía miedo. ¿A dónde lo llevaría Alcar en estas tinieblas?

—¿Qué, André? ¿Miedo? No te pasará nada.

El camino que tenían que seguir bajaba más y más hacia lo desconocido que les esperaba. Allí frente a ellos estaba la tierra del odio. Allí vivían personas. Ante ellos se iba levantando una masa gris, que se elevaba hasta la altura del cielo. Les era imposible atravesarla con la mirada.

—¿Qué es eso, Alcar?

—La separación entre ambos estados. Te hice ver esta separación; de no haberlo hecho, no la habrías observado. Es como una fortaleza detrás de la que se mantienen escondidos. Muros de sustancia espiritual. Materia en el espíritu, irradiación, ¿te queda claro? Este estado, o sustancia, es basto material. Cuando vayamos a las esferas elevadas, se harán más etéreas y se entremezclarán. Allí ya no se pueden observar los estados de transición, que por lo tanto son esferas. Pero se puede ver por la naturaleza, que ha cambiado; también por las personas que viven en ella. De este lado todo se confunde, todas las esferas están conectadas. De este modo, la esfera más elevada y más baja tienen conexión en el espíritu. Así también el ser humano en la tierra: en él está la luz, pero a la vez profundas tinieblas. Este blindaje es visible solo

para ellos porque poseen esta sintonización. Otros, que llevan una esfera más elevada como posesión, sienten y ven estas esferas de conexión y pueden entrar en ellas cuando quieran. Así que me he conectado con este estado de transición para mostrártelo.

Siguieron avanzando lentamente. Ahora André se sentía tranquilo.

—¿Termina esto alguna vez, Alcar?

—Sí, llegará el día en que estas esferas se acaben, porque el ser humano se encuentre en una sintonización elevada. Llegará el día en que aquí vivirán santos y estas esferas se habrán convertido en una feliz, porque el ser humano evoluciona y tiene sintonización con Dios. Así que todo es sencillo, el ser humano se construye un cielo propio para poder ser feliz en la vida eterna. Cada ser tiene control de su propia felicidad. Ahora nos hemos acercado a las puertas del infierno en la vida después de la muerte. Mira, André, te mostraré una imagen imponente.

André se asustó mucho. Allí frente a él estaba una ciudad en llamas. Las intensas llamas se elevaban violentamente hacia el cielo en tonos de un amarillo rojizo, verdes y rojos claros. Era diabólico. Se le desbocó el corazón al ver esta horrible imagen. Ya no podía respirar, pensaba que se iba a asfixiar.

—¿Qué es eso?

—Nada más ni nada menos que la fuerza de la irradiación de ellos. Irradiación de amor, hijo mío, con sintonización animal. Nada más que pasión y violencia. Ahora te habrá quedado claro que hay que poseer otras fuerzas si uno quiere conectarse con ellos. Su ardor llameante destruirá al que no tenga conciencia de su capacidad. Sigamos ya.

André vio a los primeros seres en esta terrible ciudad. Entró a la tierra del odio.

—¿Esas son personas, Alcar?

—Seres humanos, hijo mío. Ellos también vivieron en la tierra y en algún momento fueron jóvenes y bellos. Luego viejos, para olvidarse el resto de su vida y entrar aquí.

André se les quedó mirando sin poder creer lo que veía. Eran salvajes, maliciosos. Estas ya no eran personas, eran animales depredadores. Les desorbitaban los ojos inyectados en sangre. Eran deformes en cuerpo y alma. Seres humanos convertidos en monstruos. Su mirada era destructora. Se consumían por el fuego de sus pasiones. Cuánto se habían hundido. Veía a hombres y mujeres juntos. Aquí vivían las bellezas de la tierra. Qué terribles eran ahora. En sus pensamientos se encontraba en la tierra, viéndolos ataviados con túnicas magníficas. Qué bella podía ser una mujer. ¿Cómo eran ahora? ¿Qué vida habían vivido en la tierra? ¿Por qué se habían hundido tanto? ¿Habían podido ocultar sus almas oscuras en la tierra? Cómo era posible, por el amor de Dios.

—Ay, ¡qué terrible es, Alcar!

Pobres personas. Qué profundo es el sufrimiento de ustedes, cuánto se han desviado de la vida.

—Y no hay ni punto de comparación con los que conocerás pronto. Aquí estamos en la segunda sintonización. Ven, sigamos, entremos a su reino.

André pensó que estaba soñando. Aquí vio una hermosa ciudad, construida con arte. Vio hermosos edificios, adornados con esculturas, que, sin embargo, representaban escenas horripilantes. Pero en todo residía su pensar intelectual: la sensibilidad del artista.

—¿Cómo es posible, Alcar, poder crear en estas tinieblas a pesar de todo?

—Para ellos todo es posible; únicamente no pueden entrar a una esfera más elevada ni convertir sus tinieblas en un estado luminoso. Sus poderes son limitados. Aquí viven genios, maestros del mal. Aquí se convierte en realidad lo que se dice en la tierra: un gran intelecto no asegura un buen corazón. Aquí viven maestros en todas las artes y ciencias. Sus sentimientos son fríamente calculados, pero todo a favor del mal. Son infalibles, se pensaría, pero ellos saben que no pueden vencer al bien, que es Dios. En la tierra no entendieron la gracia de poseer un don. Aquí pueden saciar sus pasiones. Se puede ver en todo: así es su vida. Todo es su propia obra. Llegará el día en que se colapsen todas sus construcciones, sus edificios que llegan al cielo no tienen valor en el espíritu, como nada de lo que poseen, al igual que su propia vida. ¿No viven estos seres en la tierra? ¿No son todos una maldición para los demás en la tierra? ¿Allí no se mata para poseer? Todos los reunidos aquí vivieron en la tierra. Aquí te dice algo porque en la tierra pueden esconderse detrás de máscaras. Aquí no se puede esconder nada, todos están desnudos, esta es su sintonización en el espíritu. En la tierra se pueden esconder, para eso tienen sus palacios, pero aquí es imposible. Allí todo es posible, sus máscaras cubren sus almas oscuras. Aquí juegan su juego animal, pero alguien con sintonización elevada ve y conoce su estado interior. Aquí conviven y vuelven a la tierra para influenciar a otros. Y ay de los que se sintonizan con ellos; están perdidos. Cuando mueran allí, serán arrastrados hacia aquí y les servirán de este lado. Los espíritus elevados ayudarán a los que busquen lo elevado en la tierra.

¿Sientes, André, lo terribles que son estos seres? Todos guardan aún sus formas humanas y saben que viven. Pero los de aquí abajo no saben ya de ninguna existencia.

André vio pasar a muchos seres.

—¿Están de fiesta, Alcar?

—Aquí también hay fiestas. Cuando vivamos dentro de poco la vida de este lado, te mostraré su vida. Pero todo eso es para luego. Todo es falso, hijo mío, como también lo es su vida.

Las plazas y calles habían sido construidas con arte.

—¿Qué es eso de allí, Alcar? ¿Lo veo bien, es un puente?

—Lo has visto bien, aquí también hay puentes.

Cómo era posible. Allí fluía un río imponente. Habían construido por encima de él un hermoso puente. Era impresionante. Como si viviera en la tierra. Veía en la vida después de la muerte la réplica de la tierra. Solo que aquí estaba reunido el mal. En la tierra convivían el bien y el mal, aquí eran seres sintonizados que vivían en un solo estado.

Del otro lado veía muchos edificios, cuyas torres contrastaban como siluetas fantasmales por encima de las casas. Era una imagen escalofriante. Había silencio; aquí las personas vivían apesadumbradas y en un atroz silencio. Sentía el sufrimiento de la vida que se vivía aquí. Todo era odio y destrucción. El río fluía como un fantasma poderoso, como si quisiera devorarlo a él. Todo era muerte y perdición. El monstruo del odio estaba en profundo silencio. Ay, cuando despertara. Allí frente a él, edificado en un estilo hermoso, estaba la ciudad, ese era el monstruo. Todo significaba odio. Lo recorrió un escalofrío. Había que destruir todo este trabajo, entonces dejaría de existir el odio. El odio había penetrado tanto en la vida que se construían ciudades con él. Era una tierra poderosa, esta tierra del odio. No, esto no se conocía en la tierra. Lo que tendrían que enmendar. Habría que destruir todo, lo que significaba luchar contra su propia voluntad, para convertir su estado interior en luz. Cuanto más altos sus edificios, más profundo era su sufrimiento, su miseria; podían odiar con más intensidad. Oh, entendía y sentía todo.

—Ay, seres humanos, cambien sus vidas. Trabajen en su estado interior, pero en el espíritu. Trabajen en ustedes mismos y destruyan sus propios pedestales, miren como todo se acerca a su perfección. Miren esta verdad, los espera una misma vida.

—Ya estamos en eso, André, y muchos con nosotros, para destruir todo esto. Miles de espíritus nos ayudarán a convencer a la gente de todo esto, por lo que empezarán a vivir de otro modo. Ahora te conectaré con esta esfera; yo me mantengo en mi propio estado. Concéntrate con fuerza, sabes lo poderosos que son en sus fuerzas. Intenta mantenerte firme.

En ese mismo instante, André sintió que surgía en él algo terrible. Lo asaltó un terrible miedo de que fuera el diablo en persona. Ya no tenía sensibilidad. Planeaba por encima de montañas y valles, que parecían no terminar nunca. Quería gritar por ayuda pero le era imposible, no podía producir palabra ni sonido alguno. Se resistía con todas sus fuerzas, pero no lo ayudaba. Sentía hundirse cada vez más y no podía resistirse; sentía que estaba a punto de desmayarse y se colapsó. Cuando abrió los ojos, miraba a los de su líder espiritual.

—¿Un poco mejor, André? La claridad no deja nada que desear. Sentiste

sus fuerzas, destruyeron tu concentración. Te dejé actuar por ti mismo, para que sintieras lo terrible que es su odio. Pero no podía ocurrir nada, yo estaba velando, André.

—¿Dónde estuve, Alcar? Era como si planeara por encima de montañas y valles. Me arrastraban; qué terribles son estos seres.

—No estabas en ninguna parte, André. Estábamos aquí, en la orilla de este río; estabas con la mirada fija en él. El poder de su influencia hizo que su estado te absorbiera. Así que el planear no es más que lo salvaje de su sintonización interior. Era como una visión, pero te quitó el aliento. Todo es sencillo. Dominaron tus fuerzas de concentración, aunque no fuera necesario porque posees otra sintonización que ellos. Te haré intuir varios estados durante este viaje. Así llegarás a tener una nítida imagen de cómo son todos estos estados humanos. El errar por encima de montañas y valles también significa que todavía estás conectado con tu cuerpo. Nosotros, hijo mío, estamos preparados para lo que sea. Conocerás todas estas fuerzas.

Ven, sigamos. Te quedará claro que no puedes irrumpir aquí sin más. Para poder trabajar aquí, hace falta una fuerte concentración para mantenerse firme (—dijo).

André vio que se iba haciendo cada vez más oscuro. Descendían más y más, hasta llegar a otro estado. Aquí todo era profunda oscuridad, ni un destello de luz, pero lo asombroso era que aun así podía observar todo.

—Nos encontramos en una región que es una esfera intermedia que conecta ambas esferas, la tierra del odio y la esfera animal.

André no veía otra cosa que cuevas y chabolas. En ellas vivían personas. Todo lo que veía estaba en un estado viscoso. Aquí no había casas ni edificios. Las calles, si quisiera llamarlas así, estaban agrietadas y en todos lados veía rajaduras como profundos precipicios. Aquí había que tener cuidado de no caer al abismo, al que no le veía final. Barro y lodo en masas compactas formaban aquí el suelo. Entonces aquí arriba se podía decir que era sagrado. Aquí vivían en cuevas y se saciaban con su propia vida animal.

—Nos haremos uno, André, entonces observarás. Ven, dame tu mano, hace falta mucha fuerza.

André sabía que cuando Alcar hacía esto, le iba a ser demasiado imponente. Ya temblaba de emoción al pensar en lo que vería.

—Mantendremos este contacto hasta que nos conectemos con una esfera elevada.

Vaya, ¿qué oía allí? Iba ganando en fuerza, creciendo hasta ser un huracán que hacía temblar la vida en su fuerza. Lo atravesaba como un cuchillo. Era un aullido desgarrador, en el que percibía matanzas y pasión, como si una vida destruyera a la otra. Lo perturbaba; no podía con tanta miseria.

—¡Qué terrible, Alcar! ¿Qué es?

—La fuerza de su vida, su sintonización espiritual: perdición y destrucción. Nada de lo que vive aquí posee ya un destello de sensibilidad humana. Todos se han animalizado. Oyes su juego animal de pasión y violencia. Pero todo a media fuerza. No podemos hacernos uno con ellos, no aguantarías. Ningún sentimiento humano está calculado para eso. Mira, André.

André intentó ver a través de la oscuridad. De repente vio a varios seres reptando. ¿Eran seres humanos? ¿Cómo era posible? Eran animales, con miles de años de edad. No veía manos ni pies. Tenían que desplazarse reptando. Su sentimiento humano había hecho la transición a lo animal. Sin embargo, vivían y eran hombres de la tierra. Algún día fueron bellos y habían sentido el amor de madre. No, esto lo superaba.

—¿Dónde estamos aquí, Alcar?

—Si ya te he aclarado donde nos encontramos. Ya ves, hijo mío, que viven. Pronto verás a los que se encuentran en un estado vital inconsciente. Quería que oyeras y vieras.

Ven, sigamos. Nuestro camino nos lleva a la profundidad, siempre más profundo, hasta que llegemos a aquella sintonización donde la vida se ha hundido en su dormitación vital. Ya no saben de ninguna existencia. Ven, André, hacia el “valle de dolor”.

André volvió a sentir que descendía. Parecía no terminar nunca. Finalmente llegaron al lugar en el que quería estar Alcar. André estaba al borde de un gran valle que la vista no podía abarcar. Había viviendo gente allí en esa profundidad. Se había hecho todavía más oscuro. Pero aquí también podía observar. No había calles ni llanuras, era un profundo abismo y también en él debía de encontrarse vida.

—También esta profundidad es interminable, hasta que hagan la transición a otra sintonización. Cada vez es más profunda, pero nos quedaremos aquí. Nada más que miseria, hijo mío, nada más que sufrimiento, sufrimiento indecible. En el estado en el que estábamos hace un momento, el ser humano reptaba, y reptando intenta alcanzar otro estado vital. Cuando despierten los que verás pronto, intentarán salir de este estado. Este estado está conectado con la sintonización animal, y desde aquí hacen la transición a ella. Allí viven en cuevas y desde allí se prepararán para llegar a la tierra del odio, donde empieza su vida real.

—¿Quiénes son, Alcar?

—Seres humanos, hijo mío. Los que se han despertado.

Estos seres eran incluso más terribles que los de aquí arriba. Su andar era lento. Apenas lograban arrastrarse. Después de cada paso se quedaban acostados unos momentos. ¡Esos eran seres humanos!

E incluso este animal es divino. La vida en la tierra puede ser bella, pero todos ellos perecían en la materia.

—¿Qué será lo que habrán hecho estas personas para llegar a un estado así? ¿Puede un ser humano hacer tanto mal?

—¿Qué sabes tú, hijo mío, de la vida de muchas personas? Miles de vidas humanas han sido masacradas y sus corazones, desgarrados. Podría nombrarte otros muchos actos de violencia que no se le pueden ocurrir a tu cerebro, porque no pensarás en ese mal. No nos conectaremos aquí; no te es posible procesar todo esto.

André se agarraba con fuerza de su líder espiritual, en estas tinieblas no quería soltar a Alcar. Todo le sería demasiado imponente.

—Ven, bajemos. No tenemos que ir lejos, los encontraremos pronto. Mira, allí frente a ti yace un ser humano.

André miró hacia el lugar que Alcar le indicaba. No veía más que una masa gris, que se sentía una con este entorno.

—Ven, sentémonos aquí.

André sentía que dentro de él se hacía el silencio. Aquí había algo que no podía describir con palabras. Le quitaba el valor de seguir adentrándose en todos estos líos. Ya no sentía la fuerza para poder seguir. Se sentía aturdido, triste, profundamente triste por todo lo que se le había concedido ver.

Alcar lo miró y dijo:

—¿Ya no puedes seguir, hijo mío? ¿Regresamos? Si te supera, volvemos a la tierra. Yo siempre te ayudo, ¿no?

—¿Qué es, Alcar, lo que ha entrado en mí?

—Mi hijo no siente más que la influencia de esta esfera. Esfuérzate lo más que puedas, André, tardarás en volver aquí. Intenta pedirle fuerza a Dios, tienes que quererlo, si no mis fuerzas dejarán de existir, entonces no te podré ayudar. Tendrás que esperar mucho, porque primero se tendrán que desarrollar tus fuerzas espirituales. Si aguantas todo, significará para ti sabiduría en el espíritu. Yo te apoyaré, hijo mío. Has de saber que tendrás que convencer a muchas personas en la tierra (—dijo).

André le rezó en silencio al Padre por fuerza; después de algún tiempo sintió cómo se refrescaba y con renovado valor se esforzó por seguir a su querido líder espiritual.

—¿Estás un poco mejor, hijo mío?

—Sí, Alcar, se me han dado nuevas fuerzas para poder seguirlo.

—Eres el único, porque muchos a los que se había traído tuvieron que marcharse de aquí. Pero ya te he contado que no puedes cargar el sufrimiento de muchos seres. La conexión es intuición, aunque al intuir la vida, no hace falta perecer. Es la prueba de que tu concentración está sintonizada solo a medias. Pero aprenderás todo esto (—dijo).

Y es que para él era tan incomprensible. No veía más que pena, pena y dolor. Cómo podía un ser humano cometer tanto mal. Se volvería loco si

no obtenía una respuesta a eso. Ahora sabía por qué le había afectado. Se sentía mareado. ¿Un ser humano podía malograrse tanto? Para él eran problemas. ¿Qué mal podía cometer el ser humano en la tierra para encontrar sintonización con este estado? ¿No era un asesinato lo peor que se le podía hacer a un ser humano en la tierra? ¿Eso se castigaba tan terriblemente? ¿Era esta la sintonización con el acto? Era triste. Ya casi no podía pensar.

¿En qué lugares no habría estado? Ahora estaba ante un ser humano, tirado como un montón de basura, inconsciente de su propia vida. ¿Dónde estaba el final aquí?

Miró a su líder espiritual, que lo observaba con amor y dijo:

—Sé fuerte, André. Te estás rebelando. Pronto todo te quedará claro. Dios conoce a todos Sus hijos, no se castiga a ningún hijo de Dios.

—¿Qué dice? ¿No se castiga a ningún hijo de Dios?

—¿Suena tan increíble? El ser humano lo hace él mismo, lo quiere él mismo. ¿Todo eso te queda claro? Intentaré conectarme y contarte lo que percibo. Tal vez entonces todo se te esclarecerá. Escucha bien.

Alcar se concentró y André estaba terriblemente tenso. ¿Qué vería su líder espiritual? Oh, tenía tanta curiosidad.

—Veo al que está frente a nosotros en la tierra, como niño pequeño. Es joven y bello, rodeado de mucha riqueza. Estoy en Oriente. Vive en una hermosa casa de campo. Está rodeado de muchas personas. Llevan túnicas espléndidas. Ahora veo a otra persona; es su padre. Parte a la guerra, adornado con los colores de su país. Abraza a su hijo. Tarda mucho en poder partir. No vuelve. Ahora lo veo, joven y bello, con una túnica espléndida.

Otra imagen más. Ahora está a caballo, y él también parte a la guerra. Es árabe. Muchos lo acompañan a la guerra. También él perece. Lo veo de nuevo en el campo de batalla. Varias imágenes, que representan un mismo estado, en el que comete asesinato tras asesinato, destruyendo a otros. Aparece como vencedor. Su terrible odio lo pone en este estado. Se da un asesinato tras otro. Todavía no es suficiente. Veo que asesina a cientos de personas de manera despreciable. Odiar y dominar, esa es su vida. Ahora veo un campamento. Ahora la imagen se difumina. A este ser, André, no se le puede despertar. Pasarán cientos de años más hasta que haya despertado.

—¿Ve más cosas, Alcar?

—Intentaré conectarme. Veo de nuevo un campamento. También lo veo a él. Observa desde cierta distancia cómo sus soldados asesinan a los infelices que viven en el campamento. Todo es su voluntad. Todo está inmerso en tranquilidad. Incendian el campamento. Cientos de personas mueren abrazadas, ni una se salva. Son heridos. Su final es terrible. No es solo que asesina, sino que se remata a los muchos heridos por orden suya. Es un animal, André. Este ser humano ha rebasado la sintonización animal. No le tengas

compasión, sino que has de sentir amor. No vi más que escenas. ¿Cómo habrá sido su vida entera en la tierra? Aquí yace, sin ser consciente de lo que ha realizado en una pequeña vida terrenal. ¿No es repugnante? Era un héroe, un maestro del mal. Pero ¿cuántos no habrá que destruyen la humanidad en silencio, que en sus silenciosas habitaciones vierten maldad y perdición sobre el ser humano? Allí hay otros varios seres.

—¿Ve algo también de ellos?

—Lo intentaré, hijo mío.

André vio que su líder espiritual se volvía a concentrar.

—Este ser también es un hombre, un sabio de la tierra. Veo un pequeño pueblo, rodeado de montañas, sustraído a la vista del mundo. Allí está, solitario, como si estuviera soñando. Hay niebla. Ahora llego a un laboratorio. Ahora lo vuelvo a encontrar allí y hay una segunda persona con él. Oigo una detonación tremenda, todo explota. El pueblito ha desaparecido de la faz de la tierra, y con él cientos de personas, niños y ancianos. Eran inventores. Habían logrado mucho. Maestros del mal, hijo mío. El mal los destruyó. Se abusó de su don para liquidar a la humanidad. No, para eso Dios no les da esos poderes a la gente. Tienen que servir para apoyar al ser humano. Pero ¿cómo se abusa de todo!

—Allí hay otro ser, Alcar.

André vio que su líder espiritual se volvía a concentrar. Había silencio. ¿Qué vería Alcar ahora? Pobres diablos, que echaban a perder su don divino. Qué grande era recibir algo tan bello y qué pocos entendían un don.

—¿Una mujer, André? —le preguntó Alcar.

Se estremeció. ¿Una mujer? ¿Podía una mujer olvidarse así? Dios le daba a la mujer el don más bello y sagrado que podía recibir un ser humano en la tierra. ¿Era posible? No era posible que una madre pudiera hacer tanto mal, ¿no?

—Escucha, hijo mío. Hubo un tiempo en que vivía en un palacio, coronada y honrada. También veo a su cónyuge, pero él vive en otro estado. Llevan ya mucho tiempo de este lado. Su vida en la tierra fue una vida enfocada en destruir personas. Todo a su alrededor es muerte y perdición. Echadas a los calabozos, como presa de animales salvajes, para saciarse ella misma. Cientos de personas le obedecían y cumplían sus caprichos. Hizo torturar a personas hasta la muerte para saciarse de su dolor. Cuando corría la sangre, ella vivía su vida animal. Se había animalizado. Sus pasiones eran más poderosas que las tormentas del océano. Su intelecto humano aturdía sus pasiones. Su vida sensual, su disfrute al destruir, la llevó a este estado. Una maestra del mal. Ella también hizo la transición, como hizo asesinar a muchos. La imagen que veo es terrible. Se alimentaba a sus cocodrilos sacrificando cientos de vidas. Esto es desgarrador, André. Asesinó a muchas mujeres que igualaban

su belleza. Por el poder de ella, el ser humano servía de alimento para los animales. ¿Acaso hay algo peor que lo que ella maquinó?

Mira en la tierra, siguen viviendo allí esos seres terribles. Más adelante, en nuestros demás viajes, te mostraré todo esto. Ahora todavía, un solo ser humano destruye a miles de otros. ¿Acaso no han descendido más que las bestias? Un animal se sacia y se va; el ser humano tiene un intelecto pensante pero continúa destruyendo. Un ser humano no se sacia nunca (—concluyó).

Ahora André entendió hasta qué punto un ser humano podía olvidarse. Mirara donde mirara, en todos lados yacían personas que no le habían infligido más que pena y dolor a otros. En verdad, este era un valle de dolor.

—En la esfera que le sigue a esta, André, el ser humano vive en su propia vida criminal. No quiero mostrarte esos estados. Lo que te mostraré bastará para que tengas conciencia de cómo pueden olvidarse los humanos.

—Hay que tener compasión de todos ellos, Alcar.

—¿Compasión, hijo mío? ¿Vuelve a sentir compasión mi hijo? Cuántas veces te he aclarado ya que la compasión significa destrucción. De este lado no conocemos la compasión. Aquí no se conoce más que amor. Sentir compasión es conectarse con otro ser. Conectarse es hacer la transición a otra vida. Si sigues pensando por esa vida, perecerás con ella. La compasión es debilidad, nada más que debilidad. La compasión significa que te dejas vivir por otros. Sentir amor es seguir el camino que Dios nos enseña a todos. Es entrega en todo, por lo que el ser humano se desarrollará. Sentir amor por la vida significa apoyarla en todos sus estados. Pero eso es lucha, nada más que lucha. La pena y el dolor harán que el ser humano se sintonizará con estados más elevados. La compasión es entregar todo, también la propia vida, que ellos mismos han echado a perder.

—¿Qué siente por estas personas, Alcar?

—Lo que siento, lo que quisiera hacer por ellas, es esto: si quisieran escuchar, les indicaría el camino que tenemos que seguir todos. Este es el camino hacia la luz que han recorrido todos los que viven en las esferas elevadas y a quienes conocerás en este viaje. Pero ellos son quienes tienen que querer, si no mi ayuda sobra. Pero si estoy afligido como ellos porque es tan difícil, ¿qué será de nuestra vida entonces? La pena y el dolor por otros es (y presupone) el amor por el que se puede sentir el sufrimiento. Los que no poseen amor no pueden accidentarse por otros. ¿Sientes lo que quiero decir? Estoy listo para ayudar, donde sea, pero el mismo ser humano tiene que querer, si no, no puedo alcanzarlo. Eso es amor. Sigue tu camino, y cuando veas que no quieren, déjalos ir; llegará el día en que de todos modos necesitarán tu ayuda. Pero no vuelvas con ellos hasta que te imploren por ayuda con fervor, si no, volverás a estar ante el mismo estado. Por eso: siente si se les puede ayudar, si no es y siempre será echar margaritas a los puercos.

André lo entendió.

—Dijo, Alcar, que aquí no viven pobres de la tierra. ¿Por qué será?

—Si ya te dije que en la tierra no poseen esas fuerzas y poderes. Su pobreza en la tierra es su felicidad de este lado. Así que no son capaces de poder hundirse tanto. Pueden olvidarse espiritualmente, cometer un asesinato e incluso algunos están aquí, pero a pesar de eso les es imposible, aunque quisieran, mandar a miles de personas a la guerra. No son sabios, no son genios, no son los gobernantes de la tierra.

—¿Qué harían, Alcar, de poseer ese poder?

—Actuar según sus sentimientos. Aunque haya muchos pobres que exclamarán: tengo más riqueza por mis sentimientos espirituales que ellos con todas sus posesiones. Esos seres están en la tierra y los conocemos. Y todos estos estados significan el ciclo del alma, porque el ser humano tiene sintonización con el Cosmos, de lo que te contaré más adelante, cuando hayamos llegado a las regiones elevadas. Ahora vamos hacia otro estado, ya estuvimos aquí abajo suficiente tiempo.

La incineración

—No olvides rezar por ellos, André. Ellos también necesitan nuestra ayuda; sí, precisamente ellos (—dijo Alcar).

En silencio, ambos ensimismados, dejaron la sintonización animal. André entendía ahora que lo habían querido ellos mismos y se sentía mejor de nuevo. No se echa a perder ningún hijo de Dios, aunque haya rebasado lo animal.

Planearon hacia otra esfera, donde le esperaba nueva sabiduría en el espíritu. Y toda esta sabiduría significaba sufrimiento, sufrimiento y miseria. Aun así quería vivir todo, porque ayudaría a la gente en la tierra si sabían algo de la vida de este lado. Por fin le habló su líder espiritual:

—Ahora intentaremos encontrar al que vimos ser quemado en la tierra.

—¿Es posible, entre tantos millones de personas?

—Para nosotros, todo es posible, André, si poseemos las fuerzas de amor necesarias. Lo conocemos, ¿no es así?, y porque lo he conocido, lo volveré a encontrar. Si no fuera así, tampoco a mí me sería posible, o tendría que poseer alguna influencia por la que pudiera conectarme con otra irradiación. Pero ahora que ya lo he conocido antes, me conecto por concentración y fuerte voluntad. También vivirás esto. Cuando me sintonizo, sigo el camino que me conectará con él. Ya pronto te quedará claro.

Y luego esto. Puedo conectarme con todo lo que esté debajo de mi propia sintonización; una sintonización más elevada no me es posible tampoco a mí.

En este viaje también conocerás esas fuerzas. ¿Te queda claro?

—Sí, Alcar.

—Pero también en eso hay muchos otros estados, porque nosotros también estamos sometidos a leyes.

—Tengo mucha curiosidad, Alcar, dónde se encontrará. ¿Vive en la tierra del odio?

—Lo veremos enseguida, ven, tenemos que ir por aquí. Ya lo veo, vive en una esfera de transición, fuera de la masa. Lo encontraremos en un estado inconsciente, causado por la quema de su vestidura material.

André vio que su líder espiritual seguía una meta fija. Le parecía maravilloso cómo se orientaba el espíritu. No había lugar por donde Alcar no conociera el camino. Entraban en alguna parte, al parecer una cueva. Eran galerías subterráneas, en las que a pesar de eso podía ver. Se encontró con muchos seres. Pasaron por muchas galerías y grutas. En las tinieblas veía a otros que se habían quedado dormidos; yacían atontados. En todos lados veía a esos seres: dormían el sueño de la muerte y vivían, vivían en la eternidad. Todo era miseria, nada más que pena y dolor. Eran vidas echadas a perder. Del lado izquierdo y derecho había huecos donde se los había dejado reposando. De la tierra a estas tinieblas. Ay, lo entendía todo. No obstante, no se habían hundido tanto como los que estaban en el valle de dolor. Entendía cada sintonización y conocía los estados de sentimientos de todos estos seres diferentes. Veía todas las razas (véase el artículo ‘No existen las razas’ en rulo.es) de la tierra. Aquí, todo era uno, sin importar la religión que hubieran profesado. Cada ser conocía y sentía el amor materno. Todos eran hijos de Dios, para siempre. Otros más deambulaban por allí, parecidos a salvajes. No lo veían, de lo que deducía que Alcar se mantenía en su propio estado.

Ahora, su líder espiritual se detuvo. ¿Lo habría encontrado? Sentía mucha curiosidad.

—Mira, André, allí yace nuestro hombre, lo hemos encontrado.

André vio a un ser que yacía encogido, separado de todos los demás.

—¿Lo reconoces, André?

Sí, era al que había visto en la tierra siendo quemado.

—Se encuentra en estado inconsciente. Mi sospecha contiene verdad. Ahora te dejo solo, porque me voy a conectar con él. Así quiero dejarte claro que está vivo. No hagas nada y mantente en tu estado. Me voy a conectar con él de la misma manera que en el cementerio. Sabes cómo es posible, ¿no?

Así que escucha bien, André. Nadie te verá. Los que puedan verte son espíritus elevados, que trabajan aquí para ayudar a infelices. No tienes nada que temer de ellos. Así que mantente en tu propio estado.

André se quedó solo. Su líder espiritual se había disuelto en las tinieblas. ‘Qué extraño’, pensó, ‘cuando Alcar estaba conmigo lo veía; ahora él tam-

bién ha desaparecido'. Y esto, ¿qué significaría ahora? Vivía cada vez estados diferentes. Había miles. Vaya, ¿qué oía allí? Pensaba oír a alguien que gemía. ¿De dónde venía eso? Lo volvió a oír. 'Me acercaré un poco, tal vez vea lo que es', pensó. ¿Alguien necesitaría ayuda? Lo oyó aún más claramente que poco antes. Se dejó guiar por el sonido.

¿Qué era? Pero no tenía tiempo de reflexionar; sentía que estaba siendo atacado. Se apoderó de él un miedo tremendo. Sintió que lo agarraban y levantaban para arrojarlo en alguna parte. Gritó por ayuda y después sintió que se desmayaba. No se podía acordar de cuánto tiempo había durado, pero cuando despertó de su estado, estaba en brazos de Alcar.

—Vaya, hijo mío, ¿despierto? El mal te venció. Todo te hablará aún más claramente ahora que estás conociendo sus poderes. Solo ahora entenderás lo peligroso que es este lugar y que hace falta concentración para trabajar aquí.

—¿Qué me sucedió, Alcar? ¿Quién me ha asaltado?

—Te aclararé todo. ¿Un poco mejor ahora?

—Sí, Alcar.

—Escucha, hijo mío. ¿Oíste un gemido hace rato? Era de nuestro amigo. Pensabas que te acercabas un poco y te asaltaron. ¿No es así? En el mismo instante en que quisiste ir a ver de dónde venía el sonido, habías salido de tu propio estado. Es la misma sintonización que la que te mostré en el hospital. Pero ahora has vivido una sintonización así. Así que salir de tu estado significa entrar en otro. Los que pudiste observar hace un rato, que yerran por aquí, ellos fueron los que te atacaron. Vieron por tu sintonización que no perteneces a esta esfera. Sentiste sus fuerzas y por eso se rompió tu concentración. Si hubieras pensado en tus fuerzas, no habría habido posibilidad de que te hubieran podido atacar. Pudieron hacerlo tan solo por tu curiosidad. Vivir otro estado es la transición a otra esfera. ¿Te queda claro?

Así que esto te muestra que de nuestro lado actuamos de acuerdo con nuestro estado interior, con la fuerza de nuestros sentimientos, que el cuerpo espiritual es el pensar inteligente de este lado. Cuando estaba a tu lado, es decir antes de que me fuera, todo te era visible, ¿no es así?

—Por eso todo me parecía tan extraño, Alcar.

—A tu alrededor todo se hizo oscuro, lo que sin embargo no habría sido necesario con haber estado sintonizado con tu propia fuerza interior. Actuaste de manera inconsciente. Aquí no se puede actuar de manera inconsciente, pues significa destrucción. Cuando hice la transición a aquel otro estado en el que se encontraba nuestro hombre, te hice volver a tu propia sintonización, de la que te había prevenido claramente, ¿no es así? Ves y oyes todo lo que se encuentra en las esferas oscuras a través de mis fuerzas. En todos lados donde hemos estado me sintonizaba contigo, de lo contrario no podrías distinguir entre las cosas, vamos, ni sabrías dónde te encontrarías.

Así que no te es posible descender aquí en una esfera desconocida para ti. Para eso hace falta conocer todos estos estados de transición.

No podrías trabajar aquí todavía, porque no sabes usar tus fuerzas. Pero que te tranquilice: para llegar a conocerlas, hay que haber vivido todas estas esferas, lo que significa ser dirigido por guías competentes. Los que llevan una esfera elevada como posesión pueden descender a través de guías competentes para hacer trabajo. También los que viven en las esferas elevadas tuvieron que completar esta escuela. Pero otros que han vivido aquí conocen todas las transiciones en las regiones tenebrosas, hasta en las más profundas de las profundidades.

Así que para eso hace falta la experiencia, la escuela de la vida de todos. Al que queríamos visitar se encontraba en una sintonización más profunda que aquellos que te atacaron. Cuando despierte, llega a esa sintonización para vivir en ella. Así que la desaparición mía y suya de tu vista se dio porque él vivía en un estado todavía más profundo, lo que no se podía percibir desde tu sintonización.

Así que son dos estados que se confunden, al igual que lo que te he enseñado ya aquí abajo. Cuando despierte más adelante, también él entrará en esta sintonización. Te he vuelto a tirar hacia mi esfera y te liberé de sus manos. Ante los ojos de los que te han atacado te disolviste, lo que para ellos será un milagro. Así saben que se encontraba aquí un espíritu más elevado, si es que poseen esa convicción. De este lado, todo cuesta esfuerzo y fuerza. Aquí no se pueden saltar partes como en la tierra. La vida en el espíritu es la experiencia, lo que significa el desarrollo del amor. Un ángel de la luz no puede descender aquí sin haberse preparado. Pueden descender, pero si no quieren conectarse, todo será también invisible para ellos. Así podremos asimilar todo cuando lo vivamos. Los que han vivido aquí son los líderes espirituales para estos estados. ¿Estás un poco mejor?

—Estoy dispuesto a seguirlo. ¿Vivió aquí, Alcar?

Alcar sonrió.

—¿Porque puedo aclararte todo esto? No viví aquí, André, aunque estuve muchos años aquí abajo para ayudar a otros. Acepto que todos nosotros, quien sea, hemos vivido en estos estados. Por haber evolucionado nos encontramos en otra sintonización. Aunque el camino que hemos recorrido llevará a través de las tinieblas hacia la luz. El dicho reza: “Aquellos que no han visto las tinieblas, no apreciarán la luz”.

Trabajé aquí para ayudar a mis amigos. Cuando hayamos llegado a las regiones elevadas, te contaré de eso. Ven, sígueme.

Por segunda vez, André vio al infeliz.

—Ahora me conectaré con él.

André vio que su líder espiritual se concentraba. Sintió que se conectó para

hacer volver al infeliz en su concienciación. Después de un momento dio alguna señal de vida. ¿Lo oía bien? Era como si lo oyera llorar. Sí, gemía. Pobre hombre. Alcar apartó sus fuerzas de él y el gemido se detuvo de inmediato.

—Supongo que todo te queda claro, ¿no, André? Le devolví la conciencia, por lo que empezó a intuir su estado. Su sueño sigue siendo profundo. Su vida de este lado no empezará hasta que despierte y en ese momento sentirá los dolores que le infligió la incineración. Así que además de las torturas de frío y tinieblas, sentirá los agudos dolores que le impuso la incineración. Su cuerpo se ha quemado en un estado de sentimientos o en una sintonización material. En lo espiritual se ha olvidado durante la vida en la tierra. En la tierra no se quiere aceptar eso. El cuerpo de sus sentimientos estaba o se encontraba en una sintonización material. Por eso vivirá todo también en el espíritu, porque no había sido liberado de su cuerpo. La incineración lo llevó a este estado, porque el golpe fue demasiado grande para su sintonización espiritual. Si se le hubiera enterrado de manera normal, viviría la descomposición de su vestidura material. Pero este estado es muy preferible a la incineración, y es por esto: al ser humano al que se le incinere, se le quitan fuerzas que llamamos el aura vital. Debe servir al espíritu cuando llega aquí, por el primer tiempo de su vida. Esto es válido para todos los seres, aunque se encuentren en una sintonización más elevada. El espíritu que se separa le quita al cuerpo material el aura vital, después de entre cinco y siete días, cuando la materia hace la transición a la primera etapa de descomposición. También puede tomar más tiempo, dependiendo de la sintonización de la persona que hace la transición. Así que el aura sirve de concienciación de este lado. El espíritu feliz no está sometido a ningún tiempo, porque se encuentra en un estado elevado. Para los que entran en una esfera más elevada, la incineración no es un impedimento, porque antes de que su cuerpo sea quemado, fueron liberados de la materia. Te dije hace un rato que tendrá lugar la extracción del aura vital por cada ser que viene hacia aquí, pero los espíritus felices lo hacen desde el momento en que van a dejar el cuerpo material. ¿Te queda claro?

—Sí, Alcar.

—Maravilloso. Y luego esto: en la tierra se piensa ahora que ser quemado durante hora y media es mejor que tener que soportar años de tortura (véase el artículo sobre incineración en rulof.es). Dicen: el espíritu ha sido liberado, ¿no? Pero muchos no pueden desprenderse y para ellos ser quemados es una sacudida espiritual. El que ahora yace allí como un muerto en vida experimentó esa sacudida. El error de ellos es que intuyen estados espirituales de manera material, lo que naturalmente está mal. Los que hacen la transición y siguen teniendo las mejillas rosadas, lo que se puede percibir tantas veces, se encuentran en ese terrible estado. La materia ha sido abandonada por la vida, o el cuerpo espiritual depuso la vestidura material y el aura vital mantiene

con vida la vestidura depuesta. Solo cuando comienza la primera etapa de decadencia, la materia adopta el color cadavérico. Entonces todo ha pasado, y el espíritu vive en su nueva existencia. Así que el aura vital mantiene intacto el cuerpo y cuando se quema la materia, esto ocasionará una sacudida tremenda. Pregúntales a todos los que viven aquí cómo es la incineración y todos te dirán que se debería desaconsejar. No es más que un suplicio. Una tortura en el espíritu. Por eso les aconsejo a los que quieren que se les incinere que no lo hagan. Reflexiona acerca de este acontecimiento y no dejes lugar a las dudas, haz que te entierren. Los que son sabios en la tierra y piensan que la incineración es hermosa y limpia serán oscuros en su alma, porque estas cosas hermosas y bellas significan tinieblas materiales de este lado. Le digo claramente al ser humano en la tierra: Si han seguido todo, pónganle fin a su imprudencia e intenten desarrollarse en el espíritu. Todavía hay tiempo. Pronto harán la transición y entonces solo tendrá valor lo que llevan interiormente. Desarrollen sus sentimientos y remedien lo que hayan hecho mal. Nosotros, que vivimos de este lado, todos nosotros que hemos dejado la tierra y llevamos ya algunos cientos de años aquí, tuvimos que aceptar esta verdad. Hemos aprendido que el amor es lo más elevado y sagrado, y que trae luz y felicidad en la vida después de la muerte. Aquí, amigos, no se pueden esconder. Aquí solo el amor tiene valor. Desarrollen esa fuerza, su vida, aprendan a amar. Aprendan nuestro idioma, el del amor, que tendrán que entender cuando lleguen aquí, de lo contrario, las tinieblas serán sus posesión.

Antes de dejar las regiones oscuras, hijo mío, te digo: cuando volvamos a estar juntos de este lado, conocerás esta vida. Te mostraré cómo viven en el mal los gobernantes, los maestros, los genios, cómo trabajan y destruirán a otros que se sintonizan con ellos. Así quiero alcanzar al ser humano en la tierra. Vivirás cómo también ellos continúan sus fiestas de la tierra. En resumidas cuentas, conocerás su vida. Lo que te he mostrado hasta ahora y te mostraré todavía, son estados, sintonizaciones y conexiones en el espíritu. Ahora dejaremos las regiones oscuras, el infierno en la vida después de la muerte.

Los sentimientos y la espiritualidad de la tierra

Siguieron su camino planeando.

André podía respirar de nuevo. Estaba contento de que hubiera pasado. Aun así se sentía feliz de que hubiera podido vivir todo. Era para él sabiduría en el espíritu. Qué cierto era todo lo que había observado hasta ahora. Qué grande era el poder de Dios, que dirigía todo esto, que sabía todo del ser humano, hasta en lo más profundo de las profundidades. Dios sondaba y

conocía a todos Sus hijos. Para el ser humano esto no era posible.

André vio otra luz que la que había visto en las tinieblas.

—¿Dónde estamos aquí, Alcar?

—Estamos en la Tierra Crepuscular y hemos hecho la transición a otro estado. El ser humano que vive aquí se encuentra en un estado de los sentimientos más elevado y conforme vayamos subiendo, las esferas y las personas, es decir, todo, cambiará. Cada vez vemos sintonizaciones de los sentimientos diferentes. Por eso los sentimientos son lo esencial en la existencia humana, lo que te he aclarado tantas veces.

—¿Puede un sabio de la tierra analizar los sentimientos?

—Sí, sin duda, cuando poseen sintonización en el espíritu. Aun así hay en la tierra quienes, cuando le hacen una cirugía al ser humano, todavía nunca han visto el alma. Es triste. Pobres en sentimientos y aun así, sabios. Su propia fuerza de los sentimientos está dormitando y son muertos en vida. Los sentimientos son vida, son alma y significan amor. Y es que ahora que sabemos que el amor es Dios y que Dios significa sentimientos, nos queda claro que no percibirán a Dios en un cuerpo terrenal. Ya oigo al primer sabio exclamando: “¡He visto a Dios!”. Otros lo declararían demente. La vida es invisible, la vida se puede intuir. Allí, la vida no tiene que ver nada con la tierra, o sea, después de haber depuesto la materia. Vuelve a la fuente de toda la vida, y eso es Dios. Dios puso la vida en toda la materia, lo que son los sentimientos. En la tierra, la vida es una en la materia, pero es un cuerpo separado. Por eso lo llamamos el cuerpo espiritual y el cuerpo del alma. La vida es el protoplasma, la fuerza primigenia: Dios. Es indestructible, los sentidos materiales no pueden observarlo, porque el hombre observa lo que pertenece a la materia, porque él mismo es materia. Pero el ser humano, como espíritu, es el cuerpo de los sentimientos, por el que encuentra sintonización con Dios. Así, los sentimientos, la vida y el alma volverán con el Padre, porque los sentimientos son divinos. Después de haber hecho la transición al estado preanimal, animal, basto material, material y espiritual, el ser humano, por lo menos la vida, volverá a lo divino. Ya en la vida terrenal, el ser humano está sintonizado con Dios, igual que en todas las demás transiciones y estados. Que se sintonicen con nosotros los que quieran encontrar el alma en el cuerpo, solo entonces recorrerán el camino que todos nosotros hemos recorrido y que recorreremos todavía.

No se pueden desmenuzar los sentimientos de modo científico. Poseyendo sintonización cósmica podremos analizar el cuerpo de los sentimientos. Son los maestros de este lado que intuyen los sentimientos como fuerza divina en sintonización vital directa.

En todo, hijo mío, hay amor. El amor es sentimientos, el amor es Dios (—dijo).

Planearon sin cesar.

André vio una tierra desconocida. La luz crepuscular había cambiado y sentía la naturaleza más apta para la vida. Era como si aquí todo despertara.

—Lo sentiste de maravilla, André. Aquí nos encontramos en la esfera del despertar. El ser humano que vive aquí ha recorrido su largo camino desde las tinieblas y ha despertado. Ya es otra sintonización, aunque todavía no se pueda comparar con la primera esfera espiritual. El calor entra en su vida, lo que es necesario para el desarrollo. Sin embargo, aquí todavía no crece nada, no hay verde, no hay árboles, aquí no se puede percibir nada de una vida que florece. Eso no lo vemos hasta en la esfera de aquí arriba. El ser humano que vive aquí sigue teniendo sintonización con las esferas oscuras y por lo tanto se puede volver a hundir, si no se opone a eso con todas sus fuerzas. Por eso muchos vuelven a caer en su estado anterior.

—Mire allí, Alcar, muchos seres nos van pasando planeando.

—Son los espíritus ayudantes de las regiones elevadas. Descienden durante mucho tiempo para ayudar a infelices. Padres e hijos, hermanos juntos, todos vienen de las esferas elevadas y tienen que ser fuertes para poder ayudar allí. Ya conoces sus fuerzas. Siguen hasta la frontera de la tierra del odio, donde todos recibirán su tarea. Todos están bajo una sola dirección y se les divide en grupos. Muchos no han estado allí todavía y conocerán su vida bajo guías competentes.

—¿Se trae a estas esferas a los infelices que encuentren allí?

—Sí, hijo mío. Cuando rueguen con fervor por ayuda, se les ayudará, pero lo tienen que querer ellos mismos.

—¿Qué pasa después de esto, Alcar?

—Se les cuenta cómo pueden elevarse queriendo el bien, y si no saben que han hecho la transición en la tierra, también se les convence de eso. Los llevan a la tierra. Para eso son entonces útiles las sesiones de espiritismo, lo que te he mostrado. Después se les trae de vuelta a este estado, para que sigan capacitándose en el espíritu. Si se mantienen firmes, pronto entrarán a una esfera más elevada. Y pueden asimilar elevarse a otra esfera ayudando a otros. Así el ser humano sigue su camino y vuelve al Padre, a Dios.

—¿A dónde vamos ahora, Alcar?

—A la esfera de purificación, un estado basto material. Colinda con la primera esfera existencial en el espíritu. Allí vemos luz, aunque en un ambiente gris de otoño, en comparación con la tierra. Todo vive en una sintonización material basta, igual que el ser humano que vive allí. Murieron en la tierra, aunque no lo sepan. El ser humano solo es consciente de su vida espiritual cuando haya hecho la transición a la primera esfera espiritual. ¿Te queda claro?

—Sí, Alcar.

André vio que todo iba cambiando. Debajo de él había una esfera, y no obstante planearon cada vez más lejos. Poco a poco las esferas iban cambiando. Cuanto más avanzaba, más vida sentía; la veía en la naturaleza y también en la luz del cielo. Todo despertaría, lo podía percibir claramente. Empezó a entrar vida en la naturaleza y en el ser humano. Ahora las frías esferas tenebrosas habían quedado muy atrás de él.

—¿Vamos directamente hacia allá, Alcar?

—Sí, hijo mío. Intentaremos cambiarles las ideas a algunos. Tal vez sea posible. Quiero intentar hacerlo para convencerte de su vida, cómo sienten y cómo es su vida. Allí también hace un frío crudo. Es como el ambiente de otoño en la tierra, cuando en la naturaleza todo se va extinguiendo. Es la viva imagen de la fuerza de sus sentimientos interiores. Ellos tampoco sienten el calor que siente un espíritu feliz. Sus sentimientos basto materiales residen en todo.

—¿Allí también convive todo?

—Ese ser uno es para cada estado de este lado. Donde sea que entres conviven todos los rangos y posiciones. Los que poseen una sola sintonización, que es el amor, serán uno. No tiene nada que ver con ser sabio ni con títulos de la tierra. Aquí solo tiene valor el amor, el sentimiento que encuentra sintonización en el espíritu. Si su amor no es espiritual, todo carece de valor.

—Lo que se aprende en la tierra, ¿todo eso no tiene significado de este lado?

—Pero claro, André. Si te lo estoy diciendo claramente: cuando se hayan desarrollado sus sentimientos en el espíritu, podrán recurrir a su sabiduría terrenal también aquí, o al volver a la tierra. Precisamente ellos pueden llegar al ser humano en la tierra, por su conocimiento de diferentes estados y ciencias de la tierra. Se manda a muchos allí para ayudar al ser humano material. Entonces inciden en ellos y les pasan lo que saben de la vida eterna. Son los que no se han olvidado en la tierra. Pero solo podrán volver cuando hayan llegado a la tercera esfera.

—¿Es más difícil trabajar en la tierra que de este lado?

—En la tierra nos es más difícil poder alcanzar al ser humano material. La dificultad está en esto: en la tierra, las personas viven como espíritus en la materia. Así que ven todo a través de sentidos materiales. La dificultad para ellos y nosotros es hacerles intuir lo espiritual en la materia. De este lado los convencemos haciéndoles vivir un estado. En la tierra no es tan sencillo, porque la mayoría de ellos poseen una sola sintonización material. ¿Cómo puede intuir el ser humano de manera espiritual si no posee esa fuerza de los sentimientos? Así que no es posible, y tenemos que volver una y otra vez. Pero aquí podemos enseñarles imágenes y cuando las ven, se entregan con disposición. Así que es más sencillo poder incidir de manera espiritual en

el espíritu que en la materia. Ejercer influencia en la materia no es sencillo porque el ser humano percibe de manera material. Entonces, el ser humano tiene que querer. Si no es así, nos es imposible convencerlos. En la tierra se tiene que creer; aquí ya no se cree, nosotros sabemos. Esa es la gran e imponente diferencia para lograr algo en la tierra. Nuestro trabajo allí se facilita cuando el ser humano sabe que existe una pervivencia eterna. Solo entonces empieza nuestro verdadero trabajo en la tierra. El ser humano ve su propio mundo, el sol, la luna y las estrellas y todo eso pertenece a la materia. Tienen que poder ver a través de todo esto si quieren atravesar el velo para poder percibir en nuestra vida.

Es la dificultad para incidir en la tierra. ¿También te queda claro?

—Sí, Alcar, le entiendo en todo. En el lugar a donde vamos ahora, ¿los seres provienen todos de las esferas oscuras?

—Sí y no, André, es decir: ambas cosas. Muchos llegan aquí desde la tierra, otros recorrieron el largo camino desde las tinieblas hasta la luz. Los que han venido de la tierra viven en un estado inconsciente y por lo tanto son muertos en vida, porque piensan que siguen viviendo en la tierra; así que desde aquí empieza su desarrollo. ¿Esto también te queda claro? Y luego falta esto: pregúntame todo lo que quieras. Tu pregunta, entiéndelo bien, es mi conexión. Me atengo a un plan fijo y de él no me desvío. Pues, si quieres saber algo ahora, no dudes en preguntármelo, te contestaré de acuerdo a mis fuerzas. Cuanto más profundamente estés sintonizado, más sabiduría en el espíritu significará. Así que preguntarás según sientas, entonces te contestaré. De modo que pregunta por todas las personas en la tierra que quisieran hacerlo, pero no pueden porque no poseen este don. Nunca olvides que tu don es y seguirá siendo su don.

—Hace rato me dijo que los que viven aquí arriba no saben que han muerto en la tierra. Qué terrible es eso, están en la eternidad, ¿o no?

—Estos estados son terribles, pero es la verdad. En la tierra no quisieron elevarse, vienen hacia aquí en una misma sintonización. Los sentimientos son el cuerpo espiritual, en ese estado llegan aquí, como sienten. Así que cuando el ser humano llega aquí, es y sigue siendo como sienta. Nada cambiará. No es posible. Conforme sientan poseerán luz, felicidad.

—¿También se les ayuda a ellos?

—En cada esfera se encuentra ayuda espiritual, donde sea que se encuentre el ser humano, en todas partes, en cada estado, hasta en los cielos más elevados. Los que están allí a donde vamos ahora viven en la vida eterna, aunque sigan queriendo pagar con dinero terrenal lo que se hace por ellos y muchas otras cosas.

—¿Qué dice? ¿Con dinero?

—Sí, André, es que piensan que siguen viviendo en la tierra. Sus sentimien-

tos, la naturaleza, todo tiene sintonización con la tierra. De otro modo, pues, no es posible. Es una prueba de lo verdadera que es la vida de nuestro lado. No podría ser verdadera si atentara contra la naturaleza. Hay muchos otros estados, que son más tristes que ese inocente pagar con dinero. Conocemos otros. Hay aquí clérigos de la tierra que en la vida después de la muerte siguen hablando del infierno y de condena, mostrándose a los demás. Aquí, mientras ya están en la eternidad.

—Eso no puede ser, Alcar, ¿verdad?

—Te digo nada más y nada menos que la triste verdad. Miles de personas los siguen. Los conocerás cuando llegemos allí. Fundan sus parroquias y hablan de condena eterna.

—No lo puedo creer, Alcar.

—Desgraciadamente, es la verdad. En la tierra se estancaron en sus dogmas y siguen a ciegas a sus predicadores en lo que les proclaman. Detestan a los que profesen otra religión y si estos se atrevieran, los harían pedazos. Todos son fríos y áridos, los clérigos con ellos. Y ahora que sabemos que el ser humano siente conforme se manifieste, hace actuar y actuará, todos son seres infelices y fríos. ¿De qué otro modo podría ser? Si conocen a un Dios de violencia, no quieren ver ni sentir a un Padre de amor. Así tendrán, en la vida aquí, una misma sintonización como tenían en la tierra. Así lo sienten y no lo quieren de otra manera.

¿Es amor? ¿Es Dios un Padre, podría Dios ser un padre, si condena a Sus hijos? No, por suerte no, nosotros conocemos a otro Dios que el que ellos sienten y conocen. Toda su vida en la tierra no han hecho otra cosa que predicar sobre la condena. ¿Le da al ser humano el calor que lo hace sentir tan feliz de este lado? ¿Cuáles son sus posesiones, si su Dios es un Dios de violencia? Su fe y su saber es pobre en fuerza espiritual. Así como sienten, todo es frío y árido, hijo mío, igual que la espiritualidad de la tierra. Todos los que hablan de infierno y condena son fríos. Rezan toda su vida, pero aun así no tiene fuerza. Sus oraciones son frías y carecen de toda vida. Todo está muerto, como lo están ellos mismos. Por eso, aquí los llamamos los muertos en vida. También están muertos, porque no sienten la vida, pues la vida no condena ni asesina, ni conoce violencia, porque la vida es Dios y significa Amor. Tampoco sus sermones consoladores tienen valor. Su canto desafinado es el lamento por calor y luz, que no significa más que debilidad. Suena como una tormenta, es el bramido de un huracán, es destructor, porque es falso. Interiormente sienten un Dios de venganza, por eso todo es falso, nada es real, como su propia vida. Todo será como sienta el mismo ser humano y así encontrará sintonización aquí. Sus oraciones solo serán fuertes cuando estén en armonía, cuando sean uno con la vida. Son bellas palabras, aunque carentes de sentimientos y fuerza, las que calentarán al ser humano. Son

los sermones de aquellos que predicán sobre un Dios de venganza, sobre el infierno y la condena. Por eso su sintonización es un estado basto material. Algún día sabrán que Dios es un Padre de amor. Lo sentirán, André, algún día, en esta vida.

—¿Así que no tiene sentido rezar, Alcar?

André miró a su líder espiritual, sintiendo que se había equivocado con la pregunta. ¿Cómo podía ser tan tonto?

—No me has entendido, hijo mío. Solo me refería a aquellos que conocen a un Dios de venganza, sería mejor que dejaran de rezar. Pero cuando el ser humano se arrodilla en sencillez y humildad, elevando una oración desde lo más profundo de su corazón, una oración así se oirá. Entonces una oración es fuerte. Entonces una oración tiene valor y penetrará hasta la médula de toda verdad, porque el ser siente a Dios y se acerca en amor y humildad a su Padre. El diablo en la tierra reza a Dios, al diablo con apariencia humana. Lloro y se esconde detrás de su máscara. Son los farsantes de la tierra, que rezan sin vivir conforme a ello. Una vida maldice a otra, una vida reza por la perdición de otra. Precisamente porque rezan. Uno reza por destrucción, otro por ganar una guerra y todos conocen a un solo Padre. ¿Eso es amor? Son diablos porque se adornan de cruces sagradas y se esconden tras sus oraciones. ¿No choca todo? ¿No atenta contra la vida sagrada de Dios? En todo descansa una maldición. ¿Cómo quieren justificar eso? Rezan para ganar una guerra y aun así profesan una misma fe. ¿No es terrible? Habría que enterrarlos bajo sus cruces, para alimentar la otra vida que no posee pensamiento inteligente, aunque contenga la vida de Dios. Aquí conocerán a la vida. Aquí los esperarán miles de personas que han destruido por sus oraciones. Los que hayan entendido su tarea en la tierra viven en las esferas de luz y son felices. Por eso no cada sacerdote es espiritual. Los que sirvan al Padre de Padres y se acerquen en amor a Su poder sagrado, calentarán a los hombres, porque sienten Su vida sagrada.

—¿Cómo piensa del clero de la tierra?

Alcar miró a André y preguntó:

—¿Si son sagrados, André? No, hijo mío, en la tierra no hay santos. Los que quieren hacerse pasar por santos se burlan del poder de Dios y vilipendian Su santidad. De este lado no se sabe nada de santos de la tierra. No viven allí ni han nacido todavía. No podrán vivir santos allí ni en mil años, porque han matado al Santo que alguna vez hubo.

Intentaré aclararte por qué no es posible. Escucha. En primer lugar esto: en la tierra hubo alguna vez un solo Santo, pero las personas, como acabo de decir, lo crucificaron. Desgarraron Su carne y lo flagelaron. No se entendió Su sagrado amor, que servía de alimento para sus almas oscuras. Pero la gente destruyó esa Vida sagrada, porque conocían otro amor. Sus sentimien-

tos sagrados eran la verdad espiritual, porque Él era uno con toda la vida y estaba en conexión con Dios. Dios estaba en Él, Dios vivía en Él. Era uno en todo. Era sagrado y encontró sintonización con el poder sagrado de Dios y poseía ese amor sagrado. Quería dar ese poder sagrado a los hombres materiales, para que ellos también conocieran el amor sagrado de Dios. Pero ¿qué hicieron? Bebieron Su sangre y lo mancillaron. Desgarraron Su corazón sagrado. Por más insignificante, por más joven que sea todavía la vida en la tierra, siente el poder sagrado de Jesucristo, nuestro maestro. Su irradiación sagrada calentaba a millones de personas. Su amor curaba, el contacto con Él obraba milagros. Los enfermos se curaban, los paralíticos y cojos volvían a la vida. Su vida sagrada estaba en ellos, Su amor curaba todo, irradiando por toda la tierra. ¿Cómo hacen los que se llaman santos? Su santidad solo es amor propio y vanidad. Es egoísmo basto humano, es presumir de plata y oro. Son felices terrenales, hijo mío. De este lado no significa nada. Su santidad es el pedestal en el que se colocan ellos mismos. Son los leprosos de este lado. En sus sentimientos está la debilidad de esta terrible enfermedad. Aquí conocemos una sola ley, que cualquier ser feliz conoce, y es: lo que asimile el ser humano en la tierra pertenece a la tierra y lo tendrá que abandonar cuando deje la vida terrenal. Allí se tendrá que deponer todo. Entrarán aquí desnudos, porque de este lado no tiene valor. En segundo lugar, ningún ser humano de la tierra puede entrar en una primera esfera espiritual pero de este lado tendrá que someterse a su purificación. Demuestra que no son seres sagrados.

Repito: Dios no tiene representantes en la tierra en cuerpos humanos. En la tierra, ¿quién se atreve a decir de sí mismo: el Padre y yo somos uno?

Aquí se espera su llegada y también a ellos les sucederá un suceso sagrado. Aquí están desnudos, iluminados por la luz sagrada de Dios. Es un momento sagrado, del que no puede escapar ser humano alguno, vida alguna. Cuando todavía vivía en la tierra, hijo mío, yo también pensaba que vivían santos allí. Pero de este lado he conocido su santidad. Aquí se sabe que sus pedestales se construyen con intrigas y la sangre ajena. Aquí sabemos que su mentalidad significa profundas tinieblas.

Yo, hijo mío, y miles de espíritus conmigo, tenemos más respeto por una madre que se queda atrás sola con sus ocho pequeños, y que se mata trabajando para poder mantenerlos vivos. Sentimos más respeto por un soldado del Ejército de Salvación que para apoyar a otros canta sus canciones en la calle, convertido en motivo de burla, que por un santo de la tierra.

En tercer lugar quiero mostrarte que en la tierra no pueden vivir santos. Escucha bien e intenta entenderme. De este lado, se conoce la mentalidad que posee la tierra con la sintonización cósmica. Así que esta es la fuerza de los sentimientos con la sintonización universal de la vida que vive en el

planeta tierra. En el universo hay siete grados de amor espiritual, lo que es la sintonización universal. Pues bien, la vida que vive en el séptimo grado (cósmico) hace desde allí la transición al Omnigrado. Pero pronto más acerca de esto.

En el universo se encuentran miles de otros planetas y cuerpos en los que hay vida, o sea, que la vida que posee un grado más elevado, y también uno más bajo, de sintonización espiritual y en el que todos son uno, lo que significa encontrar sintonización con Dios.

Todo esto significa el ciclo del alma. Es el curso que sigue la vida, para volver al origen de toda la vida. Así que cada vida tiene su propia sintonización, es decir: se encuentra en un solo estado de los sentimientos, que es una sola sintonización espiritual, pero que tiene sintonización con Dios y que por lo tanto puede ser divino. Son, pues, diferentes estados espirituales con sintonización cósmica.

La tierra ha llegado al tercer grado de desarrollo, es decir: a la vida que vive en el planeta tierra. Hay por lo tanto dos estados más profundos, en otras palabras: en el universo viven seres que poseen una primera y segunda mentalidad y que se encuentran bajo la fuerza de los sentimientos de la vida que vive en la tierra.

¿Te queda claro eso, André?

—Sí, Alcar.

—Hay, en cambio, cuatro sintonizaciones más elevadas, que se encuentran todas más arriba que la de la tierra y que por eso han llegado a un grado de desarrollo espiritual más elevado. Pues bien, la vida que vive en la cuarta sintonización, esos son santos con sintonización espiritual. Se pueden llamar santos porque poseen estas fuerzas y que por lo tanto son seres espirituales. Su amor es más inmaculado que el que siente y posee la vida en la tierra; en resumen: todo es diferente a lo que posee la vida en la tierra.

Los seres sagrados que viven en este estado no vuelven a la tierra, porque destruiría su ciclo, lo que no es posible, pues no volverán a esta vida que ya han vivido. Siguen evolucionando hasta que hayan llegado al grado más elevado de sintonización cósmica, para volver a lo divino. Por eso no es posible, porque la vida prosigue su camino hacia arriba y no vivirá debajo de su sintonización de los sentimientos. Volveré sobre el punto en las esferas elevadas.

Además te habrá quedado claro que la tierra está poblada por vidas de sintonizaciones más bajas, porque la vida evoluciona y llegan a un estado más elevado, por lo que visitan el planeta tierra.

¿Eso también te queda claro, André?

—Absolutamente, Alcar, pero todo me es demasiado profundo, demasiado imponente para poder procesarlo.

—También para nosotros, André, todo va demasiado lejos, pero nos hace

felices que nos espere felicidad más elevada. Así cambiará entonces la tierra, hasta que los seres que viven en los estados más profundos hayan hecho la transición en otros planetas y por lo tanto esas mentalidades dejen de existir, porque han hecho la transición a una vida existencial diferente pero más elevada. Solo entonces cambiará la tierra, porque las sintonizaciones preanimales no hacen la transición a ella, porque esa sintonización se ha disuelto. Desde la primera y segunda mentalidad va y viene la vida hacia la tercera, que es el planeta tierra. Y todos los demás planetas ocupan un lugar y poseen una sola sintonización espiritual, que es el amor de toda la vida que se encuentra en el Universo, pero todo tiene sintonización con Dios, porque es la vida de Dios mismo.

Y luego esto, hijo mío. De este lado los maestros saben que la vida que vive en la cuarta sintonización puede cumplir cientos de años antes de que muera también allí, lo que significa la transición al más allá. Pues bien, conforme subamos también el ser humano, o la vida, vive durante más tiempo, incluso hasta miles de años, para luego hacer la transición. Entonces, la mentalidad suprema hace la transición al Omnigrado y la vida habrá cumplido su ciclo.

De este lado se conocen fuerzas, André, por las que se podría hacer rejuvenecer a un viejo ser humano terrenal. Sí, fuerzas para detener todas las enfermedades existentes. Pero también sabemos que el ser humano en la tierra, o la vida que vive allí, tiene que ser feliz de que le sea concedido morir allí. Así que entiéndeme bien: le es concedido morir. Esto resonó para ellos como un trueno, pero sabemos lo que Dios ha reservado para la vida en la tierra: no solo felicidad terrenal, sino también felicidad espiritual, incluso universal, para poder entrar algún día a lo divino. Qué triste existencia sería para la vida si se tuviera que quedar eternamente en la tierra.

De nuevo: ser humano, ¡alégrate de que puedas morir allí; de este lado te esperan felicidad y amor más elevados, y gloria!

Además te quedará claro que no pueden vivir santos en la tierra, ni llegarán nunca, a menos que tengan que cumplir con una misión divina.

Ahora otro estado. Estamos en el más allá, ¿no es así? Aquí vive el ser humano que ha muerto en la tierra, como se dice. ¿Eso también te queda claro? Ahora escucha.

¿Dónde viven, o dónde piensa mi hijo que vivan, todas las demás mentalidades? Quiero decir aquellos que poseen una sintonización más elevada que la vida que llega aquí desde la tierra.

André reflexionó, pero no pudo resolverlo y dijo:

—No lo sé, Alcar, me es demasiado profundo.

—Es glorioso oír que seas honesto. Te lo aclararé. Los maestros de este lado poseen la cosmogonía. Es la doctrina del universo. Además la psicología, la ciencia del alma, aunque con sintonización cósmica. Se me concedió seguir

su ciencia durante algún tiempo, hijo mío, para aclararme a mí mismo la vida que vive en el cosmos. Intentaré explicarte cómo todas estas sintonizaciones son una y tienen conexión.

Escucha, André. Ahora estamos en el más allá, ¿no es así? Lo has vivido porque te aclaré varios estados. Así has recibido una nítida imagen de nuestra vida. En ella te mostré que somos invisibles para los que viven en las esferas tenebrosas. Esto significa que poseemos una sintonización más elevada que ellos. Todo esto te queda claro, ¿no es así?

—Sí, Alcar.

—Maravilloso. Cuando vivo en mi sintonización, no puedo observar la vida de estados todavía más elevados, porque estos han alcanzado a su vez un grado más elevado de desarrollo. ¿Eso también te queda claro? Así que cuando aquellos que viven en las regiones mentales hacen la transición a otros planetas y vuelven a morir allí, llegan de este lado y siguen viviendo en este estado, hasta que vuelven a hacer la transición a otros cuerpos, lo que significa el ciclo del alma. Así vive aquí hasta la mentalidad más elevada, es decir, todas las sintonizaciones porque este es el Universo. Pues bien, en nuestro estado vive también la mentalidad más elevada: la séptima sintonización cósmica. Así que cuando sientes todo esto, vivimos dentro de y con Dios, estamos junto con Dios, aunque estemos todavía lejos de Su vida divina. Aquí y donde sea que se encuentre el ser humano están juntas las sintonizaciones más bajas y también las más elevadas. Te dice que el bien y el mal son uno solo, forman un solo estado: el ser humano. Dios está en nosotros, pero también están en nosotros las fuerzas más oscuras que tenemos que vencer para acercarnos a nuestro Padre sagrado. Dios vive en nosotros: en nosotros está la luz, pero a la vez profundas tinieblas.

Así que queda claro que el ser humano puede ser divino. Además, que nos espera felicidad sagrada cuando queramos sintonizarnos con Dios. No significará más que felicidad, sí, felicidad eterna. ¿Te queda claro esto?

—Sí, Alcar, todo.

—¿Lo entiendes todo, hijo mío?

—Sí, Alcar.

Muertos en vida

André reflexionó acerca de todo, pero se sintió aturdido. Qué sabiduría poseía su líder espiritual. ¿Quién era para poder conectarlo cósmicamente?

Le había hecho la pregunta a Alcar sobre cómo pensaba acerca de la espiritualidad de la tierra para poder recibir esta sabiduría. Qué grandes eran los sentimientos de Alcar, qué respeto le tenía al amor. No podía agradecer lo

suficiente a Dios que se le concediera visitar las esferas con Alcar. Se comparaba con todas estas fuerzas, que podía poseer la vida. ¿Qué era él entre esos millones de fuerzas, comparado con todo esto? Nada, no era nada. ¡Cuántas cosas le quedaban por aprender! Qué insignificante era todo lo que poseía, todo lo que significaba su yo. ¿Y luego, el ser humano en la tierra? ¿Qué era la erudición terrenal, dónde quedaba todo al lado de esta verdad? No era nada aún, ni quedaba nada de ella. La vida que vivía en la tierra ni siquiera sabía de su propia existencia; qué lejos se encontraban todavía de esta ciencia. Ahora entendía que en la tierra no se puede dar amor inmaculado. No habíamos llegado tan lejos aún, no sentíamos el calor ni conocíamos aquellas fuerzas que poseería un amor así. Todo lo que sentía el ser humano, también él, era egoísmo, nada más que amor propio. El nivel humano era un tercer grado de desarrollo. Ese grado significaba fuerza del amor. ¿Qué se sabía en la tierra de grados, de grados espirituales? No sabían nada, no conocían ni sentían grados cósmicos de otra mentalidad. Todo esto era invisible para el ser humano, como a él le eran invisibles e imperceptibles las fuerzas del amor de Alcar.

¿Qué era el amor universal? ¿Se podía abarcar o rodear eso en la tierra? No era posible porque ni siquiera conocían su propia vida. Allí se hablaba de estados en cuarta dimensión y ni siquiera se conocía la propia sintonización ni se entendía lo que significaría y representaría. Se hacían conjeturas, como les pasaba a los que querían calcular el universo y se encontraban con números que ni siquiera podían pronunciar. Eran miles y millones de cifras que se podían pronunciar durante años seguidos sin llegar al final. Tan lejos estaba la ciencia de ellos, y aun así podían enumerar cifras. Y tan lejos estaba el amor universal del ser humano en la tierra. Él tampoco conocía ninguno de estos estados y Alcar también dijo que seguía siendo un niño en amor.

André entendía que el estudio más grande de los seres humanos era el de conocerse a sí mismos. Alcar le había puesto un espejo delante en el que había conocido la vida. ¡Y qué vida! Lo aturdía. ¿Y no era la verdad? ¿No sentía cada ser que podía ser así? ¿Acaso no era aptitud para la vida, que podía intuir la vida? ¿Sentía la vida otra cosa? Pero ¿qué? ¿Era posible otra teoría? Sentía y creía a Alcar, porque para su líder espiritual todo era sagrado y amaba toda la vida. Y aquellos que amaban no se burlarían de otras vidas que todavía no percibieran esa altura. No, estaba lejos de él, aunque también a él lo pusiera feliz.

Pero también sentía que surgían en él miles de otros estados que iban en su contra. Porque, ¿qué eran las posesiones en la tierra? ¿Qué era el ser humano? Un átomo de lo grande, que era Dios. Qué insignificante, pero también qué grande podía y quería ser. Alcar le dijo que el ser humano en la tierra (se debería) alegrar de que se le concediera morir allí. ¿Lo oye? Tenemos que alegrarnos de que se nos conceda morir allí. ¿No es para muchos un horror

tener que oír que deben alegrarse de que se les conceda morir? ¿Había que ponerse feliz por que fuera concedido hacer la transición? ¿Le había entendido bien y claro a Alcar? Sí, porque dijo: Dios tiene otra felicidad para la vida que vive en el planeta tierra.

¿Y qué hacían los seres humanos? Lloraban, sí, muchos quedaban destrozados cuando una persona vieja hacía la transición, y los dejaría. Destrozados de tristeza, perecían por su tristeza. ¿Cuánto tiempo más tardarían en poder ceder con júbilo y alegría a sus seres queridos que iban hacia una vida más elevada? ¿Cuánto más faltaría para ya no poseer amor propio? ¿Cuándo vivirían en la tierra personas que llevaran esta sabiduría interiormente? ¿Cuándo se podría exclamar: saluda a los que ya se han ido? ¿Cuándo podrían hacerlo? Faltaban miles de años, hasta entonces la muerte los seguirá torturando. Mientras tanto seguirían alimentando a su bestia preanimal por su tristeza, lágrimas y sufrimiento. Los chupaba hasta vaciarlos, quitándoles todos los jugos vitales. Ese pensamiento era animal. Se estremecían y temblaban ante la muerte.

Ahora, André lo había entendido. La palabra muerte era la maldición del diccionario. Mancillaba todos los demás pensamientos que estuvieran relacionados con la vida. La palabra muerte asfixiaba todo, quitando a los vivos la fuerza para poder seguir viviendo después de perder a sus seres queridos. No, no había muerte; la muerte no había existido nunca, jamás. La muerte era una ficción. La muerte era nada y todo, la muerte era vida. La muerte vivía, ¿cómo era posible? Aquí miraba dentro de la vida tras la muerte; ¡de nuevo esa palabra, muerte! En la vida después de esta vida, las personas seguían viviendo. Eternamente, eternamente junto a aquellos que ya estaban aquí y estaban vivos de nuevo.

Para él, la muerte era vida. Esta vida era grandiosa. Oh, ¡qué bella le parecía la muerte! Habían trabado amistad, era su mejor compañero, sin contar a Dios ni su Alcar. Luego seguía él, y lo que más amaba, sin duda, era la muerte, porque le daba la vida. Para él, la muerte era Dios, una con Dios, así era la muerte. Le hablaba tan a menudo en silencio. Tenía envidia a todos los que hacían la transición. No tenía envidia de nada, solo de aquellos a quienes se les concedía morir.

Oh, muerte, tú, bella vida escondida detrás de ti. Tú, poderosa liberadora. Te amo porque eres y significas vida. Todo lo que hay en mí es para ti; sientes mi deseo por el momento en que tú misma vendrás por mí, lo que será para mí solo felicidad, nada más que felicidad eterna. Muerte, oh querida muerte, conozco tu vida porque pude ir con él para conocerte. Las personas en la tierra te han dado ese nombre porque en ti, oh muerte, no ven ni sienten vida. Cuántas veces, cuando estaba junto a lechos de muerte, cantó esta canción, envidiando a los que partían. Entonces sentía su sufrimiento, su dolor,

aunque de otro modo. Entonces era uno con aquellos que conocerían la vida y la muerte.

Oh, si llegara el momento en que él también podría partir, entonces a través de su poder podría vivir como quería hacerlo, dando su sangre para otros que en la tierra no querían aceptársela.

Solo que no durara tanto; ya lo anhelaba desde ahora. Era el regalo más grande que se le pudiera dar en la tierra. Alcar lo miró y dijo:

—Durará un poco más, hijo mío, antes de que te llegue la gran felicidad. Nos falta convencer a muchas personas de que morir no significa más que felicidad. Se sentirán mareados al oírlo, pero entonces les exclamaré que para nosotros también hay poderes que hacen que nos inclinamos ante el que gobierna todo esto. Estamos en camino para desarrollarnos, también aquellos que se encuentran en los cielos más elevados. Y solo entonces, cuando hayamos alcanzado las regiones mentales, intuiremos y asimilaremos mucho de lo que ahora nos sigue siendo incomprensible, para actuar de acuerdo a eso. Entonces, todo será sabiduría en el espíritu. Todo lo demás sigue siendo tenebroso, también para nosotros.

Ahora estamos en otra esfera, allí donde viven los muertos en vida de la tierra.

André vio un país que se parecía al planeta tierra, como se lo había aclarado su líder espiritual. Estaba envuelto en una emanación gris. Aquí hacía un frío áspero. Había más vida que en aquellas otras esferas, pero todo estaba todavía en un estado antinatural. En la tierra todo era verde, aquí la naturaleza llevaba una túnica gris.

Veía a personas, muchas de ellas viejas, con las espaldas encorvadas. Cargaban con el sufrimiento de la tierra. Les oprimía los hombros. Los hacía perecer. No veía a personas jóvenes, vigorosas, no se las podía encontrar aquí. Aquí solo vivían ancianos, interiormente estaban viejos y gastados. Tampoco había niños. Era extraño no ver más que ancianos. Donde vivieran personas, vivía de todo, también niños, también jóvenes, ¿no? Le parecía muy extraño. ¿Cómo explicarlo, cómo era posible? ¿Qué significaba? Era terrible verlos así. Ahora pensó en las explicaciones que Alcar hizo de todas las otras esferas. Llevaban esta vejez interiormente. Era su sintonización espiritual. También vio muchas casas y edificios. Además, iglesias y a lo lejos una pequeña ciudad. Todo era pelado y frío. En la tierra, todo era más bello, y eso que estaba en la eternidad. Este estado era triste. En la tierra estaban cien veces mejor que en la eternidad.

—¿Dónde están los jóvenes, Alcar, que no veo aquí?

—Viven en otras esferas; más tarde te contaré cómo son todas esas sintonizaciones. Todos tienen otra sintonización.

André conoció a las personas que vivían aquí. Lo miraban como si fuera

un milagro para ellos. Eso lo notó claramente.

—¿Qué significa, Alcar? Mira cómo se nos quedan mirando.

—Eso también es sencillo, hijo mío, ¿tenemos el mismo aspecto de ancianos como ellos?

André entendió.

—Estamos en una sintonización diferente de la suya. Si nos mostráramos en fuerza propia, pensarían ver milagros, lo que vivirás más al rato. Es la aclaración de lo que te comuniqué acerca de todos los demás planetas. Ves que construyen sus casas e iglesias también aquí. Lo hacen conforme a las fuerzas en su interior, pero les faltan los medios para lograr algo bello. Ven, vamos por aquí, para evitar esa pequeña ciudad. Allí no los encontraremos.

Muchos seres deambulaban por allí, las cabezas agachadas como si pensarían encontrar algo. Era triste verlos así.

—¿Qué buscan, Alcar?

—No buscan nada, André. Son los que pronto irán a una esfera más elevada. Se sienten infelices. Sienten remordimiento y quieren enmendar todo lo que hicieron mal. Pronto se les ofrecerá la posibilidad de hacer el bien. Se aíslan de todos los demás, su vida les da asco, sienten otra vida, más elevada. Por eso vienen aquí espíritus ayudantes que los ayudarán, mostrándoles el camino para poder hacer la transición. Otros, no obstante, viven en plena felicidad, lo que demuestra claramente que no conocen su propia vida y que no están convencidos de su miserable existencia.

El cielo estaba envuelto en una emanación gris, no se observaba una sola nubecita. ¿Dónde estaba el hermoso azul que se veía en el cielo desde la tierra? Todo lo que percibía en esta esfera era triste. También veía montañas y planicies. Todo estaba esperando el calor; no había sol que despertara la vida con sus rayos. Todo esperaba aquellos primeros rayos, por los que la vida viviría, se transformaría en tonos calurosos y más suaves. Todo era opaco, mortecino, así como los que vivían aquí.

Eran unos pobres diablos. Daba pena verlos así. Aquí no podría sentirse feliz, se estaba entonces mejor en la tierra. Las personas a las que tantas veces había oído decir en la tierra, cuando hablaba con ellas sobre el más allá, que preferían quedarse allí por estar seguras ahora de lo que tenían, pero no saber lo que recibirían a cambio, tenían razón. Si entrarían a este estado, estaban mejor en la tierra. Muchas eran felices allí. No sentían nada de su monótona existencia. Estaban bien, no querían otra cosa. Y es por eso que estaban muertas. Solo ahora que las estaba percibiendo, entendió bien el hecho de que estuvieran muertas en vida.

—Mira, André, allí están los habitantes de esta esfera.

André vio un gran valle, donde estaban reunidas cientos de personas. ¿Qué buscaban allí? Vio a mujeres y hombres juntos, todos viejos y arrugados.

—Tenemos suerte —dijo Alcar—, se están reuniendo. También lo hacen en la tierra. Ya ves lo natural que es su vida. Nos quedaremos aquí, tal vez nos escuchen. Quiero intentar dirigirme a ellas y tú, hijo mío, me ayudarás a hacerlo, ¿no es así?

André miró a su líder espiritual, como si quisiera decir: ¿tengo que dirigirme a ellas?

—Sí, André, ¿no quisieras contarles lo que te he mostrado y lo que te mostraré? Si lo lográramos, entonces ábrete, yo te ayudaré. Quiero ver si en todos los años que hemos estado juntos has aprendido. También si puedes vencer dificultades. Si podemos convencer a un solo ser, nuestro trabajo ya quedará recompensado, porque así mostramos lo agradecidos que estamos porque Dios nos regalara todo esto tan bello. Empéñate con todas tus fuerzas, André. Incide en ellos e intenta conectarlos unos con otros. Haz que sientan tu amor, elévalos y conéctalos con la vida, e intenta descongelar sus fríos corazones. Recuerda, André, todo depende de tu convicción, tu concentración y tu fuerte voluntad de darles algo a los demás. Y sobre todo: nada de miedos. Haz que sientan lo que sientes, que vean lo que ves y que oigan lo que oyes (—dijo).

André se sentía nervioso. ¿Qué se lograría con todo esto?

Alcar le dijo:

—Ahora, hijo mío, ya estás bajo su influencia. Haz que piensen como quieran, dales un lugar en tu corazón, adóptalos en tus sentimientos, siente amor por ellos, el amor obra milagros. Si dudas, tenemos que seguir, porque también ellos nos atacarán, pues nos consideran intrusos. ¿Por qué miedo, André? ¿Te pueden enseñar algo? No te sobrestimes, pero sobre todo no te subestimes. Significará tu perdición. No hay nada que temer si sientes más amor que ellos. Ahora me voy.

André se quedó solo. Allí, frente a él, había cientos de seres y a lo lejos venían acercando más hacia este lugar. ¿Se reunirían aquí? Eran muertos en vida. Él, como ser humano terrenal, sabía más de la eternidad que ellos. En la Tierra Estival había visto a su tía, que había dejado la tierra como vieja para llegar allí rejuvenecida y bella. Inmediatamente después de deponer su vestidura material había adoptado su estado espiritual. Era bella y joven en esta vida, y ¿cómo eran ellos? Estos seres tenían las espaldas encorvadas, eran viejos y todo esto por falta de amor. Oh, ya deseaba que hubiera llegado el momento, que pudiera empezar. Deseaba con fervor que le fuera concedido abrirles los ojos. Sintió que se tranquilizaba, lo fue invadiendo un glorioso sosiego. Allí ante él vio a una persona alta, vestida como un clérigo terrenal. ¿Era uno de esos seres que incluso aquí predicaban sobre el infierno y la condenación? Se alejó de todos los demás y se ubicó en un pedestal elevado. ¿Habría él también? ¿Y dónde estaba Alcar? No veía a su líder espiritual en

ninguna parte. El clérigo lo miró y André sintió que veía en él a un extraño, que no debía estar aquí. Era como si le preguntara lo que buscaba aquí, tan solo. No le quitaba ojo, como si quisiera perforarlo. Resistió esa mirada cruel y sintió cuánto frío hacía en su interior.

Allí estaba Alcar, su líder espiritual apareció de entre ellos. Alcar se acercó al clérigo e intercambió algunas palabras con él. Claramente oyó que Alcar dijo:

—¿Podemos dirigirle la palabra a su congregación?

Desde su pedestal el clérigo miró a su líder espiritual de manera desafiante, con los brazos cruzados en el pecho, y tardó unos segundos en contestar.

André hubiera querido abalanzarse sobre él y gritar: “¿No ves quién está allí frente a ti?”. ¿Tenía ese hombre que tratar a su líder espiritual así, con desprecio? Sin duda, eso no hacía falta. Ay, ¿cómo se sentiría Alcar? Finalmente habló, y su pregunta fue hosca.

—¿Quién es usted?

—Nosotros —oyó que decía Alcar—, somos sus hermanos, venimos a usted desde otra tierra, en amor, en el verdadero significado de la palabra.

El clérigo sonrió con sarcasmo. Seguía allí, de pie, mirándolo con altanería, como en su momento Nerón mirara a Roma. Su viejo rostro tenía profundas arrugas. Finalmente habló. Fue un momento de tensión. Qué sencillo era Alcar, y en toda su sencillez esperaba cuál sería la decisión del clérigo. André sintió una lección de vida en la acción de Alcar, solo se podría lograr algo en amor.

—¿Viene en nombre de Dios?

Estas palabras le latigearon el alma, por ser pronunciadas tan fríamente. Este infeliz le preguntaba a su líder espiritual si venía en nombre de Dios. He aquí el ser humano. Qué se creía. Alcar lo miró con respeto y contestó:

—Venimos a ustedes en nombre de Dios, como ya le dije, en el verdadero sentido de la palabra.

—Le doy media hora —fue su respuesta. André pensó: ‘No es mucho’, ese tiempo le haría falta a su líder espiritual mismo. En cualquier caso, le parecía bien, la suerte estaba echada y Alcar se acercó a ellos y se dirigió a la multitud:

—Hermanas y hermanos. Su líder me dio permiso para hablarles. Si todos quisieran sentarse, podremos empezar.

Los seres lo miraban como si Alcar fuera un milagro. También el clérigo había cambiado notoriamente.

Alcar les habló con su suave pero sonora voz:

—¿Por qué, amigos queridos, el ser humano es el culpable de su propia desdicha? ¿Por qué, les pregunto, el ser humano no se conoce a sí mismo, si Dios le ha dado un intelecto pensante? Dios colocó al ser humano por encima del animal, y el animal siente cuál es su lugar, pero el ser humano no. El

animal no descenderá, siempre vivirá como siente, porque sus sentimientos le indican el camino y le dicen cómo seguirlo. Y el ser humano, ¿cómo actúa? El amor del animal es un amor que se entrega en plena fuerza. Pero ¿qué hacemos? ¿Siempre entregamos nuestro amor immaculado? ¿Lo damos con todas nuestras fuerzas? Pues no. ¿No hay en nosotros una fuerza que cada vez nos devuelve a nosotros mismos? ¿Y no es nuestro propio yo? Dios puso al ser humano por encima del animal, dándole una fuerza divina, una razón, en mayor o menor medida. ¿Y usamos siempre esta razón para seguir nuestro camino? Ninguno de nosotros lo hace. ¿No nos desviamos siempre de nuestro camino para hacer el bien? ¿No da el animal entonces un amor más bello que lo que damos nosotros, que el ser humano en general? ¿Hablé demasiado? ¿No se conoce mejor entonces el animal que lo que nos conocemos nosotros? ¿No vive el animal de manera más consciente? ¿Y somos conscientes de nuestro propio estado?

¿No es terrible, no es triste que tantas veces no podamos acercarnos al animal? ¿No sentimos muchísimas veces estas limitaciones, no es nuestra propia culpa? Dios nos dio un intelecto pensante, una fuerza como es Él mismo. Dios nos dio la gracia de ser una personalidad propia, una gracia divina, que recibe cada ser humano. Pero tenemos que cuidar que no nos hundamos. Dios nos dio razón. ¿Y esa razón sirve para cultivar nuestro propio yo? ¿Sirve para formar una aureola de amor propio y egoísmo? ¿No es la perdición de nosotros mismos? ¿No nos dice que no entendemos la vida y que nos colocamos demasiado en un primer plano? ¿No queremos ser la persona en el centro de todo, por lo que perdemos nuestro equilibrio? Dependiendo de nuestras experiencias, nos volveremos a conducir hacia la verdad. Así nos conoceremos a nosotros mismos. ¿No quisiera admitirme que Dios dio esta razón con otros propósitos? Tantas y tantas veces decimos: ser humano, ¡usa la razón! Y esta razón nos sirve para conectarnos con Dios. Dios quiere decir entonces con eso: ser humano, usa tu don divino, que has recibido para buscar tu camino hacia la luz, hacia Mi tierra santa de amor eterno. Dios nos dio el intelecto pensante y nos ubicó por encima del animal, para significar algo para otros. Pero ¿no son nuestros sentimientos elevados nuestra propia desdicha? Ser humano, siente tu gracia divina y vive gracias a la vida. Usa tu razón no para ti mismo, sino intuye tu propio estado y actúa según tu entendimiento elevado. Ser humano, vive. ¡Hay que despertar, amigos! Dios les dio esa gran gracia de sintonizarse con Él, lo que solo es posible gracias a Su fuerza divina, que está en nosotros. Amigos, hay que agudizar la razón para los demás, para todo lo que vive, hay que intentar elevarse encima de los animales. No la guarden para su egoísmo personal, sino que conviértanse en altruistas de la humanidad, para servir la vida. Usen sus fuerzas para salvar su alma, para salvar su egoísmo humano de pasión y violencia, e intenten salir

victoriosos de allí. En toda vida hay lucha, lucha para conocerse uno mismo. Y en ustedes debe estar el ímpetu de ir elevándose. Es su vida espiritual, para acercarlos a Dios. Es la lucha por poder entrar a las esferas elevadas. El ser humano siempre tiene que ir elevándose. Pero muchos han emprendido un camino que lleva a profundas tinieblas. Han usado su razón de manera equivocada. Sus caminos eran caminos que no llevaban a Dios. Dan vueltas en un círculo del que no salen si usan la razón. Pero cuanto más practiquen y aprendan a usar su razón, más se desarrollarán sus sentimientos, lo que será su felicidad y les significará luz. Ser humano, usa tu razón para desarrollar tus sentimientos en el espíritu.

Ábranse camino a través de todo, amigos, y sepan que Dios les ha puesto en el camino todas las dificultades y que las tienen que vencer. Sepan, amigos, que les esperan esferas más bellas y hermosas, de las que les hablará mi hermano en un momento, a las que pueden llegar si saben usar las fuerzas que Dios les ha dado. Luchen, amigos, por su propio yo, pero no perezcan haciéndolo. Intenten vencerse a ustedes mismos. Sepan que la fuerza sagrada de Dios está en ustedes, sepan que les ha dado Su vida Sagrada.

Despierten, pues su vida es eterna. Despierten de su profundo sueño, Dios está en ustedes. Griten por ayuda, pídanle a Dios fuerza para ayudarles a encontrar su camino.

Y cuando se inclinan en humildad, dejando todo ante los pies de Dios, entonces también les será concedido que todo sea diferente.

Recen, amigos, recen mucho, pidan que les sea concedido conocer las fuerzas que hay en su interior. Recen para que siempre pueda iluminarlos la luz de Dios que algún día verán en toda su fuerza. Es la voluntad de Dios que Su amor se use para ayudar a otros, para calentar a otros, que no perciben aún Su amor. Sepan, amigos, que es posible ir elevándose.

Dios les dio un intelecto pensante, la gracia de vivir eternamente. Aprendan a usar su razón al servicio de Dios, por más difícil que les sea. Aprendan a confiar en que Dios, en su infinita bondad, los ayudará a todos para que les llegue la felicidad eterna. Amén.

Reinaba entre ellos un profundo silencio. Todos miraban a Alcar colmados de admiración. Sentían un profundo respeto por todo.

Como en un fognazo le llegó a André: “Habla de la naturaleza y conéctalos con la vida”. Empezó de inmediato y sentía que se le estaba ayudando.

—¡Hermanas y hermanos! Venimos de otra tierra para contarles lo bello que es donde nosotros y les pedimos que visiten nuestra tierra. Nuestra tierra es hermosa, también la naturaleza es diferente que aquí. El cielo es de color claro y en todas partes crecen y florecen flores, que no se marchitan nunca, sino que se mantienen frescas eternamente.

Construimos nuestras propias casas, como lo queramos nosotros mismos.

Ninguna de ellas tiene la misma arquitectura. Es porque cada ser también es diferente, posee una personalidad propia. Como nos imaginamos nuestra casa interiormente, así será. Podemos construir nuestra casa según nuestros deseos, entre las montañas o en planicies, junto a agua y ríos. Pero en ninguna otra tierra podemos conseguir lo necesario para ello. Podemos recurrir a todo lo que crece y vive en nuestra tierra. Al mismo tiempo sabemos que en otras tierras donde igualmente viven personas tampoco es posible comprar material de construcción de otras tierras. Tenemos que obedecer leyes. Esas leyes se corresponden con el estado interior del ser humano que viva allí. Significa que no podemos ni debemos ir por encima de nuestras fuerzas. No podemos incorporar los materiales de otras tierras por la sencilla razón de que en la nuestra reina otro clima, por lo que todo se derrumbaría.

Convivimos como hermanas y hermanos. Vivimos en amor por los demás y nunca les mentiremos o engañaremos, ni siquiera en pensamientos. Lo que les parecerá extraño es que lo sabríamos de inmediato, pues podemos seguir el curso de los pensamientos de otros. Por eso, todos son honestos y un hermano o una hermana se abre, se abre por completo a todos los demás. Cuando vemos a una hermana o a un hermano, nos vemos a nosotros mismos, porque poseemos un solo amor y estamos en un solo amor, por lo que nuestra vida no es más que felicidad.

Hacemos arte según nuestras preferencias y jugamos entre nosotros como niños. Nos divertimos y pasamos alegría, tan bella es nuestra vida. Vamos a fiestas ataviados con hermosas túnicas, y también a funciones, donde se reúnen y ofrecen conciertos diferentes maestros. No tocan con partituras, sino según la naturaleza, que irradia en diferentes matices de colores. Cada maestro es uno con la naturaleza, y los maestros representan por medio de sus hermosos instrumentos la vida de cada uno como se siente. Donde nosotros es asombroso, y en comparación con su tierra, a la nuestra se la podría llamar paraíso. Tenemos hermosos templos y edificios, y lo que les parecerá increíble: nuestros templos tienen eco. Significa que el sonido se distribuye, de modo que se puede seguir el concierto incluso sin encontrarse dentro del templo. Se distribuye hasta miles de millas más allá, porque todo es uno y significa vida. Nosotros conocemos y poseemos muchos milagros, que entendemos todos, porque sentimos el milagro de manera interior. Así ya no hay secretos para nosotros, porque un secreto es otra vida, y cuando experimentamos esa vida, la asimilaremos y nos pertenecerá. Así avanzamos cada vez más, nos elevamos cada vez más y agradecemos a nuestro Dios todo lo que se nos ha dado.

La felicidad nos sonrío en todo. Rezamos en la naturaleza, nunca en edificios o templos, porque esta es Dios, y porque a través de la vida que vive en la naturaleza podemos acercarnos mejor a Él, porque es Su fuerza sagrada la

que reside en todo. Y con ella nos conectamos y no se nos molestará en nada, porque nuestro estar juntos es uno, y queremos conectarnos en sencillez y naturalidad.

Así sentimos a Dios e intentamos acercarnos a nuestro Padre todopoderoso en amor. El amor nos es lo más sagrado, lo más bello y lo más potente que Dios haya creado y nos haya regalado a nosotros humanos. Es la fuerza sagrada que es Dios mismo, y cuando podemos amar a otros nos acercamos a Él, porque Dios no es otra cosa que amor. Entonces todo nos irradia y seremos siempre felices. Nunca envejecemos. Donde nosotros no conocemos la vejez. Nos es desconocida una vejez como la que poseen ustedes aquí. Somos como las flores, siempre, sí, eternamente frescas. Si les cuento otro milagro, digo de antemano que parecerá increíble, pero también les digo que es la verdad, tanto como que ustedes están vivos. Nosotros, y muchos otros donde nosotros, ya tenemos miles de años y a pesar de eso somos jóvenes, somos bellos y podemos ser infantiles, en el sentido hermoso de la palabra. ¿No es increíble? Y aun así digo la verdad. Ya no podemos envejecer. Somos viejos interiormente, pero jóvenes de aspecto. Nuestra vejez es nuestra sabiduría, que posee cada ser donde nosotros. No importa a quien vea o con quien hable donde nosotros, todos poseen sabiduría, que llevan interiormente. Nuestra sabiduría es nuestro sentimiento, porque intuimos la vida que reside en todo, y así podemos entender todo. Podría enumerarles otros miles de milagros. Había donde nosotros muchos forasteros, que venían a visitarnos, pero que ya no querían volver con sus familiares. Nuestra belleza los mantenía presos. No llegaban a entender por qué todos éramos tan jóvenes y tenían el deseo de saber cómo podían lograrlo. Nuestros maestros, que donde nosotros conducen todo, les dijeron qué podían hacer para que pudieran quedarse en nuestra tierra y poseer una vida joven. Les dijeron lo siguiente: “Todos los que vivimos aquí, vivíamos en algún momento en otra tierra. Cuando todavía estábamos allí, unos forasteros que nos vinieron a visitar nos convencieron de una tierra más bella, que llamaban la tierra del amor. Nos dijeron que todos teníamos que levantarnos para emprender nuestra peregrinación. Nos explicaron cómo ir y por su ayuda nos fuimos miles para llegar a su tierra de amor. También nos contaron que sería difícil, pues en el camino sufriríamos mucho. Pero una vez allí, todo significaría únicamente felicidad”.

Fuimos miles, solo algunos volvieron. Le pedimos fuerza a Dios, para apoyarnos en nuestro difícil y duro viaje. Así fuimos avanzando, cada vez más, y ocurrió lo asombroso: nos fuimos rejuveneciendo conforme nos íbamos acercando a la tierra de amor. En el camino compartíamos todo. Nos unía el amor, y ayudábamos y apoyábamos con todas las fuerzas que tuviéramos a los que ya no podían seguir. Cuando hubimos avanzado un tramo, despertamos y entendimos lo que quisieron decir los forasteros con que nos conoceríamos

a nosotros mismos. Muchos ya entendían cómo sentían interiormente, cómo era su sintonización, y que no se habían conocido, porque no habían sentido la vida que Dios ha depositado en todo. Ahora estábamos conociendo la vida y nuestra propia vida, a través de pena y dolor, venciendo dificultades. No era otra cosa que lucha, lucha y más lucha, pero seguimos y comprendimos que nos esperaba felicidad elevada. Se podía ver en todo donde nos encontrábamos, porque íbamos rejuveneciendo en medio de la lucha. Así llegamos a otra tierra, que no obstante no era todavía la tierra de amor que nos prometieron, donde vivían los forasteros. Éramos todos felices por haber dejado nuestra propia tierra. Qué frío era todo allí en comparación con la tierra en la que ya nos encontrábamos. Sin embargo, la tierra de amor era todavía más bella. Y seguimos nuestro camino con nuevos bríos, siempre más lejos, hasta que una mañana hermosa entramos en la tierra de amor.

Qué felices estábamos. Oh, esos primeros instantes, cuando por decirlo así despertamos, fueron como si estuviéramos soñando, cuando sentimos lo grandes que eran los poderes de Dios, cuánta belleza reserva Dios para todos Sus hijos.

Cuando pudimos contemplar la luz sagrada de Dios, nos arrodillamos todos, agradeciendo a Dios toda esa belleza. Rezamos durante mucho tiempo, la cabeza muy inclinada, por todo lo bello que se nos estaba dando. Todos nos ganamos la tierra de amor, con lucha, con pena y dolor. Todos entendimos que Dios no es más que amor. Dios es luz, Dios es vida. Todos éramos jóvenes, vigorosos y bellos. Todos, sin faltar uno solo, gritamos a todo pulmón: ¡Dios es amor, Dios es luz, Dios es vida, vida eterna, eterna vida! Todos éramos felices.

André había hablado con mucho fervor. En pensamientos, todos estaban conectados con él. También el clérigo estaba radiante, su viejo rostro reflejaba la felicidad y el deseo de poder poseer esta belleza.

Sus miradas anhelantes lo conmovieron mucho. Así sintió que todos estaban bajo su influencia, y también que en ese momento habría podido mover montañas.

Siguió rebosante de ardor.

—Nuestros maestros nos dijeron: “Vuelvan a su tierra y sigan el camino que hemos seguido nosotros y muchos otros. Muéstrenles el camino, cómo deben seguirlo y apóyense unos a otros durante su difícil viaje. Todo depende de ustedes mismos. Está en sus manos su propia felicidad. Y si aguantan, a pesar de mucha pena y dolor, pronto pueden estar aquí, donde miles de personas los esperarán, y nos aseguraremos de que todo esté listo para recibirlos. Todos los que sigan nuestro camino pueden entrar aquí. Hay aquí felicidad para todo ser, nada más que felicidad. Los espera felicidad eterna y sagrada. Pero no olviden que aquí no pueden entrar nunca si no han seguido su cami-

no en amor, si no han amado todo lo que encontrarán en su camino”.

André vio que el clérigo bajó de su pedestal y se acercó a Alcar. Prosiguió.

—Los forasteros volvieron a su propia tierra y miles de personas se pusieron en camino para alcanzar la tierra de amor, para empezar su peregrinación.

Y a ustedes, amigos, a todos ustedes les digo: dejen ustedes también esta tierra fría, les espera una felicidad diferente, más elevada.

Dejen este valle de lágrimas y sigan el camino que ellos recorrieron y que recorrerán todos, porque es el camino que Dios nos enseña y enseñará siempre. Levántense, amigos, sigan el camino de amor. Sigán el camino que los llevará a la tierra de eterna felicidad, donde viven sus amigos que ya llegaron.

André sintió que en ese instante le era concedido seguir más, y les dijo gritando rebosante de fervor:

—Amigos, les diré todavía más: es la verdad, como todo es verdad. Escuchen, escuchen bien y no lo olviden nunca.

Todos vivían en la tierra y murieron allí. Viven en la eternidad, pero han echado a perder su vida terrenal, porque era material, por lo que han llegado a este estado; no saben nada de una vida espiritual, porque se han blindado contra esa vida. Recen para que Dios les abra los ojos.

¿Dónde están sus hijos? Ellos también viven aquí, de este lado, aunque en otras tierras. Son más bellos e inmaculados, de modo que no pueden verlos, porque poseen esa sintonización más elevada. Sientan su estado antinatural y comparen su vida con una más elevada, espiritual, donde algún día vivirán eternamente. Ahora chocan con todo lo que hay en esa tierra, también con sus propios hijos. Ni aquí ni nunca jamás volverán a ver a sus hijos (aquí). Los encontrarán allí donde no hay más que amor, en belleza celestial. Es la voluntad de Dios, amigos, que sigan Su camino. Dios es amor, amigos, Dios es luz, felicidad y vida.

Ahora todos habían cambiado. Oyó que el clérigo exclamó:

—Dios es amor, ¡queremos seguir el camino de amor!

Las voces de todos se confundieron gritando:

—¡Dios es amor, queremos ir a la tierra de amor, queremos volver a ver a nuestros hijos!

Fue un final magnífico, que no se habría atrevido a esperar de antemano. Muchos lloraban, las lágrimas les corrían por las mejillas. Ahora todos se habían descongelado, sus corazones se habían derretido. El amor entraba a mares, el frío tuvo que ceder su lugar a un sentimiento más caluroso y bello. Era lo nuevo, en toda su belleza.

Alcar le dijo que parara y que desaparecerían ante sus ojos. Como en un fogonazo le llegó: “También a ti te convenceré de lo que puede lograr el amor, de lo que son las fuerzas del amor”.

—Prepárate, André, y dame la mano como contacto.

En su interior, André no sentía otra cosa que felicidad.

—Ahora sucederá de lo que te he hablado en las esferas tenebrosas. Concéntrate ahora en mí, se requiere de todas las fuerzas.

El clérigo estaba frente a su congregación, y oyeron miles de voces que decían:

—Dios es amor, queremos ir a la tierra de amor y felicidad, queremos volver a ver a nuestros hijos.

Los miraron por última vez; luego André oyó que le decían que estuviera preparado; sintió que lo auparan espiritualmente hacia otro estado y desaparecieron ante sus ojos. Todavía alcanzaron a oír:

—Ha ocurrido un milagro, Cristo estuvo entre nosotros, Cristo estuvo aquí, Cristo se manifestó con un apóstol. Dios es amor, no es más que amor.

—¡Óyelos, hijo mío! Piensan que el Hijo Sagrado de Dios estuvo entre ellos. Es la fuerza del amor que puede poseer un ser humano y por la que se puede hacer invisible para estados y sintonizaciones más bajas. Así que no es otra cosa más que la fuerza del amor, con sintonización espiritual.

Siguieron planeando tomados de la mano, hacia otra esfera.

Primera, segunda y tercera esfera

—No sé cómo agradecerle, Alcar, toda la ayuda que me ha dado.

—No me estés agradecido a mí, hijo mío, sino a Dios, que te ha dado esta gracia para poder vivir todo esto.

—¿Cómo es posible, Alcar, obrar estos milagros?

—No son milagros, André. Te aclaré que no es otra cosa que sintonización de amor en el espíritu, ¿no es así? Cristo se manifestó de esta manera en la tierra a sus apóstoles. Cristo se hizo uno con la materia, Él, que podía conectarse con planetas y estrellas. También las personas en la tierra pensaron ver un milagro, pero a fin de cuentas se trata de que es la fuerza del ser que siente y posee amor. Si podemos hacer esto, qué grande no será entonces la fuerza del Hijo Perfecto de Dios. Y Él fue crucificado, porque la gente desconocía estas fuerzas sagradas, no entendía. Todo lo que desconocen lo desechan. Así se pierden muchas verdades sagradas. Todo es sencillo. Aquí no hay milagros, todos los milagros están en la sintonización y en el estado humanos. Así que el milagro somos nosotros mismos, en nosotros reside y puede estar ese amor sagrado. Entonces seremos capaces de obrar milagros para los que no han llegado aún a ese punto. Los hemos dejado en un estado asombroso, pero ¿cómo es todo cuando se sabe eso?

Poseer fuerza de amor, el oro espiritual en la vida después de la muerte, será milagroso para otros y para los que la posean, nada más que felicidad.

Ahora vamos a la primera esfera existencial en el espíritu (la primera esfera de luz). Los que viven allí, André, saben que han hecho la transición en la tierra. Saben que viven en la eternidad, aunque sus sentimientos sean materiales. Por eso, la esfera es igual a la tierra, pero en sustancia espiritual. Por eso es la primera esfera existencial, lo que significa que se sintonizan de verdad en el espíritu. Así que aquí hay un estado natural. Lo que vive allí es verdadero, es real, porque es un estado existencial. ¿Te queda claro?

Desde allí empiezan, pues, su desarrollo en el espíritu, siguiendo el camino que tienen que seguir todos los que viven ahora bajo esa sintonización. Allí conviven hombres y mujeres, así como jóvenes, aunque no hay niños. Los niños viven en otras esferas, con las que encuentran sintonización los pequeños, para entrar más adelante en un estado existencial, cuando hayan llegado a la edad apropiada.

Las esferas infantiles están en las regiones elevadas, que visitaremos. Pero otros, quiero decir los seres más jóvenes, han llegado a la edad de catorce y han llegado aquí desde la tierra. Los que no llegan a esa edad, y son los de entre siete y catorce años, viven a su vez en otras esferas que los seres aún más pequeños que hayan dejado la tierra. Así que tenemos varios estados para los pequeños, que son esferas de conexión que se encuentran entre la tercera, la cuarta y la quinta esfera. Los jóvenes que viven en la primera esfera están allí cuando sus padres no poseen otras esferas más elevadas. Así que cuando los padres poseen otra sintonización, o al revés, están solos hasta que se hayan conquistado una sintonización, posean un amor, que es su sintonización en el espíritu. Pero sabemos que hay madres solas, hijos y padres solos, así como varios amigos y familiares, para luego juntarse para la eternidad, en felicidad, en amor, en perfecta felicidad sagrada. Pero no antes de que hayan llegado a las primeras esferas felices en el espíritu. Por eso, muchos esperan con impaciencia el momento en que serán conectados. Así llega aquí el ser humano de la tierra y piensa encontrarse con sus seres queridos, de los que luego resulta que viven en otras esferas. Entonces están tristes, y se desarrollan escenas dolorosas. No hay nada tan terrible como cuando el ser humano tiene que descender a las esferas oscuras. Sin embargo, no pueden estar juntos.

—¿Y no se ven entonces en absoluto?

—Claro que sí; la sintonización elevada puede conectarse con una más baja. Es posible, pero también nosotros tenemos que obedecer leyes. Habrás notado que la luz celestial cambia continuamente, hasta que entremos a la primera esfera, donde hay luz como la que se posee en la tierra. Mira, ya estamos en la primera esfera. En nada notarás diferencia alguna con la tierra. Es la tierra, aunque en el espíritu.

André vio una tierra, como dijo Alcar, que se parecía al planeta tierra. El cielo estaba nublado y hacía mucho viento. Vio pájaros y flores, árboles y

verdor, vio todo lo que también en la tierra se conocía en la naturaleza.

—¿Cómo es posible, Alcar, un otro lado y aun así en la tierra?

—Correcto, André. El ser humano sabe que vive en el espíritu, pero sus sentimientos encuentran sintonización con la materia. Están en la primera fase de desarrollo espiritual. Están convencidos de que todo lo que pertenece a la tierra carece de valor en el espíritu. Todos intentan llegar a una esfera elevada, lo que pueden lograr y lograrán solo si ayudan a otros para significar algo para ellos, lo que es y significa el amor altruista. ¿Te queda claro?

—Sí, Alcar, todo.

—Más adelante, cuando entremos a la segunda esfera, te quedará claro lo esforzada que es su vida para que se les conceda entrar a una esfera más elevada (—dijo).

Vio reunidas a muchas personas viejas y también jóvenes. No se les notaba nada extraño. Llevaban túnicas de tela basta y algunos de ellos ya llevaban una túnica bella. Sentía lo que significaba. Estos tal vez entrarían pronto a una sintonización más elevada.

—Muy bien percibido, André. Ya viven en la segunda esfera y esperan hasta que se les conceda hacer la transición. Todos libran su dura lucha espiritual para poder subir; no descansarán hasta haber llegado a la Tierra Estival, la primera esfera feliz. Por eso, la primera, segunda y tercera esfera son esferas de purificación, en las que el ser humano depone sus sentimientos materiales. Solo en la tercera esfera se sienten liberados de la materia, y se preparan para entrar a la Tierra Estival, donde estuviste en tu viaje anterior. Así que su lucha es la lucha para vencerse a sí mismos. Seguramente sientes lo difícil que es, porque se tienen que destruir a sí mismos pedazo a pedazo. De este lado, todos los pedestales terrenales se colapsan. Primero tienen que demoler lo que pensaban poseer. Sus pertenencias terrenales no son otra cosa que un obstáculo en la vida de este lado.

Muchos vuelven desde aquí a la tierra, para ayudar en la materia a sus seres queridos que dejaron atrás. Los convencen de su pervivencia eterna, incitándoles a desarrollarse en el espíritu. Otros más descienden a las regiones oscuras, para ayudar a los infelices, y trabajan así en sí mismos, porque quieren significar algo para los demás. De este lado, el ser humano solo puede desarrollarse dando, lo que es el amor servicial. El que exige está detenido en su desarrollo. De modo que la vida en la tierra no se puede comparar con esta, aunque la esfera pueda compararse con la tierra. No olvides que los estados terrenales carecen de significado en el espíritu. Aquí, uno vive para el otro. En la tierra, el hombre sirve al hombre. El que tiene muchas posesiones se deja servir; aquí todo eso ha terminado. Así que todos los que han llegado a la primera esfera están convencidos interiormente de su vida espiritual.

Entonces también en esta esfera residen otros estados, a su vez esferas in-

termedias, en las que vive el ser humano que también en la tierra se encierra en soledad. Aquí viven una misma vida, porque la sintonización de sus sentimientos es una sola. Pero cuando les señalamos su estado, nos contestan: “Vivo feliz, ¿acaso no tengo luz?”. Claro que tienen luz, pero ¿qué es su luz comparada con la de los que viven en las esferas elevadas? Pero si siguen por este camino, pasarán cientos de años y en todo ese tiempo viven y se quedan en una misma sintonización. Su desarrollo está detenido, porque se blindan de la vida. Puedes deducir de todos estos estados, que solo serán felices los que sean uno con toda la vida, lo que es el camino de amor que tienen que seguir.

—Me dijo, Alcar, que a alguien con sintonización elevada se le concede descender a una esfera más baja; ¿no se les concede, pues, quedarse allí?

—Se les concede y pueden hacer como ellos quieran. Pero cuando estén afligidos con ellos por no ser uno, ambos perecerán; es decir: también se impide el desarrollo de ellos, porque sienten compasión por los que viven en un estado más bajo. También en esto reside claramente que sentir compasión puede ser la perdición. Ver a sus seres queridos de vez en cuando los incitará a trabajar en sí mismos. Ellos también tienen que subir y pronto se desprenderán de su estado.

—Entonces, una separación espiritual es más difícil para el ser humano que la terrenal, ¿no es así?

—Lo percibiste muy bien, André. En la tierra, el hombre vive temporalmente; aquí está en la eternidad. La separación en la tierra puede ser breve, aquí puede durar cientos de años.

—¿Aquí uno se puede desarrollar más rápidamente que en la tierra?

—Es más fácil desarrollarse espiritualmente en la tierra que de este lado. Y es por esto: en la tierra es una dura lucha asimilar felicidad espiritual en un estado material; cuesta esfuerzo y fuerza. La materia es el medio, se puede alcanzar a través de la materia. La vida en la tierra no es difícil cuando se tiene todo lo que la vuelve más agradable. Uno puede desarrollarse por la materia ayudando a otros. Es decir, desprenderse de todos los estados materiales existentes. Sin embargo, muchos perecen por la materia. Soltarse de la tierra, es decir enriquecerse espiritualmente en un estado material, ese es el propósito, eso es lo que quiere Dios de todos Sus hijos. Muchos, como dije, se dejan vivir por la materia. En la vida en la tierra se puede hacer feliz a un ser humano con una sola acción. Una sola acción llevada a cabo en amor es el desarrollo de la vida. La tierra está en profundas tinieblas; para llegar a la luz desde las tinieblas hace falta fuerza. Los que lo logren verán luz al hacer la transición. Ven la luz que llevan interiormente y encontrarán su sintonización aquí. ¿Cómo se vive en la tierra? Aquí lo sabemos. ¿Por qué visitamos la tierra desde aquí? Para ayudar a otros. En la tierra es muy difícil

alcanzar a las personas. Ya te lo he aclarado cuando estábamos en la Tierra Crepuscular. Ahora seguiremos hasta la segunda esfera.

—Mire allí, Alcar, nos rebasan muchos espíritus planeando. ¿A dónde van?

—Visitan estados para conocer las leyes del espíritu. Todos están estudiando. Pueden continuar aquí la ciencia que hayan empezado en la tierra, para seguir desarrollándose en ella. Pero primero deben aprender cómo se establecen las conexiones. Todos son espíritus felices. En la tierra, uno puede asimilar la disciplina que sea, pero aquí no es posible. Aquí hay que poseer amor y haber llegado a un cierto grado antes de poder capacitarse para alguna disciplina. No podrían intuir las leyes psíquicas. Así que de este lado toda sabiduría es amor, nada más que amor. Y el amor es sabiduría en el espíritu. La vida aquí no se puede comparar con la terrenal. Aquí hace falta sintonización. En la tierra se aprende a poseer, aquí se aprende a poder dar para hacer felices a otros. Por eso, no se entiende el propósito de vivir en la tierra. Para muchos, sus estudios y erudición son honor y destrucción. Por más grandes que sean los sabios, en la tierra para muchos las posesiones son sensacionalismo. Aquí uno se capacita para servir la vida. Ver la vida felizmente es la disciplina, la sabiduría de muchos. En la tierra, uno se puede capacitar como médico para apoyar a la humanidad que sufre, con el fin de ser algo para suavizar su miseria. Pero ¿cuántos sienten su vocación? Entre los que acabas de ver hay sabios terrenales y tienen como guía a los que no fueron sabios, que nunca estudiaron. ¿Qué te dice eso, André? Estos poseen amor, y el amor es sabiduría. Para eso no se puede recurrir a ninguna habilidad material. Así que no tiene valor cuando no se posee amor. Los sabios de la tierra se entregan a ellos porque son seres con una sintonización elevada. Aquí, ante el amor se inclina la cabeza. Aquí, se respeta al amor, porque de este lado, el amor es luz y sabiduría.

—Qué hermoso es todo, Alcar.

—Todo está regulado, hijo mío. Dios no escondió nada para Sus hijos. Nos encontraremos con muchas de estas columnas. Así, cada ser tiene su tarea para poder servir a la vida.

—¿Ellos también son invisibles para la primera esfera?

—No solo para la primera, sino también para la segunda y tercera esfera, porque son seres que viven en la Tierra Estival. Solo allí pueden asociarse a una orden.

—¿Visitan la tierra, Alcar?

—Claro que sí. Viste cuando estabas junto al lecho de enfermo de Wim que también a ellos se les había llevado allí para vivir cómo se incide en el ser material y cómo ayudarlo. Visitan la tierra para ayudar allí más adelante. También hay muchos otros caminos que podemos recorrer para lograr algo en la tierra. Todo es sencillo, André, si poseemos el amor necesario. Solo

ahora entenderás bien el versículo que se te dio.

Sabes cómo rezaba:

“El Amor es el bien más elevado

Que al ser humano le fue dado.

El Amor es lo que hace vivir

Y profunda emoción hace sentir.

El Amor es todo, el Amor es Dios

Convierte a los pobres en ricos.

¡Qué destino sería el nuestro sin amor!

Quedaríamos de todo privados.

Espíritu del Amor, por Tu camino guíanos.

De Tu ser penétranos

Y así esperaremos con serenidad

El final, sin temor.

Y sea la vida corta o larga,

El Amor de Dios el temor ante la muerte apaga”.

Ahora entenderás el amor incluso mejor que hace algún tiempo. Te quedará claro por qué de este lado se tiene que poseer amor para ser feliz.

Mira, hemos entrado a la segunda esfera.

André vio otra tierra más. Todo era distinto a donde acababa de estar. El cielo vestía una ceñida vestidura azul y no se avistaba una sola nubecita. El firmamento era como un globo tensamente estirado con fuerza que podía desgarrarse en cualquier momento. Lo sentía claramente. También en la naturaleza residía esa misma fuerza, lo que le parecía muy extraño. Lo invadió una sensación peculiar. Veía templos y edificios a su alrededor, edificados en un estilo resplandeciente y de una sustancia más fina que en la primera esfera. Era como si todo sintiera más vida y por eso se encontrara en un estado existencial elevado. También vio a muchos seres y le llamó la atención que las túnicas fueran muy distintas que las que se llevaban en la primera esfera. Allí, todos eran más jóvenes.

—¿Qué significa esa tensión, Alcar, que hay en todo? ¿Tiene un significado? Es como si todo fuera a estallar.

—Esto también lo has percibido bien, André. Todo lo que vive aquí ha entrado en un estado de transición, y el ser humano siente conexión con una sintonización elevada. La naturaleza, el ser humano se abrirá a una vida elevada. Y la posesión de eso es la fuerza de los sentimientos elevada de todo. Su concentración se ha sintonizado con posesiones elevadas, es la comprobación de su estado interior. Sientes su lucha para poder alcanzar la tercera esfera desde esta. Aquí tienen que luchar contra los vigorosos ataques de su propio yo. Aquí tendrán que deponerse a ellos mismos, para más adelante, en la ter-

cera esfera, entrar para siempre en la vida eterna. Cuanto más suba el ser humano, más difícil será su lucha, porque los estados serán más finos y bellos, y las esferas más etéreas, y tendrán que sintonizarse interiormente. Así que la gran lucha es entrar desde lo material a lo espiritual. ¿Sientes qué difícil es su lucha, qué tenso su estado, con qué fuerza su concentración está sintonizada en estas posesiones elevadas? Podría aclararte mucho de esta esfera, pero más adelante conocerás también su vida. Ahora seguiremos hacia la tercera esfera. Cuando volvamos luego, hablarás con ellos, los verás en su trabajo, en su arte y en muchos otros estados. Ahora debo ajustarme a un plan fijo, te superará, porque quedan otros estados que tenemos que visitar. Recibirás mucho en este viaje, André, y todo eso será sabiduría para ti. Cuanto más avancemos, más bellas serán las esferas, el arte, los seres. Todo irradiará según sienta la vida que allí viva, según la fuerza de amor que posean.

Ahora estamos en una esfera de conexión, que une la segunda y tercera esfera, donde viven los niños de la tierra que han hecho la transición en una edad joven. Pero seguiremos y visitaremos estas esferas después. Visitaremos la esfera de ángeles, porque quiero apoyar a las madres que se quedaron atrás en pena y dolor, aclarándoles dónde se encuentran. Tampoco olvides que también el niño que tenga entre siete y catorce años hace la transición desde la tierra a una esfera de purificación, como todo ser que en la tierra haya entrado en un estado de conciencia.

Mira allí, hijo mío, nos iluminan los primeros rayos de luz de la tercera esfera. Allí atrás está la tercera esfera, en la que has estado en tu viaje anterior. La tensión que sentiste en la segunda esfera se ha transformado en un suave deseo que anhela poder alcanzar la cuarta esfera. Hemos rebasado la frontera de la tercera esfera.

André reconocía todo. Ya había sentido antes el calor y la gran felicidad que aquí se llevaban como posesiones, por lo que había vuelto a la tierra en perfecta felicidad. Veía a seres ataviados con hermosas túnicas, rodeados de las más bellas flores de las esferas, que irradiaban luz. Todo vivía, la naturaleza cantaba su canción inmaculada y elevada, las personas que vivían aquí eran jóvenes y vigorosas, como todo lo que vivía aquí. La vida era bella, desprovista de todo lo que se había sentido materialmente, lo terrenal había sido destruido: habían entrado a la vida espiritual. Aquí, el ser humano era feliz. Amor, no veía más que amor. En todo residían los sentimientos elevados del ser intelectual. Ahora que había visto las tinieblas entendía lo grande que eran sus posesiones y lo terrible que era la lucha de los que vivían en las tinieblas por alcanzar esta sintonización. Qué lejos estaban de esta esfera. Ni siquiera se atrevía a acordarse del valle de dolor y de todos los demás estados de los que Alcar le había contado. ¿Cuántos años pasarían? ¿Era posible siquiera para ellos entrar aquí? Eran pobres seres humanos, qué terrible era su

sintonización. ¿Todavía se les podía ayudar? Alcar le dijo que también ellos eran divinos y que llegaría el día en que vivirían aquí. Era casi imposible de aceptar. Veía desfilas frente a él todas esas esferas tenebrosas. Una miseria sucedía a otra. Se veía en el valle de dolor, donde se rebeló, al borde del puente, oteando la interminable miseria de ellos.

Ahora veía y sentía la profundidad de su miserable existencia de manera más intensa que como la había vivido. Qué grande, qué imponente era la diferencia cuando comparaba estos estados. Aquí lo hacía feliz, allí lo invadía una terrible influencia que le quitaba el aliento. Era imponente observar la diferencia en colores, en felicidad. Ante él veía ese descomunal abismo, que no salvarían ni en cientos de años. Aquí sus seres queridos vivían en abundancia y felicidad, ellos en profunda miseria. ¿No era terrible? Aquí vivían padres y los hijos en profundas tinieblas. Aquí había niños cuyas madres habían traspasado lo animal. Aquí se trazaban fronteras, inconmensurablemente hondas y lejanas, que el mismo ser humano tendría que anular. Era la frontera de la sintonización de sus sentimientos en el espíritu. Verdad cruda: la vida allí abajo no era más que pena y dolor. Todo era desgarrador. Aun así se sentía feliz de que se le concediera vivir todo. Lo incitaba a convertir la vida en la tierra en aquello que, de este lado, lo sintonizaría con una esfera feliz. Se esforzaría por hacerlo. Eran niños los que vivían allí en las tinieblas. (Con niños se refiere aquí a los que todavía no se han desarrollado mucho espiritualmente). ¿Por qué echaron a perder ustedes, en una pequeña vida terrenal, su estado interior? ¿Para qué? Las imágenes que Alcar le había mostrado eran las pruebas directas de su vida animal en la tierra. Qué cierto era todo. No había ningún ser humano que recibiría un castigo demasiado grande. Se castigaban ellos mismos; ¡qué justo era Dios! Aun así el ser humano se rebelaba. No podía ser de otra manera. Él también se había rebelado mientras vivía todo.

Miren lo bellos que son los que viven aquí. Miren sus rayos, su ser uno con la vida. Miren qué grande, qué sobresaliente es todo, qué immaculado su amor, su sintonización interior. Qué suaves sus sentimientos, son como niños en el espíritu. Solo ahora, aquí en la tercera esfera, entendió bien qué significaban los estados, las sintonizaciones en el espíritu. Ahora entendía lo que eran las posesiones para el que sintiera amor. Aquí se le convencía de todas esas verdades. Aquí entendía qué podían ser la oscuridad y la luz en la vida después de la muerte. Solo aquí entendía el significado del cielo y del infierno. Y en lo más profundo de su alma agradeció a Dios todo lo que se le había dado. Era un ser terrenal bendecido.

Oh, ser humano en la tierra. Desde este lugar quisiera exclamarte: desarrolla tu amor.

Y ustedes, médiums, que ven y oyen, desarrollen sus sentimientos, así po-

drán ayudar a otros, porque también ustedes verán lo que vive detrás del velo, por lo que otros son felices.

Desde aquí les digo claramente: solo por amor pueden llegar a ustedes quienes viven en estas esferas. Les esperan amor y felicidad si ustedes mismos quieren ser verdad y cuando lo sean.

André miró al que lo había hecho ver y vivir esto tan bello.

—¿Cómo puedo darle las gracias, Alcar?

Pero su líder espiritual no quería que lo hiciera y André sabía por qué. Se llamaba a sí mismo solo un niño en amor, y ese niño lo llevaba a regiones desconocidas y podía obrar milagros. Todo en la vida del espíritu era sencillez y humildad ante Él, que dirigía todo, su Padre en el cielo, su Dios, que no era otra cosa que amor.

—Antes de irnos de aquí —dijo Alcar—, quiero hacer otra prueba, convencerte de lo rápido que nos desplazamos y podemos conectar. Sabes lo mucho que están alejadas las esferas oscuras, lo terriblemente hondos que desde aquí están el valle de dolor y todos los demás estados. Pero podemos desplazarnos y conectarnos con el valle de dolor en un fogonazo.

—Me parece que está a años de distancia, Alcar.

—Dame la mano y agárrame fuerte, y no olvides conectarte conmigo con toda la concentración que tengas dentro. Nada, absolutamente nada debe interferir. No puede haber otros pensamientos en ti, solo piensa en mí. ¿Me entendiste, André?

—Sí, Alcar.

—Prepárate.

André se sintió embargado por una enorme fuerza. En el mismo instante sintió que se le acogía y que se le alejaba como un fogonazo. Despertó de un leve trance y vio para su consternación que se encontraba en el valle de dolor. ¿Qué milagro había ocurrido?

—Concentración y fuerte voluntad, hijo mío. Allí frente a ti están las personas con las que nos hemos conectado. Llegamos y podemos volver aquí en un fogonazo, a través de todas las esferas que te he mostrado. Así venimos a la tierra y podemos conectarnos con todo lo que vive. No importa dónde se encuentre el ser humano, lo encontraremos (—dijo).

Qué fuerza, qué poder era el amor.

En la tercera esfera había visto desfilas ante sus ojos las esferas oscuras y ahora había vuelto en un fogonazo a esta miseria.

—También volveremos en un fogonazo.

De nuevo André sintió que se hundía, aunque seguía estando consciente de todo. Pronto llegaron a la tercera esfera, al lugar desde donde poco antes habían descendido. Todo lo que estaba viviendo del otro lado era asombroso. Para un espíritu en la luz ya no había profundidades ni lejanías o distancias;

eran una en todo.

La esfera de los niños y la reencarnación

—Y ahora, a las esferas elevadas (—dijo Alcar).

Siguieron avanzando mientras planeaban.

—La cuarta esfera, hijo mío, es la Tierra Estival. Allí te encontraste con tu tía y allí también se encuentra el ser humano de la tierra en estado inconsciente, para visitar a sus seres queridos. Ya te lo he aclarado todo en nuestro primer viaje. Pero conocemos otra Tierra Estival más, aunque esta se encuentra en las regiones mentales. Cuando las personas hacen la transición a ellas, ya no pueden volver a esta esfera ni a otras. Se hace la transición a ellas. Es también allí que se separan el cuerpo espiritual y el del alma, para que esta siga su camino. El ser humano ha llegado a su sintonización espiritual y hace la transición a otros estados. No nos quedaremos en la cuarta esfera, sino que vamos a continuar directamente a la esfera angelical, que conecta la cuarta y quinta esfera y que es una esfera intermedia. Allí viven los pequeños de la tierra, desde el niño no nato hasta aquellos que hayan llegado a los tres años. El niño que ha vivido la concienciación en la materia crece de este lado, aunque en la tierra no haya visto ningún amanecer. A todos los pequeños se les trae a esta esfera y los educan espíritus del amor que poseen el verdadero amor maternal. Para otros seres no sería posible cuidar a los pequeños, lo que te quedará claro cuando lleguemos allí. Se asegura su sosiego. Cuando cumplen siete años según los cálculos terrenales, hacen la transición a otras esferas, según su sintonización.

—¿No tienen los pequeños una sola sintonización, Alcar?

—No, no es posible. Solo cuando hayan llegado a los catorce años hacen la transición a su estado existencial para seguir desarrollándose. En la tierra se piensa que un ser todavía joven poseerá un cielo, y en verdad su estado es un cielo, pero no un cielo como se lo imaginan ellos. Intentaré aclarártelo.

Cuando los niños hacen la transición antes de nacer, es decir que nacen muertos, son niños espirituales, aunque no ángeles en el verdadero significado de la palabra. No pueden entrar a ningún estado angelical, por la sencilla razón de que no poseen esta sintonización. Entre la séptima esfera y las regiones mentales viven seres que se pueden llamar ángeles, porque poseen esta sintonización. Te dije también que allí se lleva a cabo la separación de alma y espíritu. Así que no es posible entrar a una esfera angelical desde la tierra, aunque no se haya sentido la materia, como es el caso del niño que hace la transición antes de nacer, porque han tenido que ver con la tierra. No habría llegado allí la vida. ¿Te queda claro eso?

—Sí, Alcar.

—Ahora otro estado. De modo que los que tienen que llevar a cabo una tarea en estas esferas, y esto también vale para la tierra, siguen viviendo debajo de su propio estado, porque en caso de poseer una sintonización más elevada, ya no volverían. Solo harán la transición después de haber cumplido su tarea.

Es decir: todos los seres, toda vida que vive en la tierra y llega allí, vive debajo de la séptima esfera; de lo contrario no les sería posible trabajar aquí. Pues bien, mi maestro dirige en todas estas regiones, y también en la tierra. Cuando haga la transición a las regiones mentales, otro espíritu continuará su trabajo y ya no podrá volver, porque espíritu y alma se separarán.

Los ángeles, pues, que viven en las regiones mentales han despertado cósmicamente. Son ángeles con sintonización cósmica. Los que a su vez viven en la cuarta, quinta, sexta y séptima esfera son ángeles con sintonización espiritual. Esta sintonización no se puede comparar con una mentalidad cósmica, que poseen allí. Mi sintonización es la quinta esfera, y por tanto no una esfera angelical, aunque todos los que viven allí son niños en el espíritu. Niños que aman espiritualmente. Estamos todavía lejos de los que pueden llamarse ángeles. ¿También esto te queda claro?

Así que son niños de las esferas. Seres con sintonización espiritual. Si todo esto te queda claro, entenderás que al pensar una madre que su hijo es un ángel, no entiende la sintonización.

—¿Persiste el contacto entre madre e hijo?

—Eso también te lo he aclarado y confirmado antes. Esta conexión se mantiene porque los padres la quieren ellos mismos, porque la establecieron ellos mismos. Pero en ellos recae la gran tarea de querer sintonizarse con su hijo si quieren estar conectados al llegar aquí.

—Es la triste verdad, Alcar.

—Muy cierto, hijo mío. No vuelven a ver a sus pequeños aunque lleguen a este lado. Es una ley espiritual que determina que los padres tienen que sintonizarse y esas leyes solo dejarán de existir cuando posean esta fuerza de amor. Mira, allí está la Tierra Estival.

André vio como volvía a aparecer una poderosa luz. Era la de la cuarta esfera.

—No permaneceremos aquí porque conoces esta sintonización; continuaremos con prisa hasta haber alcanzado la esfera angelical, donde nos detendremos.

Alcar se desplazó en un fogonazo.

—Mira, allí frente a ti, una esfera angelical con sintonización espiritual. Aquí viven los pequeños en el sosiego del espíritu.

André vio una tierra preciosa. Donde había estado hasta ahora no había

percibido aún algo tan bello. La naturaleza se podía llamar divina. No podría encontrar palabras para representarla. Qué sosiego reinaba allí. El cielo estaba envuelto en una emanación plateada, en la que se reflejaba la naturaleza. Todo se reflejaba en el firmamento plateado. Era una imagen imponente para un humano terrenal. No era más que felicidad para él. Cómo serían las esferas todavía más elevadas, si aquí ya era un paraíso. Todo era divino. Los pequeños vivían en belleza celestial. Alrededor: flores, rodeadas de vida joven que la naturaleza desplegaba en pleno esplendor. Era una sinfonía de colores. Nada más que vida, en todo estaba su felicidad.

Alrededor había asientos para descansar, rodeados por flores, donde podían permanecer los pequeños. Estaban muy a lo lejos, con sus madres (espirituales). Por todos lados los veía caminando y en todo residía la felicidad, el estado interior del ser. Serían bellos, puros e inmaculados. No podía creérselo a sí mismo: allí estaban los niños de la tierra. Oh, si una madre entristecida pudiera estar aquí tan solo un momento, entonces olvidaría su congoja. Veía hermosos templos, construidos con mármol blanco como la nieve. Aquí vivían como hijos de reyes. También sentía que ningún hijo de reyes de la tierra poseería esta felicidad. La felicidad en la tierra no se podía comparar con esto.

—¿No podemos acercarnos más, Alcar? Tal vez entonces pueda verlos mejor.

—No, André, no es posible. No podemos acercarnos, perturbaríamos su tranquilidad.

André entendió. ¿Por qué no estaba contento? Claro que Alcar podría conectarse, pero no lo hacía por él. No había llegado todavía al punto de poder hacerse uno. Pero lo hacía feliz que se le concediera echar un vistazo a esta esfera tan bella.

—Ven aquí, André, sentémonos.

Estaban sentados juntos en un mar de belleza. No respiraba más que felicidad, felicidad inmaculada y pura, la felicidad de un niño de las esferas. Le parecía delicioso y lo hizo sentir interiormente reconfortado.

—¡Cuánta felicidad tiene Dios para todos Sus hijos, Alcar!

—Hay felicidad celestial para todo ser, pero el ser humano destruye su vida eterna en una breve existencia terrenal. Que te sea concedido respirar esto te reforzará las fuerzas de tu alma. Sin embargo, todavía no estamos conectados con un espíritu sagrado como pensaban ser en la tierra. Sabes dónde hemos estado. Pero prefiero estar aquí que entre aquellos donde descendió el espíritu santo. Ahora entenderás que no se pueden llevar niños espirituales a la tierra para que los eduque un ser humano material. No lo habría vuelto a mencionar si no fuera tan profundamente triste. Todo lo que vive en la tierra es demasiado basto para este estado. Los que viven aquí no pueden

manifestarse en la tierra. No es posible. ¿Acaso no son demasiado bastos los humanos terrenales para estos pequeños? ¿No tenemos que permanecer lejos de ellos también nosotros? Solo un clarividente imaginario transmitirá esta falsedad; otros pensarán que todo es demasiado sagrado y sentirán respeto ante esta verdad. Si algún día él también llega aquí, solo entonces sabrá cuánto mancilló la vida.

Ahora quiero hablar de las madres que quedan atrás en pena y dolor. Los pequeños viven en felicidad, los padres en pena y dolor. Para los pequeños es glorioso, como para cualquier otro ser, poder dejar la tierra pronto. Poder morir joven allí tiene significado en el espíritu. Es la intención de Dios y el humano en la tierra tiene que aceptar todo eso. Ninguna pertenencia en la tierra es pertenencia. Es la intención de Dios que el hombre sepa esto y viva de acuerdo a ello. Pero el ser humano no quiere renunciar a todo lo que piensa poseer y sobre todo no cuando tiene que echar en falta un ser querido. Entonces está en pena y dolor, mientras que ellos viven en felicidad celestial. Saber esto y actuar de acuerdo a ello, en plena entrega, es la voluntad de Dios, solo entonces el ser humano vive de verdad. Pero qué poco se entiende de eso en la tierra. Cuando lo acepten, ningún sufrimiento será sufrimiento. Por eso sabemos y sentimos que no poseen amor immaculado. Dios llama a todos Sus hijos a que se reúnan con Él y eso sucede en Su momento, que ningún ser puede cambiar ni cambiará. Aquí viven en felicidad celestial y por su ignorancia se les molesta en su felicidad. Su pena y dolor penetra a través de todas las regiones, llegando hasta aquellos que sienten el sosiego del espíritu. Cuando las personas acepten todo esto, vivirán y se entenderá la vida en la tierra. Ponen todo en manos de Dios porque saben que sus pequeños viven como hijos de reyes, por lo que también ellos serán felices. Llegará el día en que se les acercarán sus seres queridos; los esperarán en belleza de esferas, en felicidad y en amor. Entonces estarán eternamente reunidos, si poseen amor y tienen sintonización con ellos. Cuando hayan despertado en la tierra, vivirán como también vivimos todos nosotros, lo que es la intención de Dios. Ese es el desarrollo de la humanidad en la tierra, entonces el ser humano está vivo y posee otra mentalidad.

Pero conocemos los estados en la tierra. ¿No choca todo con las leyes sagradas de Dios? ¿Entienden el gran acontecimiento en la materia? ¿Es la intención de Dios que se mancille esto sagrado? ¿No te he aclarado que ocurre de forma apasionada? La madre queda destrozada cuando pierde a su hijo, pero no pueden apropiarse de nada, absolutamente nada. Las iglesias prescriben leyes que dicen que cuantos más niños nazcan, recibirán felicidad. Y no importa de qué manera ocurra esto, basta con que solo se entreguen. Cómo se multiplica, en eso no se piensa. Si ocurre en pasión y violencia, eso no se pregunta. Y cuando Dios les quita sus pertenencias, los corazones maternos

se rompen. ¿Qué moralidad es esa? No son más que estados materiales, que carecen de significado en el espíritu. ¿Qué sentido tiene y para qué sirve multiplicar de esta manera? Cuando los sentimientos son materiales, ¿puede desarrollarse entonces el germen espiritual? ¿Puede un estado material, que no es sabiduría en el espíritu, hacer que despierte el germen, que crezca y florezca incluso, cuando la concepción ocurre en pasión? ¿Es posible? ¿Sientes, hijo mío, lo que quiero decir?

Quiero aclararte que todo es terrenal y que ellos, por vivir lo espiritual de manera material, también serán destruidos por la materia. Ninguno de estos estados hace que la vida esté en armonía con Dios. Ninguno de estos padres verá la luz que cosecha un sembrador de la luz. Los que vivan este acontecimiento sagrado de manera terrenal vivirán, por ser materiales, en pena y dolor, porque están en rebelión contra Dios.

“Pero entonces, ¿qué?”, pregunta el ser humano, “¿cuál es el propósito de todo esto?”.

El propósito de todo esto es vivir como vive todo lo natural y entonces la vida florecerá en felicidad, en belleza, y todo significará sabiduría. Cuando las personas son una en amor, sobre esa unión no descansará nada más que bendición. Entonces siguen el camino como es la intención de Dios. Si le piden a Dios sabiduría, fuerza y amor para el ser que se les dará, todo será bendición para ellos y para la tierra, porque sobre su vida descansará la bendición de Dios. El niño estará bendecido por su deseo, porque su ser uno ocurrió en amor, por lo que la joven vida crecerá, incluso más adelante dará calor a otros. Entonces habrá felicidad en la tierra, porque las personas sabrán que la vida es eterna. Su posesión, nacida en amor, dará amor, por lo que la mentalidad de la tierra irá cambiando. Entonces ya no habrá guerra, porque cada ser entenderá la vida terrenal, porque los padres se habrán unido espiritualmente. La vida será perfecta por amor. La gente vive en la tierra con el sagrado propósito de cumplir una tarea allí, por lo que vale la pena vivir la vida.

Por eso les exclamo a los padres: seres humanos, recen para que Dios bendiga sus posesiones, para que deponga en la joven vida Sus fuerzas sagradas, que es sabiduría y amor, por lo que su vida tendrá valor, por lo que ustedes ganarán en fuerzas espirituales y por lo que algún día Él les dará de este lado felicidad eterna, ¡para siempre! Solo entonces se habrá establecido una conexión con un propósito sagrado, en este caso el matrimonio no significará más que amor. Entonces la vida en la tierra ya no será un tormento, ya no será pena ni dolor, sino solamente felicidad. Entonces se entenderá lo sagrado de este acontecimiento y despertarán las madres, porque estarán conectadas en el espíritu. Entonces ya no habrá matanza, porque el hombre vivirá.

Entonces las personas ya no preguntarán “para qué” y “por qué”, sino que

depondrán todo en las manos de Dios, porque sabrán. Entonces su vida no será un torbellino, sino un camino recto que irá subiendo hacia las regiones elevadas, hacia Dios. Su transición en la tierra será el viaje hacia un país eterno, y envidiarán a otros que hicieron la transición antes. Entonces no habrá pena ni dolor, porque sabrán que se volverán a ver de este lado. La muerte no amargarán su vida, la muerte ya no será morir, sino la vida. Entonces todo será diferente y se conocerá en la tierra un Dios de amor. Entonces cargarán la cruz que Dios les ha dado a cargar. Ahora lloran como niños pequeños cuando tienen que perder sus posesiones. Entonces, para ellos ¿su amor no es la posesión del niño? Tendrán que seguir nuestro camino, porque es el camino de Dios que han seguido todos los que viven de este lado y en los cielos más elevados.

Y luego esto, hijo mío: cuando un niño, o cualquier otro ser, deja la tierra, la transición tiene un significado. Pero en la tierra no se pueden sondear estos estados. Las transiciones tempranas en el espíritu significan que la vida ha vivido la concienciación en la materia. Los que viven esto tendrán que entregar todo. Es la voluntad de Dios. De este lado conocemos la sintonización de la vida que vive en la tierra. Sabemos con qué propósito la vida visita la tierra. Aquí sabemos por qué el niño, antes de nacer, iba a dejar la tierra. Sabemos y conocemos ambos estados, porque los maestros poseen esta sintonización cósmica. Todo esto es la reencarnación.

—¿Acepta esta ley, Alcar?

—Claro que sí. Significa el ciclo del alma. Luego seguiremos las leyes psíquicas y conocerás también estos estados. Pero después te digo más al respecto.

¿Ahora te queda claro que, cuando el ser humano deja la tierra pronto, es la voluntad de Dios? ¿Que se les dio a los padres temporalmente esta felicidad en la materia? ¿Y que el ser humano se desarrollará espiritualmente precisamente en la materia? ¿No es sencillo todo?

—Una madre, Alcar, como ya me aclaró usted en la tierra, no vivirá junto con su hijo si hacen la transición juntos, pero ¿eso es cierto para todos?

—Desgraciadamente sí, para todos los seres. La madre que desde la tierra entra a la tercera esfera verá pronto a su pequeño. Aunque ser uno, no, eso no es posible. No se aceptará en la tierra, pero es la verdad. Te lo aclararé aún más.

La madre entra donde tiene su sintonización. Eso está claro, ¿no es así? Sabemos que desde la tierra ninguna vida puede entrar a la primera esfera espiritual, que es la cuarta esfera. Ahora hace la transición la madre con su hijo. El ser espiritual entra aquí, la madre allí donde encuentre sintonización. Así que esta vive bajo ese estado, aunque puede, cuando haya llegado a ese punto, visitar a su pequeño. No olvides que muchas madres han rebasado lo

animal. Llevan una joven vida y ni siquiera saben quién es el padre del niño. Así hay miles de estados diferentes, en los que la madre es basta material y no puede visitar una esfera espiritual. Te pregunto: ¿nació en amor un niño así? ¿Era todo amor? ¿Se sintonizó la madre con el niño? ¿No sería todo terrenal y Dios un ser lastimoso? Su creación no era omnipoder, no era fuerza que conduciría al ser humano y todos los demás planetas. ¿Qué era Dios? Como lo es el mismo ser humano, material. ¿Puede ser? No, mil veces no.

—¿Sintoniza la madre con el ser que posee la luz del padre, Alcar?

—La madre, André, vive en un estado inconsciente y es una muerta en vida.

—¿Cuántas madres llegan aquí en ese estado infeliz?

—Miles, hijo mío, y una de cada mil volverá a ver a su pequeño. Ellas mismas lo quieren, porque viven materialmente, porque lo más sagrado que se las ha dado fue mancillado. ¿Y acaso podrían entonces estar juntos estos seres? ¿Podría soportar de este lado ese amor, ese amor inmaculado y sagrado, esa luz, esa dorada luz inmaculada? No, mil veces no. Dios ha regulado todo, no castiga a ningún hijo, sino que es el hijo quien se castiga a sí mismo.

—Todo es terrible, Alcar.

—Pero no olvides que el ser humano tiene todo esto en sus manos, él mismo posee luz, así como profundas tinieblas.

—Dijo que las transiciones tempranas significan reencarnación; ¿se sabe al entrar aquí algo de eso?

—No, ningún ser sabe nada al respecto. Ya te dije que solo lo pueden saber los que hayan despertado cósmicamente. Solo los que vivan en las regiones mentales saben intuir y entender la reencarnación. La vida llega a la tierra en estado inconsciente y vuelve de allí, consciente solo de esa vida.

—¿Se sabe aquí de dónde hace la transición la vida en la tierra? ¿Y cómo ocurre?

—No, tampoco eso nos es conocido.

—¿Sabe usted cuántas veces visitará el ser humano la tierra?

—Sí, lo sabemos. La vida volverá a la tierra hasta que sienta espiritualmente, aunque esa sintonización sea material. En cuanto llegue a ese estado, ya no tiene que aprender nada más allí. ¿Te queda claro?

—Sí, Alcar, lo entiendo todo. ¿Es posible que un ser humano se hunda por debajo de su nivel espiritual?

—Continúa así, André, es una muy bella pregunta. No, no es posible, ni aunque en la tierra se le diera la posibilidad de hacerlo. Para aclararte que no es posible, te contaré algo que muestra esta imposibilidad, incluso cuando el ser humano se encuentre en estado inconsciente. Estuve presente, así que hablo por experiencia propia. Cuando en la tierra proseguí mi camino para conocer los estados terrenales, viví este estado. Un hipnotizador me llevó

su sujeto, era una joven de veinte años, en un estado de trance, haciéndola ejecutar varias acciones. Ella cumplía con sus deseos, actuando por lo tanto según y por medio de la voluntad de él. De repente le ordenó desvestirse. ¿Y qué ocurrió? Se negó con decisión. Su poder sobre ella había sido roto por la fuerza de su sintonización espiritual; así que su personalidad la salvó, lo que se manifestó en su negativa. En su estado inconsciente rehusó con decisión lo que tampoco haría conscientemente. Así que queda claro que, aunque el ser humano se encuentre en un estado inconsciente no puede descender más, porque posee las fuerzas necesarias, sin conocerse a sí mismo. El ser humano no tiene conciencia de eso. Así que te quedará claro que, si el sujeto no poseyera esas fuerzas interiores, habría cumplido su deseo. Así residen en el ser humano en estado inconsciente muchas otras fuerzas, así como otros estados vitales de los que no tiene conciencia, pero que son todos estados vitales que se han vivido, por los cuales ha entrado a esta fuerza de los sentimientos. Los parapsicólogos de la tierra analizarán todos estos estados y para ellos todo es el subconsciente, bajo el que catalogan los fenómenos espiritistas que de nuestro lado se han ofrecido a la tierra. Llegará el día en que esa joven ciencia florecerá, cuando acepte la hipótesis espiritista. Es una ciencia que encuentra sintonización con la verdad eterna, aunque mientras no puedan intuir esta sintonización por desechar esa única posibilidad, será solo sondear grandes profundidades cuya sintonización no poseen. Si no aceptan la vida eterna, la ciencia es y seguirá siendo terrenal, lo que significa la vida que vive en la materia. El acceso a esta reserva cósmica solo es posible aceptando la opción espiritista. Solo así se les conecta con la vida. ¿Eso también te queda claro, André?

—Sí, Alcar. ¿Es posible, Alcar, llegar a ese estado espiritual de este lado? ¿O hay que volver a la tierra para obtener ese grado?

—Puedo contestar tu primera pregunta de la siguiente manera: solo los que de este lado poseen una sintonización material pueden seguir desarrollándose aquí para entrar a la primera esfera existencial espiritual. Han llegado a la sintonización material, lo que significa la transición en el espíritu. Tu segunda pregunta es más difícil, aunque intentaré aclararte también lo útil que es volver al cuerpo material. La tierra es un estado material, el ser humano un ser divino que sin embargo se encuentra en un estado basto material, diría incluso que preanimal. Hemos vivido estas sintonizaciones en las esferas oscuras. Allí viven esos seres, como en la tierra. ¿Cómo podría un ser animal intuir una vida espiritual? ¿No hace falta para poder vivirlo un estado existencial? ¿Y es posible esto en el espíritu, mientras que este haya vuelto a su vida espiritual? ¿No está en la materia la vida animal que haya que vivir, si es posible? Más aún, ¿el alimento para poder saciarse en la materia? ¿No es la vida material para desarrollarse? ¿No es esta la pelota de juego del niño?

¿Se puede encontrar alimento animal en las esferas de luz? ¿No es la vida material el traje, la ropa para protegerse del frío? ¿No es el aliento para poder vivir? Podría seguir así, hijo mío, para mostrarte que volver en la materia es una gran gracia para la vida que se encuentre en estos estados. Para entrar desde lo animal a lo material, para eso sirve la vida en la tierra; entonces la reencarnación es útil. De este lado el ser humano podrá asimilar la entrada desde la vida material a la espiritual porque ya no le queda nada por aprender en la tierra. ¿Para qué sirve el planeta tierra? ¿Qué lugar ocupa en el universo? ¿Para qué sirve la creación de Dios? ¿Entiendes el propósito de poder estar allá? ¿Para qué el dicho: la vida vale la pena vivirla? ¿Y es una falsedad? ¿No es el desarrollo del individuo? Poder vivir cada estado vital en la materia es conocimiento espiritual, aunque encuentre su sintonización con ella. Y la materia, ¿acaso no es la creación de Dios? ¿No sirve la materia para llegar al trabajo espiritual? ¿No es para llegar a conocer la vida? En la tierra, el ser humano se encuentra en la práctica de la vida. Aquí, la vida es una sola en pensamientos. En la práctica se vive todo lo que se piensa en el espíritu. Para eso el ser humano posee un cuerpo material, y el cuerpo de los sentimientos es uno en la materia. Por eso, hijo mío, la materia es el medio, la tierra la posibilidad para desarrollarse rápido en el espíritu. Hasta que la vida posea su propio estado. ¿Sientes cómo es, André? Son los sentimientos acerca de la reencarnación. Por eso digo: sean felices de que sea posible, porque es útil para todo lo que vive. Así que a tu primera pregunta contesto que no volverán los que hayan alcanzado la concienciación espiritual. En otras palabras, han completado el ciclo en la tierra y siguen de este lado en el espíritu, porque ya no les queda nada que aprender en la tierra. Contesto tu segunda pregunta diciendo que el ser humano visitará la tierra hasta que desde lo animal entre a lo espiritual. ¿Te queda claro todo, André?

—Siento que tiene que ser así, Alcar, le entiendo por completo. ¿También es dirección cuando el ser humano visita la tierra y la razón por la que lo hace?

—Eso también es dirección, hijo mío. La dirección sagrada de Dios. La vida llega allí con un propósito fijo. Los maestros conocen estos estados y saben dónde se encuentra la vida en la tierra, en qué estado está allí, qué vida se vivirá. Te contaré una imagen muy clara que te permitirá comprender aún mejor lo bella que es la reencarnación para la vida a la que se le concede visitar la tierra: nace una niña. Un fenómeno muy normal, no es así, pero esta vida está en la tierra para vivir algo. No sabemos cuándo, pero llegará el día para volver a esta vida y seguir el camino hacia la perfección. Esa niña crece hasta llegar a la edad de mujer. Le gustan los niños, pero se le quita la posibilidad, sigue soltera. Sigue anhelando esta gran posesión, pero no vivirá este acontecimiento divino. Llegada a vieja en la tierra hace la transición a este mundo.

Allí se le cumple el deseo de estar con niños y poder cuidarlos. De este lado se le concedió cuidar a niños espirituales. Vivía allí entre la tercera y cuarta esfera. Justo después de su transición le era una gran felicidad, aunque siguió anhelando aquello que en la tierra habría significado para ella lo más bello y lo más sagrado. Así siguió viviendo, anhelando la maternidad. Aquí luchaba contra su deseo. Y es que es imposible vivirlo de este lado, ¿no es así? Finalmente ya no puede más, se encierra y sigue viviendo en deseo y soledad. ¿Qué le sucede? Su desarrollo espiritual se detiene, ha llegado al punto muerto. Su lucha es ardua, su deseo por esta posesión cada vez más intenso. Entonces se manifiesta una poderosa ley que no conocemos. Vuelve a la tierra para ser madre. En esa vida, pues, se convierte en madre. Pero cómo y dónde se encuentra y cómo será esa vida, lo desconocemos, lo saben solo los que, como ya te aclaré, poseen esta sabiduría cósmica. Esa sagrada gracia, hijo mío, se vive en la materia. Para este fin vivió en la tierra. ¿No es imponente? ¿Podría haberse convertido en madre de este lado? Por eso, André: el ser humano vive todo en el cuerpo material, en la tierra, para eso está la materia, el planeta tierra. ¿Puede ser más claro? Pues bien, cuando se hayan vivido todos los sentimientos materiales, el ser humano vuelve a esta vida y sigue de este lado. Pero primero ella vivirá unos sentimientos, porque antes, sus sentimientos residían en la concentración, ya no era consciente de una vida espiritual, para vivir precisamente esa cosa. Así hay miles de estados, fuerzas de los sentimientos que el ser humano debe y puede vivir, y vivirá, en la tierra.

Y vivirán todo en estado inconsciente. De este lado, cuando hayamos llegado a esa sintonización, solo entonces podremos admirar nuestra propia película vital. Pero solo cuando hayamos entrado a las regiones mentales. Solo cuando seamos hermanas y hermanos, cuando al amor de madre haga la transición al amor universal.

Luego otra imagen: un ser humano tiene posesiones en la tierra. Es feliz, pues posee mucho. La riqueza en la tierra es la felicidad para muchos. Pero una persona que sentía espiritualmente, le dijo al rico: “Me sirven de más mis leyes espirituales, mis tesoros espirituales valen más que todas sus posesiones”. Y estas posesiones, las que me importan, han llevado al ser humano, por poseer mucha materia, al punto en que pueda distanciarse de todo lo que pertenece a la tierra. Posee la felicidad en el espíritu y es pobre en materia. Son dos estados diferentes de sintonización espiritual. Ambos viven en la tierra. Unos no entienden que otros no anhelan la riqueza. Otros más asesinan para poder poseer materia y riqueza. Y estos estados los vemos miles de veces. Ahora el meollo de todos estos estados: el ser espiritual tiene que haber vivido en un estado para poder distanciarse entonces, en la vida en la que se encuentre, de toda esta riqueza, para saber que no lo hará feliz, sino que solo le causará preocupaciones, por lo que no lo quiere. Debe saber lo

que significa poseer mucha materia en la tierra. Solo puede saberlo porque lo ha vivido alguna vez en todos sus estados. Y es que, aparte de la tierra, no se conocen otros planetas de los que el ser humano sepa que ha vivido allí. Así que debe haber sido la tierra donde esa vida se ha apropiado de estas fuerzas. Para el ser humano basto material, otro mundo existencial no es posible en los pensamientos. Así que el que posea esa conciencia, habiendo entrado en esta fuerza de los sentimientos, debe haber llegado en un estado existencial a ese punto y encontrarse en la tierra con un propósito elevado, lo que a su vez son otros estados. Así, avanzando, el ser humano aprenderá en la tierra todo, teniendo al mismo tiempo que deponer lo que quiera poseer en otro estado. Lo que el ser humano asesina en un estado, lo depone y lo remedia en otra vida terrenal. Así podría aclarar miles de diferentes estados existenciales, con los que puedo demostrar que todo lo que el ser humano aprende y aún aprenderá se ha aprendido en la tierra.

Aquí residen varias sintonizaciones de amor, estados de los sentimientos, como ya dije, para entrar desde el preanimal, el animal y el basto material en el material y para alcanzar de este lado, o ya en la tierra, la sintonización espiritual. Y todo, André, significa el ciclo del Alma, para alcanzar lo divino desde lo animal. Así que todo sirve para desarrollar el cuerpo eterno, que es el cuerpo espiritual.

—Todo es tan profundo para el entendimiento humano, Alcar, para poder intuir esto. Si le he entendido bien, la reencarnación es la separación en el espíritu. ¿Es así?

—Es una separación, aunque imposible en el espíritu. Cuando somos uno, ya no hay separación, sino que el ser uno es unión, sin importar donde se encuentre la otra vida. El ser humano que vive en este estado posee y tiene sintonización con el amor universal. Entonces, ya no es posible una separación. Entonces somos uno en todo, con todas nuestras hermanas y hermanos. En ese estado, el ser humano ha depuesto todos sus estados de los sentimientos anteriores, viviendo en esta sintonización elevada. En ella, todo se disuelve, incluso el amor de padre y de madre, entonces el ser humano conoce un solo amor: el amor universal. Entonces somos hermanas y hermanos. Todos los estados de los sentimientos terrenales se han depuesto y somos uno en todo. ¿Te queda claro? Así que no es posible una separación. Pero todo esto es solo para los que posean esta sintonización. Solo cuando el ser humano haya depuesto todos los estados de los sentimientos materiales, cuando el ser humano quiera empezar a vivir como debe hacerlo, también su vida en la tierra será diferente.

—Qué apoyo sería para los seres humanos, Alcar, si supieran todo esto.

—Lo sabrán todo, se lo estoy anunciando a través de ti. Quiero convencer a las madres de que volverán a ver a sus pequeños, en radiante belleza y que

vivirán eternamente en amor y gloria.

Ven, André, sigamos.

La quinta esfera

—Mejor que mires una última vez a los pequeños, por ahora no volveremos aquí. Aunque llegará el día en que los vuelvas a ver, pero entonces los visitaremos con otro propósito. Aquí conviven pobres y ricos, príncipes y princesas, en el espíritu están todos conectados. Son uno en todo.

André miró una vez más toda esta belleza. Ya le gustaría quedarse aquí. Todo era imponente. Los angelitos que vivían aquí eran etéreos. Aun así eran fuertes, como era su vida natural. Tener que separarse de ellos le era difícil. Era como un paraíso.

—Y ahora sigamos, André, hacia la quinta esfera.

Siguieron planeando durante mucho tiempo. André pensaba en todo lo que había vuelto a recibir. Cuánta sabiduría le había dado Alcar. Oh, estaba tan agradecido. Ambos estaban inmersos en pensamientos. Sintió que se le hacía el silencio por dentro. Y su líder espiritual también estaba absorto en pensamientos. Algo incidía en él para que estuviera tan callado. ¿A dónde lo llevaría Alcar ahora? Siguieron avanzando más y más, siempre hacia arriba, y Alcar seguía sin decirle nada. ‘Qué extraño’, pensó. No había ocurrido nunca antes. Alcar siempre le contaba todo cuando avanzaban y habían dejado un estado. No se atrevió a preguntarle nada a Alcar, aunque sintió que algo pasaba. Nunca Alcar había estado tan callado. ¿En cuántos lugares no había estado hasta ahora? Primero en la tierra, donde había vivido muchos estados, terribles todos. Luego las tinieblas. Ay, no quería pensar en cuánto estaban ahora alejados de él. También pensó en los muertos en vida. Era maravilloso. ¿Quién lo habría ayudado allí? ¿De dónde le salió tan de repente esa sabiduría? Le era un misterio. Mientras hablaba veía desfilas ante él todos esos países. Era como si él mismo hubiera vivido allí, era tan sencillo para él. Qué extraño que no lo hubiera pensado antes. Porque había que ver lo curioso que era cómo se resolvía todo allí. Alcar lo había hecho vivir estados asombrosos. Después al valle de dolor; no, no quería pensar en eso, eran estados terribles. Qué poderoso era todo, y aun así tan sencillo. Como se lo aclaraba Alcar, entendía los problemas más hondos. Entonces ya no había problemas, porque todo estaba vivo y era verdad.

Y ahora iba hacia su propia esfera, allí donde vivía. Qué grande era su líder espiritual. Lo llamaba su hermano. Él era amor, nada más que amor. Le llamaba la atención que ya habían llegado lejos. Alcar seguía sin decirle nada. ¿Pasaba algo? ¿Había hecho algo malo? Pero qué extraño. Reflexionó,

pero no era consciente de nada malo. ¿Había algo que molestara a Alcar? No podía imaginarse este repentino cambio. André miró a su líder espiritual y desvió de inmediato su mirada. Alcar miró hacia arriba, como si ya estuviera en su propia esfera, intentando conectarse con fuerzas invisibles. Se hizo un silencio aún más grande. Qué sosiego sentía aquí.

De repente —se sobresaltó enormemente— el cielo se desgarró y una potente luz dorada atravesó el velo y los iluminó. André no se atrevió a seguir. La luz lo detenía. ¿Qué sentimiento lo estaba deteniendo? Le era imposible seguir. Era como si se le quemara el alma. Se arrodilló, inclinó mucho la cabeza y rezó con fervor a Dios por fuerza para que le fuera concedido soportar esa luz dorada. No sabía cuánto tiempo había rezado, pero sentía que se le ponía una mano en la cabeza, por lo que le entró una potente corriente que lo reforzó. Claramente oyó hablar a su líder espiritual:

—Ven, André, nos es concedido seguir. Se ha escuchado tu oración. Yo también recé, ya desde la esfera de los niños, para que Dios te permitiera entrar aquí. Es mi propia sintonización. Hasta aquí llegan mis fuerzas, hijo mío, ya no puedo apoyarte. Tienes que suplicarle a una fuerza superior para poder entrar aquí. Dios ha escuchado tu oración porque tú mismo lo quisiste. Yo no pude cambiar nada al respecto. Tenías que quererlo con todo el amor que hay en ti. Aquí no puedo conectarme, porque mis poderes se terminan. Ningún ser puede subir más allá de las fuerzas que posea interiormente. Te quedará más claro aún que de este lado no se puede actuar por encima de la propia sintonización. Tu oración te mantuvo firme. Te sintonizaste conmigo, pidiéndole fuerza y ayuda a Dios; de lo contrario, habríamos tenido que volver. Ya ves lo poderoso que es el amor. Por eso recé, para apoyarte y para que Dios te diera esta gracia.

Y ahora: a mi vivienda espiritual. Me conocerás, sabrás quién soy, lo que fui en la tierra y por qué estamos juntos.

Y en un fogonazo habían llegado a la quinta esfera. Esto superaba todo lo que había visto hasta ahora. Lo que contemplaba era imposible de describir. Era imposible tratarlo en lengua material. Esto había que poder sentirlo, procesarlo interiormente, suplicar por que Dios depositara la fuerza necesaria en el ser humano, de lo contrario no se podía comprender, tan bello era todo, tan sagrada esta esfera. Todo estaba envuelto en una emanación dorada. ¿Dónde estaba? En la sintonización de Alcar, en su estado. Todo lo que veía era celestial. ¿Cuánto había avanzado su líder espiritual en el camino espiritual? Tanta felicidad, tanto amor. Todo irradiaba oro, la vida espiritual y pureza. Caminaban por un paisaje hermoso, rodeado por un mar de flores. Oía el canto de toda la vida. Muy dentro de su alma algo vibraba de felicidad sagrada y grande, era la voz de la vida. En verdad, aquí todo vivía. La vida daba gritos de júbilo, era un canto alegre que se oía a gran distancia. Veía

tonos indescriptibles. Flores como nunca las había visto en la tierra. Eran especies extrañas y todas irradiaban luz. Oía un canto suave e inmaculado, la vida respiraba, los que oía eran sonidos del alma. ¿Qué tan alejado estaba el hombre de la tierra de la vida de Dios?

¿Por qué se había merecido esto, como ser humano terrenal? Poder vivir esto era una gracia divina. Él era el bendecido. Solo ahora se estaba dando cuenta de lo grande que era su don, lo sagrado que era poder recibir esto en la tierra, como ser humano. Oro espiritual, que estaba dentro de él, que significaba su don de desdoblarse; era imponente poseer esto en la tierra. Era rico, solo aquí lo entendía todo. Cómo agradecerle a Dios esta gran gracia. Podía observar hasta lejos. Templos y edificios hermosos por doquier, erigidos en un estilo particular, desconocido. Era incluso más bello aquí que donde los pequeños en la esfera de los niños. Lo superaba y miró a su líder espiritual para darle las gracias.

—¡Qué sorpresa, Alcar! ¡Qué grande es mi felicidad! ¿A qué debo todo esto?

—Porque quieres trabajar para nosotros, André, y nos sigues en todo. Tu plena entrega me da la fuerza para desarrollarte. Si sigues así, te será concedido vivir estados más bellos aún. Mira, allí en esa montaña, mi vivienda espiritual.

En una alta montaña, André vio la posesión de Alcar. No era una casa, sino un extraño edificio. Era un estado propio, como se sentía la vida a sí misma. Una extraña arquitectura, que no podría representar. Estaba construido en un estado esférico; veía con claridad que el conjunto se apoyaba en pesados cimientos. Lo rodeaba un mar de flores. Estaba hecho de una materia azulada y parecía como si todo el edificio irradiara luz. Veía una luz azulada, que constantemente cambiaba de color, para volver al tono de colores anterior. Eso también le pareció muy extraño. ¿Cómo era posible que un edificio fuera radiante? Todo era curioso. No podía comparar nada con la tierra. Todo era diferente y aun así era natural. Se acercó un poco y constató que la casa de Alcar había sido construida de un mármol azulado. Era una esfera de luz radiante. Era como un pequeño planeta, no podría describirlo con más claridad. Con esta comparación era como más se acercaba a la verdad. Alrededor de todo el entorno de la posesión de Alcar no veía otra cosa que luz y vida. Era fantástico. Oh, si tan solo pudiera encontrar palabras para esto, para poder dar una imagen clara.

Ahora estaba frente a la vivienda de Alcar.

—Entra, hijo mío.

De nuevo sintió que no podía seguir. Y ahora, ¿qué era esto? De repente sintió que lo invadió algo que lo hizo comprender por qué también aquí se le detenía. Se arrodilló por segunda vez y le rezó a Dios por fuerza para

conectarlo con su líder espiritual. Tomó un buen rato. Todo le quedaba claro. Sentía que surgía en su interior la verdad de todo. Antes de que se le abrieran las puertas de la quinta esfera, había tenido que sintonizarse con Alcar, pero ahora entraba en su ser completo. Era casi imposible. Descendería en él. Una vivienda era un ser humano, descendía en su líder espiritual, él, como ser humano terrenal. Se le estaba abriendo un espíritu. No, ¿se le concedía entrar? “Oh, Dios”, rezó, “dame estas fuerzas”; solo Dios podría acogerlo en la vida de Alcar. Su alma era su casa; su casa, eso era Alcar. Se sintió aturdido. Él, como ser humano terrenal, no podía irrumpir así como así en una vivienda espiritual. De nuevo rezó; para esto hacía falta sintonización. Oh, ¡cuánto deseaba entrar en el interior de Alcar! Qué grande era el amor. Todo dependía de él mismo. Alcar lo quería, tenía que pedir a Dios estas fuerzas, para que se le acogiera. Rezó con fervor. ¿No era egoísmo suyo? Entendía que su líder espiritual se estaba abriendo por completo a él. ¿No era amor propio suyo? ¿No era curiosidad? ¿Tenía derecho a ello, como ser humano terrenal? Cuánto estaba separado de esto.

Lo recorrió un sentimiento sagrado; por segunda vez se había escuchado su oración.

Al alzar la mirada encontró los ojos radiantes de su líder espiritual. El alma le ardía como nunca antes.

—Estoy tan feliz, André, de que hayas entendido todo esto. Aunque no tenía miedo ni dudé. Salvarías también este abismo. Se te concedió observar todo en esta esfera, pero la puerta de mi estado se mantuvo cerrada, por más que quisiera dejarte entrar. No habría sido posible si no lo hubieras comprendido. Llegó la ayuda porque tu oración era inmaculada y te acercaste a mí en humildad. También se ha vencido esto porque quieres apoyar a la humanidad en la tierra. En la tierra se puede invitar a quien se quiera, aquí eso no se puede hacer. Aquí habrá que poseer amor para que a uno le sea concedido entrar a la vivienda de otro.

André traspasó el umbral y entró a la vivienda espiritual de Alcar. Avanzó paso a paso. Pisaba tierra bendita aquí. Todo era sagrado. Sus pies pisaban la posesión de un ser más elevado y ese era su Alcar, su hermano, su líder espiritual. La tierra le temblaba debajo de los pies. Era como si planeara, aunque se encontrara en la planta baja. El suelo en el que caminaba era de mármol azulado. Y todo irradiaba luz, todo vivía. Era asombroso. Pero ¿cómo podía la tierra en la que caminaba irradiar luz? Se estremecía a cada paso que avanzaba. La sangre le subió a la cabeza. Y aun así, el piso era duro. Para investigarlo y al mismo tiempo controlar el flujo de sus pensamientos, pisoteó la tierra con todas sus fuerzas. Y en efecto, el piso era duro.

Pero ¿qué era eso? Fue presa de un terrible miedo. Se sintió aturdido, se encontraba perdido. El sonido que había causado con sus pisotones y que se

desplazaba por las esferas era como un dolor que escocía. Hacía eco en toda la vida, de modo que se podía oír en todos los alrededores. Le entraba cada vez más miedo. Lo conmovió hasta lo más profundo de su alma. Por fin se detuvo y también le volvió la tranquilidad. Ay, ¡qué susto se había llevado! Entendió la desgracia que había causado. Lo invadió un profundo sufrimiento. Ay, ¡qué tonto había sido allí! Se avergonzaba por esta violencia. Qué tosco era. Había perturbado el sosiego del espíritu. ¿Cómo podría enmendarlo? ‘Oh, Alcar’, pensó, ‘perdóneme este terrible error’. Estoy pateando su alma; sentí si su alma era dura; ¡ay, Dios mío, perdóneme mis errores, he mancillado la vida espiritual, que se abría a mí en amor! Alcar lo habría sentido. Le había causado sufrimiento y pesar a su líder espiritual sin quererlo. No era dolor material, sino que le había dado en el alma. Solo podía hacerlo el ser humano, él podía, él, un ser terrenal. Le sangraba el corazón, le suplicó a Dios por perdón. Qué tonto, ¡cómo podía olvidarse así por su curiosidad! Alcar le había aclarado todo de antemano. Su casa era su alma; él mismo era su alma. Eso había estado pateando. No, no podría enmendarlo, nunca; había destrozado un lazo, había mancillado el amor grande y sagrado de su líder espiritual. No era todavía suficiente, no, desgarró su alma, había hecho el peor de los males. Se había oído su inquietud en todas partes. ¡Sus acciones, por su curiosidad! Quisiera huir, lejos de aquí. Qué insignificante era. ¿Cuánto tiempo más le tomaría también poseer este amor? Oh, qué sagrado fuego era el amor. Pateaba ese fuego sagrado, esa fuerza de amor inmaculada, la vida, el ser que le era sagrado. Así era la humanidad entera. A Cristo se le crucificó porque no se entendió Su amor. Incluso él lo hacía, aunque no, no lo había querido. Si tan solo lo pudiera volver a enmendar.

Miró detrás de sí para ver qué le tendría que decir su líder espiritual, pero no se atrevió a mirarlo a los ojos. Y aun así tenía que hacerlo. Pero cuando se giró para mirar a su líder espiritual, se asustó enormemente: Alcar no estaba con él. Su líder espiritual no estaba en ninguna parte. ¿Qué significaba esto? Quería rogarle por perdón, pero no era posible. No, no hacía falta. ¿Había hecho sufrir a Alcar? Claro que sí. Ay, ¿qué tendría que hacer? ¿Volver? ¿Salir? Y cuando decidió volver, oyó una voz, que no era la de Alcar, que le dijo:

—Quédate, André. En la tierra, sin quererlo unos seres humanos atormentan a otros hasta lo más profundo de su alma; pero también así aprenderán, cuando entiendan lo ocurrido.

Sí, entendió y había aprendido. ¿Quién era el que le hablaba así? Alcar siempre le hablaba así, y sin embargo no era su líder espiritual, pues reconocería la voz de Alcar entre miles.

Pero en ese mismo instante la voz le volvió a hablar, diciendo:

—Recompensaremos su amor por nuestro trabajo. Escucha, André.

¿El invisible lo conocía?

—Mire a su alrededor —oyó que decía—, le mostraré algunos estados antes de partir. Lo conozco desde hace mucho tiempo, que baste con esto. Su líder espiritual vuelve enseguida. Continúa, André.

Y André continuó. Paso a paso. Su admiración no dejaba de aumentar. En todas partes veía hermosas flores que adornaban el conjunto. Ahora se encontraba en un gran recibidor. Era grandioso. También aquí —casi no se atrevía a mirarlo— el piso era de la misma sustancia que donde había estado hace un rato. El interior estaba iluminado, aunque también le fuera invisible de dónde venía la luz. Todo lo recibía radiante, en todo residía la vida. Nunca se le había concedido observar algo tan bello. Las paredes estaban adornadas y también estas, si quisiera llamarlas así, irradiaban luz. Casi podía atravesarlas con la mirada. Encima de su cabeza veía el techo, que se parecía al universo. No encontraba palabras para describirlo, era el cielo, aquí se sentía uno con el Universo y aun así estaba en la casa de Alcar. ¿Cómo era posible? También en eso podía ver, aunque sin observar nada. Pensó, ‘Qué extraño es todo’. Aquí estaba en la vida del espíritu. En la tierra, no se podía imaginar esto el ser humano. Tampoco él mismo podría si no se le concediera vivirlo. ¿Cómo podía una casa estar viva? ¿Qué milagros se escondían aquí? Reflexionó y sintió lo que significaba todo esto. No quería perturbar por segunda vez la tranquilidad de Alcar ni mucho menos lastimarlo.

El edificio entero descansaba sobre pilares de mármol. En todas partes veía lechos de descanso, rodeados de bellas flores. Eran arriates de flores. Oh, qué exuberancia, qué sagrado era todo en la casa de Alcar, qué grande era su amor. En el centro de esta sala estaba una fuente, una hermosa obra de arte simbólica, que reconocía de la tercera esfera, cuando se desdobló por primera vez. ¿Era posesión de Alcar? Sí, tenía que ser así. La fuente en la tercera esfera representaba sabiduría, fuerza y amor. Alcar era sabiduría, fuerza y nada más que amor. La fuente estaba radiante, como todo lo que veía. ¿Con qué se había construido todo esto? ¡Oh, si tan solo le fuera aclarado! Porque, ¿cómo estaba todo vivo y de dónde provenía esta vida? Era su líder espiritual, pero tenía que reconocer que todo le era demasiado profundo y que no lo entendía. Oyó claramente que le hablaron:

—Esta casa es una vivienda espiritual y se ha edificado con materia, aunque en sustancia espiritual, que extraemos del cosmos. Así que es materia espiritual, un conjunto compacto, que se mantiene por la fuerza de amor del ser que viva en ella. Se alimenta y refuerza solo por amor. Se construyó según los deseos del ser e irradiará según la fuerza que este posea. Por eso todo irradia, todo es vida, porque el ser está vivo y posee este amor. Cuanto más bello nuestro amor, más bella nuestra casa, nuestra posesión, es decir, todo irradiará según la fuerza de amor que poseamos. Así, el ser humano se construye su propia casa y conforme vaya subiendo, también cambiará todo.

Por eso, el ser humano es su propio creador, lo que se realiza por su voluntad y fuerza de los sentimientos. Todo vive, en todo está su propia vida.

Ahora André comprendió incluso mejor por qué todo irradiaba luz. Una vivienda espiritual era una vivienda de fuerza de amor. Todo se había edificado en arte y estilo, como sentía el ser. Entonces, Alcar era un gran artista. Sí, qué grande era su líder espiritual.

Volvió a hablar la voz:

—Cada ser siente de otra manera en el arte, pero en esta esfera poseemos un solo amor y somos uno en todo, será más adelante que entenderás el significado profundo de esto.

Allí André oyó que su acompañante invisible dijo:

—Allí se erige la posesión, la fuerza interior de su líder espiritual. —André estaba frente a la fuente que ya había visto—. Conoce su significado, ¿no es así? Le dice también en dónde se encuentra usted. Es la habitación del amor. Cuando le quiero aclarar una vivienda espiritual, tengo que echar mano de su idioma, de lo contrario no me es posible. Todo es diferente, aunque el significado termina siendo este: como le decía, nos encontramos en la habitación del amor y desde este lugar, el ser empieza a construir su casa. Alrededor de esta habitación del amor hay muchas otras, aunque no depende de mí enseñárselas. Solo le puedo aclarar cómo está edificada una vivienda espiritual, cómo todo está dividido y termina; en otras palabras: hasta que terminen las fuerzas que posee el ser. Sígueme, André.

Ante él, André vio al ser que se le manifestó haciéndose visible a medias. Era una aparición preciosa. Él y todo en el lugar donde se encontraban se iluminaba por la luz que irradiaba. Siguió avanzando más y más. Unas veces a la izquierda, otras a la derecha, erraba y deambulaba por toda la casa de Alcar. Pensó que no terminaría nunca. No podía percibir nada y aun así sentía que seguía estando en la vivienda de Alcar, en su propia vida. La masa se cerraba como un solo conjunto, pero por los rayos de luz veía que sin embargo estaba dividida. Eran partes separadas, pero no podía observar nada más. También las veía en diferentes colores y todo cambiaba continuamente. Era como lo había visto desde lejos. Todo era esférico. La aparición no dejó de avanzar cada vez más y él la siguió pisándole los talones. Ahora podía observar más. Había cada vez más luz, lo que le pareció muy extraño.

De repente lo iluminó una luz dorada: la luz espiritual de la quinta esfera. Estaba en la naturaleza fuera de la casa de Alcar, y entendió lo que significaba una vivienda espiritual. Se le había concedido vivirlo. Nada le quedaba más claro. La casa de Alcar se disolvió. Aquí se encontraba en un estado todavía más etéreo que en la habitación del amor. Allí todo le era visible; aquí se encontraba en partes desconocidas de la casa de su líder espiritual, que solo se le podían aclarar de esta manera. Entendió lo que era la sustancia espiritual

y cómo se conservaba. Era materia viva.

—Mira hacia abajo, André —oyó que le decían. Y de inmediato vio una luz que le lastimaba los ojos, que perforaba la masa y le hacía visible la habitación del amor. ¿Lo veía bien? ¿Era su líder espiritual, al que pensaba estar viendo? La imagen allí en la profundidad se le fue haciendo cada vez más clara. Sí, gritaba de alegría, era su Alcar. ‘Oh, por suerte’, pensó, ‘Alcar no se fue por las cosas terribles que ocurrieron’. Qué lejos estaba de su líder espiritual.

—Ya ve, André, que una vivienda espiritual se disuelve. Esta posesión sube cada vez más hasta que llegue el día en que haya alcanzado la sexta esfera. Así avanza el ser humano, para trabajar en sí mismo, para embellecer sus posesiones. Cada vez más, hasta que haya llegado a la sintonización divina y su estado, su vivienda, su vida, su amor, hagan la transición a lo divino. Ahora mi trabajo ha terminado, lo llevaré de vuelta a su líder espiritual.

André quiso agradecer al ángel invisible, pero los agradecimientos no fueron aceptados.

—No me agradezca a mí —oyó—, todo es porque mi hermano lo quería. Agradézcale esta sabiduría a Dios, hijo mío, y sepa cómo usarla.

Se le llevó de vuelta en un fogonazo. La masa se fue haciendo cada vez más densa, volvió a adoptar formas, hasta que reconoció el vestíbulo en el que estaba la fuente. Había vuelto a la habitación del amor. Allí estaba Alcar. André se acercó corriendo a su líder espiritual y se arrodilló frente a él. Lloró, interiormente conmovido por todo este amor, porque tampoco Alcar quiso saber nada de culpas.

—Ven, mi querido André. Es que no lo sabías. Mírame, André.

André miró a su líder espiritual con los ojos llenos de lágrimas y se asustó. Ahora no por estupor, sino por admiración. Alcar, Alcar, qué bello es usted. Su líder espiritual llevaba una hermosa túnica luminosa. Se había rejuvenecido en una radiante belleza. Nunca antes había visto a su líder espiritual así. Estaba en su entorno, joven como un ángel.

—Ven, hijo mío, siéntate, tengo muchísimas cosas que explicarte y aclararte. No dejes que todo sea miedo y sufrimiento; también esto sucedería, de lo contrario no lo habrías entendido. Yo lo quise, André. ¿Es todo diferente ahora?

André no pudo pronunciar palabra.

—Ahora sabrás lo que es una vivienda espiritual. Tu miedo era mi miedo. Tu sufrimiento era el mío; éramos uno y seguiremos siéndolo. Llamé conmigo a mi líder espiritual, te mostró mi vivienda, yo mismo no podría hacerlo, por más que me gustaría. Para eso hacía falta una fuerza aún más elevada. Todavía no puedo conectarme con esas partes etéreas. Solo cuando también mi estado interior haya cambiado, lo que es el desarrollo de mi amor. En-

tonces todo lo que ahora me sigue siendo invisible también a mí me quedará claro. Así sigo y vuelve a haber partes invisibles, que siempre seguirán allí, hasta que yo, mi casa, y por tanto mi alma, mi ser entero, se disuelva en el Omnígrado. ¿Te queda claro?

—Sí, Alcar, todo. Agradezco a Dios esta gracia divina.

—Ahora te aclararé todos los demás estados. Te guiaba Ubronus. Él también es un espíritu del amor y vive en la sexta esfera. Él también vive en la tierra y se encuentra aquí temporalmente. Esa temporalidad puede durar diez años según el cálculo terrenal. Pero nosotros no conocemos tiempo. Miles de espíritus con él, y todos estamos bajo la competente dirección de Cesarino, que es nuestro maestro. Pero de eso te hablaré más después. Ahora mira la fuente y siéntate, André. Deja que permee en ti el sosiego espiritual; en la tierra te hará falta mucha fuerza para aclararle a la humanidad todo lo que hayas vivido por el desdoblamiento (—dijo).

Ahora vio lo bella que era la fuente. Estaba sobre un hermoso pedestal en una pila en la que nadaban peces de varios colores. Aquí, en la vida después de la muerte, vivía todo lo que se conocía también en la naturaleza en la tierra. El ser humano era uno con la vida de las plantas y los animales. Uno en todo. Alrededor de la fuente crecían hermosas flores. Era imponente este símbolo de amor. André lanzaba un grito de admiración tras otro. Nuevamente, Alcar le estaba mostrando un milagro espiritual.

—Mira aquí, hijo mío, y toma de estas frutas, te fortalecerán. —André vio que en la casa de Alcar todo estaba unido. Aquí estaba en la naturaleza. En todas partes crecían frutas y florecían flores en colores indecibles—. Adelante, André, son para fortalecer al ser humano.

André cortó una fruta. Era increíble, el suave jugo le entraba en la boca. Se parecía a un durazno (melocotón) terrenal, aunque esta fruta no era más que jugo. Se sentía vigoroso, no podía encontrar palabras para describirlo.

—De este lado tenemos todo. ¿Por qué no poseeríamos fruta? Te mostraré incluso más milagros. Una vivienda espiritual es un paraíso por sí solo. El ser humano posee esta sintonización y es uno con la vida que vive en su estado. Aquí todo vive y crece y se alegra en un estado elevado. Mira allí, André.

En ese mismo instante, entraron volando varios pájaros. Solo ahora vio que la casa de Alcar era abierta. Le sorprendió no haberlo percibido antes. Podía mirar hacia los cuatros vientos. Inmediatamente oyó: “Porque no estabas conectado”. Alcar le hablaba en lengua espiritual, porque venían entrando los pájaros. Lo conmovía mucho que los animales se posaran en los brazos, la cabeza y las piernas de Alcar.

—Mis favoritos, André. Saben que he vuelto y vienen a saludarme.

André vio que era amor, nada más que amor. Lo invadió un delicioso sosiego. Fue un momento increíble para él. Los animales le iban cediendo su

lugar a otros para poder saludar a su maestro. Todos cantaban su canción, lo que lo conmovió hasta en lo más profundo del alma. Era celestial. Aquí se daba y recibía amor inmaculado y puro. No sentía ni vivía otra cosa que esta sagrada fuerza, lo que lo puso feliz. Allí vio que entró volando una hermosa ave blanca, que le permitió vivir otro milagro más. El pájaro se posó en la orilla de la fuente, dejando caer algo de alimento de su pico dentro de la pila, de lo que André dedujo que alimentaba los peces. Amor, otra vez amor, lo que se le mostraba. Una vida alimentando a otra. Ninguna fuerza mayor que el amor. Ningún amor más inmaculado que la vida de Dios. Dejó la fuente el pájaro, voló alrededor de ella unas cuantas veces, para posarse con un elegante giro en el hombro de su maestro. Apretó la cabeza contra Alcar, como si quisiera hacerle sentir su amor. Los demás le hicieron espacio y cantaron en coro como si asintieran en todo. André tenía los ojos llenos de lágrimas. No quería mostrarlas, pero no era posible. Todo le era demasiado imponente, como ser humano terrenal.

—Qué amoroso que vengas a saludarnos —oyó que su líder espiritual le dijo al pájaro. Entendió que Alcar ahora iba a rezar; él también inclinó la cabeza en humildad, porque sentía la necesidad de agradecerle a Dios todas estas cosas sagradas.

—Amor sagrado. Cuánto amor hay en alimentar otra vida. Sé que llevas y sientes la vida sagrada de Dios. Aquí eres uno, en sosiego y en paz. Cómo agradecerle al Creador todo lo que se nos ha dado. Cuánto inclinaremos la cabeza por toda Su bondad, que recibimos. En verdad, somos uno con Dios. En amor podemos acercarnos a Dios, sabiendo que se nos dará mucho. Solo en amor. Dios nos dio esta tranquilidad, este saber, estas fuerzas sagradas. Nuestra vida es Suya. También en ti está la fuerza sagrada de Dios, en ti está Su amor, porque llevamos una sola vida, porque somos una sola vida. Vemos a nuestro Padre a través de nuestra propia vida, así lo conocemos, para darnos en amor. Seguiremos tu camino, querida vida. No pides agradecimientos, no pides apoyo; alimentas porque sabes que tienes que ayudar a otros. Siciarás hambre, darás amor. ¿Cómo hace el ser humano que vive en la tierra? Allí donde tengo que trabajar, unas vidas destruyen a otras. Una vida se sacia con la pena y el dolor de otra. ¿Es esa la intención de Dios? Claro que no, Dios tuvo otra intención. Dios unió a las personas en amor, pero el ser humano ha olvidado su sintonización.

Recorrieron otro camino, un camino que los llevó a las tinieblas, de las que se salvaron solo algunos. En la tierra se usa la vida de uno para alimentar al ser humano; sin embargo, la gente no queda contenta con eso, a uno se le atormenta, se le mata de hambre, para luego quitarle los jugos vitales y curar al ser humano. Para eso hace falta la vida sagrada de Dios. Tanto se ha hundido el intelecto. Mancillan la vida sagrada de Dios, lo hacen sin ruborizarse.

Ay, cuántos otros males se cometen en la tierra. No quiero amargar su vida inmaculada contándole de la de ellos. Me encargaré de eso, solo estamos juntos durante poco tiempo. Todo es cruel, no sienten en nada nuestro amor. Todo el amor ha sido asfixiado; solo conocen pasión y violencia. En ellas vive el ser humano, no conoce otra cosa. Pide fuerza conmigo, que Dios me dé fuerza para poder traerlos de vuelta a nuestro camino, que los llevará a la luz. Reza conmigo por fuerza y apoyo, que se me conceda que Dios fortalezca mi voluntad y agrande mi visión, de modo que pueda seguir viendo dentro de su vida para hacer que vean. Pide conmigo por esta gracia, para que yo logre obtener que nuestro amor haga la transición a sus corazones, por lo que llegarán a conocer otra vida. Solo el amor, esta fuerza sagrada, el fuego sagrado, les descongelará el corazón, cambiará su vida, hará que vean. Ahora las personas son ciegas, espiritualmente sordas y ciegas. Desgraciadamente es así. Que Dios me dé la fuerza para poder unir la vida de ellas con Su luz y Su amor. Que Su bendición descansa sobre nuestro trabajo. Ahora ve a buscar a mi hermano, haz que sienta tu amor, lo fortalecerá (—concluyó).

Ocurrió lo milagroso.

El ave se irguió, rodeó la fuente volando y se posó en el hombro de André. Ahora ya no supo controlarse y dejó que sus lágrimas corrieran libremente.

—Vamos, hijo mío, sé fuerte. Recibir amor, amor puro e inmaculado, no significará más que felicidad y fuerza. Aquí, el amor es fuerza, mitigará dolores, convertirá pena y dolor en felicidad sagrada. Acepta todo. Dios vive en todo y aquí se siente Su fuerza. Todo es concentración, André, nada más. Le hablé para hacer que tú me pudieras entender, pero no hace falta. Me sienta y actuará según mis sentimientos. Te quedará claro que podemos conectarnos con todo lo que vive (—dijo).

Lo invadió una sensación cálida y feliz. Era el suave y afectuoso amor del animal. Él también irradiaba amor y vivía en amor.

—Ahora quiero aclararte mi vivienda espiritual. Intenta entenderme, André, es muy difícil. Intentaré expresarlo de manera terrenal, por lo que lo entenderás todo mejor. Ya sabes dónde estamos ahora, es la habitación del amor. Y alrededor hay varias otras habitaciones, cada una de ellas una cualidad de carácter. Son las habitaciones de fe, confianza, sencillez y esperanza, humildad, oración, serenidad y arte, y otras muchas juntas. Y luego hay aquí una habitación en la que puedo ver la vida que viví en la tierra. En ella está todo, no se ha perdido un pensamiento, ni nada. Todo se ha conservado, por eso la llamamos nuestra habitación terrenal. Es la habitación de la verdad. Podrás deambular durante horas y como ya lo viviste antes, no podrás percibir nada. Son por lo tanto todas cualidades de carácter, todas mías. Luego hay en esto otras muchas cualidades, todas habitaciones a su vez, pero que no conozco yo mismo porque aún son invisibles para mí. Y entonces sin duda te quedará

claro que todavía no vivo en esta concienciación. Me falta vivir muchas más cosas, y conforme voy subiendo, todos estos estados se irán haciendo visibles, porque mis sentimientos interiores encontrarán sintonización con ellos.

He pasado mucho tiempo en la habitación de la verdad, para entrar desde allí en la de la oración. Luego en la de la concentración y de la fuerte voluntad, para ponerme en concordancia, es más: para sintonizarme con la habitación del amor, por lo que conseguí la conexión. Y por lo tanto, así avanzo para decorar mi casa, lo que solo es posible si se da amor, para significar algo para otros. Así encontraré sintonización con estados más elevados y llegará el día en que haré la transición a estados incluso más elevados, y entonces mi casa también será más bella, yo mismo poseeré más felicidad y sabiduría, todo, pues, se encontrará en una sintonización incluso más elevada. Hasta que la película de mi vida se haya convertido en oro. No obstante, para eso harán falta todavía miles de años, pero sé que algún día podré entrar a esta felicidad, a ese estado elevado, si continúo mi camino de esta manera. Si siempre sentimos que subir es posible, emplearemos en eso todas nuestras fuerzas, para obtener esta felicidad, lo que es la voluntad sagrada de Dios. Los fundamentos sostienen el conjunto, que es la fuerza de amor de cada ser que vive aquí en la quinta esfera. La habitación del amor está adornada con diferentes cualidades. Ya sea con arte o por otras sintonizaciones que posee el ser humano y que se han desarrollado en una etapa más elevada. Por eso, cada vivienda es diferente, aunque las habitaciones de amor sean una sola. ¿Te queda claro? Así que ningún ser es igual, aunque todos posean un solo amor, y estén conectados por él. También te quedará claro cuando te cuento que algunos seres son más fuertes en el arte que otros, y estos, a su vez, en otros estados están desarrollados en un nivel mucho más elevado que los primeros. Así, algunos dominan la música, otros las artes plásticas, otros más la pintura y así sucesivamente diferentes estados en las artes que dominen. En otro viaje también conocerás estos estados. Así que aquí uno es uno en todo, y también en nuestra vivienda celestial. En la tierra el hombre vive al margen de todo, nosotros somos uno y estamos conectados con todo. Te quedará claro, por haber vivido todo esto ya anteriormente, que un ser espiritual es uno con su vivienda y que sus posesiones irradiarán según el amor que posea. Como te dije, solo te puedo mostrar la habitación del amor y tampoco en ella, o sea aquí donde estamos ahora, puedes observar todo, porque no te es posible poderme sondear en mis fuerzas interiores más profundas. ¿Eso también te queda claro, André?

—Sí, Alcar.

—Perfecto, entonces a seguir. Ubronus te tiró hacia mi sintonización elevada, por lo que recibiste una clara imagen, de lo contrario me habría sido imposible poder aclararte todo esto. Por eso has visto y sentido que una

vivienda espiritual se encuentra en un estado esférico. Las esferas tienen la misma forma que mi casa. Es decir que una esfera es un estado esférico, lo que encuentra a su vez sintonización con el universo; por lo tanto: nuestra casa es como el universo. De modo que una vivienda espiritual es el reflejo del universo. Todas las habitaciones se conectan y se mantienen por la fuerza del amor. Has percibido su división. Así hay en el ser humano miles de estados de los sentimientos, que son cualidades, y de esta manera son el ser humano. Todas estas cualidades se alimentan con la fuerza de amor por la concentración y la fuerte voluntad que estén presentes, que posea el ser. Y a medida que una cualidad se desarrolla, (el ser) estará iluminado y la habitación será visible para el ser que viva en ese estado. ¿Sientes, André, cómo es todo?

—Le entiendo por completo, Alcar.

—Glorioso, entonces sigo. Ahora tengo sintonización con esta esfera, es decir: un estado; y este estado es mi vivienda y soy yo mismo. Así que mi estado es un estado de amor, que encuentra sintonización con esta esfera. Esta esfera es la vida, y la vida es Dios y por lo tanto todo lo que vive aquí es Dios. Por eso se dice en la tierra: en la casa de Dios hay muchas moradas. Millones de seres viven en la casa de Dios; en la casa de nuestro Padre, allí es donde vivimos. Por lo tanto, mi casa es una parte de esta esfera, una parte de Dios, porque he llegado a este grado de sintonización.

Ahora bien, un ser humano encuentra sintonización con un estado, un estado es una esfera, una esfera una parte del universo, por lo que te muestro con claridad cómo es una esfera. Ahora mira la fuente: descendemos desde muy arriba en la cima. Luego llegamos al borde de la pila. Así son las esferas, es la manera más clara de mostrarte la ubicación. Pero no se puede percibir, porque una esfera es infinita. De modo que al descender, volvemos al mismo lugar. No obstante no es posible, porque una esfera es infinita. Se puede rodear la tierra, pero en el universo no es posible. Donde sea que se encuentre el ser humano, se siente y es uno, y siempre seguirá siendo uno. Donde esté, allí está el centro. De modo que no hay final; llegará el día en que así será nuestra casa, nuestra infinita vida interior, el amor insondable que poseeremos, por el que encontraremos sintonización con Dios y en algún momento seremos divinos. En cada esfera vive un maestro. Alrededor del maestro que encuentra sintonización en una esfera más elevada, todos los demás seres viven en estas esferas. Un maestro se sacrifica por otros y tiene la fuerza y el poder de conceder la gracia.

Tenemos nuestras fiestas, hijo mío, en las que participan millones de seres si se encuentran en este estado. Pero también cuando trabajan son uno y vivirán lo que se vive en su propio estado. Son y siguen siendo uno, sin importar donde se encuentren. ¿Eso también te queda claro?

—Sí, Alcar.

—Donde sea que esté, pues, en la tierra o en otros estados, estoy y sigo estando en mi propia sintonización. Así que mis experiencias serán como si estuviera representado allí.

—¡Qué profundo es todo esto, Alcar! Todo es tan milagroso.

—Ya te dije, André: no conocemos milagros. Todo es verdad y vida. Cuando hayamos experimentado esa vida de la que ahora todavía no sabemos nada, el milagro se nos disuelve. Así que no hay milagros: todo es vida. Por lo tanto, puedo trabajar y participar en fiestas espirituales. Pero no siempre es posible, aparece y depende de lo que tenga lugar. También a nosotros nos rigen leyes. Cuando participamos en las fiestas, nos ponemos hermosas túnicas. Estas irradian dependiendo de la fuerza de amor del ser. Los maestros ofrecen conciertos y están juntos. No los compares con maestros terrenales, porque las capacidades de aquellos son incomparables con lo que poseen en esta sintonización. Eso también lo vivirás. Nuestros instrumentos no se pueden comparar con los de la tierra. Aquí se toca a través de la vida, porque la vida está a nuestro servicio. Nuestra música se representa con colores. Si entiendes esto, te digo que aquí se toca, que incluso se interpreta la vida, según irradie esta. Así que nuestras notas son matices de colores. Al rato vivirás una fiesta espiritual, lo que será lo más sagrado de nuestro viaje. Te habrá quedado claro que una esfera es un cielo. De esta manera, cada ser posee un cielo y es en sí mismo un cielo. ¿Te queda claro? Un ser es un cielo por separado y así muchos seres pueden a su vez ser uno de estos, y miles de seres pueden formar un cielo. Por lo tanto, el ser humano puede poseer y es o bien un cielo, o bien un infierno, solo o con otros miles de personas. Dos seres pueden así formar un solo cielo, lo que son almas gemelas, hermanos gemelos o hermanas gemelas. Miles o millones de personas juntas forman un solo cielo. Entonces, todas las esferas tienen otros nombres desde la primera sintonización espiritual. Como ya te había aclarado, aquí conocemos el primer cielo feliz con sintonización espiritual, ¿no es así? Luego la esfera o cielo de flores.

La séptima esfera, la de música y arte, es el cielo beato. Así te habrá quedado claro, André, que siempre cambiaremos, lo que es y significa el ciclo del alma.

Ahora sabrás quién soy y por qué estamos juntos. En la tierra, André, fui pintor, en el tiempo en que los maestros vivían en la tierra. Hasta la fecha, mis pinturas se guardan en museos, aunque hayan pasado unos cientos de años. En la tierra estaba convencido de que hay una pervivencia eterna, porque también yo sentía que se me ayudaba. Cada artista es en mayor o menor medida también médium. Sabía que un artista puede recibir sus aspiraciones de fuentes más elevadas, a medida que se sintonice él mismo. A veces sentía con mucha claridad la incidencia de poderes invisibles para mí. Alguna

vez vi los poderes y las fuerzas en forma de una silueta e intenté conectarme con esa fuerza, lo que desarrolló mis capacidades. Sin embargo, la verdad solo la vi de este lado. Hice la transición a temprana edad. Tenía cuarenta y dos años cuando intercambié lo terrenal por lo eterno. En mi carrera pinté sobre todo temas religiosos, como la huida a Egipto, el Gólgota, la Última Cena y muchos más, demasiados para enumerar. Mi arte era mi vida. Debo y puedo decir honestamente, André, no sucumbí. No eché a perder mi vida. De este lado entendí la gran gracia de mi pronta transición. Aquí me conocí a mí mismo. Aquí entendí el significado de mi vida en la tierra y también qué gracia es poder poseer un don de Dios en la tierra. También aprendí aquí que estos maestros no volverán ni en miles de años y eso es cierto también para los que poseen el don del arte musical. Así que no volverá a nacer un Beethoven, porque ese arte, que tiene sintonización con la segunda esfera, se da allí. Pero también de eso luego te diré más.

Cuando se me hubo convencido de los muchos estados de este lado, volví a la tierra. Me asustó ver que muchos de mis amigos seguían un camino tenebroso y que se les podía considerar perdidos. También mi maestro se encontraba en un estado similar. Me dolía verlos perecer, por lo que decidí ayudarlos. Intenté hacerlo desde aquí, pero tuve que abandonar mis planes porque no se les podía alcanzar de esta manera. Saberlo me causó mucha tristeza. Los que amaba estaban entregados a demonios. Y volví a las esferas desesperado. En la tercera esfera aprendí cómo incidir en el ser humano. Pasaron años. También conocí el cuerpo humano, puesto que incluso este estudio se puede asimilar de nuestro lado. Asimilé esta ciencia para volver algún día a la tierra, para ayudar a la humanidad. De nuevo me apresuré a la tierra, permanecí allí durante un tiempo considerable y recorrí la tierra. Viví todo lo que me interesaba como espectador invisible. Después volví a las esferas y descendí para ayudar en las esferas oscuras, por lo que también conocí esa vida. Ahora te habrá quedado claro por qué me puedo orientar tan bien allí.

Mis amigos hicieron la transición uno por uno. Algunos eran felices, otros, no obstante, estaban en un estado oscuro. Pronto pude convencerlos de esta vida, pues sabían que yo ya había muerto antes que ellos. Les aclaré cómo se desarrollarían para poder llegar a una sintonización elevada.

De nuevo volví a la tierra. Viví desde el mío propio miles de estados, de los que te he mostrado muchos. También allí ayudé a infelices. Asimismo conocí las fuerzas para poder hacer trabajo útil en la tierra. Vi sus necesidades y miseria, su pobreza en alimento espiritual y su ignorancia en cuanto a una pervivencia eterna, e intuí claramente que el ser humano primero necesitaba conocerse a sí mismo. Durante años viví como espíritu en la tierra. Después volví a regresar y le pedí a mi maestro que me ayudara. Era Ubronus, que me

apoyaba en todo. Me ayudó a encontrar en la tierra un instrumento muy útil por el que yo quería transmitir toda la sabiduría que había adquirido, para hacerla conocida en la tierra. En primer lugar quería convencerlos de una pervivencia eterna.

Ubronus me dijo: “Busque un instrumento que posea una misma sintonización de los sentimientos, por lo que sea posible alcanzar algo en la tierra. Este tiene que poseer las mismas cualidades de carácter que usted, de lo contrario no alcanzará usted la meta que se ha propuesto”.

Juntos visitamos la tierra, en busca de un instrumento. Y también yo aprendí lo asombroso, hijo mío, porque me había imaginado todo tan completamente diferente. Mis pensamientos eran encontrar un ser humano adulto que estuviera consciente de su propio estado. Pero Ubronus me enseñó a seguir otro camino.

“Busque a un niño”, dijo, “y conéctese con la vida. Sintonícese y desarróllelo en su juventud. Protéjalo y asegúrese de que no llegue a estar bajo influencias extrañas que puedan ser perjudiciales para el estado interior”.

Así te encontré a ti, André. Todos los demás estados te son conocidos; sabes cómo me manifesté ante ti. Pero en tu juventud tuve que defenderte de muchos otros estados vitales. Te seguí temeroso por todos tus caminos. También en eso recibí ayuda y pude capacitarme para otras ciencias. Todo trataba acerca de la vida después de la muerte. Y cuando una mañana se me concedió empezar para establecer la conexión después de que hubiera tenido que esperar veintiséis años, estaba feliz de que mi trabajo fuera a comenzar. Duró mucho hasta que llegué al punto de haberte convencido de que los estados psíquicos, la mediumnidad psíquica, significaban para ti el oro espiritual. A través de ti, André, podré ayudar, y muchos conmigo, a la humanidad para aclararles la vida en la tierra, y también esta. Te desarrollé para que pudieras desdoblarte y ahora ya hemos estado algunas veces juntos de este lado. Muchas veces, muchacho, vi todo mi trabajo destruido. Estabas en otras manos, en manos del mal. No obstante también eso lo pasamos, por tu amor, pero también por la voluntad de hacer el bien. Ay, ¡qué difíciles eran estas horas! Veía destruidos años de espera, años de esfuerzo. Rogaba por ayuda y finalmente estuviste en mis manos y todo te abrió los ojos. Es terrible, André, tener que observar que los demonios se apropien de lo más querido. Doy gracias a Dios que se evitara llegar al punto en que también a ti te destruirían. Pensabas que me oías, pero no era yo: yo ya no podía alcanzarte. Sorteé todos los peligrosos escollos; lo logré, has aprendido y sabes cómo fue tu vida allá. Y ahora mi hijo, como ser terrenal, se encuentra en la quinta esfera. Y si sigues haciendo nuestro trabajo, se te revelarán estados incluso más bellos. Ya están de este lado muchas hermanas y hermanos a los que has convencido y se te ha concedido ayudar en la tierra. Más adelante, cuando vengas aquí, todos

te estarán esperando y recibirás felicidad eterna. Todos te esperarán, André, y para muchos podrás ser un guía de este lado cuando lleguen a esta vida.

Darás a conocer todo lo que ahora has vivido y yo te apoyaré para hacerlo.

Y ahora ha llegado el momento en que debemos seguir a lo más sagrado de este viaje, al cielo, en la vida del espíritu.

Una bendición espiritual y de vuelta a la tierra

El ave, que seguía posada en el hombro de André, se preparó como si sintiera que había llegado el momento de la despedida. Voló al hombro de Alcar, que la acarició y le dedicó unas palabras amorosas. El pájaro desapareció en la naturaleza, describiendo una amplia curva alrededor de la fuente como si la protegiera, junto con todas las demás vidas.

—Adiós, vida mía. Volveremos.

Y también a los demás pájaros, sentados en el borde de la fuente, Alcar les dijo palabras de amor, después de lo cual se fueron.

Alcar los siguió con la vista; André no sabía qué hacer por cómo le conmovía esta despedida. Era un acontecimiento emocionante.

—Y ahora, hijo mío, un último vistazo en una casa espiritual. No volverás aquí en mucho tiempo. Pasarán meses, porque primero tienes que procesar todo esto en la tierra. Absorbe todo profundamente, para que lo transmitas con veracidad.

André estaba a punto de partir. Sentía que se desplomaría. Qué difícil era separarse de todo esto. Y sin embargo había que hacerlo. Ya le atemorizaba el momento en que despertaría en la tierra para volver a empezar la vida en la materia. Pero no quería ser ingrato y quería agradecer a su líder espiritual todas estas cosas sagradas. No obstante, no pudo pronunciar palabra. Se dio ánimos a sí mismo. Primero tenía que intentar ganarse esta felicidad. Qué difícil tenía que ser para Alcar poder vivir aquí y dejar atrás toda esta belleza para trabajar en la oscuridad y el frío. Entendió la lucha de su líder espiritual en la tierra para ayudar al ser humano.

Había llegado el momento. Alcar estaba frente a la fuente mirando la vida que se movía en la pila.

—Alcar —dijo André—. No puedo decir mucho, y aun así siento la necesidad de darle las gracias. Pero antes de irme de aquí, no quería dejar de decirle esto: me esforzaré en la tierra y no le causaré dificultades.

André se arrodilló ante su gran líder espiritual. Alcar se inclinó por encima de su instrumento, las pocas palabras eran elocuentes de sobra.

—Te doy las gracias, hijo mío. La bendición de Dios descansará sobre nuestro trabajo. Ahora vayamos a la fiesta en las esferas.

André sintió que lo atravesó un escalofrío cuando iba a abandonar la vivienda de Alcar. ¿Cómo se sentiría Alcar?

—Un espíritu de la luz lleva su cielo en el interior.

André entendió.

Siguieron planeando tomados de la mano, hacia otro estado, que sería el último de este viaje. En todo había un resplandor dorado. Qué potente era el amor. Cómo lo estaba conociendo. Por mucha pena y dolor se habían apropiado de esta felicidad. Veía que la tierra se elevaba cada vez más. Era como si por un valle que iba subiendo levemente ascendiera para acercarse a la parte más elevada. Veía debajo de sí templos y edificios en hermosos tonos, que irradiaban todos y cuyo significado ahora entendía. Muchos seres los pasaron planeando, e iban siguiendo una misma dirección. Mantenían conversaciones entre ellos, lo veía y sentía claramente. Era asombroso. Para ellos muy normal, porque vivían en esta vida. A veces los veía delante de él, para luego de repente desaparecer ante sus ojos como si se disolvieran en el aire. André no lo entendía y le preguntó a su líder espiritual por el significado, que le dijo:

—Cuando nos conectamos, cuando tenemos sintonización con su concentración, los vemos; de lo contrario no es posible. Ellos también se pueden mantener invisibles, aunque vivan en esta esfera y aunque tengamos una sola sintonización. Así que esto es porque se desplazan con mayor velocidad que nosotros, y por eso son invisibles. Pero hay entre ellos quienes ya tienen sintonización con la esfera de conexión y que pronto entrarán a la sexta esfera. Ahora nos desplazaremos con más velocidad. Pronto estaremos allí.

A André le parecía percibir una gran luz blanca a lo lejos. Cuanto más se acercaban, más visible se le hacía la luz.

—¿Qué tipo de luz es esta, Alcar?

—Lo que ves es la luz que irradia el Templo de felicidad. Es la fuerza de la vida. Allí se conecta a los seres. Vivirás que algunos de nuestras hermanas y hermanos ascenderán. Se les acogerá en la sexta esfera.

André vio un edificio inmensamente grande, construido con mármol blanco como la nieve, muy curioso de forma, que representaba una cruz. Era imponente percibirlo desde lejos.

Alcar descendió lentamente, hasta que pisaron tierra firme. Vio que desde todos lados llegaban los ángeles planeando. Veía ángeles que planeaban. Vio comprobado en el espíritu lo que en la tierra era un cuento de hadas. Hermosas túnicas que fosforecían. Todos eran jóvenes y bellos, radiantes en un brillo celestial. Todo vivía, todos irradiaban luz. Permanecerían jóvenes, eternamente jóvenes.

—Muchos tienen miles de años, hijo mío, otros son más jóvenes. También hay entre ellos quienes tienen dos y tres mil años de edad.

André no veía nada más que milagros. Qué felicidad que le sea a uno con-

cedido vivir aquí. André pensó que estaban en la parte delantera del templo. Mientras lo pensaba miró a su líder espiritual, para recibir la verdad de su boca. Pero Alcar sonrió y dijo:

—No conocemos una parte delantera o trasera, aquí todo está abierto, sin importar donde vivas. En la vida del espíritu no se puede esconder nada. El templo representa la vida de nuestro gran maestro Jesucristo, el Perfecto Hijo de Dios, aupado por Sus fuerzas sagradas.

Por todas partes veía fuentes, que hacían brotar sus chorros hasta la altura de los cielos, transformando por arte de magia la vida en miríadas de colores. En todos lados veía felicidad, nada más que amor. Miles de seres estaban congregados, en amor.

¿Qué era la belleza en la tierra comparada con todo esto? Se sentía feliz por su felicidad. Todos irradiaban sabiduría, fuerza y amor. ¿Era este el país de amor del que había hablado? Había visto una imagen igual mientras hablaba. Todo indicaba que sería este estado. Sin duda, Alcar le había transmitido la inspiración. Lo que André había representado a los muertos en vida había sido la posesión de Alcar. No había dicho nada más que la verdad, nada más que eterna verdad. Ya era feliz con haber transmitido todo tan claramente. Alcar los había convencido contando de su propia vida. Era feliz de que algún día poseería esta fuerza y esta felicidad.

Oh, qué bellos eran todos. Tenían un brillo celestial en los ojos. En estos estaba la fuerza del ser. Le llamó tanto la atención porque había tantos allí. Qué comparación con el ser humano en la tierra. Las personas más bellas que jamás hubiera visto eran infelices de este lado cuando sentían su belleza. Aquella belleza suya no era más que lastimosa vanidad. En la tierra las personas eran viejas, aunque creyeran ser jóvenes y bellas. Aquí, viejos en el espíritu todos, eran jóvenes y bellos; era su sabiduría, que los hacía irradiar. Todos eran soles que podían calentar a otros.

—Ven aquí, André, nos sentaremos aquí.

Por todas partes había lechos de reposo, sin importar donde hubiera estado en las esferas. Aquí eran esculturas, que representaban diferentes cosas. Había imágenes de soles, estrellas y planetas, esferas y otras imágenes simbólicas. También entendió que se encontraba en un estado particular porque ningún ser le prestaba atención. Cuánto le habría gustado hablarles, para oír sus voces aunque fuera un momento. Pero sintió que no era posible, pues vivía en la propia sintonización de Alcar. También estaba contento. Era una enorme gracia poder ver y vivir todo esto. Ya significaría felicidad para muchos en la tierra si pudieran observar todo esto en una visión. No, se sentía agradecido. Su agradecimiento a Dios le venía desde lo más profundo del alma. Algún día podría participar en todo, cuando él también poseyera esta sintonización. Lucharía por conseguir esta posesión grande. Oh, ¡cuánta felicidad todavía

lo aguardaba a él y a todas las personas en la tierra! Algún día sería uno con Alcar para siempre. Con gusto moriría en la tierra por esta felicidad. Por cada vida que quisiera adoptar su vida. Pero no era posible. Quería hacer lo que fuera, porque en esta vida aquí no había más que felicidad.

—¿Están todos juntos aquí, Alcar?

—Aquí también, hijo mío. Los más ricos de la tierra, gobernantes y emperadores, los más pobres entre los pobres, aquí todo es uno. Escucha, los maestros empiezan a representar sus elevados sentimientos espirituales por medio del arte.

Sintió un profundo silencio. Estaba por suceder lo sagrado. Oyó cómo a lo lejos los tonos iban in crescendo. Desde lugares lejanos venía hacia aquí y le sonaba melódico. Había comenzado como un suave susurro. Pero en ese susurro estaban conectados el cielo y la tierra. Era uno, lo sentía claramente. Le hormigueaba en todo el cuerpo. Era una fuerza tremenda la que le iba entrando. Todos los seres se arrodillaron. También Alcar, y él se arrodilló al lado de su líder espiritual. Sintió que le entraba una humildad que nunca antes había conocido, nunca la había sentido. Le lloraba el alma por gratitud hacia Dios. Ahora sentía otra humildad que la que pensaba poder sentir en la tierra. Comparado con este sentimiento, en la tierra se estaba rebelando, aunque pensara que se acercaba a Dios. Cuánto estaba allá alejado de este sentimiento sagrado. Estaba a millas de distancia de él. Se le contrajo el corazón y la vida le pesaba. Era como si volviera a sentir todos los pecados que había cometido. A pesar de haber pedido perdón por todos sus errores, sentía que los tenía dentro. Cuanto más bella la música, más iba cambiando él. La fuerza de sus sentimientos cambiaba sin cesar. Todo volvía en él, vio pasar ante sus ojos toda su vida en la tierra. Lo asaltó un agudo sufrimiento. En todo percibía sus deficiencias. Aquí vivía todo lo interpretado por los maestros. Lloraba por dentro, pero no aparecieron las lágrimas. Se las tragaba para reprimirlas; no quería mostrarle sus deficiencias a nadie. Quería procesar todo esto él mismo. Era uno con él, era su vida. Ahora sentía cómo iba planeando alejándose de aquí. Se le llevaba por montañas y valles. Oh, qué música, no era música como la que se les extraía a los instrumentos en la tierra. Era descomunal, desgarraba al ser humano. Sentía cómo iba planeando cada vez más lejos. Algunas veces iba muy alto, otras por encima de la tierra. La vida bailaba en él, era el baile de la vida. Nunca antes lo había conmovido tanto la música como ahora. Suavemente lo llevó de vuelta al lugar donde se encontraba, rodeado de ellos, en la quinta esfera. Luego se iba haciendo más fuerte y virulenta, era como una tormenta que destrozaba todo. Volvía, como si un ser sagrado le susurrara algo, hablándole de felicidad y gloria. Sentía todo y entendía esta imponente sinfonía, que significaba la vida. Era como si le hablara el propio Dios. Aquí se le decía que si entendía la vida, lo esperaba

mucha felicidad. Veía pasar ante sus ojos cientos de imágenes, como si fuera una película. Reconocía continentes, y se le iba a conectar con otros planetas. Descendía a profundas profundidades y veía la oscuridad y sentía cómo lo invadía el frío. Vio a Cristo en el sufrimiento que había padecido y sintió los dolores cuando se le crucificó. ¿Quién le hacía vivir todo esto? ¿Cómo podría aguantar todo esto? Era uno en esta esfera, se le hacía vivir lo que ellos sentían aquí. Estaba conmovido y sentía que sus fuerzas iban menguando. No debería durar mucho más. ¡Qué fuerza había en esta música! Todos los ángeles estaban conectados con los maestros. Ellos también sentían su sagrada fuerza. Tenía que esforzarse con todavía más intensidad si quería poder soportar todo esto hasta el final. Le tomó la mano a Alcar, encerrándola en la suya.

¿Qué oía ahora? Desde la lejanía lo alcanzaba un hermoso canto. Había por lo menos miles de voces. Nunca había oído un canto tan inmaculado, era tan inmaculado como la irradiación de ellos. Los maestros acompañaban el canto. Sobre todas las demás voces oía una de belleza celestial; era un sonido nítido. Era como si recibiera todavía más felicidad. La vida entró en él. Sentía la fuerza de su amor, encerrada en su canto. Entendía todos los sonidos al pie de la letra. Todos los ángeles cantaban en coro. Dios es amor. Dios es felicidad. El amor es vida a través de todos los siglos. El amor es ser uno con Él. Oh, le había entrado un instante de gran felicidad sagrada. Entendía sus sentimientos, la vida estaba en él.

Benditos los que reciben la felicidad. Unidos en amor, en paz, en felicidad, eternamente uno. Era para los que serían conectados. Lo que Dios conectaba, lo conectaba a Él. Belleza de esferas, amor de esferas. Felicidad de ángeles, belleza de ángeles. Da amor y recibirás. Ya no podía más, lo superaba. Alcar lo agarraba con desesperación para mantenerlo en pie. Todo terminó en sagrado silencio. Los ángeles se quedaron arrodillados durante mucho tiempo. Todos guardaron silencio, hubo más silencio incluso que antes de que empezaran los maestros. Finalmente, todos se levantaron y se dirigieron al Templo de felicidad, al que entraron.

—Su oración y también la nuestra se han terminado, André. Así se reza en las esferas. Así nos preparamos para participar en una fiesta. Todos sentían un amor elevado que poseerán más adelante. Sé fuerte, hijo mío. Todavía no llega el final; nosotros también entraremos (—dijo Alcar).

André agarró con fuerza a su líder espiritual, no quería soltar a Alcar ya. Habían entrado miles de ángeles. No se atrevía; ¿estaba seguro de encontrarse dispuesto a estar rodeado de ellos? ¿No perturbaría este acontecimiento sagrado?

—No, puedes entrar, hijo mío. Se ha escuchado tu oración, por eso has recibido nuevas fuerzas.

Entraron tomados de la mano. Aquí no se mandaba a ningún ser de regreso, cabían millones. Todo era todopoderoso. Sentía que también este edificio se disolvería. Se iba dilatando, había paredes, pero vivían. Allí residía la vida de Cristo. Lo primero que le llamó la atención era la forma en cruz del templo. Era la vida sagrada de Cristo. El conjunto se encontraba en una resplandeciente luz blanca que iluminaba a todos los seres. No veía el final del templo. El amor de Cristo era infinito, inagotable, no existía final. Aquí estaban en Su casa de amor. Todos los seres que vivían en la quinta esfera podrían entrar. Se sentía aturdido; todo era demasiado poderoso. Aquí se le mostraban milagros de una esfera elevada. Todo esto le llegaba y entendió que Alcar se lo decía interiormente. Se le estaba hablando en lengua espiritual. Podía observar los ángeles hasta en la lejanía. Aquí no había distancia, sentía y veía todo lo que se encontraba en este lugar. No había limitaciones en el espíritu, todos eran uno solo. Flores de un blanco inmaculado adornaban el interior del templo. Sobre un pedestal elevado vio arrodillados a dos seres que llevaban túnicas blancas como la nieve: con las cabezas hondamente inclinadas, las manos juntas, blancas como el mármol. André sintió que estaban sintonizados con fuerzas más elevadas. Al parecer se acercaba lo sagrado. Dios estaba en ellos, sentía el aliento vital, que mantenía toda la vida.

Resonó un suave sonido celestial. Todos los ángeles alzaron la cabeza, esperando algo que estaba por llegar. Por encima de los dos felices vio que iba apareciendo ahora un poco de luz. Todos miraban hacia ella. Ahora oyó un canto melódico. Era una oración que los dos seres elevaban a Dios. Se fue haciendo cada vez más intensa, le fue llenando el alma y él también rezó por la felicidad de ellos. Alrededor de la cabeza de ambos vio una corona con rayos de luz, que podía distinguir claramente. Su luz le permitió ver tonos más suaves que en la de él, por lo que intuyó las fuerzas masculinas. En la fuerza de creación de él, allí residía su luz de fuerza potente, que se conectaba con la de ella. Las luces confluían, ya estaban conectados en irradiación.

Ahora vio muchos otros milagros. Las paredes empezaban a vivir, vio representadas en ellas escenas completas. Vio desfilar ante sus ojos el universo, estrellas y planetas, y la vida de Cristo. Encima de los dos ángeles vio las mismas escenas. El universo estaba despertando, era mostrado a todos. Mira, sintió, la vida los espera. La vida espera, ustedes pueden entrar a esferas elevadas. Se mostraban otros planetas, era la vida que descendía. Vendría Cristo, el Hijo Perfecto de Dios. Todos eran uno solo con Él: descendería el despertado al cosmos. Se había establecido la conexión. Todos habían percibido un destello de Él y estaban conectados con Su vida sagrada.

Ahora todos inclinaron la cabeza, cada ser rezaba por fuerza y amor, para ser acogidos también, como ellos allí, en un estado elevado.

Después de este imponente silencio, de repente se iluminó el Templo com-

pleto. Un rayo de luz iluminó los dos ángeles. Seguía haciéndose más claro. Desde todas las direcciones destellaban rayos de luz que iluminaban a ambos niños que se unirían para siempre. Ante ellos vio que iba ascendiendo una luz dorada, como un sol. La vida estaba por llegar. Se había aproximado el momento sagrado. La mano de Alcar penetró en la suya, como si su líder espiritual quisiera decirle que había llegado el momento. Ambos seres eran como estatuas de mármol. Sus túnicas, iluminadas por la luz celestial, llameaban. Todos los ángeles se concentraron en este momento. André vio que algo se hacía visible en el sol dorado. Era un ser. Lo vio con claridad en este marco dorado. Ahora iba apareciendo, vivía. El ser siguió envuelto en una emanación, pero extendió los brazos, bendiciendo a los dos ángeles. Había llegado el momento sagrado: se acogía a dos vidas. La luz desapareció tan pronto como había aparecido. Cristo, el Hijo Perfecto de Dios, se había manifestado. Había ángeles que cantaban acompañados de los maestros, un poderoso coro entraba, era un gran conjunto, todo era amor.

André sentía que se hundía, no podía procesarlo. Seguía oyendo el canto, que ya se iba alejando cada vez más. Después ya no tuvo conciencia de nada. Cuando despertó, seguía sintiendo la mano de Alcar en la suya y entendió que ningún poder que no fuera el de Dios podría separarlos. Alzó la mirada y miró a su líder espiritual.

—Bien, hijo mío. ¿Consciente de nuevo?

André le tomó ambas manos a Alcar para agradecerle todo. No podía pronunciar palabra. Durante un largo rato siguieron planeando así, mientras se acercaban a la tierra. Su concentración seguía sin volver. Sus pensamientos estaban como paralizados. Había vivido la felicidad más elevada, estaba aturdido de felicidad. Lentamente le volvieron las fuerzas.

—¿Dónde estamos, Alcar?

—En camino hacia la tierra.

—¿Ya no hacia su esfera?

—No, hijo mío.

—Oh, ¡qué bello fue todo! Estoy aturdido de felicidad.

—Reforzará tu alma. Has vivido lo más sagrado de nuestro viaje: poder vivir como ser humano terrenal una conexión celestial. Es una gracia que solo se le concederá a un ser humano entre miles.

André vio que estaba en la tercera esfera y sentía que planeaban mientras se acercaban con gran velocidad a la tierra. Unos cuantos momentos más y también este bello desdoblamiento pertenecería al pasado. Lo apoyaría durante su vida entera en la tierra. En pocos instantes habían llegado a la tierra y entró a su habitación.

—Sabrás conscientemente todo lo que has vivido, hijo mío. Significa sabiduría en el espíritu y no significará más que fuerza en tu vida terrenal. Dis-

ponte a empezar tu tarea pronto, para hacerlo del conocimiento de la humanidad. Te ayudaré a hacerlo. Pero todo depende de tus propios sentimientos sobre comunicarlo como te lo enseñé. Esa es tu tarea, y puedes contar con nuestra ayuda.

André se volvió a arrodillar ante su líder espiritual, para agradecerle todo.

—Sé fuerte, hijo mío, pronto estaremos juntos de nuevo.

André sintió que iba subiendo, que volvía a bajar y que con una suave sacudida volvía en su cuerpo material. Despertó en una grandiosa sensación de felicidad y oyó a su líder espiritual que decía:

—Ahora estás nuevamente conectado con tu vestidura material. Tú vives en la tierra, yo de este lado, y aun así somos uno solo, para siempre, para siempre. Pero antes de interrumpir el contacto, te pido que no olvides nada de todo lo que se te concedió vivir. Empieza tu tarea pronto. Después te esperan nuevos milagros. Tu Alcar.

André ya no oyó nada y se quedó profundamente dormido. Despertó por la mañana y sabía lo que había vivido esa noche. Se sentía feliz y habría querido llorar de felicidad. Había en él una potente sensación sagrada de la que conocía el origen. Era la felicidad que sentían los que vivían en el más allá.

En felicidad, en amor, eternamente uno solo. Habían depuesto la vestidura material; entendían lo que significaba la vida en la tierra.

Uno con la vida que Dios ha depuesto en todo

A André se le concedió vivir muchas cosas gracias a su hermoso don. Se le resolvieron y aclararon diversos problemas ocultos, pero lo que vivía en este estado era sin duda lo más increíble de todo lo que se le había dado en el espíritu. Por lo tanto, el lector se preguntará si será cierto que hay personas en este mundo y del otro lado que puedan intuir este acontecimiento o se puedan conectar con él. Muchos se encogerán de hombros porque no lo pueden aceptar.

Pero todo lo que André contaba, lo pudo experimentar por los que viven detrás del velo. Todo esto se ha hecho realidad por su gran don, por el sagrado regalo de Dios.

Por eso, una vez más: todo es verdad, nada más que la verdad, se le concedió vivir todo.

Una tarde, cuando estaba solo en su habitación, se le indujo en un estado que le hizo intuir la vida en todo. Fue un acontecimiento milagroso y para él fue un momento grandioso. Después de ese instante sintió que lo fueron llenando una gran felicidad y amor por todo lo que vivía. Fue un momento de felicidad deliciosa, que no podía agradecer lo suficiente a Dios. En pensamientos estaba del otro lado con todos sus amigos a los que ya había visto hacer la transición. Pensó: '¿Cómo los volveré a ver?', porque muchos, lo sabía a ciencia cierta, poseerían felicidad, mientras que otros, profundas tinieblas. Pensaba más en los últimos, necesitaban ayuda. En este instante se sentía íntimamente unido a ellos y en este estado le fue revelado el secreto. Por la mañana, al despertar, sintió que se encontraba en un estado que desconocía. Le había llamado la atención de inmediato. Era un sosiego, un silencio que había en él que no se podía encontrar en la tierra, sin importar dónde se encontrara uno.

Sus primeros pensamientos fueron que había hecho el desdoblamiento, pero dejó de lado estos pensamientos porque Alcar lo hacía desdoblarse conscientemente y lo avisaría de antemano. Si viviera un problema, todo sería diferente también. No, no había estado en las esferas. Siguió sintiendo ese sosiego espiritual interior toda la mañana, hasta el instante en que se dio cuenta de que se estaba incidiendo en él, por lo que entendió el significado y se le conectó con lo milagroso. Antes, un sosiego parecido incluso lo ponía temeroso, porque entonces no sabía lo que le pasaba. Ahora también era el caso, pero había aprendido a esperar y no ponerse temeroso, porque gracias a todas las pruebas había adquirido esa confianza. Esta había crecido hasta convertirse en un poderoso saber. Ahora ya no lo inquietaba y esperaba con

entrega las cosas que vendrían.

Inmerso así en pensamientos, sintió de repente que se incidía en él y que se sentía entrar en otro estado. Aun así siguió estando consciente de todo lo que le pasaba y lo que ocurría a su alrededor. Pensó: 'Y ahora, ¿qué significará esto?', pero dejó tranquilamente que se incidiera en él. De esta manera, en plena entrega, Alcar podría alcanzarlo. Lo que sentía y percibía era muy curioso. Se le conectaba con algo que todavía no entendía. Después le fue llegando un glorioso aroma, lo que hizo que aumentara su interés por las fuerzas invisibles que había alrededor suyo. Miró cerca de él para ver si en su habitación tal vez había flores que dispersaran este aroma. Pero no las había, solo un florero con tulipanes rojos, y esos no podían causar este olor.

Después de estos fenómenos, oyó un suave sonido. Era como si se le hablara susurrando, aunque no lo suficientemente claro para que lo entendiera. A veces estaba alejado de él y luego cerca, también lo oía encima de su cabeza. Muchas veces era muy vehemente, como si sucediera algo desagradable por lo que el sonido entraba en este estado.

Se preguntaba lo que significaba. ¿Sí eran sonidos lo que oía? Ahora lo oía otra vez y más claro que la primera, y supo que no eran voces. En sus sesiones de espiritismo a oscuras había oído hablar a los espíritus y conocía sus voces, que eran las mismas que cuando todavía vivían en la tierra. Sus voces eran humanas, pero lo que oía ahora era algo muy distinto. Había vivido mucho en lo que se refería al ámbito oculto, pero esto le era extraño y por lo tanto nuevo.

Intentó otra vez captar el sonido y escuchó con atención. No, no eran voces humanas; era algo muy peculiar. Pero entonces, ¿qué? Caminaba de un lado a otro de la habitación para poder oírlo con más claridad todavía.

Cuando estaba escuchando en uno de los rincones de su habitación, sintió, cuando quiso regresar, que se le estaba deteniendo. Un poder invisible le impedía avanzar. Tranquilamente dejó que se influyera en él y sintió que se le empujaba hacia la mesa donde estaban los tulipanes. Entendió de inmediato cuál era la intención y quiso acercarse rápido, pero entonces volvió a sentir que se le estaba deteniendo. Después se le fue empujando suavemente hacia adelante, paso a paso se fue acercando al florero con los tulipanes. Era consciente de todo y podía pensar con normalidad.

Cuando casi se hubo acercado a la mesa, se asustó tremendamente. Eran los tulipanes los que emitían el sonido que había oído hace un rato. Pensaba enloquecer. Estaba frente a la mesa como una estatua de mármol. ¿Ahora qué tendría que hacer? ¿Qué significaba todo esto? Pasaron algunos segundos. Le entró el sentimiento de hablarles a las flores. Había en él un fuerte deseo de hacerlo. No obstante, no se atrevía, y pensaba en varias cosas materiales para controlarse si seguía siendo normal en sus pensamientos.

‘Sí’, pensó, ‘soy normal, el curso de mis ideas es perfecto’.

No tardó mucho en sentirse completamente conectado con ellos. Ocurrió un milagro. Al tocar los tulipanes con las manos, sintió que lo fue llenando una sensación peculiar. Al tocar a una, le entraba sosiego, y al tocar a otra, sentía miedo, y al hacerlo con aún otra se rebelaba y le daban ganas de destruir todo. Cambiándoles el lugar a uno tras otro, sintió que lo atravesaban diferentes fuerzas de los sentimientos. El deseo de hablar se hacía cada vez más vehemente y cuando empezó a hacerlo, sintió una aprobación general. De inmediato sintió estas diferentes transiciones de los sentimientos. El sentimiento más bello y más sagrado que surgió en él fue que sintiera que algunos tulipanes pronto se marchitarían y morirían. Era una sensación muy extraña aunque intensa, el final de esta existencia tan corta que se acercaba. Lo asaltó un leve mareo y le dio sueño, sintió que le iba entrando un glorioso sosiego y se sintió atravesado por la tristeza. Siguió conectado con ellos durante unos minutos, hasta que de pronto se dio cuenta de lo antinatural que eran sus quehaceres.

Se daba miedo a sí mismo. Él, como ser humano terrenal, hablaba con las flores y sentía su vida floral. Ellos también eran como las personas y tenían sus antipatías y sus simpatías, así como sus diferentes cualidades de sentimientos. Para él era como para marearse. Por segunda vez se fue palpando, tocándose la cabeza y los brazos, pensando en otros estados terrenales, para constatar que era normal. Pensó: ‘¿Aún sigo en este mundo, o he sido acogido en su vida?’. Después de haber repasado todo, era consciente de que todo estaba normal y que podía pensar y sentir, ver y oír como un ser humano terrenal.

Allí estaba la radio, allí colgaba una pintura suya, que le había hecho Alcar. Este que llevaba era un traje caoba, aquello era una mesa, en la calle oía hablar a la gente y la veía pasar. Todo era normal y aun así se sentía en otro mundo que su conciencia en la tierra. Vivía y era consciente de todo lo que había a su alrededor, y no obstante estaba conectado con otra vida. Después de haber controlado todo esto, empezó a hablar de nuevo con las flores. Y ahora se sentía conectado con sus vidas de manera incluso más íntima que la primera vez.

En sus sentimientos descendía de la tierra y vivía todo el proceso. De la semilla hasta la flor sentía a donde fluía la vida, el viaje que había hecho aquella, hasta haber encontrado un lugar aquí en su florero. Lo más sagrado fue sin duda cuando vivió que el capullo iba a abrirse como flor. Le entró un suave gemido, una sensación dolorosa. Este despertar era doloroso también para ellas. Se sintió contraer interiormente, como si su cuerpo estuviera a punto de estallar. Era un sentimiento intenso, que percibió con nitidez.

Luego algo bello entró en él, era el canto de la vida que había despertado. La flor sentía que había nacido y él también sentía esta felicidad. Después,

como en una visión, vio que eran cortadas y lo atravesó un escalofrío. Era cortante y temblaba de conmoción interior. Era una sensación amedrentadora que lo privaba de la vida. A continuación sintió que sus sentimientos oscurecían en una entrega de espera, el final de una existencia. Un velo envolvía todo; pronto llegaría el final.

Habló íntimamente con todas ellas. Sobre todo con las que pronto marchitarían; para ellas escogió palabras dulces y vigorizantes, para hacerles la partida más fácil. Estaban afligidas, lo sentía claramente.

—Vengan —dijo—, su vida es corta, y siento muy bien que la gente la acorta. Aun así tienen que estar tranquilas y compartir la vida que poseen entre todas. ¿Por qué en rebelión? ¿También en esta vida hay disarmonía? ¿Una desplaza a la otra? ¿Acaso no están todas desahuciadas? ¿Tienen que hacerse la vida incluso más pesada de lo que ya es? Vamos, estén tranquilas y sean felices.

André sentía muy claramente la vida que Dios había depuesto en ellas. Conforme les iba hablando y les había dado un lugar a cada una de ellas, todas habían entrado en un estado de tranquilidad.

—Bien —dijo—, ahora está mejor. Ahora siguen el camino que también nosotros como seres humanos tenemos que seguir, aunque sigamos sin quererlo. El ser humano se siente demasiada cosa y demasiado fuerte y está demasiado satisfecho consigo mismo. Que haya paz entre ustedes. La vida es corta para ustedes; lo sé porque se me acaba de conceder poder seguir este proceso. ¿No hay entonces paz ni felicidad en ninguna parte? ¿Tampoco en su mundo?

Todas lo escuchaban y oía sus voces; los cambios en sus sentimientos, todo lo atravesaba.

Habría querido seguir hablando así durante horas, había sido un momento sagrado para ellas y para él.

De pronto oyó que se le llamaba por su nombre y Alcar le dijo que se iba a interrumpir la conexión.

Asustó a André y le entró la sensación de desmagnetizarlas, lo que por tanto hizo. Entonces vivió otro milagro: los tulipanes que colgaban mucho, se irguieron en el mismo instante en que las desmagnetizó, quedando en el florero tiesos como una vela. ‘Cómo es posible’, pensó, ‘esta es sin duda una prueba de que estaba conectado con ellas’. ¿Qué milagro se le había revelado? Lo atravesó la corriente de una cálida sensación sagrada y sintió que el contacto había sido interrumpido. Se arrodilló ante el florero con flores, para agradecer a Dios y a su líder espiritual Alcar esta felicidad. Rezó un buen rato y cuando se hubo detenido, corrió hacia su madre para contarle de este gran acontecimiento.

—Venga, mamá, acompáñeme, ha ocurrido un milagro.

Su madre lo miró moviendo la cabeza. Vio en sus ojos ese brillo peculiar

que ya había visto en ellos tantas veces, y que conocía. Cuando su muchacho estaba en trance, o cuando se le conectaba con otros poderes que trabajaban a través de él, había en sus ojos un brillo suave pero que a la vez veía lejos. Por él supo que había vuelto a vivir algo extraño. Juntos fueron a su habitación. Las primeras palabras que le dijo fueron:

—Pero hijo, ¿cómo puedes poner los tulipanes de esta manera en el florero?

Y para pasar del dicho al hecho, quiso arreglar el florero de otro modo. André entendió que se estaba incidiendo también en ella y con un brinco estuvo a su lado, para impedirle tocar el florero aunque fuera con un solo dedo. Lo miró y pensó, ‘Vaya, de nuevo está en otro mundo’.

—Siéntese allí, mamá, y escuche lo que le voy a contar.

Ella hizo sin rechistar lo que su hijo quería y se sentó.

—Escúcheme, mamá, como no lo ha hecho nunca. Si alguna vez quisiera escucharme, hágalo ahora. Sabe que todo lo que se me da por medio de Alcar y todas las demás inteligencias me es sagrado, ¿no es así? Cuando puedo hacer un diagnóstico o curar a un enfermo, transmitiré todo así, sin añadir nada más, porque entristecería a Alcar. Lo sabe, ¿no es cierto? Cuando yo vea algo, jamás lo embelleceré. Sé, mamá, que si sí lo hiciera, algún día lo tendré que enmendar. Muchos espíritus me miran desde arriba para ver cómo uso mi don y dado que sé eso, me es sagrado todo lo que tiene que ver con la vida después de la muerte.

Su madre, que quiso contradecirlo porque ya sabía todo esto desde hace mucho tiempo, no tuvo la oportunidad de hacerlo, porque él se lo impedía.

—No, mamá, déjeme terminar. Tengo más cosas que contarle. Dígame con honestidad y no olvide que me es de una seriedad sagrada; dígame: ¿usted piensa, mamá, que soy normal, que le hablo como una persona normal?

Su madre que, a pesar de su sagrada seriedad, primero quiso reír, se aguantó la risa porque vio que se iba hundiendo y que le cambiaba el color. Asintió con la cabeza para indicarle que todo estaba bien.

—Ahora escuche bien. Hace un rato hablé con las flores, mamá. Oh, estoy tan feliz.

—¿Qué dices? ¿Que has hablado con las flores?

—Sí, mamá, ¿no cree que soy anormal? No sé todavía lo que significa, pero hablé con los tulipanes y sentí su vida. Pero una cosa sé, y no solo la sé, sino que la siento intensamente, y es que bien podría abrazar a toda la vida que vive. Oh, hay en mí una gloriosa sensación que no ha habido antes.

Su madre se levantó de su silla y se fue sin decir nada. André la oyó hablando entre dientes. Qué milagroso, vaya que es milagroso. Para ella y la cabeza de madre, todo esto la rebasaba y era demasiado profundo. Desde hace ya mucho tiempo desconocía a su chico, creyéndolo lejos, muy lejos de ella. A diario había estado sintiendo que esta distancia crecía, hasta que resultó inal-

canzable para ella, lo que a veces la ponía triste. André, que se había quedado solo, oyó que le habló su líder espiritual.

—¿Está feliz mi muchacho, y te sientes un poco más tranquilo, André? ¿No te ha afectado demasiado ni te costó demasiadas fuerzas? ¿No te fue demasiado fuerte la emoción? ¿Quedó convencido André de este gran milagro? ¿Sientes, hijo mío, que te ha entrado una felicidad sagrada? Y no quisieras acaso agradecerle ahora desde lo más profundo de tu alma a nuestro gran Padre, lo que ya hiciste, y exclamar: “Padre, ¿qué me has dado? ¿Cómo te puedo dar las gracias?”. ¿No podrías dar tu vida para todo lo que vive, si se te pidiera? ¿No siente André ahora amor por todo lo que vive? ¿No puedes ahora amar a todas las personas y no quisieras exclamar lo feliz que eres? ¿Le parece tan incomprensible a mi hijo que se me haya concedido conectarlo con la vida que Dios ha depuesto en todo? ¿Que Dios conozca tu deseo de hacer nuestro trabajo y que haya escuchado tus oraciones por sabiduría, fuerza y amor?

Escucha, André: hace mucho tiempo, cuando estuvimos juntos por primera vez, cuando conociste a los que de este lado vivían en felicidad, te surgió un fuerte deseo de que te fuera concedido poseer una sintonización parecida. Cada día, cada hora te arrodillabas y rezabas por que Dios nos regalara la fuerza de poderte desarrollar como un instrumento puro. Yo ya sabía entonces, André, que algún día recibirías esta sagrada gracia. Que Dios nos permitiría conectarte con la vida. Ahora ha ocurrido. Has despertado en el espíritu y sientes amor de hermana y de hermano. Siempre seguirás percibiendo esta sensación sagrada, se ha convertido en tu posesión. Ahora tu lucha ya no significará lucha y cargarás la cruz que Dios te dio a cargar. Podrás intuir la vida que se te acerque y actuarás conforme a tu amor.

Y luego esto: para poder dejar que este gran acontecimiento incida en ti tranquilamente, te puse en este estado de descanso cuando todavía estabas profundamente dormido. Solo pude conseguirlo conectándome contigo y manteniendo esta conexión. Así que sentías mi tranquilidad interior, mi propia sintonización. Sabes que en nuestra sintonización sentimos la vida en todo. También te llevé el aroma a flores, para sintonizar tus sentimientos e intereses con este acontecimiento, por lo que pude conectarte y por lo que tu concentración entera encontraría sintonización con esto, para dejarte seguir el proceso. Todo esto lo logré por completo. Te detuve y te llevé paso a paso hasta los tulipanes, para no perturbar la conexión. Después te hice sentir que también en la naturaleza hay disarmonía. También te hice sentir las fuerzas de los sentimientos de la vida, lo que una vida posee en fuerza, e hice que pasara ante ti en tus sentimientos el proceso de gestación. Pudiste seguir todo claramente. Solo cuando el ser humano entra a la primera esfera feliz de este lado, puede intuir la vida en todo, porque sus sentimientos encuentran

sintonización en el espíritu. ¿Te quedó claro? El ser humano en la tierra no puede vivir en este estado; por eso tuve que conectarme contigo y pude hacer que lo vivieras así. Así que lo que viviste fue por mi voluntad, en parte por tus fervorosas súplicas, de que nos quieras servir como instrumento puro. Por tanto, sin nosotros no habrías sentido la vida. Seguirás desarrollando ese sentimiento, André, que ahora está en ti, y llegará el día en que encontrará sintonización con nuestros estados, lo que será para ti felicidad eterna. Conéctate en amor y podrás intuir todo de acuerdo a cómo se siente la vida en el momento de conexión. Este amor, hijo mío, es tu posesión. La vida es tuya, hijo mío, sé feliz y deja que otros sientan tu felicidad. Parto. Tu Alcar.

Qué potente era el amor. Se le revelaba un milagro tras otro.

Y todo esto gracias al sagrado espiritualismo.

El cuerpo espiritual y material

André recibía cada vez más pruebas de que existía una pervivencia eterna después de la muerte material, por lo que intentaba convencer a la humanidad de que el cuerpo espiritual es un cuerpo aparte y que después de haber depuesto el cuerpo material, el ser humano entra en la vida eterna. Además se le demostró que el espíritu es el cuerpo inteligente y que significa el cuerpo de los sentimientos. Gracias a los muchos desdoblamientos que se le concedió vivir por Alcar, le constaba que el ser humano vivía en la tierra para desarrollar sus sentimientos en el espíritu. Y eso era el amor. Después de su último viaje al cielo y al infierno, ya no quedaba nada en su interior que dudara de esta verdad. Cuando alguna cosa lo molestaba, Alcar hacía que lo viviera, por lo que estaba conociendo varios problemas y se desarrollaba en el espíritu. Vivir muchos estados le era una gran gracia, por la que estaba conociendo la vida espiritual. Sin duda alguna valía la pena ser contado lo que vivía en este estado.

El siguiente acontecimiento también fue muy curioso. Algún tiempo ya antes de que se le concediera vivir este problema, había leído un libro de un escritor afamado sobre la vida de San Francisco de Asís. La historia como la había reflejado el escritor le pareció muy asombrosa y lo había conmovido mucho. La gran fe y el amor al prójimo de Francisco lo hicieron reflexionar. Un solo estado no le quedó claro y cavilaba mucho al respecto; era la aut-offlagelación que se infligía Francisco. Que hubiera pasado de verdad o no, este caso le interesaba particularmente. No quería dudar de su santidad, pero no entendía que Francisco pudiera lograr el desarrollo flagelándose. Muchos lo considerarían un tonto pero no lo dejaba en paz; ya llevaba unos cuantos meses reflexionando sobre el asunto.

A él (a Francisco) le encantaba lanzarse desnudo a un arbusto con espinas, de modo que la sangre le bajara chorreando por todo el cuerpo, pero que eso le permitiera obtener esta elevada sintonización espiritual, eso le era precisamente el misterio.

André sentía todo el respeto para el santo. Este era un ser humano con un gran sentimiento sagrado ante quien inclinaba hondamente la cabeza. Pero consideraba que era equivocado pensar en él. Él también quería avanzar y porque Alcar le había aclarado que el ser humano tendría que vivir la vida, no entendía cómo todo esto era posible ni cómo podía ser así. Una mujer que en la tierra no se convertía en madre pero anhelaba la maternidad, volvía a la tierra para vivir esta. ¿Podría esta misma madre liberarse de su anhelo de otra manera? Estos, pues, eran los problemas cuya solución no le parecía tan

sencilla.

Una mujer que anhelara la maternidad ¿podría destruir y superar su anhelo flagelándose? ¿Era posible? Entonces, ¿para qué servía la vida? Se contestaba en repetidas ocasiones, pero no llegaba a un resultado. Pero ¿cómo se iba a llegar en una pequeña vida terrenal a un estado tan elevado flagelándose?

El santo rezaba día y noche, se sacrificaba por toda la vida, pero entonces, ¿para qué hacía falta flagelarse? ¿Para reprimir las pasiones? Vivía una vida inmaculada; ¿acaso no era suficiente? Una vez más: no quería dudar de su santidad, pero no lo dejaba en paz. Vez tras vez se sorprendía a sí mismo pensando de nuevo en Francisco, y no conseguía de ninguna manera liberarse de esa obsesión. Y luego se sumaba a eso, y era un primer factor, que André quería que su vida terrenal valiera la pena. Quería significar algo para los demás. Y fueran los medios que fueran, quería recurrir a ellos para asimilar posesiones espirituales, para que cuando él también hiciera la transición, poseyera luz en la vida eterna. Quería hacer lo que fuera para eso, para cada ser se daba en amor puro y estaría dispuesto a dar su vida por cualquiera si se le pidiera. No era la vanidad de ser algo; sabía lo insignificante que era. Hacía las pinturas más hermosas y aun así no se atrevía a hacerse pasar por pintor. Si Wolff y muchos otros ya no pintaran a través de él, también habría desaparecido su talento. Así era también en el caso de ver y curar. Si Alcar no lo ayudaba, no había manera de lograr un diagnóstico. Y es que sabía que no podía hacerlo ni podría hacerlo nunca sin su ayuda. No era nada y seguiría siendo nada, era un instrumento. Pero lo que entendía de sobra era esto: si se esforzaba queriendo darse puramente, Alcar lo desarrollaría en el espíritu, lo que significaba el oro espiritual del otro lado. ¿Era esto vanidad? ¿Pues no! Solo quería ser algo para otros; por eso hacía todo lo posible por asimilar los tesoros del espíritu. Por eso este problema no lo soltaba.

Una noche se acostó temprano, cansado. Pero no podía conciliar el sueño, pues Francisco lo mantenía ocupado. Se preguntaba si Alcar sabría cómo se pasaba el tiempo cavilando. ¿No era de su incumbencia? ¿O estos no eran estados para Alcar? Llevaba meses pensándolo y no le era posible encontrarle una salida. Después de haber vivido su último estado milagroso, ya no se atrevía a preguntarle nada a Alcar, porque cuando resultaba necesario, se le ayudaba. Ahora sin duda que pensaría que todo era ridículo y tendría que arreglárselas solo.

Y es que, ¿en qué se estaba metiendo? ¿Por qué había leído el libro y tomado todo literalmente? Por supuesto que no estaba bien, pero ¿qué podía cambiar al respecto a estas alturas? Desconectarse de todo, pero ¿cómo? Cuántas veces no iban ya que lo había arrojado lejos de él, y aun así se le volvía a colar en el alma. Se enojaba y sentía que su concentración seguía siendo tan débil. Hacía algunas noches incluso había soñado con el asunto. Le parecía terrible. Ya ni

siquiera podía dormir tranquilamente. Soñaba que Francisco lo había mandado llamar y que le había hablado de su vida. Le dijo lo siguiente:

—Sé de tus pensamientos y ya sé qué podemos hacer, acompáñame.

Lo había llevado a un gran jardín detrás de un convento y le dijo:

—Mira allí, lánzate y sabrás de una vez cómo es todo.

Francisco lo señalaba un arbusto con espinas. Al hacerlo se le quedó mirando, como diciendo: ya sé que no te atreves, y André se lanzó desnudo sobre el arbusto con espinas, de modo que por todos lados le chorreaba la sangre del cuerpo. Pero al despertar por la mañana y recordar su sueño, no se le notaba nada en el cuerpo, así que había sido un sueño de verdad.

Y ahora estaba otra vez cavilando sobre el mismo problema. Llegaría a volverlo loco si no se le libraba de esto pronto. Se concentraba como nunca antes, pues quería dormir. Estar despierto la mitad de las noches, tener sueños insignificantes, eso no le aportaba nada. Pensó, ‘Rezaré hasta quedarme dormido’. Lo logró por completo; la oración lo sumió en un sueño profundo.

No sabía cuánto había dormido cuando pensó oír que se pronunciaba su nombre. Miró a su alrededor pero no vio a nadie.

De nuevo oyó:

—¿André?

¿Quién era el que lo llamaba? ¿Venían a recogerlo de nuevo para alguna cosa? Pero bueno, ¿qué era eso? Estaba al lado de su cuerpo. Recordó de inmediato su viaje nocturno anterior. ¿Lo necesitaban? ¿Quién lo había liberado? ¿Alcar? ¿Dónde estaba su líder espiritual? ¿Serían otros problemas más que él iba a vivir? Cuando se le concedió curar a Annie, también habían venido a buscarlo dos desconocidos y cuando se le fue aclarado todo, habían sido Alcar y el maestro de este. Qué mal había pensado de ellos, ahora quería evitarlo. Pero tendría que tener cuidado y no acompañarlos sin más, pues no podía saber si finalmente sí eran infelices los que se le habían acercado.

De nuevo oyó:

—André, ¿podría seguirnos?

‘Seguirlos’, pensó, ‘¿a dónde?’. Por el sonido oía que no eran espíritus infelices, porque había amor en ellos; en el espíritu eso se siente y oye de inmediato. De este lado, un demonio no podía ocultarse; se le podría reconocer por un estado o por otro.

Ante él estaban dos seres, envueltos en una emanación ligera. Los veía aunque fueran como sombras. Seguía sin oír nada de su líder espiritual. En ese mismo instante le entró una fuerza de amor, la misma sensación que cuando habían venido a buscarlo para Annie y por eso estaba firmemente decidido a acompañarlos. Se les acercó sintiendo que estaba siendo elevado y que se alejaban de la tierra.

‘Vaya’, pensó, ‘es un viaje a las esferas’. Así que este estado era otro que el

de Annie. En un vuelo veloz dejaron la tierra y sentía mucha curiosidad por saber a dónde se le llevaría.

André miró el cielo y se asustó. Esto no estaba bien. No conocía un estado similar ni se lo había enseñado Alcar. El cielo estaba amarillo. Eso era imposible, ¿no? ¿Cómo podía ser un cielo amarillo? Nunca había oído eso. ¿Se podían encontrar estos cielos de este lado? Le pareció anormal, no era natural. Conocía la luz del cielo desde las regiones oscuras hasta en la quinta esfera, pero un cielo como este nunca había podido observar. Se propuso redoblar sus precauciones. Vio un paisaje con árboles amarillos y plantas amarillas; todo era amarillo. ¿Podía ser natural? Pues no. Era falso. ¿Lo estaban llevando hacia estados antinaturales? ¿Se le estaba poniendo a prueba? ¿De qué servía todo esto?

Seguían planeando más y más, y sentía que ambos espíritus invisibles tiraban de él.

Finalmente, se detuvieron. Estaba en una montaña alta y miraba hacia un valle hondo que tenía frente a él. André sintió que se le había puesto ante un estado, porque ante él había un sendero que serpenteaba por el valle. Al otro lado vio un gran edificio. El único en este espacio inabarcable con la vista. ¿Tenía que descender? ¿Era esa la intención de ellos? Y de inmediato le entró la sensación de que era su intención; tendría que recorrer ese sendero. Todo era extraño, antinatural y misterioso. ¿Por qué no se le hablaba? ¿No volvería? Nadie podía detenerlo en eso. Había aprendido y sabía concentrarse cuando amenazaba peligro. Aun así sentía curiosidad por saber lo que significaría todo esto.

Descendió y le tomó mucho tiempo llegar al otro lado. Finalmente, se encontró justo frente a un castillo que parecía haber brotado de la tierra. Se detuvo para reflexionar.

Era un edificio viejo, edificado con bloques de piedra amarillentos. Esto tampoco era natural. No veía un alma y reinaba un silencio cargado, lo que le causó una impresión desagradable. Una gran puerta, que se parecía más a un portón, obstruía la entrada.

Volvió a mirar en la naturaleza, pero no vio ni un ser vivo, y también sus acompañantes habían desaparecido. El silencio le causó temor. Aquí, la vida se había quedado dormida. No había viento para refrescar la naturaleza, solo un clima muerto, antinatural y misterioso. Aquí ningún ser humano podría sentirse feliz. Entonces prefería estar y seguir en la tierra. ¿Qué viviría allí tras estas gruesas puertas? ¿Personas? ¿Y dónde estaban los que habían ido por él? ¿Era este el final de su viaje? ¿Tenía que entrar aquí? Todas estas preguntas le atormentaban la cabeza. Se acercó un poco, tal vez llegaba una solución. Pero cuando se hubo acercado unos metros, la puerta se abrió por sí sola, por lo que se asustó mucho. Se quedó rígido como un palo. 'Ahora sí que nos vamos

a enterar', pensó. No obstante, no apareció ningún ser humano. Le temblaban las piernas. Y ahora, ¿qué significaba esto? Miró en un largo pasillo, pero no vio a nadie. ¿Habría alguien detrás de la puerta? No, no era posible, la puerta cerraba hasta pegada a la pared, lo que observó con una ojeada.

Pero entonces, ¿qué o quién le había abierto? ¿Lo estaban esperando aquí? ¿Dónde estaba Alcar? Tras esta pregunta sintió de nuevo que Alcar velaba por él, y entró. No había terminado de cruzar el umbral cuando vio ante él a sus amigos invisibles. El largo pasillo tenía suelo de losa y nuevamente todo era amarillo y desnudo. Ahora estaba ante una larga escalera, por la que descendió. Contó los peldaños y le pareció muy extraño que pensara en todos esos elementos secundarios. Una vez abajo estaba de nuevo ante un largo pasillo, que recorrieron hasta el final y que desembocaba en una gran sala.

Se volvió a detener para reflexionar sobre todas estas cosas. ¿Qué tipo de edificio era ese? ¿Por qué lo llevaban a una sala subterránea? Vio muchos pilares que sustentaban el edificio a modo de fundamentos. Aquí también todo era amarillo. No se veían otros colores. Ya se había acostumbrado y ahora le parecía de lo más normal, a pesar de que supiera que todo era antinatural. En la sala flotaba una densa emanación que no podía atravesar con la mirada. ¿Se le estaba manteniendo todo oculto? ¿Lo pondrían de repente ante hechos consumados? Sentía a sus acompañantes a unos cuantos metros por delante de él. Aun así, estaba tranquilo, sintiendo ya que tenía confianza con ellos. Entendió que tenía que seguir, y lo hizo. Paso a paso fue avanzando, porque estaba seguro de que aquí viviría algo nuevo.

Cuando hubo avanzado unos diez metros, oyó un suave sonido que creyó reconocer. La primera vida que había oído en su largo viaje. ¿Era un ser humano? Se quedó escuchando con atención, y parecía que alguien respirara profundamente. Otra vez siguió avanzando, para sobresaltarse por segunda vez. Allí frente a él vio a tres seres. Uno de ellos estaba desvestido y no llevaba más que un taparrabo doblado alrededor de la cintura. A su lado había otros dos, tipos fuertes, los dos con un látigo en las manos, por lo que de repente entendió esta escena. Llevaban una vestidura amarilla y el único color diferente que había observado hasta ahora en esta tierra fue el cordón negro que traían atado en la cintura. Ahora sintió que se le resolvería una parte de todo este misterio. Había aprendido en la vida después de la muerte que los colores significaban luz. Los cordones negros significaban que viviría lo que tenían planeado hacer. Se filtraba un rayito de luz, pero ¿cuál era ahora todo el problema?

El que se había desvestido era un bello hombre joven de treinta años. ¿Qué querían de él? ¿Eran sus verdugos esos dos tipos fuertes? ¿Lo iban a azotar? Si era cierto, entonces entendió para qué también a él lo habían ido a buscar. Sí, respiró hondo, así que hace rato lo había oído a él. El joven hombre trataba

de juntar todas las fuerzas que tuviera dentro. Sus verdugos esperaron a que estuviera listo y André sintió que el hombre se iba a dejar azotar por voluntad propia.

De repente se acercó a uno de los pilares, ubicándose enfrente, y esperó. André estaba temblando. Reunía todas sus fuerzas, lo sintió claramente. ¿Qué se le quería mostrar aquí? Se concentró en él y supo que se dejaba flagelar por voluntad propia. Ahora lo entendió todo. Esto tenía que ver con él y con Francisco. Ahora se le resolvería también este problema. Aquí podría vivir si flagelarse significaba desarrollo espiritual. Sintió una tremenda tensión. Los verdugos estaban a su izquierda y derecha, esperando una señal de que podrían empezar. André sintió que les dio la señal. Llovía azotes por todas partes y cada azote que se le infligía le dejaba anchos latigazos rojos en el cuerpo. Pronto lo habían molido a golpes, pero aguantó valientemente. ¡Flagelarse! Por fin se le disolvió lo misterioso, aquello que lo había tenido en una terrible tensión durante meses.

Seguían azotándolo, pero no lo aguantaría mucho más. El sudor que le goteaba del cuerpo estaba teñido de rojo. Estaba allí, la cabeza en alto, permitiendo que se le azotara. Era un héroe. André sintió que surgía en su interior una tremenda tensión. Aquí se le estaba ofreciendo una posibilidad de mostrar lo que quería, lo que podría hacer. El joven hombre sonreía a cada azote que se le infligía. Y él también se enardeció con el deseo de vivir lo mismo. Por fin se detuvieron y se lo llevaron. Había logrado mantenerse en pie. ¿Estaría convencido de que le había aportado desarrollo espiritual?

Qué pena que se hubiera ido, se lo habría preguntado. ¿Estaba aquí para el mismo estado que él? Sintió surgir en él una enorme fuerza. Sí, estaba dispuesto. Y cuando hubo decidido interiormente, sus dos acompañantes se acercaron de un salto, listos para flagelarlo.

Vaya vaya, ¿eran sus verdugos? Sin embargo, no lo eran de verdad, él lo quería y no lo harían si él no lo decidía. Pero si lo vivía, quedaría liberado de todos sus problemas. Reflexionó sobre qué haría. Aunque no fuera un arbus-to con espinas, al menos sí era autoflagelación, y le serviría para aprender. No, ahora no quería volver, él también lo quería vivir. Solo ahora vio que se había contado con todo. Él también llevaba una vestidura como la suya, aunque no lo hubiera notado antes. ¿Lo había recibido solo aquí, ahora, mientras que tomaba la decisión de hacerlo? No tuvo tiempo para pensar; lanzó la túnica lejos y se colocó frente a uno de los pilares. Tuvo que quedarse a medio metro de distancia del pilar, pues sentía que no podía avanzar más. Entendió que querían pegarle por delante y por detrás.

El otro estaba apoyado contra el pilar. ¿Era otro estado? André suspiró hondo para reunir todas sus fuerzas. Decidió interiormente que podían empezar y al mismo tiempo cayeron los primeros azotes. Qué terrible fue el

primer golpe. Le lloraba y temblaba el alma. Con cada azote se encogía. ‘Qué terrible’, pensó, ‘¿en qué me he metido! Pronto desfalleceré. No lo aguantaré’. Miró hacia arriba, pensando observar alguna otra luz. ‘Curioso’, pensó, ‘cuando me concentro en esta luz, no siento tanto los golpes’. ¿Era Alcar? Pero no veía más que una ligera emanación. ¿Se le estaba ayudando? ¿Estaba Alcar haciéndolo sentir?

Con cada azote se le rompía la concentración; sentía cómo le latigueaban los azotes. Le ardía el cuerpo como fuego. El sudor le brotó por todos lados y también el sudor de él estaba teñido de rojo. Ni un solo palmo se había librado, de arriba abajo lo habían molido a golpes. Solo la cabeza y los pies se salvaban y también tenía las manos sin latigazos. Ni él mismo entendía de dónde había sacado toda esa fuerza. ¡Qué fuerte podía ser el hombre! Sentía que toda su concentración se había sintonizado con este estado. Sin embargo, se dio cuenta de que las fuerzas le estaban menguando.

Tenía todo el cuerpo tenso, le estaban reventando los músculos. Nunca antes había sentido una fuerza tal en él. Estaba agotando todo, no guardaría reservas. Seguía esforzándose porque sentía que en cualquier momento se desplomaría. Quería mantenerse en pie, como aquel otro. ‘Ay, Dios’, pensó, ‘¿en qué me he metido’. Miró la luz, pues estaba a punto de desfallecer.

Ahora sentía que si quería desistir, se detendrían de inmediato. Con cada brazo que se alzaba sentía ya el azote antes de que le fuera infligido. No, ya no podía más y de inmediato dejaron de azotarlo. La luz también había desaparecido. Y ahora allí estaba. Qué terrible aspecto el de su pobre cuerpo. Estaba impresentable. Las manos, la cabeza y los pies no habían sido alcanzados, todas las demás partes estaban repletas de latigazos rojos como la sangre. Tenía la sensación de tener los ojos desorbitados, y todo estaba sumamente tenso. ¿Dónde estaba su posesión espiritual? No sentía que hubiera cambiado en nada. ¡Y sin embargo había aguantado valerosamente! Fue una amarga desilusión. No había cambiado nada, sino que interiormente seguía siendo el mismo. Estaba convencido, pero había tenido una experiencia deplorable. Había tenido que pagar un precio muy alto antes de que se le resolviera este problema. Maldijo el momento en que el libro había caído en sus manos. Cómo podía la lectura influenciar al ser humano. Había vivido todo en vano. Había sido su propia voluntad y culpa, y Alcar estaría enojado con él. Por las mejillas le corrían lágrimas de tristeza por esta gran decepción. Hace un rato había sabido esconderlas, pero ahora le era imposible. Se sentía destrozado en cuerpo y alma. ¿Había hecho mal? Desde el principio todo había sido anti-natural. Tendría que haber regresado. Este saber lo había pagado caro. Había tenido que pagar cada paso en este sendero con un latigazo. Cuántos azotes no recibirían diferentes seres antes de que también ellos se convencieran del camino equivocado. Al llegar en el más allá, lo sabía a ciencia cierta, muchos

querrían enmendar con azotes, pero entonces ya era demasiado tarde. Pensar en eso, el que aquello le hubiera abierto los ojos, era la pomada para sus heridas que aliviaba los agudos dolores.

¿Qué le quedaba por hacer aquí? Nada, pues. Quería volver a su cuerpo, volver a la tierra. ¿Ya ni siquiera eso sería posible? Lo asaltó un terrible miedo. Se sintió acogido y se alejó en un foganazo. Pronto había alcanzado la tierra y vuelto en su cuerpo material. Despertó con una leve sacudida, consciente de todo lo que había vivido en las esferas. Se sintió muerto de cansancio. No podía mover brazos ni piernas. Sus primeros pensamientos fueron para su líder espiritual. Seguía sin saber nada de él. ¿Lo había arruinado? Eso no era posible, ¿no? ¿Ya no se podía cambiar en nada? En realidad conocía a su líder espiritual como un espíritu del amor y lo único que quería era convencerse. Lo volvería loco si tuviera que estar sin Alcar. Ay, cómo lo atormentaba. Miró el reloj y eran las seis de la mañana. Era la hora en que siempre volvía cuando se le había concedido visitar las esferas con Alcar. ¿Sabría todo Alcar y lo habría ayudado? Quiso darse la vuelta, pero no fue posible. Tenía todo el cuerpo tenso. Todo le dolía. Se quedó profundamente dormido, para despertar alrededor de las ocho. Podía moverse con más facilidad que a las seis. Le había sentado bien este descanso. Salió rápidamente de la cama para vestirse. Se quitó la ropa de dormir y se asustó como nunca antes. ¿Qué le había pasado a su cuerpo? Estaba cubierto de pies a cabeza de estrías. Estaba cubierto de moretones, como lo había vivido su cuerpo espiritual. Ya no quedaba un solo espacio sin heridas, era terrible de ver. Solo tenía el rostro, las manos y los pies sin latigazos. Miró su pobre cuerpo material un largo rato, reviviendo lo que había experimentado esa noche. Se veía de pie ante el pilar y sentía cada golpe que se le infligía. Sintió la tristeza que había sentido después de esta flagelación.

‘Es extraño’, pensó, ‘pero me siento tan intensamente feliz, ¿qué significará?’. No sabía lo que era, pero significaba algo. Había desaparecido de golpe la sensación de decepción. Su cuerpo material había adoptado lo que había vivido en el espíritu. ¿Qué milagro había sucedido? No le cabía duda de que era milagroso. ¿Qué poderes eran con los que estaba conectado? ¿Era esta la intención de Alcar? El cuerpo material había adoptado el estado espiritual, nunca había vivido algo parecido. Se sentía terriblemente cansado pero no tenía dolor, aunque tuviera la piel tensa en todo el cuerpo. Le rogó a Alcar que por favor lo ayudara, pero no oyó nada de él. ¿Eran demonios los que le habían hecho vivir esto? No, no era posible, él mismo lo había deseado.

Se vistió rápidamente, porque su madre se llevaría un gran susto si lo viera así. Sin duda que era muy curioso. Su cuerpo espiritual estaba a miles de millas de distancia de su cuerpo material y aun así aquel había imprimido los acontecimientos en la materia. ¿Cómo era posible? Sabía que al desdoblarse

siempre seguía conectado con su cuerpo a través del cordón fluido. El cordón fluido era el cordón vital que unía ambos cuerpos. Pensaba sentir una solución. Si pudiera ser cierto, entonces era maravilloso aunque muy sencillo. De hecho, no había otra posibilidad. Ambos cuerpos eran un solo estado aunque el hilo fuera invisible. De nuevo volvió en el espíritu al lugar para averiguar cómo se sentía desde allí. Tal vez podía percibir algo. Sentía cómo se hundía y desplazaba, y se concentró. Entonces vio que desde él hasta el cuerpo material iba un delgado cordón plateado que pudo seguir claramente. Vio y sintió que este vivía. ¿Habría este cordón transferido lo vivido? Qué sencillo era entonces. Pero ¿no era su propia fantasía? ¿Sería él tan sensible? En efecto, Alcar le había contado que no podía percibir el cordón fluido, a diferencia de los que tuvieran sintonización cósmica. Sin embargo, qué lejos no estaba de eso. Pero entonces, ¿qué? Él mismo se sorprendía de que estuviera resolviendo este problema. Antes, algo parecido ni siquiera se le habría ocurrido. Siempre esperaba a que Alcar le aclarara todo. También le quedaba claro que este proceso había sido muy distinto a todos los demás estados que se le había concedido vivir. Ahora analizaba todo, pero también se sentía solo por no saber nada de Alcar. ¿Había sido su voluntad hacer que viviera esto?

Volvió de nuevo al cordón vital. Si esto era verdad, entonces qué sensible se había vuelto. Aquí se le demostraba que sus sentimientos estaban fuertemente desarrollados y que el cordón vital poseía esa sensibilidad que podría vivir cualquiera que se desarrollara en el espíritu. Ahora que estaba retomando todo desde el principio hasta el final, ya ni siquiera era un problema. Flagelarse lo había convencido, pero no era posible que tuviera que ver algo con su vestidura material. No había estado en su vestidura material, ¿no? Francisco podía ser un santo pero ese no era el camino, eso sí que lo había sentido con claridad. Volvió a ver otra imagen: desde hace tiempo era un hecho para él, pero para la ciencia sería una maravillosa prueba de que el cuerpo espiritual era un cuerpo separado que pervivía en un estado eterno. ¿Cómo no lo había pensado antes! ¿O no lo aceptarían los eruditos? Para los parapsicólogos era el subconsciente. ¿O podrían establecer otras hipótesis más para destruir esta prueba, para probar lo contrario? ¿Eran fuerzas inconscientes? Era imposible, ¿no? Pues lo había vivido todo conscientemente.

¿Qué oía que se decía allí? “¿Estigmatización?”. ¿Quién le decía eso? No era la voz de Alcar la que oía. “Estigmatización, la sugestión o la concentración en diferentes estados, lo que es sugestión y se manifiesta en el cuerpo”.

La voz había hablado claramente.

¿Sugestión? ¿Sugestionar? ¿Cómo sería posible? ¿Eso dirían? ¿No sabía nada más la ciencia?

¿Cómo podría concentrarse en sí mismo si ya ni siquiera estaba viviendo en su cuerpo? ¿No creían que se desdoblaba? Cuando pintaba y un espíritu

usaba su cuerpo, entonces también estaba desdoblado, ¿no? Y sin embargo se pintaba. ¿Sería posible sin que él mismo supiera nada al respecto? ¿Tendría que mentirse a sí mismo, admitiendo que era cierto? ¿Podía engañarse a sí mismo cuando la fuerza, la conciencia había dejado el cuerpo?

Era otro estado, otro don, pero un desdoblamiento era un desdoblamiento y entonces el espíritu había dejado el cuerpo material. Oh, ahora sentía el gran significado de este desdoblamiento y quería salvar lo que se pudiera. ¿Cómo podrían ser fuerzas inconscientes? Si él no había tenido conciencia de nada; había estado dormido. Su cuerpo espiritual vivía y experimentaba lo que percibía en el espíritu. Ese cuerpo, que en la materia llevaba y conducía la materia, ese cuerpo era el cuerpo eterno que pervivía. Este intelecto espiritual era la vida que duraba eternamente.

¿Qué restaría de este gran acontecimiento si tuviera algo que ver con el subconsciente? Nada, pues, pero no quería rendirse con tanta facilidad. Y es que él mismo lo había vivido. Por haberlo vivido sabía cómo podía vivir el cuerpo espiritual en aquel otro mundo y cómo eran todas estas sintonizaciones.

No, no tenía nada que ver con estigmatización. Era mucho más sencillo. Si tan solo se quisiera aceptar esa única cosa, que el cordón fluido era la fuerza que unía ambos cuerpos y que por eso, además de por su sensibilidad, manifestaba un don aparte en la materia.

Ahora de repente se acordó de su sueño. También en él sentía una conexión. Tenía que ver con este milagro. Francisco lo había llamado y él se había lanzado al arbusto con espinas, pero aun así no le había ocurrido nada a su cuerpo material. No fue más que un sueño. Todavía no sabía salvar el abismo entre estos dos estados. ¿Qué eran en realidad los sueños, y por qué no había despertado lacerado de su sueño? ¿Cómo explicarlo? ¿Había ese sueño sido el subconsciente? Entonces su subconsciente no significaba nada, porque no le decía nada. Esto lo había vivido espiritualmente, es más, había sido consciente de todo lo que le ocurría y se fijaba en todo lo que se iba encontrando en su viaje. Su sueño, en cambio, fue un sueño de verdad, que no significaba nada. Cuanto más reflexionaba, más nítidamente se le manifestaba todo, de modo que podía entender lo milagroso. Y qué sensible era el ser humano que estuviera sintonizado con la vida más allá. Cuando pensó: 'ya no puedo más', se habían detenido de inmediato. En la tierra habría tenido que gritar a voz en cuello para que lo oyeran. Conocía esas fuerzas, era la posesión de un amor más refinado, una sintonización más elevada que la de la tierra.

Ahora también entendía por qué había tenido que vivirlo todo conscientemente. ¡Si no, no habría entendido nada de todo esto! Cuanto más reflexionaba, más sentía que iba pisando tierra firme, lo que le significaba un apoyo para este estado.

Entonces también entendía por qué su líder espiritual no se dejaba ver;

tendría que vivir esto solo, para analizar todo él mismo. Había sido su propia voluntad, solo que Alcar le había dado una oportunidad para poder vivir este problema. Oh, estaba feliz de que Alcar le quisiera mostrar a través de este acontecimiento lo que sería el cuerpo espiritual y material. Nada más que esto, lo sentía claramente. Era una bella y hermosa prueba de pervivencia eterna. Claro que no sabía aún con seguridad si sería así, pero casi no había otra posibilidad. Esperaría hasta que su líder espiritual le aclarara todo.

No obstante, no fluía en él más que felicidad; no por nada se había dejado flagelar. Para ese tipo de pruebas podían golpearlo a muerte, si eso convencía a la humanidad de que el cuerpo espiritual era el eterno cuerpo intelectual que pervivía.

La ciencia no podría oponer nada a eso, porque entonces tendría que ser una autosugestión inconsciente y esas no eran las ciencias. En este mundo todavía no se conocían las ciencias inconscientes, en la tierra no tenían posibilidades de existir. Era nada porque era inconsciente.

La estigmatización y la concentración o el subconsciente no eran posibles; era como lo había vivido, que el cuerpo espiritual es el cuerpo intelectual que pervive eternamente.

Se sentía tranquilo y estaba feliz por haber podido vivirlo. Por la tarde oyó a su líder espiritual Alcar:

—Bien, hijo mío. Aquí estoy de nuevo, para aclararte y esclarecerte muchos acontecimientos. ¿No duró demasiado, André?

André se conmovió al volver a oír la voz amorosa de Alcar. Cómo había deseado ese sonido.

—Te aclararé algunos estados, todos los demás los entendiste ya. Todo fue trabajo mío, André, porque tú mismo lo quisiste. Intenté aclararte lo antinatural que es todo y te dejé vivirlo todo en el espíritu. De nuestro lado tenemos esos estados para convencer al espíritu de todas las cosas que son antinaturales que ellos tienen por naturales. También te hice ver de antemano lo antinatural, pero tu avidez por aprender te mantenía preso. Te repito, no era mi voluntad que lo vivieras, sino la tuya propia. Así que usé tu voluntad para mostrar que el espíritu es un cuerpo aparte que pervive eternamente. También te ayudé a analizarlo tú mismo, por lo que entenderías todo incluso mejor. Así que fui yo quien te habló, aunque mi voz fuera otra, que hice hablar por mí. Te apoyé en todo y también admiré tu valor, por lo que soy feliz; prueba tu voluntad de convencer al ser humano de que hay una pervivencia eterna. Así probaste que haces frente a todo, sin importar cómo venga a ti, para poder hacer felices a los de la tierra. Pero no fue mi voluntad, no lo olvides nunca jamás. Aparte de esta, hay miles de posibilidades más de convencer al ser humano. Sin embargo, soy feliz. Por eso recibirás otro trabajo, por lo que ayudarás a muchos. Has experimentado lo útil que ha sido

este desdoblamiento. Las fuerzas psíquicas que has conocido significarán sabiduría en el espíritu. Por eso se te dio todo conscientemente. Tu sueño fue por mi incidencia, yo te lo hice soñar. Yo era Francisco, André. Así quise mostrarte que un sueño no tiene nada que ver con un desdoblamiento espiritual. Si no hubieras decidido dejarte flagelar, no habría podido darte estas pruebas. ¿Te quedó claro? Aun así no dudé de tus fuerzas ni de tu voluntad, y por eso te mantuve conectado con este estado. Mantuve esta conexión, y lo hice por cuatro razones. En primer lugar, para mostrarte que el espíritu es un cuerpo aparte, que pervive eternamente. En segundo lugar, para comprobar cómo entiendes nuestro trabajo que se te da en el espíritu. En tercer lugar, para hacerte comprender que flagelarse no es el camino para obtener desarrollo espiritual, y en cuarto lugar, para probar que el espiritismo es verdad; que nosotros, que hemos depuesto el cuerpo material, vivimos una vida de felicidad y poseemos un cuerpo intelectual que conducía y guiaba nuestro cuerpo material en la tierra. Y todo esto pude hacerlo porque leíste un libro en el que aparecía aquello de flagelarse. Cuando poseemos instrumentos con sintonización psíquica, podemos convencer a la ciencia de que existe una pervivencia eterna. Tú mismo contestaste a muchas preguntas; respuestas que sentías claramente. Pero yo te volví a conectar en el espíritu y te hice percibir el cordón fluido en sintonización visionaria. ¿Esto también te queda claro?

André entendió porque lo había vivido.

—Así que te hice percibir pasándote una imagen mental. Yo era la luz que percibías a lo largo del acontecimiento. Te apoyé, aunque te hiciera intuir las fuerzas plenas, vivir el conjunto. Te diré cómo es posible que el cuerpo material pueda adoptar experiencias espirituales, o, en otras palabras, cómo una flagelación en el espíritu puede incidir materialmente. Esto sucede por el cordón vital, que ya has sentido, que une ambos cuerpos, aunque el cuerpo espiritual esté separado de la materia. La ciencia, como ya te aclaré en nuestro viaje anterior, ha hecho pruebas para hacer que se desdoblara un médium por la fuerza de un hipnotizador, o sea, de manera forzada. A ese instrumento se le encargó un recado y tenía que cumplirlo. El médium les contaba lo que percibía desde gran distancia y este percibir y hablar se pasaba a través del cordón fluido. El sonido llegaba en un volumen más bajo que cuando el médium hablaba normalmente.

También esos estados los vivirás más adelante por medio de tu propia mediumnidad, cuando se presenten estados parecidos que puedan ser vividos. A la ciencia le pareció muy asombroso, pero pronto se destruyó lo asombroso. En la medida en que un médium posea esta sensibilidad, llegará todo lo que observe a gran distancia, y se reflejará en el cuerpo material. Este don especial que posees ha llegado ahora a este estado de desarrollo, por lo que me fue posible mostrarte todo esto. Pero hay mil otros estados que una flagelación,

hijo mío, por los que podemos vivir todo esto. Pasar estas percepciones espirituales se puede por tanto solamente cuando el instrumento posee esta sensibilidad. Ahora intentaré aclararte el soñar.

André pensó: 'Alcar sabe todo, sabe cómo pienso y siento'.

—Los sueños son más o menos estados de trance. En el sueño hay siete grados de transiciones de trance, de los que el séptimo es la muerte aparente. En la tierra no se conocen estas sintonizaciones, el ser humano no los puede constatar. Solo nos es posible a nosotros, que hemos depuesto el cuerpo material. Para volver a tu sueño: no fue un sueño que tú mismo viviste, es decir, que apareció desde tu estado interior, sino que te fue impuesto por mí. Así que soñabas porque yo lo quería, por mi voluntad y concentración de pensamientos, lo que es un estado aparte. Es decir que el ser humano puede soñar sueños que se le hayan dado en el espíritu. Tu sueño fue un estado de los sentimientos, impreso en el centro de tus sentimientos por concentración y fuerte voluntad. ¿Te quedó claro?

En un sueño residen, como acabo de decir, siete grados. El primer, segundo y tercer grado son el estado de descanso humano, en estos el ser humano extrae la conciencia de los sentimientos a la materia, y en los que por tanto los sentimientos hacen la transición al espíritu. Entonces, la concentración hace la transición al espíritu: eso es la sintonización semidespierta. Este sueño no es profundo, sino proporcional al estado del cuerpo material. Cuando el cuerpo material no goza de salud normal, el ser humano se despierta pronto de un sobresalto, porque en el sueño lo perturban enfermedades de los nervios y otros órganos. Quien se encuentre en este estado, tiene que tener un cuerpo sano si quiere dormir lo suficiente. Cuando el sistema nervioso se contrae o se encuentra en un estado tenso, no es posible un sueño normal, la persona sufre entonces de insomnio. Así que habla por sí solo que la materia puede ejercer una influencia perturbadora en este estado. En el cuarto grado de sueño, el espíritu se sustrae a la materia y el cuerpo material queda liberado de todos los factores perturbadores. Los que se encuentran en esta sintonización dormirán tranquilamente y no despertarán pronto de golpe, porque se ha rebasado la conciencia semidespierta. En esta sintonización, el ser humano se da cuenta de la vida que haya vivido, dependiendo de la salud del cuerpo material, porque la vestidura material no permitirá que se aleje el cuerpo de los sentimientos. Pero también en esto hay miles de sintonizaciones, que dependen de cómo el ser humano se haya desarrollado en el espíritu, y cómo encuentre sintonización. Así que queda claro que el sistema nervioso reacciona al cuerpo de los sentimientos, incluso cuando el ser humano se encuentra en un estado inconsciente, lo que es el sueño. El cuerpo espiritual sigue y es como viva y sienta en la materia. Así que cuando el cuerpo material se encuentra por debajo del nivel de salud normal, la concentración vuelve a

la materia y el cuerpo de los sentimientos rebasa el tercer, segundo y primer grado de sueño, para volver luego en el estado vital consciente y despierto, y hace la transición a la conciencia. Esto es el despertar, por el que los órganos materiales retoman su funcionamiento.

El quinto (grado) es esa sintonización en la que se efectúa la separación entre espíritu y cuerpo material, y en el que los sentimientos hacen la transición al espíritu, lo que hace posible el desdoblamiento. Solo entonces el cuerpo espiritual puede alejarse de la materia y puede ir hacia donde quiera. Es cuando el cuerpo espiritual rebasa la conciencia semidespierta y el espíritu entra a lo conscientemente espiritual. Solo pocos en la tierra poseen el sexto grado. Es un poder de concentración espiritual elevado que se puede alcanzar a través de estudios prolongados. El ser humano que posea estas fuerzas y que pueda forzar la materia según su voluntad y concentración puede dormir más en una hora que los demás en el tiempo normal, que se calcula en ocho horas. Este estado rebasa el del desdoblamiento. Aun así no podrán desdoblarse si no poseen interiormente la sintonización espiritual necesaria. Si son materiales, los atraerá la materia y por lo tanto no será posible en el espíritu. Se sintonizarán de acuerdo a cómo sientan y quieran. Así que es una ley espiritual, que es su sintonización interior con la vida espiritual. Han llegado a ese punto por su concentración, pero no pueden asimilar los tesoros del espíritu, lo que tú sabes hacer porque tus sentimientos encuentran sintonización en el espíritu. No obstante, tu sintonización es la quinta y colinda con la sexta. Estas pruebas ya las hemos hecho juntos y conoces su hermoso efecto. Así que te quedará claro que el ser humano solamente puede desdoblarse conscientemente si se sintoniza en el espíritu y se posee esta sintonización.

El séptimo grado de sueño es la muerte aparente. Entonces las auras vitales se disuelven en el espíritu. Esto se puede percibir claramente en el cuerpo material. Hay quienes lo han logrado por concentración y fuerte voluntad. Un ejemplo de ello son los faquires. Se pueden hacer enterrar, quedándose muchos días debajo de la tierra; es más, son capaces de prolongar y fortalecer su vida en la tierra succionándoles los jugos vitales a otros. Cuando se hacen enterrar, el cuerpo material se alimenta y se mantiene a través del cordón fluido. Para entrar en este estado, el faquir necesita algunas horas de profunda oscuridad. Esta hace falta porque el aura vital se disuelve en la luz natural, por lo que él no llegaría a la meta que se ha propuesto. Después se le puede enterrar, y aparecerá vivo incluso después de mucho tiempo. Su concentración está sintonizada con el cuerpo material de manera afiladísima y tienen a este en su poder por completo, y pueden someter la materia a su voluntad.

En las esferas oscuras te conté cuál es el funcionamiento de las auras vitales. Las auras son fuerzas vitales que alimentan la materia a través de las

fuerzas de los sentimientos de los seres. Cuando las auras vitales no se pueden extraer, no se puede hablar de muerte aparente. Las auras vitales son las conexiones entre el aliento y los sentimientos. Cuando el ser humano está vivo, el aliento pasa a través de los órganos vitales correspondientes, pero las auras vitales terminan el trabajo de la materia y son los cordones o líneas de conexión entre espíritu y cuerpo material. Cuando uno de los dos está en desorden, es decir, ya sea el aliento, ya sea el aura, resultará en la muerte, o causará un fallo, por lo que se presentan las parálisis cardíacas. Es entonces un fallo espiritual que tiene sus consecuencias materiales, por lo que el cuerpo espiritual se separa del cuerpo material.

El faquir puede por tanto llegar a ese estado de muerte aparente porque le ha quitado al cuerpo material las fuerzas vitales, lo que significa que este queda privado de cualquier incidencia espiritual, a excepción de un uno por ciento de fuerza. Cuando vuelve a su cuerpo material, el aura vital sirve como la corriente eléctrica para echar a andar la máquina. Así que la materia vive, aunque se le haya quitado el funcionamiento. Poseer esta alta concentración es también un don directo de la mediumnidad, para la que también se necesita ayuda espiritual para poder lograrlo. Así que cuando no poseen el don de poder entregarse a nosotros, tampoco se podrá alcanzar.

Solo acerca del sueño y los sueños podría llenar tomos enteros, para desmenuzar y analizar cada transición de los sentimientos. Hice un intento de aclararte todo esto para que entendieras tu propia sintonización. Por eso espero que todo te quede claro. Podría aclararte cómo el cuerpo material pide y reenvía, cómo el espíritu dirige y lleva a cabo su funcionamiento durante la vida terrenal, mientras sea uno con la materia. Pero más tarde recibirás todo esto y te aclararé todas estas transiciones, de las que en la tierra todavía no se sabe ni siente nada. Todos los grados de sueño son estados vitales conscientes e inconscientes, por lo que ahora entenderás lo que te pasó y cómo es posible que tu cuerpo material lo haya adoptado.

Hijo mío, te agradezco tu valor y tu deseo de hacer nuestro trabajo, por lo que recibirás sabiduría en el espíritu, lo que en la tierra consiguen solo pocos. Conocemos y sentimos tu fuerte voluntad de ser algo para los demás, y te haremos vivir según tus propias fuerzas. En unos días también se habrán disipado los síntomas materiales. Por la mañana se me permitió atenuar tus dolores, cuando estabas inmerso en un profundo sueño. Ahora parto, hijo mío, se te aclararán problemas nuevos. Has de saber que te ayudo en todo. Dale gracias a Dios por tu gran y sagrado don. Tu Alcar.

De nuevo se había resuelto un problema y había vivido otro milagro. Qué grande era Alcar. Le agradeció su ayuda y su amor inagotable, y también a Dios le agradeció todo lo que había recibido.

El hombre pone y Dios dispone

André ya lleva mucho tiempo casado y ahora su mujer está embarazada. Habían pasado años de esperar la felicidad que seguía sin querer llegar, y ahora se alegraba de que se le daría una joven vida. Rezaba día tras día para que Dios depusiera en el ser sabiduría, fuerza y amor. Oh, ¡cuánto amaba a los niños! Leía en una joven vida como en un libro abierto y sentía el estado del alma del ser. Podría indicarle a una madre varias transiciones de los sentimientos, por las que conocería a su pequeño. Pero no se atrevía a conectarse con niños, porque una madre no quería que otros metieran las narices con su amor. Si pudiera recibir esta gran felicidad, incidiría en silencio en su hijo, haciéndolo sentir su amor. Se conectaría con el niño precisamente por concentración de los pensamientos, por lo que también se desarrollaría en el espíritu.

Pero cuando cavilaba interiormente sobre todo esto, sintió que iba surgiendo algo en él que perturbaba su felicidad. Era extraño; la sensación le impedía ser feliz por lo que vendría. Cada vez era más potente, a tal grado que ya casi no se atrevía a pensar en su hijo. Cuando su mujer le hablaba sobre el niño, lo que en el fondo era necesario todos los días, lo atravesaba un escalofrío, que no alcanzaba a entender. Entonces mantenía largas conversaciones consigo mismo, preguntándose por qué no podía ser feliz e intentando resolver este misterio. Cuando tocaba la ropita era como si le latiera el corazón más rápidamente y se le cortaba el aliento. Alrededor de esta ropita había algo que percibía claramente. Pero ¿qué? Algo lo retenía para poder esperar desde ahora en plena felicidad el gran momento en el que se le daría la joven vida.

Así pasaron algunos meses. Cuando no se hablaba de ello, también dentro de él había calma y tranquilidad, pero cuando su mujer empezaba a hablar de su posesión, sentía resurgir su miedo, que lo dejaba completamente confundido. No dejaba que notara nada al respecto, quería aclararse él solo. ¿Le sería dado el niño, o pasaría alguna cosa que los privaría de esta felicidad?

Cuando quería preguntarle a su líder espiritual al respecto, no le contestaba y sentía entonces que Alcar no quería hablar de eso. ‘Ahondo demasiado en mis sentimientos’, pensaba entonces, ‘todo está bien, ¿no?’. Su mujer se sentía sana y él tenía que desechar los pensamientos de miedo. Entonces le volvía la felicidad y pensaba en muchas cosas bellas. ¡Qué grande era la felicidad de poder recibir algo así!

Pero después de unos días volvía a ser exactamente la misma cosa. Sentía en él dos fuerzas: sufrimiento y felicidad. El sufrimiento intentaba desplazar la felicidad y a veces el sufrimiento llevaba la peor parte. Pero entonces regre-

saba, interrumpiendo su tranquilidad, de modo que no quedaba nada de sus glorias y la lucha volvía a empezar. Muchas veces reflexionaba sobre quién ganaría, porque le constaba que significaba algo. ¿Estaba Alcar haciéndolo sentir que algo pasaría? ¿Tendrían que volver a renunciar a la felicidad que habían esperado durante años? ¿No les estaba reservado a ellos? Pero no tardaba en desechar enérgicamente también esto y ya no quería creerlo. Quería conservar la joven vida y así se iba haciendo muchas preguntas, contestándolas según sus sentimientos de querer poseer el niño. Sondaba los sentimientos de su mujer, pero no había nada en su estado por lo que debía preocuparse. Día tras día trabajaba y nunca se había sentido tan bien.

De repente Alcar le dijo que tenía que empezar su segundo libro. Oh, eso era maravilloso, entonces no tendría que pensar tanto en su miedo, que no cesaba. Se preparó y esperó las cosas que vendrían. Escribiría, ya lo sabía, sobre todos los estados vividos en el espíritu y en la tierra. Entre ellos estaban las muchas curaciones en la tierra que se le había permitido efectuar a través de Alcar, de las que algunas eran muy asombrosas.

Fue por papel para escribir y algunos días antes de que Alcar empezara, vio toda la obra ante él, y sabía cómo se irían sucediendo los capítulos. No se había perdido nada de todo lo que se le había concedido vivir. Una vez que se le conectaba, terminaba de escribir un capítulo tras otro.

A veces llenaba cien hojas sin pausa, sin querer parar. No sentía cansancio, porque se encontraba en una sintonización especial. Y así es como en algunas semanas terminó toda la obra. Y es que la mediumnidad escritora era un don precioso. Entonces quedaban suspendidos todos los demás dones que poseía y cuando hiciera falta, se podían volver a activar. Cuando escribía ya no sentía nada de la vida terrenal y vivía en otro mundo. A veces permanecía en esta sintonización durante semanas. No debía durar más, porque le suponía demasiado esfuerzo corporal.

A veces vivía estados curiosos. Una mañana había salido de su casa temprano para visitar a sus pacientes. Se fue a pie y en tranvía, ayudó a su gente y cuando estaba en su sala por la tarde de pronto se despertó de golpe. Ni siquiera pudo acordarse si era la tarde o la noche. ‘Vaya, me quedé dormido’, pensó, y se fue corriendo donde su mujer para preguntarle por qué se le había olvidado llamarlo. Entonces lentamente volvía en él su conciencia terrenal, y Alcar le mostraba que había hecho su trabajo bien. Tanto descendía entonces en su vida espiritual.

En otra ocasión, su esposa querida le pidió que la acompañara a dar un paseo. Paró de inmediato y fue con ella a pasear en la gloriosa naturaleza. Habían estado fuera una hora y al volver sintió de inmediato que era acogido en su estado de escritura. Cuando su mujer fue a acompañarlo una hora después, él le preguntó qué tiempo hacía, porque se sentía tan frío e infeliz.

No recordaba nada de la caminata y aun así había hablado con ella de varias cosas.

—Qué extraño —dijo ella. Cuando después se puso a revisar sus escritos, vio que había escrito sobre las regiones oscuras, donde vivían los infelices que se habían olvidado en la tierra. Mientras escribía atraía esas influencias hacia él y estaba conectado con ellas. Una vez ocurrió que mientras escribía oyó decir: “Tocan el timbre, André, y no hay nadie en casa porque tu querida mujer salió”. Se acercó a la puerta dando traspiés, abriéndola con la llave. Allí frente a él había una persona desconocida, a quien preguntó qué quería. Pero era su mujer, que había salido sin llave; pasó a su lado tranquilamente, consciente de que estaba de nuevo en otro mundo. Entonces André no se acordaba de nada después. No obstante, sentía en todo que se velaba por él, podía entregarse de buen grado y sabía que Alcar lo cuidaba. Por eso estaba contento, ahora no podía pensar en ese miedo.

Los capítulos se iban sucediendo, hasta que llegó a un punto que hizo volver su miedo. Había empezado con el cielo y el infierno y figuraba allí un pasaje sobre la clarividencia de la madre. Lo asombroso era que ya había hablado con su mujer al respecto, porque en su estado también ella poseía clarividencia. ‘Pero’, pensó, ‘¿por qué lo escribo precisamente ahora, mientras que ella está en ese estado?’. ¿Era coincidencia? ¿Significaba algo? Lo leyó por lo menos diez veces y por eso sintió que su miedo volvía. En ese capítulo, Alcar les contaba a las madres que volverían a ver a sus pequeños que hicieran la transición. Apoyaba a las madres en su profundo sufrimiento, intentando a la vez aclararles que hacía falta sintonización si querían volver a ver a sus pequeños. Era terrible, le abrasaba el alma. Él se resistía a la sensación con violencia, pero esta no quería ceder. ‘Escribo mi propia pena y dolor’, pensó, ‘mi mujer será la primera a la que Alcar quiera apoyar’. No era posible, ¿no? Reflexionó largo rato y llegó a la terrible conclusión de no seguir escribiendo, e hizo trizas el capítulo. Pensaba que iba a enloquecer. De no haberlo vivido, habría pensado estar bajo influencias malas. Pero se le había concedido vivir todo por desdoblamiento y ahora no dudaba de ello. Aun así se negó enérgicamente.

¡André se estaba rebelando! Nunca había sido así y ya no se conocía a sí mismo. Le rezó con fervor a Dios para que este cáliz fuera apartado de él. Toda la semana esto ocupó su mente y se sentía liberado del miedo. Sin embargo, algo lo corroía por dentro. Ay, ¡qué difícil era! Estaba a punto de destruir lo construido en muchos años de lucha. Rompía por la mitad lo más sagrado, su conexión con Alcar. El que quería dar su vida para el otro lado se negaba a trabajar para él. ¿No era terrible? Se veía a sí mismo en las esferas, y en sentimientos vivió el gran momento en que dejaría otra vez la casa de Alcar. Se veía a sí mismo arrodillándose ante su líder espiritual, diciendo: “No

tengo mucho que contar, pero quiero decirle algo antes de que nos vayamos de aquí”. No quería ni pensarlo, le daban escalofríos sus propias palabras. Le prometió a Alcar que no le complicaría las cosas, y ahora, ¿qué estaba haciendo? Él, el instrumento de Alcar, se negaba. No, era increíble.

En silencio buscó papel, volvió a preparar todo y esperó si su líder espiritual empezaría. Le hacía falta su ayuda, pues solo no lograría nada. Si tuviera que seguir escribiendo solo, se marearía teniendo que distinguir todos esos estados psíquicos y sintonizaciones espirituales que había vivido. Ahora su miedo creció aún más, era el miedo de tener que perder a su líder espiritual. Llevaba noches sin dormir y por dentro pidió perdón, muy fervorosamente, para que por lo menos se le concediera volver a empezar.

Una tarde sintió que Alcar quería escribir y sin decir nada prosiguió. No tardó en terminar el capítulo y había quedado más bello incluso que la primera vez. Después llegaron otros estados diferentes y descendió para dejar constancia del infierno en todo su horror. De nuevo se sentía uno con los que vivían allí. Sus influencias eran tan intensas que incluso incidía en su cuerpo material mientras escribía.

Cuando hubo terminado también eso y su querida mujer, que estaba sentada a su lado, lo miró, de repente exclamó con asombro: “¿Qué viejo pareces! Parece que tuvieras nada menos que sesenta años”. Le contó cómo era posible, intentando liberarse de ello, lo que logró por completo. Era tan sensible que incluso ahora que vivía en su cuerpo material, esas fuerzas todavía tenían influencia en su cuerpo. Entonces lentamente se fue retirando a su vida material consciente y sintió cómo se iba liberando.

Estando en las esferas oscuras con Alcar había conocido sus vidas y sentido sus fuerzas. Lo habían asaltado varias veces. Ahora estaba feliz de que eso también fuera algo del pasado. Después de las esferas oscuras empezó con las elevadas y sintió que volvía en él su miedo. Era el capítulo en el que Alcar le mostraba la esfera de los niños y volvía a hablarles a las madres que se quedaban atrás para apoyarlas. Su miedo se incrementó aún más cuando Alcar le dijo que por ahora lo dejara; seguiría más tarde. Esta espera significaba algo. Alcar había parado allí donde les decía a las madres afligidas dónde vivían sus pequeños. ¿Pensó nuevamente en el niño! ¿Será que tiene que morir de todos modos? De nueva cuenta el sufrimiento destrozó, hizo trizas y pulverizó la felicidad. Su felicidad fue solo breve y el sufrimiento volvió a colarse en su alma.

No le mostraba nada a su mujer, no había posibilidad de que lo hiciera. Aun así sentía que tenía que prepararla y empezó una conversación con ella sobre las esferas:

—Escúchame por favor, Anna, te leeré algo de la esfera de los niños, para que oigas lo bello que es allí donde viven los pequeños de la tierra, que hi-

cieron la transición a corta edad. Oh, es un lugar tan hermoso. Allí, los pequeños viven en palacios y ningún niño de la realeza de la tierra poseerá la felicidad que ellos sienten allí. Ya te he hablado de esto antes, pero ahora se ha demostrado.

Pero ella no quiso saber de ninguna esfera y André sintió que tenía que parar.

Pensó que era un bruto por haber tocado el asunto ahora que ella se encontraba en este estado. No obstante, volvió a surgir en él ese fuerte deseo y volvió a empezar a prepararla.

—Si tienes tiempo, no dejes de leerlo —dijo, y esperó a que ella reaccionara. Pero no lo hizo. Temblaba por dentro cuando pensaba lo que le vendría encima a esta joven madre. Otra noche, cuando sintió que era posible, empezó de nuevo a hablarle sobre las esferas de los niños.

—Ven, por qué no me escuchas —le dijo. André sintió que se le conectaba interiormente y le contó lo que percibía en estado clarividente—. Allí, hay espíritus elevados que educan a los pequeños.

Habló con fervor y sintió que había depuesto todas sus fuerzas en su terrible alegato.

—Qué hermoso y bello es todo, que a uno le sea concedido vivirlo como ser humano terrenal, y cuando hay gente que tiene que echar de menos a sus pequeños, poder apoyarla de esta manera. Qué gran gracia es, ¿no te parece a ti también?

—Sí —dijo de repente—, pero no querrás echar de menos al pequeño, ¿verdad? Por más buena y bella que sea su vida allí, no querrás desprenderte de tu hijo, ¿no?

André sintió resistencia.

—Echar de menos, no, eso no —continuó—, y es que lo volverás a ver. Allí seguirá creciendo y te esperará en radiante belleza cuando nosotros algún día hagamos la transición también. La conexión es eterna y tu estás conectada con el niño, ¿verdad?

En este momento estaba arriesgando todo. Intentaba con vehemencia ocultar su estado interior, y le dijo:

—Pero ahora imagínate, nunca se sabe cuál es la voluntad de Dios, que se nos quitara.

La sondaba para intuir su estado interior.

—Entonces, Dios llama al ser consigo y queda protegido de mucha pena y dolor. Es un gran apoyo para muchas madres, ¿verdad?

—Pues será muy cierto todo eso —dijo—, pero no querrás perderlo, ¿no?

De nuevo estaba donde había empezado. De todos modos había que hacerlo, todavía no era necesario que supiera nada; aunque solo quedara una pequeña chispa en ella, más adelante sería su apoyo para retomar su vida.

Con timidez empezó:

—Si lees lo terrible que es... —Pero no pudo seguir; ella lo interrumpió, diciendo:

—Por el amor de Dios, para ya, tú siempre con tu morir. No quiero echar de menos a Gommel, ni a cambio de mil cielos y palacios, quiero quedarme con Gommel y ya basta de hablar de esto.

André se asustó. Había ido demasiado lejos. ‘Gommel’ pensó, ‘Y esa, ¿qué clase de palabra será?’. Ella era vienesa y le dijo que era su dialecto y que traducido significaba pequeño gnomo. Era su apelativo cariñoso para el pequeño que llevaba.

—Este verano iré a pasear con Gommel —añadió, para ir a mirar al mismo tiempo la ropita que ya le había hecho a su Gommel. André pensó, ‘He ido demasiado lejos, ojalá no sienta mi miedo’. Tenía el corazón desgarrado, sangrando. Y es que solo él poseía ese conocimiento. Se sentía desesperado y su miedo se hacía cada vez más grande, más intenso. ¿Habría sentido algo? Cuando regresó la volvió a sondar, aunque ahora para sentir si había notado algo. Se propuso no decir una palabra más sobre el asunto.

Le dijo:

—¡Los paseos que daremos este verano!

La tocó de lleno en lo que le interesaba y ella misma siguió hablando de ello. André se sintió feliz al darse cuenta de que ella no había ahondado en lo que había dicho él un poco antes.

Su felicidad estaba en ella y era su saber; su sintonización era tan diferente que la suya. Era la posesión de la vida, de la que ella no dudaba un segundo.

¿Ahora qué? Se había asustado de sí mismo. Era verdad que era cruel hablar de un estado semejante cuando todo aún tendría que confirmarse. ¿Qué cosas no podrían pasar todavía? No, se pareció extraño a sí mismo, no tenía que reflexionar tanto sobre esto. Aun así pensó: ‘Imagínate que lo acepto absolutamente, ¿podría entonces seguir escondiéndoselo?’. ¿No hace falta para eso un poder sobrehumano? ¿Poseería esa fuerza como ser humano terrenal? ¿Cuál era el propósito de todo esto? ¿Podía procesarlo? Intentó desplazarse en ese estado, pero sintió que sucumbiría. Ya llevaba seis meses dudando para aceptarlo. Seguía planeando entre dos estados de sentimientos, era sí o no. Sí significaba pena y dolor, y no, felicidad. El “no” estaba lo más cerca de él y era lo más difícil de retener. El “sí” se volvía a colar vez tras vez en su alma y entonces sentía una lucha a vida y muerte.

Si Alcar se lo hacía ver sin dejar lugar a dudas, ¿seguiría dudando incluso entonces? Cuando por la mañana iba a ver a sus pacientes, dejaba sus escritos de tal modo que ella lo tendría que ver, pero no decía una sola palabra sobre el asunto. No se le podía alcanzar; no podía penetrar en ese muro de felicidad. Estaba a su alrededor como una fortaleza, no permitía que nada se

lo quitara.

Unos días después tuvo una preciosa visión. Se veía desplazado a una institución en la que una madre daba a luz. Lo vivía todo. Era un espectador invisible. Pero por más que quisiera, no podía observar a la madre, era como si se la mantuviera invisible. Traía al mundo a una niña. Estaba muerta y él entendía que detrás de esta visión se ocultaba una gran verdad. Por más que se concentrara, no lograba verle la cara. ‘Una niña’, pensó, ‘y muerta?’. No sería posible, ¿no? Se le rompía el corazón interiormente; se sentía herido hasta sangrar. El poder invisible le regresaba una y otra vez hasta que aceptó. Pero no quería aceptar, ¡quería la niña, nada más que la joven vida! Qué terrible era ser clarividente y ver y sentir todo de antemano. La sensibilidad era hermosa, pero para él no era ahora más que lucha, una lucha contra su felicidad.

No podía ser que no se le dejara en paz. Una y otra vez sentía una incidencia misteriosa. ¿Era Alcar? ¿Quién más podría ser? Pero provocaba a ese poder invisible y se propuso con absoluta firmeza quitarse todo de encima. Ahora había llegado a ser una lucha abierta entre él y las fuerzas invisibles. Se le quería imponer algo, nada más que miseria, nada más que tristeza, no lo buscaban para nada más. ‘Vengan si quieren’, pensó, ‘no lo acepto, nunca, sin importar quién sea’. No quería ver ni oír ni sentir, todos los dones estaban suspendidos ante este problema, no se les podía poner en marcha.

Sentía claramente que jugaba a las escondidas, y tenía cierta curiosidad por saber quién ganaría. Era un juego cruel, como jugarían pocos en la tierra. No, nunca se le habría ocurrido a él mismo; ¿cómo se explicaba, cómo era posible llegar a estar en una situación así?

Llamaba sin duda la atención que se le ayudara en todo lo que atañía a sus otros dones. En todo sentía a Alcar, aunque sabía muy bien que precisamente chocaba con este problema. No se atrevía ni a pensarlo. No se atrevía a pensar ni en las esferas ni en los desdoblamientos ni en las pinturas, en nada. Hacía su trabajo en pleno amor, pero para este conocimiento no se le podía alcanzar. Así volvieron a pasar algunos días, hasta que Anna de repente le preguntó:

—¿Qué piensas que será?

¿Lo que será? Lo alcanzó un puñal, porque era como ser conectado de repente con su visión. Lo conmovió mucho y le despedazó el corazón.

Le contestó que todavía no lo sabía, pero su lucha había vuelto a empezar. De nuevo pensó en su visión. Intentaba de todos modos conectarse para volver a percibir el acontecimiento. Pero por más que se esforzara, no veía nada, no era posible la conexión. Y de nuevo se lo quitó de encima y dejó de pensar en el asunto. Aun así estaba convencido de que jugaba un juego terrible. Era una comedia como nunca había interpretado y él mismo era el

primer actor. Una noche su líder espiritual le comunicó que quería dibujar. Para la criatura, añadió Alcar, lo que lo hizo feliz. ‘Ya lo ves’, pensó, ‘me preocupo por nada. Todo es precioso. Se siente bien, ni una nube en el horizonte que oscurezca la luz. Alcar incluso dibuja’. No podría esperar, no esperaría más, ¿no? Su querida esposa estaba feliz de que desde el otro lado se mostrara interés por su Gommel.

Alcar le dijo que tenía que colgar el dibujo o bien encima de la cuna de la niña, o bien encima de la cama de ellos, y cuando André se lo comunicó a su esposa, ella dijo:

—No, si es para Gommel, tendrá que colgar también encima de su cunita.

André tenía otra vez nueva materia de reflexión. ¿Por qué tan categóricamente encima de su cuna o bien encima de la cama de ellos? ¿Significaba eso también otra cosa y era la intención que precisamente no se colgara encima de su cuna? Pero no tuvo mucho tiempo para reflexionar, pues Alcar lo puso en trance y se había sintonizado su interés en ello. Resultó un dibujo precioso. La primera vez que Alcar trabajó en él ya era precioso. Era una estrella de siete picos, con una cruz en el centro.

Después Alcar dejó el dibujo algunos días y André tuvo tiempo de reflexionar. No le gustaba la cruz dibujada en el centro. No era una cruz como las que Alcar siempre dibujaba en sus obras, con las que representaba fe y amor. La estrella era Belén, el nacimiento, pero ¿para qué hacía falta esa cruz? Nunca dibujaba cruces semejantes.

‘Siete picos’, pensó, ‘significa el más allá’. Había siete esferas, en sintonización espiritual. ¿Qué quería decir Alcar con este dibujo? Por enésima vez se rebeló y sintió que su juego había vuelto a empezar desde cero. ¿Alcar su oponente? No, esto era demasiado, estaba yendo demasiado lejos. Si tan solo pudiera enmendar esto. Sentía que había dibujado su propia pena y dolor. Primero había dejado constancia de su miseria; ahora dibujaba sin creerlo. Dibujaba la muerte de su bebé; ay, qué difícil le era aceptarlo. Veía el dibujo rodeado de un velo de luto. La muerte estaba en él, y la sentía. No podía desprenderse de esto, su amigo invisible le había ganado el pulso. Pero esto ya era el colmo. ‘Es cierto que sigo viviendo en la tierra, que sigo pudiendo desprenderme de todo’, pensó, ‘quién quiere impedírmelo?’. Había en él una sensación, que no dejaba de crecer, que lo hacía rebelarse, que lo incitaba a no dibujar. “No dibujes”, oía muy claramente que le decían, “dibujas la muerte de tu propio bebé. ¡Qué clase de padre!”. Oía risas. “¡No dibujes!”. No oía ya otra cosa que estas palabras. Así se acostaba y pasaba horas despierto. Cada vez pensaba en esa voz interior que lo azuzaba contra su líder espiritual. Eran malas influencias que había atraído por negarse. Se quedó dormido en plena rebelión y cuando por la mañana despertó en un mismo estado, lo primero que hizo fue despedazar el dibujo. Cuando tuvo los pedazos en

las manos, sintió un escalofrío. Había ocurrido, no podía cambiar nada al respecto. Por la tarde sintió un terrible remordimiento. ¿Qué había hecho? Había destruido la obra de Alcar y el regalo para ella y para la criatura, así como el amor de ellos.

Sentía a Alcar, pero no se atrevía a mirarlo. Tal vez entendía su terrible lucha. Él también era solo un ser humano, con muchos errores. Aun así era cruel de su parte: había destruido el amor de su bebé. Eso era, supuestamente, un padre de amor. ¿Podría educar al bebé? La nena ni siquiera había pisado el mundo y el padre ya destruía la felicidad de la niña. Él, que quería amar a todo lo que vive, había quitado el amor a tres personas. ¿No era terrible? ¿Podía un padre dibujar la muerte de su propio bebé? No sabía nada de eso, pero se mostraba dispuesto, ¿no? ¿Eso era humano? ¿Eso era amor? Era demasiado basto de su parte mostrarse dispuesto. ¿Era eso lo que quería Alcar? ¿Un espíritu del amor? No, sentía que no había hecho mal en despedazar el dibujo. Se negaba a entregarse. Pero una noche Alcar lo volvió a poner en trance, mientras leía el periódico, y dibujó a través de él. No podía aportar nada, absolutamente nada. Se dibujaba. Ahora se terminó de una vez y quedó precioso. Debajo de la estrella había una rama vital. Un dibujo para el Gommel de su esposa, que la puso muy feliz.

Alcar le dijo algunas palabras, que eran:

—Esto sí que es para la criatura.

Ahora que lo vio terminado, también a él le pareció precioso.

Después de este dibujo, Alcar lo volvió a poner en trance e hizo otro dibujo simbólico. Nuevamente, Alcar le dirigió solo unas cuantas palabras:

—Dibujé un estado del alma.

Era una pieza muy peculiar. La miró durante largo rato, pero no podía encontrar una explicación y la guardó. Ahora esperaba las cosas que vendrían. Pero seguía sin abandonar toda la esperanza de que su hija nacería viva. Había tranquilidad en él, su lucha disminuía. Alcar no le decía nada y André pensó que su líder espiritual ya se lo perdonaría que le hubiera llevado la contraria y que no hubiera entendido su amor. Una noche de nuevo fue ocupado. Había surgido en él tan espontáneamente que después él mismo se puso a temblar. De repente sintió que se le tomaba del brazo derecho. 'Eh', pensó, '¿qué es, y eso ahora qué será?'. Últimamente ya no lo dejaban en paz. No obstante tomó lápiz y papel, y se entregó. Qué extraño, ¿quién lo había agarrado ahora? No salió más que $6 \times 7 - 12 \times 1$, $6 \times 7 - 12 \times 1$, así se llenó toda la hoja. No entendía nada y lo tiró a la papelera. Su mujer le preguntó qué cosas hacía y le dijo que se había incidido en él pero que habían sido números sin significado.

El tiempo fue pasando lentamente. Una tarde los fue a visitar un amigo, que era muy sensitivo. André le mostró el dibujo y lo sondó para ver qué

sentiría. El amigo de repente se quitó el sombrero y André sintió que por dentro temblaba. Ignoraba por qué razón, pero fue un acto peculiar el que había hecho. Lo entendía por completo. A su lado veía a su líder espiritual, incidiendo en él. Fue una incidencia repentina, que desde el otro lado solo se podía sintonizar hacia personas sensitivas. Se le podía alcanzar. Esta fue para él la última prueba, ahora aceptaba. En ese mismo instante vio claramente a su líder espiritual a su lado para mostrárselo a través de otro ser humano. Su amigo no sabía nada de su acto inconsciente, aunque sí sintió, como lo comentó más tarde, que había estado bajo incidencia. El dibujo le pareció milagroso y un valioso regalo.

Ahora André sintió que iba surgiendo en él una profunda tristeza. Se había resistido durante siete meses. Había luchado por su felicidad contra el ser humano invisible que quería convencerlo de una verdad que no quería aceptar. Claro que había otros que lucharían hasta gastar sus últimas fuerzas, pero esta había sido una lucha muy peculiar. El ser humano invisible, que en la tierra se consideraba muerto, lo había vencido. Su felicidad había quedado destruida, el sufrimiento era el vencedor y el “sí” le había ganado al “no” en una lucha lenta pero con cálculos probados. Ahora inclinó profundamente la cabeza cansada ante el vencedor. Había recibido las últimas pruebas de Alcar.

Una vez solo, se arrodilló para pedir perdón durante un largo rato. Su resistencia tenaz se había roto de una vez por todas. Se entregó de buen grado y esperó lo que pasaría. Ojalá todo terminara pronto, anhelaba la verdad. Antes de que partiera su mujer, una amiga suya los fue a visitar para despedirse. Ella también sintió la muerte en el dibujo. Aun así a él ya no le decía nada, solo pensaba en ella y en lo grande que sería su decepción. Estaba llegando, tenía que venírsele encima. Veía acercándose desde lo lejos pena, dolor, nada más que tristeza. La aplastaría; no era posible que ella pudiera guardar a la niña, también su fortaleza se destruiría.

Por fin llegó el momento y en la mañana del 5 de enero la llevó al centro. En ese mismo instante sintió surgir en él dolores peculiares. Era como las mareas, se iba y siempre volvía. Se lo contó y ella también sentía el mismo dolor. Alcar le dijo que lo había conectado con ella y que también él y un médico espiritual la ayudarían y asistirían. Tendría que incidir desde la distancia, para eso se le estaba conectando y sentía los dolores, porque era uno con ella.

Cuando llegó a casa, podía agacharse solo a duras penas. Era asombroso adoptar sus dolores desde la distancia. Y sin embargo así era.

Llegó el seis de enero. A las once de mañana aún no había nacido nada. Ya había hablado por teléfono tres veces y le dijeron que no llamara antes de la una. Pues bien, André volvió a casa. Sentado en su habitación la oía gritar; pensaba volverse loco. Qué suplicio oír y sentir todo desde la distancia. Aun así no podía hacer nada más; tenía que esperar. No, preferiría cien veces

vivirlo él mismo antes que en este estado. Era espantoso oírlo. Como fuera quería pensar en otra cosa que pudiera aliviarlo un poco, pero la sensación volvía a él aún más intensamente. Llegó el mediodía, tendría que esperar una hora más. Rezó con fervor para que sus dolores no fueran tan intensos. Todo era tan antinatural. Sus gritos por ayuda le atravesaban el alma. El tiempo fue pasando lentamente y ya eran las doce y media. La señorita que lo asistía lo llamó a comer. Apenas se había sentado en la mesa, sintió que sus dolores se disolvieron de repente. ¿Dónde habían quedado? Ya se había familiarizado con ellos. Significaba algo. Se sentía completamente libre. Se concentró en ella y la vio frente a él. El bebé, una niña, sin vida. Había nacido a las doce y media. Salió corriendo para hablar por teléfono y le dijeron que tenía que venir en seguida. ‘Ya estamos’, pensó, ‘mal, todo está mal’. No tardó en llegar. Por fin la verdad, que habían querido darle en el segundo mes, pero que no había querido aceptar.

El médico lo estaba esperando.

—¿Cómo está mi esposa, doctor? —preguntó André, antes incluso de que este pudiera pronunciar palabra.

—Bien. —Fue la respuesta.

—Y la niña, ¿muerta, doctor?

—¿Le han dicho algo?

—No, eso no, ya lo sé desde hace siete meses. —En un foganazo pasó ante él su lucha—. ¿Puedo visitarla?

—Claro que sí —contestó, mirándolo como si se hablara un idioma que nunca antes hubiera oído. Extraño, muy extraño le parecía al médico.

Se sentía excepcionalmente tranquilo y quería apoyarla ahora. Un nudo en el cordón umbilical había significado el final para la criatura. Estas situaciones se daban rara vez. Sí se daba alrededor del cuello, pero en este caso la niña se había pasado por él, y se cercenó ella misma la vida. Se apresuró a la sala. Allí yacía, sin Gommel. Su pequeño gnomo había partido. La lucha de él había sido librada, la de ella empezaba. Ella también se sentía impotente. Su felicidad fue solo un sueño, una visión, nada más. Había sentido la felicidad de poder llevar una joven vida, debajo y muy cerca de su corazón; ahora esa felicidad había quedado destrozada, convertida en pena y dolor.

La apoyaba y veía pasar ante él una película. Se le mostraba ahora un trozo de su película vital, tan genuinamente humana, tan trágica y profunda como las películas vitales rara vez serán. Se acordó y vio pasar el momento en que había tenido una conversación con ella sobre la esfera de los niños.

“Iría a caminar con su Gommel y no quería perderselo ni por todo el oro del mundo”.

El hombre ponía, pero Dios disponía.

Ahora ella tendría que seguir viviendo, sin Gommel. André le habló de su

espantosa lucha, que él no había querido aceptar hasta que unos días antes de este final había recibido la convicción. Esto la apoyó y él sintió que la reforzaba.

—Luché durante siete meses, mancillando el amor de Alcar. Le pediré perdón, porque sabe que no soy más que un ser humano y me perdonará. Entrégala, ponla en las manos sagradas de Dios.

Ella se resignó.

—Gommel era demasiado buena para este mundo. Allí, en el lugar del que te conté, allí vive ahora, feliz. No vería un amanecer terrenal.

André era médium, médium en todo. Todo eso significaba que escribía para otros, que los convencía de la pervivencia y que también él viviría en el significado profundo. Viviría todo; no se le regalaba nada, absolutamente nada. Esto era servir a poderes elevados, era la mediumnidad psíquica. Tenía que cumplir una tarea, que levantaría el velo para la humanidad. Tendrían que vaciar este cáliz hasta la última gota, y lo harían. Entendía y sentía todo. Pagaba su mediumnidad con su propia felicidad y con la de ella. Sin embargo, ahora se sentía feliz de que le fuera concedido trabajar para ellos, sí, lo decía con sinceridad, era feliz a pesar de todo.

Pronto su esposa querida se había recuperado y volvió a casa. André llamó a alguien para que enmarcara el dibujo de ella. En el mismo instante en que quiso hablar, oyó que Alcar dijo:

—También el otro, André.

—¿Cómo? ¿Cuál otro? —preguntó por dentro.

—Este —volvió a oír y vio en una visión el otro dibujo. Colgó el gancho y no podía más, se sentía destrozado por tanto amor. Era el dibujo que representaba el estado del alma de la niña. Dos a la vez, era imponente. El primero significaba la muerte, el segundo la transición y la vida eterna. Cómo era posible dar tantas pruebas de la pervivencia a la gente que no quería creer.

Lloró, dejó fluir las lágrimas y sintió a su lado su gran y amoroso Alcar, su líder espiritual, que no estaba enojado con él a pesar de todo, que era amor en todo, que haría que conociera a Dios. Era genuino, suave y grande. Le infundía respeto, nada más que respeto. Era un acontecer formidable. Los muertos vivían y los vivos estaban muertos. Sentía esa verdad. Los muertos llevaban una ciencia que para los vivos era demasiado imponente y que estos no aceptaban. Los muertos sabían todo, pero en aquel momento no quiso aceptar su verdad. Qué grande era el problema. ¿Cuántas pruebas de pervivencia había recibido ya? ¿Acaso la muerte no era intelecto? ¿Se percibía esta gran fuerza? Su lucha habría sido innecesaria de haber aceptado todo de inmediato. Pero ¿habría sabido aguantar? ¿Habría sabido ocultar todo? ¿Quién podría? ¿Era tan extraño que se hubiera rebelado? ¿Acaso no es ci-

erto que todavía no somos más que seres humanos, sercillos humanos con un corazón pequeño y con tan, pero tan poco amor? Sentía sus deficiencias y por eso había estado afligido, había sentido pena y dolor, porque estaba en rebelión. Pero si hubiera entregado todo, todo habría sido diferente. El problema completo se desplegaba claramente ante él, como un libro abierto: primero Alcar se lo había hecho sentir; él no lo había creído. Alcar volvió y escribió para apoyar a su querida esposa y a todas las demás madres. Nuevamente se quitó todo de encima y se liberó de esta verdad. Lo único que quería poseer era eso, el bebé. Luego su visión, también esa la entendía ahora por completo. No se le había permitido ver a su propia mujer, pero habría tenido que prepararse para todo; entonces también todo habría llegado a él en otro estado y habría recibido la fuerza para eso también. Pero no, se liberaba de todo alejándolo lo más que podía y ni siquiera creía lo que percibía. ¿Cómo podía un ser humano engañarse tanto? Había recibido una lección vital, tan intensamente profunda y terrible que le bastaba para toda su vida en la tierra.

Después Alcar dibujó. No quiso creerlo, pero había dibujado la muerte de su hija. Solo ahora permeó en él lo grandes, lo imponentes que eran estas pruebas de la pervivencia eterna. ¿Quién había dibujado por medio de él? ¿Habían sido vibraciones? ¿Vibraciones que no quería recibir? ¿Se conocían en la tierra vibraciones inteligentes que pudieran dibujar?; es más, ¿que supieran de antemano que iba a nacer un niño pero que llegaría al mundo muerto? ¿Conocía la ciencia esas vibraciones? Nunca había oído que existieran vibraciones que vivieran fuera del ser humano, que poseyeran el mismo razonamiento inteligente que Dios le había dado como regalo sagrado solamente al hombre. ¡Lo más divino que se le hubiera dado al hombre! ¿Se conocían en la tierra otros planetas con los que estuvieran conectados? ¿De dónde provenían esas vibraciones inteligentes? ¿De dónde? ¿Lo sabe usted? Vamos, dígame dónde viven vibraciones inteligentes fuera de la sintonización humana. Ciencia, tú también inclina la cabeza ante esta verdad. ¿O es esto el subconsciente? ¿Cómo podría surgir un subconsciente que no quisiera aceptar en concienciación? Es lo mismo que lo que se mencionó más arriba. ¿Conoce usted un subconsciente que no quiera recibir pero que sí recibe? ¿Se puede alcanzar a un ser humano cuando no lo quiere? ¿Puede un ser humano lograr algo cuando no lo quiere, cuando no quiere recibir? Nunca había oído que estos fenómenos pudieran contener verdad. No, despedazaba todo lo que su subconsciente quería darle, lo que esas vibraciones querían contarle. No quería tener nada que ver con su subconsciente ni con las vibraciones. Pero qué grandes, qué potentes en amor eran ambas cosas. Aun así su subconsciente era más fuerte que sus fuerzas conscientes en la vida terrenal. En su conciencia no podía reprimir su subconsciente; este volvía y dibujaba. ¿No tenía el ser humano voluntad propia? Y a su subconsciente, ¿le habría sido

posible detener su vida consciente? ¿Conocía la ciencia algo así? ¿Se conocían esas fuerzas? Él no las conocía, pero conocía otra verdad, una verdad sagrada, bella, y era que los muertos dibujaban por medio de él, que solo eran los que habían vivido en la tierra pero que habían depuesto sus cuerpos materiales. Era tan sencillo e imponente ser feliz por esto.

¿No es una gran felicidad que a uno se le conceda exclamar, y que pueda hacerlo: “¿Ser humano, seguimos viviendo después de deponer nuestra vestidura material, nuestra vida es eterna!”? Un ser que dejó la tierra hace muchos años dibujaba, sabiendo que la hija de André nacería muerta.

Qué poder, qué capacidad de pensamiento, cuánto más grande la sabiduría de ellos que la nuestra. Se inclinará, el hombre se inclinará ante el saber de ellos. El que vivió algún día en la tierra volvió y dibujó para un vivo la transición de su hija. Pero también dibujó la vida eterna. ¿No es un consuelo? ¿No le dice nada a usted? ¿No es imponente cuando uno lo siente? ¿Acaso no hay que inclinarse ante ellos? ¿Es obra del diablo? El que vivía detrás del velo quiso convencerlo el tiempo necesario hasta que lo aceptara. Lo aceptó y había ocurrido.

André sintió surgir en él un poder tremendo. Para esto daba su vida, para esto quería sacrificar todo. Para poder convencer al ser humano en la tierra, para disolver el sufrimiento de miles de personas, para eso quería luchar y ahora agradecía a Dios que se le hubiera permitido vaciar su cáliz hasta la última gota. Ahora que sabía ya no era una lucha, y también su querida esposa se resignaba ante este mensaje sagrado y se conformaba. Ambos sentían la fuerza que les daban quienes vivían detrás del velo.

Para ellos daba su vida; era para todos los seres humanos, para convertir su sufrimiento en felicidad.

Ser humano en la tierra, tus muertos ven, oyen y están contigo para ayudarte, pero los vivos de la tierra son sordos y espiritualmente ciegos. Desgraciadamente, es la verdad, André también lo vivió, mientras que veía, sentía y oía. Pero aun así no quería ver, no quería aceptarlo. Esto es espiritismo, espiritismo sagrado y no es obra del diablo. No es una mesa que baila, sino saber, saber puro de que nuestros muertos están vivos y que nos apoyan y quieren ayudar en todo.

Unos días después de nuevo oyó que le hablaba su líder espiritual, que le dijo:

—Aquí estoy de nuevo, hijo querido, de nuevo estamos juntos.

André lloraba, Alcar era inagotable en amor. Le daba calor a su alma, a la que tanta falta le hacía.

—Escucha, André: el hombre pone, pero Dios dispone. ¿Te queda claro? ¿Lo entiende todo mi hijo? ¿No vale la pena vivir la vida, por más difícil que parezca? El hombre pone y pide: “Padre, que pase de mí este cáliz”, pero Dios

dice: “Vamos, hijo mío, es por tu bien”, y el ser humano sigue su camino, al que se le debe obligar. Otra vez lo estás viendo así. El hombre pone y pregunta: “¿Lo haré así o asá?”. ¿Qué camino recorreré? ¿Este o aquel otro?”. Mucha gente tiene abiertos muchos caminos. Pero ¿cuál es el que hay que recorrer? ¿Derecha o izquierda? No lo saben, porque el camino de Dios es tan difícil de encontrar. Uno de los caminos parece tan fácil, tan ancho y no es tan fácil que se pierdan. Pero el hombre no siente ni ve su propia perdición, pues se deslizará alejándose de ese camino. Y entonces el hombre considera: ¿Tengo que recorrer este camino o aquel otro? Este otro que tienen enfrente es tan difícil y entonces siguen un camino que los lleva directamente a las tinieblas. Y así el hombre sigue suspirando y pregunta: pero ¿qué camino entonces?, y explora todos los caminos vitales que pueda recorrer. Sopesa y pone, pero Dios dispone. Dios le enseña el camino, como también a ti se te ha enseñado el camino. Pero aunque el ser humano no quiera seguir ese camino, algún día lo recorrerá, a pesar de todo. Y si se resiste hasta el final, si sigue poniendo todo en la balanza durante mucho tiempo, aun así Dios los llevará a todos por Su camino, de rodillas si hace falta, porque es el único camino para todos los hombres. Es el camino que lleva a Él y que significa Su camino. Has puesto todo en la balanza durante mucho tiempo, hijo mío. Has recorrido muchos caminos, pero Dios te llevó al Suyo, por el que tenemos que ir todos, y que nos falta por recorrer. Porque es la voluntad de Dios y todos los caminos desembocarán en el Suyo; entonces el humano alcanzará su Dios. Después de largas andanzas, después de muchos pecados, después de muchos pasos en falso, el ser humano llega hasta Dios. Dios ha dispuesto y finalmente todos aceptarán.

¿Tan fácil es encontrar el camino de Dios? No, es muy difícil. Y a la vez también es tan sencillo encontrarlo, y podría ser tan fácil, porque el camino de Dios es un camino de luz; pero el ser humano no quiere verlo. Andan a ciegas y se tapan los ojos con las manos para evitar ver la luz de Dios. A veces lo hacen inconscientemente, pero muchas veces de manera consciente y entonces se blindan con toda intención contra el camino que deben recorrer, errando hasta recapacitar. Hasta que en algún momento el amor de Dios hable en sus corazones y tomen conciencia de que Dios es su Padre de amor. Entonces se destapan los ojos y verán la luz de Dios, en toda su gloria. Entonces el ser humano se inclina mucho, muchísimo, e implora perdón por todos sus caminos equivocados.

Entonces dan las gracias a Dios, a su Padre, por haberles enseñado el camino. Y solo entonces podrán decir: Dios, Tú dispones, porque no puedes consentir que Tu chispa de amor viva en profundas tinieblas y en pecado. André, sopesemos y consideremos en la vida, queramos el bien, entonces también será más fácil de sobrellevar. Lo que Dios dispone, en todo Su gran amor

por nosotros, está bien hecho. Algún día, todos, tanto tú como nosotros, nos veremos ante nuestro Padre Divino. Entonces estaremos ante Él en nuestra plena desnudez y no habrá un solo rincón que no sea iluminado por el amor de Dios. Entonces ya no habrá nada que Dios no sienta. Y aunque las personas estén enfrentadas en la tierra y aunque allí sepan ocultar sus sentimientos más hondos, cuando estén frente al santo Padre ya no habrá un solo rincón, es más: nada que Él no vea, no haya visto, y entonces recorrerán Su camino. Reza a Dios, hijo mío, reza mucho, en cuerpo y alma, por mucha luz, para poder ayudar a otros. Reza para que tus pecados sean iluminados, para que tú mismo puedas ver, y veas siempre, para combatirlos tú mismo. Reza para ver siempre luz ante ti, la luz sagrada de Dios, para que siempre la mantengas delante, para que veas Su camino, de modo que se te pueda dar la verdad. Y una vez que hayas conocido la luz en plena fuerza y que se te haya concedido verla, entonces ni tú ni ningún otro humano querrá ya ver otra. Amén.

Dile que nos encargamos de su pequeña y que su hija vive. Para siempre, para siempre. También dile que, si quiere volver a verla más adelante, tiene que sintonizarse con el ser, lo que solo se puede desarrollando amor en el espíritu. Dios dispuso de esta joven vida. Mi amor, mi lealtad siempre están contigo, donde sea que estés; donde vayas recibirás amor. Ahora te aclararé varios estados. En primer lugar sabía que el bebé vendría, pero también que volvería. Te lo hice sentir de antemano y tú, André, lo tendrías que haber aceptado. No me era concedido dártelo más claramente, no habrías podido cargarlo todo. Ese destello de esperanza te permitió vivir. Tu lucha no habría sido una lucha si hubieras sentido en ti este saber. Aun así lo llevaste a cabo, porque Dios lo quería. La joven vida vino para vivir el proceso de concienciación en la materia. Antes de nacer regresaría. No vería el amanecer. Es una ley que conocemos de este lado y de la que te he hablado en nuestro último viaje. En la vida estaba esa fuerza que no se puede sonar en la tierra, de la que el ser humano no sabe nada.

La vida cercenó la vida y volvió.

Esta fuerza estaba en su subconsciente. Sonda, ser humano, ¿no sientes lo hondo de este acontecer! Esto se lo digo alto y claro a la ciencia, hijo mío. No había nada que se pudiera cambiar en esto. Me lo comunicaron espíritus elevados, por lo que saqué mis cálculos. Cuando tú no aceptaste, fui construyendo mis pruebas, de modo que resultó en toda una fuerza de pruebas. Si hubieras aceptado, no habría sido posible para mí. Yo, hijo mío, puse en ti esas fuerzas que obstaculizaban. Para mí lo que importaba era ver lo que quería mi instrumento. Vaciarías el cáliz hasta el fondo, por lo que luego me estarías agradecido.

Supongo que todo te queda claro, ¿no? Mantuviste una pugna interna que ya no tendrás que volver a librar. Convertí este estado en un gran conjunto

poderoso, exigiéndote todas tus fuerzas para ello, por lo que podrás convencer a la humanidad. Todas las pruebas que te he dado son para demostrar la vida después de la muerte. André, cuanto más hondo el sufrimiento de la gente, tanto más grande su felicidad. Yo jugaba al gato y al ratón, no tú. Yo, hijo mío, le exigí todo a mi instrumento. Reflexiona bien sobre todo, te servirá de apoyo durante tu vida en la tierra. Serás feliz de poder dar ese saber a la humanidad. El ser humano recibe felicidad inmaculada y pura por tu pena, por el dolor de ella. Es el saber de que sus seres queridos viven, en felicidad y amor, para siempre. Ahora puedo demostrar, porque es la voluntad de Dios, que vivimos eternamente.

Por eso le exclamo a la humanidad desde este lado: acepta estas pruebas, son verdaderas y puras. Yo, Alcar, que viví en la tierra hace algunos cientos de años, volví a ti, y dibujé la pena y el dolor en un acontecer humano. Le estoy agradecido a Dios de que se me haya concedido la gracia de poder convencerte de nuestra vida. Qué grande es nuestra felicidad por poder usar instrumentos terrenales para así transmitir nuestra verdad. Hermanas y hermanos, ¡estamos vivos! Todos te esperamos y preparamos todo para ti, para más adelante recibirte de este lado. Por eso te exclamo: tú también ponte en camino con miles a la vez y prosigue tu peregrinación como aquellos que viven de nuestro lado pero que pese a ello ignoran que han muerto en la tierra. Sigam el camino del amor, para poder alcanzar la tierra de amor. Tus seres queridos viven, todos te esperan. Sintoniza con ellos en amor, para que de este lado seas vidente. La vida eterna es una sola realidad.

Ahora te aclararé los dibujos, André. El primero representa la muerte. La estrella de siete picos: el nacimiento y la vida de nuestro lado. La cruz significa el final en la tierra, así como la rama vital quebrada, lo que sentiste claramente. El segundo dibujo representa un ciclo del alma, o la vida eterna. Arriba ves un ave madre; lleva en el pico una cruz con forma de espada. Significa amor, a través de pena y dolor. Arriba a la derecha: el polluelo que vuelve a la madre en paz y felicidad, trayéndole paz y felicidad, nada más que verdad eterna. Ambos están conectados por medio del corazón de amor. La cruz representa el corazón de ella; no hay mayor sufrimiento imaginable para el ser humano que el que una madre deba entregar su posesión. El círculo pequeño es la sintonización en el espíritu del ser. Nuevamente está conectado por amor. Ves la cruz espiritual, la fuerza de su amor. Desde este estado descendió a la tierra la vida. Hay una flecha que desde el espíritu apunta hacia la tierra; así el pedestal es la materia donde iría a vivir la concienciación. Luego una flecha de que volvería en esta vida. El círculo grande significa el ciclo del alma y los diferentes signos son estados vitales que el ser ha recorrido, lo que yo podría llamar reencarnación. La reencarnación solo es útil para poder vivir este proceso en la tierra. Cuando haya completado su ciclo, el ser volverá

en lo divino.

Todo lo que has recibido, André, es verdad sagrada. Cuando yo convenza a algunos, muchos serán felices conmigo. Todavía no estoy listo y vivirás muchos otros estados que te iré aclarando en otros viajes.

Amigos, pueden poner las cosas en la balanza, pero Dios dispone de todos Sus hijos. Dios dispone de su vida, porque la vida es Dios.

Te espera felicidad eterna, eterna. Y a ti, hijo mío, te agradezco tu amor, y también a ella. Saca fuerzas de esta fuente de sabiduría, verdad y luz. Algún día volverá a encontrar su felicidad, en radiante belleza, en felicidad eterna.

Dios da a cada uno su cruz.

Ahora parto.

Tu Alcar.

André seguirá para convencer a la humanidad y usará su don de Dios de forma pura para seguir el camino de Alcar, el camino de la luz.

Epílogo

Estimado lector, estimada lectora:

Alcar quería que me diera a conocer. Te conté acerca de André, pero es mi propia vida. Cuando iba a contar mis vivencias, de repente no pude seguir más y me seguía molestando la palabra “yo”. Alcar también dividió la primera parte y todo es como lo has leído.

Muchos me han reconocido, porque vivo y trabajo en La Haya. Siguen vivos los padres de Doortje, de Wim, de Louis y de Annie, además de ellos mismos. Los dibujos originales están en nuestra casa y quien se interese por verlos puede hacerlo, así como mis demás piezas recibidas en calidad de médium. Todo lo que has leído se me concedió vivirlo por medio de mi líder espiritual Alcar. Me pongo a trabajar, porque también ya está fijada la tercera parte. Estamos convencidos de una pervivencia eterna y esperamos que te apoyará, como lo ha hecho con nosotros y muchos otros, en nuestra difícil vida terrenal. Y por más difícil que sea, no quisiera verme privado de mi don ni por todo el oro del mundo.

Jozef Rulof
La Haya, diciembre de 1935

(Fin de la parte 2)

Parte 3

Prefacio (a la parte 3)

Estimado lector, estimada lectora:

En la segunda parte me di a conocer y conté que se me concedió vivir las curaciones y los desdoblamientos por medio de mi líder espiritual Alcar. Aun así quiero seguir de la manera anterior, contándoles de André.

Todo lo que has leído en las otras dos partes, así como este tercer libro, fue transmitido por mí en verdad. Agradezco a Dios esta gracia y espero que sea una bendición para muchos.

“Que la bendición de Dios esté sobre mi trabajo”.

Jozef Rulof

La Haya, 15 de noviembre de 1936

El después

*El cuerpo muere; liberada de todo lazo el alma
Se va hacia mejores tierras en eternidad amplia,
Donde sí hay luz, belleza y alegría, pero no hay noche ni mañana,
Junto a toda la gente que se adelantó, ahora despreocupada.
Ahora perviviremos allí, siempre anhelando lo elevado,
Tan libres de la tierra, en plena luz, felices y contentos.
Esto es ahora la verdad y encontrarse allí, felicidad y gloria,
Liberados de la dura presión terrenal, nada que temer ya.
Solo es alegría y felicidad, es una gran gloria
Vivir allí, en luz, en amor, uno en todo, en toda eternidad.*

Clarividencia por desdoblamiento

Una tarde André recibió una llamada desde fuera de la ciudad pidiendo que fuera allí, pues un señor de cincuenta años había desaparecido de repente. Estaban muy preocupados porque no volvía y pensaban que habría tenido un accidente. Le preguntó a su líder espiritual si podría irse, pero este le dijo que no fuera, sino que pidiera un objeto para por medio de este constatar lo que había sucedido. Se le envió una corbata, con la petición de mandar una respuesta lo antes posible. Lo que viviría ahora fue muy curioso. Alcar le dijo que se desdoblaría para este estado. Tenía que tomar la corbata en las manos, intentando conectarse con la irradiación del desaparecido. Hizo lo que le dijo su líder espiritual y pronto se sintió aupado en el espíritu y estaba liberándose de su cuerpo. Una vez liberado, podía ir donde quisiera; no había obstáculo alguno. También era para él un fenómeno normal el desdoblamiento, porque se le había concedido vivir varios viajes a las esferas con su líder espiritual. Ahora se encontraba en la vida donde vivían aquellos que habían depuesto el cuerpo material y donde ahora tenía trabajo que hacer. Pensó en el hombre que tenía que buscar; una vez conectado con él viviría lo que le había ocurrido. Sintonizó su concentración con él y sintió que se le alejaba mucho de su cuerpo.

¿Dónde se encontraría? ¿Seguiría vivo? Eran las primeras preguntas que le surgieron. ¿Habría tenido un accidente? También cabría la posibilidad de que hubiera ido a alguna parte, pero que no quería que lo supieran sus familiares. Todo era posible, y André tenía mucha curiosidad por saber dónde se encontraría.

En el caso de algunos desdoblamientos no siempre sabía dónde estaba, pero ahora reconoció la ciudad y el río en cuya orilla se encontraba. Le pareció muy extraño haber llegado a este lugar y reflexionó para darse cuenta de todo. Su irradiación lo había traído aquí y ahora tenía que intentar encontrarlo. ¿Dónde estaba el hombre? ¿Se había ahogado? ¿Tendría que descender hasta el río? Primero revisó todos los alrededores, pero volvió al lugar en el que había estado. No había ni rastro de él. En cualquier caso, el hombre tenía que haber estado aquí, de lo contrario no era posible que hubiera llegado a este lugar. Había sentido la conexión con él nítidamente. ¿Qué tenía que hacer ahora? Volvió a escrutar los alrededores, pero sin ver vida. ‘Entonces no me quedará más que regresar’, pensó, ‘no puedo encontrarlo’. Y cuando estaba a punto de volver, oyó una suave pero clara voz que dijo:

—¿Por qué dudar, André? ¿Por qué quieres regresar a mitad de camino? ¿No es verdad que te he mostrado y aclarado ya varias veces cómo usar tus

fuerzas de este lado? De esta manera no se resolverá este estado. Hice que te desdoblaras para aclararte lo que ocurrió y es posible porque tu desarrollo ha avanzado hasta ese punto. En nuestros viajes anteriores, y también en nuestro viaje al cielo y al infierno, cuando llegamos a la tercera esfera, volvimos a las tinieblas en un fogonazo, por lo que te mostré y aclaré cómo nos desplazamos y conectamos de este lado. Aprendiste que solo era posible por concentración y fuerte voluntad. Cuando quiero establecer una conexión, mantengo mis pensamientos fijos en un punto, por lo que se me conectará, y finalmente se resolverá el problema. Y tú, ¿actúas de acuerdo a eso? Ahora me quedé en mi propia sintonización para observar cómo llevarías todo esto a buen puerto, pero de esta manera nunca lo encontrarás. Su irradiación te trajo a este lugar. Busca en ti mismo cómo has llegado aquí, pero mantén tu concentración enfocada en él, es decir: manteniendo tu conexión con él. Solo aquí, en este lugar, empieza tu trabajo. Sentías que estabas conectado y en el espíritu se mantuvo la conexión. Significa seguir el camino que han recorrido otros. Cuando un médium se conecta con otra vida, la percibe como se sienta en el momento de conexión. Así vivirás ahora lo que le ha pasado y lo podrás encontrar si tu concentración es y se mantiene pura.

También te he aclarado que el ser humano tiene una sintonización de sentimientos en el espíritu, son leyes psíquicas y significan amor. También te enseñé cómo el ser humano tendrá que vivir en la tierra si quiere conquistarse una esfera existencial en el espíritu, lo que de este lado implica luz y felicidad. Pero todo esto sigue sin ser suficiente para convencer al ser humano basto material y por eso te haré vivir todos estos estados, para que conozca las leyes psíquicas. Por diferentes estados quiero demostrarte que si deponen su cuerpo material llegarán aquí según sientan interiormente dependiendo de su vida terrenal; así que la vida terrenal significa la eternidad. ¿Te queda claro, André?

—Sí, Alcar, lo entiendo por completo. Cuando termina la vida terrenal, el ser humano hace la transición al espíritu.

—Y a todo esto, André, quiero llegar haciéndote vivir todos estos estados, por lo que podrán intuir su propia sintonización. Con eso logro que vivan de otra manera, porque sabrán que la vida es eterna y que tendrán que dejar atrás todo lo que pertenezca a la tierra. Quiero hacer que la gente conozca nuestra vida espiritual, incitarla a que se desarrolle en el espíritu, aclararle que el amor es lo más sagrado que Dios nos ha dado y que tiene que sintonizar este sagrado regalo de Dios en el espíritu.

Quiero aclararle después cómo incidimos desde este lado en el ser humano material, para apoyarlo y ayudarlo. En nuestra vida, el amor no significa más que felicidad, nada más que luz y gloria. Por eso te pido con insistencia que no olvides nada de lo que te mostraré y aclararé.

Hace falta toda tu concentración ahora, André, y pregúntamelo cuando algo no te quede claro. Tenemos que descender porque el pobre se ha quitado la vida, lo que pronto verás confirmado.

André descendió hacia el río. Qué milagro para él, ahora que todavía vivía en el cuerpo material y le era concedido conectarse en el espíritu. Así estaba conociendo la vida espiritual. Qué grande era el poder de los que habían depuesto el cuerpo material. Pero los que habían echado a perder su vida en la tierra se encontrarían en las tinieblas y no les sería posible vivir estos estados, pues les faltaba la luz necesaria. El amor es luz, y sin amor, la vida del otro lado es profundas tinieblas.

¿Le creerían las personas si les contaba que había caminado por el lecho de un río, observando? Se encogerían de hombros, burlándose de él. Y aun así era la verdad. Caminaba por el lecho de un río para buscar a una persona, algo que se le concedía vivir gracias a su don. En los primeros años de su desarrollo nunca se le habría ocurrido esta posibilidad. Vivía todos estos milagros como ser humano desdoblado en su cuerpo espiritual. Podía observar hasta muy lejos, alrededor suyo el agua estaba iluminada. Este momento era grandioso.

Oyó a su líder espiritual, quien le dijo que escuchara.

—La luz que observas, André, es tu sintonización en el espíritu, de lo contrario no podrías resolver este estado por desdoblamiento, ni podrías lograr una conexión. Así todo será tinieblas si no se posee amor.

Siguieron avanzando. Muchas veces iba planeando; podía hacerlo a voluntad. A diestro y siniestro pasaban peces nadando, un espectáculo asombroso y hermoso. Vio peces de diferentes tamaños y colores. Si al ser humano en la tierra le fuera concedido vivir esto, sin duda ya se habría convencido de la existencia de una pervivencia eterna. Grande fue su felicidad por ver y sentir con tanta claridad la vida que Dios había puesto en todo. Por eso, poseer amor era el oro espiritual del otro lado. Se esforzaría, pondría todo su empeño, entonces Alcar podría darle sabiduría en el espíritu. Quería esforzarse por eso.

Pensó observar algo allí, frente a donde estaba. ¿Lo veía bien? Allí flotaba algo en el agua que tenía aspecto humano. Sería terrible si era al que tenía que buscar. Cuando se hubo acercado un poco vio que era un ser humano que había dejado la vida terrenal de esta manera.

André se asustó mucho. Qué triste era esta verdad. ¿Era el que estaba perdido u otra persona? Era un final que lo ponía triste. De inmediato oyó a Alcar.

—Terminó con su vida y es el hombre que tenemos que buscar. De lo contrario, no habrías llegado a este lugar. Pronto podrás intuirlo, cuando te conectes con él. Concéntrate en él, percibirás otra verdad que es incluso más

horrorosa que este final.

A André le pareció terrible lo que estaba observando; lo que veía ahora era lo más terrible de todo. Ante él flotaba el cuerpo material, pero al mismo tiempo su cuerpo espiritual seguía conectado con la materia. Qué final tan triste para un ser humano, y entendió lo que significaba esta conexión. El cordón fluido lo mantenía conectado con la materia y tendría que permanecer en este estado hasta que su cuerpo se hubiera descompuesto. En sus viajes anteriores, Alcar ya se lo había aclarado y ahora entendió el triste significado de esta transición adelantada. Ambos estados eran una sola sintonización, porque el espíritu no podía liberarse. No solo sus familiares se encontraban en pena y dolor, sino que él también vivía en la miseria más profunda, lo que no se puede imaginar un ser humano que sigue viviendo en el cuerpo material. Una sola persona causaba tristeza a muchas. Sentía que le iban surgiendo muchísimas preguntas. ¿Qué lo había llevado a la muerte? ¿Habían sido preocupaciones, una enfermedad? ¿Quién había decidido su suerte? ¿Fue culpa propia o había sido asesinado? ¿Qué causa lo había incitado a esta terrible acción? Lo conmovía profundamente y se le encogía el alma al pensar en los que se habían quedado atrás. Qué cruel era desaparecer de repente de la plena vida. Esta no era la intención de Dios, el ser humano tenía que esperar su final. Los que terminaban con su vida quedaban irremediamente perdidos, no solo material, sino también espiritualmente. Pobre hombre. Su transición hacia el otro lado fue un final doloroso. De haber sabido sobre una vida eterna, tal vez no habría llegado tan lejos; este saber lo habría detenido y no habría conocido toda esta miseria en la que se encontraba ahora. La vida era divina y esta vida se encontraba en el estado más miserable en el que se podía encontrar un ser humano. Si pensaba en las regiones elevadas, en las que también este hombre habría encontrado la felicidad, y luego consideraba su estado actual, sentía que se le encogía el corazón.

Qué lejos estaba de la felicidad. Su sufrimiento era hondo, inhumanamente hondo. ¿Qué era la pobreza en la tierra en comparación con esta miseria? Nada. ¿Qué era el sufrimiento terrenal en comparación con su estado? Le estremecía, lo asaltó una profunda tristeza. Le preguntó a su líder espiritual cuál era el significado de esta miseria.

—¿Puede ver, Alcar, qué adelantó su final?

—Intentaré conectarme con él.

André esperó para saber qué vería su líder espiritual.

—Terminó con su vida por preocupaciones terrenales. Pero no eran solo preocupaciones materiales las que lo torturaban, sino que veo que tiene el alma sangrando de tan herida que está. Todo es más triste aún si sabes que su estado interior habría encontrado sintonización con la primera esfera de este lado en caso de que su vida terrenal hubiera terminado normalmente.

Destruyó su sintonización espiritual, toda su posesión de este lado, por haber cometido este terrible acto.

—¿Es posible, Alcar? Me dijo que quedaba excluida la posibilidad cuando estábamos en la esfera de los niños. ¿Puede una persona hundirse más si su sintonización es más elevada?

—Muy bien lo que has sentido, André. Te lo aclararé. Directamente, este estado no tiene que ver nada con su vida terrenal, en otras palabras, él actúa sin quererlo por la influencia de otros. Eso no quiere decir que haya cambiado su nivel espiritual. Es un acto al margen de su vida espiritual. ¿Te quedó claro? Naturalmente, tiene que enmendar todo esto, y por eso se encuentra ahora en este terrible estado. Tal vez sea buena persona, pero en este estado cayó en manos del mal y se quitó la vida.

—Lo entiendo en todo, Alcar.

—De maravilla, André, entonces seguimos. El mal intenta destruir a la humanidad y por eso hay que usar toda la fuerza para mantenerse libre de su influencia. Así que no recae; su estado espiritual se mantiene igual, pero tendrá que enmendar su acción. Así que este es otro estado que el que te mencioné y no olvides que cada acto posee una sintonización cósmica. Mientras que el ser humano viva debajo de la primera esfera espiritual, puede volver a hundirse, porque todavía no ha alcanzado o ha asimilado este grado espiritual de desarrollo.

Su sintonización interior es un estado de los sentimientos material y por eso lo pueden alcanzar los que quieren destruir a la humanidad, porque él mismo busca y quiere esa conexión. De modo que su transición queda fuera de su vida terrenal normal. Así que te quedará claro que un suicida no es necesariamente una mala persona. Muchos terminan con su vida terrenal porque no ven correspondido su amor. Este hombre terminará de vivir su acto en este estado para luego volver a su sintonización anterior.

La gente olvida que la vida es Dios y que no se puede destruir; quien lo hace a pesar de esto peca contra todo lo que son y significan las leyes de Dios. Olvida que Dios les ha impuesto esta lucha, por la que se desarrollarán, por más difícil que les sea. Quienes se olvidan en la vida en la tierra descienden hasta los que se encuentran en las tinieblas, hasta los infelices. Así que su acto es debilidad; evade sus dificultades y perece.

Por eso le digo alto y claro a la humanidad:

“Ser humano en la tierra, haz todo lo que prefieras, vive tu propia vida como tú mismo quieras, pero no la termines, porque la vida es eterna y no se puede destruir. La vida es Dios y volverá a Su vida sagrada. Destruyes todo. No quieres sol, no quieres luz ni luna, no quieres estrellas ni alimento ni amor, mientras que lo necesitas tanto todo en tu vida terrenal, en esa vida en la que sientes, oyes y ves. Tu cuerpo terrenal es material, pero tu cuerpo es-

piritual siente, oye y ve, o sea que vive en el espíritu y, siendo su sintonización material, seguirá anhelándolo, porque no conoce ni siente otra vida. Te quitas la vida terrenal para entrar a la espiritual. De este lado sentirás según tu amor encuentre sintonización en el espíritu. Y cuando un ser humano se blindo contra la luz material no podrá percibir la espiritual, porque no posee esa luz interiormente y su acto lo llevará directamente hacia las tinieblas. ¿Sientes que la vida es eterna? ¿Que estás en la tierra para desarrollarte espiritualmente? ¿Que no se puede destruir la vida, sino que vives eternamente, que vivirás eternamente? ¿Que hay en ti una chispa que es la vida sagrada de Dios, que representa Su vida? Ser humano, acepta tu lucha, sintonízate con nosotros, con la vida eterna, porque muchos conmigo esperan con impaciencia tus súplicas por ayuda. Pero tienes que quererlo tú mismo, de lo contrario no podemos alcanzarte, porque tienes que conectarte con nosotros y poseer sintonización de los sentimientos.

Tienes que saber que Dios es amor y que para todos Sus hijos hay felicidad, si te sintonizas con Él.

Te repito, sigue el camino que te señale Dios, es el camino del amor que tenemos que recorrer nosotros y tú por igual”.

—¿Es consciente de su estado él, Alcar?

—Sí, André. Pero cuando se libera de su cuerpo material, sigue errando en la esfera de la tierra hasta que su vida en la tierra haya transcurrido normalmente. Así que mientras, sigue en las tinieblas y el frío, porque primero tendrá que pasar por la descomposición de su vestidura material. Después los demonios le complicarán la vida, los que viven en estas esferas tenebrosas. Conociste su influencia en las regiones oscuras.

—¿No se le ayuda entonces?

—Claro que sí, pero no se le puede liberar de su estado y tendrá que vivir todo esto. En la vida en la tierra fue demasiado débil, ¿cómo será entonces su vida en el espíritu, si sabemos que su estado de los sentimientos es el mismo? Quiso destruir una ley y tendrá que agotarla de este lado en tinieblas y frío. Y todo esto se lo impone el mismo ser humano, olvidando lo que Dios le ha dado a cargar. Fue su propia voluntad y tiene que pasar por todo esto. Después descenderemos a todos estos estados y te mostraré esta sintonización.

—¿Ahora qué debemos hacer, Alcar?

—Volveremos, pues no podemos cambiar esto en nada, pero sí avisar a los deudos de que le ha ocurrido un accidente.

En un fogonazo habían vuelto a su habitación y André despertó en su cuerpo material. Había estado desdoblado durante veinte minutos; ¡cuánto se le había concedido vivir! Le mostraba claramente que durante la vida en la tierra, el cuerpo material es un obstáculo para el espiritual y que en la vida después de la muerte, el ser humano se siente liberado de esos lazos. En su

cuerpo espiritual podía ir a donde quisiera, poseería luz si sentía amor hacia toda la vida, lo que era y significaba la vida de Dios.

André despertó en un estado muy peculiar. ¿Qué le había ocurrido a su cuerpo material durante su desdoblamiento? Estaba sano cuando se fue, pero ahora se sentía enfermo. Tenía la cabeza congestionada y un catarro terrible. ¿Cómo era posible? ¿Ahora qué problema sería el que le tocaría vivir? ¿De dónde había venido ese catarro tan de repente? Le goteaba la nariz. Qué cosas tan peculiares las que vivía por su mediumnidad. Por eso le preguntó a su líder espiritual lo que significaba y Alcar le dijo:

—Ya has vivido alguna vez una misma incidencia espiritual, aunque diferente a esta. El cordón vital pasó la flagelación a tu cuerpo material y ahora cambió la temperatura. —André entendió—. De haber reflexionado al respecto, habrías encontrado la explicación. Sabes que las enfermedades inciden en tu cuerpo de manera material cuando te conectas con un enfermo; ¿por qué no adoptaría el cuerpo material entonces esa temperatura alterada ahora que has llegado a esta fase de los sentimientos? Así puedo demostrar nuevamente que el ser humano posee dos cuerpos, pero que el cuerpo espiritual es el cuerpo intelectual y eterno que pervive.

Ahora escribe, André, que ha hecho la transición. Tu catarro se volverá a curar pronto, porque no ha habido influencia directa en los órganos materiales.

A André le pareció terrible tener que transmitir este mensaje. Vio ante él a los familiares, envueltos en pena y dolor. Era terrible, pero Alcar le dijo que tenía que hacerlo.

Había pasado una semana cuando lo volvieron a llamar para pedirle que fuera a A., para nuevamente abrir una investigación. Pero Alcar le dio el mismo mensaje, después de lo cual le mandaron una foto. Volvió a descender al lecho del río, y con la ayuda de Alcar pronto lo encontró. Se encontraba en el mismo estado que no se podía cambiar en nada, y su líder espiritual estableció el lugar y el momento en que lo encontrarían. Solo después de cuatro semanas avisaron a André de que un barquero lo había sacado a la superficie en el lugar que había indicado. A André le pareció maravilloso. Todo era correcto. Su visión había sido filosa como un cuchillo, decían. Pero ¿podrían creerle si decía de qué manera lo había encontrado? ¿Se aceptaría? Cuando todo es verdad, ¿no se puede entonces aceptar la verdad espiritual? ¿No es demasiado increíble todo esto para un ser humano terrenal? ¿Demasiado hondo, demasiado difícil para los sentimientos humanos?

Estimado lector, estimada lectora: me dirijo a ti. Todo cuadraba hasta en el más mínimo detalle. ¿No podrías aceptar la verdad espiritual, de cómo vivió todo esto André? Te digo la verdad, la sagrada verdad, no fantasías ni inventos; nada más que la verdad, que se le concedió recibir en el espíritu,

como ser humano desdoblado. Alcar le hizo vivir esta grandeza, por lo que conoció la vida espiritual. También aprendió que el amor es lo más elevado y lo más sagrado que Dios le ha dado al ser humano, lo que significa felicidad y luz en la vida después de la muerte material.

A todos ustedes les espera felicidad eterna, eterna.

Fuerzas psíquicas

Lo que André vivió en este estado no solo fue milagroso, sino que también conoció las fuerzas psíquicas del otro lado.

Una noche lo fue a visitar un médico que quería pedirle ayuda. Una familiar que estaba ingresada temporalmente había dejado el hospital psiquiátrico sin avisar a nadie, lo que le preocupaba mucho. Como “influencia” había traído un pasaporte, por el que André tendría que intentar encontrarla. Se preparó y esperó lo que vendría. Pronto sintió que Alcar lo liberó de su cuerpo material y oyó que su líder espiritual le hablaba.

—Hijo mío, pon atención en todo lo que te aclararé en este estado. Ahora vivimos un estado como cuando encontramos al que se había quitado la vida, aunque en este estado vivirás que puedes percibir desde una gran distancia, a pesar de que sigas conectado con tu cuerpo material e incluso así puedas transmitir tus observaciones al cuerpo material. Cuando te aclaré lo que había pasado con Francisco, te hablé al respecto. Este es un acontecimiento muy imponente, André, y el sabio, aunque esté presente, no sentirá ni verá ni oír nada de lo que pase, por la sencilla razón de que no conoce estas leyes. Por eso te pido toda tu atención y concentración sobre tu propio estado. Yo me mantendré en mi propia sintonización, para que nada te distraiga. Vivirás algo bello, que solo tú podrás ver y oír, porque en la vida del espíritu vives como espíritu desdoblado. Ahora te sientes liberado de tu vestidura material y puedes percibir de este lado. Pero no solo puedes ver, también puedes, aunque ahora hayas dejado el cuerpo material, hablar por medio de tus órganos de la voz. Y este hablar es muy asombroso.

André miró hacia el lugar donde oía hablar a su líder espiritual, preguntándose cómo era que esto podía ser posible. La fuerza que dirige el cuerpo humano se había desdoblado en ese momento. ¿Habría entendido con suficiente claridad a Alcar? De inmediato oyó a su líder espiritual.

—Hablé con mucha claridad, hijo mío, y me es de una seriedad sagrada, por más increíble que te parezca. Concéntrate en tus órganos de la voz e intenta decirle algo.

André quiso hablar, pero no pudo pronunciar palabra. Miles de pensam-

ientos le revoloteaban por la cabeza. A pesar de que hubiera salido de su cuerpo, la materia estaba allí sola, el cuerpo espiritual guiaba la materia. Nuevamente oyó hablar a Alcar:

—¿Sigues dudando, André? Si te dije claramente que también para ti será asombroso. Intenta concentrarte.

André se quedó reflexionando sobre qué le diría al médico.

—Escuche —dijo, pero por la palabra “Escuche” se sobresaltó tanto que ya no seguiría hablando por nada del mundo. Qué asombroso era; oía hablar su propio cuerpo mientras estaba al lado del cuerpo material. El intelecto lo había abandonado, pero podía hablar a pesar de estar fuera del cuerpo material. Su voz, el sonido que emitía, había sido un poco más suave pero aun así claramente entendible. Sentía que el médico no oía diferencia de sonido. Al captar la palabra “Escuche”, el médico preguntó:

—¿Ya ve algo?

André entendió cada palabra pronunciada y siguió de inmediato. Sus pensamientos estaban ahora sintonizados en un solo punto, y contestó:

—Ya veo conexión.

Inmediatamente, el médico lo interrumpió:

—Por el nombre de Dios, intente averiguar algo de ella. Use todas sus fuerzas, me haría un enorme favor.

Ahora era como si todo marchara solo y André continuó diciendo que se esforzaría por saber algo de ella. Se sentía intensamente feliz por poder vivir este milagro. Qué fuerza de sabiduría estaba aprendiendo y qué grandes eran las fuerzas espirituales. Allí frente a él descansaba su cuerpo material mientras que el espiritual estaba conversando con la materia, teniendo al cuerpo material en su poder, por concentración y fuerte voluntad. Ahora oyó decir a Alcar:

—Haremos otra prueba, André. Ahora te aclararé cómo incidimos en el ser humano material desde este lado para poder alcanzarlo. Intenta incidir en él conectándote con él, y haz que pronuncie algunas palabras.

André hizo lo que Alcar quería y lo hizo preguntar si ya veía algo. Interiormente estaba sintonizado con él con precisión. Sentía como si se hiciera uno y que su fuerza dominaba la de él, por lo que el médico dijo:

—¿Ya ve algo?

Sin ser consciente de ello, el erudito estaba ahora bajo su voluntad.

Alcar dijo:

—Ves y vives cómo alcanzamos al ser humano desde este lado. Pero si le preguntas algo que tenga que ver con su personalidad, se negará. ¿Te quedó claro?

Pero André no lo entendía, a lo que Alcar dijo:

—En un momento te quedará claro; ahora, ¡actúa! Pídele que haga alguna

cosa por la que podría poner en disarmonía tu cuerpo material.

De repente entendió lo que quería decir su líder espiritual. Se concentró y quería que le preguntara si ya veía algo, y que a la vez tenía que tocarlo. El médico volvió a preguntar si ya veía algo, aunque se resistiera a cumplir con su otra petición. Aquí estaba impotente y le faltaban las fuerzas. 'Qué extraño', pensó, 'si no es más que una pregunta clara y sencilla la que le hago'. Lo intentó una vez más, pero constató que se negaba con firmeza. No se le podía alcanzar.

—¿Te queda claro esto o te lo tengo que resolver? Siente que, de cumplir tu petición, alteraría tu estado. Tiene la fuerza, que es posesión espiritual, para esperar. Es muy seguro que si alguien tuviera otra sintonización que la suya, esa persona también habría actuado de otra manera. El cuerpo espiritual es el cuerpo de los sentimientos, no es cierto, y ahora que sabemos que los sentimientos son amor, su negativa es una sintonización de amor en el espíritu. Así que cualquier acción o pensamiento encuentra su sintonización con el amor; es o bien material, o bien espiritual, es un estado que representa al ser humano. En eso se reconoce al ser humano, en otras palabras: reconocemos la sintonización de la vida que vive en el cuerpo material.

Pero también en eso hay varias otras sintonizaciones, que te aclararé. Así quiero demostrar que su acción todavía no encuentra sintonización espiritual porque le interesa y podría ser amor propio.

Haz que pregunte si ya ves algo y eso es lo que hará.

André lo hizo y el médico preguntó literalmente lo que quería que preguntara.

—Ahora podrías hacerle muchas otras preguntas, por las que lo irías conociendo e intuirías cómo es su fuerza de amor en el espíritu, pero ahora no hay tiempo para eso. Aunque allí es donde reside la fuerza de los sentimientos del ser, lo que se manifiesta por este acontecimiento. A medida que el ser humano se va desarrollando, percibe más finamente y se sintoniza en el espíritu, según el amor que posee. Así que su estado interior lo protege de que efectúe algún acto indigno. El amor —cuánto hemos hablado ya de él— es una ley psíquica y puede ser divino.

Se está investigando cómo hablan a gran distancia los médiums, aunque la ciencia deberá aceptarlo por las pruebas que se ofrecen desde nuestro lado, o también los eruditos tendrían que desdoblarse. Aun así un erudito no se ofrece para esta ciencia, no puede ofrecerse como instrumento porque su propio estudio le es un impedimento y esta verdad no se puede constatar científicamente. Has vivido ahora que es posible hablar, pero pronto también lo podrás hacer desde una gran distancia y te darás cuenta de que, si poseemos las fuerzas necesarias, en la vida del espíritu ya no existen las distancias. Ahora pon tu plena concentración en ella y, aunque estés lejos de tu cuerpo,

tendrás la fuerza de que actúe según tus deseos.

Se desplazaron tan veloces como un pensamiento. André estaba en alguna casa de campo que no conocía. Era un gran edificio, y dio una vuelta alrededor caminando. Por delante y detrás lo rodeaba un jardín, cerrado por un alto muro. ¿Sería el psiquiátrico en el que estaba internada? Oyó a su líder espiritual, quien le decía que lo sentía bien. André entendió que desde aquí empezaba su investigación. De inmediato oyó:

—Exactamente, hijo mío, aquí empieza tu tarea.

Volvió a ocurrir un milagro. Si no lo habría vivido él mismo, habría sido increíble también para él. Alcar le dijo que tenía que contarle al médico lo que percibía. André quiso hablar, pero le fue imposible. Volvió a dudar, sin querer hacerlo, porque le resultaba muy milagroso.

—¿Sigue mi hijo sin convencerse? Respeto tu autoconservación, pero en el espíritu significa interrumpir tu concentración. Ven, André, cuéntale lo que ves.

Ahora ocurrió lo más increíble. Con mucho cuidado y cálculo pronunció las primeras palabras, diciendo:

—Estoy en un vecindario que desconozco.

—¿Ah sí? —oyó que preguntaba el médico, y en el mismo instante se veía a sí mismo sentado en su habitación hablando con el médico. Continuó la conversación diciéndole al médico que tenía que explicarle la situación para poder comprobar si iba por buen camino. Inmediatamente después, el médico dijo:

—Es correcto, está usted en el lugar donde estaba internada.

Era milagroso, pues el médico no le había dicho nada de antemano. André temblaba de excitación. Era un momento imponente. Ahora estaba conociendo otras fuerzas, lo que le suponía incluso más sabiduría en el espíritu. Al llegar a un rincón del jardín, le nació el deseo de saltar por encima del muro y lo satisfizo; del otro lado se encontró frente a una ancha acequia que le impedía el paso. ¿Ahora qué, tenía que pasarla? Concentrándose en la mujer, sentía claramente que ella había pasado por el agua para llegar al otro lado. Pronunció sus averiguaciones, mandándolas al médico.

—Qué terrible, esa pobre mujer —lo oyó decir. André concluyó de esto que su visitante entendía que ella había vivido lo que él sentía y veía—. ¿Sigue viva? —continuó después. André contestó:

—No se lo puedo asegurar todavía, solo estoy empezando mi investigación.

Pero sentía que el médico estaba muy triste por ella y sumamente impresionado. Pero para él era un gran acontecimiento en su vida. Se metió en la acequia y sintió que llegó a parar debajo del agua; con mucho esfuerzo logró volver a enderezarse para alcanzar la otra orilla. ¡En qué estado estaba esta joven madre! En todo la seguía y vivía lo que ella había vivido.

Una vez que hubo llegado al otro lado, lo invadió una sensación de miedo, por lo que entendió que también ella había tenido miedo, sin duda de que la descubrieran. Le transmitió al médico que ella no se encontraba en el agua, a lo que contestó:

—Qué suerte que no llegara a ese punto.

André le siguió el camino, deambulando por campos y prados, de lo que dedujo que no quería que la encontrarán. Ella tenía los pensamientos sintonizados con muchísima precisión en su propio estado. La mujer no cometía errores y André sintió que podría curarla, porque sentía y veía el trastorno nervioso. Su enfermedad residía claramente en él y por eso André pudo constatar dónde se había debilitado su concentración. Estaba íntimamente conectado con ella. Ella seguía avanzando sin rumbo; atravesó un pequeño pueblo, que André reconoció, por lo que pudo orientarse. Ahora sabía en dónde estaba. Sintió brevemente que le surgía una duda; entendió que ella había considerado por un momento volver sobre sus pasos. El camino llevaba al poblado de K., y desde allí por la playa con dirección a S. Oyó al médico que preguntó otra vez:

—¿Sigue viva?

André dijo que no lo sabía todavía, pero que pronto todo se resolvería. Entre K. y S., André se sentó en las dunas para descansar. André sintió de inmediato que ella se había quedado allí durante un buen rato, para finalmente levantarse y seguir su camino.

En Sch., entró caminando al espigón; aquí André ya no encontró más rastros suyos y sintió que el contacto había sido interrumpido. El médico le preguntó si percibía alguna otra cosa. Le dijo que tuviera un poco más de paciencia, porque aquí, donde se encontraba, terminaba la conexión con ella. ¿A dónde había ido la mujer? Pero ahora oyó a su líder espiritual, que le dijo que esperara, pues la iba a buscar.

André esperó. Ahora Alcar iba a resolver el secreto. Pero no tardó mucho en oír decir a Alcar que tenía que escuchar.

—En este lugar quiso quitarse la vida, pero se lo impidió la gente que estaba presente. La llevaron a un hospital psiquiátrico cerca de aquí, donde está actualmente internada. ¡Está viva, André! Dile que vaya a casa, pues mañana por la mañana recibirá un mensaje. No tiene que hacer nada, solo esperar tranquilamente hasta mañana. Te repito: está viva.

André despertó y le comunicó lo que le había encargado su líder espiritual. El médico estaba muy feliz y contento, y le tenía plena confianza. André había estado desdoblado durante tres cuartos de hora y por segunda vez vivió que su cuerpo material había adoptado los cambios de temperatura, por lo que se había acatarrado. Era muy curioso y al médico le pareció asombroso. Pero para André ya no era extraño, porque ya le había ocurrido anterior-

mente.

El médico se fue y volvería lo más pronto que pudiera después de recibir noticias de ella. Al día siguiente, a la una de la tarde, lo fue a visitar el médico. Llegó a su casa muy contento.

—Tengo buenas noticias y vengo a felicitarlo —empezó—, por su hermoso ver. De verdad, es milagroso lo que logró. Hoy a primera hora ya recibimos un mensaje y le puedo asegurar que todo se cumple palabra por palabra; cada palabra cuadraba con lo que había percibido. Nada, nada en absoluto estaba mal. Me es un misterio y quiero darlo a conocer. Esta es verdadera clarividencia. Estoy muy feliz de haberlo vivido y también estamos muy felices de que haya vuelto y de que esté viva.

Cuando André quiso contarle que había constatado todo desdoblándose de su cuerpo material, sintió que tenía que parar si no le quería echar a perder lo bello. Lo más bello de todo, la verdad espiritual, era demasiado profundo para el ser humano en la tierra, y lo era también para el erudito. Aquí terminaban las fuerzas de las personas, no veían a través de la materia, no podían intuirlo. El ver solo era la sombra del yo de las personas, sus sentidos los obstáculos en el espíritu. Era bello, incluso muy interesante, pero no había que embellecerlo aún más.

La paciente estaba internada en la clínica “Ramaer”.

Después de algunas semanas lo fue a visitar acompañada de su esposo. Le pareció muy hermoso su ver y no paraba de hablar del asunto, de cómo había podido constatar todos sus pensamientos y actos. Anhelaba que la tratara.

André la trató con amor, pero después de algunas veces ella no volvió a ir. ¿No confiaba? No lo sabía, pero le dolía por “un determinado ser”. “Él”, que había convertido la tristeza de ellos en un feliz reencuentro, ya no tenía que brindar su ayuda. Pero ahora Alcar le mostraba una escena profunda y potente. Veía pasar ante él nubes oscuras, vio a una persona en la cruz; eran imágenes sin palabras que entendió.

—Deja que ellos también hagan lo que quieran —dijo Alcar—. Ves, hijo mío, qué grandes pueden ser las fuerzas psíquicas. Le pregunto a la ciencia: “¿No le dice nada?”. Le pregunto solo esta cosa: “Si todo es verdad y ha sido comprobado, ¿no pueden entonces aceptar nuestra sabiduría?”. Lo que vivió mi instrumento, ¿acaso no es verdad? Con esto les demuestro que la vida después de la muerte es una realidad y que el cuerpo espiritual es el cuerpo eterno, que pervive. No quiero privarlos de su ciencia; solo queremos probar esa sola cosa, esa cosa bella, esa cosa sagrada: que vivimos en felicidad y amor, para siempre, para siempre. Y también en ustedes están todas estas fuerzas, si quieren desarrollar su amor en el espíritu. Acéptenlo, los apoyará también a ustedes en sus estudios y en su vida terrenal. Inclinen la cabeza ante Él, que es Padre de todos nosotros, del que recibimos la gracia de llegar hasta

Él. Porque, ¿qué significa ser erudito en la tierra pero pobre en sentimiento espiritual?

Alcar lo hizo vivir también el siguiente estado por desdoblamiento.

A André lo fue a visitar un señor que quería pedirle ayuda para su amigo, que llevaba ya diez días desaparecido. Ni la radio ni los avisos de la policía habían tenido resultados y sus padres estaban sumamente preocupados. Se trataba de un hombre joven de treinta años. Había salido de su casa por la mañana, como de costumbre, para ir a trabajar, pero no había vuelto. Su visitante le había llevado una foto. André la tomó entre las manos y no tardó en sentir contacto. Antes de que Alcar lo liberara, este le dijo:

—Dile que no te pregunte nada, sino que espere hasta que tú mismo vuelvas a hablar.

Después de haber transmitido este mensaje, sintió que se le liberaba de su cuerpo material, alejándolo a una gran distancia. Alcar le aclaró que lo que ahora estaba por percibir ya había ocurrido y formaba parte del pasado. Veía al hombre en un coche, con una señora a su lado, que iban en dirección a Bélgica. Estaba muy estresado y André quería saber por qué había llegado a ese estado. Sentía claramente que su estado interior lo iba ocupando. Algo le corroía el corazón; se sentía inquieto. Se concentró con fuerza y vio algo muy asombroso. La fuerza de sus sentimientos lo conectó con otra chica, que estaba en el lugar del que él venía. André la vio con mucha claridad y entendió la inquietud del hombre, así como toda la situación. Vio otras imágenes más, pero no quiso profundizar en ellas. El hombre era consciente de todo y sabía que hacía mal.

¿Qué quería y a dónde llevaba su camino? Se volvió a concentrar y leyó en su interior lo que quería saber y a dónde se dirigía. Para André, toda su alma estaba abierta como un libro. Le daba una imagen clara de que los espíritus sabían conectarse con el ser humano terrenal, lo que este no sentía, oía ni veía nada. Se conectó en silencio, en la tranquilidad que poseía el espíritu. También le quedaba claro que un ser humano tendría que ser muy sensitivo si quería sentir la incidencia espiritual. Le pareció muy asombroso poder vivir todo esto. El joven se ponía a sí mismo y a otros en circunstancias desagradables que iban empeorando cada vez más. ¿Cómo se le ocurría dejar preocupados a sus padres? ¿Era este el amor de un hijo por sus padres? Por él estaban terriblemente asustados. Todo era amor propio, nada más que burdo egoísmo. Vivía su propia vida, mientras que dos ancianos estaban desesperados por su chico. André sintió que estaba bajo la influencia de la mujer. Pensaba que amaba, pero su amor no era correspondido. También la sentía a ella; todo era solo sensacionalismo: su felicidad no tendría larga vida, se colapsaría como un castillo de naipes. Este tipo de amor era la perdición de

la humanidad, destrozaba corazones y hacía jirones almas. Sentía aflorar en él nada más que sufrimiento, profundo sufrimiento humano. Para el hombre era una lección en la escuela de la vida que tenía que aprender y por la que se desarrollaría. Si tan solo pudiera ponerlo sobre aviso, pero era imposible. Lejos, muy lejos veía el camino que tenía que seguir. Lo siguió atravesando Bélgica, con dirección a Alemania. También allí vio y sintió lo que quería hacer. Aquí quería probar su suerte con ella y empezar un negocio. André también sintió que tampoco se quedarían allí, pero ahora estaba frente a un misterio. Hasta aquí había podido seguir e intuir todo. Ahora, ¿qué? Lo veo pero no se quedará aquí. ¿Había cumplido su trabajo? ¿Volvería a su cuerpo material? Pero también ahora oía a su querido Alcar, quien le dijo que tenía que escuchar.

—Lo que has percibido forma parte del tiempo pasado, pero lo que viene ahora es el tiempo futuro. ¿Te quedó claro? —André entendió. Alcar lo llevaba de vuelta a Bélgica, a la ciudad de A—. Ahora quiere intentar aquí lo que no logró en Alemania. Se quedará aquí durante medio año, y solo después volverá donde sus padres. No se puede cambiar nada al respecto, porque se está escondiendo y no quiere volver. No importa lo que se intente, no lo encontrarán antes. Lo repito, por más terrible que será para los padres, no se puede cambiar nada.

A André le pareció muy deleznable que el hombre dejara a sus padres en la ignorancia. ¿Qué tipo de mentalidad era esa? Todo no era más que pasión, nada más que amor propio y alucinaciones. Amaba, pero pisoteaba el amor de sus padres. Qué cruel era este estado para esas pobres personas; les habían herido el corazón hasta hacerlo sangrar.

Volvió a su cuerpo material y le contó a su visitante lo que había percibido. Le contó todo para que, si recibía algún mensaje, pudiera controlarlo. Al hombre le pareció terrible y estaba muy impresionado con el comportamiento de su amigo. Pobres viejitos, ¿cómo puede un hijo olvidarse de esta manera? ¿Cómo se le había ocurrido? La pena y el dolor de los que aguardan en silenciosa esperanza son profundos. Su visitante no podía encontrar palabras para ello. Iba demasiado lejos, era increíble.

André dijo:

—No lo puedo dar más a usted; es un recado triste, porque esto es un sufrimiento que les corroerá el corazón. Que Dios les dé la fuerza para mantenerse enteros.

Su visitante se fue con la promesa de volver si sabía algo de él. Volvió después de cinco meses para comunicarle las nuevas.

—Sin duda que no hace falta que le diga lo descomunamente grande que ha sido la tristeza de sus padres. Cuando me fui después de visitarlo, anoté en mi casa con precisión todo lo que me comunicó acerca de él. Después fui

a visitar a sus padres y les dije que estaba vivo. Pero después de algunos días también esas fuerzas habían sido consumidas y nada podía ayudarlos ya. Hablé con ellos y todavía no sé de dónde saqué mi convicción. Nunca dudé de usted. De lo contrario, Alcar no se lo habría dado. Después de haber leído su primer libro, confié en su líder espiritual y en su ayuda espiritual; ahora me siento contento de que mi confianza se haya confirmado. Para ellos fue un periodo terrible. Mes tras mes iba pasando. Pusimos anuncios en revistas belgas, pero sin resultado; no había rastro de él. Poco a poco se les fue hundiendo la esperanza de volver a verlo con vida. Ya no podían soportarlo. Se ponderaron varias posibilidades, pero todas volvieron a desecharse. Un día era: no lo tendrán preso en Alemania, allá se guarda a tantas personas sin notificar. ¿No será que sí está muerto? Tal vez ese hombre no lo quiere decir. Finalmente perdieron el ánimo. Aun así yo sentía que quedaba un asomo de esperanza, del que finalmente sacaron la fuerza para poder seguir con sus vidas. No todo lo de su ver se perdió; se aferraban a ese clavo ardiendo. Me servirá de apoyo el resto de mi vida saber que, cuando se tiene una buena conexión, se recibirá la verdad. Y ahora todo el sufrimiento ha quedado atrás. Su felicidad es indescriptible y sus primeros pensamientos eran para usted. Cuando al que había vuelto le conté todo, también a él le pareció muy asombroso. Era como si usted mismo lo hubiera vivido. Dele las gracias a su líder espiritual Alcar en nombre de sus padres, me pidieron que se lo dijera.

El hombre se fue. André estaba feliz de que también todo esto se hubiera comprobado. Este estado le enseñó que del otro lado saben más que nosotros, aunque la gente piense que están muertos. Qué diferente es todo cuando sabemos que siguen vivos y que pueden ayudarnos y apoyarnos a nosotros los humanos.

André sigue convenciendo a la humanidad.

Cómo Alcar veló por André

Una señora que vivía en Ginebra quería que André fuera a verla para establecer un diagnóstico. La habían examinado un par de médicos, pero primero quería consultarlo a él antes de decidirse a hacer lo que le habían recomendado. De su misiva ya estableció el diagnóstico, pero aun así le redactó una respuesta diciéndole que le gustaría tener una foto, pues la carta había pasado por muchas manos. Pronto recibió su respuesta. Le escribió que todo era correcto y que quería ir a Holanda para que la operara su hermano, que era cirujano en la ciudad de G. Pero antes de viajar a Gr., quería visitarlo a él. André la visitó en el hotel donde estaba hospedada, acordaron que la asistiría a distancia. Al día siguiente se sintonizó con ella manteniéndose conectado hasta que su líder espiritual le indicaría que lo dejara. Algunos días después, Alcar le dijo que la operación había sido un éxito y que tenía que parar, pues ahora incidiría demasiado fuerte en ella. No se le podía incomodar en nada. Alcar también velaba por ella, ayudándola en silencio. Su líder espiritual había estado presente durante la operación y le dijo que el diagnóstico había sido fijado con nitidez.

Luego viviría por desdoblamiento estos estados, así como todas las transiciones de los sentimientos. Se le concedería vivir cómo la ayuda del otro lado dirigía al ser humano desdoblado y facilitaba así el regreso en la materia. Además, Alcar quería dejarle claro a la humanidad que también entre los eruditos hay instrumentos que sirven de médium. Además, su líder espiritual le mostraría la gran utilidad de la anestesia local para proteger y mantener fuertes los órganos nobles cuando el cuerpo espiritual retomara su funcionamiento en el cuerpo material; le revelaría el gran secreto para la ciencia, cuando el cuerpo material estaba anestesiado y el espíritu lo había abandonado. Muchas personas que pasaban por una operación se desdoblaban y se les ayudaba en el espíritu. De eso se sabía poco en la tierra.

La paciente había prometido escribirle, pero André seguía sin recibir noticias suyas, aunque esperaba ya desde hacía diez días. 'Qué extraño', pensó, 'espero que todo esté bien'. ¿Habría ocurrido algo grave? ¿Por qué no se le escribía, si él compartía sus sentimientos, ayudándola con amor? Le preguntó a su líder espiritual si había ocurrido algo particular, pero Alcar lo tranquilizó. 'Entonces no me queda más que esperar', pensó.

Una tarde, lo fueron a visitar un señor y una señora. Esta le pidió que le hiciera un diagnóstico. Pero en el mismo momento oyó que Alcar dijo:

—Dile que es la rodilla izquierda y que esperó demasiado tiempo para atenderla.

André transmitió este mensaje y a ambos les pareció muy asombroso.

—¿Puede curarla? —le preguntó el señor.

—Puedo aliviar los dolores, pero no puedo hacer que se cure por completo.

André lo oyó hablando de diatermia, de lo que no entendía nada, pero volvió a oír a Alcar, que dijo:

—Rayos de calor, hijo mío, pero no le va a servir. Podemos aliviar su estado por radiación magnética. Hay una sola posibilidad, por el fluido vital, que hará que se le detengan los dolores.

André transmitió también este mensaje, que los dejó satisfechos.

De repente Alcar le dijo que pusiera mucha atención.

—Concéntrate en mí y déjame hablar. Ni una palabra, ni un pensamiento puede desplazar los míos. Escucha como nunca antes.

André nunca había oído hablar de esta manera a su líder espiritual. ¿Qué significaría esto? ¿Había peligro?

—Más adelante —oyó—, todo te quedará claro, ahora a poner atención. Verás con sintonización visionaria. Así que te mostraré lo que vea y perciba. Verás a través de mí, te lo pasaré.

Alcar había hablado con claridad, pero el hombre no había oído ni una palabra.

—Con calma y tranquilidad —todavía alcanzó a oír André—, ábrete, y ahora, míralo.

Hizo lo que le había dicho Alcar. En el instante mismo entendió para qué servía todo esto. Alcar velaba por él como una madre por su hijo. En el señor vio aparecer a la mujer de Ginebra. La vio claramente manifestándose en él y entendió que este hombre tenía algo que ver con ella. Pero ¿qué? Con claridad vio lo que siguió a la primera imagen, por lo que entendió quién y qué era el que lo había venido a visitar. ‘Vaya’, pensó, ‘ese señor quiere ponerme a prueba’. Lo miró escrutándolo y le preguntó sin rodeos lo que le dictaba Alcar:

—¿Es usted médico?

—Sí —contestó.

—Pero veo aún más —prosiguió André—, y es que usted fue el cirujano de su propia hermana. ¿Es cierto?

El hombre se ruborizó hasta las orejas y dijo que era cierto.

—Maravilloso, señor, ¿qué le parece todo esto?

—Asombroso —dijo—, es asombroso.

Pero André sentía que no sabía qué actitud tomar. Se sentía como un ratón en la ratonera. Él, en cambio, agradecía en silencio su protección a su gran líder espiritual. El ser humano al que se creía muerto calaba al vivo, sabía todo lo que él, André, no habría podido saber. Qué grande y qué sencillo era todo. Qué finos y puros eran en sus capacidades. Esta prueba tendría que ser

suficiente como convicción de una pervivencia eterna. Pero pronto el erudito se hubo repuesto y se hubo envuelto en un manto de misterio.

André prosiguió:

—¿Piensa usted, doctor, que soy un charlatán? ¿Acaso esto no es clarividencia real? ¿No podría de esta manera ayudar a la humanidad? ¿Hago cosas malas?

No obtuvo respuesta.

—¿Duda acerca del estado de su hermana? La operación fue exitosa, ¿no es así? Iba a recibir un mensaje suyo, pero aún no he sabido nada de ella. ¿Y ahora viene aquí, para controlarme?

André sintió que esto le era muy desagradable y siguió:

—¿Sabré algo de su hermana alguna vez?

—Sin duda —fue la respuesta—, sabrá de ella.

—¿Puedo hablarle de ser humano a ser humano?

—¿Qué quiere decir con eso? —preguntó, y André vio que la emanación se iba haciendo cada vez más densa.

Pero siguió:

—Quiero decir, el estado de salud de su hermana.

—¿Qué quiere decir con eso? —repitió su pregunta el médico.

—Quiero decir con eso —continuó André—, que me gustaría saber de usted si he visto bien. Usted es cirujano, así que debe saber.

Pero el erudito no abordó el asunto, sino que lo esquivó. Alcar le dijo:

—Habla de grados, hijo mío, le dará curiosidad; así penetrarás la emanación de misterio. Te ayudaré a hacerlo.

—Mire, doctor, le quitó algo a su hermana, ¿no es así?, pero sin llegar a la esencia de su enfermedad. ¿Es cierto?

Seguía sin querer hablar y le preguntó de nuevo:

—Pero ¿qué quiere decir con eso?

André dijo:

—Quiero decir que no puede cambiar su estado interior, porque ella se encuentra entre el tercer y el cuarto grado del estado de su enfermedad.

—¿Qué dice? ¿Grados?

—Sí —contestó André—, grados, doctor; ¿no está familiarizado con esos grados? Ella se encuentra en ese estado, no se puede hacer nada, pero en él puede llegar a la vejez.

Entonces le aclaró su estado, aunque sintió que el médico no quería entrar al asunto, pues dijo:

—Todavía no lo sé, lo estamos investigando.

No obstante, Alcar le dijo que lo sabía con absoluta certeza, pero que lo que no quería era hablar. Quiso hacer un último intento, y prosiguió:

—Entonces, si es cierto que no sabe nada de grados, ¿puedo entonces al-

gún día ir a la ciudad de G. para contarles a ustedes, eruditos, cómo veo esta enfermedad y lo que se podría hacer para combatirla? No es mi intención enseñarles nada, pero tal vez vea algo que podría serles útil para esta enfermedad.

Por respuesta obtuvo:

—Me parece excepcionalmente interesante y lo notificaré; además sabrá de mi hermana.

El erudito se fue, y no volvió. Alcar le dijo que no sabría de ninguno de los dos. Esperó mucho tiempo, pero no llegó mensaje alguno. Había ayudado por amor, pero el erudito había interrumpido esa conexión.

Alcar dijo:

—Hay eruditos que sí poseen amor, pero él no es uno de ellos; a este no se le puede convencer.

Y André se acordó de las palabras de Alcar: “¿Qué significa ser erudito en la tierra pero pobre en sentimientos espirituales?”.

Los espíritus saben y ven todo.

Fijar un diagnóstico a distancia por desdoblamiento

De lo siguiente se deducirá claramente que, cuando el ser humano posee la sensibilidad necesaria, puede captar pensamientos emitidos a gran distancia y sabe así que otros piensan en él.

Alcar hizo que André lo viviera, mostrándole la verdad que hay en esto. Era muy asombroso: Alcar hizo que fijara un diagnóstico en Viena. André había estado en Viena antes, para ir con su esposa a visitar a los familiares de ella. Un día por la mañana sintió que se le atraía hacia Viena y que allí nuevamente se hablaba mucho y se pensaba mucho en ellos. Lo sentía con tanta intensidad, que le dio temor de que hubiera ocurrido algo allí. Se concentró en un telegrama, pero entendió que no había pasado nada grave, por lo que hizo que sus sentimientos se atenuaran. No obstante, durante toda la mañana se mantuvo el contacto con Viena y le dijo a su esposa que pronto sabrían algo desde allá, pues todo el tiempo lo mantenía cautivo. Cuando un día por la tarde estaba tranquilamente en su habitación, Alcar hizo que se desdoblara para visitar Viena.

Una vez que se hubo liberado de su cuerpo material, se alejó en un fogonazo, entrando a la sala de estar en Viena donde estaban su cuñado y la cuñada de este. Un año antes les había hablado tanto de los estados que había vivido que en ocasiones la habitación había sido demasiado pequeña para que cupieran todos los que lo escuchaban. Ahora entendía cada palabra de su conversación. Hablaban de Marie, la esposa de su cuñado, que estaba enferma. Pero antes de que André fuera a visitar a Marie, quería hacer algunas pruebas, y le habló fuertemente por su nombre a su cuñado, pero este no lo oyó. Lo intentó también con la hermana, menor que Marie, pero también sin resultado alguno. Le pareció asombroso darse cuenta de esto. Estaba tan cerca de ellos y no lo veían ni oían. No eran lo suficientemente sensitivos para poder oír su suave pero clara voz. Por eso entendió lo sensitivo que sí era él mismo para captar voces de espíritus. Este don estaba lejos de ellos. Sentía y veía cómo tenían que suceder las cosas para poder entrar en contacto con el mundo de los espíritus. Era sintonizarse con el estado interior de otro ser.

Gritó muy fuerte ahora, pero también este intento fue en vano. No, no era posible alcanzarlos. No para él ni para ningún espíritu que viviera de este lado donde se encontraba ahora.

Qué bello era estar presente en esta sintonización. Había venido en pleno silencio y profundo sosiego. Era un espectador invisible. Vio pasar ante él una imagen imponente. De los que habían hecho la transición, a cuántos no

los llamaban de vuelta los que se habían quedado atrás en pena y dolor, pero cuando aquellos llegaban hasta ellos tendrían que volver sobre sus pasos, porque no lograban alcanzar a estos. No se percibía nada de su presencia. He aquí algo terrible. Vivían, volvían y querían hablarles de esta gran felicidad, pero no podían alcanzarlos. Y aun así, cuando el ser humano se abría, se podía incidir en cualquiera, por lo que se obtenía contacto. Entendió lo difícil que era conectarse desde el más allá con el ser humano material. En la habitación yacía Marie, gravemente enferma. Entendió y también lo vio en los rayos de luz que emanaban de ella que había sido ella quien lo había llamado. En Holanda, en su cuerpo material, lo había sentido con mucha claridad ya por la mañana. Fue donde estaba ella para ver qué le pasaba. También su líder espiritual estaba con él, y le dijo:

—Prepárate, André, la examinaremos.

André se sentía feliz de que Alcar se interesara por su enfermedad. Su líder espiritual era puro amor.

Se le volvían a revelar milagros. Se concentró en Marie y sintió que se le conectaba con ella. Era uno con la enferma y Alcar lo hizo descender en su cuerpo. Cuando se concentraba en un lugar, este se iluminaba, de modo que podía observar todo con claridad. Vio los órganos internos, y así era posible fijar un diagnóstico. Después de descender, aumentó la tensión en él. Y es que era asombroso que se le concediera vivirlo como ser humano terrenal. Aun así se contuvo, porque no quiso importunar a Alcar. Su líder espiritual estaba examinándole el corazón, lo que le tomó un buen rato. La irradiación de Alcar era grande y potente, por lo que a ella se le iluminaba el cuerpo por dentro. Poseer fuerzas de amor en el espíritu significa sabiduría en el espíritu. Alcar le dijo que tenía el corazón y el sistema nervioso muy débiles y que ahora quería examinar los demás órganos, lo que le tomó bastante tiempo. André sentía que emanaba algo bello desde ella hacia él mismo y su hermana, que era el amor que sentía por ellos. Veía estas fuerzas de amor en luz, por lo que conoció el amor puro que siente el ser humano por los demás. Era asombroso que se le concediera ver también esto.

—Ya lo veo, André. En este momento sufre un ataque de una piedra en la vesícula combinado con diabetes, por lo que tiene el cuerpo debilitado. Sufre de fuertes dolores que van apareciendo para luego volver a desaparecer, aunque vuelvan periódicamente. Se originan en la región del hígado pero le irradian hasta la espalda y los hombros. Esta enfermedad, quiero decir los ataques de vesícula, se ocasiona porque las piedras están atascadas en las vías biliares y desaparece cuando las piedras vuelven a acomodarse en la vesícula biliar. Miles de personas padecen este terrible enfermedad. Pero hay otras tantas que no saben que llevan cargando decenas de piedras en la vesícula, sin que les causen molestia alguna, hasta que la enfermedad se

manifiesta. Muchísimas mujeres tienen esta enfermedad. Por eso tiene que ingerir alimentos fáciles de digerir y pedir ayuda terrenal para esta enfermedad. Luego la diabetes. Le ayudarán las inyecciones con insulina, un suero que conocemos y que se ha recibido de parte nuestra por inspiración, como tantas otras medicinas. También para la medicina hay espíritus de este lado, que no hacen otro trabajo que incidir en los eruditos para vencer junto con ellos las numerosas enfermedades, esos terribles enemigos de la humanidad. Recorren su camino lentamente, paso a paso, lo que toma el tiempo de varias generaciones. No obstante, después de algún tiempo el cáncer y la tuberculosis serán vencidos por nuestra ayuda y nuestros conocimientos. Aquí se conoce la composición de varios medicamentos. Si los médicos pudieran ser pasivos, ya poseerían las medicinas para poder combatir el cáncer. Pero entonces recorriendo el camino que nos muestra la naturaleza.

—¿Qué podríamos hacer para remediar una enfermedad así, Alcar?

—Nada más que aliviar los dolores de ella. Ya te dije: aquí hace falta ayuda terrenal. Ya se la han dado. Ven, hijo mío, mitigaremos sus dolores.

Este tratamiento tomó un cuarto de hora entero y André sintió que sus dolores habían disminuido. Si le escribiera desde Holanda diciendo que sabía que estaba enferma, le parecería muy asombroso. Pero si le contara que la había tratado y que había hablado con ella, esto la superaría y no lo creería. Sin embargo, era la verdad, estaba con ella en el espíritu, viendo y oyendo todo. La tomó de la mano y siguió así sus pensamientos. Cuando estuvo aquí el año pasado había pintado para todos, y ella estaba acostada de tal manera que miraba hacia donde estaba colgada la pintura. Toda su concentración estaba sintonizada con él y su hermana y pensaba en los lindos días que habían pasado juntos. Y esta fuerza de amor, sintonizada en un ser humano, la sentiría no solo él, sino miles de otros. ¿No era potente el amor? Aun así ella no lo sentía a él, tampoco ahora que estaba a su lado. Por estos pensamientos, ese amor, Alcar lo había hecho desdoblarse. El amor era sagrado y era incluso más grandioso poder vivirlo de esta manera. Ahora no le llegaban más que los rayos del amor. Le susurró algunas palabras, de las que no oyó nada. Aun así, habló, y algún día ella también podría ver esta pequeña parte de su película vital, cuando llegara al más allá, porque allí todo ser veía su propia película vital.

—Marie —le dijo—, estoy contigo.

Pero ella no lo oía ni lo sentía, por más intensamente que incidiera en ella. Sí lo sentía, aunque de manera inconsciente. Pensaba que eran sus propios pensamientos y no podía distinguirlos. Para diferenciar entre estas fuerzas de los sentimientos, habría que ser médium, lo que significaba poseer una cierta sensibilidad. André siempre vivía en este estado y en esta sintonización; para él era una costumbre. Se le llamaba un don, y aun así todos los seres

humanos podrían y deberían asimilar esta sensibilidad. No era otra cosa que amor y tenían que sintonizarse en el espíritu. Tenían que descender hasta los demás en amor, desmontándose interiormente parte por parte, hasta que su propio yo quedara destruido. Para los seres humanos en la tierra era profundo, algo grandioso, pero era muy sencillo. Si desarrollaban sus sentimientos en el espíritu, ya estarían apropiándose de otro estado de los sentimientos, y después estos sentimientos se volverían clarisintientes y clariaudientes y harían la transición a la clarividencia.

Él también sentía todo y luego empezaba a ver. Sintiendo veía y estaba conectado con otros estados. Uno en sentimientos y uno en el ser significaba sentir y ver todo lo que sentían los otros. Espíritu era espíritu, uno de espíritu era saber. ¿Era entonces tan hondo? No, ¿verdad? Su don era un producto de la naturaleza, uno de los dones más bellos y sagrados que Dios les dio a todos los seres.

Todo ser inteligente posee estas fuerzas, posee amor. Se le llamaba el sexto sentido, pero para él era mucho más sencillo. Era el amor, la vida de toda vida: Dios. Muchas personas no sabían usar este don. No querían irradiar, porque irradiar les costaba demasiada fuerza y por eso era difícil. Seguían siendo pobres y su luz se había apagado como una vela en la mesita de noche. Ya no estaba encendida; no, no querían que estuviera encendida. No querían enriquecerse y eran felices con ese poquito de luz que llevaban interiormente. La otra, no obstante, no era más que fuerza y curaba enfermos. Era “la luz” que hacía que la pena y el dolor se convirtieran en felicidad, en un eterno estar juntos. Era la conexión con los que los habían precedido y vivían de este lado. Cuando no se poseía esta luz, se vivía rodeado de tinieblas y frío. Qué felicidad les esperaba a las personas si habían desarrollado su amor. ¿Había acaso dones más grandes que el amor? No, ¿verdad? Era lo más sagrado que Dios hubiera dado. El don del amor era el propio Dios, era la vida en todo. En todo, con todo podía conectarse el ser humano si sintonizaba este gran tesoro en el espíritu. Y André quería desarrollar este don, sintonizarlo con estados más elevados, lo que para él significaba felicidad y sabiduría.

Alcar le dijo que escuchara.

—Te mostraré ahora otro milagro, André. Te quiero aclarar lo grande que puede ser el amor y cuánta fuerza posee. Siento el subconsciente de ella y en él residen fuerzas de los pensamientos, que ejecutará solo cuando surjan. Así que estos pensamientos tendrá que formarlos todavía más adelante, para elaborarlos. ¿Te quedó claro? Por lo tanto quiero sondear su subconsciente y constatar de antemano lo que leo en él. Hay algo en ella que tiene que ver contigo; de lo contrario habría sido imposible darte pruebas de ello. Siento y veo que te escribiré, en primer lugar para decir que está enferma, pero también lo que le pasa. Intentaré calcular cuánto tiempo puede pasar antes de

que recibas su carta.

—Qué hermosa prueba sería de mi desdoblamiento, Alcar.

—Precisamente por eso quiero constatarlo, y entonces podrás contarle a Anna todo de antemano.

A André nunca se le habría ocurrido semejante posibilidad. En la tierra no se podría, esto solo era posible para el ser humano astral. Un ser con sintonización elevada podría sonar a otro ser.

Solo tomó unos cuantos segundos, después ya le dijo su líder espiritual:

—En cuatro días prestará oídos a su voluntad, ejecutándola. Luego tomará otros dos días antes de que eche su misiva al correo; la carta necesita dos días para viajar, así que la puedes recibir dentro de ocho días.

André estaba muy contento y al mismo tiempo tenía curiosidad por saber si todo esto se cumpliría, aunque no lo dudara ni por un instante.

—Ahora, hijo mío, tenemos que volver.

André apretó ambas manos de Marie entre las suyas como despedida y tuvo que concentrarse en otras cosas para poder liberarse de ella, tan intensamente estaba conectado con ella. ¡Qué potente era el amor cuando se daba puramente! Antes de partir, Alcar todavía llamó su atención sobre la gran pintura que él mismo había colgado y le indicó que las grapas estaban empezando a soltarse. André también lo vio con claridad y se sorprendió de que un ser humano en la vida después de la muerte pudiera observar en la materia. Lo que vivía a través de Alcar no era más que sabiduría, no era más que amor. En cuanto hubiera llegado a casa les avisaría. Tranquilamente prosiguió su camino de vuelta a su cuerpo material. Iba planeando por encima de montañas y valles y era un acontecimiento grandioso e imponente ver la tierra allí abajo desde su estado.

Cuando depusiera para siempre su cuerpo material, visitaría la tierra con Alcar. Si la gente tan solo creyera que después de la muerte poseería estas fuerzas. Qué bella era entonces la muerte, y ¿qué quedaba entonces de su poder? Las personas preferían llorar a sus muertos, aunque vivieran en felicidad y luz en una vida mucho más bella que la que podían imaginarse. También ellas planeaban hacia donde quisieran. Ya no existirían las distancias para ellas, podrían conectarse en un fogonazo. ¿Por qué no se aceptaba esta gran verdad? ¿Acaso era tan terrible? No era nada más que felicidad, y ¿la felicidad sería terrible?

Ya se alegraba de que pudiera darle estas pruebas a su esposa querida. Planeaba por encima de Alemania y pronto llegaría a su patria. Por un sentimiento sintonizado suavemente seguía planeando con tranquilidad; no hacía falta concentración. Solo pensar en su cuerpo lo hacía volver.

Ahora estaba en casa y su vestidura material seguía en profundo reposo. Aquí estaba ahora, al lado de su propio cuerpo. ¿Quién lo creería? Se le había

concedido constatar una enfermedad por medio de la ayuda de un ser elevado. Preferiría quedarse de este lado. Allí había sosiego y confortaba su alma. Se le permitía vivir como quería hacerlo. Aun así tenía que volver, aunque fuera de muy mala gana. Siempre eran los momentos más difíciles para él, volver a su vestidura material. Entonces la vida era una pesadilla, porque se encontraba más sensible incluso que en otros momentos. Entonces todo le contrariaba, pero aun así tenía que soportarlo. Era difícil, pero también en eso lo ayudaba Alcar. Muchas veces huía entonces a la naturaleza, porque allí, con el apoyo de la naturaleza, podía volver a conectarse con la vida en la tierra. Entonces sentía a la gente de manera tan distinta. Entonces era incluso más tosca y él se sobresaltaba y temblaba por los pensamientos que emitía.

Entonces lo sobresaltaba su violencia. Le quitaba los ánimos de seguir viviendo y entonces su mediumidad y sensibilidad eran tan, tan difíciles. Pero tenía que atravesarlo y quería ser fuerte.

Poco a poco volvía a su cuerpo material e iba despertando. Fue rápidamente a ver a su querida esposa para contarle su desdoblamiento y lo que ocurriría.

Había estado en Viena tres cuartos de hora y había recibido sabiduría para años. Se quedaron esperando si llegaba la carta de Marie, y ocho días después llegó la carta tan esperada, en la que constaba literalmente lo que él le había dicho ya te antemano. Era asombroso, pero la pura verdad. También iban a volver a colgar la pintura.

Para él todo era tan sencillo; era por las fuerzas que algún día todos los seres poseerían si quisieran sintonizar su amor en el espíritu.

Estimado lector, estimada lectora, André te pregunta:

“Si todo es verdad, ¿por qué entonces no aceptarías todas esas otras verdades? De todos modos llegará el día en que conocerás estas fuerzas”.

Por eso André te exclama: “Solo es posible si desarrollas tu amor en el espíritu, lo que significa felicidad, sabiduría en el espíritu”. El amor es todo, el amor es Dios.

Él reza y seguirá rezando para que Dios inspire este don con ese fuego sagrado para dar calor a otros.

La mediumnidad; los espíritus lo saben todo

De niño, André ya poseía el don de la clarividencia y también el de hablar con seres invisibles. Se acordaba muy claramente de cómo sentía durante su juventud y de que jugaba con niños espirituales. Les daba bellos nombres y siempre veía junto a ellos a un gran hombre alto y negro que le traía a los pequeños y se los volvía a llevar. Y cuando una cierta mañana se estableció la conexión con Alcar, y lo vio y oyó, entonces, en ese mismo instante, reconoció a su alto amigo negro de los años de su niñez, entendiendo por qué le había llevado sus amiguitos de juego.

Se le aclaró aún más cuando Alcar le contó en su vivienda espiritual sobre su vida, por lo que pudo verificar sus propias experiencias. Había nacido con este gran don. Tampoco se le habría ocurrido hacerse pasar por clarividente si no hubiera poseído ese don. Le era un misterio que aun así hubiera tantas personas que se apropiaran de este don sin llevarlo como posesión. Cómo se atrevían a ayudar a las personas, a curarlas, a disponer de las gracias y desgracias de otros sin poseer ese don. No solo es que desacreditaba la mediumnidad, sino también que se mancillaba el espiritismo y que se les quitaba la fe a los que habían quedado atrás en pena y dolor. Incluso había quienes pagaban caro a los que no eran médiums por esa sabiduría. Cuántos no habían ido a verlo llorando como niños, porque se les había quitado toda fe. Muchas veces eso le lastimaba, pero era su propia culpa por haber sido demasiado crédulos. No sabían que muchos se hacían pasar por médiums sin saber nada sobre la vida del otro lado. Se aprovechaban de los crédulos y eran los parásitos de la humanidad. Alcar le dijo que eran mucho peores que los ladrones que roban bienes terrenales. Y es que se escudaban en el pretexto de los seres espirituales y se sabían de memoria la Biblia, pero desde allí disparaban sus flechas materiales hacia los que sospechaban de nada. Era imposible protegerse de eso.

Alcar le había dicho:

—Un ladrón es una desgracia para él mismo y para otros, pero los que viven como parásitos de los que estén en pena y dolor son el veneno de la vida. Abusan de Dios y entonces ¿Dios tendría que proteger sus prácticas oscuras? Hablan de amor y de Dios, y muchos caen en ese profundo hoyo, que es invisible. Todos los que quieran conectarse con sus traspasados primero tendrán que vivir todo esto. Entonces habrá tristeza como nunca antes. Aunque no dure mucho, entonces se desmoronarán ellos y sus sagradas escrituras y se les descubrirá. Pero entonces ya habrán pasado meses de pena; la pena y el dolor habrán crecido y los sentimientos habrán quedado destrozados, de modo que todo se habrá transformado en un estado sin esperanza. Ha que-

dado pulverizada toda su confianza, ya no creen ni en un solo médium, el espiritismo se ha degenerado en obra del diablo.

Se sentían los médiums enviados por Dios, que habían llegado tan lejos por pruebas espiritistas. Todo esto aparecía en sus sesiones de espiritismo, aunque la ciencia lo tachara de puras especulaciones y cosas por el estilo. ¿Era de extrañarse que se hablara así? Cuando los crédulos iban a visitarlos, estaban extasiados por lo que sus espíritus de control les transmitían, pero no coincidía con lo puro que se daba desde el más allá. No importaba donde se encontrara uno, en toda la tierra, allí donde se ofrecía alimento espiritual, se podía distinguir todo de lo demás porque proyectaba amor, lo que significaba verdad espiritual. Lo suyo era basto, como su propia vida y sentimientos humanos. A muchos que llevaban este don verdaderamente en el interior les dolía, igual que a él, que la mediumnidad fuera tan mancillada. Conocía a personas que habían hecho la transición y que en la tierra habían sido grandes en amor pero que, al aparecer en sesiones, eran serecillos pobres y lastimosos. ¿Era posible eso? Entonces ¿habían recaído en la vida después de la muerte? Los controles lo transmitían. Eran médicos que trabajaban a través de ellos y para los que servían de instrumento. No solo se apropiaban de dones que no poseían, sino que también mancillaban un médico terrenal al que habían conocido o que habían designado sin más, al azar. Ahora bien, cuando un médico así empezaba a hablar, ya no quedaba nada de su gloria terrenal. Entonces se habían convertido en pobres diablos, recaídos y cambiados de golpe. André los calaba y sabía que no eran médicos, sino que vivían únicamente en su imaginación. Pero a los crédulos o a aquellos que no conocían estas leyes se les engañaba porque respetaban a esos médicos.

Así se mancillaba entonces no solo el ser sino también el nombre de las personas que habían vivido en la tierra dedicando su vida a la humanidad en sufrimiento, porque los médiums los hacían pasar por sus médicos. Pues de eso no entendía nada. Lo iban a visitar madres desconsoladas, que ya no tenían una noche de sueño tranquilo, que ya no podían con los nervios por los mensajes que se les habían dado. Entonces oía largas historias que no terminaban nunca, tan terribles y tan inmensamente tristes que les había hecho sangrar el corazón. Cada pena era más grande que la anterior. “No”, decían, “no es él; él era muy distinto”. Y cuando André les decía que era su propia culpa, contestaban: “Pero señor, hablan de la Biblia y de Dios”. Así se les desgarraba el corazón y se les pisoteaba el alma.

Había quienes vendían ángeles de la guarda, cuando a uno le hacía falta. Sus controles ya se encargaban de eso y cuando alguien se marchaba de su casa, podía estar seguro de que el ángel de la guarda iría caminando detrás suyo para protegerlo de todo mal. ¿No era terrible? Había largas filas de ángeles de la guarda esperando en el más allá para ser admitidos y recibir una

tarea en la tierra. Pero que llegaría el día en que todos esos médiums tendrían que enmendar todo esto, en eso no se pensaba. ¿Tenían un don divino? A los que representaban, ¿eran seres espirituales? ¿Estaban conectados con el más allá? ¿Era alimento para el alma, que fortalecería a los seres humanos? ¿Era esto lo que tenía que cambiar el mundo? ¿Sus chapuzas? ¿Ese era el apoyo para los que se quedaban atrás? ¿Eran conexiones espirituales establecidas por espíritus? Todo era solo sensacionalismo, para aparentar algo a costa de la pena y el dolor de otros. Ya de niño, André poseía su precioso don y estaba conectado con Alcar. Aun así sabía que no podía desarrollar a ningún ser humano hasta ser un médium, pues este era un don innato. Aun así había seres que organizaban cursos y que en tres meses suministraban a diez o veinte médiums. ¿Podía ser? ¿Era posible? Había muchos. Así se rompían corazones, heridos hasta sangrar. Pobre sagrado espiritismo, ¡cómo se mancilla lo más sagrado que se le ha dado a la humanidad! Rompían lazos, abandonaban a mujeres y niños, porque supuestamente tenían que llevar a cabo una tarea y tenían que entregarse a ella por completo, para lo que les estorbaba la lata que les daban sus hijitos. Era repugnante. Otros no tenían que hacer otra cosa que caminar por la naturaleza para desarrollarse y para que sus “médicos” pudieran alcanzarlos mejor que entre esos toscos seres humanos. Pero Alcar se lo había enseñado de manera muy distinta. De no haber servido para su trabajo material, o si lo habría descuidado, entonces Alcar no habría podido usarlo. Precisamente el que hiciera bien su trabajo terrenal, su ayuda a las personas, había sido el inicio de su desarrollo. Primero había tenido que aprender a olvidarse por completo de sí mismo, desmoronándose interiormente parte por parte, antes de convertirse en un instrumento útil para Alcar. Pero ¿cómo hacían esos otros? Caminar por la naturaleza y llevar una vida que no significaba nada. Desde meses antes se aterrorizaba a la gente con sus terribles predicciones. ¡Y eso encima lo decían sus ayudantes espirituales! Eran hombres y mujeres videntes sumamente dotados. ¿Venía eso desde el más allá? ¿Eran esos espiritistas y médiums? Eran seres de materia basta, que causaban más destrucción que bien. Decían que todo venía directamente desde el más allá y que era amor, nada más que amor.

¿Servían a los seres elevados? ¿Eran médicos que habían dejado la tierra? ¿Eran almas con sintonización elevada? ¿Era eso representar el más allá? ¿Era seguir el camino que algún día nos enseñara Cristo? Aquellos que volvían y que eran todos espíritus del amor, ¡no dejarían en la tierra a ningún ser humano en temor desde mucho tiempo antes! La mediumnidad era dar amor, nada más que amor a los que se nos acerquen para ser ayudados. Se servía a los que volvían a la tierra en felicidad y belleza para ayudar a sus seres queridos. No significaría nada más que felicidad para ellos mismos y para todos los que los buscaran. Esta era la mediumnidad, que curaba a los enfermos y

apoyaba a ancianos y afligidos, que irradiaba como soles con los que otros podían calentarse. Entonces era amor, lo más sagrado que Dios haya dado. Cada ser sentía este fuego sagrado y los médiums irradiarían y podrían ayudar a otros, porque se sintonizaban con los que no eran más que amor.

André quería usar su regalo de Dios solo en amor para ser algo para otros. Se le puso en el camino a uno de esos eruditos y Alcar le dio una lección de vida.

Algunas casas más allá en la calle en la que vivía André habitaba una anciana enferma, que él veía muchas veces sentada frente a la ventana para poder captar aunque fuera algo de la vida a su alrededor. Se la veía muy enfermiza y porque André pasaba por allí a diario, le preguntó a Alcar si podría ayudarla, ya que de todos modos le quedaba de camino. Alcar le dijo que pronto moriría, que solo le quedaban cuatro meses de vida.

Le pareció asombroso que su líder espiritual se lo pudiera decir así en el instante. Los espíritus sabían todo acerca de todos los humanos. Era una pena, pero no se podía cambiar nada al respecto, de modo que aceptó este mensaje por completo. Podía fiarse de su líder espiritual.

Una tarde, su hija, que vivía un piso más abajo del de André, fue a admirar sus pinturas. Sin que se lo hubieran propuesto la conversación llegó a tratar de su madre y ella le preguntó lo que pensaba del estado de esta. André la sondó para saber cómo intuía ella misma la enfermedad de su madre, pues no quería inquietarla antes de tiempo. Le daba miedo, pues varias veces había sentido la gran tristeza del que había recibido una predicción. Pero cuando ella le dijo que ya no tenía esperanzas, él le contó lo que le había dado su líder espiritual.

—Entonces solo espero que no tenga que sufrir tanto tiempo. Haría lo que fuera, pero nada sirve. Ella también quiere mudarse, pero para algunos meses no tiene sentido ni la ayudará a mejorar.

La mujer le agradeció su mensaje y se fue. Pasaron algunas semanas, cuando una tarde lo fue a visitar un señor que quería hablar con él. Al entrar, Alcar le dijo que él lo había mandado y que André tenía que concentrarse en él. Cuando alguien lo iba a ver pidiéndole que le ayudara en alguna cosa, de inmediato mandaba sus pensamientos hacia Alcar, esperando lo que recibiría. Nunca tenía que hablar o preguntar acerca de esto de antemano; siempre había sido así. Ahora, no obstante, se le avisaba por adelantado, lo que era algo particular y tendría un significado, tanto más porque Alcar le decía que lo mandaba él. André estaba listo interiormente y tenía curiosidad por saber para qué venía su visitante. De inmediato este empezó a dirigirse a él, hablando de la Biblia, que se sabía al dedillo. Tomó un buen rato para que terminara con eso, y luego mostró cartas de recomendación de sus pacientes que iban saliendo como papeluchos viejos. ‘Vaya vaya’, pensó André,

‘es clarividente. Hay que ver esto’. Volvió con la Biblia, citando durante un breve rato partes de la misma. Sacó a relucir a Cristo y a todos los santos e interiormente estaba llorando de emoción al pensar en todos ellos. Hablaba sobre “Dejad que los niños se acerquen a mí”, demostrando que él mismo también seguía siendo uno de esos niños. Finalmente soltó lo que tenía que decir, abordando el asunto verdadero para el que lo necesitaba. Pero André a él lo sentía y conocía, y sabía con quién estaba tratando. Se refería a la Biblia y los ángeles para escudarse en ellos y así hacer sentir que era un crédulo y un ser humano que sentía amor.

—Pero ¿para qué está aquí? —le preguntó André de repente.

—Pues mire, aquí en la calle tengo a una paciente a la que trato. Mi médico dice que puede mejorar y ahora dice su hija que usted le contó que solo le quedan cuatro meses de vida. Pero no es cierto, porque todavía podemos hacer que mejore. Sin duda que ella tiene todavía remedio.

André se asustó. Allí estaba frente a uno de esos héroes que podían mover montañas. Aunque todo estuviera en su imaginación, a costa de mucha pena y dolor ajenos. ¿De dónde sacaba el hombre esa verdad? Era imposible que André estuviera equivocado, ¿verdad? Sería terrible. Pensaba en primer lugar en esas pobres personas que habían hecho todo, que no habían escatimado gastos para hacer que mejorara. Cuánto dinero no habían gastado, lo que causó sufrimiento a todos. Si para él no era posible ayudar porque la enferma haría la transición, le parecía terrible causarles más gastos aún por mantenerla a flote. Sería sí o no, ayudarlos o no; les comunicaría todo de antemano, de modo que ellos mismos podrían tomar la decisión. Y este hombre se atrevía a decir que ella iba a mejorar, por lo que reunirían todo para darle a su madre ese tratamiento. Costaba dinero y en esa casa se lo pensaban bien antes de gastar un centavo. ¿No pensaba ese hombre en eso? ¿Acaso no era buena persona, puesto que todo le parecía tan sagrado? André no solo pensaba en la enfermedad, sino también en las preocupaciones. Día y noche rezaba por la verdad; ¿ahora se la estaban privando...? Le rogó interiormente a su líder espiritual esclarecerle este estado. A través de la relación de la Biblia y todos los santos oyó a Alcar que le preguntó:

—¿Por qué dudas, André?

Y supo así que sentía puramente. Ahora el hombre le preguntaba si no lo harían juntos. ‘¿Juntos?’, pensó. ¿Cómo era posible? Nunca había vivido algo parecido. Si no podía lograrlo un solo magnetizador, no haría falta que lo intentaran dos.

Alcar le dijo:

—Ayúdala, quiero darle a él una lección de vida. Pero todo ocurrirá bajo tu supervisión. Tal vez eso le abra los ojos.

Quedaron entonces en un día y a una hora en que irían a ayudar y el

“clarividente” se fue.

Esa misma noche, André habló con la hija, preguntándole por qué habían llamado a alguien a pesar de todo.

—Sí —dijo—, ese viejo dice con tanta certeza que ella mejorará y por eso decidimos poner todos nuestro granito de arena para darle ese tratamiento. Si lo oyes hablar no te queda otra opción, lo quieras o no, que empezar a creerle. Creo que después de todo es una buena persona. Es una gloria oírlo hablar sobre la Biblia y creo que se la sabe toda de memoria.

Ella también había entrado en su influencia, igual que él mismo, pues había llegado a dudar de sus propias fuerzas. Lo llamaba el viejo “médico”. André le preguntó:

—¿Por qué me lo mandó?

—Pero ¿qué dice? —le preguntó asombrada—. ¿Yo, habérselo mandado a usted?

—Sí, fue a verme y ahora iremos juntos a ayudar a su madre.

Le contó que su líder espiritual quería darle una lección de vida al hombre y que por eso se le permitía ayudar.

—Mañana iré a verla, y él también irá. No le voy a cobrar nada, solo tengo curiosidad por saber cómo acabará todo esto. Pero todo ocurrirá bajo mi control y usted tiene que ayudarme a que así sea. No es la manera de trabajar, pero lo quiere mi líder espiritual y yo tengo mucha curiosidad por saber cómo recibirá su lección de vida.

A la mañana siguiente, el viejo estaba allí, conversando con la enferma, cuando André entró. ‘Ojalá esto termine bien’, pensó André. La perturbaría más de lo que la tranquilizaría. Le extrañó que su líder espiritual quisiera que ayudara. André dijo que el hombre solo podría tratar las piernas y que le tenía que dejar el resto a él, y le pareció excelente. Los martes y viernes vendría a tratarla, y él, André, los lunes y jueves por la mañana. Al darle su primer tratamiento, el viejo ya había olvidado el acuerdo y le trató el cuerpo entero. Alcar le mostró a André que no había respetado el acuerdo. Le preguntó a su líder espiritual lo que tendría que hacer, y Alcar le dijo:

—Continúa, hijo mío, yo velo y controlo todo. No te preocupes.

Así pasaron algunas semanas en las que no ocurrió nada particular. El viejo se volvería a atener al acuerdo, tratándole las piernas, que estaban paralizadas. “El viejo médico” —tenía sesenta años— se frotaba las manos porque todo estuviera funcionando tan de maravilla. André pensó que si tenía que dejar que lo controlaran otros, lo dejaría de inmediato, pues entonces no serviría para este trabajo. Quería ser independiente. Otro día por la mañana, incluso antes de entrar, Alcar le mostró otra imagen. André vio que la hija y el viejo intentaban juntos que la paciente caminara. Más tarde le preguntó a ella si lo había visto bien y tuvo que admitir que André lo sabía todo.

—¿Cómo es posible? —dijo—, lo ve todo.

—Yo no veo, sino que mi líder espiritual sabe y ve todo —le respondió André—. Recuérdelo, él está presente, así que no haga cosas malas. ¿Por qué no hace lo que acordamos? Pensé que me ayudaría y haría caso de lo que yo le diría.

Nuevamente había sido el viejo que la había convencido de hacer un intento con las piernas esta vez, que la enferma no había podido usar hasta entonces. A André le pareció un ser humano peligroso y se arrepentía de haber empezado. ¿Cuáles podrían ser las consecuencias?

Al día siguiente llegó a verlo el viejo, pues andaba por el vecindario y quería hablar un momento, lo que le agradó a André, puesto que tenía algo más que decirle. Empezó de inmediato:

—Si no deja de actuar según sus propias ocurrencias, lo dejo al instante. No puede hacer nada por su propia cuenta. ¿Cómo se le ocurre hacerla caminar? ¿Quién le dijo que lo hiciera?

—Mi control —respondió.

—Vaya, así que su líder espiritual.

—Sí, mi líder espiritual.

‘Allí está’, pensó André, ‘¿ahora qué? Para todo puede invocar su control’. Si ahora él mismo decía que su líder espiritual, Alcar, le había dicho no hacerlo, ¿entonces qué? Se iba a complicar la cosa. Pero también ahora se le ayudó. André vio que Alcar se manifestó a su lado con otro espíritu y lo oyó decir que tenía que escuchar con atención.

—Este espíritu, que está aquí conmigo, era antes su médico de cabecera. Sabe lo que está haciendo el hombre y lo quiere anular. Dile, André, que este espíritu no está con él ni nunca lo ha estado. Tendrá que dejar su nombre en paz. Pero prepáralo y dale pruebas. Yo te ayudaré a hacerlo.

Aquí se estaba desarrollando algo de lo que el viejo no sabía, oía ni veía nada. André le preguntó si conocía bien a su líder espiritual, o control.

—Pues claro, está conmigo día y noche, ayudándome en todo.

—¿Era su médico de cabecera?

—Así es —dijo—, qué bien ve usted.

—No tiene nada que ver con esto; me parece sencillo porque se me da. ¿Está seguro de que es su líder espiritual?

Después, André le dio una descripción del espíritu que se estaba manifestando junto a Alcar.

—Sí, sin duda, es él; ¡como si yo no conociera a mi líder espiritual!

Ahora André empezó a sentir compasión por él, porque había sin duda un núcleo en su interior que quería el bien, pero por desgracia simplemente no poseía ese don.

—Entonces escuche, tengo un mensaje para usted.

Aguzó el oído, se volvió a frotar las manos, por lo visto era su costumbre, y escuchó.

—Se me dice que el médico cuyo nombre usa no es ni nunca ha sido su control. Tampoco le dijo que usted ayudara a esta paciente.

—Sí —dijo—, y sin embargo ella está avanzando. —Era como si con eso quisiera enmendar todo—. No lo entiendo, si él siempre aparece en nuestras sesiones, aconsejándome en todo.

André sintió resistencia.

—Óigame bien, estoy viendo a ese médico; usted lo reconoce, lo que prueba que veo correctamente; pero ¿por qué entonces no acepta ahora ese otro mensaje? Le da la verdad, lo que a mi modo de ver es una gracia, porque muchos hacen lo mismo y se les deja hacer; a usted le están indicando sus defectos. ¿No piensa que tendrá que enmendar todo esto? Sobre todo si sabe que la vida es eterna. ¿No siente cómo atenta contra todo lo que es verdad en el espíritu? Ese médico vino a la tierra para decirle que no es él ni nunca lo fue.

—¿Me habré equivocado entonces? —contestó el viejo.

—¿Cómo se puede equivocar? ¿Quién le dijo que sí era él? Es decir, ¿quién le dio esa seguridad de que ella se repondrá?

De nuevo intentó demostrar que iba mejorando y André lo abandonó a sus propias ideas. Sin duda haría lo que le decía su líder espiritual.

Alcar le dijo ahora que se fuera y volvieron a pasar algunas semanas sin que ocurriera nada especial. Una mañana, mientras estaba tratando a la paciente, sintió que tenía fuertes cólicos en el estómago, y le preguntó a Alcar cuál era la causa de estos fenómenos.

—Dile al magnetizador por última vez que, si no para, lo dejaremos a su suerte.

¿Qué había pasado? El viejo le había dicho que tomara agua de espinaca para favorecer sus evacuaciones. Era más que terrible; había resultado en un cambio de su estado general. ¿Cómo se le ocurría administrarle a esta enferma medicinas de invento propio? André nunca había tenido que administrar un solo medicamento, pues solo trataba a los enfermos por irradiación magnética. Le daba miedo.

—¿Por qué lo permite? —preguntó a la hija—. De verdad que ¿no siente usted misma que no le hace bien?

Solo ahora se le abrían los ojos y también la paciente prefería al “médico” joven por encima del viejo. El viejo hablaba demasiado, según la enferma. La hija le prometió a André que ahora estaría pendiente y si no quería hacer caso, lo echaría. Era un misterio que André supiera todo sin más.

—Ahora veo el bien y el mal —dijo la mujer—. A los que poseen este don y a los que pretenden tenerlo sin que sea así. ¡Vaya desgracia! —continuó—: qué peligrosas son esas personas; ya no quiero tenerlo en mi casa; se acabó.

André le aconsejó no hacer nada más que vigilarlo; todavía tenía que recibir su lección de vida. Ahora André entendía todavía mejor. Era la mediumnidad, que destruía más de lo que construía. A esto estaban entregadas las personas, y el hombre iba de unos a otros. ¿Cuántos habrían perecido de la misma manera? Los crédulos no podrían calar el pretexto de la Biblia y de los santos. Esa mediumnidad era fácil; no exigía esfuerzo alguno ni suponía responsabilidad. Aun así no quería eso y en su lugar nunca se le habría ocurrido hacerse pasar por médium de cualquier manera. Como ese hombre había cientos. Se mancillaba el verdadero don.

Pasó otra semana. El viejo pensaba que la enferma iba excepcionalmente bien y se lo dijo a la hija. No obstante, ella ya no hizo caso de su ver y esperó a que llegara André para que este la informara. Una semana después, el viejo la encontraba todavía mejor y dijo:

—Ya lo ves, ya está, vamos por buen camino.

Llegó la mañana del lunes y André la fue a visitar como de costumbre. La hija ya venía a su encuentro, diciendo:

—El viejo dice que la encuentra excepcionalmente bien, pero no me fío. Para mí que está demasiado bien; podría ser una mala señal.

Cuando llegó donde la enferma, vio a la primera que la hija era más clarividente que el viejo. De verdad que esto era sospechoso. Oyó y vio de inmediato a Alcar, que le dijo que se concentrara en él con precisión. Esta mañana duró mucho tiempo y cuando volvió de su trance, Alcar le dijo que terminaría pronto.

—Hará la transición antes de que termine la semana. Te avisaré de antemano, pero en cualquier caso: esta semana.

André se lo contó a la hija y esta confió plenamente.

—Me parecería glorioso para ella, porque entonces ya no tendrá que sufrir. Y es que nosotros seguimos —continuó—. No lloraré su partida y le deseo de todo corazón la felicidad allá. —A André le pareció valiente y fuerte, así no le hablaban muy a menudo. Estaba convencida y probó que esa convicción le servía de apoyo—. Pero —dijo—, ¿cuándo se le dará a ese viejo su lección de vida?

Pues eso tampoco lo sabía André y le dijo que habría que esperar.

El martes por la mañana volvió el viejo; la vio normal y dijo que estaba tan terriblemente ocupado que no volvería antes del viernes de la siguiente semana. Él, André, ya se las arreglaría solo por esa semana. Tenía que ayudar a mucha gente fuera de la ciudad. A ella le pareció bien y el hombre se fue. Ahora, André iba a visitarla todas las mañanas para asistirle durante sus últimos días. Su fin se iba acercando. Llegó el jueves. Tenía el pecho lleno de flemas, lo que le dificultaba la respiración. Aun así tenía conciencia de todo lo que ocurría a su alrededor. Allí estaba, postrada, tranquila y calmada,

sintiendo que se acercaba su final. El viernes por la mañana estaba todavía más débil y André vio a varias inteligencias alrededor de la cama, que ya vendrían a buscarla. Alcar le dijo que se concentrara en él, pues así le transmitiría varias imágenes. La enferma lo perforaba con la mirada, como en su momento lo hiciera Annie, pero podía aguantarla. Le hablaba interiormente. Ella también tenía miedo a la muerte. Cuánto le gustaría hacer las cosas en su lugar. Él tenía treinta y cuatro años, ella era una mujer de sesenta y cuatro. La muerte era un redentor poderoso, pero ella no sabía nada al respecto, y eso a pesar de que su hija hablara con ella varias veces de que algún día se volverían a ver. No aceptaba; para ella no sería una posesión.

Se quedó con ella mucho tiempo, y vio que había manos amorosas que la apoyaban e irradiaban. Sus padres estaban con ella, habían vuelto a la tierra para venir por su hija. Veía amor, nada más que amor, hasta mucho más allá de la tumba. Ay, si la gente tan solo pudiera aceptarlo. Ella siempre había sido una buena madre y por eso sería feliz. André contó a su hija lo que se le había concedido percibir y que más o menos al caer la noche llegaría su final. La enferma estaba profundamente dormida y él volvería un momento por la tarde. Pero cuando llegó a verla en la tarde, su estado no había cambiado. Había dormido toda la mañana después del tratamiento y estaba muy tranquila. Todavía era consciente de todo. Se respetaba profundamente la ayuda de André y la hija ya había empezado a amar a Alcar.

—Realmente, —dijo—, en esas manos se siente una a salvo.

La conmovía profundamente cómo se había desarrollado todo. Faltaba una semana para que hubieran transcurrido los cuatro meses. ¿Quién podría seguir dudando de una pervivencia eterna? Había quedado convencida para el resto de su vida y le había dado un gran apoyo y confianza. En pensamientos le deseó un buen viaje a la enferma y se fue. Su tarea había terminado. Mientras iba a casa pensó en el viejo. ¿Cuándo recibiría por fin su lección de vida? No quiso preguntárselo a Alcar, porque no lo dudaba ni por un segundo.

Estando esa misma noche con amigos, habiéndoles hablado de su partida, de repente le llegó una hermosa visión de la partida de la mujer. Sus amigos, observándolo, preguntaron:

—¿Qué estás viendo allí arriba?

—¿Lo que veo allí? Ahora mismo te lo contaré. —Alcar le dijo que prestara atención, no se pronunciaba una sola palabra. André se concentró en su líder espiritual y en un momento dado la vio haciendo la transición—. Miren (Mirad) el reloj —les dijo a sus amigos—, mi paciente está haciendo la transición; me llamarán por teléfono pero ya me voy.

Faltaba un minuto para que fueran las diez y media.

—Será para ustedes (vosotros) una preciosa prueba de cómo Alcar vela por

mí y por ella. Será incluso más bello cuando me haya ido, pues dentro de un momento sonará el teléfono.

André se fue y cuando llegó a casa, ya habían ido allí para comunicarle que ella había hecho la transición faltando un minuto para las diez y media. Era milagroso. 'Alcar', pensó, 'qué grande es usted'. Qué verdadero, qué grandioso era todo. Todos, toda la familia, sentían respeto por su líder espiritual. No había palabras para expresarlo. Era amor, nada más que amor. La enteraron el martes. El jueves por la mañana, su hija fue a visitar a André para agradecerle todo. Llevó flores para Alcar, lo que alegró mucho a André. Todo el mérito era suyo; él era su líder espiritual. No se olvidaba al ser humano invisible. Alcar le dijo que le diera las gracias en su nombre.

—Ahora todo ha pasado, André —dijo la hija—, pero aún así me gustaría saber cuándo se le dará por fin su lección a ese viejo. Y es que ya no se puede, mi madre ya está debajo de la tierra, ¿de dónde tendrá que venir entonces esa lección? Durante todos estos días de tanto ajeteo ya ni siquiera me he acordado.

Luego André oyó que Alcar dijo algunas palabras y en ellas estaba todo.

—El viernes por la mañana recibirá su lección de vida.

Al instante ambos comprendieron el significado de estas palabras. Eran sencillas, pero latigearían terriblemente el alma del viejo "médico". Sería para él una lección, de modo que, si las entendía bien, no se volvería a atrever a alzar la mirada hacia los espíritus el resto de su vida. A ella le corrían las lágrimas de compasión por las mejillas. No se podía cambiar nada al respecto, pues volvería. A la enferma se le podía curar, ¿verdad? Qué terrible será para él tener que recibir una lección así desde el espíritu. Todo se le estrellaría ante los pies. André lo veía como un hombre deshecho y lo compadecían en el alma. Aun así fue nuevamente un momento en que Alcar le impuso respeto a ella. Fue una prueba de cómo los espíritus saben todo y pueden ver con meses de antelación si lo quieren y si podría ser necesario. Llegó la mañana del viernes en que volvería el viejo. Más tarde, la hija le contó lo siguiente:

—Estaba en la puerta cuando llegó alegremente como siempre, diciendo: "Aquí estoy de nuevo". El corazón me latía en la garganta. Me quedé muda. "¿Cómo van las cosas aquí?" fue su pregunta, "¿Bien? ¿Cómo está tu madre?". Seguía sin poder decir nada ni me atrevía a mirarlo. El viejo me miró, sintiendo que algo estaba mal. Se puso de todos los colores y de repente preguntó: "Vamos, qué pasa, ¿puedo ir a ayudar a tu madre?". 'Pobre hombre', pensé, pero le dije: "¿Mi madre? ¿Mi madre?", y sentí que surgía mi tristeza, que no podía ocultar. "Entonces tendrá que ir al cementerio, allí está". Estas palabras le latigearon el alma. Me miró y pensé que se derrumbaría. "Dios mío", dijo, "en verdad, en verdad, eso sí que es un médium". De repente parecía que solo pensara en usted. Se dio la vuelta, salió corriendo de la calle

y desapareció. Me dolió por él.

El viejo médico había recibido su lección de vida. Todo esto le enseñó a André muchas cosas: que los espíritus lo saben todo de nosotros y que sin duda poseen un intelecto que supera en mucho al de los que siguen viviendo en el cuerpo material.

¿No nos da eso la fuerza de llevar la cruz que Dios nos ha impuesto? Algún día veremos la luz y la felicidad, poseeremos un mismo amor, una misma sabiduría que los que viven del otro lado, si también nosotros queremos sintonizar nuestro amor en el espíritu. Nos esperan del otro lado, si no hemos echado a perder nuestra vida terrenal.

Hay lugar para todos, porque hay muchas moradas en la casa de Dios. Si lo queremos, allí nos espera la felicidad eterna, eterna.

La fuerza de la oración

En este estado, André conoció la fuerza de la oración. Un amigo suyo llegó con un señor que necesitaba ayuda.

—Tal vez —dijo—, tú puedas ayudar a este señor.

André le preguntó si venía a verlo para situaciones espirituales, porque no podía darse a sí mismo para asuntos materiales. Resultó ser una situación espiritual y esperó a ver qué le transmitiría Alcar. André tomó entre las manos el pañuelo del señor como “influencia”, y jugó con él unos instantes para sintonizarse. Sentía a Alcar a su lado y seguramente su líder espiritual sabría para qué venía a visitarlo el hombre. De pronto sintió que se tiraba de su brazo derecho y que era alzado. Significaba algo y miró hacia arriba para ver si percibiría algo.

Ambos lo miraron preguntándose lo que iba a ocurrir ahora. Alcar dijo que tenía que poner mucha atención, que le mostraría algo.

—Mira —oyó. De repente vio que un rayo de luz iluminaba el pañuelo, y que fue dibujando algunas palabras en él, por lo que se asombró mucho. Claramente decía ahora allí ante él “no puede irse”. ‘¿Qué significaría eso?’, pensó—. Pásalo, André —oyó que dijo Alcar. Pero primero le preguntó a su amigo, que también magnetizaba, si había percibido algo.

—No, nada —fue la respuesta de este.

—Escúcheme por favor —le dijo a su visitante—. No sé para qué habrá venido, ni sé si le servirá de algo lo que estoy por contarle, pero le aseguro que lo que le diré ahora se me da desde el más allá: no puede irse.

El hombre rompió en sollozos. Qué terrible, nunca antes había visto a un hombre de cuarenta años llorar así. Esas palabras sencillas le habían pegado duro. Tenía el corazón destrozado. Estaba como roto. André seguía sin saber por qué esas tres palabras lo habían perturbado tanto. A su amigo también se le llenaron los ojos de lágrimas. Seguía sin poder pronunciar palabra. Sentía que su ver había sido puro y que para el hombre significaba algo terrible. Por fin contó lo que significaban estas palabras. El hombre llevaba años casado y últimamente las cosas ya no iban muy bien entre él y su esposa. Había conocido a otra mujer, con la que quería casarse. Pero no se atrevía muy bien, pues estaba convencido de la existencia de una vida eterna y por eso primero quiso consultar a una persona confiable para ayudarlo en su estado. Tenía dos hijas pequeñas y si rompía ese lazo, sabía que tendría que pagar por ello. Pensaba que sería feliz con esa otra mujer y averiguaba dentro de sí mismo lo que quería pero no se atrevía a hacer. Pero no había contado con esto, lo había tomado por sorpresa. Ahora, ¿qué tendría que hacer?

Las lágrimas seguían rodándole por las mejillas. Amaba de verdad, pero André sentía que no significaba más que amor material. Este amor también se derrumbaría pronto y entonces estaría irremediabilmente perdido.

Su situación social era tal que si se sabía allí de su divorcio, podría resultar en que lo despidieran. ¿Y luego? El final sería imprevisible.

André le dijo:

—Le aconsejo que haga caso de este recado. Se me da desde el otro lado, allí deben de vivir amigos suyos que velan por usted y que lo protegen de la perdición. Mi líder espiritual me dice que este mensaje viene de alguien que los ama mucho a usted y a su mujer e hijas.

Lo tranquilizó un poco.

—Mire aquí —dijo, pasándole a André una foto de la otra mujer—. ¿No es encantadora?

André miró la foto sondando a la mujer y en un segundo sabía quién era ella y qué quería.

—Pues mire, buen hombre, le diré cómo la veo. Está usted convencido de que poseo un don y que veo y siento más que otras personas, ¿verdad?

Asintió con la cabeza dando a conocer que así era, pues lo acababa de vivir.

—Usted es una persona muy sensible, que en este momento anhela un poco de amor. Y cuando un ser humano se encuentra en un estado así, ya no ve tan nítido como cuando se encuentra en un estado normal. Ya ha perdido toda su personalidad. Se ha anulado a sí mismo porque se encuentra bajo su influencia y por eso no ve más que su cuerpo. Pero eso tampoco es más que materia, solo materia, sin sentimientos. Como ella se pueden encontrar millones. Lo que usted busca y quiere encontrar solo se encuentra poco en esta tierra, pero usted piensa verlo en ella. Así que lo que lo atrae es su cuerpo y por eso no ve nada de su estado interior, que es lo que finalmente importa y que, entiéndame bien, no vale la pena para que les cause infelicidad a su mujer y hijas. ¿Siente lo que quiero decir? Ella no quiere otra cosa que una vida buena y bella, y usted recibe a cambio un poco de materia, materia solamente, y ¿para eso quiere dejar a su mujer e hijas? Usted, con su excelente trabajo, puede atraer mujeres así, miles a la vez. Pero ¿es esa la intención? Hay unas incluso más bellas que ella, pero interiormente todas son iguales. Su felicidad no durará. ¿Es necesario, es justo procurar su propia felicidad a través de la pena y el dolor de otros? ¿Quiere su felicidad a costa de mucha pena y dolor? Honestamente, ¿querría eso? ¿Lo vale ella? ¿El amor de ella compensa la pena y el dolor de su mujer e hijas? Podría dejar su mujer fuera, pero sus hijas no han pedido esto. ¿Es mala su mujer?

—No —contestó—, no se le puede reprochar nada.

—Muy bien, ¿qué querría entonces? ¿Porque no le entiende? ¿Es esa una razón para abandonarla a ella y a sus hijas?

André sentía que lo estaba tocando en el alma y que su líder espiritual lo estaba ayudando. Siguió con fervor; aquí quería salvar lo que se pudiera.

—Si esa mujer fuera un ser humano noble, lo habría mandado de vuelta a su mujer e hijas y ni se le habría ocurrido alejarlo de ellas para satisfacerse ella misma. Si poseyera ese amor sagrado que hace radiar a un ser humano, entonces lo habría mandado de vuelta al lugar donde debe estar. Este amor que se le está ofreciendo ahora es basto material, es incluso un amor que lleva a la humanidad a la perdición, es egoísmo puro y duro. Este amor es pasión, nada más que pena y dolor, que destruye a cientos, nada más que veneno a costa de vidas humanas. Es amor como una llamarada, se extingue luego como una vela en la mesita de noche. Entonces, señor, entonces seguirá viviendo en profundas tinieblas. ¿Es esa la intención de Dios? ¿Es eso ser fuerte y poder hacer algo? ¿Es esa la fuerza masculina, es eso lo grande que admirará una mujer? ¿Es usted capaz de matar? Este será el final de ella y de sus hijas. ¿Se atreve a quitarles su amor a aquellas que lo aman? ¿Es culpa de ellas la vida de usted? ¿Han pedido ellas llegar a este mundo? ¿No lo quiso usted mismo? ¿Tiene que quitárselas ahora de encima para esa mujer? Vamos, hombre, mire lo que hace, pero no haga tonterías. La que quiere alejarlo de su mujer e hijas no es digna de poseerlo.

Si fuera un ser noble y se la pusiera en el camino, todo habría sido diferente, pero entonces no habría sido la voluntad de usted, sino la de Dios. Entonces se le daría este amor y le habría llegado de otra manera, de la que nosotros, seres humanos, no sabemos nada, porque son los caminos de Dios.

Ahora oyó que Alcar le dijo que parara.

El hombre había quedado desengañado por completo. Le preguntó a André si podía volver cuando lo necesitara. Le dio un cordial apretón de manos y se fue con su amigo. Cuando André estuvo solo, Alcar le dijo:

—La raíz llega hasta la profundidad de su alma y por eso ha envenenado lo más sagrado. La influencia de ella le ha contagiado el alma y si no usas todas tus fuerzas, perecerá. Por eso te pido, en nombre del que vive de este lado, que hagas lo que sea e intentes salvarlo. Hay muchos que te ayudarán a hacerlo y que te apoyan en sus oraciones. Todos quieren salvarlo de su perdición, por eso volverás a saber de él. Nosotros ayudamos, André.

André lo incluyó en su oración y diez, veinte veces al día elevaba su oración para todos ellos hacia Dios, para que se le concediera ser liberado de estos demonios. A menudo rezaba con tanto fervor que quedaba exhausto por haber entregado todas sus fuerzas. Nunca estaban fuera de sus pensamientos aquellos por quienes rezaba. Siempre les estaba mandando sus pensamientos, sin parar, apoyándolos de esta manera. Muchas veces descendía entonces en él una fuerza tan intensa, tan bella, que sentía que se le estaba ayudando. A cuántos había podido ayudar ya por medio de su oración. Qué grande era

la satisfacción cuando todo había pasado y se había convertido en el bien. Rezaba hasta que aquello por lo que rezaba se resolvía; no renunciaría antes, aunque tardara años. Ahora rezaba a Dios para que a ese hombre se le abrieran los ojos. Se lo pedían desde el otro lado; a ellos no los defraudaría. Solo podía liberarse por un poder elevado, el alma le había quedado demasiado influenciada. Se le había envenenado el alma y era aún más terrible que la peor enfermedad que se conociera en la tierra. Esto estaba siendo su perdición espiritual.

Esas pobres niñas no tenían que ir a la perdición y ya tan solo por eso estaba dispuesto a hacer lo que fuera. Le mandaba sus fuerzas desde lo más hondo de su corazón, yacía por decirlo así interiormente en él, y no lo dejaría libre ya. Era una pugna entre el bien y el mal. ¿Quién ganaría? Pronto volvería a André; llegó después de tan solo unos días.

Cuando entró, André vio que le faltaba mucho para curarse. Ni siquiera se había sentado y ya tenía otra vez las mejillas empapadas de lágrimas. ‘En verdad’, pensó André, ‘este ser humano ama’. Pobre hombre, qué profunda es tu pena. ¿Qué sigue teniendo valor ahora? Ninguna riqueza, nada que pertenezca a la tierra compensa aquello para lo que, de ser necesario, quisiera dar su vida. Qué profundo, que inhumanamente profundo era su sufrimiento. André se le acercó y al que le sacaba ocho años lo tomó como un niño entre los brazos, dejando que se desahogara llorando. Y mientras estaba siendo tan uno con él, oyó que Alcar dijo algo que también a él le hizo correr las lágrimas por las mejillas; lo había oído ya antes y también en ese momento le había servido de apoyo:

—Llore, llore bien hasta desahogarse, le hará bien; así se le aliviará el corazón. Así cada uno libra su lucha, así cada uno intenta encontrar su camino. Para algunos ese camino es el sendero hacia las tinieblas, para otros el que lleva con muchos recovecos hacia la luz de Dios. A ti, hijo mío, te he indicado ese camino ya tantas veces y ahora díselo al que tienes en los brazos como un ser humano destrozado. Dile que lo que está viviendo es la voluntad de Dios, pero que también será la voluntad de Dios dárselo.

A todos les digo:

“Ser humano: tú que buscas, tú que buscas el camino hacia la luz, deambulas y erras tan a menudo porque tu camino es un camino de muchos recovecos en profundas tinieblas. Pero Dios te dice que hagas Su voluntad y entonces no puedes ni quieres escuchar la voz de Dios. Pero cuando todo en la vida se te empieza a hacer demasiado pesado, reza, reza entonces. El amor es lo más elevado y lo más sagrado, es más, lo más sagrado por encima de todo, pero no hay amor que te destrozará. Ser humano, vence tus pasiones. Dios te bendecirá por cada victoria que obtengas sobre ti mismo. Pero es difícil y muchas veces te verás ante casos casi insuperables. Entonces Dios dice: ‘Es

tu obligación, hijo mío', y contestas: 'Dios mío, no puedo'. Pero Dios dice implacablemente que es tu obligación y una y otra vez sientes Su inquebrantable voluntad. Es tu obligación, hijo mío, así está bien y obedeces la voluntad estricta pero sagrada de Dios, entonces habrás logrado una victoria sobre ti mismo, aunque en la feroz lucha te costara la sangre de tu corazón. Entonces Dios, muy quedo, te pone ambas manos en la cabeza, diciendo: '¡Bien hecho, hijo mío, estoy contigo!'. Afronta la lucha pura sin intentar librarte de ella. No se hará tu voluntad, sino la de Dios. Amén".

—Díselo, André, le será de apoyo.

André le contó lo que había dicho su líder espiritual. Sentía el amor inmaculado que todo esto irradiaba.

—Ya no puedo más, —dijo—, mi vida quedó destrozada y ya no vale nada. Así no tengo vida y ¿dónde volveré a encontrar mi sosiego, si de todas formas no se me concede? ¡Ya no puedo trabajar! ¿A dónde iré a parar esto, cómo seré salvado y qué es lo que me quema aquí?

Indicó el lugar donde se encuentra el plexo solar, el centro de los sentimientos del ser humano. Ardía allí por amor, al hombre lo estaba consumiendo el amor. Esto no era pasión, sino un amor maduro, un fruto rebosante de jugo sagrado que lo haría feliz. Un fruto de amor que tenía que ser recogido por manos suaves para no mancillar su pureza, lo que significaba belleza en el espíritu. Estaba abierto en plena madurez, como una rosa. Cada ráfaga de viento lo hacía vibrar y por esta violencia el fruto se hundiría. Había madurado quedamente, por rayos de sol que lo mimaban y ahora vivía en la vida plena. La tierra, donde pensaba despertar, lo absorbía y era impulsado por el viento, de este a oeste, de sur a norte, hasta volver, como quebrado en alma y cuerpo. Le suplicaba a Dios que se le liberara de esa fuerza extraña. Nunca antes había habido algo parecido en el fruto, no había pensado que el amor pudiera ser tan grande. Qué grande no sería entonces el amor de aquel que se hacía llamar Dios. El fruto rezaba a Dios para que lo liberara de ese tormento. He ahí cómo actúa un ser humano.

Había escuchado atentamente esta visión que André le había transmitido. Y cuando se hubo tranquilizado un poco, André volvió a hablarle. Sentía dónde podía alcanzarlo.

—Y ahora, ¿qué va a hacer con todo ese amor suyo? Cómo puede llorar un ser humano que sienta una semejante felicidad por dentro. Dios le dio esta fuerza sagrada, ese don sagrado, lo hizo despertar y ahora usted dice: ¡Dios mío, apártalo de mí, me vuelvo loco, ya no sé qué hacer! ¿Sabe bien lo que está haciendo? Toda su vida estuvo anhelando este amor. Dios le puso otra vida en el camino por la que despertaría, y ahora la quiere poseer así sin más, de una vez. Qué ingrato es usted. ¿Quiere que una de ellas deje su lugar a la otra? ¿Acaso no toda la vida es Dios e igual para Él? ¿Por qué quiere precisa-

mente la otra y no aquella con la que todos estos años ha compartido todo? ¿Qué le ha hecho a usted? ¿Es culpa de ella que no le entienda? ¿Pensaba usted no poseer errores, o que Dios le habría dado este don para usarlo de esa manera? ¿Es eso lo que quisiera usted, lo que quisiera su fuerza, su amor? ¿Sabe con quién se está sintonizando? Con el ser más espantoso que anda por la tierra, con el que se sacia a costa de otros. Le repito, ¿quiere la felicidad a través de la pena y el dolor de otros? ¿Es usted un padre de amor? Un animal cuida a sus crías y usted ¿quisiera quitárselas de encima? Desgarrada la joven vida de ellas, haciendo jirones todo, no piensa más que en su propio amor y olvida el de ellas, al que tienen derecho. ¿Quisiera alejar de usted un ser humano que quiere, aunque todavía no puede? Le digo: es su obligación quedarse con ellas, pues lo aman y usted les ha dado un lugar en este mundo. Los que destrozan vidas humanas, que se sacian haciendo jirones lazos de amor, tienen que sufrir después de esta vida y deberán vivir en las tinieblas. Imagínese por favor su estado si hubiera hecho lo que quiere ahora y después también la habría conocido como la veo yo. Entonces habría nacido un sufrimiento tan terriblemente hondo que lo haría incluso más infeliz. Pero entonces sería demasiado tarde, porque usted habría destrozado todo. Entonces querría volver arrastrándose de rodillas para enmendar todo, pero sería en vano, porque la que usted habría dejado preferiría el trabajo más pesado antes que aceptar una limosna suya. Solo cuando sienta y vea que se ha engañado, que no se trataba más que de una vida bella, de ropa fina, de placer, entonces se habrá hundido aún más y ya no quedará nada por salvar. Y todo eso por cosas materiales, solo materiales.

—Eso está por verse —contestó.

—Vaya, ¿eso piensa? Parece que todavía no ha quedado convencido de que ella es un ser material. Óigame, le ha dicho que tiene hijas, ¿no es así? Ella lo sabe e incluso así quiere que las abandone. ¿Eso es amor? No, es egoísmo puro. Imagínese que se encontrara con ella en un mismo estado y que ella se viera ante el mismo hecho que usted, dejándolo a usted. Porque es una ley: lo que no quieras que te hagan, tampoco se lo hagas a otro. Así que en el fondo lo que ella quiere de usted está en ella y es su personalidad. Admite usted que es grosero querer que abandone a sus hijas, ¿no es así? Y su mujer nunca lo haría. ¿Quién está ahora más arriba, ella o su querida esposa? Amigo, lo que tiene es bueno, aunque ella no lo entienda a usted del todo, a ambos les queda por aprender eso. No olvide nunca que ningún ser en este mundo es perfecto, usted tiene tanta culpa como ella. Creo que su mujer, aunque yo no la conozca, es más sensible que usted con todo su amor. Usted mismo dice que ella nunca hará algo así, que ni lo piensa. Una mujer que hace añicos el amor infantil, que quiere privar a unas niñas del amor de su padre, es de un egoísmo puro, no siente más que interés propio, cálculo y amor propio. ¿Con

un ser así piensa poder encontrar su felicidad? ¿No piensa que también esta felicidad quedaría extinguida pronto? Le vuelvo a preguntar: ¿compensa este amor el sufrimiento de sus hijas? Recuerde lo que le digo y piénselo todo, es por su propio bien. Podría seguir así durante horas. Por eso espero que vuelva a aceptar la vida como es, con sus hijas y con su querida esposa. A ambos les queda por aprender.

De nuevo se despidió, como otra persona. Sin embargo, André sintió que aún no había terminado, el veneno lo había penetrado demasiado.

Había vuelto a recibir valor y apoyo de una fuente de la que André sacaba todas esas fuerzas. Esa fuerza era el amor verdadero y puro. Rezó con mucho fervor por él y los suyos hasta estar seguro de haber vencido el mal. Esta lucha era feroz; solo por la oración lograría salvarlo de estas terribles garras.

Una noche, su esposa querida fue a visitarlo. Ya no podía más, tiraba la toalla.

—No se puede vivir con él —dijo—, si no quiere, entonces que se acabe, yo ya no aguanto así.

André vio que su trabajo se estaba esfumando. También con ella habló durante un buen rato, mostrándole que él necesitaba tiempo y que todavía no había perdido todas las esperanzas.

—Deme algunas semanas, no tiene que hacer más que esperar y quedarse. No he terminado aún, pero recibo ayuda desde el otro lado. Déjeme todo a mí, pero no debe abandonar. Si usted se va ya puedo irme olvidando, entonces ya no tendré contacto. Piense en sus hijas y quédese con ellas hasta que yo le diga que ya no queda ninguna posibilidad de liberarlo de esas manos.

—Está bien —contestó—, me quedaré hasta que usted me diga que ya no haya que tener esperanzas.

A Dios gracias todavía sentía tanto amor por él como para quedarse.

—No olvide —continuó André—, que él está bajo una influencia terrible, mortal. Quien esté bajo ella está perdido, a menos que vengan fuerzas elevadas para liberarlo. Estaría dispuesta a dar sus fuerzas para un extraño si usted conociera estas fuerzas y se pidiera su ayuda. ¿Por qué entonces para él no? Piense que él tiene que aprender, ya es lo suficientemente terrible que él lo tenga que vivir. Arde en su interior y se corroe por dentro. Sienta compasión por él y confíe en la ayuda espiritual. Le pido: rece conmigo, que Dios nos dé la fuerza de poder salvarlo de su perdición.

Ella también había recobrado los ánimos y le prometió rezar con él.

—Él es mi hermano, y usted se ha convertido en mi hermana y lo seguiremos siendo hasta la eternidad.

Ella le dio las gracias de corazón, y con valor y fuerzas renovados volvió a su casa para empezar su nueva tarea: rezar por su marido, que había caído en otras manos.

Después de unos días, el marido volvió a visitar a André.

—Es que me siento simplemente atraído hacia aquí —dijo. André no dijo nada, pero se sintió feliz de que obedeciera a su voluntad. Vivía con sus fuerzas y ya no lo soltaría hasta que hubiera quedado liberado y salvado de todo. Ya se lo había ganado a medias, porque su propia voluntad había quedado anulada parcialmente. André incidía conscientemente en la gente para ayudarla de esta manera. Le preguntó cómo estaba. Aunque se sintiera un poco más tranquilo, todavía no se le había quitado ese fuego por dentro. André le aclaró que seguiría así eternamente, que incluso se intensificaría a medida que se fuera desarrollando en el espíritu—. Pero ¿qué dice, tiene que seguir así? —preguntó asombrado.

—Sí, ¿por qué no lo querría? Es lo más sagrado que pueda recibir un ser humano. ¿No me ha entendido entonces, después de todo lo que le he contado? Intentaré aclarárselo.

André sintió que su gran líder espiritual incidía en él y pronunció lo que Alcar quería y le transmitía.

—Cada ser que vive en este mundo tendrá que desarrollarse. Hay miles de caminos, todos diferentes. Así que cada ser tiene su propio camino y todos esos caminos desembocan en el de Dios, que algún día alcanzaremos. Pero la manera en que esto ocurre es diferente para cada vida. Aunque hay una sola cosa que es igual, una sola ley que tenemos todos y es aprender a dar amor. Ya lo siente, es aprender a dar. Nunca damos, pero todos seguimos pidiendo, por la sencilla razón de que no poseemos esta sintonización. Así vivimos, pues, diferentes estados, todos ellos necesarios para despertar en el espíritu. Ahora bien, las personas que despiertan en este mundo son quienes más dificultades tienen, porque, y de esto se trata, no se las entiende. Esta falta de entendimiento les cuesta esfuerzo y lucha, así como sufrimiento, porque a costa de su propia felicidad, compréndame bien, quieren hacer felices otras vidas. El ser humano dice: no se me retribuye nada, aunque haga así o asá, no se me siente ni se me entiende; todo esto se explica por lo tanto porque no se le entiende al ser humano de los sentimientos. Pero precisamente desde ellos tiene que salir todo, en otras palabras: tienen que dar, para amarlos en todo, a pesar de todos sus errores. Llevan dentro la fuerza y no importa quien sea, hombre o mujer, que posea esta sensibilidad, tendrá que apoyar a los demás. ¿Siente lo que quiere decir? Pero qué es lo que ocurre tantas veces, y también es su caso: quieren encontrar a ese otro ser humano y se entregan al primero que se les cruce, pensando que han encontrado a su media naranja. Entonces piensan que encontrarán la felicidad, pero es incluso más basto, más material que lo que tenían antes. Entonces se olvidan de sí mismos y de todo lo que tienen alrededor, porque piensan que con aquella persona han recibido la verdadera felicidad. Todo esto significa debilidad. Es llevar una vida en palmas

y destruir la otra. Es egoísmo puro y nada más que amor propio. Por estos estados se pierde la humanidad. Ahora bien, el ser humano de los sentimientos que despierta en la tierra es un ser privilegiado, porque siente amor. Otros a su vez tendrán que cargar con mucha lucha y dolor antes de alcanzar este estadio de los sentimientos. Pero al mismo tiempo, este amor aún es material, porque buscan otras vidas entregándose a ellas, olvidando sus obligaciones. Mire, no es justo, no es bonito, no es vigoroso, y ellos, por ser más sensibles, son incluso peores que los que ellos consideran fríos y distantes. El ser humano de los sentimientos anhela amor, pero ¿piensa usted que todos los demás no quieren sentir calor? No pueden entregarse así, porque todavía no llevan dentro esa libertad; eso también es desarrollo, pero ellos también anhelan, sin duda alguna. Y porque quieren pero todavía no pueden, el ser humano de los sentimientos tendrá que ayudarlos, dándoles el calor que lleva interiormente para calentarlos, porque ellos se tienen que entregar por completo. Los sentimientos de ellos son una sintonización material, así que no hace falta imaginarse que es usted más que otro que no sea tan sensible. Se encuentra en un estado inestable; es así porque de pronto empezó a sentir otra cosa que lo que sentía antes. Esos sentimientos repentinos lo han sacado de su equilibrio, por lo que ha empezado a mirar a los demás, lo que antes nunca habría hecho. Por eso su estado es como en un niño, cuando la materia se queda atrás con el espíritu y vive en disarmonía. Por lo tanto, el despertar es una sacudida, lo que es más sensibilidad, significa más amor y cuando logra mantenerse firme, esta sensación se extenderá, lo que equivale a vivir todo lo que vive en sintonización espiritual. Así que si me ha entendido, ese fuego está en usted y seguirá allí; es más, la cosa se hará incluso más bella, porque usted seguirá desarrollándose para luego irradiar, y así iluminará a otros. Eso es seguir el camino que nos enseña Cristo y que siempre nos enseñará, el camino que tenemos que caminar todos. Ahora quiere darle todo ese amor a un solo ser humano, porque piensa recibirlo de vuelta de ella, pero no es cierto ni es posible, porque ella tiene que poseer esa fuerza; así que no recibirá usted nada. Por eso le digo que usted y ella son egoístas que no poseen más que amor propio y se aman a ustedes mismos.

Y ahora que se le da la verdad desde el otro lado, usted lloraba como un niño pequeño que no recibe. ¿No se cree usted mismo ridículo?

Y luego, otra cosa más.

Usted quiere avanzar, porque sabe que la vida es eterna, es decir: que tiene que hacer que su propia vida valga la pena. Sabemos que la vida espiritual es amor y que hay que poseerlo si se quiere poder ser feliz del otro lado, algo de lo que ya estaba enterado desde hace mucho. Pero ¿cómo quiere justificar ahora todo esto si siente que usted atenta contra todo lo que Dios ha creado y que es Su propia vida? No puede más que ser su perdición. Cuando amamos

tenemos que amar todo lo que vive, solo entonces recorreremos el camino que siempre me indica mi líder espiritual, por lo que conocemos la vida espiritual.

Un ser humano es como un niño pequeño; aunque hayan llegado a la edad de noventa años, dice mi Alcar, siguen siendo niños en el espíritu. Acabo de decirle que mucha gente solo despierta del otro lado, o sea que solo allí entra en esta sintonización, y tendrá que sufrir y aprender lo que usted vive ahora, si es que usted actúa en el espíritu. Así que ya va por buen camino para trabajar en usted mismo. Lo hará aún más si en este caso piensa primero en su mujer e hijas, y luego empieza a sentir amor por todo lo que vive. Después seguirá cada vez más y algún día recibirá todo, pero entonces será el momento sagrado de Dios. Una vez que haya llegado al punto en que pueda amar a toda la gente y que no les quitará ese amor para dárselo a otros, cuando sienta que la vida es Dios, solo entonces estará trabajando en usted mismo. Así sigue el ser humano para aprender cómo hay que dar amor. Ahora le habrá quedado claro que no es tan sencillo significar algo para otros en amor puro. Pero cada ser lo tiene que aprender, quiera o no; cada ser tiene que aprender a recorrer el sendero espiritual, que significa felicidad en la vida después de la muerte.

Aun así el hombre no se dio por vencido todavía y preguntó:

—¿Acaso no poseerá ella entonces ese amor? Tendré que verlo primero, ¿no?

André pensó: ‘Cómo es posible, no me quiere entender; esa pregunta ya me la ha hecho’. No obstante, siguió aclarándose.

—¿No siente entonces que una mujer no posee amor, no siente nada ni es nada si quiere poseer ese amor por medio de la pena y el dolor de otros? ¿A eso le llama usted amor? Cada vez que ha venido a verme siempre le he hablado de esto. ¿No siente entonces que el que quiera sumir en la desgracia a otros no puede ser una persona noble? Le aseguro que más adelante la verá de otra manera que ahora, si tan solo recupera la tranquilidad y cuando su sensación ardiente se haya convertido en un suave deseo.

—¿Cómo es que usted la conoce mejor que yo, cómo lo sabe? ¿Ni siquiera la ha visto!

—Es la cosa más sencilla —dijo André—. Se lo diré: solo amar lo que albergue vida; no sentir antipatía, darse por completo a todos, sin importar quién sea, empezando a intuir la vida en amor. Solo por amor puedo sondear la vida que hay debajo de mí; así me lo ha enseñado mi líder espiritual y a diario vivo que ese es el camino, que esa es la manera de poder intuir la vida. Lo que hago por usted, lo hago por todos; lo que siento por usted, lo siento por toda la gente. Por eso no me hace falta ver a una persona. La conozco por su letra, por una foto, por cómo camina, por la cabeza y las manos, por el

timbre de su voz; en fin, ya no se me puede ocultar el ser humano porque lo siento hasta en lo más hondo de su alma. Me hago uno con él y siento como se sienta él. Entran en mí esos mismos sentimientos y entonces no es más que lógico que sepa cómo es su sintonización de los sentimientos. Si puedo adoptar una enfermedad, ¿no podría entonces captar el estado de los sentimientos de un ser humano, si todo pasa de manera espiritual? Por eso un ser humano no es hondo cuando uno percibe la mentalidad del hombre. Como ya le dije, me lo enseñó mi líder espiritual, aunque lo tuve que asimilar, lo que me costó mucha lucha y por lo que todavía tendré que seguir luchando.

—¿Se puede aprender eso entonces?

—Claro que sí, ¿por qué no? Yo asimilé estas fuerzas en cinco años. A otros tal vez les hagan falta cien años. Porque sabe usted tan bien como yo que pasan muchas vidas humanas en las que el ser humano no ha aprendido nada; a diario vemos esos estados. El humano tiene que querer trabajar en él mismo, siempre sintonizarse interiormente con estados espirituales, eso es dar amor. El ser humano tiene que olvidarse de sí mismo por completo y vivir para los demás; eso es todo. ¿No es sencillo? Pero lo que hay que hacer es empezar con ello; usted ya está destruyendo una vida a favor de otra y para hacer algo de sí mismo, va en contra de las leyes. Y es que no hay otro camino, porque lo que pude vivir del otro lado, desdoblándome de mi cuerpo material, es que este es el camino. Empecé lo más pronto que pude, porque quería poseer estas fuerzas, como ellos, y si ahora sigo así, espero poseer un poco de luz cuando yo también me muera, y ser feliz en la vida después de la muerte.

—¿Esa es su fuerza?

—Exacto, ahora está empezando a entenderme. Mucha gente no cree que pueda sentir de verdad tanto por otros como por mí mismo o por los que viven conmigo. Sin embargo, es así; yo solo sé lo que es “vida”, las personas no me dicen nada. Todo me dice lo que portan y son interiormente. Así como llega a mí esa vida, así siento y actúo; de cualquier manera amo, y me siento uno con la vida, de modo que ya no puedo vivir de otra manera. Ahora lucho por su felicidad. Su felicidad es la mía. Si no me puedo entregar por completo, no podré intuir su sufrimiento, su pesar. Pero sus dolores son los míos, en una palabra: todo es mío, porque todos ustedes son mis hermanas y hermanos. Esto se ha convertido ahora en mi posesión, no puedo sentir de otra manera, aunque quisiera. Cuando puedo hacer algo por las personas que signifique felicidad, entonces me siento feliz, lo siento más hermoso y bello que lo que lo sentirían ellos. Por eso su sufrimiento es el mío y siento cómo se siente usted y sé que aquella con la que piensa encontrar su felicidad, no es la felicidad y que no posee este amor. Sentir amor fraternal es amar de manera universal, lo que supera y está por encima de todo amor terrenal. Pero no

piense que siento que lo supero a usted; yo también no soy más que un ser humano con muchos errores.

—Acaba de decir que ese amor supera todo amor. ¿Cómo es posible eso, acaso el amor maternal no es el más elevado de todos los amores?

—Vaya, ¿eso piensa? Le mostraré que está equivocado. Una tarde estaba con amigos en el campo, disfrutando el glorioso día estival. Un hermano suyo llegó a visitarlos con su esposa e hijo y pronto yo me había hecho gran amigo del niño, un muchachito de tres años. Jugué con el niño y descendí en él. Entonces me siento como un niño pequeño, incluso lo soy, porque me he conectado de manera íntima. Me gusta jugar con niños; debido a que muchas veces no me entienden los adultos, me siento fuertemente atraído por los niños. Era tan uno con él que cuando me alejé a una buena distancia de él para esconderme, el niño me encontró detrás de los arbustos, lo que tal vez no podría haber hecho un telépata. Lo que ocurría allí era muy sencillo: éramos uno y el niño no podía actuar de otra manera que como yo sentía. Pero los adultos sienten su personalidad y porque se sienten a ellos mismos, tampoco alcanzarán a ningún niño, porque no quieren bajar de sus pedestales. Por eso las personas se blindan contra toda la demás vida, y también contra sus propios hijos. Esa tarde descendí en el ser del niño. Viví esa sensación bella y sagrada, ese amor infantil inmaculado que una madre misma no sentirá, porque quiere acercarse al niño desde su propia sintonización de los sentimientos. En resumidas cuentas: luego me dijeron que había hipnotizado al niño. Imagínese, ¡yo, hipnotizar a un niño! El niño me llamaba por la noche y por eso quisieron avisar a la policía. ¿No le parece horrendo? Por eso nuestro que el niño sentía mi amor, porque yo también era infantil y aun así actuaba con mi razón humana. Que no solo puedo conectarme con niños, sino también con personas adultas, a quienes puedo ayudar tanto como a los niños. Me entrego y no me siento diferente en ninguno de los dos estados, soy y sigo siendo como soy. Mi amor por el niño fue percibido por él, pero no por los padres; ellos vieron en mí al intruso. El amor maternal de ella es la posesión del ser. No es amor universal, porque entonces también ella me habría sentido. Y aún otra interpretación, más clara. En un cine —pasó de verdad— había cientos de niños. De repente estalló un incendio y las madres que lo supieron entraron corriendo para salvar a sus pequeños. Pero muchas iban atropellando a otros pequeños con tal de salvar su posesión. ¿Eso es amor universal? ¿No eran la vida de Dios todos esos pequeños a los que atropellaron? No, solo sus hijos; no se preocuparon por otro ser. Por suerte no todas eran así. ¿No es este amor basto material? Pisotearon vidas para salvar a aquella única vida que les pertenecía. ¿Por qué lo hicieron? Porque no era más que amor propio. Podría seguir así, aclarándole por medio de varios estados que nosotros los humanos seguimos sin amar. Estaría dispuesto a dar mi vida

por cada ser humano. No es ningún mérito, porque para mí sería una gran gracia poder morir, pues sé que la vida del otro lado es más bella que aquí en la tierra. Aun así para nosotros en la tierra es lo más grande que se podría dar y regalar. Pero se puede ser útil de otra manera también, y logro más significando algo para la gente, ayudándola, que si diera mi vida por un solo ser. Es precisamente en el acto más pequeño que reside la mayor fuerza. Por eso le digo que seré feliz cuando pueda volver a hacerlo feliz junto a los suyos.

—Es un ser humano envidiable.

—Lo soy, y le aseguro que, si hace caso de mis consejos, no le traerá otra cosa más que felicidad, por lo que más adelante daré las gracias a Dios. Si empieza ahora, entonces ya hace algo de lo que puede sentirse orgulloso.

—Es como el relámpago, vuela alrededor de mí de un lado a otro y me alcanza donde quiere hacerlo. Sacude todo hasta dejarlo hecho pedazos, no me queda más que aceptar.

—Le agradezco el cumplido, pero no me dice nada. Ya le dije: yo también no soy más que un ser humano con un poquito de amor y lo mismo dice mi líder espiritual. Pero quiero decirle esto: no importa lo que traiga a colación, con la ayuda de mi líder espiritual lo desmenuzaré y destrozaré su pedestal.

—¿Qué piensa entonces ahora de mí y de mi estado?

—Ojalá que no espere cumplidos, porque no puedo dárselos; pero en pocas palabras puedo decirle cómo lo siento. Escuche por favor.

Es un buen hombre y no tiene mal carácter, pero su único error es que se ama un poco demasiado a sí mismo.

Se rindió y les agradeció a él y a Alcar la terrible lección. Planeaba por el espacio, pero aun así se alegró de sentir un poco de tierra firme bajo los pies.

—Quiero seguir su camino y lo haré.

Tendió ambas manos a André y este se las apretó cálidamente.

—Me parece fabuloso, así es usted un hombre del que uno se puede sentir orgulloso. Así lo empezará a querer mucho su esposa, eso a ella le impondrá respeto. Pero primero tiene mucho que enmendar y tiene que intentar recuperar su confianza. Los primeros días todavía le tocará luchar, porque aún no ha quedado libre de esta terrible influencia.

—Vaya, ¿usted también lo siente?

—Sí, claro, todavía no es libre, pero vamos por buen camino.

Ahora quería tener una pintura de André, como recuerdo para siempre. André tenía una acuarela muy linda, que podría haber vendido ya muchas veces, pero Alcar no lo quería. “Se la hice a alguien”, decía su líder espiritual, “déjala allí, tarde o temprano vendrán por ella”. En este instante, Alcar dijo:

—André, la acuarela es para él, en ella ve su propia vida.

Era formidable que los espíritus lo supieran todo, con mucha anticipación, porque André tenía la pieza desde hacía meses. Qué grande era Alcar, qué

problema se le estaba aclarando esta vez. El hombre estaba muy entusiasmado. La pieza era un símbolo de su propio estado. Se la llevó y ambos, también su esposa querida; estaban muy felices. Le había dado su palabra de honor de que enmendaría todo.

Pasaron algunas semanas. A André le entró la sensación de que no sería mala idea llamarle por teléfono, y lo hizo. Alcar le dijo que había recaído; a André le sangró el corazón como nunca antes. ‘Qué terrible’, pensó, ‘cómo es posible’, después de todo lo que había recibido de su líder espiritual. De ella supo que faltaba mucho para que se arreglaran las cosas. Le dijo que aguantara un poco más y que hoy o mañana volvería a llamar. Alcar le dijo que estuviera preparado. Recibiría un mensaje suyo para ir a verlo, para usar sus últimas fuerzas. Seguía rezando por él, día tras día, no dejaría de hacerlo y entendió que lo había percibido claramente a él cuando este se había ido de su casa hace poco. Esperó en silencio y se mantenía conectado con él. Rezaba con fervor por la felicidad de ellos. Muchas veces se arrodillaba pidiéndole fuerza a Dios, con tanto fervor que sentía que se le iban hundiendo todas sus fuerzas corporales. Entonces se arrastraba cansado, extenuado por rezar, colándose a través de todo, poniendo a su alrededor una fuerza que ningún diablo penetraría. Tenía que ganar, como fuera. Por la noche, cuando despertaba de pronto, veía a las pobres pequeñas ante sí y les mandaba sus pensamientos, para que rezaran por su padre. Más tarde supo que, inconscientes de todo, habían rezado por su padre querido. Qué fuertes eran los pensamientos sintonizados en el ser humano de manera pura. Pasó otra semana entera más antes de que se le concediera llamar y cuando quedó con la esposa en ir a verlos por la noche, ella se puso feliz. Se habían convertido en hermanos.

André se preparó para visitarlos por la noche. Jugaría todas tus bazas. Sentía que el hombre lo evitaba y entendió que debía de seguir teniendo conexión. Qué duro le habían dado al pobre. Qué veneno se le había infiltrado en el alma. Esto, lo sentía claramente, era el final. Era sí o no. No podría dar más, daría todas sus fuerzas, después ya no quedarían más para seguir ayudándolo. Era lo último. Si no, pues al abismo; a fin de cuentas, es lo que quería. Pero ¿era posible? ‘Pero ¿qué estoy haciendo?’ pensó. ‘Cuando empiezo a pensar así me doy por vencido y triunfará el mal’. No, eso nunca, o bien mataría todo en él o bien estaría perdido. El amor que sentía por aquella otra mujer tenía que ser destruido, de lo contrario seguiría anhelando y no tendrían vida. Sería un infierno para ellas y no podía ser. Pero también entendió que necesitaría la ayuda de una fuerza elevada. Era imposible para un ser humano terrenal llevar a cabo esto. Solo Dios podía ayudarlo. ¿Acaso todas sus oraciones habían sido en vano? ¿Se destruiría todo su trabajo de varios meses? Alcar le había dicho de antemano que muchos lo ayudarían con sus

oraciones, ¿no? Pero también ahora sentía que estaría bien, porque entonces se habría hecho todo para ayudarlo. Aun así se daba miedo a sí mismo. ¿Cómo se podría erradicar ese amor de él si él mismo no lo quería? ‘Rezaré’, pensó, ‘como nunca antes y aguantaré hasta el final, entonces ya veremos esta noche’. En su rinconcito, allí donde siempre le rezaba a Dios para pedir fuerza para su trabajo, para protegerlo contra malas influencias, para poder hacer siempre su trabajo de manera pura para servir a Alcar y los suyos, allí se arrodilló y mientras suplicaba se instaló en él y sintió lo contagiada que seguía estando su alma. Estaba ante él como un libro abierto y André supo que otra vez había conexión. Me había dado su palabra de honor; ¿no se podía confiar en palabras de honor! Pensó que era débil, muy débil, no un hombre que infundiera respeto. Ahora era uno con él, aunque viajara a otro continente. Muy resuelto, después de su fervorosa oración para hacer por él lo que fuera, oyó que su líder espiritual dijo:

—Entrega todo, hijo mío, él lo vale.

André tembló y se estremeció de la emoción: tanto amor por un ser humano, eso se llegaba a vivir muy pocas veces. Alrededor de las siete de una noche tormentosa fue caminando a verlo. El viento bramaba, la lluvia le latigaba la cara, la naturaleza se rebelaba. Le hacía bien, le hablaba de fuerza y violencia, por lo que el corazón le empezó a latir con más velocidad. Alcar caminaba a su lado. Eran uno, en eso se habían convertido con el paso de los años. Con su ayuda podría mover montañas. Palabras no hubo; estaban conectados espiritualmente. Alcar lo hizo sentir todo y a través de la lluvia y el viento sentía y veía la fuerza de su líder espiritual. Alcar irradiaba una fuerte luz, lo que hizo que se le incitara a entregarle todo al hombre. Pronto llegó y fue recibido de la manera más cordial. Al darle la mano, André ya había adoptado su estado interior y sabía que tenía que volver a empezar desde cero.

Los primeros momentos fueron asfixiantes, era casi inaguantable. Ay, si esa mujer tuviera que seguir viviendo en este infierno, en poco tiempo la consumiría su tristeza. ¿Cómo atentaba todo contra lo que significaba el amor puro! Porque él amaba, le amargaba la vida a ella y allí estaba sentado, como si fuera un leño. Tenía ganas de agarrarlo y gritarle: ‘Pero ¿no ves, hombre, que cada minuto es valioso? ¿No sientes que esto es para asfixiarse?’. Casi lo dejaba sin aliento. Todo lo que estaba a su alrededor era frío y su luz vital se había enturbiado. Un ser humano que amaba permitía que otra vida pereciera de frío. El amor irradiaba calor; aquí parecía el polo Norte. Era ridículo, triste y penoso. No era más que egoísmo, les robaba su felicidad a ella y a sus hijas. André siguió el curso de sus ideas. Sus pensamientos relampagueaban de él al ser que había contagiado su interior y sus sentimientos. ¿Cómo era posible, después de todo lo que había hablado con él? ¿Cuántas horas le había entregado? ¿Sería cierto, entonces, que todo había sido en vano? ¿Era un caso

perdido? En realidad, en qué se había metido; sentía claramente que antes que verlo prefería no verlo. ¿Por qué se había metido en la vida de ellos? De repente se sintió como si alterara la tranquilidad y lo inundó una sensación muy peculiar. Era la sensación de ser quien no se deseaba. Lloraba en él, lo lastimaba, no había esperado algo así. Allí estaba; no había logrado nada con toda su ayuda. ¿De dónde venía? ¿De él? ¿De ella? La sondó, no, ella estaba abierta e irradiaba amor hacia él. Era él; preferiría que André callara la boca sobre todo eso y no se metiera en sus asuntos. Lo volvió a sondar y sintió que solo poco antes había tenido conexión con ella, lo que confirmó más tarde como verdad.

Cómo era posible; aquí no se podía ayudar, porque no quería cooperar. No era de extrañarse que también ella tirara la toalla. ¿Tendría que perder André después de todo? ¿Era el mal más fuerte que el bien? ¿Para eso había rezado tanto tiempo? ¿Su oración no era escuchada? Ahora ¿que restaba que importara? Le suplicó a su líder espiritual que lo ayudara, y este le dijo que mantuviera la calma y la tranquilidad.

—Mira a tu alrededor, André —oyó que dijo Alcar. Veía que nubes oscuras iban tapando el cuerpo del hombre y sintió compasión por él. El mal se había apoderado de él. ¿Hasta qué profundidad se le lanzaría en las tinieblas? Pobre, pobre hombre, qué terrible estar bajo estas influencias. ¿Quién las estaba estimulando? ¿El mismo diablo? Unos minutos después oyó que Alcar dijo:

—Atácalo en este estado, te ayudaremos.

El hombre seguía sentado, encogido como un bloque de leña, pretendiendo que él y su mujer no estaban allí. André se preparaba para empezar su lucha con él. Si sintiera algo por él, tendría que demostrárselo ahora. O estaría en la calle antes de que pasaran cinco minutos, o hablaría interminablemente. Por eso le preguntó sin rodeos:

—Si prefieres que me vaya, solo tiene que ordenarlo y desaparezco.

Se asustó tremendamente.

Su esposa querida lo ayudó, diciendo:

—André tiene toda la razón, estás allí sentado como si no hubiera nadie más, ¿qué cosa te pasa, hombre?

Las lágrimas le rodaban a ella por las mejillas. André continuó:

—Vamos, contésteme. ¿Tengo que irme?

—Cómo se te ocurre —respondió—. Qué tonterías.

—¿Quiere que le diga de una vez —continuó André—, lo que es una tontería? Que en su propia casa convierta la vida de su mujer e hijas en un infierno. ¿Así se hacen las cosas? Se le olvida que tiene obligaciones. ¿Es usted

un padre? ¿Se merece que le vaya bien en este mundo? ¿Olvida acaso que hay miles de personas que no tienen qué comer? Más aún, ¿que no tienen una cama donde dormir? ¿Que no poseen una casa para guarecerse de la lluvia y el frío? ¿Sabe cuál es la desgracia de usted? Su vida es demasiado buena. Dios haría bien en hacerlo padecer hambre durante un tiempo. Debería conocer las dificultades y la miseria, así ya no las buscaría más adelante. Sígame en mi camino y ya verá la clase de situaciones terribles que existen. Quiere echar a perder lo que posee todavía. ¿No entiende acaso que las posesiones terrenales también significan felicidad? ¿Tiene que destruirse lo que ha construido en todos estos años, solo porque ama a otra? Es consciente de que si se llega a saber, lo despedirán. ¿Qué será de sus hijas, por no hablar de su propia miseria? Le vuelvo a pedir que reflexione antes de que sea demasiado tarde. ¿Por qué no piensa en los años pasados? Lo difícil que fue llegar a estas alturas. ¿Cuándo lo volverá a recibir? Nunca, le digo. ¿Es entonces absolutamente necesario que se destruya? ¿Qué quedará de todo? Luche por su felicidad, pero no de esta manera. Así perecerá. Si se tiene que romper de todos modos, entonces haga que el fuego lo consuma todo, pero no las atormente hasta sacarles la sangre. Deje ya, hombre, de buscar conexión con ella. Déjelo, será su perdición. Tiene a la desgracia tocándole la puerta. Con que solo abra la puerta, se le inundará la casa de miseria y dentro de un año será un hombre perdido. En su oficina ya no lo necesitan (—dijo).

No rebatió nada, escuchó todo sin oponer resistencia. André siguió con fervor. Sentía que tenía que mostrarle sus posesiones, la posesión de toda la materia, además del pronunciado contraste, la profunda miseria, por lo que recapacitaría.

—¿Siente lo que significa ser rico en la tierra? ¿No valora sus posesiones? ¿Ya no siente lo que fue usted en algún momento? ¿Siempre conoció esa riqueza? Acompáñeme a visitar a familias en las que el padre y los hijos están desempleados, a otros que quieren trabajar pero no pueden; otros más se vuelven locos de tristeza por haber perdido a sus seres queridos. Aquí, sin embargo, todo no es más que felicidad, pero aquí el señor de la casa busca tristeza, pena y miseria. ¿No es terrible? Lo que otros a veces reciben para su horror, y que los lleva a hundirse, usted lo busca de manera voluntaria. Lo que no querían dar muchos para poseer lo que usted tiene. Ay, hombre, qué cosas está despedazando; destruirá mucho si quiere empeñarse a pesar de todo.

¿Para qué quiere destruir todo esto? ¿Por un poco de amor, material, que se puede recibir de muchas y por el que se hunde el mundo? ¿Para eso quiere que su mujer y sus hijas padezcan hambre? ¿Es esa su intención? Le repito, haga lo que quiera, pero yo predigo su perdición. Tal como en aquella primera mañana le dirigí esas tres palabras espirituales, ahora en efecto veo su perdición.

Cuando dijo esto su mujer lo miró y André sintió que él no le había comentado nada al respecto. Ya no se detuvo.

Lo llevó por la tierra, le hizo sentir riqueza y pobreza, y luego volvía a su propio estado. Las montañas y los valles de la sociedad pasaban ante su vista, comparaba todo con su propia posesión. Le mostraba amor, material y basto material, incluso hasta en la sintonización animal, lo que le estremecía, porque de esta manera se le estaba mostrando su perdición. Durante su alegato oyó que Alcar dijo que siguiera por este camino. Allí se le podía alcanzar.

Volvió a empezar. Ya llevaba dos horas hablando con él; ya casi no podía respirar por la fuerza que depositaba en ello. De repente el hombre se levantó de su silla y le apretó las manos. Inesperadamente, en él había empezado el deshielo. Ya casi había quedado vencido el mal. Pero André continuó de inmediato, no había quedado satisfecho aún. Tendría que entregarse por completo interiormente, quería ver lágrimas, profunda tristeza, súplicas por perdón. A ese punto quería llegar. Ahora continuó en el espíritu, del que le había hablado tanto ya. De nuevo le hizo sentir lo que significaba este amor. Lo elevó mucho y lo llevó de vuelta, como se lo había enseñado Alcar. Lo conectó con montañas y valles, planetas y estrellas, para luego volver a llevarlo a la tierra y mostrarle su condición y sintonización. André le suplicó a Dios por ayuda, porque sentía que triunfaría sobre el mal. Se había descongelado por dentro.

Finalmente rompió en sollozos desconsoladores y ambos se le acercaron (a André), arrodillándose a su lado como niños pequeños. Del lado izquierdo su esposa querida, a la derecha el que ahora había vencido (André). Los abrazó amorosamente. Las lágrimas les rodaban por las mejillas, la irradiación del amor entraba en su corazón. Fue un momento grande y sagrado. André sintió una gloriosa influencia que lo reconfortó y por la que entendió que podría mover montañas. Dios estaba con él, lo liberaría por Su fuerza sagrada. Recuperarían su felicidad por la voluntad de Dios. Ambos le ganaban en edad, pero en ese momento se sentía mil años mayor.

De repente se liberó y los dejó solos allí, arrodillados. Como en un fogonazo le llegó lo que podía llevar a cabo en este instante. Volvió a pasar a otra sintonización y recorría la estancia de un lado para otro, contándoles mientras tanto lo que percibía alrededor de ellos. Al mismo tiempo lo miraban, habiendo dejado de ser ellos mismos. Sus corazones eran uno, sus manos estaban fundidas. Se les acercó, les dobló las manos e hizo que repitieran algunas palabras que les fue diciendo, y que también oyó pronunciar.

—Escuchen —oyó André.

—Escuchen —les dijo— lo que les voy a decir y preguntar a ambos y que ustedes obedecerán.

Les inclinó las cabezas acercándolas una a la otra y repitió lo que le iba

diciendo una voz sonora desde el espíritu:

“Padre, gran Padre, te pedimos Tu apoyo para dirigirnos y protegernos. Padre, dame la fuerza de velar por mi mujer y mis hijas, libérame de esas fuerzas malignas. Así lo deseo, Padre, lo deseo tanto. Así lo deseo, así lo deseo. Amén”.

Literalmente, claro y suave, de modo que todo el sentimiento residiera en sus palabras, repetían la oración que André les iba prediciendo y que venía desde el espíritu. Ya no podían más, ambos estaban destrozados. El alma de él había sido abierta como nunca antes y todo ese amor fue fluyendo a su interior como una corriente para erradicar el último veneno que todavía quedaba en él.

—Esta noche ocurrió algo bonito aquí y ay de ustedes si alguno de los dos mancilla esta felicidad en lo que les queda de vida. Dios está con ustedes y con nosotros.

Siguió hablando un poco más, pero sobre lo que vendría ahora. No les esperaba más que felicidad, empezaría una nueva vida. Les habló de esa felicidad, hizo que sintieran el calor que esta irradiaba, hasta que empezaron a llorar fuerte, muy fuerte. Todas las fuerzas habían sido consumidas, ya no podían más. Volvieron a sentarse, exhaustos, aunque ahora de felicidad. Ambos se sentían rejuvenecidos, como si fueran niños. André se sintió feliz por la felicidad de ellos; aquí había vuelto la paz y se había vencido el mal. Dios había oído las oraciones que estuvo mandando durante varios meses en sencillez y amor. Había ganado una hermana y un hermano. Se había obrado un milagro, pero ocurriría otro aún más grande. Ni siquiera se sentía cansado; podría haber seguido hablando así durante diez horas. Todo era milagroso. Mientras hablaba vio hermosas imágenes, vio a su querido líder espiritual, que le transmitió las palabras, vio a muchas otras inteligencias: espectadores invisibles de la lucha de un ser humano por la felicidad de otro. Las doce y media, ahora tenía que volver a casa; ¿en qué momento había transcurrido la velada? Se había desbocado hablando durante cuatro horas y media, sin parar. Era difícil tener que separarse de ellos. Ahora sentía amor fraternal y entendía que este era más elevado que el amor maternal. En la puerta, cuando quiso despedirse, oyó que Alcar dijo estas bellas palabras: “El amor es lo bien más elevado que al ser humano le fue dado, el amor es lo que hace vivir y profunda emoción hace sentir. El amor es todo, el amor es Dios, convierte a los pobres en ricos. ¡Qué destino sería el nuestro sin amor! Quedaríamos de todo privados. Espíritu del Amor, guíanos; penétranos de Tu Ser. Y si la vida es corta o larga, el Amor de Dios quita el temor a cualquier muerte. El amor es lo más sagrado, sí: lo más sagrado, más sagrado que nada”.

Ambos habían escuchado con total atención y André se escabulló rápido, estaban con las cabezas inclinadas. Superaba sus corazones.

Llegado a casa se arrodilló en el lugar donde esa tarde había rezado con tanto fervor y también entonces le rezó largamente a Dios, agradeciéndole la gracia de que le hubiera concedido ayudarlos. Percibió a Alcar a su lado, rezaron juntos y ahora André sintió que había llegado el momento de separarse de él. Pero interiormente seguiría dentro de ellos para siempre. Aunque ahora hacía falta que también él pudiera volver a respirar en libertad. Cansado pero feliz por haber logrado vencer a los demonios, se quedó profundamente dormido, soñando con la felicidad de ellos. Todavía los veía como dos niños pequeños, jugando y riendo, con coronas de flores en la cabeza; nada más que felicidad, amor y felicidad.

Despertó en un mismo estado de felicidad. Por la mañana ya habían llegado flores, en la tarjeta decía: “De parte de tu hermana y hermano, tus hijos agradecidos. Para Alcar, para André”.

André lloró, dejó que las lágrimas corrieran libremente. No le daba vergüenza; eran lágrimas de felicidad. ¿Quién no lloraría de felicidad por tanto amor, tanta felicidad entregados a otros? Los que piensen tener que destruir más tarde toda esta belleza de un plumazo porque todavía no lo intuyan, que lo hagan; llegará el día en que también se les descongele el corazón y que intuyan lo grandioso de todo esto.

André le colocó las flores a su líder espiritual; a aquel al que le debía todo. Por la mañana llamó por teléfono. Se había obrado un milagro. El hombre había despertado y no hacía otra cosa que llorar. Había en él una sensación tan intensamente bella, tan sagrada, que no encontraba palabras. Su esposa querida pensaba que volvería a empezar desde cero, pero cuando él contó que en ella veía algo, que en ella sentía algo que no había sentido nunca antes, cuando se arrodilló frente a ella, rogándole durante mucho tiempo por perdón, cuando su corazón lloró de felicidad, entonces también ella comprendió que había pasado un milagro, algo que no podían intuir. El hombre había ido a su oficina pero tuvo que volver porque no se aguantaba allí. Se sentía impulsado hacia su casa. Se sentía renacido, había entrado a lo “abierto”, sentía el silencio del espíritu, había en él un sol por el que brillaban él, su mujer y las niñas, y también toda la casa.

Todo el amor que había sentido por aquella otra había vuelto a su propia esposa querida. En ella veía algo bello, algo sagrado que lo emocionó y que no había estado allí nunca antes. Él había dado un completo vuelco interior. Para él eran misterios; dijo a ella:

—¿Qué habría hecho conmigo André? ¿Qué ha depuesto en mí? ¿Qué es lo que siento ahora, que me sostiene y me hace feliz? ¿Me ha hechizado!

André conocía este hechizo y sabía lo que era; no era más que amor sagrado; se había sosegado. Se sentía como renacido; la nueva vida lo recibía sonriente.

Los mandó de viaje, diciendo:

—Vamos, vayan al sur; comparen sus sentimientos interiores con el calor sureño y cuando vuelvan, díganme entonces qué es lo más caluroso y qué los hizo más felices.

Salieron de viaje, ambos como renacidos; estaban nuevamente conectados, empezarían una nueva vida.

“H. y B.: unas palabras más para ambos desde este lugar. Alcar quería que dejara constancia de esto, porque más personas deberían saberlo. Reflexioné mucho al respecto y he decidido cumplir con el deseo de Alcar y representar todo en verdad. Ya lo ves, hermano querido, no se ha perdido nada de nuestras conversaciones. Alcar las plasmó en una película espiritual, en la que consta tu vida, y la proyectó. Nadie perturbará la felicidad de ustedes. Al contrario, les llegarán sentimientos de compasión de parte de los que lean sobre su lucha, y eso les traerá solo felicidad.

Vivan, hijos, y piensen mucho en estas horas, si llegara a haber nubes oscuras que oscurezcan la luz, y que esto los incite a velar por su felicidad. Repito: lo quería Alcar.

Esto enseñará a la humanidad lo que puede lograr una oración pura cuando se eleva en amor. El ser humano obra milagros solo en el amor.

Suerte para ambos. Tu André’”.

André recibe su roca de la vida

Un día por la mañana, recibió de Alcar el mensaje de que Wolff quería pintar un lienzo grande. André hizo lo que Alcar le había encargado e hizo el pedido del lienzo y todo lo necesario. Cuando las cosas llegaron a casa por la tarde, André fue poseído de inmediato y en media hora, Wolff había plasmado el bosquejo de una roca en el mar. Después, trabajó dos mañanas más en el lienzo de 120 por 150 cm, y quedó listo. Había trabajado en él durante dos horas. ¿Cómo era posible terminar una pintura tan grande y hermosa en dos horas? Luego se le comunicó a André que significaba su propia roca de la vida. ‘Mi roca de la vida’, pensó André, ‘¿por qué me habré ganado eso? ¿Cómo puede ser?’. ¿Habría entendido bien a Alcar? No, esto lo superaba, no podía aceptarlo. Lo olvidó y no volvió a pensar en ello. Era una pintura hermosa y un regalo envidiable, pero no quería saber nada de una roca de la vida. Para eso se sentía demasiado sencillo, demasiado pequeño, demasiado insignificante. No, no, no quería eso. Le mandó hacer un bello marco y muchos admiraron la hermosa pieza en una exposición. Pero cuando le preguntaban qué significaba la pieza, de cualquier manera no se atrevía a decirlo. Representaba un mar y rocas, y se acabó. “Pero”, le decía la gente, “esa roca será simbólica, ¿no?”. Aun así no se atrevía a decirlo por temor a que fueran a pensar que se creía mucho y quería evitarlo a toda costa. Una tarde lo fue a visitar una señora para ver sus pinturas. Cuando miró su roca y le preguntó lo que representaba, quiso deshacerse de sus preguntas diciendo que era un mar con rocas, pero no quedó contenta con eso.

—Usted lo recibe, entonces tiene que conocer el significado, ¿no es así?—dijo la mujer. Vaya, ¿qué tenía que contestar ahora?—. Bien se ve que esa no es una roca—dijo ella—. Es más como una iglesia, que estamos construyendo entre todos.

A André le pareció que se acercaba bastante. ¿Se lo diría? No se atrevía mucho, si se burlaba de él o se encogía de hombros, entonces ¿qué? Le parecería terrible, pues ni él mismo quería saberlo. Pero ella insistió y volvió a hablar de esa roca, por lo que decidió decírselo.

Se lo comunicó con cautela, aunque a la mitad ya se estuviera arrepintiendo, porque sentía que ella dudaba de sus palabras. ‘En verdad’, pensó, ‘es la primera y última vez’. La gente no lo entendería. Tenían que descender en el espíritu, saber conectarse con estados espirituales. ¿Y quién podría entender lo grandioso de eso? Porque eso no se aceptaba. Ningún ser se lo sonsacaría ya; aunque fuera su roca mil veces, apenas podía creerlo ya. Se sentía un altanero y un creído, que solo se estaba imaginando algo. Era una hermosa

pintura y punto. Pero ¿era un creído? Reflexionó durante mucho tiempo. No, nunca lo había sido, pero en cualquier caso ya no quería pensar más en su roca. Pasaron meses. Su líder espiritual no le decía nada al respecto, pero seguramente Alcar sabría lo agradecido que estaba por el hermoso regalo y no quisiera causarle pesar a Wolff. Pero no podía aceptarlo como “roca de la vida”.

Una noche oyó que lo llamaban por su nombre, lo que ya había pasado muchas veces.

—André —oyó—, ven conmigo.

Miró a su alrededor y se asustó, pues estaba al lado de su vestidura material. ¿Quién lo había liberado? Últimamente ya no ocurría, porque siempre se desdoblaba conscientemente. Ya había llegado a ese punto en su desarrollo. Ante él estaba un espíritu que se le acercó, irradiando una preciosa luz. Lo podía ver claramente.

—Mire —dijo—, vengo por usted porque tengo algo que decirle. ¿Me acompañaría, por favor?

—¿A dónde? —preguntó André, pues no veía a su líder espiritual, pero en el mismo instante sintió que todo estaba bien.

—Pronto lo sabrá.

—Muy bien, voy con usted.

—Tengo algo que decirle sobre su roca de la vida.

—¿Usted? —preguntó André asombrado.

—Sí, hermano mío, sé acerca de su roca; sígame si quiere.

Pronto dejaron la tierra y llegaron al más allá. André reconoció la tercera esfera, donde había estado muchas veces ya con su líder espiritual Alcar. Se sentaron en una región hermosa, sobre una alta montaña.

—Conoce esta esfera, ¿no es así?

—Sí —contestó—, he estado aquí muchas veces con mi líder espiritual.

El espíritu empezó a hablar.

—Escuche, hermano. Tengo que aclararle para qué se me ha llamado. Nadie más que yo es capaz de hablarle de su roca de la vida. En el tiempo en que yo vivía en la tierra, también a mí me llevaron una vez a las esferas, porque poseía el don del desdoblamiento y se me dio algo en el espíritu para poder hacer mi trabajo bien y de manera pura. Hacía el mismo trabajo que usted y era médium en manos elevadas. Iba de pueblo en pueblo, de ciudad en ciudad para predicar el espiritismo. Curaba y se me concedía escribir, todo por medio de los que me dirigían, como pasa con usted. Muchos quedaron convencidos, aunque había miles que no podían aceptarlo o comprenderlo. Me desdoblaba para recibir lecciones espirituales de este lado y conocer la vida después de la muerte; era la misma tarea que la que usted tiene ahora. Se me daba un apoyo en la tierra por el que podría hacer mi trabajo, porque,

como usted lo sabe, servir a poderes elevados no es la cosa más sencilla. Recibía un apoyo espiritual en el que podía apoyarme cuando me hiciera falta. Se me dio una vara para mantenerme en pie en momentos difíciles. Me fui conociendo por todo, y de lo que me daban mis ayudantes se me permitió dejar mucho en la tierra, para convencer al ser humano de que existe una pervivencia eterna. Estuve aquí muchas veces y cuando volvía a la tierra tenía que transmitir todo. La vida en la tierra era difícil, pero mi bastón me ayudaba y así me llegó también el final. Solo aquí sentí la gran gracia de que se me concediera servir a poderes elevados. Solo aquí vi lo que había hecho bien y mal. Ay, pensé, si tan solo pudiera regresar, qué completamente diferente haría las cosas entonces. Aquí entendí el gran significado de mi obra y del don de que se me concediera poseer esto en la tierra. Sobre todo porque se me concediera desdoblarme y estar en el espíritu. Solo aquí usted también entenderá esta riqueza, porque de todas formas se nos puede mostrar siempre solo una parte, una partícula minúscula del gran conjunto, porque en la tierra no lo podría procesar. Cuando intercambie la vida terrenal con la eterna, solo entonces sabrá lo grande que es el don del desdoblamiento. Aquí entendí que habría podido lograr más si hubiera intuido mi tarea incluso mejor. Por eso quiero ponerlo sobre aviso acerca de algunas cosas y aclararle lo que podrá recibir para llevarles la felicidad a la gente en la tierra. Por eso le pedí a su líder espiritual que se me concediera transmitirle todo esto, porque no pude encontrar un instrumento en la tierra para pasar mis impresiones desde este lado. Se me aconsejó esperar y ahora estamos juntos. Le habrá quedado claro entonces que su líder espiritual no le quiso dar la prueba porque se me concedió a mí contarle esto, con más razón porque conozco su vida en la tierra y la mía fue exactamente igual. Solo de este lado entendí que hace falta una vida terrenal para hacer productivos los tesoros espirituales que se entregan. Solo aquí entendí, hermano, cuánto se me había querido dar. Ahora le mostraré una visión que le hará entender todo aún mejor.

André se concentró en él y entendió el significado de su vida en la tierra. Todo le había quedado claro.

—Ya ve que todo habría podido ser diferente. Le servirá de apoyo y será un aviso para su vida en la tierra. Ahora le pido: si necesitara ayuda en la tierra, llámeme entonces e iré a ayudarlo. También habrá entendido que quise aclararle qué grande es su tarea en la tierra, qué grandes son los tesoros que se le quieren dar a la tierra a través de usted. Recuerde, hermano, que solo uno en un millón posee este don. Y luego esto. El deseo de poder vivir aquí por completo también a mí me jugaba malas pasadas. Ver en el mundo invisible dificulta la vida terrenal, solo pocos lo entenderán. Volver una y otra vez, volver a aceptar la materia, la vida allá, es lo más difícil de su don. Estoy al corriente de su lucha y la conozco, siento su deseo de poder entrar para

siempre en la vida espiritual. Esos mismos sentimientos detienen a su líder espiritual, son una fuerza de oposición para poder recibir todo. Solo de este lado se sabe de eso; el ser humano en la tierra desconoce todos estos estados. Sin embargo, usted es uno de esos dotados y la vida aquí no le significará otra cosa más que felicidad, si logra mantenerse en pie. Ahora le comunicaré el significado de su roca.

Cuando haya vuelto en su cuerpo y se conecte con su roca, podrá leer en ella la respuesta, sobre todo cuando varias cosas no le queden claras y tenga que decidir una u otra cosa. Le mostrará a qué altura se encuentra. En ella podrá ver reflejada su propia vida; le muestra cómo es su vida, si va en línea ascendente o descendente. Todo se tambaleará si no recorre su camino puramente. Su roca estará radiante cuando usted mismo esté radiante. Cuando lleguen tiempos en que todo vibra y tiembla, entonces récele a Dios para que se le conceda recibir la verdad. Sintone su propia vida con su roca. Todo es espiritual, igual que su vida en la tierra, y recibirá alimento en el espíritu. Así que su roca le mostrará si ha hecho su trabajo bien o mal. Descenderá y escalará sin parar, para embellecer su roca. No hace falta explicar que es una gran gracia que le sea concedido recibir algo parecido desde este mundo.

André se avergonzó ahora por haber lanzado lejos de él, por así decirlo, su propia roca de la vida.

—Así que vine para advertirle acerca de usted mismo. Vea en su vida un reflejo de la mía; le servirá de apoyo y le dará fuerza, por lo que aún logrará mucho en la tierra. Convencerá a muchos de que existe una pervivencia eterna y quienes asimilen esta sabiduría y empiecen a vivir de acuerdo a ella poseerán luz de este lado. Conocerá leyes que se me enseñaron también a mí, visitará esferas que son todas incluso más bellas que aquellas donde ya se le concedió entrar; en suma: se le dará todo para hacer felices a los de la tierra. Recibirá los tesoros del cielo. Seré feliz de que mi hermano en la materia entienda bien su trabajo y le apoyaré con mis oraciones y con toda mi capacidad.

André le tendió las manos, que el espíritu apretó con cariño, después de lo cual emprendieron el viaje de regreso.

Cuando despertó por la mañana, sus primeros pensamientos fueron para el espíritu que había ido a buscarlo durante la noche. Se acordaba nítidamente de todo. Se apresuró para salir de la cama, para registrar bien ahora su valioso regalo. Allí estaba colgada su roca, su propia vida, el símbolo de su propio yo, que él había repelido. ¡Cuánto tiempo tendría que pasar antes de que hubiera alcanzado esa altura! Tendría que llegar hasta allí arriba, en lo alto, junto a la cruz; ese era el final. Para eso pasarían miles de años. Cuánto le agradecía a su líder espiritual haberle dado esta valiosa pintura, y también le dio las gracias a Wolff desde lo más profundo de su alma. Qué ingrato era muchas veces cuando no entendía las cosas espirituales. Pero ahora todo le había quedado

claro y se propuso con firmeza entregarse por completo a su tarea. Ahora ya no quisiera tener que privarse de la pintura ni aunque le dieran una fortuna. Se propuso con firmeza usar todas sus fuerzas para lo elevado. Fue un día glorioso para él y pronto vivió qué gran apoyo era la roca para él.

Algún tiempo después se vio ante un problema difícil que no sabía cómo resolver, porque le concernía a él mismo. No sabía cómo salir del apuro y no se atrevía a preguntarle esto a Alcar. Pero una tarde, reflexionando tranquilamente en su butaca, de repente se le conectó con su roca. Todo estaba tambaleándose y ahora entendió que si hiciera las cosas como pensaba hacerlas ahora, todo estaría mal y que se arrepentiría. Así que decidió hacer lo otro, lo que sería más difícil para él, pero también vio que iba por buen camino. Aquí estaba, pues, su apoyo. ¿Quién en la tierra podía ver su propia vida y a quién se le indicaban sus errores? Eran pocos quienes podían hacerlo; él, sin embargo, tenía esta posesión. Ahora entendía incluso mejor la vida del que había sido médium en la tierra. Cuando actuó como era debido, vio que los fundamentos se habían fortalecido incluso más que antes. Era precioso pero difícil; sin embargo, quería esa dificultad, que lo haría más fuerte espiritualmente.

Después de algún tiempo, Alcar le dio otra prueba de que su roca era y significaba un regalo espiritual. Le dio la prueba de ello por medio de su propia fuerza mediúmnica. Una tarde le llegó el mensaje de que debería sacar fotos. Tendría que hacer fotos de espíritus, lo que duraría mucho. Uno de sus amigos le dio todo lo necesario y pronto empezó. Lo primero que apareció en la placa fueron nubes. Luego fueron llegando figuras, pero necesitó meses para llegar a este resultado. Alcar le dijo que pronto imprimiría algo, puesto que se había desarrollado hasta ese punto. No obstante, hicieron falta meses más; ya había usado varias placas, pero la impresión llegaría, pues todas las noches sentía otras incidencias. De pronto aparecieron rostros suaves que se iban construyendo por medio del ectoplasma, quedando claramente visibles. Aun así no había alcanzado el punto todavía, y siguió con tranquilidad. Pero la prueba llegó de manera completamente inesperada, por lo que nuevamente entendió que todas las cosas bellas y grandes en materia oculta, igual que en la vida, son dadas repentinamente. Una tarde volvía de casa de uno de sus pacientes cuando ya en el camino sintió una fuerte incidencia. Una vez en casa ya no fue consciente de nada; fue por el aparato y preparó todo sin saberlo él mismo. Luego sintió que volvía a la conciencia, aunque permaneciera bajo esa influencia.

—Llama a tu mujer —oyó que dijo Alcar—, ella sirve de sujeto. Hacen falta también las fuerzas de ella.

La llamó y ella se tuvo que sentar debajo de la pintura. Todo estaba listo. En el mismo instante oyó que se dijo:

—Abrir—, y oyó a alguien a su lado contando desde veinte, que gritó al

llegar a veintiocho—: ¡Cerrar!

Se había hecho la toma. Luego fue dirigido al cuarto oscuro y volvió a sentir una fuerte incidencia, una señal de que desde el otro lado se le estaba ayudando en el revelado. Grande fue su asombro cuando se fue haciendo visible una cruz. No se podía ver en el lienzo. ¿Cómo era posible? Medía por lo menos dos metros. Ni él ni su esposa querida habían visto nada de ella de antemano. Se sentía exhausto, como si se hubieran usado todas sus fuerzas para hacerlo. Sumamente feliz con su éxito, oyó que Alcar dijo:

—¿Crees ahora, André, que es tu roca, que tiene significado en el espíritu? Esto, hijo mío, es la prueba de la verdad espiritual. Es una posesión espiritual sagrada, hónrala.

Por ahora tenía que dejarlo, porque se le aclararían otros estados; más adelante volvería a empezar.

André aceptó y era feliz con su roca. En algún momento, todos los médiums recibirán un apoyo por medio de ayuda espiritual, si se sabe del otro lado que hacen bien su trabajo.

Espera que se le conceda recibir y alcanzar mucho más gracias a los que viven detrás del velo.

El desdoblamiento; la vida espiritual en la esfera de la tierra

André estaba en su habitación, pues había recibido un mensaje de Alcar de que se desdoblaría. En su último viaje al cielo y al infierno su líder espiritual le había mostrado estados y sintonizaciones; en este viaje conocería la vida espiritual. Se sentía feliz por que se le concediera volver a visitar las esferas. Ya anhelaba el momento en que vería, oiría y hablara a su líder espiritual, y que se le concedería sentir su amor. ¿Ahora qué le tocaría vivir esta vez? ¿A dónde lo llevaría su líder espiritual? Ya se le habían mostrado en el espíritu lejanas lejanías, profundas profundidades. Había silencio a su alrededor, todavía no oía nada de Alcar. Sin embargo, sentía que se estaba incidiendo en él, pues le entró el silencio del espíritu. Este no era de la tierra. En la tierra se desconocía este silencio. Lo que sentía era posesión espiritual, irradiación de amor de un ser que vivía del otro lado. Se le inundó el alma de una felicidad suave y gloriosa.

¿Lo oía bien? Sí, era Alcar, quien le decía que escuchara.

—André, prepárate, en un fogonazo te liberaré de tu cuerpo material.

El desdoblamiento era una felicidad grande y gloriosa. Había vivido de manera consciente su último desdoblamiento; ahora al parecer ya no era necesario. Se acostó en la cama, extendido, boca arriba, concentrándose en su líder espiritual y esperando lo que pasaría. Pronto se sintió hundir en el espíritu, luego fue elevado y se vio a sí mismo planeando por encima de su cuerpo material, para después ser acogido en los brazos de su líder espiritual. Ahora era uno con Alcar.

—Mira, hijo mío, otra vez estaremos juntos durante un largo tiempo. Este viaje es aún más difícil que todos los demás que hemos hecho. Ahora conocerás la vida de este lado, así como diferentes artes, como las plásticas, la música y la pintura, pero solo cuando hayamos llegado a las regiones elevadas. Pero antes de que visitemos las esferas elevadas, conocerás en la esfera de la tierra las sintonizaciones preanimal, animal, basta material y material, para que después dejemos la tierra y descendamos a las esferas oscuras. Allí visitaremos a los autócratas, los genios y los maestros del mal. Verás cómo también ellos tienen sus fiestas allí, por lo que te quedará claro que el ser humano que haya dejado la tierra continúa su terrible vida terrenal de este lado. En la esfera de la tierra, o sea: aquí donde estamos ahora, te mostraré la vida; seres que se sacian del ser humano que se sintonice con ellos. Luego descenderemos a la esfera de los suicidas; también verás ese estado, por lo que el ser humano recibe una clara imagen de cómo será su vida si él mismo pone

fin a su vida terrenal. Te tendré que aclarar verdades terribles. Por eso te pido que seas fuerte; por ahora no volveremos aquí. Vivirás muchas cosas bellas, André, pero también profundas tinieblas y miseria. Pregúntame todo lo que quieras, responderé según mis fuerzas y capacidad.

Mira, allí está tu vestimenta material, ahora hemos rebasado todos los estados de transición que viviste la vez pasada.

Sintonización basta material y animal

—Ven, André, nuestro viaje va a empezar. Ahora escucha bien lo que te voy a decir. En el estado en que nos encontramos ahora, o sea, en este lugar, viven los seres preanimales y también los divinos, en otras palabras: se encuentran aquí las esferas más elevadas y las más bajas. Más adelante te aclararé todo, cuando nos conectemos. Sabes que un espíritu más elevado puede visitar las esferas más profundas, que están por debajo de su propia sintonización. En nuestros viajes anteriores hemos mirado todo desde nuestra propia sintonización, pero ahora cada sintonización la vivirás. ¿Te quedó claro?

—Sí, Alcar.

Pero André temblaba y se ponía nervioso al pensar en lo que viviría esta vez.

Alcar lo sintió y dijo:

—No temas, hijo mío, no te pasará nada. Los espíritus infelices que verás en un momento deambulan y yerran por la esfera de la tierra para atentar contra el ser humano, que no tiene conciencia de nada. Cuando descendamos, habrá infelices que se nos acerquen y que nos hablen, otros más nos atacarán. Todo esto es posible, pero déjame todo a mí entonces y no digas una palabra cuando estemos entre ellos. Nosotros dos nos hablamos en el idioma de los sentimientos, del que ya antes pudiste servirte; en pensamientos te llegará todo, porque somos uno interiormente. Cuando se dirijan a nosotros y nos quieran llevar con ellos, iremos con ellos, pero sin dejar de actuar según nuestras propias ideas y fuerzas. Aquí, el peligro acecha por todas partes. Cuando te transmito un mensaje, actúa entonces desde tu propia sintonización, o sea, no desde aquella en la que nos encontremos. Eso simplemente no es posible, pues ellos te ven, oyen y sienten, porque estás conectado con ellos. También puede ser que nos perdamos de vista, pero incluso entonces me sentirás y actuarás con determinación según el sentimiento que surja en ti. Sabes que de este lado la fuerte voluntad y concentración son conexión. Todo esto te lo tuve que explicar para que te supieras defender, de ser necesario. Ahora vamos a descender, pero también volveremos a nuestro propio estado.

André sintió que lo acogió otra esfera, pues lo asaltó un frío tremendo y

también había desaparecido la luz que hace un rato le había permitido percibir. Se asustó tremendamente, porque allí ante él estaba un ser terrible y ya se preparaba para volver a su propio estado. ¿De dónde había salido ese ser tan de repente?

—Quédate, André, soy yo —oyó decir en el mismo instante en que quiso desaparecer. ‘Pero cómo es posible’, pensó. ‘¿Es Alcar?’.

—¿Acaso no me reconoce mi hijo?

No, André no hubiera reconocido a su líder espiritual si no le habría hablado. Lo que había allí frente a él era un ser basto material.

—¿No he cambiado, André?

—Qué terrible, qué aspecto tiene, ¿cómo es posible?

—Este es mi cuerpo espiritual, pero ¿todavía puedes reconocerme como un espíritu de la luz? ¿Entiendes ahora lo que significa la conexión en el espíritu? También te dice que no se puede entrar aquí sin más. Quienes quieran trabajar en la esfera de la tierra, quienes hayan descendido desde las esferas elevadas para ayudar aquí a infelices tienen que estar desarrollados y poseer las fuerzas necesarias, de lo contrario no podrán aguantar aquí. Para eso hace falta esfuerzo y una convicción sagrada, y sobre todo amor por nuestro trabajo. Ahora te mostraré otra cosa. Te retiro en tu propio estado, pero te haré desdoblar en el espíritu, lo que es solo una manifestación, o sea, un desdoblamiento en pensamientos. De manera visionaria te mostré también estas fuerzas; pero para dejártelo incluso más claro, quiero mostrarte que, a pesar de que permanezca en mi propia esfera, nos podemos manifestar en todas esas sintonizaciones más profundas porque esos estados están por debajo de los nuestros. Así que al final, se trata de que puedes percibir en el espíritu tu propia imagen. Si hay cuatro esferas diferentes por debajo de mí, me puedo manifestar en todas ellas sin abandonar mi estado. ¿Sientes lo que quiero decir? Atención, ahora te retiro, por lo que verás una imagen en la que está enfocada tu concentración.

André sintió que se hizo más liviano y también que permaneció conectado con esa otra esfera. Ante él veía una sombra de sí mismo; él también era un terrible monstruo. ¿Seguía siendo un ser humano, o era un animal?

Alcar dijo:

—Ahora te conectaré, aunque despacio, por lo que vivirás esta transición contigo mismo. Es por lo tanto el volver en tu estado anterior.

Claramente vio a su lado otro cuerpo y se reconoció a sí mismo, pero era un animal terrible. ¿Cuánto había descendido su cuerpo espiritual en estas tinieblas? Le causaba escalofríos pensar en tener que seguir viviendo en este estado. Cuánto se habían hundido las personas que vivían en esta esfera. Habría sido imposible que lo convenciera una imagen más clara. Ahora también sabía que estaría irreconocible para todos los seres. Ya no había temor

en él.

—Ves cómo podemos desdoblarnos en pensamientos, aunque hayamos depuesto el cuerpo terrenal. Todo es concentración y voluntad fuerte; en el espíritu la concentración es luz y con luz construimos, conectamos y vivimos todos los estados con los que queremos ser uno.

—¡Qué aspecto tan terrible tiene usted, Alcar!

—¿Por qué terrible? ¿No soy el mismo, acaso? Llevo mis posesiones interiormente, nadie puede quitarme nada.

André pensó en la irradiación espiritual de Alcar, que se le había concedido admirar en las esferas elevadas. ¿Dónde había quedado su hermosa vestidura que lo iluminaba? Qué milagros vivía.

—¿Quién me cambiará, André? Es que no quiero su vida; ninguno de ellos puede influenciarme ni lo hará. Si participara también de su vida animal, sería uno de ellos, pero sigo siendo quien soy, porque no quiero su vida ni me hace falta; me mantengo en mi propia sintonización.

Las bellas manos de Alcar se habían convertido en garras y sus hermosos ojos habían perdido su brillo resplandeciente. Todo el brillo del amor había desaparecido, tanto Alcar como él mismo eran seres profundamente trágicos. ¿Qué fuerzas poseía el ser humano que vivía de este lado? Qué grande era el poder de Alcar para poder hacer todo esto. ¿Quién todavía lo reconocería en este momento como un espíritu feliz? Alcar lo miró y André supo que su líder espiritual había adoptado sus pensamientos.

—Vaya, ¿eso pensaste, André? Una sintonización más elevada me intuirá y sabrá qué sintonización poseo. Pero más adelante todo se te aclarará, porque lo vivirás. Y ahora, vámonos.

Apenas se habían alejado cuando André sintió que había otros seres a su alrededor.

—Espíritus, Alcar —susurró suavemente. Como en un fogonazo le llegó: “¿Qué es lo que acabamos de acordar, André? Usamos nuestro idioma, el de los pensamientos”. André comprendió. “Oyen cada pensamiento que se pronuncie y entonces tendremos que volver, porque nos reconocerán y nos atacarán. Eso dificulta nuestro trabajo. Así que ten cuidado, y has de saber usar tus fuerzas”.

André lo había sentido bien: allí había algunos seres que se les venían acercando. Alguien muy grande, un terrible monstruo, les dirigió la palabra. Detrás suyo había unos cuantos más, que se quedaron esperando a unos cinco metros de ellos.

—Mira —dijo, y en esa palabra residía todo, sus posesiones y su personalidad entera. Les hablaba como si fueran sus iguales—. ¿A dónde los lleva su viaje?

André no sabía qué hacer ni qué decir, mientras que la pregunta había sido

dirigida a él. Pero Alcar respondió por él:

—¿Que a dónde vamos? Pues, ni nosotros sabemos a dónde vamos.

También se les acercaron los demás; ellos también eran infelices, estaban en un estado animal.

—Mi amigo y yo —empezó Alcar—, apenas llevamos poco tiempo de este lado.

—¿Cómo llegaste aquí?

De pronto la pregunta fue dirigida de nuevo a André. Era la segunda vez que no sabía qué hacer, pero mientras Alcar hablaba había captado su idioma de los pensamientos y supo que no tenía que decir nada, sino esperar qué rumbo tomaría todo.

—Nos caímos, tuvimos un accidente. Somos pintores.

—Ajá —emitió el ser—, ¿así que se cayeron?

—Sí, así es como debe de haber pasado.

André se preguntó si sabrían entonces que habían muerto en la tierra. ¿Cuántos no sabían nada al respecto! Nuevamente le llegó la respuesta interior, que habían hecho la transición hace mucho y que otros los habían convencido de ello. Sin embargo, Alcar estaba conversando con él, aunque André sintió que tenía que concentrarse en Alcar, entonces todo iba solo y los otros lo seguirían ignorando. Qué grandes eran las fuerzas de un ser con sintonización elevada. Eran insondables. Ninguno de ellos había percibido nada de su conversación ni la habían entendido y André comprendió el significado de todos estos estados de los sentimientos y cómo eran todas esas sintonizaciones.

—¿Quién te dijo que estabas de este lado? —volvió a preguntar el hombre a Alcar.

—Nos lo aclararon personas, pero no sabemos quiénes son.

—Ah, bueno, pues nosotros sí lo sabemos, claro que fueron negros, nadie más. Nosotros conocemos sus cuentos. Por aquí se les puede encontrar por todos lados.

—No sé quiénes fueron —le dijo Alcar—, pero nos dieron buenos consejos sobre qué teníamos que hacer para alcanzar otra vida.

—Ya lo han engatusado —continuó el monstruo, y soltó una terrible risa burlona.

—¿Qué quiere decir con eso? —le preguntó Alcar. Todos empezaron a reír.

—¿Quiere decir? Me puedes tutear, ¿entendido?

André se estremeció; qué criaturas tan hoscas y terribles eran.

—Naturalmente, te querían convencer —continuó el que había llevado la conversación—. ¿No te contaron que aquí arriba viven personas?

Alcar confirmó que así era.

—Han venido tantas veces a nosotros, pero no nos hacen falta. Hombre,

no te dejes engatusar, es veneno.

Alcar le dijo que habían tenido buenas intenciones, pues gracias a ellos sabían que habían muerto en la tierra.

Prosiguió de inmediato:

—Pero ¿qué haces? ¿No sabes acaso que aquí también te puedes aprovechar de la tierra? Aquí puedes vivir, ver, sentir y oír incluso más que en la vida de allá. Ven, mejor acompáñame, ya verás qué hermoso es aquí. ¿Tienes ganas de un trago?

‘¿Qué dice ahora ese ser?’, pensó André. ‘¿Un trago?’.

Alcar le dijo:

—Pero ¡nos estás tomando el pelo!

—No, es la pura verdad, por qué no vienes conmigo y lo verás. Aquí puedes tomar lo que se te antoje, vivir lo que quieras. Aquí todo se puede; es imposible encontrar mejor vida que esta. Entrás en todas partes sin pedir permiso, en ningún lado nos echan. Aquí vivimos libremente, la gente en la tierra no sabe nada de esto, de lo contrario no se lo creerían. No saben esconderse de nosotros, de todos modos los encontraremos. Hay quienes tienen un vaho alrededor suyo; ellos nos son inalcanzables. Todos los demás caen solitos, porque no conocen esta vida. Sí, hombre, no es tan aburrido aquí como ustedes piensan. Vengan con nosotros, les hará olvidar la luna y las estrellas. Lo único que no tenemos es luz; siempre esas profundas tinieblas, siempre de noche.

Un velo envolvió al monstruo, se quedó pensativo por un momento. Pero de inmediato prosiguió, tirando de ellos de los brazos:

—Vamos, ahí vamos, síganme.

—Sabrás —continuó Alcar la conversación —que hay otras tierras además de estas, ¿verdad?

—Pues claro, por lo menos si es como dicen los negros. Lo que es saber, no lo sabemos, pero lo hemos oído ya tantas veces. Pero ¿de qué te sirve? Yo no quisiera salir de esta vida, me lo paso demasiado bien aquí. Nunca he sido tan libre en mis andanzas, ¿por qué iba a querer irme a otra tierra? ¿Tan bueno es allí? Ni siquiera ellos mismos lo saben. ¡Ver para creer, decía mi padre siempre! Soy igual que él y otra cosa no hago. No, hombre, ya verás por qué no me quiero ir de aquí. Y si me dejas darte un consejo, búscate entonces un ser humano que a diario viva la misma vida, de lo contrario te arderá por dentro.

—¿Qué quieres decir con eso? —le preguntó Alcar.

—Ya pronto vivirás por ti mismo lo que quiero decir con eso. Pero ¿es que no tienes sed y todo lo demás?

—Pero no te entiendo —le dijo Alcar—, por favor habla un poco más claro.

El hombre miró a Alcar con sus ojos inyectados en sangre y se quedó calla-

do; estos secretos eran los suyos, ni una palabra pronunciaría acerca de esto, el animal no se traicionaba a sí mismo.

André había podido seguir toda la conversación; estaba y seguía conectado con su líder espiritual. Qué terrible, ¿dónde terminaría esto? Cómo se habían animalizado estas personas. Vio pasar a muchos seres astrales que atravesaban a los humanos terrenales caminando, pensando que era lo más normal. Había visto escenas parecidas en sus otros viajes, pero ahora estaba en medio de ellos. Todos irradiaban pasión y tenían los ojos inyectados en sangre, de modo que parecían animales salvajes. En una calle muy transitada entraron a una casa grande. El que le había hablado a Alcar le dijo:

—Por fin, ahora por lo menos nos darán otra vez un trago y muchas cosas más; aquí es donde debemos estar.

Entraron en un bar. ‘Qué terrible’, pensó, ‘¿siguen con la ginebra en el espíritu?’. ¿No pensaban estas personas en otra vida? ¿Era esta su felicidad? Todo era triste; no penetraría ni un destello de luz en estas tinieblas. Siguió a Alcar pisándole los talones. Una voz interior le dijo: “Ya lo ves, hijo mío, es posible; pronto todo se confirmará como cierto. Aun así no participaremos en sus pasiones. Quédate conmigo y mantén tu concentración enfocada en mí”.

Se encontró con una hediondez increíble. Un solo vistazo le bastó para ver dónde se encontraba. Aquí no había ricos de la tierra. También vio lo que el monstruo había querido decir con el vaho; eran los que todavía no eran tan malos, lo que por lo visto les impedía conectarse con ellos. El bar estaba repleto; por todas partes había personas terrenales. Había un bullicio infernal, un vocerío y unos chillidos como si hubiera una reunión de salvajes. Pasión y violencia; la gente de la tierra con sus muchos gustos y mientras disfrutaban un líquido animal que les quemaba el alma. Aquí no sabían parar. Irradiaban fuego llameante; su resplandor espiritual era el reflejo de profundas tinieblas. Le permeó el ser entero, porque todos ellos estaban entregados a los demonios y en manos de seres animales. Era terrible este lugar; había gente de materia basta. Veía a seres con malas pintas y algunos estaban perdidos durante cientos de años. Veía seres astrales colgando encima del humano terrenal, que les succionaban los jugos vitales. Se aferraban a él y podían hacerlo porque el mismo ser humano lo quería. El ser humano estaba conectado de manera inconsciente. Qué clara le quedaba ahora la vida del otro lado, el significado de tener que vivir en la tierra y lo que hay que hacer con esa vida. Veía en ellos como en un libro abierto. Las personas terrenales no sentían nada de esta vida espantosa; se creían solas, pero aun así otro ser, un humano que algún día vivió en la materia pero había depuesto la vestidura material, se había conectado con ellas. Así, el ser humano astral podía dar rienda suelta a sus pasiones.

—Ese —gritó el humano animal que manejaba los hilos en todo— es mío. —Para precipitarse de inmediato sobre una persona. André se estremecía con lo que observaba. El animal se precipitaba sobre el ser humano, abrazando con fuerza a su presa como una madre a su hijo, para succionarle los jugos vitales. El placer animal fluía hacia su alma. Se mantenía conectado con desesperación, a André se le estaba mostrando una verdad repugnante. Uno en alma, uno en irradiación, ambos eran un solo ser. Se mezclaban auras, había mutuas transiciones de sentimientos, se vivía una sola vida, un trozo de vida animal. El espíritu astral tenía una fuerza descomunal; el ser humano no podría liberarse de él tan fácilmente. Este estaba desahuciado, solo le quedaba la perdición. Perdido para cientos de años, para luego empezar otra vida. Se servía bebida, nada más que veneno, aunque su sed era insaciable; había fuego en sus almas. ¿Cuánto tiempo seguiría de esta manera? Esto ya no era placer, aquí veía la vida animal. Era terrible. El espíritu incitaba al humano material para que tomara incluso más. André sentía cómo lo hacía, podía adoptar su estado interior puramente. Incluso era muy sencillo, el ser humano terrenal tendría que poseer una fuerte voluntad si se quería liberar de esto. Era imposible, el humano astral era el más fuerte, su concentración era asesina. Esa fuerza entraba en el ser humano como un bisturí; este actuaba de acuerdo a ella, pensando que era él mismo quien ordenaba, pero estaba bajo la influencia de un ser animal. Cuando percibió a André a alguna distancia, el animal soltó por un momento a su presa al fijar sus pensamientos en André, y de un salto llegó a su lado. André temblaba como una caña, ¿qué viviría ahora?

—¿No te atreves? O no sabes qué hacer, entonces te enseñaré. Ven aquí y si no te agrada lo que toman, pon tu propia voluntad en ellos y todo pasará como tú mismo lo quieras. ¿No es sencillo? Vamos, joven, manos a la obra. Aquí lo que hay que hacer es entrar al juego. Si lo quieres, puedes alcanzar lo que sea. Mira, aquel de allí, con el vaho a su alrededor, es inalcanzable. Te resbalas de él, pero entonces búscate otro, hay gente de sobra. Y si no, ve a una mujer, allí entras con más facilidad, te tiran hacia dentro sin más una vez que te hayas apoderado de ella.

¡Qué lenguaje se usaba aquí! ¿Cómo se pensaba sobre el ser humano? ¿Qué era el amor para ellos, que se habían hundido tanto? Alcar estaba en un rincón de la sala, apoyándole desde allí.

El animal prosiguió:

—Si has encontrado a alguien, ya no lo sueltes y síguelo donde sea que vaya. Y ahora ya puedes empezar.

Volvió a ponerse en marcha. A André se le había comunicado una terrible verdad. Sentía a su líder espiritual a través de todo. Ay, qué bestial era precipitarse sobre el ser humano que no era consciente de nada. Miró a Alcar,

quien le hizo sentir que seguirían. Alcar se adentró más en la sala y André se estremeció con lo que percibía. En todos lados veía al ser humano astral, todos habían encontrado su presa, todos eran uno. Así vivían la vida terrenal que habían dejado. Todo esto era posible. En la esfera de la tierra, allí donde se encontraba el ser humano, allí vivía otra vida que podía apropiarse de esta, porque el mismo ser humano en la tierra lo quería. De lo contrario no sería posible. Todos estos estados dejarían de existir si el ser humano se venciera a sí mismo. Tan bajo, tan inhumanamente bajo había caído la vida en la tierra. Este era el veneno de la vida, les quemaba el alma. Así daban alegría a su tenebrosa vida. ¿Cómo era su vida después de la muerte en comparación con la de quienes vivían en las esferas elevadas? Qué pobre en sentimientos, en luz, en felicidad y qué lejos aún de la primera esfera existencial en el espíritu. De repente oyó un ruido infernal, que era más fuerte que el anterior. Antes de que se hubiera preparado, lo habían agarrado y lo estaban sacando a rastras de la sala.

“¡Alcar, Alcar!”. Clamó interiormente por su líder espiritual, pero no lo veía y sentía que iba a desfallecer. De pronto sintió que le entraba una fuerza tremenda. Se concentró intensamente en su sintonización y se dio cuenta de que se disolvía entre las manos de ellos. Afortunadamente, ¡esto había terminado! Ya estaba harto y lo que más deseaba era volver a su cuerpo material. Toda esta miseria era terrible. A unos pasos de distancia estaba su líder espiritual. Alcar sonrió.

—¿Cómo diablos ocurrió eso tan de repente, Alcar? No les hice nada, ¿no? De repente me tomaron por sorpresa.

—Ves que se fijan en todos tus actos; fueron ellos quienes nos habían traído. Sentían que no participábamos en sus pasiones, y de esta manera, que este no era nuestro sitio. Todos son uno y atacarán a quienes no quieran participar. Aquí no se tolera otra sintonización. No lo olvides: aquí reinan el mal, el odio, la pasión y la violencia. Todo es destrucción. Me retiré a mi propio estado, porque quería que vivieras esto y que usaras tus fuerzas. Tienes que pasar por esto; de lo contrario regresaríamos y volveríamos a intentarlo, hasta que tú mismo pudieras actuar. Es necesario, André, te habrá quedado claro. ¿Ya estás un poco mejor? Aquí, en la esfera de la tierra, como en las regiones tenebrosas uno tiene que saber actuar por su cuenta, de lo contrario no puedes trabajar aquí. Ya ves que el ser humano astral puede participar en placeres terrenales en la vida después de la muerte. No es necesario que añada nada a esto. Hemos estado con las clases más bajas de la sociedad; enseguida visitaremos a los que saben ocultarse detrás de una máscara. Pero tampoco esto es un obstáculo para el hombre astral. Los que acabamos de conocer son seres bastos materiales que tienen sintonización con lo animal. Todavía no han caído tan bajo como los que veremos en un momento, porque aquellos

otros destruyen la humanidad, vertiéndole encima muerte y perdición. Son ruines, porque se esconden detrás de máscaras. Por más terrible que sea, aquellos con quienes estuvimos hace un rato son verdaderos y abiertos; de ellos se puede uno proteger. Viven en el lodo y en el barro, pero los ricos de la tierra, muchas veces el veneno de la vida, se envuelven en sus túnicas que ocultan sus almas oscuras. Pero algún día esto también terminará y entonces los esperarán seres astrales, cuando entren a esta vida.

—No se les puede alcanzar, ¿no es así, Alcar?

—No, por lo menos no por ahora; pero han aprendido que es posible ascender. Has desaparecido para sus ojos; al liberarte yo de sus garras piensan que han presenciado un milagro. Mira, allí quedan algunos de ellos; se preguntan a dónde has ido a parar. Mira, escucha, están conversando.

Seguían a su alrededor los que lo habían atacado, como si pensaran que fuera a volver. André los oyó decir:

—¿Sabes dónde quedó ese negro?

—No —dijo el otro—, no lo sé, se me hace incomprendible. ¿Qué fuerza poseen como para disolverse ante tus ojos? ¿Ya lo has vivido antes?

—Sí, algunas veces. Ya me imaginaba que eran negros, aunque no entienda cómo se las arreglan.

—¿Dónde quedó el otro, el que llevaba la palabra? ¿Lo has vuelto a ver?

—Yo no. Era el jefe del que agarré. Yo lo sabía pero dudaba, de lo contrario, bien que habríamos podido adueñarnos de ellos. Esa chusma está por todos lados. Ven, volvamos adentro.

Y reanudaron su vida asquerosa.

—Lo ves, André, no despertarán, pero algo quedó en ellos y algún día se desprenderán de esta vida, para empezar una más elevada. Y son precisamente ellos a quienes podemos usar más adelante para nuestro trabajo de ayudar a los infelices, porque todos ellos han aprendido en esta vida. Aquí saben encontrar su camino en todos lados, conocen sus defectos, sienten lo que pueden hacer, saben intervenir en el momento exacto, en fin: son los guías que a través de su propia vida ayudarán a otros. Algún día también estos entrarán a las esferas elevadas, porque ningún hijo de Dios se echa a perder.

—¿Dónde quedaron aquellos otros, Alcar?

—Siguen a quienes tienen en su poder y seguramente sentirás que habrá más que solo alcohol. Así se aniquila el ser humano y todo eso lo quiere él mismo, porque lleva una vida animal. Se hundirán cada vez más, entrarán en un abismo de pasión y miseria. Aquí conviven el bien y el mal, porque en la tierra convive desde la sintonización preanimal hasta la material. Ven, André, sigamos.

Recorrieron muchas calles y vio varios seres materiales rodeados por figuras oscuras que los seguían pisándoles los talones. Unos estaban allí para

llevarles felicidad y protección a quienes se habían quedado atrás, otros para llevar perdición y muerte. Otros más para convencer a sus seres queridos de que existe una pervivencia eterna. Qué pervivencia estaba viendo; pero de todos modos sería bueno saber todo esto en la tierra. Sentía la fuerza de esta verdad; sería un apoyo, un incentivo para empezar otra vida en la tierra ya, cuando todavía se poseía la vida material. Todo lo que había visto y vivido era terrible.

—Visitaremos otros estados, hijo mío, todos más terribles que este. Y todo esto en la esfera de la tierra, dentro y alrededor del ser humano, de lo que este no es consciente. ¿No es urgente que lo sepa? ¿No usarías todas tus fuerzas para aguantar todo esto? Cuando la gente entra en esta vida, dejando a los que amaban en la tierra, solo entonces le entra el afán de que le sea concedido contar todo esto en la tierra, pero entonces la mayoría de las veces no es posible. Primero tienen que trabajar en ellos mismos; hay aquí miles de personas que vuelven para llevárselo a las de la tierra. Pero los que en la tierra ya han entrado en este estado y se quieren dar para otros ya no lo tienen que aprender de este lado, en la vida después de esa vida. Han asimilado algo en la tierra que es luz y felicidad, por lo que pueden dar calor a otros, lograr que se sintonicen con esferas elevadas, y por lo que luego volverán en felicidad. Aquí no poseerán más que felicidad, porque han alcanzado ese punto en la materia. Si se puede vivir todo esto, pues, como espíritu desdoblado, hijo mío, es una gran gracia, otorgada a pocos hombres. Ahora descenderemos más para ir a un lugar en el que se reúnen los ricos de la tierra. Ven, André, entraremos aquí, sin que nos inviten; nadie ni nada nos lo impedirá.

André vio un gran edificio, al que Alcar entró como si se tratara de su posesión. Pasaron por varias salas y llegaron a un gran recibidor en el que había cientos de personas terrenales. También vio a miles de seres astrales que vivían dentro y alrededor de ellas.

—¿Dónde estamos, Alcar?

—Estamos en un edificio al que viene el ser humano para relajar un poco los nervios. Es una sala de conciertos y ya lo ves: donde hay vida, allí encuentras al espíritu. La conexión es posible donde sea. Hay cientos de sintonizaciones diferentes y solo sobre eso podríamos escribir libros enteros, podríamos crear una hermosa obra. Pero no me detendré en un único estado; hay que dar una imagen amplia al ser humano de cómo son todos los estados de transición en el espíritu. Verás entre ellos seres que son atacados y poseídos por muchos a la vez. En la tierra se cometen asesinatos por las posesiones de un ser. Y al llegar aquí siguen luchando, porque no pueden liberarse de ese ser y todas sus fuerzas se enfocan en eso, porque sus estados de los sentimientos son iguales. Entonces la vida vuelve a empezar, aunque ahora de manera más aguda, pues se pueden conectar de manera invisible para la tierra. Pero de

este lado encuentran obstrucción, pues hay seres que han mandado aquí y que los esperarán, por lo que empieza una nueva lucha en el espíritu. Aquí luchan por la posesión de un ser animal.

Lo que André vio era puro esplendor. Las personas terrenales llevaban ricas túnicas. Las veía paseando y charlando por allí en grupitos; al parecer había un descanso. Al lado de ellos se encontraba el ser humano astral con todas sus pasiones y sintió que había muchos en la tierra para protegerlos. Otros tenían un aspecto terrible y acechaban una presa, o vivían alguna cosa que los destruiría. Allí veía espíritus jóvenes y bellos que estaban con el hombre terrenal para dar testimonio de su presencia. Pero la gente no lo sentía; no sabía nada al respecto y no se les comprendía a los espíritus. Invisiblemente, seguirían a sus seres queridos. Veía el bien y el mal, la pasión y la violencia, estados basto materiales y animales todos juntos, eran personas y todas ellas en diferentes sintonizaciones de bien y mal. Lo que percibía era un mundo en sí, un mundo en el que estaba conociendo la vida como no era posible en la tierra. Era sabiduría en el espíritu, leyes espirituales y sintonizaciones de amor. Eran personas que podían ser divinas todas ellas, hijos de un solo Padre. Veía irradiaciones que era una gloria verlas, por lo que lo invadió una sensación intensa. Vio el verde traicionero que era mortal cuando a uno se le conectaba con él. Vio figuras luminosas, que en estas tinieblas llevaban su luz de manera interior; la sentía porque entraba en él. Nada, absolutamente nada se podía percibir si no se sintonizaba. Lo que estaba viviendo era de una grandeza descomunal. El ser humano de la tierra no era consciente de nada; en algunos sentía una transición a este lado, consciente, en sentimientos. Todos lo atravesaban, estaban conversando dentro de él contándose cosas terribles, hablando de la destrucción como si fuera cualquier cosa, aunque estuvieran él y muchos otros como espectadores invisibles.

Pues era fabuloso para él poder vivirlo como ser humano terrenal. Veía que muchos eran vividos a través de los que querían destruir la vida. Actuaban por su poder y voluntad. Pero mientras el ser humano no quisiera cambiarse, estos estados seguirían existiendo, y los seguirían esperando en la vida de aquí seres de esta calaña. Ya presencié algunas escenas. Vio al ser humano que había dejado la tierra y que estaba conectado con demonios. El ser humano diría: ¿Quién es usted, qué quiere de mí, por qué me molesta? El ser humano astral contestaría: ¡Ha vivido toda su vida en la tierra por medio de mi voluntad y fuerzas! ¿No era terrible tener que oír y aceptar algún día esta verdad? Aun así llegaría ese momento, pero entonces estaban perdidos. Intentaban ocultar sus almas oscuras detrás de todas estas bellas túnicas, pero de este lado se reconocía a quien fuera. Vio claramente que el ser humano podía protegerse, pero tenía que quererlo él mismo, tenía que sintonizar con estados elevados, dar amor a todo lo que vivía. Qué mutilados

estaban muchos; sus ardientes pasiones eran la perdición de muchos. Pero sin duda lo más terrible de todo era que podían ocultar su estado interior. En la tierra todo esto era posible; allí se engañaba a muchos, que se perderían. Pero aquí se podía conocer y reconocer su interior por su exterior. Veía a muchas mujeres que tenían una preciosa irradiación; qué bellas eran cuando sentían amor. Otras más estaban mutiladas hasta en el alma; el veneno de la vida había penetrado hondamente en ellas. Allí frente a él caminaba una mujer que para la tierra era muy hermosa, pero qué monstruo era vista de este lado. Qué aspecto tan terrible tenía, algo que en la tierra no se podía percibir. ¿Cuál era su belleza? Nada más que su vestidura material; interiormente era negra, tan oscura como las tinieblas en las que se encontraba. Sin embargo, había quien mataba para poseer un ser así. Vio a su alrededor a un ser espantoso, que la abrazaba con sus terribles garras. Estaba en su poder, era vivida a través de ese ser. Succionaba sus jugos vitales, la dirigía por la vida, la mantenía presa y aun así ella no sentía nada. Ambos eran uno, iguales en cuanto a su ser. Lo que percibía era conexión. Aquí estaba viendo la vida verdadera, el núcleo de las fuerzas espirituales. Se habían maldecido a ellos mismos y a otros. El espíritu astral aullaba porque otro lo atacaba. Se convirtió en una batalla feroz, que había empezado en la tierra y se continuaba de este lado. Vio que uno de ellos tenía una ancha herida abierta en la frente, que debía de haber sido causada por un disparo. Se había privado de la vida porque había sido engañado cuando pensaba estar amando. Era amor humano; así se imaginaba el ser humano el amor; amaba y destruía su propia vida.

—Hombre, hombre, ¡conócete a ti mismo!

André miró a su líder espiritual.

—Una verdad terrible, Alcar.

—Todo es verdad, hijo mío, verdad en el espíritu. Así se pueden encontrar cientos de otros estados como este.

La batalla se seguía librando; ¿quién ganaría? Ambos pertenecían al mismo estado. Sus almas estaban siendo deshilachadas. Incluso en la vida después de la muerte luchaban por la que los había mandado a ambos hacia aquí. ¿A dónde iría a parar esto si detrás del velo el ser humano continuaba con su vida terrenal fracasada? ¿Era una mujer? Si la vieran como la veía André, desaparecerían de su cercanía. Sus almas se deshacían derritiéndose, consumidas por jugos animales. Eran una sola sensación, una pasión y violencia; tenían una sintonización animal. Finalmente, uno se quedó tendido, y de inmediato vio que algunos espíritus se lo llevaban. ¿De dónde habían salido esos ayudantes tan de repente? ¿Quién los había llamado en estas tinieblas? ¿No los habían reconocido? ¿Tampoco a ellos los atacaban? Pero a su lado había un espíritu que lo miró de manera penetrante. En un fogonazo le llegó:

—No temas, André, todo está bien, un espíritu de luz.

Vio a Alcar del otro lado de la sala; aun así había captado este mensaje. André sondó el espíritu y lo embargó una gran felicidad. En él irradiaba Amor, nada más que amor y calor. Entendió todo. Vivía en estas tinieblas para ayudar a infelices.

El espíritu le habló y dijo:

—De la tierra, en la tierra y aun así en la vida del espíritu, ¿no es así, hermano?

Para él, que tenía una sintonización elevada, era posible. Sí, era de la tierra y ahora vivía en el espíritu, pero así veía una tierra muy diferente que viviendo en su cuerpo material. Qué grande era esta imponente imagen, qué diferencia.

—No temas, hermano: “Dios es amor” es nuestra contraseña en estas tinieblas.

André se sentía feliz, pero cuando quiso hablarle, el espíritu había desaparecido. Tampoco veía a su líder espiritual. Y ahora ¿qué significaría esto? No veía rastro de Alcar por ninguna parte. ¿Se había mezclado con los que estaban aquí? Escrutó los alrededores pero en ningún lugar vio algo de su luz blanca. De repente sintió que se estaba incidiendo en él. ¿De dónde venía eso? ¿Quién incidía en él en estas tinieblas? ¿Quién más lo conocía y quería alcanzarlo? Lo sintió incluso más claro que la primera vez y ahora sabía que era Alcar. Se concentró en él y captó lo siguiente, que entendió palabra por palabra. “Estoy en otro estado y te esperaré. Pero quiero que me sigas en pensamientos, por lo que te mostraré cómo estamos aquí conectados unos con otros y cómo podemos llegar a estarlo. No te preocupes por nada”. A André le pareció muy interesante. Ya no veía al ser terrible. Todas las personas terrenales se apresuraban para llegar a sus lugares, pero él entró en otra sala y estaba alerta para que no lo atacaran por segunda vez. Aquí, el peligro acechaba desde todas partes. En un momento dado sintió que tiraban de él para alejarlo de allí y sacarlo del edificio, lo quisiera o no, hacia afuera. ¿Y ahora qué le tocaría ver? Vivía un milagro tras otro. Se propuso concentrarse en su propio estado cuando ocurriera algo grave, nadie podía impedirselo; era su única salvación en estas tinieblas. Entonces llegó a la calle, que recorrió caminando, aunque sintió el impulso de negarse. Una fuerza invisible iba tirando de él; sentía esa fuerza con tanta intensidad que no podía evadirla a pesar de todo. Volvió a encontrarse con muchos espíritus, que acompañaban a otras personas terrenales. Pero qué milagrosa era esta vida. Y qué poco se sabía de ella en la tierra. André prosiguió su camino y llegó a una gran plaza, en cuyo centro había una estatua. Sentía que tenía que rodearla y cuando llegó al otro lado, vio a un ser que prefería no ver, ni tampoco quería encontrarse con él. Pero el ser ya lo había visto, porque se estaba acercando a él. Naturalmente, era un espíritu infeliz. Estaba listo para volver a su sintonización. ‘Ven si

quieres', pensó, acercándose a él, no quedaba otra opción. Justo frente a él, el monstruo se detuvo. ¿Qué quería de él? Oyó un gruñido y dedujo que este le preguntaba a dónde quería ir. ¿Lo diría? Pero ¿qué tenía que preguntar? ¿Lo que hacía aquí era asunto del ser? 'No', pensó, 'voy a seguir', y quiso pasar a un lado del ser que lo miraba con los ojos ardientes, como si quisiera desgarrarlo. André dio un brinco hacia un lado y casi lo había pasado cuando sintió que el ser quiso aferrarse a él. Se preparó para volver a su estado. El animal lo tomó de los hombros y en el mismo instante, el ser le dijo:

—¿Te quedarás conmigo, no, André?

Oír esa voz familiar lo aturdió.

—Alcar, cómo es posible; ¿de dónde aparece tan de repente? ¿Qué significa esto? ¡No lo había reconocido! ¿Qué sintonización es esta?

—Estoy en el estado de transición a la esfera de los suicidas, con la que me he conectado. Luego descenderemos también allí. En verdad, André, sabes conectarte y actuar por ti solo. Mantuve mi concentración en ti y mira, me seguiste. No podría haberte dado una imagen más clara. Has vivido ahora cómo nos podemos conectar desde la distancia.

—Pero usted a mí me conoce, Alcar; si usted no conociera a nadie aquí, ¿también sería posible?

—También entonces, André, pues yo me conecto con fuerzas elevadas. Te lo mostraré. ¡Atención, André! Mira, allí vienen algunos seres.

André vio dos seres que se iban acercando. No daba crédito a lo que veía: eran espíritus felices, irradiaban luz. Alcar les habló:

—Hermano Asper, los he llamado para convencer a mi instrumento. Sabía que vendrían, sin importar en dónde se encontraran. —Los espíritus saludaron a Alcar y a él y se fueron. Había sido un reencuentro breve pero cordial—. Espíritus de luz, André, trabajadores por el bien. Continúan y no se demorarán. Ya ves cómo nos sabemos alcanzar. De esta manera estás conociendo la vida de este lado. Así que te habrá quedado claro que en la tierra todo convive, pero que de este lado no es posible. Aquí la gente encuentra su propia sintonización y estará con quienes se sientan uno. Hice que vivieras todo esto para mostrarte que el ser humano en la tierra lleva dentro lo divino, pero al mismo tiempo lo animal. Ambas sintonizaciones son una y residen en el ser humano. Le toca a él liberarse de lo malo. En el lugar en que nos encontramos ahora están por tanto todas las sintonizaciones, incluso la nuestra y estados elevados, que todas dejarán de sernos visibles, pero que volverán a serlo cuando nos conectemos. Vamos descendiendo cada vez más y las personas y las esferas irán cambiando. Vamos, a seguir, André. Ahora sabes cómo defenderte.

André sintió un frío gélido y vio que su líder espiritual iba cambiando. La miseria le marcaba la cara aún más intensamente que hace un rato. ¡Qué

cambio! A Alcar se le veía como un animal, ¡y eso que vivía en la quinta esfera! Aquí se conocían leyes desconocidas en la tierra y que tampoco se entenderían allí. El ser humano primero tendría que entrar en esta vida para quedar convencido de esto. Habían desaparecido de su vista las calles, casas y árboles, en suma, todo lo que había percibido hasta hace un momento. Ya no se veía nada, todo era árido, había profundas tinieblas y frío.

—¿No se les puede convencer a los que viven en este lugar, Alcar, de que aquí arriba viven personas y que todo es distinto allí?

—No, no es posible, porque no lo sienten interiormente.

La esfera de los suicidas

—Te hablé de este estado cuando teníamos que buscar al que se había ahogado. En este estado tiene que terminar ahora el tiempo de su vida terrenal, para luego volver en su propia sintonización. ¿Sabes a quién me refiero? Quería destruir la vida, pero es indestructible. ¿Sientes lo terrible que es para los que se olvidan? Ahora te convenceré porque sigues sin sentir que aquellos que viven aquí no creen en un estado más elevado.

André creyó ver seres y miró en la dirección donde creía percibir algo. Cuando volvió a alzar la mirada hacia su líder espiritual se asustó, pues Alcar había desaparecido. Y ahora, ¿qué significaría esto? De repente oyó que arriba se hablaba.

—Mira, André, tan rápido podemos retirarnos a nuestro propio estado y desplazarnos en él.

Su líder espiritual estaba lejos de él en una hermosa luz, como solía verlo. Prefería mil veces verlo así que en esos diferentes estados a los que podía hacer la transición.

—Ahora estoy en mi propia sintonización y sigo conectado contigo. Otros, que no poseen esta sintonización, no me percibirán, aunque tú estés en esa misma esfera.

Sí, este era su gran Alcar, oh, qué bello era. Vaya, ¿qué era eso? Al parecer había visto bien hace un momento; había seres astrales que venían acercándose a él. Se estremeció al pensar que tendría que volver a conectarse con ellos. Eran tres; ¡ya le estaban dirigiendo la palabra!

—¿Qué buscas?

—¿Lo que busco? Nada; veo luz.

—¿Luz?

—Sí. —Y les indicó el lugar donde Alcar se le seguía mostrando—. Pero ¿es que no lo ves?

—¿Dónde? —gritó el ser a voz en cuello.

De nuevo André le indicó el lugar donde estaba su líder espiritual.

—¿Allí arriba?

—Sí —contestó. Pero el espíritu pensó que lo estaba engañando y lo atacó de inmediato. André se concentró en su propio estado y se liberó de sus garras. Volvió a vivir que no era tan sencillo descender en las tinieblas y convencerlos. Estaban espiritualmente ciegos, como todos los que había conocido hasta ahora. Alcar volvió y habían entrado a la esfera de los suicidas.

—¿Sólo son suicidas quienes viven aquí, Alcar?

—Sí, André, todos los demás estados están aquí arriba. De este lado, los suicidas son los seres más infelices que viven en la esfera de la tierra. Ya no poseen nada, nada de lo que todavía poseen los demás.

André vio que todo se fue haciendo todavía más oscuro porque Alcar se conectó completamente. Qué grande era el poder de Dios para que Él conociera todos estos estados del alma. Erraron durante mucho tiempo, muchos seres los iban pasando como sombras que solo veía cuando Alcar se lo decía. Era gente lastimosa, que tenía que vivir aquí en el frío y en las tinieblas. De repente sintió que se le agarraba por detrás. Se asustó mucho y cuando volvió la cabeza vio una cara espantosa. Le preguntó a su líder espiritual lo que significaba esto y Alcar le dijo:

—La estoy viendo desde hace un buen rato, nos viene persiguiendo. Es una mujer, un pobre ser humano. Espera hasta que ella hable.

Después de un tiempo ella preguntó:

—¿No estoy sola en estas tinieblas? ¿Quién eres? —preguntó a Alcar.

—Somos hermanos.

—¿Hermanos? —preguntó de forma tajante.

—Sí, nosotros también vivimos aquí.

—¿Los dos?

—Como puede ver.

—Yo siempre estoy sola, no hay quien me ayude.

A André le pareció extraño, porque siempre los había encontrado con otros. Pero de inmediato oyó:

—Esto también es posible, dice la verdad. Vive sola en su estado. Pronto se irá de aquí, cuando ella misma quiera. Su vida interior está echada a perder, aunque fueron preocupaciones las que la metieron en este estado. Terminó con su vida y hace mucho tiempo que hizo la transición. También llevó con ella a sus dos hijos. Pero ellos viven en una esfera feliz, lejos de la tierra.

A André le pareció asombroso que Alcar ya hubiera adoptado esto de ella. La pobre mujer empezó a lamentarse y a llorar, gritando por sus hijos.

—¿Dónde están mis hijos y mis padres? Los he perdido a todos. Ay, Dios, ¡devuélveme a mis hijos!

Se aferraba desesperadamente a la mano de Alcar, como si no quisiera

volver a soltarlo nunca.

—Me han quitado todo —volvió a empezar—, ya no tengo nada, nada. Llévenme, llévenme, ay, ¡no vuelvan a dejarme sola!

André tenía las lágrimas rodándole por las mejillas. Lo que fuera que hubiera hecho, era terrible oír esto. ¡Pobre madre! ¡Ya no era joven y luego toda esta miseria!

—Escúcheme por favor, la voy a ayudar —le dijo Alcar. Pero ella no escuchaba: seguía llorando y gritando. Finalmente, se tranquilizó un poco y Alcar pudo hablar con ella.

—Cuando todavía vivía en la tierra, tenía hijos. Terminó con su vida y con la de sus hijos por medio de asfixia, ¿no es así?

—¿Cómo sabe todo esto, quién es?

Ahora hablaba muy educadamente, lo que sorprendió a André, pues todos los que había conocido aquí les habían hablado con rudeza.

—¿Es un enviado de Dios? ¿Todavía se pueden encontrar enviados?

—Donde sea que esté se pueden encontrar enviados —continuó Alcar—. Nosotros también queremos ayudarla.

—Por favor, dígame lo que tengo que hacer y dónde están mis hijos. Vamos, usted sabe dónde están.

—Si me deja terminar, le contaré todo. —De inmediato se tranquilizó—. Sus hijos viven, madre querida, lejos de aquí en otra esfera, donde son cuidados por espíritus del amor. Más adelante, cuando haya enmendado el mal que hizo, será eternamente conectada con ellos.

—¡Ay, por Dios! —exclamó—, ¿qué hice? ¿Cómo puedo enmendarlo todo? —Sentía profundo arrepentimiento por su acto—. ¿Cómo sabe todo eso?, dígame dónde están, dónde puedo verlos. ¿Será cierto después de todo? Ya me han hablado de esto antes, pero no lo creía.

—Ya ve que está viva, y ellos también.

—¿Qué debo hacer para volver a verlos? Vamos, ¡dígamelo! Haré todo lo que quiera de mí. ¿Entonces los volveré a ver? —preguntó otra vez, como si todavía no lo pudiera creer.

—Si pide perdón a Dios y reza para que se le conceda volver a ver a sus hijos, Dios oír su oración. Está en una esfera que usted misma ha querido. No sabía usted nada de que existía una pervivencia eterna, de lo contrario no habría pasado.

—¿Entonces aún tengo que quedarme aquí mucho tiempo?

—No, pronto partirá de aquí para empezar otra vida.

—Pero ¿es cierto todo lo que me dice?

—La verdad sagrada, se la mostraré.

—¿Y dónde está mi esposo? ¿Sigue vivo?

—Lo buscaremos y veremos si sigue viviendo en la tierra.

—Ay, qué dirá, no me atrevo a presentarme ante él.

—Si sigue viviendo en la tierra no la verá.

—¿Está seguro de eso?

—Sí, lo estoy.

—¿Cómo se ha hecho con todas estas verdades?

—Veo en su vida y en ella también vi que su marido sigue viviendo en la tierra. Pero le aconsejo que no lo visite.

A André le pareció extraño y pensó para sus adentros: ‘¿Por qué no?’. De inmediato recibió respuesta a sus pensamientos; Alcar le dijo a André: “Veo que su esposo está casado, lo que aumentará su sufrimiento; también verá que han pasado muchos años y que todo ha cambiado”.

André entendió y se asombró de que Alcar supiera esto tan pronto.

—Oh, señor desconocido, lléveme de vuelta a mi casa, quiero ver mi casa.

—Mantenga la calma y acompáñenos, entonces la llevaré a su casa.

André volvió a sentir que se le estaba acogiendo en otro estado. Ella también se quedó con ellos. ¡La de cosas que vivía en la vida después de la muerte! ¿Cómo era posible reencontrar sus posesiones en estas tinieblas? Para eso hacían falta fuerzas, fuerzas del amor, posesiones espirituales. Reconoció la esfera en la que acababan de estar. Se volvían a hacer visibles las casas y toda la demás materia había aceptado la existencia de la mujer.

—Mire, allí está su casa.

¿Ya habían llegado?

—Cierto, André, ella sigue viviendo donde vivía antes. Deambulaba en el espíritu y pensaba estar errando a horas y horas de distancia, pero en realidad nunca se había ido de aquí. Los que terminan con su vida terrenal siguen errando en el lugar de la desgracia, hasta que llegue su final en la tierra. Sabes a qué me refiero. Ella ve todo esto a través de mi fuerza, es decir que le permito verlo como también te transmito a ti varios estados.

Cuando Alcar le preguntó si esta era su casa, empezó a sollozar inconsolablemente, tanto que a él le dolía. Sí, era su casa, reconocía todo.

—¿Dónde está mi esposo? ¿Dónde está mi madre?

Alcar no contestó y por lo visto estaba esperando lo que ella quería. Pero ella lo miró tan emocionada como si quisiera adoptarlo de los pensamientos de él.

—¿Es esto demasiado para mí? —preguntó de pronto.

—Es mejor esperar.

—¿No podría verlos? ¿No tendré la suficiente fuerza? Ay, preferiría mil veces saberlo todo. Ay, señor —le imploró a Alcar—, déjeme saberlo todo, por favor, permítame ver.

André entendió que aquí pasaba más de lo que él pudiera sentir. ¿Le hacía saber todo Alcar? Otra vez más, su líder espiritual había seguido su conver-

sación interior y dijo: “Hago que lo sienta, André; así lo decidirá ella misma. Es mejor que lo quiera ella misma, porque solo entonces podrá soltarse de todo”.

—Vamos —le suplicó a Alcar—, permítame verlos un momento, seré fuerte.

Era asombroso que hubiera cambiado tanto. ¿De dónde sacaba tan de repente esa fuerza?

—Se explica —oyó—, porque pronto hará la transición, por lo que entra en ella otra posesión espiritual. Su posesión vuelve lentamente, es el momento de la transición. Si no la hubiéramos encontrado, otros la habrían ayudado.

Ahora Alcar fue pasando por varias habitaciones y finalmente se detuvo. André vio a un hombre y en un rincón de la habitación estaba sentada una vieja, muy acurrucada, como si se hubiera quedado dormida. Estaban envueltos en profunda tristeza, la madre más, sin duda. El hombre leía un libro y no era consciente de quiénes estaban presentes aquí.

Antes de que ella empezara a percibir, Alcar le dijo:

—Usted percibirá, pero le pido que no haga nada ni los perturbe; ellos no tienen la culpa de su perdición. ¿Será fuerte?

Miró a Alcar y en esa mirada estaba todo.

—Mire —dijo Alcar. André la miró y se asustó. Tenía los ojos desorbitados al ver a los que amaba. André pensó que la mujer desfallecería. Aun así se mantuvo firme y volvió a su estado de tranquilidad anterior. Inclino mucho la cabeza y lloraba, lloraba quedamente. Durante un largo rato estuvo inclinada, rezando en silencio. André sintió que su líder espiritual rezaba y él también dobló las manos para rezar por ella. Alcar se arrodilló, a su lado la pobre madre y él también se arrodilló, para rezar juntos, uniendo fuerzas, a Dios, para que la acogiera en su esfera y mitigara su tristeza. La oración fue larga; finalmente su líder espiritual se levantó y ella también había terminado su oración. ‘¿Ahora qué?’, pensó André, ‘¿Dónde se tendrá que quedar?’.

¿Dejarla sola? Sería terrible; se había mostrado fuerte, con valor había hecho frente a su sufrimiento. Ahora entró una mujer en la pieza. Ella también la vio y entendió que otra había ocupado el lugar que ella había abandonado voluntariamente. Se quedó mirando petrificada a la otra mujer. Nuevamente se le torció el ser entero, pero mantuvo la calma. Para esto hacía falta fuerza sobrehumana. Alcar le puso la mano en el hombro y le habló.

—Muy bien, madre, ha mostrado portar su cruz con valor. Dios la recompensará por ello.

André creyó observar algo de luz a lo lejos. ¿Era vida? Sí, se movía, se iba acercando cada vez más. ¿Qué significaría esto? La luz se fue agrandando, de modo que en ella podía distinguir claramente dos seres. Sí, lo había visto bien. ¿Eran ángeles? Ella seguía mirando a las tres personas a las que ama-

ba con lágrimas en los ojos. Qué fuerte era para poder soportar todo esto. De repente se fueron acercando lentamente hacia ellos dos seres que a él le eran desconocidos. ‘Espíritus con una sintonización más elevada’, pensó André; ‘Alcar los llamó; ella hará la transición a otra esfera. Afortunadamente’, pensó; sería terrible tener que dejarla atrás. Se acercaron a Alcar, saludándolos como hermana y hermanos.

—Y ahora, madre querida, continuamos; a usted se le concederá entrar a otra esfera. En este momento todo se le ha quitado de encima porque no ha dado más que amor. Ha llevado su sufrimiento en amor. Adiós, más adelante volverá a ver a sus hijos. ¡Sepa que Dios es amor!

No pudo pronunciar palabra, miró a Alcar llorando de felicidad. Ambos espíritus la llevaron a otra esfera, saliendo de la esfera de la tierra, donde había pagado por su deplorable acto.

—Ven, André, nos hemos atrasado, pero hicimos un buen trabajo.

Ensimismados reanudaron su camino. André reflexionaba acerca de todo lo que había aprendido nuevamente en este breve lapso. Cuánta tristeza y miseria había conocido ya. Estaba feliz por ella, de que se hubiera salvado de estas tinieblas. También entendió que ella no entraría a las esferas de luz, pues todavía no poseía esta sintonización. Cómo había errado en estas tinieblas. Sola y abandonada, sin nadie alrededor de ella, sin luz, sin calor, ¡nada! Había hecho la transición por su conciencia de culpabilidad, porque Dios era amor, nada más que amor.

—Así es, André. Dios es luz y felicidad, y quiere el bien para todos Sus hijos, pero el culpable de su desdicha es el mismo ser humano. Dios oyó su oración y ella hizo la transición a una esfera de conexión. Sin embargo, falta mucho todavía para que vuelva a ver a sus hijos. Pero irá superándose, porque es fuerte y sabe inclinar la cabeza.

Genios en el mal

—Ahora visitaremos otro estado, donde se le ayuda por incidencia al ser humano y este se precipita hacia su perdición. A los que hacen inventos que destruyen la humanidad. Solo cuando el ser humano haya vencido sus pasiones, todo será diferente en la tierra. Cuando sus inventos se usen para la felicidad de la humanidad, su felicidad encontrará sintonización con nosotros y la vida en la tierra significará felicidad de las esferas. Ya estamos en el lugar al que quería llegar. Aquí viven seres humanos y hay seres astrales que los ayudan desde este lado. Nos encontramos en un laboratorio en el que un sabio de la tierra lleva a cabo sus inventos. Recibe todo de nuestro lado, pero está en manos del mal. Quería que lo vieras ocupado en sus labores,

porque quería mostrarte estos estados de nuestro lado. Quiero decir: cuando visitamos las esferas oscuras, porque desde allí llegan sus inventos que han sido maquinados por genios en el mal. Los sabios de la tierra son trabajadores en manos de ellos y solo allí conocerás a los maestros que inciden a su vez en ellos. Este sabio, sin embargo, es su sujeto, a través del cual se le dan terribles inventos a la tierra. Así tienen en su poder a muchos seres, que son ayudados todos, sin saberlo, por demonios. Por más terrible que sea, hasta ahora el mal triunfa sobre el bien.

André vio a un hombre sentado, inclinado sobre sus instrumentos e indicadores de nivel. Encima de él vio a otro ser, un demonio, que quería transmitirle su invento. Eran uno, conectados íntimamente, el animal tenía atrapada a su presa. Vivía en el humano, se hacía uno en sentimientos. El ser humano no sentía nada, pero es que nada, o no era consciente. Vio a otros seres que andaban a gatas por el laboratorio. Pero toda la concentración estaba enfocada en el que estaba allí inclinado. Los indicadores de nivel vibraban hasta lo más profundo de su alma. Se concentró con vehemencia en el sabio. Si pudiera conseguir darle esto al mundo, para él sería una gran fortuna y mucha fama. Ponía su agudo ingenio al servicio del mal. El sabio temblaba por todo el cuerpo, por lo visto había terminado con su invento, que podría servir para aniquilar miles de vidas. Se puso de pie de golpe, fue hacia otra sala para regresar con un animal que amarró encima de una mesa. Era un conejo y André entendió que se hacían aquí pruebas con veneno. Los ojos del sabio tenían un brillo demencial y temblaba de excitación. Se sentía poderoso y fuerte, como si le fuera a dar al mundo un gran milagro. Puso alrededor del animal una pequeña jaula hecha de tela metálica, para que pudiera entrar el gas. El animal estaba inmóvil, habían llegado sus últimos minutos. Después de haberse puesto una máscara, proyectó ahora un vaho amarillento desde una pequeña máquina que sostenía en ambas manos, y que se fue dispersando alrededor del animal. El pequeño animal se encogió y no tardó en morir. Había nacido su invento. Lo ataviarían con condecoraciones y lo recompensarían de varias maneras. El demonio, que se había liberado de él, huyó. ¿A dónde iría ese monstruo? Los demás también se fueron y entendió que eran vigilantes. Se había ejecutado la sentencia en silencio, había probado su utilidad. Después se probaría en el ser humano. ¿No era terrible? Estos monstruos vivían en la tierra. Viven en figuras humanas y se les honra. Los pulmones del animal habían quedado abrasados y consumidos, el final de una vida animal. Pobres seres humanos de la tierra, están entregados a este tipo de sabios. Sabios en el mal, ayudados por demonios.

Alcar estaba a su lado, inmerso en profundos pensamientos. Cómo se sentiría, él, que no quería más que dar amor, que no era más que amor.

—¿Y esto no tiene remedio entonces, Alcar?

—Otros harán inventos, aquellos que trabajan para lo elevado y que dan sus fuerzas para ello, para neutralizar los de él. Así algunos intentan salvar a la humanidad, otros prepararán su perdición. Llegará el día en que el ser humano sienta lo que ha hecho mal, entonces tendrá que enmendar todo, pero a través de mucha pena y dolor. ¿Qué más he de añadir a esto? Son personas en una sintonización preanimal. En las esferas oscuras te mostraré con quién están conectadas y que desde allí se coordina todo. Así se conecta el ser humano con el mal. El hombre sigue este camino durante miles de años y durante miles de años más continuará destruyendo a sus congéneres. Aun así llegará el día en que triunfará el bien y el ser humano se conectará con lo elevado.

—¿A los emperadores y reyes también se les ayuda por incidencia?

—Ellos también están bajo poderes y son vividos de esta manera. Un autócrata que hace la transición intentará, una vez llegado a este lado, tomar posesión del ser humano que gobierna para usarlo para sus fines. Hacen falta personalidades fuertes para sustraerse a su poder. Una vez que haya conexión, puede ser su perdición según cómo esté su sintonización y verterán dicha o desdicha sobre la humanidad. Hay reyes que son inspirados por aquellos que en la tierra habían llegado al mismo grado y entonces intentan ganarlos para sus planes, pues en la tierra no pudieron llevarlos a cabo por hacer la transición. Todo ser volverá, para bien o para mal.

—¿Terminará algún día, Alcar?

—Algún día, aunque, como dije, pueden pasar miles de años antes de que se disuelvan todas las situaciones que se encuentran bajo la sintonización material. El ser humano tiene millones de años de edad, y aun así en la tierra existen estados preanimales. La tierra cambiaría de golpe si el ser humano quisiera renunciar a su posesión. Qué sencillo es todo, pero qué tremendamente profundos son los problemas. Dando amor alcanzan posesión espiritual, lo que será felicidad y bendición en la vida que nos espera. Pero lo que has encontrado en este corto viaje no es más que impudicia y violencia, tinieblas y frío. Ay, si tan solo comprendieran que no les esperaba más que felicidad, qué bella sería la vida en la tierra; entonces anhelarían poder morir allí, aunque al mismo tiempo ya no haría falta, pues entonces la tierra se habría convertido en felicidad de esferas, porque las personas se amarían. Pero el animal que vive aquí como hombre no amará al ser humano; se enriquecerá por la pena y el dolor ajenos.

—Sin embargo, a estos seres les es útil la reencarnación, Alcar, y aun así significa una gracia si pueden volver.

—Sin duda, para ellos es una gracia. ¿Dónde podrían desfogarse? Ya te he contado más al respecto; solo es posible en la tierra. Tendrán que liberarse de su sintonización animal para entrar a la basta material, y cuando hayan

llegado a la material y empiecen a intuir de manera espiritual, ya no tendrán nada que aprender allí. Otros volverán y ayudarán a trabajar por el bien. Cuando la gente sepa que la vida es eterna, ya no participará en masacres masivas. Pero hay tan poquísimos que saben sustraerse a sus matanzas, pues si se niegan serán las primeras víctimas. Pero es mejor caer que asesinar, es mejor hacer la transición uno mismo que aniquilar la vida de otra persona con la que uno nunca se ha encontrado.

—Está hablando de una cuestión muy delicada, Alcar.

Su líder espiritual sonrió, pero André continuó:

—Hay cientos en la tierra que hablan al respecto, aunque sin saber qué tienen que hacer cuando estalla una guerra. Yo ya elegí; objetaré. Prefiero el paredón para mí antes que colocar en él a mis hermanos.

—Muy bien, hijo mío, muy bien.

—Pensarán entonces que soy cobarde, Alcar, porque no los acompaño para destruir a personas, pero ahora que sé tanto sobre la vida eterna, ¿me queda acaso otra opción? No querría otra cosa. ¿Qué haría usted en mi lugar, Alcar?

—Lo mismo, hijo mío, exactamente eso. Pero intentaré contestarte según mis sentimientos por qué no lo haría. Pero sigamos, aquí ya no tenemos nada más que buscar. El gran dilema es: si uno tiene mujer e hijos, y estalla una guerra, entonces hay que defenderse y cuidar a sus seres queridos. De modo que cuando hay lazos de amor todo se hace muy difícil, pues no se puede dejar así como así a mujer e hijos; eso se dice el ser humano a sí mismo. Pero todo sigue igual. Cuando un padre parte a la guerra, no hay más que felicidad cuando después de algunos años vuelve a aparecer de allí con vida. Creo que no hace falta que te aclare que una sintonización con estados tan espantosos como estos significa la destrucción. Te pregunto: ¿Tiene que asesinar un padre porque tiene que cuidar a mujer e hijos? La autoconservación es uno de los grandes dilemas. Así que todo gira en torno a esta pregunta: “¿Qué debe hacer un hombre que deja atrás a mujer e hijos, si está interiormente convencido de estar asesinando?”. ¿Se espera de él que asesine para proteger a su prole de morir de inanición? Si se niega, lo fusilan, ¿no es así? ¿Qué es mejor entonces y cuál es el camino que deben seguir todos? En primer lugar objetar, todos juntos; entonces no será posible que corra sangre. El clero de la tierra tendrá que esforzarse para ello, pero tampoco se puede esperar nada de parte suya. En todos los países se ha rezado por que les sea concedido ganar la última guerra (la Primera Guerra Mundial), mientras que conocían una sola fe, un solo Dios. En lugar de prevenir que estalle una guerra, bendicen las armas para proteger a sus hijos. ¿Qué clase de desastre es ese? Es burlarse de lo más sagrado de Dios. Dejen hacer a los que quieran una guerra, que se arreglen ellos solos y que se enfrenten con los que, como ellos, quieren ejercer el poder. Pero por ahora sigue siendo imposible; el ser

humano hace lo que quieran los demás y va a la perdición por causa de otros. Pero ¿lo que hay que hacer personalmente, cuando otros no quieren? ¿Puede querer una madre que posee el verdadero amor maternal que su marido asesine para cuidar de ella y los pequeños? ¿Es ese el amor que siente por quien es el padre de sus hijos? ¿Perecerían su mujer e hijos si el padre se negara a asesinar? ¿No prefiere un ser humano matarse trabajando que llevarse a la boca el alimento que el padre ha ganado asesinando? ¿Quieren este alimento en condiciones normales si saben que está salpicado de la sangre de otros? ¿Querría una madre que siente amor y que ha llevado la vida beber la sangre de otras madres para alimentar a sus pequeños? El estado cuida de los que se quedan, pero los hijos y las madres viven a través de la pena y el dolor, por la sangre ajena. ¿Es este el camino? ¿No conocen otro? Así que sigue siendo lo mismo: se robe o se asesine, se descenderá en lo animal y se perecerá espiritualmente. Aquí no rigen la misericordia ni las disculpas. El asesinato es asesinato, matar es sintonizarse con estados animales, incluso preanimales. ¿Puede matar una persona que empieza a sentir espiritualmente? ¿Debe partir a la batalla una persona a pesar de saber que la vida es eterna? ¿Puede abstenerse de hacerlo? Es difícil dar una respuesta desde este lado, pero esta es la verdad y esta nunca será de otro modo: cuando el ser humano se sintoniza con estados animales, conectándose con ellos, perecerá espiritualmente. Si una madre quiere de todos modos que el hombre parta a la guerra, entonces este lo hace bajo la influencia de ella, pero entonces también la madre es un ser animal. ¿Hay que animalizarse por otro si uno se quiere elevar? ¡No, mil veces no! Dios no quiere eso ni lo querrá nunca. ¿Hay que proteger la patria? Pero ¿es la patria la eternidad? Donde sea que uno se encuentre y cual sea el país en el que nazca, aquí todo es uno, solo conocemos una patria y esa es la tierra. Así que el camino es: no participar en asesinatos ni en ningún otro tipo de violencia. Las iglesias, como dije, deben dar el ejemplo y cuando no lo hacen, el ser humano debe decidir por sí solo. Cada ser debe encargarse de la salvación de su propia alma, aunque sea padre o madre. ¿Qué hizo Cristo? De haberlo querido, habría podido abatir a todos sus enemigos con Su fuerza divina, pero los dejó hacer y murió en la cruz, porque no quiso ser partícipe de la vida de ellos. ¿Qué haría yo, André? Seguir tu camino; pero esperemos que a ti no te haga falta.

Ahora te mostraré una ruina humana, que quiso la guerra e hizo asesinar a miles de personas. Vive y se le sigue venerando, pero de este lado lo están esperando miles de espíritus y solo entonces empezará su miseria.

Entraron a un gran palacio. Alcar caminaba frente a él y también aquí sabía orientarse. Entraron a una hermosa habitación.

—Mira allí: no es un sabio, sino un genio en el mal, un pobre, horrible ser.

André vio a un anciano, vestido con un precioso uniforme. Era un em-

perador o un rey, pero lo que observaba del otro lado era terrible. Cuando hiciera la transición, le esperaba el sufrimiento de miles de personas. Todos estos seres estaban a su alrededor, había mandado a todos a este mundo. Un ser así podía decidir sobre millones de hombres. En la tierra lo habían adulado, lo habían seguido a ciegas, cumplido todas sus órdenes, pero su amor se había transformado en odio. Ahora eran seres animales, rodeados de lodo y fango, habían perdido su personalidad. Él, el monarca, no era consciente de nada de lo que vivía alrededor y dentro de él, pero luego, cuando también a él le llegara el final, la miseria sería inabarcable. Cuando exhalara el último suspiro, le harían trizas el cuerpo espiritual, lo arrastrarían por toda la tierra, le harían vivir lo que él les había infligido. Todos querían su parte, poseer un trozo de su vida. Había derramado sangre y era el culpable de la guerra y violencia. Aun así se le seguía venerando en la tierra; seguía portando órdenes de caballería y ese metal estaba manchado de la sangre de muchos. ¿No era una locura que una persona así, semejante engendro animal, poseyera la fuerza de decidir sobre miles de vidas humanas? ¿No era terrible, no era horrendo tener que aceptar esto como la verdad? Esto era una persona, un ser divino, pero que quería guerra y destrucción, y el ser humano en la tierra hacía lo que él quisiera, y todo esto para enriquecerlo a él y a otros. Pobre gente, pobre tierra, ¿cuándo cambiarás? Todo esto le había llegado en pensamientos y André sabía que su líder espiritual le había dado esta verdad.

—¿No está loco el ser humano al ir a la guerra por él, por este ser animal, asesinando a otros que no le han hecho nada? Mira con cuánta calma y tranquilidad vive en su palacio. Sin embargo, siente que la vida lo odia, ya no se atreve a andar en la naturaleza. Se esconde detrás de las paredes, que lo mantendrán oculto para esta vida. Pero de este lado no es posible; miles de espíritus lo esperarán. Allí, acurrucado, reflexiona acerca de todos sus actos, hay en él una sensación de satisfacción. El ser humano lo vigila, es una posesión valiosa. El ser humano está loco por dejar que un ser preanimal lo obligue a matar. ¡Maldito aquel que se está deleitando allí! Así es el ser humano, así es la vida, tan hondas son las sintonizaciones humanas.

André vio que había miles de demonios alrededor de él. Se quedaban cerca, esperando el momento en que haría la transición. Caminaban a través de él, estaban dentro de él, sentían el hilo de sus pensamientos y seguían conectados con él. No había ser que pudiera cambiarlo. Ay, qué verdad: los demonios vigilaban a un genio que había abusado de sus fuerzas. Y de esto no se sabía nada en la tierra, no se conocían estas fuerzas.

Cuando hiciera la transición, se lloraría en su tumba, pero Dios libraba al hombre de un ser animal. Has de rendir honores en la tierra a quienes quieran salvar la humanidad; has de encerrar a quienes quieran aniquilar la vida, pero no respondas a un asesinato con otro, una cosa está reñida con la

otra. ¿Cómo podría un rey aniquilar si el ser humano no lo quería? ¿Qué quedaría entonces de su poder, de sus posesiones? Pero el propio ser humano lo quería, seguía sin darse cuenta de lo terrible de su acto. ¿No es horroroso que un solo ser humano posea la fuerza de hacer matar a miles de personas que le han puesto ese poder en las manos? Debe haber personas que sepan defender los intereses de estado, pero encierra a aquellos que hablen de muerte y perdición. En verdad no es un honor ocupar un puesto así en la tierra. Muchos se olvidan a ellos mismos y entonces todo no es más que poder, lujuria y violencia. Pero esta no es la intención de Dios. Se puede encontrar felicidad en la tierra para toda vida. André vio que todo lo que había a su alrededor irradiaba una terrible luz. ¿Qué horrendas eran las posesiones del autócrata! No quisiera poseerlas por ningún tesoro en el mundo. Sus posesiones eran lodo y fango; no quisiera vivir con ellas. Todo ese centelleo de oro y piedras preciosas eran solo apariencias terrenales; eran posesiones obtenidas por la sangre de otros. ¡Y todo eso quería el ser humano! Era horrendo si se miraba de este modo y desde esta vida. Aquí veía la verdad, era veneno que llevaba al ser humano a la perdición. Pero el hombre, con su intelecto y todo, no quería pensar. Era más bien un esclavo, un trozo de vida que se dejaba aniquilar. No quería otra cosa. Se entregaba a estos seres, ejecutaba sus órdenes, pero sus órdenes iban dirigidas a lo animal, para enriquecerse ellos mismos, para apropiarse de un trozo de tierra. Para eso mataba el hombre una vida divina. Se mataba a sí mismo y a otros, se atacaban como dementes, hasta que quedara apagada su ira. Se les consumían las almas, el veneno de la vida les había penetrado, estaban perdidos durante cientos de años. Y todo eso lo hacía una sola persona, podía obrarlo una sola persona, porque se le entregaba el poder. Pero ¿le daba Dios intelecto para eso? Dios no quería otra cosa que felicidad, solo amor para todos sus hijos. Dios colocaba al ser humano por encima del animal, pero el ser humano descendía en un estado preanimal. Se olvidaba a sí mismo, su propia sintonización divina. Aquí, ante él, estaba viendo a un ser humano en un estado preanimal.

Hombre, usa tu razón, pero no para cultivar lo animal. Pelea y lucha por tu felicidad, pero en amor; procura la salvación de tu alma. Escucha tu voz interior, te pondrá sobre aviso.

Ven, André, sigamos, en las esferas oscuras verás a los que reinan también allí, porque saben influenciar a las masas. Allí también el ser humano escucha a estas bestias.

Siguieron planeando, atravesando muchos edificios y casas. André vio en todas partes al ser humano terrenal y a su alrededor al espíritu astral, que él podía ver. Podían conectarse, porque el propio ser humano lo quería. Algunos para bien, otros para mal. Solo veía en la esfera de la tierra vida de la que el ser humano no tenía conciencia. Cerca de algunos seres veía las

tinieblas, cerca de otros solo luz, posesión grande y sagrada, la felicidad para el otro lado.

Se quedaron en una casa, donde André vio a un ser humano que estaba escribiendo.

—Aquí nos quedaremos un momento, hijo mío, quiero mostrarte cómo se ayuda al ser humano en todo. Allí ante ti ves a un escritor terrenal que quiere plasmar sus sentimientos en palabras. Pero mira su irradiación, entonces ya no tendré que aclararte mucho más. Lo que quiere darle a la humanidad no es más que suscitar pasiones, mancillar sus almas, hacer que lo inconsciente se vuelva consciente. Se contagia a la humanidad por medio de él, porque recibe sus inspiraciones por demonios, cosa que él mismo quiere. Para él todo no es más que dinero, honor y sensación. Encuentra sintonización en el espíritu; porque mira allí, André, hay un ser terrible cerca de él.

André miró hacia el lugar que le indicaba su líder espiritual y vio un monstruo repugnante que se aferraba del ser humano de la tierra. Ese ser lo ayudaba; era su propia sintonización. Aquel que había vivido en la tierra en algún momento volvía, vivía nuevamente una vida como la quería él mismo, por medio de una persona material que se sintonizaba con su estado interior. El ser humano en la tierra se abría para él, para hacerse con riqueza y muchas otras posesiones. En la tierra uno no pregunta lo que recibe, lo acepta, lo toma, es feliz cuando le provee de todo. Ya no se piensa más en nada, por eso se olvida la vida interior.

—Escribe para proporcionarles a sus prójimos lectura que devoran con ansiedad. Se usa su don divino para lo animal. Descenderemos un poco más, por lo que podrás percibir con más claridad el ser que lo incita.

Ahora André vio que el espíritu astral se conectaba con el hombre terrenal. El animal se colocaba dentro del ser humano, perforándolo con su afiladísimo ingenio, traduciendo sus sentimientos en un lenguaje horroroso y viviendo la animalidad que eso tenía, porque sentía uno, porque significaba una vida. ¿No era terrible? Qué sencillo era todo, pero qué cruel; qué inhumanamente se le ayudaba al ser humano en la tierra. Era inspiración, el mal con apariencia humana. Eran sintonizaciones, un solo saber, un solo querer, una sola pasión, una sola capacidad. Dos personas eran una sola, dos seres hacían un solo trabajo, lo querían, y el que lo leyera se conectaba con ellos. Se le estaba revelando otro mundo, estaba conociendo una vida nueva. Pero qué terrible era esa vida. Ahora veía lo que significaba la inspiración; veía cómo un artista tendría que sintonizarse en la tierra si quería hacer avanzar el nivel humano para destruir el mal. Este escritor no pensaba en esto; daba, pero algún día se despeñaría en estas profundas tinieblas. El ser humano atraía hacia él lo que quería: seres animales, basto materiales, hasta preanimales. Esa era la vida que había entre el cielo y la tierra, la vida en la esfera de la

tierra. Lo que percibía era real, nada más que sagrada verdad. Temblaba por dentro, se le cortaba el aliento; qué verdadera era la vida después de la muerte material.

—¿Te queda claro todo, André?

—Todo, Alcar, todo.

—Dios dio al ser humano una voluntad propia para poder actuar con determinación y sintonizarse con lo divino. Pero ¿él qué hace? Se olvida y quiere contagiarse a otros, sus semejantes, con el veneno de la vida. Quien haga la transición en esto cae, cae con ellos, y ve destruidas sus posesiones. No hay posibilidad de eludirlo; solo cuando uno sabe sintonizarse con la vida espiritual. El hombre vive en un estado material, que es la tierra, pero tendrá que sintonizarse espiritualmente si quiere poseer luz y felicidad de este lado. Quien en la tierra se sienta liberado de la materia ya es un ser feliz. Quienes quieran la vida espiritual en la tierra serán seres felices de este lado y verán luz al llegar aquí, y serán felices con muchos que han hecho la transición antes que ellos. Todos estos grados de posesión humana son sintonizaciones espirituales; es una vida en la esfera de la tierra.

—¿Cuándo quedan liberadas de esto las personas, Alcar?

—Cuando quieran recorrer un camino que debemos recorrer todos y cuando quieran trabajar en ellas mismas, por lo que habrá seres elevados que influirán en ellas, de modo que la luz en la tierra irá en aumento. El espíritu astral pierde fuerza cuando el ser humano se sintoniza con estados elevados. Pero entonces vuelve a buscar un sujeto para vivir su vida fría, con el fin de que todas sus posesiones hagan la transición al ser humano. Esta sentencia va cumpliéndose lentamente, muy lentamente, hasta que el ser humano quede por completo en su poder, hasta que haya perdido su voluntad propia. Ven, sigamos, André; quiero mostrarte un estado parecido aunque completamente distinto, allí donde el ser humano recibe lo elevado.

Seguían cada vez más, atravesaron muchas casas y edificios planeando. Era imponente para él poder vivir todo esto como ser humano desdoblado.

—Mira, André, ese ser de allí se encuentra en una sintonización muy bella y hace el mismo trabajo, pero el don de ella se usa para lo elevado. Es un instrumento en manos más elevadas.

André vio a una mujer, era muy bella e irradiaba una preciosa luz. Ella también estaba escribiendo; la rodeaba una luz gloriosa. En esa luz vio el espíritu astral; ambos eran uno solo. Ese ser la ayudaba. André sentía que estaba convencida de ello; sus sentimientos hacían la transición al ser; sus irradiaciones se mezclaban, ambos tenían una sola sintonización. Aquí también vio a dos personas, se habían fundido al intentar proveer a la humanidad de alimento espiritual, por lo que mejoraría la salvación de su alma. En la esfera de la tierra, un espíritu de la luz se encontraba, traía felicidad y calor

de regiones más elevadas. Toda la habitación estaba iluminada por su luz. La luz que percibía era la luz de la tercera esfera que había conocido en sus viajes anteriores. Ella, la autora, entraría allí cuando hiciera la transición. Qué grande era su felicidad por ya haber alcanzado esto en la tierra.

—¿Hace mucho ya que está conectada con este espíritu?

—Desde hace años son uno, ella no ve la incidencia espiritual, pero la siente y sabe que la ayudan fuerzas superiores.

Emanaba un glorioso sosiego que se extendía por la gran habitación. Ninguna otra influencia podría alcanzarla. Estaba abierta, pero solo para lo elevado. A André le hizo bien encontrarse con esta imagen en la esfera de la tierra. Alrededor de ella estaban colgadas preciosas pinturas espirituales, y la imagen del Cristo estaba a su lado, a través de la que se conectaba. Le pedía fuerza a Él, al Hijo Sagrado de Dios, con el fin de poder llevar a cabo su trabajo. Había silencio aquí; André no sentía más que felicidad. Vio que quería empezar a rezar y también el espíritu astral se arrodilló a su lado. Qué imponente, qué bello era que le fuera concedido ver esta verdad. Dos seres se arrodillaban; el humano material y el humano que había depuesto su vestidura material. Ambos pedían fuerzas a Dios para poder seguir haciendo su amado trabajo. Aquí sentía ella su Dios; no le hacía falta una iglesia para eso; este lugar era un pedacito de tierra sagrada, bendecido por un ser más elevado. La luz del espíritu descendía en ella, por lo que recibía sus inspiraciones. Estaban depuestas en ellas todas las fuerzas interiores de ella, su sensibilidad más elevada, su voluntad de darle al ser humano lo más elevado. Sus sentimientos eran inmaculados, bellos, y su escritura era espiritualizada. Su escritura era la gota que le quitaba fuerza al veneno de la vida, por lo que perdía fuerza la muerte. Significaba vida; la había recibido de una fuente divina, era luz y ninguna sombra la oscurecería. La fuerza creadora era la eterna posesión sagrada, la perfección que ella recibía sintonizándose con lo más elevado. Era amor, nada más que un gran deseo de ver cambiada la humanidad, de mitigar el sufrimiento y de convertir la tierra en luz. Esta mujer era bella; un gran tesoro poder poseerla. Pero no estaba destinada a nadie en la tierra; un ser espiritual le esperaba para quedarse unido a ella eternamente. Era una sola en todo.

Alcar le hizo una seña a André y se fueron en silencio.

—Esta imagen fue increíblemente bella, Alcar. Me hizo bien ver esto en la esfera de la tierra.

—Podría llevarte a otras mil imágenes, todas de la misma sintonización, porque sería de una profunda tristeza si el mal poblara la tierra. Pero vamos a seguir, ahora te mostraré una imagen que tiene que ver con mi vida terrenal.

Atravesaron muchas calles, hasta que llegaron a un edificio grande, en el que Alcar entró. André lo reconoció; este era un museo donde se guardaban

varias obras de arte de grandes maestros. Atravesaron muchas salas, hasta que llegaron a una donde se sentaron en el centro. Entendió por qué su líder espiritual lo traía aquí y esperó hasta que Alcar hablara. André sintió que Alcar pensaba en su vida terrenal y que veía pasar todo ante sus ojos. ¿Cómo se sentiría ahora su líder espiritual, ahora que desde el espíritu admiraba su propio arte? Alcar era un maestro del siglo dieciséis, un ser de ese tiempo había vuelto a la tierra y miraba su vida vivida. ¿No era imponente? ¿Quién podría creerlo y aceptarlo? Él, su maestro, su líder espiritual, podía volver la mirada hacia esa vida; no le traía tristeza, pero ¿cuántos preferirían que no les fuera recordada? ¿Quién quería volver a mirar en una vida que había terminado por muerte y perdición? ¿Quién querría oír hablar todavía de terror en la vida después de la muerte? Qué bella era la vida de este lado cuando lo terrenal se había completado correctamente. ¡Cuánto sentido había en la fuerza que emanaba de esa vida pasada! Qué satisfecho se debía de sentir el ser humano por haber hecho algo en la tierra sobre lo que poder volver la vista después de cientos de años. Veía imágenes, veía la verdad como nunca antes; le daba la fuerza para hacer todo por su vida espiritual, con el fin de poseer felicidad también de este lado. Alcar miraba su propio arte desde arriba después de su muerte terrenal. A quienes estaban convencidos de que hay una pervivencia les parecería muy normal, pero otros se encogerían de hombros y pensarían estar tratando con locos. Pero era verdad, nada más que verdad lo que percibía y recibía como ser humano terrenal gracias a su don divino del desdoblamiento. André estaba con un maestro de la tierra, un genio del siglo dieciséis, y ese genio era su líder espiritual. Le agradecía aún más a Dios que le fuera concedido vivir esta imagen, que fuera elegido para poder servirlo. ¿Podía el ser humano en la tierra imaginarse algo todavía más bello? ¿No era acaso felicidad entonces si se podía volver la vista sobre una vida bella y hermosa? ¿No era una miseria profunda si a uno recordaban cosas terribles? ¿No sería un tormento hasta que se hubiera enmendado todo? El que estaba a su lado podía volver la vista sobre esta vida, porque no había hecho otra cosa que el bien. André sentía que su líder espiritual estaba satisfecho, después de haber completado su bella vida. Había hecho buen uso de su don recibido de Dios. Alcar había dejado algo que pervivía. En la tierra se guardaban cuidadosamente sus obras espirituales. Todo lo que habían creado sus manos era grandioso.

Alcar miró a su instrumento diciendo:

—Cuando hayamos llegado a las esferas elevadas te será concedido admirar un arte espiritual que rebasa este con creces. Esto no se puede comparar con lo que se crea en las esferas. Esto de aquí es insignificante y pequeño.

Escucha, André. Ahora que sé y que conozco otra vida, veo y siento que el trabajo que estoy haciendo es más bello que toda la vida terrenal con todo

lo que logré en ella. Mi vida en la tierra fue grande, pero aun así carecía de significado en el espíritu, lo que te aclararé en las esferas elevadas. Solo ahora que me he desprendido de la materia veo lo bella que es ahora mi vida. Si se me concede darle al hombre una sola prueba de que existe una pervivencia eterna, habré logrado más que en aquella gran vida terrenal. Si puedo convencer a una sola persona, para mí será posesión en el espíritu y viviré por los demás, lo que significa desarrollo. Pero en mi vida terrenal vivía para mí mismo, no he podido alcanzar nada más. ¿Podría convencer al ser humano de que hay una pervivencia eterna a través del arte? ¿Podríamos alcanzarlos solo pintando? No; al menos en la tierra, los sabios piensan que se lleva este don inconscientemente y por eso para ellos no son pruebas. ¿Llega el hombre a conocer a Dios a través del arte? ¿Sabe de un más allá gracias al arte? ¿Ve las esferas en tus piezas recibidas espiritualmente? ¿Siente desde dónde y cómo se origina todo? ¿Ve en ello la eternidad? Podría seguir así, podría hacerte cientos de preguntas y a todas tendríamos que contestar de manera negativa. He ahí por qué esa vida no era grande ni potente, y por qué ninguno de nosotros era maestro, no maestros en el espíritu. En esta vida soy feliz, en aquella no lo era. Muchos estaban insatisfechos, como yo, porque sentíamos el espíritu pero aun así no podíamos alcanzar lo que queríamos crear. Percibíamos lo perfecto pero nos sentíamos impotentes. Para poder crear lo perfecto, me habrían faltado otros ciento cincuenta años de vida en la tierra. Una vida terrenal es demasiado corta para eso; los pocos años no bastan para llegar a esta altura. Todos los que vivían conmigo como hermanos en el arte sentían el mismo estado, que no nos hacía felices. Aun así el ser humano piensa que es perfecto, lo cual, sin embargo, no es la verdad. Te repito: en esta vida soy feliz; en mi vida terrenal no me conocía a mí mismo ni sabía de amor más elevado; lo conocería solo de este lado. Así que vivía para mí mismo y por eso mi vida terrenal no era grande, lo que el ser humano entenderá solo de este lado. Logré algo para mí mismo, le di algo a la tierra y la humanidad ha preservado nuestro arte, muy bello todo, aunque en el espíritu sea egoísmo, lo que te quedará claro más adelante.

Por eso, tu vida terrenal es más grande, porque vives para los demás, lo que en sí es una gran gracia, un regalo de Dios que intuyen solo pocos en la tierra, porque no entienden plenamente el significado que tiene. Y es que tampoco es posible, porque el ser humano no intuirá el significado de vivir en la tierra hasta que no llegue de este lado, donde todo superará en valor a la materia. Solo entonces se arrodillará el ser humano, agradeciendo a Dios, su Padre, haberle dado ese lugar en la tierra. Hasta no llegar aquí no veremos esos estados. En la tierra no se dan cuenta. Por eso te mostré mi vida, para que entiendas la tuya propia, que significa tu trabajo en la materia. Solo ahora me siento feliz, André, de que Dios me haya dado la fuerza de poder

hacer algo por la humanidad. En esos trescientos años que llevo viviendo de este lado he aprendido que el ser humano no puede entrar a las esferas elevadas por el arte, porque toda su concentración está enfocada en sí mismo y olvida toda la demás vida que vive alrededor suyo y dentro de él. Solo ahora les llevamos la vida, hacemos que conozcan la vida después de la muerte, que intuyan la felicidad eterna. Es lo más grande que puede lograr una persona en la tierra, por lo que, de quererlo, llegará a otra sintonización. De este lado comprenderás plenamente la felicidad que le has dado al hombre, por la que te esforzaste al máximo a costa de mucha pena y dolor. Pero toda esa pena y dolor, todos tus sacrificios no son nada en comparación con la felicidad que recibirás de este lado.

En la tierra no pintaba más que materia; en las esferas elevadas uno pinta la vida, porque todo vive, también el arte que dan y que se ha elaborado en felicidad. Solo entonces, sintiendo la vida en todo, se puede alcanzar lo perfecto. En este viaje, André, te esperan muchas sorpresas, te mostraré arte espiritual e intuirás la gran diferencia en capacidades y en arte. Verás que no éramos maestros y que no lo hemos sido, pero que hemos dado arte que encontré sintonización con la segunda esfera de este lado. Pero ¿cuántas esferas hay por encima de la segunda? Estuviste conmigo en la quinta esfera y viviste lo grande, lo imponente que es todo. Pero cuando luego admires arte espiritual, exclamarás conmigo: “¿Qué es lo que hemos dado en la tierra? Era solo arte terrenal; no tiene nada que ver con lo espiritual”. Aquí está colgado mi arte; más adelante podrás ver la gran diferencia, cuando aquellos que poseen un don en la tierra no encuentran sintonización con la tercera esfera de este lado. Si en la tierra vivieran seres que representaran este arte, no se les entendería. Todo lo que se haya creado en la tierra tiene valor, pero también puede significar una maldición en el espíritu. Muchos perecieron precisamente debido a sus capacidades, porque no se conocían. Sí, fueron destruidos por sus dones. Porque, ¿qué es el arte? ¿Qué es la posesión en la tierra? ¿Qué vale su capacidad, si al llegar aquí tienen que vivir en las tinieblas? ¿Acaso no es la sombra de la muerte toda su posesión? ¿Qué significa estar muerto de este lado? No sentir la vida; todo es entonces egoísmo burdo. Las personas en la tierra no aceptarán esto, porque no quieren renunciar a sus posesiones. Pero hablaremos de esto al entrar a las esferas elevadas. Todo lo que te mostré en la esfera de la tierra, también lo encontramos en las regiones espirituales, es decir: fuera del ciclo de la tierra. Ahora, André, nos vamos de aquí, dejamos la esfera de la tierra y visitaremos las esferas tenebrosas, allí donde estuvimos en nuestro viaje pasado. Pero ahora descenderemos en sus vidas, haremos la transición a sus vidas, lo que ya has vivido algunas veces. Entonces también te quedará claro que el ser humano en la tierra vive en todas las sintonizaciones y que las esferas más elevadas están conectadas con las profundidades

más profundas. Te he aclarado que en el ser humano reinan profundas tinieblas a la par que luz eterna, que recibirá lo que quiera, que lo ayudan aquellos que han dejado la vida terrenal, y que todo significa vida. También te he demostrado que quien quiera recibir ayuda tendrá que sintonizarse en el espíritu, y que sin importar donde se encuentre el ser humano, allí hay seres astrales para conectarse con él, lo que lo llevará hacia arriba o hacia las profundidades más profundas del infierno. Ahora visito las esferas oscuras, porque quiero dejarle claro al ser humano que el espíritu astral vuelve para proseguir su terrible vida en la tierra, porque puede sintonizarse con el ser humano. Todo esto será una pauta para el ser humano, un camino que puede recorrer, por lo que empezará otra vida. Cuando las personas recorran nuestro camino no sufrirán, porque les avisamos y para ellos, nuestra vida es una guía vital para entrar a lo espiritual. Quien quiera el bien en la tierra recibirá; es más, poseerá “luz” de este lado. El ser humano en la tierra vive en la ignorancia, pero nosotros sabemos lo que significa la vida en la tierra y cómo puede uno asimilar los tesoros espirituales. Ven, André, dejaremos la tierra, vivirás todavía más estados.

La vida en el espíritu; autócratas en el mal

No tardaron en dejar la tierra. André ya sabía qué camino recorrería su líder espiritual para alcanzar las esferas oscuras. Volvió a ver diferentes planetas y otros cuerpos celestes, que ya tantas veces se le había concedido admirar como ser humano desdoblado. Siempre le resultaba imponente y grandioso, porque sentía la insignificancia del ser humano en la tierra. Volvió a planear en el universo; al lado suyo, su Alcar. Pronto habían alcanzado la tierra del odio, y André volvió a estar en la frontera de donde vivían aquellos que habían echado a perder la vida terrenal.

—Antes de nuestro descenso hay algunas cosas que tengo que contarte. La vez pasada miramos todo desde nuestra propia sintonización; ahora vamos a hacer la transición al estado de ellos. En la esfera de la tierra viviste la transición, pero aquí otra vez todo es mucho más difícil, lo que te quedará claro en un momento. Reúne todas las fuerzas que hay en ti para poder aguantar también esto. Aquí también nos dirigirán la palabra, nos obligarán a acompañarlos, pero en todo actuaremos según nuestras propias fuerzas. Ahora vamos a descender.

Lentamente fueron descendiendo en las regiones oscuras, y André volvió a estar frente a la puerta que cerraba el país del odio. De repente le llegó:

—Mira allí, André, nuestros amigos; ya nos están viendo y nos detendrán para preguntarnos a qué hemos venido aquí. Yo hablaré con ellos y actuaré,

déjame todo a mí. Verás en todo lo terrenal que es su vida y que no ha habido cambios para nada.

André sintió que habían rebasado la frontera de la tierra del odio. Vio todo tan distinto a su viaje anterior. Ante él vio a varios seres que se les venían acercando. Algunos les preguntaron a dónde querían ir. Alcar dijo:

—No sabemos a dónde vamos, pero intentamos encontrar el camino hacia la tierra.

—¿No lo conoces?

—¿Cómo podemos salir de aquí?

Todos se pusieron a reír de manera terrible, eran las risas socarronas de unos seres espantosos. ¿Qué querían decir con eso? Sin embargo, era una pregunta sencilla la que les había hecho su líder espiritual. Uno de ellos llevaba la palabra, y dijo:

—Aunque lo conocieran, no saldrán de aquí. Quienes van a la tierra los mandamos nosotros, ya te lo explicarán los maestros. Solo ten paciencia. Los forasteros siempre tienen muchas prisas en ir a la tierra. ¿No estás a gusto aquí? No conoces las leyes que rigen aquí.

—Sí —le contestó Alcar—, somos forasteros. ¿Qué leyes son esas de las que hablaba?

—Las conocerás bastante pronto. —Y otra vez empezaron a reírse de manera sarcástica, de modo que se les desorbitaban los ojos inyectados en sangre. Todos estaban animalizados; todo su ser no era más que pasión y violencia—. Vengan con nosotros y pronto conocerán el camino a la tierra, pero a nuestra manera.

André sintió que algo terrible estaba por ocurrir. “Sígueme, André”, captó interiormente, “y no te preocupes por nada, deja que hagan lo que quieran. Conocerás sus leyes y solo es posible de esta manera. También te quedará claro cómo es su vida después de la muerte. Su vida no se puede conocer de otra manera, pero no te preocupes, yo vigilaré”.

André estaba tranquilo después de su conversación interior con su líder espiritual, de la que nadie había sentido ni entendido nada. Le mandó de vuelta hacia su líder espiritual el pensamiento de que lo seguiría en todo. “Mientras no nos separen iremos con ellos, pero cuando quieran hacer eso, volveremos a nuestra propia sintonización”.

Los llevaron a través de varias calles hasta llegar a un gran edificio, al que entraron. Atravesaron largos pasillos hasta que sus acompañantes entraron a una sala donde tuvieron que esperar. Todo estaba ricamente decorado, pero expresado de manera animal. Estaba construido y pintado como una casa terrenal. Vio escenas coloridas de macabras representaciones animales. Muchos seres entraban y salían y vivían su vida; todo les parecía de lo más normal. Pero todos eran demonios, diablos con apariencia humana, que habían

vivido una vida terrible en la tierra y que seguían viviendo en ella. Eran seres humanos que odiaban de una manera que para animales salvajes sería imposible. ¿Qué debían esperar? Lo asaltó un olor asfixiante. Había un ambiente sofocante aquí; André sentía la influencia del mal. Alcar le dijo: “Nos llevan ante su líder, que nos preguntará unas cuantas cosas. Nos vinculará a él y así le va a cualquiera que entre aquí. Es un autócrata en el mal y con él hay muchos que influyen aquí a la masa, obligándola según su voluntad a seguirlos en sus prácticas siniestras. Si se niegan, les dan una paliza, lo que te quedará claro en un momento. Pero tampoco aquí temas; yo vigilo, hijo mío. Por eso se le llama un autócrata de las tinieblas, porque sabe usar su poder, del que no escapa ser alguno, como te acabo de decir. A cada ser que vive aquí se le asalta y se le conduce aquí. Todos los que viven aquí tienen esta sintonización y cuando quieran liberarse, tendrán que sufrir indeciblemente, porque no quieren subyugarse a su voluntad. Y es que solo unos pocos se saben mantener fuera de su alcance; la mayoría es demasiado débil para vencerse a sí misma, incluso cuando les ocasiona pena y dolor. Los agreden violentamente, los golpean y maltratan. Para poder aguantar todo esto hace falta tener una voluntad firme para hacer el bien. Pero su vida en la tierra fue así y en esta vida no ha cambiado nada. Por eso se entregan de buena gana y hacen lo que se desea de ellos. Todo es como en la tierra; pero aquí hay solo una sintonización. Todos se han animalizado, son seres basto materiales. Aquí no vive más que el mal; ninguna otra sintonización podría vivir aquí. Los autócratas desean de sangre y violencia, incluso asesinato tras asesinato. Si me has entendido bien, André, verás que esta vida es incluso más terrible que en la tierra, porque allí todavía se pueden encontrar personas que quieren el bien, con las que se puede colaborar para combatir el mal. Pero aquí se sigue al que domina la masa, porque quieren protegerse y porque temen el tormento. De modo que, si ya en la tierra un ser humano se ha liberado del mal que vive en él, si busca y encuentra allí su camino, serán felices al entrar en esta vida. Aquellos que en la tierra quieren el mal, pasarán de este lado por el mismo tormento, porque se han conectado con él”.

André había podido seguir claramente a Alcar en todo y entendió que no era tan sencillo liberarse de esto. Si se negaban a participar en su horrorosa vida, se les apaleaba y flagelaba. Aun así sería mejor para ellos negarse: después de todo ese sufrimiento entrarían en otra esfera. Así que muchos no se dejaban intimidar por esto y habían empezado una vida nueva pero espiritual. Era mejor negarse ya en la tierra, porque de este lado uno se veía ante un estado exactamente igual. El que no quería destrucción en la tierra era el feliz del otro lado. Qué imponente era todo, qué natural era la vida después de la muerte.

Vio a muchas mujeres que tenían un aspecto espantoso. Pasaron frente

a él y sin duda integraban el grupo de quien reinaba aquí. Su atuendo era horrible. No llevaban más que colores estridentes, verde veneno y rojo llamante, y André se asombró de que no percibiera colores más suaves. Eran seres intelectuales; habían podido estudiar en la tierra, pero se habían olvidado. Lo veía en su personalidad, pero su agudo ingenio se había sintonizado con lo animal. Ahora vivían en las tinieblas la misma vida que en la tierra. Estas eran mujeres y qué bella podía ser una mujer cuando sentía amor, amor espiritual. Eran seres agraciados, porque Dios les había dado en la tierra el don más sagrado de todos. Pero su amor maternal se había transformado en lo animal. Aquí eran monstruos; todas se habían animalizado. Sin embargo, se sentían bellas y elevadas, aunque en sus caras no se leyera más que miseria y pasión. Todas eran estúpidas, no sabían lo mucho que habían caído. Les tenía compasión, porque también ellas eran seres humanos e hijas de Dios. ¿Quién podría pensar que eran bellas? ¿Había aquí personas que las consideraban bellas? En el mismo instante oyó que Alcar dijo: “A todos los que viven aquí les parecen bellas, porque no conocen otra belleza. Hay entre ellos príncipes y princesas y se pueden encontrar aquí una mezcla de todos los círculos sociales. Se acuerdan de lo que eran en la tierra y también aquí se enorgullecen de su descendencia. También aquí sienten y conocen clases, pero están unidos en el mal”.

Pasó mucho tiempo antes de que los dejaran entrar. Algunos acompañantes se habían quedado con ellos, custodiándolos como si fueran asesinos. No sentían ni oían nada de su conversación interior; eran sordos a este idioma y no veían —estaban espiritualmente ciegos para eso— que Alcar provenía de una esfera más elevada. André pensó: ‘Parece que nos harán pasar ante un rey’. “Muy cierto” oyó que dijo su líder espiritual, “algo así es lo que nos espera”. André miró a Alcar. Aquí había un espíritu de la luz esperando a que se le admitiera ante alguien que vivía en profundas tinieblas. Pensó en las fuerzas interiores de su líder espiritual; podría darles calor a todos y desaparecer de ante sus ojos. Pero se dejó guiar bien dispuesto a que lo llevaran ante aquel que ni en cien años habría alcanzado su sintonización. Y todo esto era para él, para el ser humano en la tierra, para convencer al hombre terrenal de esta vida. Para eso descendía el espíritu elevado en estas tinieblas. Oh, si Alcar se disolviera ante sus ojos, ¡cómo blasfemarían y vociferarían! Volvió a oír que Alcar dijo: “Probablemente eso también se dará, pero estate preparado; siento que vienen a llamarnos”. En el instante mismo en que Alcar se lo dijo se abrió la puerta y pudieron entrar en otra sala.

¿Ahora qué le tocaría vivir? ¿Qué le esperaba? Llegaron a una preciosa sala, donde había muchos seres. En una plataforma estaba sentado un repugnante monstruo. Estaba rodeado de mujeres y vigilantes, armados hasta los dientes todos. El que estaba en la plataforma usaba un turbante y estaba ataviado de

piedras preciosas, llevaba botas pesadas y una vestidura rojo sangre. André pensó: 'Aquí estoy visitando al mismísimo diablo'. Allí, ante él, estaba el autócrata en el mal que reinaba sobre miles de espíritus, todos estaban sometidos a su voluntad. No veía más que violencia, todos eran feroces y salvajes. ¿Cómo se habían hecho con todas estas cosas y armas? Las veía claramente, aunque estuvieran viviendo en la vida después de la muerte. Había captado todas estas cosas como en un fogonazo. Lo llevaron ante este autócrata, donde se tuvieron que quedar de pie, mientras que los presentes los miraban fijamente de todos lados. André empezó a sentir miedo. ¿Cómo terminaría todo esto? Qué peligrosas parecían todas estas personas; nada las hacía retroceder. Alcar le volvió a hablar, pero había ahora en las palabras de su líder espiritual una fuerza que le dijo que no concentrara sus fuerzas en otra cosa más que en él. "Aquí, el peligro acecha desde todas partes, aquí estamos visitando un ser animal". Ahora André mantuvo sus pensamientos fijos en su líder espiritual. Aun así sentía miedo y oyó que Alcar dijo: "No permitas que sientan nada de tu miedo interior, no les hagas saber nada, entonces tampoco te pasará nada malo".

El autócrata los perforó a ambos con la mirada, pero no se decía una sola palabra. André sintió que el hombre estaba destruyendo su concentración, que los estaba tomando por sorpresa y los estaba poniendo bajo su voluntad para neutralizarlos de esta manera.

'Si lo logra, nos darán una paliza'. Suave, como era la vida de Alcar, surgieron en él estos pensamientos, por lo que entendió que incluso aquí velaba por él su líder espiritual. Eso le quitó toda la intranquilidad. '¿Qué esperas?', pensó. '¿Por qué no nos penetras con tu mirada?'. De todos modos sería incapaz de sondear la profundidad de Alcar. Se hizo un profundo silencio. El animal estaba intentando someter a su líder espiritual. Pero Alcar no era influenciado. Le hacía bien que el monstruo no lo lograra. Se iba haciendo cada vez más difícil, la concentración de todos los presentes estaba enfocada a ellos. Los pensamientos que iban surgiendo en él eran asesinos. Se sintió aturdimiento pero al mismo tiempo sentía que su líder espiritual lo estaba ayudando. Alcar miraba al autócrata como un niño y él también se sintonizó como si lo que estaba ocurriendo no le atañera. De repente el animal lo miró y André pensó asfixiarse. Sintió que le volvía el miedo, pero oyó que Alcar dijo: "Por el amor de Dios, no tengas miedo, André, puedes resistirlo; usa tus fuerzas". André pensó en la tercera esfera, se sintió liberado de su influencia y lo miró directamente a los ojos. De inmediato su fuerza sobre él empezó a debilitarse. "Qué maravilla", oyó, "así está mejor. Vivirás cómo se esfuerza un líder en el mal para neutralizarnos por su concentración y fuerte voluntad".

André lo miró a los ojos crueles, pero lo atravesó, vio las tinieblas en que vivía, pero se conectó con las esferas elevadas. El monstruo se enojó terrible-

mente; echaba espuma por la boca. Esta situación duró mucho, hasta que sintió que no lograría neutralizarlos a ambos. Gritaba y emitía unos sonidos terribles, porque sentía la resistencia del líder espiritual de André. El monstruo no estaba acostumbrado a recibir esto. De pronto se irguió por completo.

—¿Quién eres, perro, para atreverte a hacerme frente? —le gritó a Alcar. André temblaba; ahora empezaría todo. Alcar no le contestó y a André le llegó una tensión tremenda—. Habla, o haré que te den una paliza, perro, ¡contéstame! —Su líder espiritual seguía sin hablar, sino que mantenía la mirada en él, pretendiendo no entenderle—. ¿Qué idioma hablas?

Alcar calló. André sintió que le volvía el miedo. ¿En qué se habían metido entrando aquí? ¿Cómo sería el final? El monstruo se enfureció, tomó en sus horribles garras el látigo que tenía a su lado y descendió de su trono para acercarse a ellos. No tardaría en estar metiéndoles una paliza. ¿Por qué no le contestaba su líder espiritual? Ojalá que no fuera a lastimar a Alcar. Volvió a gritar:

—¿Quién eres para resistirte a mí? ¡Ya te quitaré esa costumbre!

Ahora Alcar le dijo:

—Pensé que me recibirían de otra manera.

El autócrata se detuvo, sumamente sorprendido, y André entendió que reconoció en Alcar una fuerte personalidad. Todos los demás presentes escuchaban con tensión. No todos los días vivían que alguien contradijera a su maestro.

—Vaya —fue su respuesta—, pensabas que te recibirían de otra manera.

Alcar le puso a André la mano izquierda en el hombro, lo que extrañó mucho al autócrata; no entendió lo que significaba.

André oyó que su líder espiritual le dijo: “Concentración, hijo mío, llegó el final, nos retiraremos en nuestro propio estado”.

Se alzó el látigo y el monstruo se precipitó cual diablo sobre su líder espiritual, pero ambos habían desaparecido para él. Alcar siguió visible para el monstruo, envuelto en una emanación, y como si fuera un animal furioso este pegaba con su látigo, atravesando a su líder espiritual. Todos los que habían observado esta escena se abalanzaron hacia el lugar donde habían estado. Alcar se elevó y por encima de sus cabezas les aclamó:

—Conocemos otras leyes todavía que las que ustedes conocen, conocemos leyes y fuerzas que destruyen sus leyes, que incluso hacen que estas dejen de existir. Conocemos a Dios. Las leyes de Dios son las nuestras. Adiós, autócrata en el mal, nuestra visita solo fue breve, pero poderosa. Esto le mostró que usted es insignificante y que su poder es limitado. Adiós, no conocemos más que amor.

—¡Maldita sea! —oyó André que dijo—. Es la escoria esa que vive aquí arriba.

Se precipitó sobre los acompañantes, azotándolos hasta que se quedaron tendidos.

—Los matará a golpes, Alcar.

—No se puede, hijo mío, eso solo es posible en la tierra, pero entrarán en un estado inconsciente, del que despertarán después de un largo tiempo. A ellos también les cambiará las ideas y ya no llevarán forasteros a él. Así algunos aprenden en el bien, otros a través del mal que les hacen a los demás. No conocen otras leyes que las de la violencia. Todos viven para la destrucción.

—¿Lleva mucho tiempo viviendo en estas tinieblas?

—Ya pasaron cientos de años y sigue teniendo a miles de espíritus en su poder. Aquí todo es pasión, odio y violencia; no encontraremos nada más, absolutamente nada más.

Fiesta en las esferas oscuras

—Volveremos a conectarnos con su sintonización, pues tengo más cosas que mostrarte.

André volvió a sentir que se le conectaba con el país del odio. Alcar hizo que viviera esto lentamente, por lo que conoció todos los estados de transición en el espíritu. Sentía que se iba haciendo más denso y que su cuerpo iba cambiando. Ya se le había concedido vivir todo esto en la tierra, ahora conocía las fuerzas que tenía aquello. Aquí la vida estaba en un mismo estado que en la tierra, pero en la esfera de la tierra se había encontrado con sintonizaciones más elevadas. Retirarse a una sintonización diferente pero más elevada era posible solo para seres más elevados. Los que vivían aquí tenían que vencer primero esas tinieblas. Y eso se lograba solo viviendo para los demás, ayudándolos de diferentes maneras. En la vida se conocía solo una ley, era la voluntad de Dios, pero cada hijo tiene que asimilar esa fuerza. Y eso es amor, nada más que amor. Estaban ahora en medio de una ciudad y veían el país del odio en todo su horror. Aquí parecía infinita —Alcar se lo había mostrado en su viaje anterior— pero algún día esta ciudad de odio se disolvería y ya no habría personas malas. Por todas partes veía personas que habían muerto en la tierra. Vivían aquí, pero en un estado horrendo. Qué pobres eran aquí en comparación con los más pobres de la tierra, que ya no tenían qué comer. ¿Qué era ser pobre en la tierra en comparación con la pobreza espiritual? Eran los espiritualmente perdidos; los más pobres eran los más ricos si tampoco se habían olvidado de sí mismos. Mirara donde mirara, en todas partes había seres humanos y esos pobres hombres eran individuos peligrosos. Oyó que se les iba acercando un estruendo tremendo. Vio que

cientos de personas marchaban por las calles, divididas en grupos.

—¿En qué están metidos esos seres, Alcar?

—Están de fiesta, como en la tierra, y nosotros participaremos en ella, André.

Miró a su líder espiritual como preguntándole: ¿Acaso es posible eso?

—Claro que sí —Alcar sonrió—, dije la verdad, también nosotros estaremos de fiesta, aunque solo para verlos; no participaremos en ella. Quiero aclararte que todo lo que se puede vivir en la tierra también se da en las esferas tenebrosas. Pronto verás cómo son sus fiestas. Ven, los seguiremos.

Atravesaron algunas calles y pronto los hubo acogido la turba. Lo agarraron, arrastrándolo, lo que le dio mucho miedo a André. Leyó en sus caras pasión y violencia. ¿Qué estarían festejando estos seres? Bailoteando y brincando, hombres y mujeres revueltos, seguían avanzando. Un ser terrible lo agarró y tiró de él. Quiso liberarse, porque no le hacía ninguna gracia su regocijo ni estar reunido con ellos, pero fue imposible. El ser lo agarraba como si sintiera que no quería participar.

—¡Vamos! —le gritó, con la mirada exaltada. André se vio condenado a perecer; ¿Cómo podría liberarse? La gente se iba arrancando la ropa; parecía que aquí era de lo más normal.

—¡Grita! —le volvió a vociferar el ser—, ¿o es que no quieres? —Y quiso pegarle. ‘Qué terrible’, pensó André, ‘¿por qué Alcar entrará aquí?’. Se liberó y se alejó corriendo. En la esquina de una calle vio a su líder espiritual.

—Salvajes y feroces, ¿cierto, André?

—¿Qué clase de personas son esas?

—El calificativo “persona” ya no es de aplicación a ellas. Eso también lo tienes que aprender para liberarte de ellos. Habría hecho falta solo una concentración leve para liberarte de esa compañía. Todo depende de ti, eso lo tienes que sentir.

A André le daban asco y ya sabía cómo iban a estar de fiesta.

—¿Hace falta que vayamos allí, Alcar?

—Por qué no vamos a echar un vistazo también nosotros, de lo contrario no sabrás cómo son felices y se divierten. Hace falta para poder recibir una imagen clara de su vida tenebrosa y oscura.

—Cuando ese ser me agarró, me entró una sensación horrenda; pensaba que me asfixiaba.

—Sin embargo, son abiertos y se entregan como son. Aquí en estas tinieblas hay fuerzas y son los maestros en el mal, los sabios de la tierra a los que conocerás. No son salvajes ni feroces, pero todos son calculadores y ruines, una ruindad que ni siquiera conoces. Los que están aquí festejando son inocentes en comparación con aquellos a los que también visitaremos más tarde. Tienes que vivir esto si quieres saberlo todo acerca de su vida. Descendere-

mos para estar entre ellos y haremos la transición en su vida. Ven, André, ánimo, tardaremos en volver a las regiones oscuras.

—Estoy dispuesto, Alcar, sé lo que me espera.

Los seres seguían avanzando como salvajes; el desfile no parecía acabar nunca. André no tenía nada de ganas de marchar con ellos, pero antes de que se diera cuenta lo agarraron y lo iban llevando tirando de él. ¿A dónde lo llevaban estos seres? Por todos lados quedó rodeado de gente. No había escapatoria por ninguna parte. Aun así no quería participar, lo que al parecer sentían. Algunos seres se abalanzaron sobre él y lo mantuvieron preso. Se enojó, pero sintió que así tenían más fuerza sobre él que antes. Estaba nervioso y maldecía el momento en que había llegado a estar entre ellos. Las cosas iban de mal en peor, pues lo agarraban por doquier y lo iban arrastrando. Quiso liberarse, pero no le fue posible. El ser que caminaba a su lado lanzó un terrible chillido por el que los otros lo atacaron y quisieron pegarle. No veía a Alcar y no sabía dónde había quedado su líder espiritual; sin embargo, sentía su incidencia. Otros incitaban a sus compinches a que no lo soltaran. Sintió que se iba hundiendo en medio de sus chillidos, lo que para ellos fue una señal de que no era uno de ellos y por esa razón intentaron desgarrarlo como salvajes. Siguió consciente de sus andanzas y entendió que otra fuerza lo estaba ayudando; de lo contrario habría estado perdido. Sintió que se fue hundiendo cada vez más y cuando abrió los ojos, su mirada encontró la de su líder espiritual.

—¿Un poco mejor, André?

—¿Qué personas tan horribles viven en estas tinieblas?

—Sigues sin poder usar tus fuerzas plenamente.

—¿Por qué me asaltaron, Alcar, si yo no les estaba haciendo nada?

—Precisamente porque no les hacías nada.

André no lo entendió y preguntó asombrado:

—¿Qué dice, aquí se ataca porque uno no quiere hacerles nada?

—Exacto. En otras palabras: cuando no quieres participar en sus fiestas y lo perciben, deducen de eso que no quieres tener nada que ver con ellos y ven en ti a un débil. Aquí, a los débiles les toca sufrir, como te lo he aclarado antes; todos los atacan, pero también pronto harán la transición a otra esfera porque les repugna su vida.

Ahora le quedaba claro por qué tantos se habían metido con él. Quién iba a fijarse en eso si no conocía su vida. En la tierra era justo al revés, porque a pesar de todo, allí se podía vivir tranquilamente si uno no quería complicarles la vida a los demás. En la tierra, ningún ser podría obligarlo a participar en una vida así de animal si él no lo quería. Pero aquí todo era uno. Una sola violencia, una sola pasión; todos tenían una sola sintonización. Estos estados eran extraños y nuevos, igual que la vida de ellos.

—¿Me reconocieron, Alcar?

—No, no es posible, pero sintieron que vacilaste.

—Entonces, ¿todos los que viven aquí participan en estas fiestas?

—Sí, hasta que se harten. Por eso descienden los espíritus elevados, para ayudar a estos. Ya no quieren esa vida, sienten el horror existencial e intentan liberarse. Yerran y deambulan antes de que sean encontrados por espíritus más elevados que los lleven a otros lugares, de los que ya te he hablado. El ser humano volverá a la luz desde las tinieblas. Tienen que pasar por todos los estados de transición, pues en el espíritu no se pueden saltar partes. Van de una sintonización a otra, persiguen su camino de esfera en esfera; es el camino hacia arriba que todos tienen que recorrer. Y solo ayudando a otros, significando algo para cualquier otra vida, trabajarán en ellos mismos; no conocemos otro camino o posibilidad. Es el camino de Dios, que debemos recorrer en amor.

—¿Todas estas personas vivieron en la tierra, Alcar?

—Todas, André. Fueron niños alguna vez, fueron creciendo, se convirtieron en madres y se pusieron a ellas mismas en esta sintonización por libertinaje y violencia, por pasión y animalización. Así llegaron aquí y solo cambiarán su vida cuando ellas mismas se den asco. Después empezarán otra vida. Son las que se separan de ellos. Ahora los volveremos a visitar, porque quiero que conozcas su vida, pero entraremos por nuestras propias fuerzas. Mira, André, entrarán allí.

André vio un edificio grande, en el que cabían hasta miles de personas a la vez. Oyó que venían acercándose a lo lejos, por lo que entendió que Alcar había seguido otro camino. Se encontraba en una gran plaza, pero vio en los seres que estaban a su alrededor que estos estaban en su propia sintonización. Hombres y mujeres agitaban antorchas encendidas. ¿Cómo diantres se habían hecho con todas estas cosas terrenales? Miró a su líder espiritual como si quisiera recibir la respuesta de él, que llegó de inmediato.

“Aquí, hijo mío, lo tienen todo; verás milagros, aunque en el espíritu nada tenga valor. Tienen casas y templos, usan piedras preciosas como en la tierra, pero se atavían por su concentración y fuerte voluntad. Aquí tienen todo, pero todo esto pertenece a su propia vida animal. Luego verás lo que poseen; aquí ves el reflejo de la tierra”.

André vio a personas que se habían liberado de sus manos, pero que seguían sin poder soltarse, de modo que seguían errando por su entorno. A varios se les atacaba y arrastraba, como le había sucedido a él. Vio que otros huían porque ya conocían sus fiestas y ya no querían tener nada que ver con eso. Mientras tanto, todo el edificio se fue llenando hasta los topes, y ellos también entraron. Seguía encontrándose en su propia esfera, pronto Alcar se conectaría con ellos. Había aquí cientos de seres, veía bancas para sentarse

y en las mesas había botellas con algún tipo de líquido, con el que todos se saciaban. ¿Y eso supuestamente era vino? ¿Era realmente vino lo que tomaban? ¿Vino, en la vida después de la muerte? Era increíble. Era como si viviera en la tierra. De verdad, veía con claridad que se estaba sirviendo algo que se parecía a vino. Los que bebían ponían las caras más espantosas; tenía que ser una bebida terrible.

“¿Vino, Alcar?”.

“Vino, André, pero te aconsejaría no tomarlo, te quemaría el alma. Es un brebaje de elaboración casera que han preparado con sustancias que conocen y poseen. Poseen bebida, pero no quisiera ofrecérsela ni a un animal. Este brebaje les descompuso las almas oscuras. Pueden hacer lo que sea, André, excepto entrar a una esfera más elevada”.

Muchos bebían del brebaje como si estuvieran a punto de desfallecer de sed. Y lo que percibía ahora era increíble: pagaban con dinero.

“¿Lo veo bien, Alcar?”.

“¡Lo percibiste muy bien! No podrían actuar de otro modo. Poseen oro y plata para adornar a sus mujeres; ¿por qué no poseerían dinero? Pero todo es falso, así como lo es su propia vida. Aquí se tiene todo, porque la vida no es diferente de cuando estaban en la tierra. Quienes quieran semejante vida llegarán aquí en ese mismo estado e intentarán alcanzar una misma vida en el espíritu. ¿Por qué sería su vida distinta que en la tierra? Y es que no es posible. Sus pasiones son las mismas que las que sentían y llevaban interiormente en esa vida. Acabo de decirte: lo que percibes aquí es el reflejo de la tierra, pero aquí está reunido el mal. Todos quieren esa vida y recibirán lo que quieren. Pero aquí no se ve verdor, no se ve otra vida, como nos da la naturaleza en la tierra. No hay animales, no hay sol ni luna; siempre profundas tinieblas. En esta vida intentan divertirse. Ya lo ves, hay vida, hay mujeres y hombres, pero todos están animalizados. Lo que algunos no saben, otros lo inventan, aunque les queme el alma. En ello está su personalidad completa. Verás otras cosas más cuando se llegue al punto culminante. Todo lo que vive aquí busca y encontrará para saciarse a sí mismo”.

Era una mezcolanza de un griterío infernal. Se tiraban botellas vacías y querían seguir consumiendo. Las mujeres llevaban joyas y chales de diferentes colores, pero no veía otra cosa que la mezcla del estridente rojo sangre y el verde chillón. Todavía no había visto otros colores aquí y no los conocían. ¿Dónde estaba el blanco inmaculado que se conocía y usaba en la tierra? ¿Dónde estaban el sol, la luna y las estrellas, el verde suave y todos los otros colores que se poseían en la tierra? No veía nada de todo eso; no había animales ni niños ni jóvenes; todos estaban viejos y arrugados, eran seres horrendos. Vio que los hombres portaban puñales, cuchillos y revólveres. Aquí vio todas las nacionalidades. Vio juntos a amarillos y morenos, a blancos y ne-

gros. Hombres y mujeres veneraban a los más fuertes. Bailaban y brincaban mezclándose y entre ellos se tiraban al suelo.

Alcar lo retiró hacia un rincón de la sala, diciendo: “Aquí descenderemos en su sintonización, pero nos quedaremos donde estamos. Todo te llegará de manera más intensa aún”.

André sintió que se le acogía en la esfera de ellos; una pestilencia le penetró en los orificios nasales. Aun así se mantuvo firme, quería aguantar también esto, por lo que conocería su vida entera. Empezaron a pelear a diestro y siniestro. Estaba al lado de Alcar y se preguntó cómo terminaría todo esto. Por donde mirara había peleas. Todos participaban y a los que miraban se les atacaba o se les incitaba a seguir su ejemplo. Pronto hubo víctimas. En todas partes habían llegado a las manos y otros los animaban o de lo contrario también eran abatidos. Era una escena horrenda, decenas se quedaban tendidos. André vio que a los heridos se los llevaban arrastrando como si fueran trapos para arrojarlos en una pila en un rincón de la sala. Aquí, una vida humana no tenía valor alguno. Unos animales ponían fin a otras vidas animales. No podrían hacer otra cosa; era muy normal que lo hicieran. ¡Estos eran seres humanos con una sintonización divina! Era increíble. Allí se llevó un susto tremendo. Vio sangre; ¿sangre en las esferas? ¿Sangre en la vida después de la muerte? ¿Cómo era posible? Pero no hubo tiempo para reflexionar, demasiadas cosas ocupaban toda su atención. El bullicio también le impedía preguntárselo a su líder espiritual. Muchas mujeres gritaban como animales salvajes, atacando a los hombres en sus arranques pasionales. Sonaban los revólveres y después de cada detonación veía desplomándose a algunos seres. Veía una guerra, una masacre en pequeño. El suelo se había convertido en una masa resbaladiza. La sangre fluía hacia todos lados, buscándose un camino por las junturas. La sala estaba repleta de vasos y botellas, y cuando volvió la tranquilidad y los ánimos se habían calmado un poco, se bailó. Aparecieron algunas parejas extrañamente ataviadas en la pista de baile, empapada con sangre ajena. Mostraban bailes artísticos; lo sentía en todo. Hasta ahora ningún ser había reparado en ellos. Habían podido seguir este proceso, esta fiesta, en silencio. Sin embargo, André estaba tranquilo, porque a su lado estaba su líder espiritual, que velaría por él. Las parejas bailadoras daban vueltas desenfrenadas por el entablado. Nunca había vivido algo así; esto no era una fantasía, aquí veía la pura verdad. En este baile se vivía un trozo de vida desconocido en la tierra. Aquí habitaban estos seres y vivían un abominable juego, que André intuía hasta en la esencia. A las bailarinas les desgarraban la ropa, pero nadie se fijaba en eso; bailaban el baile de la vida. Sus ojos escupían un fuego ardiente, no veía más que rojo llameante y verde, como sentían interiormente. Esta era la irradiación del amor de ellos. Su vida era falsa; se atacaban entre ellos y luego intercambiaban a las mujeres. No

tardarían mucho en ya no llevar ropa. Una mujer se precipitaba en los brazos del otro y era arrojada a metros de altura. ¿De dónde sacaban estas fuerzas? ¿Era una danza macabra la que estaba viendo? Porque se quedaban tendidas. ¿Qué movía a estas personas? Las mujeres chillaban y emitían gritos de terror. ¿Cuánto tiempo más duraría? Era algo terrible de presenciar. Ya no había ningún ser en su lugar, todos hacían alguna cosa, ya fuera bailar o gritar. Todos sentían lo que se estaba ofreciendo aquí, todos participaban. Nuevamente, dos bailarines alzaron a sus parejas muy por encima de la cabeza, lanzándolas a metros de distancia, de modo que se quedaban tendidas como si estuvieran muertas. Sus vidas habían sido consumidas, otras ocuparían sus lugares. Los demás siguieron bailando como si nada hubiera ocurrido. Hicieron su aparición nuevos bailarines en la pista, todos vivían una misma vida. Ahora se había alcanzado el punto culminante. ¿Cómo sería el final de este repugnante suceso?

Alcar estaba a su lado, absorto en profundos pensamientos. ¿En qué estaba pensando su líder espiritual? Tenía que ser horrendo para él vivir todo esto. Él, el gran artista, el que no conocía más que amor inmaculado, había descendido con él en lo animal y vivía una fiesta en las esferas oscuras. ¡Qué esfuerzo significaría esto para su líder espiritual! Pero André supo que esto no le contaminaría el alma.

Qué horrendos eran estos bailes, en ellos se vivía algo. No quería pensarlo, pero era diabólico. Se transformaba en un baile y se mostraba un estado interior. Estos ya no eran bailes, era lujuria, locura y vivir las cosas. Se retorcián alrededor de los cuerpos de los otros, viviendo de esta manera una vida animal. Era un baile de amor, su amor y sus sentimientos representados en baile. En ninguna parte del mundo se conocían semejantes bailes, sus pensamientos estaban sintonizados en ellos mismos con total afinación. Solo en esta vida era posible, pues habían depuesto sus cuerpos materiales. Nada de esto se podía aprender; estaba en ellos, eran sus posesiones, ningún ser de la tierra se atrevería a desahogarse así. Poseían intelecto, pero tan profundamente como ellos no podría hundirse un animal. Cada movimiento que hacían representaba su repugnante deseo. Sentían sintonización con una bestia preanimal —y eso que eran hijos de Dios, era incomprendible.

Nuevamente, algunos seres fueron arrojados como trapos. Todos estaban furiosos y estalló un tumulto. Todos querían vivirlo; caían decenas a la vez. A André el corazón le dio un vuelco. Entre ellos estaban todas las capas sociales. Esto era insoportable. ¿Hasta qué alturas intensificaban estos seres sus pasiones? ¿Cuánto se habían hundido? Esta profundidad era insondable; era repugnante, no podía encontrar palabras para describirlo.

Ya nada estaba en su lugar, todo estaba mezclado y apilado. Durante mucho tiempo habían estado allí mirando sin que fueran molestados. De re-

mente André sintió surgir miedo en él. ¿De dónde procedía ese sentimiento tan de pronto? ¿Y ahora qué le tocaría vivir? Alcar le dio a entender que se preparara. Se hizo el silencio, no se oía una mosca. Había cesado todo el bullicio de un momento antes. Podrías oír caer un alfiler. Vio que todos tenían la mirada fijada en ellos. Todos habían sentido en un fogonazo que ellos no habían participado en su fiesta. André entendió lo que significaba ese silencio. Habían sido reconocidos como seres con una sintonización más elevada. Por suerte, estaban en un rincón de la sala y a solas. De inmediato se les acercaron algunos y alcanzaron a Alcar un vaso del líquido ardiente para que lo bebiera. Beber significaba participar en su vida animal, pero en eso no quedaría la cosa. A él también le dieron un vaso con líquido animal. Alcar lo tomó en las manos y él también tuvo que aceptar el vaso. ¿Acaso su líder espiritual bebería, a pesar de todo? Pero en el mismo instante oyó que se decía: “No bebas y prepárate, André; partimos”.

Cientos de pensamientos estaban enfocados en ellos; todos sentían y entendían que no eran de aquí. André oyó que mascullaron:

—Negros.

Y también de esto conocía el significado. Los seres que les habían alcanzado los vasos estaban a unos metros de ellos y todos los demás, eran cientos, se iban acercando paso a paso. Eran animales salvajes, que pronto se abalanzarían sobre ellos. Giraban a su alrededor en un círculo, para encerrarlos de esta manera. Su líder espiritual seguía sosteniendo el vaso. André sintió que Alcar los controlaba por concentración y fuerte voluntad; de lo contrario se habrían abalanzado sobre ellos para destruirlos. Su líder espiritual no pronunció palabra, pero André sentía lo que Alcar quería. “Hazlo ya”, le llegó, “tírales el vaso ante los pies”. André hizo lo que le había dicho su líder espiritual y los vasos se hicieron añicos. Se sintió elevado en el espíritu, se le había concedido vivir una fiesta espiritual en una sintonización animal. Todos los que los vieron desaparecer se quedaron estupefactos. Alcanzó a ver todavía que se les abalanzaron como fieras, pero ellos habían desaparecido.

Genios en el mal (2)

—¡Qué terribles son estas personas, Alcar!

Después André sentía que se iba hundiendo, le había afectado demasiado. No sabía durante cuánto tiempo había estado desmayado, pero cuando despertó miró en los ojos queridos de su líder espiritual, que lo sostenía en los brazos. Estaban en otra esfera, rodeados de flores y de naturaleza, como eran las esferas elevadas. Pero no se habló una sola palabra y André pensó en las atrocidades que había observado. Miles de pensamientos le acechaban

en la cabeza. Aquello lo había superado, esto no lo podía procesar un ser humano terrenal que seguía viviendo en la materia. No había esperado algo así, nunca había visto representada la pasión de una manera tan repugnante. Seres horribles, pero aun así eran hijos de Dios. También en ellos estaba la esencia divina de toda vida. Se volvió a ver en ese edificio y todas las escenas volvían a pasar ante él. ¿A cuánta distancia estaban todos del estado y sintonización humana normal? Qué negras eran sus almas; ni un ángel de la luz podía ayudarlos. Sus pensamientos eran demoniacos. Allí había madres junto a madres, niños junto a niños. Todos vivían una sola vida, madre e hijo eran infelices. Todos estaban animalizados, lujuria y pasión, eso era su amor. Habían rebasado lo animal. Eran hienas humanas, que usaban su intelecto para la violencia y el libertinaje. Seguían a quien era el autócrata de las tinieblas y que los guiaba. Hubo un día en que todos vivieron en la tierra y fueron seres envidiables. Allí se les veneraba y los llevaban en palmas, pero habían sido educados para las tinieblas. Se les había malcriado porque eran bellos, pero ¿dónde había quedado esa belleza terrenal? Si en la tierra se pudiera observar su estado interior, ¿seguirían queriendo poseer un ser así? ¿Podría un ser humano pensante y normal amar a una persona así? ¿Quién asesinaría por un ser así a otra vida, quién podría quitarle la vida a alguien? Aquí ya no había moralidad, aquí se revelaban sus almas; todas estaban abiertas. Aquí se veía su sintonización interior, pero en la tierra el ser humano podía esconderse tras una máscara, lo que aquí ya no era posible. En esta vida se les caían las máscaras; quedaban desnudas, despojadas de todos los tesoros. Aquí todos conocían su estado interior. Cada ser leía en su propia alma oscura, porque todos eran uno solo, uno solo en sentimientos; querían y conocían solo una vida. Y aun así eran honestos en todas sus atrocidades. No querían encubrir nada, pero absolutamente nada. No se sabía aquí nada acerca de cómo ocultarse detrás del disfraz de seres espirituales, aunque en la tierra siguiera siendo posible. Eran espantosos, pero esto era visible para otros; un ser elevado podía protegerse de ellos. Aquí había podido ver la verdad. No se intentaba ocultar nada y era eso lo que suavizaba su violencia. Su forma de ser abierta suavizaba su lujuria y pasiones. Era el vendaje que curaba la herida. Mostraban su vida animal a otros. Pero en la tierra, el ser humano vivía detrás de las fortalezas que él mismo construía, aunque Dios mirara a través de todo; Dios conocía la sintonización de sus almas y sabía dónde pervivirían después de esa vida. El hombre no tenía nada que esconder, Dios vivía en todo y sabía de su animalización. Aquí no se avergonzaban de desfogarse en presencia de otros. Quien participaba en sus fiestas era uno de ellos, era su propia vida. Pero qué diferente era todo en la tierra. Allí, el ser humano podía esconderse detrás de su vestidura material, su cuerpo material ocultaba un sentimiento animal. ¿Acaso no era todo mucho, muchísimo más vil en

la tierra que aquí? ¿Se estaba allí abierto para cualquier persona, se mostraba allí uno completamente a los demás? ¿Mostraba uno allí cómo sentía y lo que quería? ¿Y no vivían también allí seres en una sintonización preanimal? ¿No mataba allí una sola persona a miles de otras, y no tenía la fuerza de hacer que se masacrara a miles? ¿No estaban todos los que lo quisieran ocultos detrás de una máscara? ¿No se les podía encontrar en cualquier parte de la tierra? Aquí veía la verdad, una verdad terrible, pero todos habían tenido que deponer sus máscaras, detrás de las que se habían ocultado durante su vida entera en la tierra. Gracias a Dios, algún día terminarán sus andanzas animales terrenales, y entonces también ellos serán despedazados y apaleados por demonios. Ninguno se salvaría. En la tierra se ejecutaban las sentencias en silencio, pero aquí uno se podía proteger.

Eran honestos en su animalidad, buscaban su objetivo sin rodeos, en la tierra no era posible. Aquí se le tendía a otro el cáliz, allí se disparaban flechas envenenadas a los que no eran conscientes de nada. Allí el instinto animal se veía escamoteado, allí el ser humano se inclinaba ante el animal con apariencia humana porque no lo reconocía. ¿Acaso no eran aquellos cien veces más peligrosos? No pensaba que valieran menos que los que vivían en la tierra. Pronto harían la transición y su vida allí habría acabado; aquí los reconocerían millones de espíritus porque se miraba dentro de sus almas tenebrosas. Lo que había percibido no era más que justicia.

Miró a su líder espiritual, que había seguido su conversación interior.

—Dios conoce a todos Sus hijos, hijo mío, que eso sea tu fuerza, tu fe, tu esperanza y tu confianza. De lo contrario no podríamos vivir, la vida sería insoportable. ¿Tienes la suficiente fuerza para seguirme? Tengo más cosas que mostrarte en estas tinieblas.

—¿Debemos volver allí otra vez, Alcar?

—Sí, hijo mío, me falta aclararte otros estados más bajos.

Su líder espiritual había pronunciado estas palabras suavemente, la cabeza erguida, y André sintió lo que preocupaba a este elevado espíritu del amor.

—Alcar —le dijo a su líder espiritual—, lo seguiré a donde sea que lleve su camino. Quiero aguantar y vivir todo, y bien digo: todo. Siento lo que piensa, Dios velará por todos los hijos. Estoy dispuesto a seguirlo.

—Gracias, André, por eso Dios te dará luz y felicidad en la vida después de la muerte, porque quieres hacer todo esto por otros.

—¿Puedo hacerle algunas preguntas, Alcar?

—Claro que sí, ¿por qué no?

—¿De dónde sale esa sangre en la vida después de la muerte?

Su líder espiritual sonrió y dijo:

—No eres el primero en hacer una pregunta así; intentaré aclarártelo. ¿No te resulta un fenómeno extraño que sus cuerpos estén materializados?

André reflexionó.

—No, eso no, pues pude observarlo en la esfera de la tierra.

—¿No siente mi hijo cómo le late el corazón?

—Pero ellos están muertos, ¿no es cierto, Alcar?

—Pero son terrenales en sentimientos y seguirán siendo terrenales hasta que hayan cambiado interiormente. Por mi cuerpo también corre sangre, aunque sea de sustancia espiritual. Ellos se han construido un cuerpo animal, incluso basto material, lo que encuentra sintonización con este estado. Cuando el ser humano entra en las regiones mentales, depone el cuerpo espiritual, lo que significa la división entre el espíritu y el alma. Ya te he hablado de esto. De modo que cuanto más asciende el ser humano, tanto más bello será también el cuerpo espiritual, incluso más etéreo, como el interior. ¿Te quedó claro?

André entendió. El ser humano cambiaría lentamente hasta haberse espiritualizado.

—Lo has sentido muy correctamente y muy bien, André, así es. En la tierra se les ha enseñado a los sabios fenómenos en los que el espíritu materializado se construía un cuerpo, por lo que podían oír el latido del corazón. Esto es conocido en la tierra, estos fenómenos mediúmnicos dados por nosotros. Ahora te pregunto: si todo esto nos es posible —a los espíritus elevados—, ¿no rebasarían los demonios con creces este estado? Por eso por sus cuerpos corre sangre, pero, como te dije, de sustancia espiritual. Ves cómo es nuestra vida, lo tenemos todo: animales, flores, árboles y plantas, casas y edificios, todo, pues, pero en un estado más bello y más fino que en la tierra. Cuanto más se desciende, más basto se va haciendo el ser humano. Cuanto más ascendemos, más espiritualizados nos iremos haciendo, hasta que hayamos recorrido este camino, que tiene sintonización con el cosmos. La sangre que has visto correr no se puede comparar con la material. Ahora escarba en la tierra y toma algo en la mano.

André hizo lo que Alcar quería y miró a su líder espiritual.

—¿Es tierra, André? Claro, pero de una sustancia espiritual. ¿Y el vino? ¿Por qué no habría vino ni cuchillos y revólveres, si aquí lo poseen todo? Viste cómo resplandecían sus piedras preciosas y aun así para mí no tienen valor; para ningún ser más elevado en el espíritu. Así pasa con todo lo que percibes y percibirás en el espíritu de lo que vive por debajo de la primera esfera existencial en el espíritu. Te asombraste por no ver el color blanco ni ningún otro color aparte del rojo estridente y el verde falso, ¿no es así?

—Sí, Alcar.

Fue por esto que André entendió que su líder espiritual lo había podido seguir a pesar del bullicio.

—Llevan ropa según su concentración y fuerte voluntad y algunos son

más potentes en esto que otros. No pueden sostener el azul ni el blanco por su voluntad, porque les faltan las fuerzas para eso, porque por así decirlo no son suficientemente inmaculados. Por eso, cuando te encuentras con un ser en una hermosa túnica, este ser se ha hundido mucho. Por eso los pobres, los que llevan andrajos, son los felices y los ricos en las esferas oscuras. Pronto harán la transición; no los mantiene presos una influencia. Han depuesto todo ese oro y esa plata, así como sus túnicas. Por lo tanto ningún ser puede entrar a otra esfera sin deponer las posesiones, los sentimientos interiores de esa esfera más baja. ¿Te queda claro todo?

—Sí, Alcar, ahora todo me es completamente comprensible. O sea que todo se ha construido por sintonización interior, por concentración y fuerte voluntad.

—En las esferas elevadas, la gente y la ropa irán cambiando, y conforme vayan ascendiendo, también las esferas en las que viven. De este lado conocemos sintonizaciones espirituales, cósmicas e incluso divinas. Aquí pueden hacer lo que sea, André, aunque no puedan convertir su esfera en luz, eso no, para eso hace falta sintonización. Mira, aquí estamos donde quería estar y entraremos sin que se nos pida; pero nos mantendremos en nuestra propia sintonización, pues de lo contrario no sería posible acercarnos a quien quiero visitar.

Lo que André estaba observando era un edificio sumamente peculiar. Era esférico, y en el este y el sur, en el norte y el oeste destacaban mucho unas torres puntiagudas que convertían a todo el edificio en algo extraño. Le pareció misteriosa esta construcción; nunca la había visto en estas esferas y pensó que era algo especial. Se preguntó qué significado tendría. Era curiosa y el conjunto emanaba una influencia extraña. Había vigilancia en los alrededores; pasar era imposible y entendió por qué Alcar quería entrar aquí desde su propio estado. Pasaron por donde estaban los vigilantes sin que los notaran y pasaron por la puerta, que hacía de entrada al edificio. No se les obstruyó en nada. Los que hacían guardia no veían una sintonización más elevada, de no ser que poseyeran estas fuerzas interiormente. Aquí no era como en la tierra; en la esfera de la tierra, las sintonizaciones animales y divinas convivían; aquí el mal vivía solo. La vida de Dios estaba en todas partes y quien no poseyera una sintonización o conexión no sabía nada sobre ese tipo de fuerzas. Atravesaron varios pasillos hasta entrar a uno que los llevó serpenteando hacia arriba. Tomó bastante tiempo hasta que hubieran alcanzado la parte más elevada. ¿A dónde lo guiaba Alcar, qué le tocaría vivir esta vez? Por fin llegaron a una gran sala, que resultó ser un laboratorio. Vio que a diestro y siniestro había instaladas varias máquinas, pero no había rastro de ser vivo alguno. Reinaba un silencio absoluto en el edificio. Aquí se veía ante la mueca burlona de algo cuyo significado no entendía, pero que a pesar de ello

sentía claramente. ¿Quién vivía aquí? Porque hacían falta personas para operar todas estas máquinas. Le entró una sensación angustiosa que le quitaba el aliento. Aquí la influencia era incluso más intensa que donde aquellos con quienes acababa de estar. Alcar caminaba frente a André y siguió a su líder espiritual desde una pequeña distancia. Entonces Alcar se detuvo. ¿Habría encontrado al ser humano que vivía aquí? ¿Sería un genio al que vería? Alcar le hizo una seña para que se acercara —pues él también se había detenido. Se fue acercando a su líder espiritual paso a paso, como si temiera molestar y echar a perder todo. Pero Alcar sonrió por su cautela.

—No nos oyen, André, y también somos invisibles; ven sin temor —dijo. Eso lo alivió; no había pensado en eso, aunque su líder espiritual se lo hubiera dicho de antemano.

Alcar extendió el dedo índice hacia algo, diciendo:

—Mira, André, ese ser de allí es el genio más grande que conocemos de este lado. Un genio en el mal. Provee la tierra de sus inventos, que sus ayudantes pasan soplando al ser humano material que anhele fama y honor. En la esfera de la tierra te aclaré cómo sucede esto, pero aquí te quedará aún más claro que en la tierra. Ocurre por una conexión de sentimiento a sentimiento, de espíritu a espíritu, de hombre a hombre. Lo que se dé en la tierra de inventos horrorosos, lo han llevado a cabo él y muchos otros. Los que han asimilado esta ciencia en la tierra y que dan sus fuerzas para ello son instrumentos en sus manos. Es el maestro de miles de personas que lo suceden en su terrible trabajo. Tiene a su disposición un potente ejército en las esferas tenebrosas y en la tierra; todos tienen una sola sintonización. Sus ayudantes están dispersos por toda la tierra, pero reciben sus órdenes desde aquí. Tiene sus enviados que dirigen todo en la tierra, pero él se encarga de todos esos horrores. Intentan destruir el bien en la tierra para apoderarse del planeta tierra. Seguramente no es preciso que te diga lo terrible que será entonces la vida en la tierra, si logran alcanzarlo. Quieren ver aniquilada la vida que vive en la tierra. En la tierra viven inventores que están bajo la influencia de este monstruo y que por lo tanto le sirven de instrumentos. Son los más grandes de la tierra, porque él no se fiará de otros, pues estos no lo intuyen. También te habrá quedado claro que cuanto más poder tengan en la tierra, cuanto más grandes sean sus inventos, tanto más han descendido. En la tierra se les venera a estos monstruos; allí viven estos seres que usan su don divino para la destrucción. Por eso hay solo unos cuantos que puedan captar y procesar los sentimientos sumamente calculados de él. Esos pocos se han hundido mucho. Él recibe protección porque es un maestro y ellos saben las fuerzas que posee.

En una tarima estaba un ser humano, muy inclinado ante una misteriosísima máquina. Era un hombre alto y flaco. Nada en él se movía, se concen-

traba con ahínco en fuerzas invisibles. Estaba allí como si estuviera muerto. Nada delataba lo que sentía y percibía interiormente. Emanaba una increíble influencia, lo que André ya había sentido de antemano. Era el mismísimo diablo.

—Fíjate que no, André; conocemos estados todavía más profundos que este, todos más terribles todavía.

¿Cómo era posible que se pudiera cometer un mal todavía más grande?

—Él también conoce y tiene a sus maestros y en este instante está conectado. Viviremos algo que solo pocos vivirán.

Su larga melena oscura le llegaba hasta los hombros y su vestidura echaba chispas y resplandecía en relumbrones pasionales. Su estado interior se manifestaba en su vestidura, como también lo había observado en otros. El que estaba allí frente a él sin duda tenía que ser muy perspicaz en sentimientos, podía verlo por su irradiación. André sintió que interiormente había sido tocado por algo que se había acaparado de él. Aun así permanecía tranquilo; nada delataba su tensión interior. Este hombre gobernaba y apoyaba la ciencia en la tierra. Todos los que se sintonizaran con él quedaban en su poder y perdidos. Los sabios de la tierra querían esto ellos mismos, porque deseaban reunir riqueza, honor y fama. En la tierra los sabios se enriquecían por la sangre de sus semejantes, pero no se pensaba en eso. Se buscaba y se encontraba, pero no se preguntaba si era para destruir. Estaba allí como un misterio.

—¿Qué hace ese hombre, Alcar?

—Me conectaré con él; tal vez así sabremos algo más.

André vio y sintió que su líder espiritual se sintonizaba. Duró mucho tiempo hasta que Alcar le habló. ¿Qué estaba haciendo el hombre? ¿Qué poderes que todavía no se conocían en la tierra extraería del Cosmos? ¿Cuántos años se había adelantado a la ciencia en la tierra? Tal vez fueran cientos. Hubo un movimiento en su líder espiritual y también en el hombre, pues cambió de posición y respiró hondo. De repente se dio la vuelta, bajó de la tarima y puso en marcha una máquina. Luego volvió a su lugar para sumergirse por completo en su estudio.

—¿Pudo usted constatar algo, Alcar?

—Sí, hijo mío; pero siente algo aunque no sabe de dónde le llega. Escucha, André. Te mostraré lo que veo. Al lado suyo veo un monstruo repugnante. —Y André también lo vio, a través de la fuerza de su líder espiritual—. Ese ser es su maestro, que ha descendido incluso más que él. Pero conocemos estados todavía más profundos, en los que viven los maestros que gobiernan estas regiones. Aquellos con los que nos hemos encontrado hasta ahora son inocentes al lado de ellos.

André percibió claramente la irradiación del monstruo que lo influenciaba. ¿Hasta qué punto se les concedió a estos seres seguir con la aniquilación de

la humanidad? ¿No se avistaba el final de esto? Más adelante tendrían que permanecer durante miles de años en el valle de dolor, pero no pensaban en eso. ¿Cuándo serían destruidos ellos mismos? Miró a Alcar, que sintió su pregunta.

—Su profundidad es tan profunda como es elevada la esfera más elevada en sintonización espiritual. ¿Te quedó claro?

—Sí, Alcar.

—Sin embargo, no pueden descender más que la sintonización de la tierra. Esta es la sintonización preanimal; todos han vivido en el planeta tierra. Pero en ese estado en el que viven ahora han alcanzado un grado y por lo tanto son los maestros. Esto nos dice que llegará el día en que el bien triunfará. De modo que no pueden sintonizarse con nada de lo que está más elevado, por lo que el bien subyuga el mal. Escucha, va a hablar.

André oyó claramente:

—Maestro, ¿está aquí? Lo siento pero todavía no tengo una buena conexión. El norte se reflejará en el este y en el sur, adoptará todo lo que se mueve allí.

Solo ahora André entendió la arquitectura peculiar de este edificio.

El genio volvió a hablar después de una breve pausa.

—Si está aquí, maestro, entonces hágamelo sentir, tengo algo que mostrarle y estoy dispuesto a seguirlo y obedecerle en todo.

Ahora siguió un suceso horrendo; era la conexión de dos demonios. El hombre siguió hablando:

—Tengo conexión con el sur y el este, pero no con el oeste ni con el norte, porque estoy “cosmoreando”, por lo que no puedo regular. Se lo mostraré, maestro.

Salió de detrás de su máquina, fue hacia el sur y puso en marcha una máquina, y después otra en el este. Detuvo la otra, que había echado a andar antes, y continuó ajustando las del norte y del oeste. André se llevó un tremendo susto. Desde el artefacto que estaba instalado en el sur saltaron chispas y rayos de luz que alcanzaron el del este. Desde allí una lluvia de chispas salpicó hacia el del oeste, pero vio y sintió que las fuerzas se debilitaban y no daban en el blanco. Aquí estaba fallando algo que era claramente visible. Ahora también entendió lo que significaba cosmorear, porque el genio se lo mostraba y aclaraba a su maestro. Cuando se hubieron puesto en marcha todos los aparatos, se acercó a uno pequeño y también lo puso en marcha, por lo que el sonido crepitante de las chispas se detuvo, convirtiéndose en un suave zumbido. Ahora André no oía más que un suave zumbido y todas las máquinas estaban conectadas entre ellas. Después el genio volvió a su lugar y se sentó ante su instrumento.

—Ahora te mostraré algo, André, que te hará entender al instante lo que

quiere lograr. Se requiere toda tu concentración en mí, pues tenemos que conectarnos, pero seguiremos invisibles para él. Dame tu mano derecha y no me sueltes, pase lo que pase.

Su líder espiritual fue avanzando paso a paso. En un momento dado, ambos sintieron que una corriente muy aguda les atravesaba el cuerpo, quitándoles el aliento. Era tan intensa que parecía que se le oprimiera el pecho. André sintió que entraba en él cada vez con más fuerza, por lo que entendió que su líder espiritual estaba descendiendo más, hasta que él ya no pudiera aguantar. Alcar probaba arriba y abajo, ascendían y bajaban, iban a la izquierda y a la derecha. Del lado derecho no sentían nada, en el oeste no había buena conexión. Cuando esto también hubiera quedado perfecto, ya no habría escapatoria, pues a quien pisara el campo lo esperaba una muerte segura. Ahora sabía lo que este ser le daría a la tierra. Vio ante él al sabio de la tierra que le daría la vida a este imponente producto de la naturaleza, cargado de fama y honor. Pero todo significaba destrucción. Era un rayo mortífero, que se podía ajustar desde una gran distancia para arruinar todo lo que viviera entre sus haces. Alcar volvió a su propia sintonización, por lo que André pudo volver a respirar. Aun así su líder espiritual no había estado conectado completamente, porque entonces no habría sido posible aguantar. Lo curioso de todo esto era que el genio se había desconectado a sí mismo y no encontraba obstáculo alguno.

—Es horroroso, André, pero algún día este producto de la naturaleza verá la luz en la tierra. Que Dios les dé a otros la fuerza para volver a neutralizarlo, para que la tierra permanezca libre de este invento asesino. ¿Sientes el alcance de su invento? Si un país lo posee, podrá asesinar desde allí en otros países, en cuanto se hayan instalado conexiones.

—¿Qué quiere decir con relajar, Alcar?

—Eso queda lo bastante claro, dado que regula a distancia. Todavía no da en el blanco, por lo menos no perfectamente.

—¿Qué monstruo es, Alcar.

—La capacidad de su producto es indeciblemente grande, esas fuerzas son insondables. Todo es energía cósmica, que él transforma en un rayo asesino.

—¿Ya había estado aquí antes, Alcar, pues ahora iba a visitarlo?

—Sí, cuando yo trabajaba aquí abajo vinimos a visitarlo. Tiene ya miles de años y no sabe parar. Pero nos trajeron guías competentes para conocer esas fuerzas y esos poderes, como también a ti te muestro todo de esta vida. Sé que ya lleva más de cien años trabajando en su invento y faltan varios más para que quede perfecto. Así que también te habrá quedado claro que ningún ser en la tierra recibirá algo sobrenatural sin que esto se le dé al ser humano desde nuestro lado. Todo lo que la tierra posee actualmente, ya sea bueno o malo, viene del espíritu. Aquí vive el genio pensante, y le transmite su mila-

gro al hombre. Esperemos que se inventen fuerzas que neutralicen las tuyas.

—Si lo he sentido bien, Alcar, un aparato capta lo que emite el otro y lo vuelve a transmitir.

—Así funciona, así quiere verlo funcionando. Todo lo que se mueva y viva en este campo tiene las horas contadas, de modo que millones de personas a la vez harán la transición. Pero antes de que este invento vea la luz en la tierra, habrá hecho muchas víctimas entre los sabios, porque estos no saben cómo funciona. Pero siempre nacerán genios a los que se les transmitirá el saber de él, y que estén dispuestos a dar sus fuerzas para esto, hasta que quede perfecto. En cincuenta años conseguirán grandes avances. Y no olvides que todo lo que hemos observado ahora ya se encuentra en la tierra, en otras palabras: lo que él logre, se lleva a la tierra. Allí trabajan algunos sabios bajo su voluntad, lo que ya te conté, que ya se acercan cada vez más a la verdad. Tampoco allí logran conectar el este y el oeste. Pero si esto se hace verdad, todo se abrasará hasta en lo más profundo del ser y estará perdido. Se le privará a toda la materia de vida, porque su rayo es asesino.

—¿Así que se conocen fuerzas semejantes en la tierra, Alcar?

—Claro que sí, ya se han inventado rayos mortales, pero ninguno comparable con esta fuerza.

—¿Ve otros inventos más que llegarán a la tierra?

—Oh, varios. El ser humano en la tierra vive en el siglo de la técnica. Vivieron allí el siglo de la música y del arte; ahora están en el siglo de los milagros de la técnica. Veo una tierra donde dentro de cien años el ser humano vivirá en todos sus milagros, y serán muchos. Podría nombrarte miles de esas maravillas; tal vez algún día pueda mostrarte como será la tierra de dentro de cien años. Luego el ser humano volverá y hará la transición en otra generación.

—¿Se puede ver ya de este lado, Alcar?

—Eso también lo saben los maestros que posean la sintonización cósmica. A mí no me es posible, pero mi maestro conoce muchas de estas maravillas. Pero todo esto más adelante; cuando haga falta podrás consignarlo también.

—El milagro que estamos viendo ahora, Alcar, es imponente y horrendo.

—Muy cierto, André, todas estas fuerzas podrían haberse usado para fines más útiles.

—¿En las esferas elevadas se sabe lo que logrará?

—Eso también lo saben los maestros y por eso los espíritus de luz descenderán para darle algo al ser humano que pueda dejar inservible su invento. Así unos trabajan para el bien y otros para el mal, hasta que el ser humano haya llegado a una sintonización más elevada y todo se use para la felicidad humana. Pero mientras en la tierra vivan personas en un estado preanimal, habrá elementos que destruyan la felicidad de otros y se usarán inventos para la perdición y la destrucción, porque el ciclo del alma encuentra su origen

en la sintonización preanimal. Si muchos sabios en la tierra supieran en qué manos se encontraban y si tuvieran el valor de parar y querer el bien, no habría en la tierra más que felicidad. Pero lo que algunos llevan a cabo para el bien, otros lo usan para el mal. Por eso muchos no entienden lo que nosotros damos. Pero lo que viene desde nuestro lado servirá para la felicidad de la gente. Todos los demás inventos sirven para la fama, el dinero, el honor y la destrucción, pero no fue para eso que Dios le dio sus dones al ser humano. Pobre tierra, pobre humanidad. Ahora seguiremos, hacia otro estado.

Maestros en el mal

André volvió otra vez más la mirada al ser que seguía muy inclinado ante su terrible máquina. Seguían zumbando, como si ya estuvieran extrayéndole sus jugos vitales al pobre ser humano.

—Logrará su propósito, André; nadie podrá detenerlo en estas tinieblas y no lo olvides: el hombre tiene voluntad propia, se pone a sí mismo en una sintonización horrible.

No tardaron en salir. André miró el extraño edificio, sabiendo ahora lo que significaban las extrañas torres que había en todas las esquinas. Toda la construcción respiraba temor y horror. Atravesaron varias calles para volver a desembocar en una plaza en la que había muchos seres. Algunos andaban solos y abandonados, rehuýéndolos a todos, pues ya no querían encontrarse con seres humanos. Ahora también entendía por qué estos seres se aislaban. Otros más estaban violentos y agitaban brazos y piernas, por lo que dedujo que seguían sin ser conscientes de lo profundamente trágico de sus vidas. Se habían reunido en bandas.

Alcar le dijo:

—Tienes que quedarte aquí esperando un rato, André. Quiero trabajar un poco, no tardaré.

—¿Tiene que irse?

—Sí, hijo mío, ¿no estarás angustiado? No olvides que, si se te dirige la palabra, o si alguien te molesta, puedes volver a tu propia sintonización. Si tu concentración está dirigida hacia mí, nos encontraremos en nuestro propio estado. En nuestro primer viaje y en el anterior no fue posible dejarte solo; ahora, sin embargo, te has desarrollado hasta ese punto.

A André le daba escalofríos la idea de tener que quedarse solo.

—¿Miedo, André?

No estaba tranquilo por dentro, pero quería esforzarse. Alcar se fue. Allí estaba, solo en estas tinieblas, en las que no vivían más que demonios. Ojalá que no pasara otro desfile de estos, le hacían temblar y estremecerse. ¿A

dónde habría ido Alcar? Esto no había ocurrido nunca antes. No se atrevía a alejarse. Del otro lado de la calle estaba mirándolo un individuo ruín, lo que no le agradó. Fingió no sentirlo, pero le infundía miedo. Intentó expulsarlo de sus pensamientos, pero sintió la imposibilidad de hacerlo. ¿Qué quería de él? Qué tendría que hacer, Alcar seguía sin volver y su líder espiritual había dicho que no tardaría mucho. El hombre seguía mirando en dirección suya y quería conectarse con él. ¿Ahora qué? El corazón le latía en la garganta, el individuo se le estaba acercando. Es lo que le faltaba. Pensó rápidamente lo que tendría que hacer y decidió quedarse. Era una figura alta, vestida con una túnica peculiar. Podía ser oriental, pero también él no llevaba más que el rojo estridente o el verde veneno; estos colores predominaban en toda su túnica. Tenía el rostro moreno.

—¿Qué esperas? —le preguntó de manera muy hosca.

—No espero a nadie —contestó muy rápidamente a su pregunta, para mostrar que estaba tranquilo.

—¿Así que vienes solo?

—Sí, estoy solo, ¿y qué?

—Nada, solo te pregunto si estás solo.

André lo sondó, pero sintió que chocaba contra él. ‘Qué extraño’, pensó, ‘siempre lo logro con los que tienen otra sintonización a la mía, más baja, pero con él no puedo hacerlo. ¿Por qué ahora no?’. Pero no tuvo tiempo de reflexionar, porque el ser le preguntó:

—Si te interesa, ven conmigo, sé dónde podemos divertirnos.

‘Divertirnos’, pensó André, ‘conozco sus diversiones y sé cómo festejan’. No lo acompañaría por nada en el mundo.

—No —le contestó tajantemente—, no lo acompaño, no me hace falta.

—¿Por qué no? ¿No estás aburrido?

—No lo estoy.

Dejó pasar su mirada junto al hombre para ver si su líder espiritual no volvía aún, pero no veía rastro suyo.

—¿Esperas a alguien? —le preguntó el ser sin rodeos.

Rápidamente volvió a pensar qué replicar y dijo:

—Sí, a un ser humano.

El ser estalló en risas, diciendo:

—¿A un ser humano?

André sabía qué quería decir el hombre. ¡Aquí no había seres humanos! Pero ¿estaría enterado de eso? ¿No llevaba la misma vestidura que miles de otros y no vivía en estas tinieblas? Pero ¿cómo podía sentir ese hombre lo que él quería decir? Le era un misterio; todavía no había conocido estas fuerzas. El ser se estaba haciendo cada vez más descarado, lo agarraba por el brazo y quería llevárselo.

—¡Quiero que se me deje en paz! —le gritó André—, ¡quiero estar solo!
—Y pensó que había llegado el momento de volver a su propia sintonización. ‘Qué horroroso’, pensó, ‘¿por qué Alcar me deja solo tanto tiempo?’. Aquí el peligro acechaba desde todas partes. Le habría encantado poder seguir esperando, pero le era imposible. El individuo lo agarró y por eso decidió desaparecer. Se concentró intensamente y sintió que se estaba liberando de sus garras, entrando en otro estado. Allí estaba, completamente solo, ¿cómo lo encontraría Alcar? Aun así esperaría y sintonizaría sus pensamientos en Alcar. ¿Qué era eso? ¿Estaba viendo bien? Allí venía acercándosele el ser del que había huido hace un momento. ¿Cómo podía liberarse ese hombre de la tierra del odio? Nuevamente estaba viviendo leyes que su líder espiritual no le había aclarado. ¿En qué sintonización se encontraba ahora? A su alrededor había luz, no podía haberse equivocado. ¿Bajo qué influencia se encontraba? ¿Cómo era posible que ese hombre pudiera entrar aquí?

El forastero se le venía acercando y ya desde alguna distancia le habló, diciendo:

—Ya ves que yo también puedo seguirte.

—¿Quién es —le preguntó André—, qué quiere de mí, por qué me sigue?

El hombre no contestó, pero le entró otro sentimiento, que lo llevó desde este ser hasta su líder espiritual. ¿Sería posible? ¿Estaba frente a su líder espiritual? Sintió a Alcar en él.

—¿Sientes quién soy —preguntó entonces el ser—, y ahora que me sientes, me acompañarás entonces?

Volvió a sondar al hombre que tenía frente a él y que era tan misterioso. Por segunda vez llegó hasta su líder espiritual. Ahora ya no dudó y exclamó con fuerza:

—Alcar, ¿de qué sirve todo esto? ¿Por qué tiene que dejarme solo?

—Lo entenderás más adelante. Has de saber que hace falta.

André estaba abrazado al forastero y se arrepentía de haber insultado a su líder espiritual, tildándolo de “individuo”.

—No podrías haber hecho otra cosa, hijo mío; los que viven allí son individuos. Quise dejarte solo para quitarte todo el temor que hay en ti antes de que descendamos hasta los maestros en el mal. Por eso lo hice. Puedo convertirme en todas las nacionalidades si me concentro en una sintonización, aceptándola.

Descenderemos y volveremos al país del odio. No puede haber en ti nada que signifique temor. Visitaremos ahora una de esas órdenes temidas en las que solo pueden descender seres con sintonización más elevada que los intuyen en todo. Allí hay autócratas, genios, artistas, príncipes y princesas, en pocas palabras: los intelectuales de la tierra, que se sintonizaron todos con el mal. Por eso quise quitarte todo temor porque la menor duda de tus propias

fuerzas espirituales puede terminar siéndote fatal. Tengo que conectarme con ellos, pues de lo contrario no intuirás su profundidad. Mientras estemos allí abajo tienes que mantener tu concentración enfocada en mí y hablamos en nuestra sintonización, es decir: interiormente; de lo contrario, es imposible. Entraremos como orientales y te ayudaré en eso. Sintoniza tu concentración en mí, intuye esta sintonización bien y claramente, y así cambiará tu aspecto.

Alcar era la misma persona que había representado un momento antes.

—En el espíritu, todo es posible, André. En la tierra, podemos concentrarnos en nuestra propia vida. De lo contrario, ningún ser humano de la tierra volvería a reconocer a sus seres queridos, porque hemos rejuvenecido. Un espíritu de la luz que haya dejado la tierra a edad avanzada tiene que concentrarse en la vida que vivió en la tierra si quiere que lo reconozcan, y entonces lo verán de edad avanzada. Aun así es joven y bello en el espíritu. Como ves, también esto nos es posible. ¡Todo es concentración y fuerte voluntad! Si mi cuerpo empieza a cambiar, ¿por qué no sufriría un cambio entonces mi ropa? Mi aspecto adopta todo lo que quiero interiormente, incluso el sonido de mi voz cambiará de timbre.

—Lo acabo de vivir, Alcar, ¡es asombroso!

—De otra manera no nos sería posible penetrar en sus santuarios. Pero podemos hacer todo porque podemos hacer la transición a todos los estados que se encuentren por debajo del mío propio. En la tierra siempre me muestro a ti en mi atuendo de pintor, pero también es posible en mi túnica espiritual.

Pero André no pudo mantener su estado y sintió que lo iba penetrando otra fuerza, por lo que se le hizo más fácil concentrarse.

—¿Qué es lo que estoy sintiendo, Alcar?

—Nada más que la fuerza de mis pensamientos, porque siento que no puedes sintonizarte lo suficiente. Pero intenta asimilarlo, para eso me hacen falta tus fuerzas, lo que entenderás más adelante. Aquí estamos donde quería llegar y entraremos.

André no vio nada que se pareciera a un templo o un edificio; era una bóveda subterránea allí donde iban entrando. Ante la entrada había guardias. Alcar se acercó a ellos, intercambiaron algunas palabras y pudieron entrar. Unos cuantos metros más adelante había otros que les estaban esperando y para ellos Alcar abrió su vestidura, mostrándoles algo de lo que no había hablado con André. Después su líder espiritual se acercó a él y le abrió su vestidura, mostrándoles a los guardias un broche verde brillante que él mismo no había notado. Estaba sumamente sorprendido. ‘¿De dónde he sacado esta cosa y qué significa todo esto?’, pensó. De repente le llegó: “Conozco esta orden; sin embargo, todo es concentración y fuerte voluntad; así que déjame todo a mí. Tampoco sé qué contraseñas están usando actualmente, pero me conectaré con ellos y lo adoptaré de ellos”. André sentía admiración por su

gran líder espiritual; qué grandes eran las fuerzas de Alcar. Ahora entendía por qué su líder espiritual lo había dejado solo. Si pudiera repetirlo, actuaría de manera muy diferente de como lo había hecho. Qué insignificante era en comparación con Alcar. Pasarían años antes de que hubiera asimilado esas fuerzas.

El guardia los llevó a través de varias salas. Parecía un castillo subterráneo, que no se podía percibir desde fuera. Aquí todo estaba espléndidamente amueblado; no se podía deducir de nada que se encontrara en las esferas oscuras. Todo lo que veía era terrenal, en un estado parecido aunque construido en representaciones animales. Pero esta era una de las órdenes más peligrosas que se conocieran; en ella habían entrado. El guardia llevaba una vestidura resplandeciente y nuevamente no veía otros colores aparte del rojo sangre claro y el verde falso. Alcar le dijo:

—Estos seres son espías, pero en pensamientos no logran alcanzarnos. Sin embargo, no hacen otra cosa que sintonizar con nosotros y sentir si acaso somos negros. Con eso se refieren a un ser de sintonización más elevada. De modo que descendo en ellos y no pienso en otra cosa que no sea muerte y perdición; quiero que lo sientan. Son sorprendentemente agudos en sus pensamientos.

Uno de los guardias se les acercó y Alcar le susurró algunas palabras que André no logró entender. Pero le entró la traducción y no significaba otra cosa que la aniquilación de toda la vida. Después de que hubiera ocurrido eso, el guardia se inclinó respetuosamente y siguieron. Ya habían atravesado cuatro, cinco salas y entonces llegaron ante una alta puerta que, cuando se acercaron, se abrió por sí sola, y pudieron entrar. En un amplio espacio había cientos de personas. André pensó: 'Ya se nos acercarán enseguida', pero ocurrió lo contrario. No se fijaban en ellos, les parecía muy normal. Aun así se había asustado mucho cuando de pronto la puerta se había abierto sola. Intentaba controlarse en todo y sentía que su líder espiritual incidía en él. Había mujeres y hombres, divididos en grupos. Había quienes usaban hermosas túnicas, pero también aquí no veía más que esos colores horrendos, cuyo significado conocía. Intentaba registrar bien los entornos pero sintió de inmediato, por una gloriosa sensación suave que entraba en él, que no le era concedido hacerlo y entendía el significado que tenía. Su líder espiritual estaba incidiendo en él en silencio, y André veía los entornos en sí, pues se le estaba dando en una visión. En el centro de la habitación había una gran estatua, debajo de la que se sentaron. A su lado estaba su líder espiritual.

—Primero tendremos que superar algunas pruebas; por eso se está incidiendo en nosotros en silencio antes de que nos admitan en su círculo —le dijo.

La estatua estaba detrás de una reja; a su alrededor había asientos, en los que algunos otros seres se habían sentado.

—Está reunida una compañía selecta; todos son seres horribles, lo que te quedará claro más adelante. Algo tiene que estar por pasar aquí; nunca han estado reunidos tantos, porque viven en la tierra e inciden en el ser humano. Han llegado aquí desde la tierra con algún propósito. Absorbe bien todo, pero recuerda nuestra conexión.

Había podido seguir claramente a su líder espiritual; cada palabra le había quedado grabada en el alma. Había pasado bastante tiempo durante el que no había ocurrido nada particular. André vio que sus túnicas fueron cambiando y que de sus ojos salían disparadas chispas. Estos seres eran peligrosos. Fue surgiendo en él una extraña sensación. Lo perturbaba, de modo que le empezaron a temblar los párpados. Luego sintió cómo se fue hundiendo, pero echó mano de todas sus fuerzas para combatir este fenómeno. Lo asaltó un fuerte cansancio, se estaba perturbando su conciencia. ¿De dónde había surgido ese sueño tan de pronto? Volvió a oír: “Es una fuerza que nos mandan y si flaqueamos bajo estos pensamientos agudísimos, estamos perdidos y tenemos que volver. Así que esfuérzate para poder resistirlos, yo te ayudaré en todo. Toda la concentración está enfocada en nosotros, aunque de eso no veas nada”.

Por la ayuda de Alcar, André sintió cómo se fue liberando otra vez. Qué peligrosos eran todos estos seres; quién lo habría sospechado. Todo era traición y perdición, era vil hacer algo así. Después de unos segundos sintió que le llegaba otra incidencia. Sintió que lo atravesó una corriente gélida, que hizo que se congelara. ¿Ahora qué le tocaría vivir?

De inmediato oyó que Alcar dijo: “No hagas nada, André; deja que todo incida en ti tranquilamente”.

Estas suaves palabras amorosas de su líder espiritual obraron milagros. Los dejó hacer, pero fue horrible, porque pensaba que iba a quedarse pasmado. ¿Qué tipo de monstruos con figura humana había aquí? Tenía las manos como congeladas y a pesar de eso no podía permitir que se notara nada. ¡Qué sencillo era todo, pero qué vil! Todos los que desconocieran estas fuerzas se dejarían engañar. Los demonios estaban allí sentados sin hacerles caso alguno, pero intentaban de varias maneras subyugarlos. Cuando algunos miraban en dirección suya, sentía que los atravesaban con la mirada como si fueran aire. No existían para ellos. En diagonal frente a ellos estaba una señora con ropa terrenal; estaba ataviada de perlas y otras joyas. Esta estaba inmersa en una conversación profunda con algunos de ellos; aun así sentía a través de todo sus agudos pensamientos, que tenían una sintonización asesina. A ratos reinaba un silencio absoluto y solo entonces sentía claramente la atmósfera asfixiante. Todos estos seres repugnantes eran viles. ¿Eran maestros en el mal? ¿Y las mujeres maestras? De inmediato oyó:

—Ellos no, los maestros vendrán luego.

El frío desapareció como había llegado. ¿Qué fuerzas viles sintonizarían ahora con ellos? En verdad, allí se les venía acercando un sirviente que puso frente a ellos un líquido rojizo y desapareció sin pronunciar palabra. Conocía sus bebidas y se preparaba, pues ahora seguramente iba a desaparecer su líder espiritual. Pronto podría volver a respirar con algo más de libertad. Aquí no se sentía feliz. Con aquellos otros por lo menos podía moverse, aquí no podía cambiar de lugar. Estaba listo, pero en el mismo instante oyó que su líder espiritual dijo: “Toma tu vaso, como yo, en la mano izquierda, y haz como yo”.

André mandó sus pensamientos de vuelta a Alcar, preguntando: “¿O sea, que no nos vamos, Alcar?”.

“Por ahora no, pero haz lo que te dije”.

Estas palabras le habían llegado en un fogonazo e hizo lo que Alcar quería. Qué difícil era comprender a los demonios. Tomó el vaso en la mano izquierda, vio que Alcar lo mantenía entre el pulgar y el dedo índice, que lo alzó, lanzándolo por encima de la cabeza, de modo que se hizo añicos contra la estatua. Él también hizo lo que había hecho su líder espiritual y se preguntó qué significaría. Qué vil era todo, qué profunda su bajeza en todo esto. ¿Qué pensarían de eso? Pero todos hacían como que aquello no fuera con ellos. Alcar dijo: “Este sencillo acto tiene un significado profundo. Es la prueba de que estás preparado para lo que sea, nada más”.

Después de este suceso uno de ellos se levantó de su lugar y caminó alrededor de la estatua. Cuando el ser se acercó a él, se detuvo y André sintió que lo estaba sondando de la manera más terrible. Empezó a sudar de pura angustia, tan espantosos eran sus pensamientos. Hizo como si observara algo por encima de él, pero lo perforaba hasta lo más profundo de su alma. Habría querido precipitarse encima del monstruo, pero sabía que entonces estaría perdido.

“Déjalo hacer, André, y mándale tus mejores sentimientos. Acércate a él en amor, de lo contrario no será posible la conexión”.

¿Había que acercarse a un ser así en amor, encima de todo?

“Y aun así hay que hacerlo”, volvió a oír, “el amor es nuestra fuerza. Sus fuerzas ganan en intensidad precisamente si tu amor no es puro, y entonces descenderás en ellos”.

André entendió a su líder espiritual; no podría haberse dicho más claramente. Era extraño; ahora que se acercaba a él así, no sentía nada de su incidencia. Agradeció en silencio a Alcar por esta ayuda. Después de un breve momento el ser se fue, y oyó que Alcar dijo: “Nos han acogido, André. Ahora podemos movernos con libertad”.

Alcar se levantó de su lugar. André lo siguió y juntos caminaron por toda la sala. Ningún ser habló con ellos. Miró la estatua; era el mismísimo diablo, una escena animal, de modo que ya no se atrevía a mirarla. El demonio que

había querido sonarlo entró a un cuarto contiguo para volver solo un instante después, cargando un modelo a escala de la estatua grande frente a la que se habían sentado. ¿Qué pasaría ahora? Todos los presentes se levantaron de sus butacas, mientras que cuatro de ellos dieron un paso adelante. Alcar le hizo sentir que se volverían a sentar y André esperó con impaciencia para ver qué pasaría ahora. Vio que de la estatua se elevaba un vaho. Los cuatro seres formaron un círculo y, al tomarse de las manos, estaban conectados entre ellos. Qué extraño era todo lo que observaba. Qué misteriosas todas estas personas. Habían estado así desde hace ya algún tiempo y sentía que se concentraban. ¿Se conectarían con fuerzas aún más oscuras? A su alrededor se fue haciendo la oscuridad, poco a poco se fue apagando lo que en estas tinieblas se llamaba luz. A su alrededor había una oscuridad como boca de lobo, pero a pesar de ella podía observar. Había vivido una sensación idéntica en el valle de dolor. Podía ver claramente todos los seres porque estaba conectado con ellos. ¿Estaban invocando a alguien? Esto seguramente representaba algo así. Vio una emanación verde clara alrededor de la estatua, que se estaba haciendo cada vez más densa. Era un acontecer horrendo, le recorría el cuerpo, le entró furtivamente en el alma. Allí estaba royendo, como si quisiera succionarle los jugos vitales. Pensaba que se asfixiaría.

Luego oyó que su líder espiritual dijo: “Fuerzas mágicas, André. Por ellas se conectan con los maestros”.

Ahora cayó en la cuenta. Se hizo ahora un gran círculo alrededor de la estatua y otros también llegaron a reforzarlo. Contó quince seres, todos concentrándose. ¿Hasta dónde descendían estas personas? ¿Hasta dónde les era concedido ir y podían conectarse? Ahora vio una luz amarillenta que con sus rayos envolvía la estatua entera. Poco a poco esta luz fue haciendo la transición a un rojo estridente, conectándose con la verde. Después vio cómo la luz desapareció dentro de la estatua, de modo que también esta desapareció por un momento. Pero no duró mucho; luego fueron saliendo largas tiras de luz desde la estatua. Se fueron alejando mucho de la estatua, por encima de todos los presentes, como si esta luz los acogiera e influyera en ellos. También hasta él llegó la luz, que le hizo temblar las piernas, viéndose presa de un mareo. Fue tremendo, emanaba una horrenda influencia de ella. ¿Con qué precisión estaban sintonizados los pensamientos de todos los que estaban alrededor de la estatua para que pudiera alcanzar cada ser que se encontraba en la sala? Aun así lo estaban consiguiendo. Por su voluntad los demás estaban siendo conectados mágicamente. André resistió esa vil presión, esa terrible fuerza. Luego los vapores de colores volvieron a la estatua. En ese vaho residía el veneno que destruía la vida. Por su concentración la estatua quedaba iluminada y relampagueaba, y era posible conectar a cada ser con ellos. Era la transición a lo animal, a lo más profundo; al parecer se traspasa-

ban aquí incluso las últimas fronteras. Una mujer, que en la tierra habría sido muy guapa, dio un paso al frente. Se interrumpió el círculo porque ella lo iba atravesando; se colocó junto a la estatua y esperó. Estaba inclinada hacia adelante y tenía los brazos extendidos encima de la estatua. André sintió que ella constituía la conexión para este acontecer. Un médium como él, pero aquí para fuerzas mágicas. Qué horroroso, cómo podía prestarse una mujer a esto. ¡Qué profundo había caído ese ser! Tal vez había sido madre y había amado, pero se había hundido tanto. Se había animalizado y en eso había alcanzado un grado. Con los ojos cerrados, en profundo trance, ella también trazó un pequeño círculo alrededor suyo, en el que se blindó contra todos los demás. Lo aturdí la influencia que ahora emanaba de todo.

Volvió a oír a su líder espiritual a través de todo lo que lo ocupaba: “Aguanta, André, ya vienen los maestros”.

La palabra “maestros” le devolvió su conciencia. Quería conocer a estos seres. Juntó las fuerzas que había en él, pero sentía que era imposible mantenerse en pie. Aun así tenía que lograrlo, pues quería aprender a comprender las fuerzas tan misteriosas, las fuerzas mágicas de las que había oído tanto hablar. No sería fácil que pudiera vivir un acontecimiento parecido, le quedaba claro de sobra. ‘Oh, ayúdeme’, rezó a Dios y a su líder espiritual, ‘que se me permita aguantar todo esto’. Su oración era intensa y después de unos momentos también sintió de verdad que incidía en él otra fuerza, más intensa aún, por lo que nuevamente podía seguir todo claramente. ¿Quién le estaba ayudando ahora?

Su líder espiritual dijo: “Nuestros amigos, que están aquí”.

André entendió que no habían sido los únicos en irrumpir, sino que estaban presentes otros espíritus, más elevados. Pero le hizo bien; ahora podría aguantar todo. La influencia que emanaba de la estatua se fue haciendo cada vez más fuerte. Sintió un silencio aterrador. Ahora oyó que canturreaban y todos participaban en ese cántico penoso, incluso atormentador. Estaban jurando interiormente, lo sentía con nitidez. En esto residía todo su interior, todas las blasfemias de veneno y sangre, de pasión y violencia. Era tan horroroso, tan profundamente vil, que a cada resonancia que lo penetraba agudamente sentía cómo se iban hundiendo sus fuerzas. Le resultaba desgarrador, porque había allí algo espantoso. ‘Ojalá gritaran’, pensó, ‘ojalá profirieran sus quejas a gritos, sería soportable y no tan atormentador’. Esto lo tomaba por sorpresa, esto era como un serrucho separándole el cuerpo del alma. Era asesino, una sensación de tortura, porque estaba conectado con ellos. Oyó que su líder espiritual también canturreaba entre dientes, pero al concentrarse en Alcar le entró otra sensación. En ella había amor y calor, que invadían su alma. La terrible luz se fue haciendo más intensa y formaba una bola alrededor de la estatua. La estatua era como un faro en las tinieblas y la

luz era cada vez más vil, pues se estaba acercando a lo preanimal. La mujer ahora se había desplomado a los pies de la estatua. Su sueño era profundo, no sabía lo que pasaba con ella ni alrededor suyo. Después de estos fenómenos percibió un olor repugnante que le quitó el aliento. Nunca había oído algo tan espantoso; no podía encontrar palabras para describirlo. Era diabólico. Después de pasar también por eso, dejó de molestarle. Empezó a haber algo de vida en esa bola verdusca, amarillenta y rojiza. Se estaba formando algo allí dentro que se asemejaba a un ser. Cambiaba continuamente, haciéndose cada vez más denso, hasta que hubo adoptado la forma de un ser humano. Alrededor de esta estatua se manifestaban muchas otras sombras, adoptando formas todas ellas. Eran seres humanos. Pero permanecían envueltos en una emanación densa.

Le preguntó a su líder espiritual lo que significaba todo esto, pero otra voz, desconocida para él, le contestó: “Satanás en su reino, André, el diablo en persona, el que reina sobre millones de personas. Han destruido continentes y harán lo que sea para lograr esto en la tierra”.

El que le había hablado no era su líder espiritual. André preguntó en silencio si podía saber quién lo estaba apoyando. Su líder espiritual estaba sentado a su lado, como una estatua en su pedestal, inmerso en cavilaciones. André no quería interferir en él, sentía lo que ocupaba a Alcar. Le entró una sensación suave y gloriosa al oír el nombre del espíritu que había acudido en su ayuda.

“André”, oyó, “soy Ubronus”.

“Oh, Ubronus querido, queridísimo, usted, ¿quien me guió en la vivienda de Alcar? ¿También en las tinieblas acude en mi ayuda?”.

“Su líder espiritual me llamó porque quiere conectarse por completo, quiere conocer las fuerzas de ellos, para lo que hace falta toda la concentración. Así que fui yo quien incidía en usted. Su líder espiritual se encuentra en otra sintonización, a través de la que quiere seguir las conexiones mágicas”.

André entendió porque sentía que Alcar se encontraba en una sintonización para él desconocida. A Alcar lo rodeaba un muro de fuerza espiritual. Nada en él se movía. Ahora podría vivirlo todo. En la luz mágica veía ahora claramente que se iban haciendo visibles algunos seres y al mismo tiempo olía ese hedor, que aumentaba en intensidad. Los seres que se manifestaban eran llevados por este olor repugnante; influía en los presentes, de por lo que se les conectaba con sus maestros. En la quinta esfera había vivido una consagración espiritual que había sido celestial; aquí veía lo animal en el ser humano. La diferencia era imponente. Allí él había sido elevado, aquí lo estaban alcanzando hasta en lo más profundo de su alma. Qué abismo había entre ambos estados. Qué elevado el ser humano que vivía en las esferas elevadas; cuánto se habían hundido aquellos que se manifestaban aquí. Ahora

del círculo surgió un ser; los otros se apresuraron a cerrar la cadena y este ser se acercó a la mujer, que aún yacía allí, profundamente dormida. André se asustó, pues lo reconoció. Era el genio al que había visitado con Alcar. ¿Por qué entraba en ese círculo? En la bola luminosa de horror y miseria vio ahora una aparición verde clara, que descendió un poco más. Un ser humano, pero ¿qué clase de ser humano! Vio a un diablo, el maestro más elevado que ellos conocían. ¿Qué eran los demás en comparación con él? Nada. La diferencia en fuerza era demasiado grande. Era el ser más elevado, pero el más hundido. El genio estaba arrodillado y miraba hacia arriba. Tenía en las manos la misma insignia como la que había mostrado Alcar cuando ellos entraron, pero esta era más grande. También descendieron todos los demás que habían llegado con el maestro, formando la misma cadena que los que se agrupaban alrededor de la estatua. Había llegado el momento culminante. El genio alzó una mirada anhelante hacia su maestro, esperando qué diría. A André le lloraba el alma de tristeza al ver tanta miseria como la que había aquí.

El maestro habló:

—Hermanos, los mandé llamar a todos para que vinieran a mí. Uno de los suyos ha sido admitido en el círculo de los maestros y está aquí entre ustedes, está arrodillado a mis pies. Seré breve. Los mandé llamar porque se está admitiendo a Geoni en nuestro círculo y por eso ha sido elevado. Quiero que todos le obedezcan y sigan, que lo apoyen en su trabajo, en particular los que están y viven en la tierra. Geoni, siga con sus investigaciones, le mandaré algunos ayudantes para que pueda conectar el oeste con el norte, el este con el sur. Uno de nosotros siempre estará cerca de usted, uno que me trajo este mensaje también a mí.

El satanás extendió sus garras por encima del inventor, murmuró algo y se retiró a su estado anterior. Los que habían llegado con él se adelantaron uno por uno, con los brazos cruzados en el pecho, miraban al genio en los ojos y desaparecían. La reunión había terminado. Los maestros se retiraron, la luz se fue borrando, se hizo una oscuridad cerrada a su alrededor y las cadenas se interrumpieron. Se hicieron largos movimientos de roce magnético por encima de la mujer, que seguía tendida, y ella también volvió de su horrendo sueño. Ya no veía a Geoni; el genio había desaparecido sin dejar rastro. Devolvieron la estatua al lugar del que la habían sacado, el acontecimiento espantoso había pasado.

Ahora volvió a oír que le hablaba su líder espiritual:

—Descendió, André, porque ascendió más.

André lo entendió. Había conocido aquí lo más terrible.

Alcar se levantó de su lugar y caminó hacia un rincón de la sala, donde se sentó en una mesa. André miró a su líder espiritual preguntándose qué estaría por ocurrir ahora. Pero pensó que podría adivinar las andanzas de su

líder espiritual. Miró a todos los demás, que estaban ahora de humor ruidoso y festivo. Llegaron sirvientes cargados de bebidas y refrigerios. Los vasos se vaciaban de un solo trago para luego ser arrojados al suelo, de modo que los añicos volaban a diestra y siniestra. Todo lo que vivía aquí era extraño y misterioso. ¿Qué inspiraba a esos seres? También a ellos les dejaban bebidas, pero Alcar le dijo que no tocara nada.

—Volveremos, André, a nuestra propia sintonización; ha concluido el viaje a las esferas oscuras (—dijo).

‘Gracias a Dios’, pensó André, ‘qué bueno que nos vayamos’.

—Prepárate, hijo mío, en un instante se abalanzarán sobre nosotros porque no bebemos. No les dejaré ese honor a sus maestros.

Antes de que su líder espiritual hubiera terminado de hablar, sintió que lo atravesó un rayo punzante. Todos los seres se levantaron de sus asientos, atravesándolo con sus pensamientos punzantes, como si quisieran despedazarle el alma. Algunos se les acercaron preguntando por qué no brindaban por el bienestar del maestro.

Allí oyó que Alcar dijo:

—Toma tu vaso, André, y ponte a mi lado.

Hizo lo que quería su líder espiritual y se posicionó a su lado. Los seres, que habían permanecido a corta distancia, pensaron que Alcar les tendría que decir algo sobre lo que habían vivido. André se sintió aupado y cuando habían llegado a otro estado, aunque todavía siendo visibles para ellos, le dijo Alcar:

—Amigos, nosotros también estuvimos entre ustedes.

Asombrado por tanto descaro, oyó que gritaban detrás de él:

—¡Negros! ¡Apuñálenlos! ¡Negros entre nosotros! ¿Y nadie puede irrumpir aquí?

—Y sin embargo aquí estuvimos —dijo Alcar, todavía con el vaso en la mano—. Amigos —prosiguió Alcar—, conocemos otras fuerzas, que aniquilan las suyas. Conocemos a Dios, sí, un Dios de amor y por esta fuerza irrumpimos entre ustedes, ninguno de ustedes nos lo pudo impedir; ni siquiera los maestros, por más que se hayan hundido, por más que eleven sus fuerzas mágicas. Llegará el día en que ustedes también conocerán estas fuerzas; entonces lucharán por la luz, el bien, en amor por toda la vida. Adiós, y saluden a aquel que se hace llamar el maestro.

Alcar les tiró el vaso frente a los pies. André también lo hizo y con un tremendo rugido todos se precipitaron hacia el lugar en que habían estado. André sintió que entraba en otra sintonización. Todos habían desaparecido de delante de sus ojos, había dejado atrás el país del odio.

Hacia las esferas de luz; arte espiritual, esfera animal;

primera, segunda y tercera esfera; mentalidades cósmicas

—Mira, André, nos esperan las esferas de luz; ha concluido tu segundo viaje a las regiones oscuras. Permanecimos allí abajo durante suficiente tiempo. Seguramente, no hace falta que te aclare qué clase de seres viven allí. Mientras que se manifestaban los maestros, me conecté con ellos para enterarme quién fue y cuántos años tiene ya. También en la tierra vivía en un estado parecido, pero regresé miles de años. Su poder es grande, y la profundidad a la que se ha hundido, profunda. También te habrá quedado claro por qué me mostré ante ti en otra sintonización antes de que pudiéramos descender. Ahora ya puedes respirar, lo que tanto anhelaste.

Qué bueno era Alcar, qué grande era su fuerza psíquica, para poder mostrarle todo esto. Aun así era la verdad: estaba feliz de que hubieran dejado las esferas oscuras. Le entró nueva vida; vio cómo la tierra debajo de él iba cambiando y el cielo iba haciéndose más luminoso. Todo lo que ya había vivido en este viaje, y ¿qué más? La sabiduría lo era todo, por más horrible que fuera todo allí abajo. Sin embargo, prefería estar con los que vivían en las esferas elevadas. Allí, todo era celestial. Qué animal era la sintonización de los que estaban allí abajo. Ya no quería pensar en ese olor. Lo que llevara interiormente un ser elevado se sentía y veía a su alrededor, y también dispersaba un olor desconocido. Pero ¡qué terrible era allí, donde vivían los maestros! Los seres animales despedían ese olor; era su posesión, su sintonización. Cuanto más elevada la sintonización del ser humano, más bello se hacía lo que había en él y lo rodeaba. Ya todo le quedaba claro a André. Y ahora iba hacia la luz; le esperaba el calor. Pensaba en su hijita que había hecho la transición. ¿Sería posible que la pudiera visitar en este viaje? ¿Iría allí Alcar? Oh, si tan solo fuera cierto, pero no se atrevía a preguntárselo a su líder espiritual. Cuando visitó las esferas durante su viaje anterior, no podía sospechar que ahora viviría allí una hija suya. Era la esfera de los niños que se le había concedido visitar con Alcar. Ahora estaba en esta vida, donde también ella estaba. Era bella la esfera de los niños, así como todo lo que se le había concedido observar. No se atrevía a pensarlo, sería demasiado para él. Hacía un año ya. Había llegado al mundo muerta, lo que él había percibido desde siete meses antes. Había librado una terrible lucha interior, porque no había querido aceptarlo, pero aun así había tenido que rendirse. Todo había ocurrido como Alcar se lo había hecho sentir. Ay, si tan solo pudiera visitar a su hija. Sería glorioso que cuando volviera a la tierra de este desdoblamiento del cuerpo pudiera darle el mensaje a su esposa querida de que se le hubiera concedido ver a su hija y hablar con ella. Aun así ya la había visto, solo cuatro meses después de que hiciera la transición. Pero no se le había concedido acercarse mucho a ella; la pudo observar desde una gran distancia. No podía

interferir en su tranquilidad espiritual. Pero había sido impresionante lo que se le había concedido ver. Había allí cientos de niños pequeños, ángeles todos ellos. Los envolvía una emanación azul y había podido discernir claramente los cuerpecitos espirituales. Los pequeños vivían en un gran edificio construido con mármol níveo y los cuidaban espíritus del amor, ángeles que sentían el amor maternal, inmaculado y puro. Alcar le había enseñado su hija, pero él también había sentido ya desde alguna distancia que era ella; un lazo de amor lo atraía hacia ella. Aun así tuvo que detenerse a diez metros de distancia de ella; no le era concedido acercarse más. Pero qué feliz había sido al ver que su hija vivía y crecía. Tampoco pudo permanecer durante mucho tiempo en la esfera de los niños; pronto habían vuelto a la tierra. Se acordaba del momento de la separación, cuando la había llevado a su última morada. La diferencia entre la separación allí y en las esferas era inmensurablemente grande. En la tierra le había sido más fácil que cuando se le concedió por primera vez volver a verla. Junto a su hija en el velatorio había otro pequeño ser inmaculado, que había vivido durante cuatro días y también había hecho la transición ese día. Ese pequeño sería en las esferas su compañerito de juegos y seguiría siéndolo. Esa mañana había sentido un contacto íntimo entre ambos niños de las esferas. Los padres del pequeño estaban destrozados; él no había sentido algo así, pues sabía que llegaría el día en que volvería a ver a su hija. Cuánto le habría gustado contarles a los padres de ese angelito de su saber, pero eran inalcanzables. Él y también su esposa querida se entregaban, pero ellos querían la posesión de su hijo, no podían renunciar a ella. Y aun así su hijo vivía y crecía, como su hija.

Alcar no le dijo nada; tal vez tenía un plan claramente perfilado y no era posible que viera a su hija. Debajo suyo veía un país primitivo; las casas que se habían construido aquí eran como las barracas en la tierra. Estaban dispersas por todas partes y en ellas vivían personas que habían llegado allí desde las esferas oscuras. Sabía todo esto por su viaje anterior; Alcar se lo había aclarado. Allí recibían sus primeras enseñanzas espirituales; se les enseñaba cómo dar amor. Desde allí empezaba su viaje hacia las esferas de luz, que eran difícilmente accesibles. Para eso hacía falta lucha y sacrificio. Pero estaban dispuestas a empezar otra vida. Allí también había mujeres y hombres, aunque todavía no había calor en ellos ni en la naturaleza; todavía estaban muy alejados de poseer esa luz sagrada. Muchos de ellos recaían en su estado anterior y tendrían que volver a empezar.

Avanzaban cada vez más, hacia la primera esfera existencial en el espíritu. Conforme avanzaban también cambiaban las esferas, la naturaleza y todo lo que vivía allí. El ser humano se elevaba evolucionando lentamente, hasta alcanzar las esferas más elevadas. ¡Qué sencillo era todo, qué justo era Dios! En la tierra no se conocía un Dios de justicia; aquí lo veía, sentía y sabía cada

ser. Aquí solo se conocía un Dios de amor; se sabía que se asciende cada vez más rezando y trabajando. Todo esto lo podía alcanzar el ser humano con que quisiera darse para otros, con que quisiera amar todo lo que lleva la vida de Dios. La naturaleza se iba haciendo cada vez más bella, las personas más jóvenes, gracias a que sentían un amor más elevado e incluso lo llevaban interiormente. Esta vida era eterna. Debajo de él estaba la esfera de conexión en la que se le había concedido la vez pasada dirigirse a los muertos en vida. El momento en que se habían disuelto ante sus ojos había sido glorioso. Había sido milagroso para él, pero todo era muy sencillo cuando se conocían esas fuerzas y se llevaban interiormente. Pronto estarían en la primera esfera, pero Alcar seguía sin decir nada; su líder espiritual estaba inmerso en profundas reflexiones. Ya se traslucían los primeros destellos de luz; detrás estaba la primera esfera.

Alcar lo miró y dijo:

—Ahora te mostraré el arte espiritual del que te hablé en la tierra. Pero solo en la quinta esfera verás la gran diferencia con lo que dejamos atrás en la tierra. Primero estaremos allí y en mi sintonización verás maestros espirituales, te será concedido admirar su arte.

—Los que llegan aquí desde la tierra pueden proseguir con su arte, ¿no es así, Alcar?

—Claro que sí, pero es mejor que esperen a que hayan llegado a la cuarta esfera, porque de lo contrario se detiene su desarrollo espiritual.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero decir que aguzan su sensibilidad por el arte, pero esto sigue sin ser una posesión en el espíritu, y no podrán entrar a una esfera más elevada aunque pinten durante mil años. Poseer una elevada sensibilidad por el arte no es aún una posesión espiritual. Por eso también carece de sentido su arte, porque no pueden entrar a la primera esfera feliz (la cuarta esfera de luz) desde la tierra; habría sido mejor que primero asimilaran esas fuerzas. Cuando estemos allí te lo aclararé todo.

—¿Ha llegado el arte en la tierra a su punto culminante?

—Sí, esos artistas, esa generación vivió. El ser humano crea de acuerdo a como se siente. Y cuando sabemos que el ser humano en la tierra siente materialmente, que vive en esa sintonización, sabemos que no creará arte espiritual que tenga sintonización con la tercera esfera. El arte de la tierra ha llegado espiritualmente a la segunda esfera como sintonización. Si en la tierra naciera arte que alcanzara la tercera esfera como sintonización, ya no se entendería allí. Sabes que la primera esfera es el mismo estado que la vida en la tierra. Así que lo que está por encima del desarrollo humano no se intuye en la tierra, no se encuentran palabras para eso. De modo que si descendiera un ser desde la cuarta o quinta esfera, sería un genio sobrehumano, algo que

otros no podrían alcanzar en mil años. Pero nosotros también sabemos que no ocurrirá, por la sencilla razón de que el ser humano solo recibirá aquel alimento que pueda intuir, entender y procesar. Vuelve a la tierra, mira la técnica, el ser humano no entiende lo que se le da. Tiene un atraso de muchos años; es esclavo de la máquina, lo que, no obstante, no es la intención ni la fue nunca. Así le iría al arte; fue destruido por la “capacidad” de ellos. Todo lo que se da en la tierra, ya te lo dije, es una ley cósmica; son leyes, sintonizaciones humanas, esa vida en la tierra. Pero quien haya alcanzado el grado más elevado para la tierra todavía no es un ser feliz, precisamente porque muchos perecen debido a su arte. En la tierra te mostré mi arte; allí se me llama maestro, pero cuando entré a esta vida, vivía por debajo de la primera esfera espiritual, donde no viven maestros espirituales ni se los conoce. Y es que todo es terrenal cuando se mira por sus ojos, y no se puede comparar con la vida de este lado. Por eso, todo lo que se creará en la tierra se encuentra por debajo de esta sintonización espiritual. Por eso nuestra vida es más rica, más bella y según vayamos subiendo, todo el arte cambiará, incluso toda la vida. Mira, hijo mío, entramos a la primera esfera.

André vio personas, casas y edificios; muchas viviendas eran la sintonización interior del ser y habían sido construidas según su fuerza del amor. También aquí ya había estado, pero ahora conocería arte. La primera esfera era como la tierra. Luego vio otros edificios más que habían sido construidos con otra arquitectura, de los que algunos eran muy bellos y tenían otro significado. En la montaña y junto al agua, en todas partes estaban las moradas espirituales, construidas según sentimientos, gustos y fuerza. Todo era sustancia espiritual y era verdadero y natural.

—¿Qué significa ese gran edificio allí, Alcar? Es llamativamente más bello que los demás.

—Los arquitectos que lo construyeron viven en una esfera más elevada. Así que se ha llevado a cabo según sus fuerzas y sentimientos interiores. Es para incitar a los que viven aquí a que alcancen ese arte. Al ver una sintonización más elevada se esforzarán y la asimilarán. ¿Te quedó claro?

—Sí, Alcar.

—Como sabes, una morada espiritual es el estado interior del ser. Todos los que construyeron esto tienen una sintonización más elevada; por eso sienten un arte más elevado, una arquitectura más bella. Y por lo tanto ellos también son los que conservan todos esos edificios. Esto es así para todas las esferas. En esta esfera encontramos arte con una segunda sintonización, y conforme vayamos ascendiendo se podrá encontrar arte más elevado. En mi esfera conocemos arte de la sexta esfera que, como aquí, se mantiene por seres más elevados, porque ambas esferas tienen conexión. Es como el reflejo de una luz más elevada, que, como ya dije, nos incitará a alcanzar ese arte,

ese amor. Porque todo es amor, nada más que amor, porque el amor significa vida y sentimientos, y creará al ser humano según sus sentimientos (—dijo).

Junto a las laderas de una montaña, rodeados de mucho verdor y flores, André vio a muchos seres. En su centro se había sentado un espíritu que les dirigía la palabra a todos. Lo podía oír ya a gran distancia.

—¿Vamos allí, Alcar?

—Sí, escucharemos un momento lo que tiene que decir.

El que hablaba era un espíritu de mediana edad que llevaba una túnica espiritual.

—Hermanos —dijo—, hubo un tiempo en que vivíamos todos en la tierra sin saber nada de esta vida. —André sintió que hablaba de la vida eterna—. Ahora todo nos ha quedado claro. Ya les dije que se odia a aquellos que tengan otra religión, pero aquí eso ya no es posible. Aquí somos uno y solo conocemos a un Padre, un Padre de amor. Por Cristo hemos conocido a nuestro Padre. Y qué bello es amar, poder significar algo para los demás. Pero ¿cómo podemos ayudarnos y ayudar a otros? Desciendan, hermanos, desciendan a las regiones oscuras, allí donde viven sus hijos y sus hermanos y hermanas; ellos necesitan su ayuda. Es el camino que recorrieron otros, que debemos recorrer nosotros. Estuve abajo mucho tiempo, así que sé cuántos hay a los que les hace falta ayuda. ¿Por qué siguen esperando? ¿No oyen sus gritos? Así ustedes se crearán un estado propio y al volver entrarán en otras esferas, pero más elevadas. Quien no vive para los demás no evoluciona. Tenemos que trabajar y rezar, allí reside nuestra fuerza y la de todos. Quien espera no vive, son muertos en vida. Les exclamo a todos ustedes: ayúdenlos, a sus hermanas y hermanos. ¿No sienten la necesidad de contarles a otros de la pervivencia eterna de ustedes? ¿Decirles que viven? ¿Que su madre o su padre y sus hijos están con ustedes?

El espíritu siguió hablando con fervor, pero André sintió que seguirían, después de lo que efectivamente se fueron alejando.

—Ves que también de este lado hay que incitar al ser humano a significar algo para otros. En la segunda esfera ya no hace falta. Conozco al que les hablaba y me da gusto volver a verlo en este camino. Lo conocí en las esferas oscuras; era infeliz, profundamente infeliz, y me pidió que le diera una prueba de la vida elevada. Solo entonces podría aceptarlo. Me mostré ante él en un estado más elevado y ahora, después de cien años, me lo vuelvo a encontrar aquí para convencer a otros. Oíste que les contaba de una vida que vivió hace mucho y claramente conoce todas las transiciones de los sentimientos en el espíritu. Así algunos trabajan a través de otros, y él se desarrollará por ayudar a otros. No podría haberte dado una imagen más clara. Su camino es el nuestro, nuestro camino es el de aquel al que crucificaron en la tierra. Es la sagrada voluntad de Dios que sigamos Su camino. Pude convencer a este

hombre por tan solo una prueba, por la que empezó a trabajar en sí mismo. Únicamente con actos, solo con actos se construye una morada espiritual, piedra a piedra. Todo irradiará cuando posean interiormente estas fuerzas que han adquirido por ayudar a otros. Esta verdad reside en cada estado que te muestro. Pronto él también ascenderá; ya recibió su vestidura espiritual. En la segunda esfera le espera mucha felicidad y mucho amor.

Le exclamo al ser humano en la tierra: empieza ahora, no esperes hasta llegar aquí; lo que poseas en la tierra no tendrás que aprenderlo de este lado. Cada uno se creará su tarea ya en la tierra, y también de este lado. Quien no sienta su tarea no está vivo y primero tendrá que despertar. Pero eso puede tardar mucho y por eso venimos a la tierra, para aclararles que deben recorrer nuestro camino.

André se asustó. ¿Lo veía bien? Ciertamente, allí iba un ser humano y a su lado un perro; ¿cómo era posible?

Alcar lo miró, diciendo:

—¿Es tan extraño como para que te asustes?

—Allí va un perro, Alcar.

Pensó que su líder espiritual no lo había entendido.

—Lo observaste muy bien, André. ¿Por qué no podríamos tener con nosotros nuestros animales? ¿Acaso no son precisamente ellos nuestros mejores amigos? También en la eternidad estamos juntos, si nosotros mismos lo queremos. Ambos son uno solo, todo es vida y la vida inteligente puede conectarse con la demás vida.

—Entonces, ¿los animales viven en esta esfera, Alcar?

—No, viven en una sintonización que corresponde a su propio estado. Tenemos aves y muchos otros animales, ¿por qué no entonces los que en la tierra compartieron nuestra pena y dolor durante mucho tiempo? Yo también tenía un perrito en la tierra y de este lado muchas veces estoy con él. El animalito hizo la transición y lo volví a ver aquí. Cuando quiero verlo, lo llamo conmigo; te lo mostraré en seguida. El animal de este lado siente al ser de sintonización más elevada, lo que ya te aclaré en nuestro primer viaje. Ya no se puede idolatrar al animal. Cada vida es diferente, así también la convivencia con nuestros animales.

—¿Viven todos en una sola esfera, Alcar?

—Sí, y está debajo de la primera sintonización cósmica.

—¡Qué milagroso es todo!

—¡Nada es milagroso, todo es realidad! No hay milagros cuando conocemos las fuerzas que lo hacen posible. En el espíritu, ¡todo es saber!

—¿Cómo llegan aquí los animales? ¿Hubo que ir por ellos?

—Tendrías que descender mucho, pero tampoco hace falta. Donde sea que me encuentre, en la esfera que sea, pero siempre a partir de la primera

esfera existencial en el espíritu, puedo conectarme con los animales. Todo ocurre por concentración y voluntad.

—Entonces, ¿el animal está sometido a leyes, Alcar?

—El animal es igual de bueno que el ser humano, así que ambos lo están. Aunque el animal no tenga conciencia de esas leyes, siente con más nitidez que muchas personas que poseen intelecto. El animal posee una sola sintonización vital; de la tierra hace la transición a ella; tiene que atenerse a eso. Ahora te mostraré que el amor también crea lazos de este lado, que nuestros animales terrenales están con nosotros cuando lo queremos. Pero ya te lo dije: lo puede hacer solo el que viva en la primera esfera existencial. O sea, que para eso hace falta posesión espiritual.

André vio que Alcar se concentraba. Habían pasado unos segundos.

—Mira allí, André.

A una decena de metros de André se venía acercando un perrito de pelo largo, que ladrando y brincando venía al encuentro de su amo. André no podía creer lo que veían sus ojos.

—¡Qué tierno es todo, Alcar! Qué grande es el amor, qué poderoso es Dios para darle también esto al ser humano. Muchos serán felices cuando les sea concedido saberlo en la tierra.

El animalito aullaba de felicidad.

—Mi tesoro—le dijo Alcar al animal, y este también saludó a André. Se le llenaron los ojos de lágrimas al ver esta bella escena rebosante de amor.

Alcar vio sus lágrimas y dijo:

—Esto es amor puro e inmaculado, hijo mío; a mí también se me llenaron los ojos de lágrimas cuando se me concedió vivirlo, así que deja que fluyan sin reparos. Lloré de felicidad, hijo mío, cuando se me concedió vivir esta grandeza. Le agradecí a Dios desde lo más profundo de mi alma todo esto sagrado que se me concedió recibir. Y siempre seguiré agradecido por ello. Lo ves, André, no nos olvidan, aunque no lo vea en años. No nos olvidan, su amor es eterno; siguen amando.

Conmovió mucho a André que le fuera concedido intuir y vivir el amor del animal y del ser humano.

—Ven, sigamos, el animal se quedará con nosotros durante algún tiempo, hasta que dejemos esta esfera. Puedo llamar conmigo animales de varias maneras, cuando quiero conectarme en amor.

—Pero no animales salvajes, ¿o sí, Alcar?

Alcar rio de buena gana y André sintió que había hecho una pregunta extraña.

—No conocemos aquí animales salvajes, Alcar; no viven de este lado. Pero no puedes saberlo; muchos hacen la misma pregunta que tú. Te lo aclararé. Cuando los animales dejan la tierra, es decir, que mueren allí, sin importar la

raza a la que pertenezcan, entonces deponen la vida allí. ¿Lo puedes entender? El ser humano entra aquí como siente en la tierra, pero los animales deponen la vida material y entran a su vida espiritual.

—¿Evolucionan los animales, Alcar?

—Claro que sí, pero permanecen en un estado, que es la sintonización animal. Los animales deben seguir su ciclo y vuelven aquí.

—Me surgen mil preguntas, Alcar.

—Contestaremos a todas ellas más adelante, cuando visitemos también estos estados. Por ahora, sin embargo, recorreremos otro camino, otro plan al que quiero atenerme.

A André todo le pareció milagroso, cuánta felicidad esperaba al ser humano cuando entrara a esta vida.

—¿Cómo vuelven los animales, Alcar? ¿Es posible?

—Pues claro, también te lo mostraré. Mira y oye lo que te diré. Pero todo es concentración y fuerte voluntad. Aun así pronunciaré claramente mi voluntad, de modo que puedas seguirme en todo. El animal me obedecerá porque me siente.

Alcar le habló a su compañero terrenal:

—Ven, animal querido, debemos separarnos, tienes que irte.

En ese momento, André sintió que al animal le gustaría quedarse. A pesar de ello, el animalito se fue, y ahora vio que se hizo el milagro. El animal se fue convirtiendo en una suerte de emanación; vio que se disolvía ante sus ojos. Pero pronto volvió, por lo que entendió que su líder espiritual lo volvía a atraer hacia él. ¡Qué grandioso era todo! Brincaba de alegría alrededor de ellos.

—Los que aman a los animales en la tierra serán felices de saber esto, Alcar.

—Puedes contárselo, hijo mío, como todo lo que ya se te ha concedido vivir y aún vivirás. Cuando la gente quiera trabajar en ella misma, le esperará mucho de esta felicidad de este lado, pero si no lo quieren, entonces toda esta felicidad, esta gracia no puede ser para ellos.

Los animales que habían muerto en la tierra vivían en la vida después de la muerte terrenal como vivían y sentían en la tierra. Aquí todo era uno y estaba reunido.

—Entraremos aquí.

André vio el edificio grande en el que habían trabajado los espíritus elevados. Tenía mucha curiosidad por saber lo que viviría ahora. Vivía cada vez más milagros en la vida después de la muerte. Cruzó el umbral de un edificio espiritual y vio por todas partes seres, artistas espirituales ocupados en sus creaciones. Sus sentimientos se traducían en arte. Vio pintores en la vida después de la muerte. ¿Quién le creería? Cuando entraron se les acercó un

espíritu que le dirigió la palabra a Alcar.

—Alcar, Alcar, ¡Dios esté con usted!

—Hermano Ambrosius, vinimos a visitarlo.

El espíritu se acercó a André y lo saludó amablemente. ‘Nada más que amor’, pensó André. Alcar conversaba con un espíritu y le dijo a André que lo avisara cuando siguieran.

—Registra bien todo, André, te ayudaré a hacerlo.

Alcar se fue con Ambrosius; se quedó solo. Vio a seres que pintaban figuras, y a otros que pintaban la naturaleza. Intentaba conectarse con ellos porque quería sentir lo que representaban sus obras espirituales. Vio representaciones extrañas que no entendía. Vio a jóvenes y ancianos. El hombre era la fuerza creadora, lo sentía en todo. No paraba de asombrarse. Se hizo uno con una representación peculiar, casi incomprensible. Era una obra extraña. Sentía que el ser estaba pintando su propia vida. Era la vida terrenal que había depuesto. Dedujo de los colores que este ser humano había completado su vida en pena y dolor; en los colores residía toda su lucha. También sentía las regiones oscuras en la escena, que tenía una estructura grandiosa. El conjunto se había representado simbólicamente de la manera más espléndida, en hermosos matices, entre los que también había colores oscuros y otros de una viveza destellante. El ser se sentía a sí mismo y su vida terminada en la tierra y en las esferas. Con colores crudos y caprichosos se construía una representación que significaba un estado del alma. El poeta podía cantar su propia vida y la de otros en versos; aquí se hacía con colores. Todo estaba profundamente intuido, pero la pieza no irradiaba nada. Al lado de este artista vio a otro que trabajaba en un lienzo grande. ‘Qué extraño’, pensó, ‘así no se pinta en la tierra’. Aplicaba los colores en una vez en el lienzo y los esparcía. Se aplicaban juntos cinco o seis colores diferentes y en una sola vez en el lienzo y de allí surgía un tono tan glorioso y bello como no se lograría en la tierra. Vio pinceles y pequeños tampones, vio pequeños y grandes. Con ellos se dividía la pintura, se aplicaban otros tonos para lograr el objetivo, los matices de colores. Todo lo que vivía aquí era asombroso. Y seguía en la primera esfera; ¡cómo no sería el arte en las regiones elevadas! El rojo suave se fundía con el morado, los tonos más oscuros también confluían, se quería alcanzar la perfección por las diferentes gamas de colores. Sin embargo, sentía que también se podría hacer en la tierra si tan solo se seguía esta técnica. Otro ser pintaba una escena sumamente curiosa, que significaba odio. Aquí se pintaban el amor y todas las pasiones humanas; todas las características humanas se representaban artísticamente. Pero ¿sobre qué pintaban en realidad?

De repente oyó que le decían:

—Sobre tela, André, aunque de sustancia espiritual. Ya sabes, aquí lo tenemos todo. No olvides que este arte que se te muestra ahora encuentra sin-

tonización con la tierra, porque la primera esfera, como sabes, es la primera esfera existencial en el espíritu.

André le agradeció en pensamientos a su líder espiritual, que le proporcionaba esos datos. ¡Alcar lo seguía en todo!

Otro ser más estaba trabajando en una pintura muy fantástica. ‘¿Qué significaría esto?’, pensó.

Una suave voz interior le dijo: “Eso, hijo mío, significa música. Absórbelo bien; en las esferas elevadas verás las mismas representaciones, pero en lo perfectamente espiritual”.

André sondó la imagen, intentó conectarse con la pintura. Quería saber lo que quería decir el pintor con su arte. Entendía muy bien que, si se poseyera este arte en la tierra, los artistas serían objeto de burla. Pero lo que veía aquí era elevado, tan intensamente bello que él, que lo sentía y entendía, podía interpretarlo por medio de música. Esto era música representada en arte. Sintió que le entraba un humor glorioso. La pintura incidía en él; oía y veía la orquesta, sentía que todo lo atravesaba; su alma estaba abierta para procesarla. A través del arte pictórico oía que se le arrancaban tonos nobles a un instrumento: entró en él de manera profundamente vibrante y anhelante. Luego oyó que iba in crescendo una orquesta; era un acontecimiento espiritual. El arte, qué poderoso puede ser el arte y qué glorioso para el espíritu que le sea concedido representar algo así. ¡Era magnífico! Esto tenía que llevar al ser humano a una sintonización elevada si quería conectarse. Veía lienzos pequeños y grandes. Aquí se pintaba para orquestas y algunos instrumentos. “En la tierra, en unos cientos de años, se hará la transición a esto”.

Nuevamente fue a Alcar a quien oía. Pero sabía con toda seguridad que ahora no se entendería en la tierra. Y cuando naciera allí, el ser humano pensaría que era su propia posesión, pero él lo habría recibido del espíritu. Así pasaba con todo lo que su líder espiritual le había mostrado en este viaje del otro lado. No veía mujeres aquí, lo que le pareció muy asombroso. ¿Por qué no había mujeres aquí? En la tierra, la mujer pintaba tanto como lo hacía el hombre. Finalmente le llegó: “Solo en las regiones elevadas, solo allí la mujer se capacitará en el arte. Aquí, la mujer tiene otra tarea que en la tierra, otra que la que han llevado a cabo muchas en la tierra”.

André entendió. Muchas mujeres en la tierra hacían trabajo de hombre. Pero la creación en su sintonización espiritual no estaba calculada para eso. En la tierra, habían olvidado su sintonización. Ya no eran mujeres, y de este lado tenían que desacostumbrarse de esas características asimiladas que iban en contra de la naturaleza. Había en la tierra mujeres que ni siquiera querían ser madres —lo más sagrado que se hubiera recibido de Dios. ¿Esas eran mujeres? ¿Se podría ser feliz con un ser así? Todo era solamente terrenal, un ser así no podía poseer amor verdadero. ¿Sabía la mujer en la tierra lo que

significaba en el cosmos? ¿Cuál era el propósito de su presencia allí? Había muchas que sentían lo grande de su presencia y vivían de acuerdo a eso; otras necesitarían cientos de años para llegar a esta sintonización. Vivían en un cuerpo, pero no tenían posesiones espirituales. No usaban el don que Dios les había dado en la tierra. Sentía en ese instante la esencia de toda la vida, lo que nadie más que su querido líder espiritual podía hacerle intuir. El ser humano, como hombre, era la fuerza creadora. La mujer no podía acercarse al hombre en arte. Intuía todo esto. A pesar de ello, ambos eran uno solo. El arte del hombre estaba inspirado por el amor sagrado de ella; ella lo era, gracias a ella el hombre podía crear. Cuando eran uno solo, el arte estaba animado por el amor ardiente de un solo ser y ese era la mujer, la madre, el ser humano más bendecido. Solo el hombre era la fuerza creadora, pero él también era amor. El arte era amor y el amor era sentimientos. Así, un sentimiento se fundía con otro. Si el ser rebosaba de este fuego sagrado, entonces un artista terrenal sobresalía por encima de las fuerzas y la capacidad humanas normales porque era animado por ella. Qué sencillo era todo. La mujer era la fuerza motriz; era ella quien hacía que el hombre creara. En la tierra se podía ver y sentir en todo. Esa fuerza motriz residía incluso en las cosas más pequeñas. Ni siquiera tenía que ser arte. Si un hombre hacía algo bueno y se le animaba con amor, era capaz de lograr incluso lo imposible. Si una mujer tan solo entendía cómo usar sus fuerzas, no recibiría del ser creador nada que no fuera felicidad. Pero cuántas no se conocían a ellas mismas, no sabían de todos estos estados, incluso se habían pasado a lo masculino. Estaban en la tierra para perfeccionar la vida, pero ese perfeccionamiento tendría que volver en ella y era eso lo que el hombre tendría que comprender, poder intuir y querer dar. Era el amor, nada más que el amor, era el núcleo, la fuerza motriz de toda vida, de toda creación. A través de la mujer el hombre creaba, se podían lograr milagros; su amor lo animaba.

Nuevamente oyó a Alcar, quien dijo: “Ya te habrá quedado claro, André, que la mujer es la fuerza que anima todo el arte y que solo de este lado entenderá plenamente su tarea”.

Iban adentrándose cada vez más en el taller espiritual. Veía arte por todas partes, nada más que arte glorioso. ¿Qué valor tendría la vida de no existir el arte? Sin duda era una gran felicidad si se sabía representar los sentimientos interiores en un paisaje o en una estatua. El arte era Dios, cuando se daba y percibía lo perfecto. A través del arte se podía alcanzar lo más supremo, pero solo en el espíritu; en la tierra no era posible porque allí el ser humano tenía sintonización con el tercer grado cósmico y había siete grados de sintonización cósmica. Volvió a sentir que Alcar lo había ayudado para entender plenamente el arte espiritual. Estaba conectado con Alcar y seguía estándolo. Era glorioso. El arte era la vida y, después de la muerte terrenal, exclusiva-

mente amor. Cuanto más grande el amor, tanto más bello el arte. Lo que en la tierra se quería comparar con arte no era más que un estado material; allí residían los sentimientos del ser. Era la verdad absoluta y no humillaría el arte, simplemente porque el ser humano vivía en esa sintonización.

Allí, un espíritu todavía joven había estado trabajando en una obra de arte grande. Vio y sintió claramente, como si se estuviera grabando en su alma, que el ser que estaba pintando representaba a su madre, que seguía viviendo en la tierra. Amor, ¡amor solamente! Representaba a su madre como la veía y sentía, y era un estado curioso. Si un artista en la tierra hiciera esto, todo el mundo reconocería de inmediato el ser hasta en lo más profundo del alma. El ser la había retratado, pero alrededor de su efigie había una sinfonía de flores. En ella residían todas sus características en varios tonos y representaciones, o sea; una representación simbólica de todo su ser. Era glorioso. Las flores florecían y difundían una gloriosa luz. Era un conjunto hermoso. Aun así le faltaba algo en la pieza, en el ser, que le habría encantado ver allí y que una madre amorosa debería poseer. El blanco inmaculado; eso era lo que echaba en falta. ¿No residía esa fuerza en ella? Y volvió a oír decir a su líder espiritual: “No, hijo mío, ningún ser de la tierra puede entrar a la primera esfera espiritual (la cuarta de luz), porque todo ser tiene que pasar por su purificación de este lado”. André entendió. El ser que representaba a esta madre había sido una madre amorosa para su hijo, lo veía por la exuberancia de las flores. Pero todo era la sintonización humana. Cuando hiciera la transición, ella también entraría en la primera esfera. Aun así sentía que del conjunto emanaba una cierta tristeza; era una fuerza que le quitaba irradiación y felicidad al conjunto, como si se le detuviera en su capacidad de alcanzar lo más elevado. Era conmovedor ver y sentir lo que obstruía al pintor. Ahora se le mostró una imagen en una nítida visión, por la que intuyó y entendió esa tristeza. Vio a un ser en las esferas oscuras que intentaba liberarse de esas tinieblas. El constante implorar penetraba hasta el ser y colocaba la emanación de toda su miseria alrededor del conjunto. Inconsciente de todo ponía esas fuerzas en su madre y alrededor de ella. Era la fuerza que se oponía para poder dar lo perfecto; era un freno para su propia personalidad. André sintió el significado profundo de este problema. Solo crearía obras de arte cuando también su padre perteneciera a los felices. Lo unía un lazo de amor; él mismo tendría que ayudar a su padre; se desarrollaría haciéndolo, su arte crecería porque interiormente se habría elevado por darse a otros. Solo entonces podría el ser alcanzar lo perfecto en la esfera en la que vivía. Aquí se esperaba hasta que él mismo decidiera y sintiera claramente que tenía que descender. Luego haría grandes progresos en poco tiempo, por haberse liberado de alteraciones. En la tierra, el artista siente todos estos estados de los sentimientos, aunque no se perciban todas estas transiciones en amor.

André volvió a notar que su líder espiritual lo estaba ayudando. Luego oyó que se decía: “Cuando sienta que tiene que descender, Ambrosius se lo dirá y le aclarará también cómo puede desarrollarse por ayudar a otros. Cuando vuelva de su peregrinación, su estado interior habrá cambiado, por lo que también entenderá que se alcanzará lo perfectamente espiritual en la primera esfera espiritual, que es la tierra estival. Así es la vida aquí; hay que poseer amor si se quiere poder lograr algo en el espíritu. Si se recorre otro camino, el ser humano estará detenido en su desarrollo y todo será egoísmo. ¡Nada más que deseo personal por ser algo! Pero el ser humano tiene voluntad propia y por lo tanto actuará como sienta”.

André lo entendió todo. Aquí se podría hacer lo que se quisiera, pero era mejor recorrer aquel otro camino, que había recorrido un espíritu más elevado.

Allí venía el perrito de Alcar. El animalito venía a su encuentro brincando y moviendo la cola y André sintió lo que quería. Seguirían. Cuando le hizo sentir esto al animal sintonizando su concentración, se volvió y fue al encuentro de Alcar, al que veía acercándose a lo lejos. Qué poderoso era el amor. Los animales en las esferas entendían todo y eso era así porque el intelecto establecía una conexión que significaba sentimientos y vida.

Allí estaba Ambrosius con su líder espiritual; se acercaba el final. Ascenderían para visitar otros estados. El espíritu se le acercó, lo miró profundamente a los ojos sin pronunciar palabra, de modo que André sintió que lo atravesó un amor radiante. En esta mirada residía todo; las palabras no podrían expresar este sentimiento. Era amor, nada más que amor. Alcar se despidió y su perrito daba brincos juguetones de alegría. Pero también para el animal había llegado el final. Alcar lo llamó, lo acarició y le dijo palabras cariñosas. Qué potente era este momento para André, cuando pensaba en la vida terrenal de Alcar y en la vida que poseía ahora. No pudo encontrar palabras para exponer estas vidas diferentes.

“Ahora primero nos despediremos de nuestro amigo, André, para luego seguir nuestro camino. Ponte aquí a mi lado”.

Nuevamente, André vio que tenía lugar un milagro celestial, que solo era posible en las esferas, en la vida después de la muerte. El animal los miró a ambos, de pronto se dio la vuelta y desapareció atravesando las paredes; había entrado a su esfera animal, el milagro se había cumplido. Había desaparecido como una sombra. No se podían encontrar palabras para esto y por lo tanto André tampoco intentó resolver este problema para sí mismo. Era descomunal y era sin duda alguna verdad como todo lo que Alcar le había mostrado y aclarado hasta ahora. Todo era fuerza, esa fuerza era amor, solamente amor, sintonización en el espíritu.

—Y ahora hacia la segunda esfera, hijo mío; ¡me faltan muchas cosas por

aclararte!

—¿Quién es Ambrosius, Alcar?

—En la tierra fue un monje. Es un espíritu de la tercera esfera, pero prefiere trabajar aquí. Hace ahora de este lado lo que no pudo llevar a cabo en la tierra, es decir: conectarse con todo lo que vive. Cuando vuelva allí, quiere otra vida y ya no se hará encerrar para flagelarse. Ahora dice: ya que sé qué intención tuvo Dios con la vida en la tierra, clamo por fuerza y le pido que se me conceda volver allí y vivir la vida significando algo para otros y pudiendo amar toda la vida. Quiere vivir entre la gente como un ser humano pensante normal. No como un ermitaño, que espera su final enclaustrado. Ambrosius clama muy fuerte y muchos con él: quiero vivir, vivir con la vida de la que yo mismo me privé en la tierra. Ahora nos desplazaremos rápidamente para alcanzar la segunda esfera.

Alcar se desplazó como un rayo y entraron a la segunda esfera. André vio muchos espíritus, que llevaban todos túnicas y eran más jóvenes que en la primera esfera. Se los había encontrado en su viaje anterior; ahora estaba conociendo su vida. Las casas y los edificios eran más bellos y de otra arquitectura que en la primera esfera. Aquí también había edificios construidos por espíritus más elevados. Alcar ya le había aclarado su significado, de modo que entendía todo. Aquí había niños y los mayores de la primera esfera habían depuesto su vejez y se les veía jóvenes y bellos. Aquí no vivían seres deformes como en la tierra. En la vida después de la muerte no se conocían mutilados; aquí todos eran bellos y jóvenes, como era su sintonización interior y conforme sintieran. Aquí el ser humano crecía hasta haber alcanzado la primera sintonización espiritual. Los seres humanos poseerían grandeza y belleza según la esfera, sintonización y los sentimientos hasta que entraran a la primera esfera espiritual, donde aceptaban su sintonización espiritual, interior y exterior. Entonces recorría su camino, su largo camino vital, evolucionando cada vez más, cada vez más hacia arriba, para entrar en algún momento en el Omnigrado. André agradeció a Alcar este mensaje claro, transmitido en la lengua espiritual. Así se hablaba en el espíritu, había entendido, comprendido y sentido claramente cada palabra.

—Qué bello es todo, Alcar.

—No solo bello, sino también verdadero; hay verdad en todo. Aquí, André, los viejos vuelven a ser jóvenes, los jóvenes se hacen viejos hasta que, como te acabo de transmitir, hayan alcanzado el grado cósmico de sintonización espiritual. Los tullidos de la tierra vuelven a ser normales; aquí no hay personas deformes. Los ciegos volverán a ver, los sordos a oír, los que hayan perdido brazos y piernas en la tierra volverán a ser normales cuando entren a esta vida. No se puede destruir el cuerpo espiritual. El ser humano que vive aquí es bello eternamente, para siempre. En esta esfera podrás admirar las

artes plásticas, pero tampoco aquí permaneceremos mucho tiempo, porque primero quiero mostrarte nuestro arte en la quinta esfera. Aun así quise que primero vieras este arte también, para que vieras la diferencia imponente entre el arte que poseen aquí y el de los de mi esfera y de todas las regiones elevadas.

André volvió a ver a personas que tenían sus amigos terrenales con ellos y que estaban conectadas en amor. Las aves cantaban su canción y las flores decoraban esta esfera, en la que también se encontraba el ser humano. Cada ser que vivía aquí quería ascender, porque ya intuía ese calor más elevado. La naturaleza también era hermosa y veía llanuras, montañas y agua. Entraron en un templo muy bello. Alrededor del edificio crecían frutas y florecían plantas, y al entrar vio que también crecían dentro del edificio. En todo residía su vida pura, aunque los que vivieran aquí todavía no se sintieran liberados de pensamientos materiales. André volvió a entrar en un edificio de arte espiritual, muy curioso por lo que volvería a vivir ahora. Ante él había grandes pedazos de piedra en todos los colores. Vio piedras envueltas en una emanación azul clara, otras tenían diferentes tonos, pero le gustaron más las azules. Había colores muy suaves, pero le era un misterio cómo de este lado se hacían con piedras tan hermosas, que parecían mármol. Aquí había todo lo que pudiera servirle al ser humano pero mucho más bello que en la tierra. En la tierra era imposible hacerse una idea de la posesión espiritual. Aquí veía todos los colores mezclados. En esto residía vida y esa vida irradiaba luz. Todo el arte irradiaba; toda la vida poseía la fuerza espiritual que era el amor. Aquí también vio a varios seres que estaban trabajando en una obra de arte. Vio una escena preciosa, rodeada de muchas figuras y que representaba algo simbólico. Muchos espíritus trabajaban en ella. Hacían realidad esta creación artística juntos, pero uno de ellos era el maestro. En la parte de arriba de esta representación vio un globo, como si fuera la tierra, que era cargado por decenas de figuras humanas, y encima de la bola una cruz en mármol níveo. La cruz resaltaba mucho y a cualquiera que la mirara le imponía respeto por el Creador.

—¿Qué representa, Alcar?

—Esta estatua, hijo mío, representa que el ser humano carga la vida y la representa. La bola es la tierra, la cruz la vida, con la que se representa a Cristo.

Las figuras que la cargaban eran de tamaño real. Todo era grandioso y el conjunto, amor. Todos los que colaboraran en esto y daban sus fuerzas sentían amor. La pieza irradiaba y también ellos irradiaban esta fuerza del amor. Era la felicidad de que fuera concedido crear algo así. ¡Oh, qué bello, qué imponente era este arte! Un poco más adelante vio que un ser trabajaba en un templo, representándolo en mármol colorido. Era una catedral con

muchas torres. La estatua era imponente, tan intensamente bella y magnífica que lo conmovió interiormente. ¿Cómo era posible poder desarrollar la sensibilidad artística hasta tan alto nivel? En la tierra no era posible alcanzar esta altura. Se habían esculpido en mármol las torres finas como la filigrana. Toda la estatua medía ocho o diez metros de altura. Era de una belleza milagrosa y casi increíble. Otro poco más adelante vio lo que ya se había vuelto a encontrar en muchos lugares: la fuente festiva, que un espíritu estaba representando a partir de un gran bloque de mármol colorido. También esta estatua, esta joya por excelencia de las artes plásticas, tenía un significado sagrado. Había podido admirarla en la morada de Alcar y en su primer viaje a la tercera esfera. ¿Para quién sería la fuente? ¿Servía también en esta esfera para incitar al ser humano a recibir este regalo divino de fuerza interior y amor? ¿Era la fuerza motriz en esta forma? Una voz interior le dijo que había sentido bien y por eso supo que también aquí Alcar lo seguía en todo. Aquí no se hablaba, porque no podían molestar y también entendió por qué se le había dejado solo en la primera esfera. La fuente era su vida; solo en la tercera esfera recibirían este regalo. Entonces ingresarían en una orden y solo harían la transición a ella en la cuarta esfera. André lo entendió porque Alcar ya le había hablado de esto. Como el bello edificio en la primera esfera incitaría a los que vivían allí para trabajar en ellos mismos, así la fuente pronto haría valer sus fuerzas, incitándolos a pasar a la acción. Era bello e inmaculado como se representaba todo esto con arte en piedra. En todo estaban los pensamientos de espíritus más elevados, señas sutiles pero apremiantes a la vez, que mandaban para apoyar a los que vivían aquí. Lo que lo volvía a conmover cada vez era esta suave señal, ese llamamiento amoroso para hacerlos ver la luz, sentir la felicidad, que sentían y llevaban interiormente en su propia esfera. Habían descendido desde una esfera más elevada artistas para ayudar a sus hermanos y hermanas, y eso ocurría a través de su arte elevado, por lo que podían ver y sentir que era posible ascender. ¿Cómo se actuaba en la tierra? Allí se miraba la creación artística; no se sentía el amor del ser creador. En la tierra tampoco era posible, porque estos sentimientos tenían sintonización con una esfera más elevada que la de la tierra. Aquí, en la segunda esfera, donde se encontraba ahora, veía arte que se tenía que intuir si se quería entender por completo. El ser humano que vivía aquí había despertado y estaba listo para entrar a la tercera esfera, donde le esperaba una felicidad aún más grande. La vida sería más grandiosa, las flores y la naturaleza más bellas, las personas que vivían en la tercera esfera más jóvenes. Así todo iría cambiando; un continuo ascenso hacia el reino de los cielos, hacia la propia casa de Dios, en la que se guarda y reserva un lugar para cada ser humano de la tierra. Así va avanzando el ser humano, siempre más, y así cada esfera posee su arte, según la sintonización que encuentre el sentimiento en el espíritu, porque el

ser humano crea según sus sentimientos, según su amor. Que muchos líderes espirituales desciendan hacia aquí desde una esfera más elevada para asistirlos, sacrificándose para apoyarlos y enseñarles cómo capacitarse en el arte, solo tiene como propósito que se liberen para poder entrar a la cuarta esfera, lo que solo es posible ayudando a otros. También los que viven aquí podrán entrar de esta manera a esferas más elevadas. Por eso se representa la fuente, que los incitará a significar algo para otros y trabajar en ellos mismos. Aquí se dedican al arte, pero solo en la cuarta esfera se encuentra el arte perfecto, con sintonización espiritual. Sabemos demasiado bien que nuestro arte no puede ser perfecto, porque nosotros mismos somos niños en el espíritu, en los sentimientos, en amor, aunque seamos ángeles y alcancemos esta sintonización. Pero ya este arte no se puede comparar con eso, pues es mucho más elevado que el arte que se da en la tierra.

—Y ahora, ¡a la tercera esfera!

Alcar se acercó a André, abandonaron el taller espiritual para dirigirse a la tercera esfera. Continuaron planeando.

—En este viaje, André, te esperan muchas sorpresas, pero también una gran felicidad, que fue imposible vivir en nuestro viaje anterior.

—¿En cada esfera me permitirá admirar el arte, Alcar?

—No, eso no, me quedan otros estados por aclararte.

—¿Irás conmigo a la sexta esfera?

—Eso tampoco es posible, pero te acompañará mi maestro, que ya has conocido en la tierra y para quien se te concedió trabajar.

André se quedó en silencio después de estas sencillas palabras; en ellas se escondía un problema. ¿Por qué tenía que ir a esferas incluso más elevadas? ¿Para qué era necesario todo esto? ¿No había recibido suficiente sabiduría todavía? En su viaje anterior no pudo entrar a la quinta esfera y ahora visitaría esferas todavía más elevadas. ¿Para quién era todo esto? Las fuerzas sagradas de Dios le permitían entrar a pesar de todo y entrar en un estado que Alcar todavía no alcanzaba. Su maestro lo guiaría; ¿por qué se merecía todo esto? Entonces seguramente no quedaría tiempo para visitar a su hijita. Alcar había elaborado su plan grandioso y en este viaje le quedaban muchas cosas por recibir y que le serían concedido vivir. Esas lógicamente eran las muchas sorpresas, la gran felicidad de la que sería partícipe. ¡La sexta y séptima esfera! Se sentía mareado. Aun así le dolía que tuviera que abandonar a su líder espiritual. Preferiría quedarse con él, lo que le significaba una felicidad aún más grande. Una y otra vez pensaba en eso; no podía desprenderse de ese pensamiento, lo tenía ocupado. Un espíritu más elevado —Ubronus— le había mostrado la casa de Alcar. Él también era solo amor y vivía en la sexta esfera. Allí iría ahora. ¡Era increíble!

—¿No es glorioso, hijo mío, poder visitar las esferas más elevadas como ser

humano terrenal? ¿No te hace feliz?

—Todo es hermoso, Alcar, pero preferiría quedarme con usted, por más bello que sea. ¿Por qué hace falta?

—Te lo aclararé. Sabes que vine a la tierra para contarle a la gente de nuestra vida. Pero no solo yo, sino que miles de espíritus conmigo estamos conectados con esta orden. Todos queremos mostrarte a ti, como instrumento, nuestra vida, para hacerla del conocimiento de la gente. Así podremos ofrecerles una clara imagen de cómo son las esferas y también de cómo alcanzarlas. Es mi trabajo mostrarte estados y sintonizaciones, así como conexiones, y para eso te esperan aún la sexta y séptima esfera; así habrás obtenido una clara imagen de todas las esferas existenciales en el espíritu, como le parecía necesario a mi maestro. Recibí mi apoyo de esa orden, de allí se me dieron las fuerzas necesarias. Así vienen a la tierra miles de espíritus, en todos los países; nuestra sabiduría, nuestra vida se ofrece en varios idiomas. Solo cuando hayas visto todas las esferas existenciales, el ser humano sentirá lo inmensamente grande que es la felicidad que le espera de este lado. Luego visitaremos otros estados, haremos otros viajes. La sexta y séptima esfera son, pues, aquellas sintonizaciones que visitarás con un ser de sintonización más elevada, porque yo no puedo ir más arriba que mi propia esfera, ni se me concederá hacerlo. Luego volverás e irás conmigo de regreso a la tierra, de modo que entonces también este viaje habrá concluido. Así que no olvides nada de lo que se te mostrará, pues ahora sabes que fue mi maestro el que me mandó a la tierra y que haces el trabajo de ellos en la tierra. No olvides que desde este lado muchos ojos descansan en ti y esto es cierto para muchos otros que hacen el mismo trabajo que tú y que sirven a poderes más elevados en la tierra. Que todo signifique nada más que felicidad; te fortalecerá en el espíritu y será sabiduría para ti y para muchos otros. Puedes entrar en esas esferas más elevadas porque haces y cumples nuestro trabajo con amor. Mira, allí frente a nosotros está la esfera de conexión, que conecta la tercera y la segunda esfera. Permaneceremos en la tercera esfera. Los primeros rayos de sol nos iluminan y ahora pronto entraremos en la tercera esfera.

André vio que venían a su encuentro varios seres que se estaban capacitando para algún estudio y que se desplazaban planeando, como ellos. Ya antes, Alcar le había aclarado de dónde venían y para qué se estaban capacitando, y por eso ahora entendió este encuentro. Todos eran alumnos que, guiados por espíritus más elevados, concluían de este lado los estudios que habían empezado en la tierra. Pero sus estudios tenían que encontrar sintonización en el espíritu, de lo contrario no era posible y entonces tendrían que quitarse de la cabeza todo lo que habían aprendido en la tierra. Aquí todo servía a la felicidad de las personas; todo era amor, nada más que amor. Por eso todos primero tenían que haber alcanzado la tierra estival; antes de eso, un estudio

en el espíritu no era posible. Tenían que conocer las fuerzas espirituales de todas las demás esferas que estaban por debajo de su propia sintonización, por las que podrían conectarse. Para conectarse en el espíritu hacía falta posesión espiritual; de lo contrario uno se encontraba en profundas tinieblas y no podía percibir. La luz en el espíritu era poseer amor; aquí, en esta vida, no había más que sabiduría y felicidad. Conectar era saber, hacer la transición a otro estado y solo era posible por amor. Todo era tan sencillo, pero también sabía lo difícil que era para el ser humano en la tierra dar amor. Tenía que ponerse a sí mismo en segundo plano, pero el ser humano no lo quería. Sin embargo, en el espíritu había un solo camino, una sola posibilidad para llegar a la luz, a la felicidad eterna, y era únicamente dándose a los demás.

Avanzaban cada vez más y entraron en la tercera esfera. André ya había estado aquí algunas veces. En su viaje anterior, Alcar había vuelto a las profundidades más profundas y en un fogonazo se habían conectado con el valle de dolor. Aun así entraron ahora en una región de este bello país que le era desconocida. Volvió a ver todo diferente. Le resultaba nuevo; cada vez volvía a ver estados diferentes. Podría permanecer aquí durante siglos, podría escribir volúmenes enteros sobre una sola esfera. Siempre lo conmovía al entrar. Qué bella era la tercera esfera. Era un lugar sagrado y no obstante, la gente sentía materialmente. Todavía no habían sido liberados de pensamientos materiales. Solo aquí harían la transición en el espíritu. Les esperaban años de ardua lucha para alcanzar la tierra estival. Vio ante sí un hermoso país con inmensas montañas y valles. Las montañas se erguían altísimas y los resplandecientes templos habían sido construidos sobre peñas sobresalientes. Arte, solo arte, posesión espiritual que servía al ser humano. A lo lejos vio un hermoso templo, construido con piedras de diferentes colores. El conjunto irradiaba como no podría hacerlo en ninguna otra esfera que se le había concedido visitar hasta ahora. Por todas partes veía hermosas esculturas adornando el entorno. Alrededor del templo se habían colocado adornos simbólicos y ahora entendió que también este templo estaba a cargo de espíritus más elevados. Por todas partes salían rayos de luz del edificio, todo vivía por la fuerza del ser. Aquí en esta esfera se vivía, aquí eran felices. La diferencia con la primera y segunda esfera era imponente. La naturaleza era aquí como en la cuarta esfera, el reflejo de esa sintonización. Esto también servía para incitar a los que vivían aquí a sintonizarse con la cuarta esfera. Todo lo que observaba era asombroso.

—¿Qué significa ese templo, Alcar? Es tan bello.

—Es el templo que llamamos el universo y en el que se te conectará más tarde con este. Encontramos templos parecidos en varias partes de esta esfera para incitar al ser a desarrollarse. Aquí, como ya sabes, eso se hace en silencio; ningún ser obligará a otra vida, porque aquí se actúa por voluntad y

sentimientos propios. Ningún poder, por más fuerte que sea, puede cambiar eso en nada. Como te decía, este templo es para el universo; también tenemos templos para la música y para todas las demás artes y ciencias. Aquí, el espíritu lo posee todo. Estos templos también sirven para presentar exámenes en algún arte o ciencia para las que se esfuerzan espíritus elevados. Luego el ser humano hace la transición a esferas más elevadas. Cuando ascienden hay fiesta en las esferas, como se te concedió vivirlo en nuestro primer viaje.

André se acordaba claramente de su primer desdoblamiento. Su felicidad había sido grande al volver a la tierra. Había visto a cientos de personas. En todas partes estaban felices. Jugaban y se divertían, bailaban bailes celestiales y planeaban por el espacio. Todo lo que percibía era imponente. Todos eran como niños, inmaculados en sus actos y purificados de todos los pensamientos terrenales. En nada sentía aquí algún tipo de obstáculo; aquí el ser era él mismo. Sentía claramente esta gran felicidad de poder ser sí mismo. ¿Cómo era en la tierra y en las regiones oscuras? Lo que había observado en las tinieblas era horroroso; aquí todo era amor inmaculado. En la tierra, unos les hacían la vida imposible a otros, no se podía vivir como uno quisiera; allí uno era molestado por otros. Aquí todos eran uno solo, conectados en amor. Oh, qué posesión, qué gloria. Veía flores y frutos y muchos otros productos de la naturaleza. Aquí la naturaleza servía al ser humano como en la tierra, pero esta era la vida espiritual. André tomó una fruta y le entró un glorioso líquido que lo reconfortó. Era glorioso, pero ¿quién le creería? A su alrededor volaban aves de colores imposibles de nombrar. Vivían con el ser humano y eran conscientes de su vida. Eran uno solo con la vida que Dios había depuesto en todo. Era asombroso lo que él vivía en la vida después de la muerte. Allí, ante él, fluía un pequeño arroyo, colorido por los colores de las flores y de la naturaleza, y en el que se reflejaba la vida. Los seres cantaban canciones, las aves los acompañaban y daban las gracias a su Dios de amor y justicia. Aquí no veía un baile de la vida; en todo residía su amor por Dios; era una oración hacia su Padre. Qué imponente era la diferencia con los que vivían en las regiones oscuras. Qué animalizados estaban allí, qué elevados todos estos hombres aquí. Eran niños en el espíritu, hijos de un solo Padre. André sintió lo que significaban esos bailes. En ellos residía su felicidad, era su gratitud, un profundo sentir y comprender. Planeaban suave como el viento, bajaban en movimientos aiosos, todo intuitivo hasta en lo más profundo del ser, y todo era amor, una oración expresada en arte. Este acontecer era grandioso. Si el ser humano en la tierra no hubiera echado a perder su vida, recibiría todo esto al terminar allá su vida. En esta extensión vio caminando a seres tomados de los brazos, rodeados de belleza celestial y felicidad. Aquí convivían hombres y mujeres de la tierra, conectados eternamente. Uno solo en amor, hombres, mujeres y niños, gemelos y gemelas, y almas gemelas. ¿No era grandioso y

no ponía feliz al ser humano terrenal saberlo? Llegaría el día en que todos los seres de la tierra conocerían esta felicidad; ninguno se escaparía; en la casa de Dios hay muchas moradas; se cuidaba de cada niño, para cada ser Dios tenía felicidad como no se conocía en la tierra. Unos llegarían aquí más pronto que otros; pero en algún momento su felicidad sería perfecta, si recorrían el camino correcto. Aquí ya no había ancianos, todos estaban rejuvenecidos y bellos. Aquí vivían en un estado más elevado. Cuanto más avanzaban, más bella la naturaleza, la vida era el amor que el ser humano sentía y poseía. Ahora veía el gran edificio mejor que cuando habían entrado a esta esfera. Su líder espiritual caminaba rumbo al templo, pronto habrían llegado. Ahora vio muchas torres grandes y pequeñas y el conjunto, adornado con representaciones simbólicas. No podía percibir la cima más elevada; este edificio había sido construido para tocar el cielo. En una de las torres vio una cúpula en forma de bola, conectada en círculo con muchas bolas más pequeñas. En otras torres vio la misma representación y ahora entendió el significado, porque Alcar se lo había contado de antemano.

—¿Vamos allí, Alcar?

—Sí, André.

Cuando se hubieron acercado un poco más, vio que el templo descansaba sobre una gran plataforma y que había sido construido con mármol colorido. Era grandioso; no podría encontrar palabras para expresar cómo este templo estaba lleno de arte y arquitectura. Irradiaba luz como si lo iluminaran poderes invisibles. El edificio estaba abierto por todas partes, como toda morada espiritual, y vio flores, vida y felicidad.

—Entraremos, André, se te revelará mucho.

Todo el edificio era sostenido por cimientos potentes. Al entrar, lo primero que observó y reconoció fue la fuente espiritual, que se poseía en todas las esferas. La representación de esta era grande y bella. La fuente reunía sabiduría, fuerza y amor. Cada ser se concentraba en este don imprescindible; sin esta sabiduría, la vida aquí no tendría significado. Sin amor no había felicidad, sin felicidad todo era frío y árido, y se vivía en las regiones oscuras. Cada ser llevaba esta fuente interiormente; era la fuerza sagrada de Dios. Rodeada de flores y frutas, de aves y verdor, esa era la manera en que estaba adornada la fuente. También dentro del templo los pájaros entonaban sus canciones y vivían junto al ser que vivía allí y que se sintonizaba con esferas aún más elevadas. Vivían en gratitud hacia Dios; para Él, a través de Él vivía toda la vida. En la fuente vio la misma representación que en las diferentes torres que había observado desde fuera, aunque aquí esta representación se hubiera hecho con piedra de varios colores. Sintió y vio claramente el significado de este milagro. Eran planetas y estrellas, todo era uno solo, un universo en miniatura, una partícula del imponente Universo que Dios creó. Todo eso

era Dios y se inclinó mucho interiormente ante todo lo grandioso que se le mostraba. Muchos seres lo adelantaron caminando; era como si viviera entre ellos. Todos llevaban hermosas túnicas que brillaban de acuerdo con su fuerza interior, según el amor que portaban. De pronto oyó un hermoso cántico, se sintió acogido y fue conectado con otros cuerpos. “Elevándose”, sonaba en sus oídos, “el ser humano quiere acercarse hacia arriba a su Dios. Elevándose, hacia el que es Padre de todos nosotros”. Todos participaban en el cántico y eran felices. A él le conmovió el alma profundamente y lo inundó un sentimiento inmaculado. Volvió a oír que cantaban como ya lo había oído antes en las esferas. Tranquilamente, como había llegado, fue bajando, y el cántico terminó. En cada esfera feliz, el ser humano cantaba su canción espiritual; en ella residía su oración, se traducían sus sentimientos.

Alcar se fue adentrando siempre más en el templo; André seguía a su líder espiritual pisándole los talones y daba un grito de admiración tras otro por todo lo bello que observaba. Qué milagros veía. En varios tipos de flores se habían colocado dichos que cualquiera entendería de inmediato. Estos arreglos florales representaban pensamientos de manera simbólica. También este arte era muy curioso. Así como se adornaba un jardín en la tierra, aquí la naturaleza había creado obras de arte calculadas puramente por sentimientos refinados. Intuyó de inmediato y de manera clara una de estas representaciones. Era: de las tinieblas hacia la luz. Vio tonos oscuros; las diferentes transiciones en color se habían aplicado suavemente usando para su confección flores grandes y pequeñas. Las tinieblas eran negras como el azabache; bellas como la seda las flores que hacían la transición hacia la luz suavemente, para terminar en lirios níveos. Era un pedazo de naturaleza y al mismo tiempo un estado vital que la naturaleza había entrelazado. El conjunto era un arriate cuyas flores florecían eternamente y nunca marchitarían. La vida significaba la esfera y cuando cambiaran las esferas, ascendía muy por encima de toda la vida; la fuerza sagrada de Dios, por la que la vida vivía y florecía. La luz proyectaba su sombra hacia adelante; algún día ya no habría sombra; entonces el ser humano sería Dios y habría vuelto en el Omnigrado. Allí frente a él vio una estatua imponente. Miles de flores habían sido juntadas en una exuberancia de colores y en el centro, en forma de cruz, estaba el lirio espiritual, níveo, como símbolo de pureza. Todos los demás matices irían cambiando para fundirse con el blanco inmaculado; solo entonces también el ser humano se habría espiritualizado. Ser humano, le decía, cambia tu estado interior, sintonízate y depúrate de todos los demás colores, hasta haber recibido la vestidura inmaculada. Antes de eso no descansarás y siempre seguirás tu camino.

Todo era para servir al ser humano, para incitarlo a enriquecerse espiritualmente. No había cosa que más se anhelara aquí que ver la vida feliz. El

azul era la fuerza que curaba, el rojo y el suave morado los colores de la sintonización con diferentes características de los sentimientos en el arte. El símbolo era sencillo aunque profundo, aunque tampoco demasiado, para que la vida pudiera captarlo. Se percibía aquí el significado, porque se poseía amor. Allí vio una estrella de siete picos en flores. ‘¿Qué representaría esa creación artística?’, pensó. Intentó conectarse pero no lo pudo intuir. De inmediato oyó la suave voz interior, el idioma espiritual, que le decía: “Representa la cuarta mentalidad, con sintonización cósmica”. André entendió; había flores que no había visto en ninguna de estas esferas; así también le era desconocida esa vida al hombre que vivía aquí. Aun así era la realidad; se sabía, se sentía que los rodeaban otros seres más elevados que ellos, cuya existencia más elevada todavía no se podía intuir. En su último viaje, Alcar le había aclarado varias mentalidades y también ahora entendía el significado profundo de esta representación. La sostenían fuerzas desconocidas. En silencio le agradeció a Alcar esta clara exposición. Luego vio muchas otras esculturas de flores que representaban esferas más elevadas. Y también esculturas de todos los planetas y estrellas, lunas y soles, incluso el universo entero estaba representado en flores y colores, en una vida eterna. Vivía, era vida, era Dios.

—Conocemos aquí todas las sintonizaciones, hijo mío —oyó decir a Alcar—, en forma viva. Ven, vamos a seguir, más hacia arriba.

El edificio era extraño. André sintió que había sido construido en círculo y que iban subiendo cada vez más. Siguieron su camino dando vueltas y también aquí todo estaba adornado con flores de las esferas. Donde viviera el ser humano había flores y se podía encontrar otra vida. El ser humano nunca se sentía solitario, siempre estaban rodeados por vida joven y bella. Pensó que el final no llegaría nunca; su líder espiritual seguía ascendiendo cada vez más. Finalmente, habían llegado a la parte más elevada y su líder espiritual se detuvo. Un espíritu en una túnica nívea se le acercó a Alcar, como si hubiera esperado su llegada. André quiso quedarse donde estaba, pero le hizo una señal para que se acercara. El ser era bello.

—Hermano mío, Alcar, Dios esté con usted.

André oyó que su líder espiritual le hablaba al espíritu Aloisius. Luego el espíritu se le acercó, pronunciando las siguientes palabras, que lo llenaron de felicidad:

—André mío, sé de su llegada; se le dará mucha sabiduría.

André no tuvo tiempo de averiguar cómo sabía el espíritu quién era; y es que ¡aquí se conocía a todo el mundo y se sabía todo! No pudo pronunciar palabra. Aloisius tomó a su líder espiritual por el brazo y juntos siguieron caminando. Los siguió pisándoles los talones y el corazón le latía de emoción contenida por lo que viviría ahora. ¿Dónde estaba aquí, qué le mostraría este espíritu? En todos lados conocían a Alcar; todo el mundo conocía a quien po-

seyera mucho amor. André se sintió feliz por ya poder vivir en la cercanía de ellos, aunque fuera brevemente y tuviera que volver a la tierra. Habían pasado por varias salas y ahora vio que iba habiendo cada vez más oscuridad. ¿Qué era? No entendía nada, no sabía lo que significaría. Cuanto más se adentraban en el edificio, más oscuro se iba haciendo. Finalmente, llegaron a una amplia sala, donde se detuvieron y donde había un conjunto de máquinas. ¿Estaban aquí en un observatorio astronómico? Se parecía mucho. La luz se había convertido en una emanación azulada. Alcar se le unió, porque Aloisius había ido a otra habitación. Se habían sentado en una banca de reposo y esperaban lo que vendría. Fueron puestos en marcha algunos aparatos y se oía un suave zumbido. Encima de él vio la cúpula esférica en una vestidura azul resplandeciente. Era el universo, aunque no se avistara una sola nube. Se fue haciendo aún más oscuro y luego volvió a clarear, y entonces el azul se convirtió en una sintonización más clara. La luz volvió a borrarse para fundirse en un tono azul intenso. Ahora era como si se encontrara en el universo; todo a su alrededor era naturaleza, nada más que el espacio abierto. Asombroso lo que se había logrado aquí. Ya no estaba en el edificio, vivía y planeaba en el espacio. Todo esto era imponente. Alcar estaba inmerso en cavilaciones, no decía nada y él también sintió que se le estaba conectando. Iba a ocurrir un gran acontecimiento. El universo entró en él, se sentía uno solo; estaba siendo conectado por el genio. Veía muy profundamente en ese resplandor oscuro, azul, violáceo. No podía observar el final en ninguna parte. ¿Lo habían puesto bajo sugestión? Era increíble. No, aquí se le estaban mostrando poderes y fuerzas y milagros nuevos, que no se conocían en la tierra. Pensó observar algo en el universo. El firmamento se iluminó por un suave resplandor; no sabía ni podía discernir de dónde venía. Ahora se iba haciendo visible un círculo, que se hacía más y más denso e iba cambiando de forma. Este volvía en una bola, se hizo más denso y ahora vio que aparecían también otras esferas luminosas de la misma manera. Alrededor de la primera bola apareció otra, que permaneció envolviéndola como una emanación luminosa. Así veía la tierra cuando observaba el planeta desde una gran distancia con Alcar. La bola luminosa era para la tierra su emanación espiritual, pero no sabía lo que significaría aquí. Pero era grandioso. La primera bola se fue haciendo cada vez más densa y ahora podía discernirla mejor y entendió el significado. Vio que salía un planeta y muchos otros. Luego venían otros planetas más, estrellas y soles, y todo estaba vivo. Era como si planeara. Sin embargo, sentía que no había cambiado de lugar, sino que era uno solo, acogido en el inmenso universo. Vio ahora miles de manchas luminosas; todas ocupaban un lugar y describían una órbita fija; también en esto residía la fuerza sagrada de Dios. Era un espectáculo imponente, incomprensible para él. ‘¿Qué significaría todo esto?’, se preguntó. Así que todos los planetas describían su

órbita fija, pero al mismo tiempo sentía la poderosa irradiación que emanaba cada cuerpo. Todo le había llegado en “sentimientos”, y sabía que se estaba incidiendo en él.

Ahora oyó claramente que le hablaban:

—El primer planeta es también la primera sintonización cósmica. El segundo que ha observado y que es más grande, es la segunda sintonización cósmica; luego sigue la tercera, la tierra; después la cuarta, quinta y sexta, así como la séptima mentalidad cósmica, donde vive Cristo. Lo que le mostramos es realidad; ya le ha contado de esto su líder espiritual. Aquí ve aparecer ante usted el universo. En todos los demás cuerpos se manifiesta nuestro gran maestro, es más, incluso cumplió una misión en la tierra. En la tierra, donde vive usted, el ser humano se encuentra en una sintonización material, incluso animal, lo que ya le ha aclarado su líder espiritual y a lo que no tengo nada que añadir.

Ahora André sintió que no era Alcar el que le hablaba. Estaba conectado, pero no sabía con quién. ¿Sería Aloisius?

La voz prosiguió:

—Lo que le mostramos solo sirve para aclararle que en el universo están presentes todas las mentalidades, es decir que hay planetas en los que existe vida y que algún día el ser humano hará la transición al Omnigrado, después de la séptima mentalidad, cuando muera allí, como en la tierra.

A André le pareció milagroso.

—Como ya dije, en la séptima mentalidad vive nuestro maestro, Cristo, que hace valer su influencia sagrada en todos los demás cuerpos, por lo que se le incita a la vida a sintonizarse con estados más elevados. Lo que le mostramos es el ciclo del alma. El hombre, como ser viviente, viene desde la primera sintonización y le harán falta miles de años para recorrer su camino. La vida vuelve y evoluciona. Cada vez más lejos, cada vez más hacia arriba, cada vez más difícil se va haciendo su camino para conectarse con vida más elevada. Todos nosotros, que vivimos en la tercera mentalidad, o sea, toda la vida que encontrará en su viaje, nos encontramos en el tercer grado de sintonización cósmica. Es decir que toda la vida que hay en el cosmos tiene una sintonización propia y esa sintonización es amor, fuerza del amor, que el ser siente y posee. La primera mentalidad también es la más baja; allí la vida está en el estadio inicial de desarrollo. La vida que existe allí no tiene una duración de vida y morirá pronto, ya sea para volver, ya sea para hacer la transición a una sintonización más elevada. Esa es la segunda mentalidad. De modo que la primera mentalidad es el estado de gestación de la vida. Desde allí empieza el ciclo del alma. O sea que la segunda sintonización es una mentalidad más elevada; el ser humano o la vida que reina allí hace allí la transición para entrar en el tercer grado de desarrollo. Esa es la tierra. Le es

conocida la vida en la tierra, porque vive allí. También le quedará claro que la tierra, es decir el nivel humano, no puede cambiar ni lo hará antes de que todas las sintonizaciones más profundas, o la vida que vive en la primera y segunda mentalidad, hayan hecho la transición a la tercera: la tierra. Así que la tierra está poblada por seres preanimales, lo que significa, como ya dije, el ciclo del alma. En la cuarta mentalidad, la vida cumple cientos de años y cuando muere allí, vivirá en la esfera donde nos encontramos ahora, donde usted vive, ve y siente, pero que para nosotros es invisible, pues no poseemos esa fuerza de los sentimientos. Su líder espiritual también le ha aclarado esos estados y verdades. Es la quinta mentalidad, es allí donde la vida cumple mil años o más, para luego hacer la transición y proseguir más adelante su plan de evolución. Luego quedan la sexta y séptima mentalidad. La sexta es aquella mentalidad donde la vida vuelve a envejecer, para ser acogida luego en la esfera de Cristo. De modo que los que piensan en la tierra estar con Él en el Paraíso quedarán decepcionados, pues no poseen todavía su sintonización ni la alcanzarán en miles de años. Pero que les sirva de consuelo: donde sea que se encuentre el ser humano, estamos conectados con Él, y lo seguiremos estando si lo queremos nosotros mismos, aunque todavía estemos lejos de su estado. Vivimos con Él en todo y con todo, porque Cristo es el Hijo Perfecto y lo conocemos a través de Dios. Por eso, nuestra vida es la Suya, Su vida tendrá que ser la nuestra. A través de Él, como le dije, conocemos a Dios. Podemos recibir Su amor imprescindible a través de Cristo.

La séptima mentalidad es ese planeta en el que el ser humano, cuando depone su cuerpo, hará la transición al Omnigrado. Entonces también le quedará claro a usted que, cuando el ser humano evoluciona hacia arriba, su cuerpo se habrá desarrollado de manera distinta, sus sentimientos de manera más bella y elevada, y que poseerá un amor más grande y puro. Desde la cuarta mentalidad, la vida lleva otro nombre y obedece a su sintonización cósmica. De modo que todo lo que pertenece a la tierra se queda en ella; todo cambiará cuando la vida entre en una sintonización diferente, más elevada. Así como usted vive, pues, así como el ser humano, el planeta tierra, ocupan un lugar en el universo, así también hay otros cuerpos en los que existe vida, pero en una sintonización más baja o más elevada. Y en toda esta vida está Dios, toda esta vida es amor, nada más que amor. Gran felicidad le espera al hombre cuando haga la transición en la tierra para entrar a esta vida. Pero nos esperan profundidades de felicidad aún más profundas, insondables para nosotros; abismos todavía más profundos que debemos salvar para que se nos conceda entrar en la esfera de Cristo. Sin embargo, llegará ese momento, por más lejos que esté todavía de nosotros. Observará usted que la luz que irradia la séptima mentalidad conecta e irradia todos los demás cuerpos, por lo que le quedará claro que el Mal está conectado con el Bien. Le repito: aquí vivimos,

aquí viven todas las otras mentalidades, aquí vive Cristo, en y con nosotros. Ya ve que todos los cuerpos describen su propia órbita y no habrá cambios en eso, salvo que un fallo cósmico obstruyera su recorrido. Podríamos aclararle muchas cosas pero es imposible, pues hay cientos de años de por medio y es incomprendible para los de la tierra. Pero queremos que baste con que le mostremos que la vida no termina con la vida terrenal, sino que prosigue su curso, para cumplir su ciclo hasta en el Omnigrado. Los maestros que hicieron posible que lo conectáramos con el universo viven todos en la séptima esfera. El genio que se siente cósmicamente conectado lleva una fuerza que nos hace posible proyectar según la vida. De modo que el universo se proyecta en la vida, porque todo lo que encontrará en las esferas de luz vive. En la tierra aún no conocen estas fuerzas, ni llegarán allí en mil años, porque la tierra tendría que haberse convertido en una séptima esfera con sintonización espiritual. Pero de este lado el espíritu se conecta con toda la vida, como acaba de observar. Recuerde todo, mi joven hermano, y cuente en la tierra que la vida allí ya es eterna y que el ser humano puede asimilar sabiduría cósmica si recorre nuestro camino, que es el camino de amor. Ahora volverá en su estado anterior, que es su propia sintonización, porque durante esta manifestación estuvo conectado con nosotros. A los que quieren los podemos convencer, si están dispuestos a inclinarse humildemente y a dejar que incida en ellos el espíritu sagrado. De lo contrario no es posible, porque no han alcanzado todavía ninguna esfera existencial. Solo en esta esfera es posible convencer al ser humano de esta verdad y contemplar esta vida eterna. La gente es traída aquí desde la segunda esfera y después de haber visitado la tercera esfera se les concederá entrar aquí. Y todo esto es para incitar al ser humano a buscar lo elevado. Ahora lo entrego a su líder espiritual y termino exclamándole: dígame al ser humano en la tierra lo que le espera de este lado; le espera la vida eterna, si quiere recorrer nuestro camino, que nos ha enseñado Cristo.

André volvió en su propio estado y vio que iba habiendo más luminosidad, hasta que volvió a aceptar su estado anterior. Se le había revelado un gran milagro en la tercera esfera. El cosmos se fue borrando, la vida que existía en él ya no le era visible. La conexión se había interrumpido. Alcar lo miró sonriéndole.

—No somos más que vida, hijo mío, somos solo un átomo de todo lo que Dios creó. Saca de allí la fuerza para tu vida terrenal.

Aloisius apareció, le apretó las manos a Alcar y se despidió de él. André agradeció al espíritu por todo. Mediante pensamientos dejaron el imponente edificio, para proseguir su camino.

André ve a su hija

André se había quedado mudo por toda la belleza que se le había revelado. Le esperaba mucho al ser humano después de su vida terrenal cuando entrara allí. De este lado se sabía por qué la tierra estaba poblada de seres animales y también que allí en algún momento reinaría la felicidad de las esferas. Aquí se sabía por qué se agotaban otras vidas, destruyendo su felicidad. Se sintió aturrido con todas estas verdades. ¿Qué era la tierra en comparación con los muchos otros planetas que había observado? Era insignificante en el universo. Pero ¿cómo se sentía el ser humano en la tierra? Allí, un solo ser humano tenía el poder de aniquilar a mil otros. ¿No era triste? ¿Cuánto le quedaba por aprender al ser humano de la tierra! Qué lejos estaba todavía del amor verdadero, puro. Lo que había recibido ahora era sabiduría en el espíritu. Qué feliz se tenía que sentir el ser humano por poder recibir todo esto. André estaba agradecido con Dios, el Padre de toda la vida, después de lo que se le acababa de mostrar. Tomó la mano de Alcar en la suya y con fervor le agradeció toda la belleza.

—Me ha dado mucho, Alcar, una gran felicidad para toda la gente.

—Esperemos que despierten unos cuantos, con eso ya queda recompensado nuestro trabajo. Ahora nos desplazaremos rápidamente a otro estado, donde te espera lo más bello de este viaje. Pronto te quedará claro a dónde nos dirigimos ahora.

Siguieron planeando y de pronto André sintió a dónde iban. Esto lo superaba; lo conmovió profundamente el amor grande y sagrado de su líder espiritual; ¡iban camino de la esfera de los niños! Ya estaban cerca de la esfera de conexión donde en su viaje anterior había podido contemplar a los niños espirituales.

—Alcar, qué bueno es conmigo, ¿por qué merezco todo esto?

—Tranquilo, hijo mío, de lo contrario no podrías visitar a tu hija. Se requiere tranquilidad completa.

Pero André ya no se pudo controlar y lloraba. Ahora se cumpliría y se haría verdad lo que tanto había deseado. Vería a su hija, que había dejado la tierra un año antes. A él, como ser humano terrenal, se le concedería visitar a su hija en la vida después de la muerte. ¿A quién no le conmoviera esto? Estaba agradecido con su líder espiritual hasta en lo más profundo de su alma.

—Me da tanto, su bondad no tiene límites.

—Pronto podrás saludar al pequeño ser, joven aún.

—¿Podría cargarla en brazos, Alcar?

—Creo que es posible, hijo mío.

‘Posible’, pensó André, ‘¿entonces no era todavía muy seguro? ¿Qué quería decir Alcar con posible?’. Pero quiso mantener la calma y esperar lo que ven-

dría. Oh, ¡qué feliz estaba! La pequeña vivía en belleza radiante. Había dejado la tierra en un estado de felicidad y luz. Había hecho frío la mañana en que la había enterrado. Se le había mostrado entonces una hermosa visión, había podido observar la vida espiritual. La nieve había cubierto la tierra, pero aquí había solo luz y felicidad. La muerte no estaba “muerta”, la muerte era vida. Aquí su hija muerta vivía eternamente, para siempre. Volvería a la tierra con un hermoso mensaje para ella, la madre de Gommel. Podría decirle que Gommel vivía y que había crecido convirtiéndose en un ser bello e inmaculado.

Entraron a la esfera de los niños; reinaba un sosiego tan intenso, tan celestial como nunca había sentido. Amor y flores de colores fantásticos por todas partes; los edificios y los templos donde vivían los pequeños eran de un blanco inmaculado. ¿Qué aspecto tendría después de ese año? La reconocería entre miles. El amor, el lazo espiritual era la conexión eterna con esta joven vida. Desde lejos vio a los pequeños, que jugaban en la naturaleza. André sintió que el silencio se acaparó de él ahora que se acercaba el gran momento. Lo invadió un sosiego desconocido. ¿Dónde estaba su pequeña? ¿Qué aspecto tenía? Muchas reflexiones le revoloteaban por la cabeza. ¿Podría cargarla en brazos? La vez anterior que había estado allí con Alcar, no había sido posible. Se le había concedido verla desde una gran distancia, una emanación azulada la ocultaba para sus ojos. Era casi increíble, ¿le sería concedido cargar en brazos a un ser espiritual? ¿No era demasiado abrumador para él? ¿No significaría demasiada felicidad? A cierta distancia de él caminaban muchas madres adoptivas con sus pequeños. Eran como soles luminosos, todas irradiaban amor, solo amor. Todos estos niños no sabían nada de una vida terrenal; lo sabrían solo más tarde, visto que también ellos sentían cualquier conexión. Caminaban por una hermosa avenida, rodeados de flores de las esferas y todo esto era para la vida que existía aquí. La naturaleza era bella, los pájaros cantaban sus melodías gloriosas e inmaculadas. Las flores despedían su aroma, todo irradiaba luz. Era celestial. Allí veía a los pequeños que habían alcanzado la edad de tres años. Más adelante irían a las otras esferas para algún día entrar a la esfera existencial con la que tenían sintonización. Luego proseguirían su camino hacia regiones más elevadas, donde les esperaba incluso más felicidad. A la izquierda y derecha de André, hermosas esculturas representaban cuentos de hadas, que servirían de aprendizaje para los pequeños. Así irían conociendo la vida. No aprendían un idioma como en la tierra; aquí hacían la transición directamente a la vida. Su amor era su sabiduría; podían conectarse con todo, en eso hacían la transición. Sus sentimientos eran su ciencia; aquí no hacía falta que aprendieran a sumar. Aquí se les enseñaba a amar al Creador de todo esto. Aprenderían la belleza, sentirían amor por todo lo que vive, para darlo a otros, por lo que se

sintonizaban con Dios. No habría nubes negras para oscurecer su felicidad. Aquí había tranquilidad, felicidad espiritual que no podría ser perturbada por ningún ser. Las puertas de este paraíso permanecerían cerradas para los que no llevaran esta sintonización interiormente. Esto era una tierra sagrada; allí vivía ella y se le concedía a él permanecer, porque lo ayudaba su líder espiritual. Estaban rodeados por hermosos parques, por templos construidos con mármol níveo y otras piedras. Por esta tierra sagrada corrían varios arroyos blancos como la plata, cuyas orillas estaban adornadas con flores y en los que nadaban aves. Era una grandeza gloriosa. Aquí vivía el ser humano, el ser humano joven; habían llegado aquí desde la tierra. Aun así las madres no querían desprenderse de sus pequeños, porque querían conservar el hijo como su posesión personal. Pero quien “sabía” podría cargar más fácilmente con el sufrimiento, deponiendo todo en las manos seguras de Dios. Aquí vivían miles de niños de la tierra, los había de todas las nacionalidades. Aquí vivían hijos de reyes y también los más pobres de la tierra. Aquí no se hacían ni se sentían distinciones. Aquí todos eran uno solo; vivían en felicidad, desconocían la envidia y los celos como sienten los niños en la tierra. Todo era imponente. Si las madres en la tierra pudieran ver por un momento cómo se cuidaba a sus pequeños, podrían entregar todo. Si aceptaran, significaría felicidad durante toda su vida en la tierra; entonces el sufrimiento que Dios les había impuesto sería aguantable. Dios acogía la joven vida con Él y le daba estos cuidados. Pero los deseos humanos eran tan distintos. El ser humano quería poseer y este no era el camino, no era la sabiduría ni la verdad, no era la intención de Dios; el ser humano tenía que vivir y viviría en entrega, confiándose a la dirección sagrada de Dios. El hombre olvidaba y no quería aceptar que algún día sus hijos serían sus hermanos y hermanas; incluso que el amor maternal se disolvería en este amor elevado. Pero eso no lo quería la gente, en la tierra se conocía solo el amor terrenal; no se quería saber de amor espiritual y por eso no entendían nada de todo esto sagrado. Sus sentimientos estaban sintonizados en la materia. Ahora que veía y sabía que se cuidaba de esta manera de su hija, no quisiera poseerla en la tierra. No podía darle esta felicidad. Significaría privarla de la felicidad. Él era el padre terrenal, Dios era el Padre en la vida eterna.

Ahora habían llegado a un edificio grande, construido con mármol níveo y con un estilo potente. El edificio era una obra de arte en sí y allí era donde vivían los pequeños. Casi no se atrevía a acercarse. Cómo irradiaba, en todo estaba la felicidad que los pequeños llevaban interiormente y que era su sintonización. Mirara donde mirara, en todos lados descubría hermosos templos. ¿Acaso era imaginable un arte todavía más elevado? Esto era para él lo más perfecto que el ser humano podría llevar a cabo. El edificio estaba sobre una plataforma y lo ceñía una terraza; además se habían plantado flores

y árboles frutales alrededor de todo el edificio, todo para adornar y apoyar a la humanidad y por tanto también para aumentar su felicidad. En la escalinata de la entrada vio a un espíritu radiante, que por lo visto los estaba esperando. ¿También aquí estaban avisados de su llegada? En la tercera esfera había sentido algo parecido. El ser llevaba una hermosa túnica de luz. No se atrevía a mirarla por cuánto resplandecía, y temía que su mirada perturbara los rayos brillantes. Desde lejos el espíritu le sonreía a su líder espiritual. Oh, qué belleza, ¿quién era?

Alcar se acercó al ser y André vio que su líder espiritual se arrodilló ante el ser.

—Hermano Alcar —oyó que dijo ella—, Dios esté con usted.

En todas partes de este espacio infinito se conocía a Alcar. André también se arrodilló y esperó lo que iba a pasar. Alcar sostenía con el Ángel una conversación de la que no quería oír nada. Pensaba en Dios y pedía fuerza para este acontecimiento sagrado. De pronto oyó un murmullo y algo que se le venía acercando. Una suave voz celestial le dijo:

—Levántate, André, y mírame.

André alzó la mirada, dos ojos radiantes lo miraban, le entró un amor como nunca antes había sentido. ‘¿Dónde vive este ser’, pensó, ‘era Dios mismo?’. El espíritu sonrió; André sintió que ella había adoptado sus pensamientos.

—André, ¿desde la tierra a un reino celestial para visitar a su hija? —dijo. ¿Entonces se sabía aquí para qué venía?

—¿Cree que no sabríamos para quién viene? —le dijo el ser de inmediato. Lo miró a él y luego a su líder espiritual y entendió esa mirada. Era él, su Alcar, el que se había encargado de todo. André vería a su hija.

—Vive, André, es bella y feliz; será incluso más feliz cuando conozca a su padre.

André estaba temblando.

—Sé fuerte, André, así no podrá acercarse a su hija luego.

Miró al bello ser y un sosiego profundo se asentó en él.

—Vaya a la naturaleza, André, e intente conectarse con la vida. En un rato más vendremos a buscarlo para guiarlo hacia su hija. Dios le permitirá acercarse a su hija si quiere usted sintonizarse con su estado. Pronto se le dará esta felicidad. Sintonícese con la vida; lo ayudaremos a hacerlo. Así que ¡esté tranquilo y feliz, André! Récele a Dios, para que lo conecte y sintonice. El ser no debe sentir nada de su vida terrenal. Nada de su interior debe hacer la transición a ella, porque no conoció la tierra. Sabe que esta esfera no es su posesión y que tendrá que sintonizarse con ella. Pídale apoyo a Dios, André, solo Él puede ayudarlo, darle esta fuerza para que se le conecte con ella. Vaya, hijo mío. Entre toda esta belleza es posible conectarse. Llámenos cuando

sienta que está conectado. Ser uno solo con todo significa acercarse a la vida en amor.

André se había quedado solo, Alcar y el ángel de las esferas se habían ido. Le lloraba el corazón, grandes lágrimas le corrían por las mejillas, lo había conmovido profundamente. Al rato vería a su hija, cuando le fuera posible conectarse. Aquí no podía irrumpir sin más y ahora entendía por qué su líder espiritual decía que esto también era “posible”. Ahora sentía la posibilidad de este gran acontecimiento. Oh, quería ver a su hija; no volvería aquí pronto. Tenía que prepararse para que se le admitiera a su propia hija. También ella, la madre de su hija, viviría el mismo estado luego, cuando hiciera la transición en la tierra. No solo ella, sino muchas otras madres tendrían que sintonizarse si querían volver a ver a sus hijos. Tenía que prepararse; no había pensado en eso, no se le había ocurrido. Nadie que no conociera esta vida pensaría en eso. Lo dejaron solo para que pudiera conectarse por completo; tenía que llegar a sí mismo y nadie quería interferir en él mientras lo hacía. Al contrario, querían ayudarlo porque aquí se sabía que sus fuerzas eran insuficientes. Tenía que sintonizarse, ¿con qué? Pensó profunda y largamente. ¿Sintonizarse con su hija, con otra vida? Tenía que intentar acercarse a Dios en sencillez y humildad por una vida que poseía una sintonización más elevada. ¿No era amor, amor inmaculado, lo que tenía que poseer? Así estaba conociendo otras leyes espirituales más. El ser humano en la tierra no quería aceptar estas leyes. Sin embargo, tenía que ser así; no vería a su hija antes de que hubiera aprendido a inclinar la cabeza para acercarse a ella en humildad, y a sentir amor por toda la vida. Su posesión vivía aquí en esta belleza. ¿Era esta niña su posesión? Él era el padre, sí, un padre terrenal; un Padre celestial le estaba permitiendo conocer otras leyes espirituales. Con qué fervor y cuánto amaba a su pequeño ser espiritual. Él no era más que la conexión que lo conectaba con este ser. En la visión se le había mostrado con suficiente claridad, esto era cierto para todos, para todos los padres de la tierra. Solo ahora entendía lo que significaba ser padre y madre en la tierra. ¿Qué era lo que conservaba el mundo, el planeta tierra? El padre y la madre. ¿Quién deponía el intelecto en el ser? Dios, solo Dios. Por eso la vida era Dios, y el ser humano no debía ni podía pensar que era su posesión. El ser humano no tenía posesión; la única que tenía era su estado interior. En la tierra todavía estaban muy alejados del amor por todo lo que vivía. Duraría otros cientos de años más para que el ser humano viviera de acuerdo con este saber. Entonces perseguiría su camino, como Alcar se lo mostraba, enseñaba y aclaraba. Ese camino era el camino de la vida eterna, el camino hacia arriba. En la tierra, el ser humano exigía. Era inconsciente. No se conocía la vida en la que se vivía, de esta manera no se llegaba a conocerla, como sin embargo sí era la intención, pues para eso se estaba en la tierra. Una madre podía despertar

recibiendo un hijo. Pero muchas lo vivían de manera material; lo espiritual de todo aquello no se percibía. Solo ahora que se encontraba en este estado, entendió lo que le había aclarado su líder espiritual acerca del gran problema, que una madre en la tierra podía despertar dando a luz. ¿Cuántas despertaban en la tierra gracias a este acontecimiento sagrado, en esta sintonización? Una de cada millón. Solo aquí despertaría la madre, pero entonces era demasiado tarde. No se entendía el proceso imponente. Qué grande le parecía este momento, qué poderosa la posesión de un hijo. Veía llegar aquí a muchas madres de la tierra, todas con la idea de que así nada más verían a sus seres queridos. En la tierra oía tantísimas veces que, al hacer la transición, sus hijos las estarían esperando. Ay, cuando entraran aquí, la decepción sería grande. Se pedía de ellas lo que ahora se le pedía a él, pero muchas necesitaban para eso una vida terrenal completa, porque se habían olvidado durante esa vida. Veía sus caras afligidas; sus dolores eran horribles, incomparables con los terrenales. Lo que sentían aquí era dolor del alma. Se les desgarraba el alma porque siempre tenían que esperar, esperar cada vez más, dándose para otros, lo que en la tierra habían olvidado o no habían querido hacer. Este paraíso permanecía cerrado para ellos. Tenían que aprender a ponerse en un segundo plano y eso no era posible tan de golpe. En el espíritu no era posible saltarse partes. Estaban destrozadas en cuerpo y alma. Se alegraba porque se le diera la posibilidad de comunicárselo a ellas. Ay, madres de la tierra, lo más preciado que ha perdido en la tierra vive aquí de este lado en la vida después de la muerte terrenal. ¡Madres de la tierra, miren lo que se espera de mí, miren lo que debo hacer para volver a ver a mi hija! Tengo que conectarme con ella, sintonizarme con su estado interior, si quiero volver a verla. Mi hija no vio el amanecer en la tierra, como les pasa a muchos; pero todos viven aquí, en este paraíso. Como me siento ahora no puedo acercarme a ella. Madres, ¿sienten lo que les espera? ¿Sienten que también ustedes deberán sintonizarse con sus pequeños si quieren volver a verlos? Una vez que mueran allí y entran aquí, también ustedes conocerán estas leyes. Madres, Dios no hace ni conoce distinciones. Conéctense con la vida que vive alrededor de ustedes y con ustedes, den amor y desarrollen su cuerpo interior. Aquí, uno se arrodilla para el amor elevado y si no saben hacerlo, tendrán que esperar y aprenderlo en otras esferas. Antes de eso no se le admitirá a donde estén todos aquellos a quienes aman. Ninguna ciencia de la tierra podrá ayudarlas; para esto hace falta amor. Sintonización con el ser que sienta su amor de padre y madre, y conozca su sintonización. Ningún ser de la tierra que no sienta amor por toda la vida en sí mismo volverá a ver su propia posesión.

André caminaba entre las flores en innumerable colores, intentando conectarse con la vida. Necesitaba y quería recibir conexión; quería hacer lo que fuera para eso. ¡Qué bella era esta esfera! La felicidad inundaba su alma.

Ahora percibía profundamente la vida, con la que quería ser uno solo para que se le admitiera a esa niña espiritual. Ahora sintió que se iba serenando y calmando. La vida también lo acogía a él; Dios descendía en su alma. Sentía que se iba haciendo uno con la naturaleza. Todo le hablaba y la naturaleza le recitaba bellos poemas. Ahora era uno con las flores con las que en su momento había hablado en la tierra. Le contaban algo y también entendía el canto de los pájaros. Le decía todo, él era uno con ellos, con todo lo que vivía. Ahora podía seguir la vida en plantas y flores. El arroyo que pasaba allí le decía lo que había vivido y que seguiría su camino alegremente. Corría pero al mismo tiempo cantaba; era la canción de las esferas. Los pájaros le decían lo que significaba su vida, y en ella veía a Dios. ¡Dios vivía en todo! Qué diferente veía y sentía ahora la vida que cuando estaba en la tierra. Allí la gente pasaba de largo la vida, la pisoteaba, la desgarraba sin quererlo, así como así, en pensamientos. Se mandaban pensamientos horribles hacia el ser humano, inconsciente de todo. Disparaban flechas, allí no se veía que los pensamientos interiores, los que estaban sin pronunciarse, herían profundamente la vida, lo que se veía sin embargo en la película de su vida de este lado. Nada se perdía. Rezaba con fervor, larga e intensamente, para que se le concediera conectarse. Dentro de él se fue haciendo cada vez más la calma; un silencio celestial lo inundó.

—Oh, Dios, conéctame con mi hija, déjame descender en la vida, me acercaré a Tu vida en sencillez y humildad. Padre, si en algún momento quieres escucharme, hazlo entonces ahora. Si en algún momento quieres hacerme feliz, hazlo entonces ahora, gran, santo Padre. Seré como un niño y feliz con Tu sabiduría; que Tu amor entre en mí. Padre, déjame volver a la tierra con este saber, por el que podré convencer a muchas madres, incluida la madre de este ser, sobre cómo pueden encontrarse con sus seres queridos de este lado. Padre, dame la fuerza de que se me conceda ver a mi hija. Deja que consuele y apoye a las madres en la tierra, deja que lo viva para ellas. Pon en mí esa fuerza sagrada, conéctame con mi hija. Escucha mi oración. Amén.

Dentro de él se había hecho un silencio todavía más grande que el de hace un rato. Lo inundaba una felicidad pura; sentía que cada vez más se iba hundiendo en la vida. ¡Cuánto se había alejado ahora en sus sentimientos de la tierra! Se le ayudaba, porque no era posible percibir plenamente esta felicidad solo. Las fuerzas de seres más elevados lo ponían en este estado. Sus pensamientos eran immaculados; no se le obstruía en nada. Él también era un niño de las esferas; una misma sensación estaba ahora en él. Sentía amor, amor immaculado y puro por la vida que se había depositado en todo. No había en él otros pensamientos además de que esto tan bello, lo sagrado y el amor eran solo felicidad, que lo abrumaba. No podía comparar su felicidad con la terrenal, no podía representarla en palabras. ¿Qué era la gran felicidad

allí en comparación con sus sentimientos? Esto era imponente, esta era la luz, la luz dorada de las esferas en las que vivía su hija. No sabía cuánto había rezado allí, pero de pronto sintió otras fuerzas y cuando miró en la dirección de donde venían, vio que su líder espiritual se venía acercando. Alcar había venido por él.

—Ven, hijo mío, tu oración se ha escuchado. Podemos entrar. Dios no solo oyó tu oración, sino que te ha conectado con tu hija. Ahora se te concede verla. Tu deseo de acercarte en sencillez y humildad te puso en esta sintonización. Nos espera, André. Ven, sígueme.

André siguió a su líder espiritual hacia el hermoso edificio. Cuánto se había desviado. A lo lejos veía el hermoso edificio; no obstante, pronto habían llegado y entraron. Atravesaron muchas salas y llegaron a un espacio grande. Vio a muchos niños y los pequeños llevaban hermosas túnicas. Todos irradiaban como soles, posiblemente convivían aquí miles de niños. En un recibidor en el que estaban reunidos muchos seres, vio al bello ser que le había hablado. Ella tomó en brazos a una bella niña angelical y se alejó de los demás. Su líder espiritual y él la siguieron de cerca; pasaron por varias otras salas hasta que de repente salió, a la naturaleza. Este edificio también era abierto, podía mirar hacia afuera por todas partes. Llegados fuera, ella entró en un tipo de pérgola, rodeada de flores y verdor, de aves y otra vida. ¿Era su hija a la que llevaba cargando? Oyó una suave vocecita angelical, lo que le aceleró el corazón. Su hija vivía, había crecido y era bella. La oyó reír, era increíble. Su líder espiritual entró y después de un instante Alcar fue a buscarlo. André entró a la pérgola. Cómo se sentía, no se atrevía ni a pensar. Alcar estaba a su lado; allí ante él estaba un ser angelical, en los brazos llevaba a una niña y esa niña era su Gommel. ‘Gommel’, pensó, ‘yo... estoy aquí... tu padre...’. Allí estaba, aturdido de felicidad, impotente porque lo estuviera mirando un ser celestial, y parecía que ni siquiera él mismo hubiera nacido todavía. Sintió surgir en él un silencio celestial. Dos ojos lo miraban y pensó ver a Dios.

—Lydia —oyó decir—, Lydia vela por tu hija y la cuida, André.

No se atrevió a mirar al espíritu elevado, pero ella le habló como una madre, por lo que se sintió revivir.

—Ven conmigo, André, tu hija te espera, tómala de mis brazos.

Rebosando gratitud, uno en amor, se acercó al ser, tomó su hija de sus manos y la abrazó. Había llegado el gran momento. El espíritu se fue, su niña espiritual estaba contra su pecho. A su lado estaba Alcar, había pájaros a su alrededor, flores de las esferas adornaban los entornos, había sido admitido en el paraíso de Dios. Su hija, a la que en la tierra no había podido cargar, era bella y cariñosa. La apretaba contra su pecho, ella reía y hablaba y era sabia y sentía que eran uno solo. Una niña espiritual descansaba en sus brazos. Oh Dios, ¡cómo agradecerle! Apretó su negra y reluciente cabecita de ángel con-

tra él y le sonrió a Alcar. Era cómo si lo conociera desde hacía años. Luego se volvió a incorporar, sonriéndole y acariciándolo con sus manos espirituales, y a él le costaba un esfuerzo enorme poder controlarse. No podía volver a hundirse en su sintonización anterior, la suya propia. Qué milagrosamente bella era la vestidura que llevaba. No había más que luz y vio que iba cambiando constantemente. A veces era malva, luego rosa claro. El ser era immaculado y le resplandecían los ojitos como esmeraldas en un suave brillo cautivador. Este ser era sagrado y luego sería su hermana. Se mantendrían conectados a lo largo de siglos cuando él hubiera alcanzado la sintonización de ella. Ahora tenía un año según el tiempo terrenal, aun así era más grande que un niño de esa edad que viviera en la tierra. En las esferas el desarrollo era más rápido, no se detenía en nada. Aquí no se tenían que enfrentar a enfermedades; aquí todo era solo felicidad; en nada sentían obstáculo alguno. Aquí todo era diferente. Su vida era espiritual y la niña crecía en tranquilidad celestial.

En pensamientos volvía de ella hasta su madre, que vivía en la tierra y que siempre estaba pensando en ella. ¡Oh, qué felicidad! Vio que de la madre salía una luz hacia ella y entendió que era la fuerza de sus pensamientos para su hija. André la veía muy claramente. Estos pensamientos en luz la envolvían en rayos pero chocaban contra el ser, pues de esta manera no podía alcanzar a su hija. ¿Cuánto no había tenido que descender él para encontrarse a sí mismo y desconectarse? Ella también tenía que hacerlo si quería que se percibiera su amor en las esferas. Aun así era feliz de poder ver esto. Era la conexión con todo, era su amor por su Gommel. Qué lejos estaba la tierra de él; aun así sus pensamientos sí que alcanzaban la esfera de los niños. Sus sentimientos estaban sintonizados nítidamente; no obstante, sus pensamientos no alcanzarían a su hija misma. No se le perturbaba al ser en nada. Pero había un lazo, un solo sentir, un solo comprender. Y todo esto era amor.

Fue uno con su hija durante largo tiempo; pronto vendrían por ella de nuevo. ¿Por cuánto tiempo sería entonces este adiós? Ella también lo sentía y se acurrucaba todavía más contra él. André sentía que sus fuerzas fueron disminuyendo. Allí veía que venía a su encuentro el espíritu Lydia, como un sol. Miró a su hija una vez más. Descendió profundamente en el ser. Gommel lo miró, luego cerró sus ojitos de ángel y estaba inmersa en profundo sosiego. Demasiado profundo para él; allí le era imposible sonlarla. Su hija vivía muy por encima de él en fuerza espiritual. Sentía todavía más claramente la gran gracia de este acontecer. El ángel la tomó de sus brazos y se fue. En ese mismo lugar le agradeció a Dios todo lo que se le había dado. Esta silenciosa, gran felicidad sagrada. Como último adiós le había besado las manitas a Gommel; el gran acontecer había pasado.

Alcar le hizo sentir que seguirían. André se despidió de la esfera en la que vivía su hija. Siguieron planeando tomados de la mano, hacia otra sin-

tonización, más elevada todavía. Le esperaban todavía muchas cosas.

Quinta esfera; artes plásticas y arte pictórico

—Ahora hacia la quinta esfera, André.

Alcar se desplazaba velozmente. Entonces llegó el momento en que los irradió un resplandor dorado, como había vivido en su viaje anterior, no había podido seguir. ¡Ahora sí que se le concedía!

—Oh, Alcar, ¡qué milagroso es todo! ¿Es esta su esfera, Alcar?

—Exacto, es la mía; aquí verás arte como nunca antes.

Sentía la gloriosa irradiación, el amor de la quinta esfera, y lo hacía feliz. ¿Cuántas veces no había visto ya cómo cambiaban las esferas? Había visto cada vez que la luz se iba haciendo más bella, que las personas se volvían más jóvenes. Todo iba cambiando conforme iba ascendiendo. El ser humano siempre seguía su camino y cambiaba. Si la gente en la tierra pudiera echar un vistazo a todas estas cosas sagradas, ¡miles de personas empezarían en ese mismo instante una vida distinta!

—Lo harán, André, echarán un vistazo en el más allá, tú se lo contarás en la tierra.

Sí, aunque no fueran miles de personas, había alcanzado a muchos, los había convencido de que existe una pervivencia eterna. Había recibido muchas cartas; todas agradeciendo a Alcar todo lo que había dado. Lo hacía feliz. Para eso quería hacer frente a lo que fuera. Una de las cartas contenía sin duda lo más bello que se le hubiera podido dar en la tierra. Una anciana había hecho la transición con el libro de él en las manos. Por lo visto, las últimas palabras que había leído trataban de la tierra estival. Así la habían encontrado. ¿No era glorioso poder ayudar a la humanidad así? Cuando hubiera vuelto a la tierra para aclararle estos gloriosos estados al ser humano, habría más personas que podrían estar felices. Era una gracia y una gran felicidad poder saber todo esto. Mientras tanto, iban avanzando siempre más. Debajo de ellos estaba la esfera de Alcar. La naturaleza era magnífica; todo estaba cubierto por una emanación dorada. Veía templos y edificios hermosos y volvió a sentir que aquí era aún más bello que en la esfera de los niños. Lo que contemplaba era una hermosa escena de la naturaleza. Alcar le dijo que estaba en el lugar al que quería llegar.

—Aquí nos quedaremos, hijo mío; entraremos en uno de estos templos.

Los templos habían sido construidos hasta tocar el cielo. Vio catedrales como no se podían lograr en la tierra, porque los sentimientos de un arquitecto terrenal no estaban desarrollados hasta esa altura. Se habían construido con piedra de diferentes colores y en varios estilos; todos los edificios irradi-

laban una luz deslumbrante, como no había visto nunca en una esfera. Las paredes eran de materia espiritual y sabía que esta vivía, por lo que irradiaban luz. Allí veía un edificio enorme, construido en una montaña. Cientos de torres adornaban el conjunto y no podía observar la parte más elevada. ¿Era obra de humanos? ¿Podía el ser humano hacer esto? Era increíble. Aun así tenía que ser el caso, no podía ser de otra manera. En toda esta belleza vivía el ser humano. Dios le daba esta felicidad, si la vida se sintonizaba con Él.

—¿Cómo puede el ser humano sintonizarse tan elevadamente, Alcar? No veo un final, ¿cómo es posible?

—Es como se siente la vida ella misma. Esta es su sintonización vital y en la vida no hay final. Como encuentren sintonización sus sentimientos, así es el arte y así también es el amor que albergan. Estos templos y estos edificios encuentran sintonización y tienen conexión con la sexta esfera.

André entendió. Volvía a encontrar en la propia esfera de Alcar lo que había visto en la primera y segunda esfera, y todos los demás estados. Por eso los edificios y templos habían alcanzado esa altura, pero la sintonización elevada no era visible para los habitantes, pues no llevaban interiormente ese amor. Todo era amor, esa era la posesión. En esta esfera todo era grandioso y sagrado, no podía encontrar palabras.

—Todo es poderoso, André, pero incomparable con lo que contemplarás en la sexta esfera. La vida de los que viven allí será una felicidad todavía más grande y bella, cuando todo se haya convertido en un estado espiritual. En estos edificios se encuentran las artes plásticas y el arte pictórico. La sexta esfera es la de la música; allí irás con mi maestro. Ven, entremos.

Los alrededores del templo estaban adornados con flores, la vida aquí no era posible sin flores de las esferas. Qué abrumadora era esta belleza. Seguía en la quinta esfera y había sintonizaciones todavía más elevadas que se le querían mostrar. Qué grande es la felicidad del ser humano que vive aquí. Qué grande su amor, qué bella su irradiación. Luego también conocería esas sintonizaciones. “Dios es vida” se leía en la entrada, en letras doradas. Quien entrara tenía que sintonizarse con la vida, conectarse en humildad. No había cosa que más deseara, e interiormente imploraba fuerza para poder vivir también todo esto. Cuando entró al edificio estaba muy conmovido. ¡Cuánto habían avanzado estos seres en el arte! ¿Todavía había un final aquí? Volvió a ver la fuente, más bella que en todas las demás esferas que había podido contemplar. Donde fuera que se encontrara la vida, desde la primera esfera espiritual había amor, sabiduría y fuerza; de lo contrario no era posible la existencia. Veía justicia. La fuente era la sintonización interior de todos en el espíritu. Pero en la casa de Dios había muchas habitaciones; aquí había lugar para cada vida de la tierra. Veía seres por todas partes y donde mirara, todo era amor. Todas las almas con sintonización más elevada, hombres y mujeres,

estaban aquí. Aquí veía hermanos y hermanas gemelos, así como almas gemelas. Eran uno solo y estaban conectados para siempre. Muchos espíritus estaban ocupados con un trabajo tremendo. Un ser más joven, lo sentía claramente, los dirigía a todos. La pieza representaba varios grupos de estatuas, era una joya de la capacidad creativa. André oyó decir a su líder espiritual que la estatua representaba la vida. Abajo en el pedestal vio a la madre que daba a luz a una joven vida. Alrededor yacían dispersas varias otras representaciones y todo esto tenía que ver con su vida en la tierra. Era el estado vital del ser humano en la tierra, todo esto se había vivido alguna vez. La madre iba a dejar la tierra —aquí estaba representado artísticamente—, lo que sentía claramente, y volvía a la vida eterna. Estaba esculpido en piedra; el espíritu dejaba el cuerpo material, como se le había concedido observar en el caso de su tía y de muchos otros. ¿Cómo era posible crear todo esto? Esto era arte sentido de manera tan profunda que solo les era posible a los que sintieran ellos mismos que vivían. Aquí se representaba la vida por medio de arte; allí el ser humano se reconocía; era su vida. Veía lucha, pena y dolor en varias representaciones dispersas alrededor de un conjunto y todo esto significaba la vida. Lo llenó un profundo respeto. Este arte era conmovedor por su belleza. Otros grupos representaban las características del ser humano, de la vida animal hasta la espiritual. El maestro que los guiaba a todos tendría que poseer una sensibilidad grande y sagrada. ¡La fuerza creadora en el ser humano! Un maestro de la sexta esfera estaba al mando aquí, incluso había entre ellos algunos que vivían en la séptima esfera. Vio que aquí la mujer tenía otra tarea que en la tierra. Con el apoyo del amor de ella se lograba lo más elevado. El hombre como creador, la mujer como fuerza servicial. Ambos eran uno solo, almas gemelas para siempre. Felices por su amor, por su ser uno. Si en algún momento se le había mostrado la vida del otro lado, entonces sería en este estado. Si se quería hablar de arte, entonces esto era arte en el grado más elevado. No se podían encontrar palabras para esto. Por todas partes, André vio ángeles que habían venido como espectadores, porque se requería su presencia. Sus fuerzas también hacían falta aquí; esto se lograba también por su amor. Únicamente podía ser así porque eran uno solo en amor. El conjunto era una sola sinfonía de colores. Cada pieza irradiaba su propia luz que poseía en colores. Luego vio que donde en la tierra se usaba barro, aquí se aplicaba una materia que irradiaba como la demás luz. ‘Qué extraño’, pensó, ‘aquí todo vive’. Le habría gustado tomar algo de la materia en las manos, para poder ver más claramente de qué sustancia era y cómo podía desprender luz. Miró a su líder espiritual, quien le dio a entender que podría tocarla sin problema. André pensó que sería pesada, pero para su sorpresa no pesaba nada. Otra vez se veía ante un problema. Y aun así se hacían con ella motivos tan hermosos, para esculpirlos luego en piedra. En la tierra, el viento dispersaría

el polvo a los cuatro vientos, no quedaría nada de todo esto. La estatua se disolvería y no tenía posibilidad de existencia.

—¿Cómo es posible, Alcar, no pesa nada y sin embargo se hacen unas estatuas tan hermosas con ella?

—Se puede aclarar en unas pocas palabras. Es sustancia espiritual, hijo mío, porque la vida poseerá aquella fuerza de gravedad que corresponda con cómo se sienta y con la que tenga una sola sintonización. Las esferas se van haciendo cada vez más etéreas y el ser humano va cambiando. Así el arte y todas las demás sustancias vitales irradiarán luz, como se sienta todo y como viva.

André entendió; las esferas eran cada vez más etéreas y todo cambiaba en una sintonización más elevada.

—En la primera esfera —alcanzó a oír que se decía—, la materia tendrá la misma fuerza de atracción que en la tierra, pero en una sintonización espiritual. Ya te aclaré todo esto en las regiones oscuras; allí también te hice sentir la materia; sin embargo, ahora lo entenderás todo incluso mejor.

André tenía en las manos la materia de la quinta esfera; en la sexta todo sería todavía más ligero y bello. Jugaba con la materia en sus manos y de repente se sobresaltó inmensamente. ¿Qué viviría ahora, qué era esto? Pasmado del susto miraba la materia, había perdido su color e irradiación. ¿Cómo podía ser eso, tan de repente? ¿Qué le estaba pasando? ¿Quién había cambiado esa materia? Habían desaparecido sus colores resplandecientes; ahora los envolvía una suave emanación azul. La otra materia, de la que la había quitado, irradiaba, pero esta había perdido su fuerza. ¿Qué verdad se escondía detrás de esto? Todas estas preguntas relampagueaban por su cerebro. No sabía qué actitud tomar ni qué hacer. Sentía intuitivamente que había hecho la transición a un estado extraño. Pero ¿cuál? Miró a su alrededor y quería preguntarle a su líder espiritual, pero Alcar ya no estaba con él. Todo lo que estaba viviendo era misterioso. Oh, si tan solo pudiera preguntarle esto a alguien; seguía con la materia en las manos. Lo asaltó una sensación de temor. Qué tonto era; sus ansias de saber lo ponían en este estado.

De pronto se le acercó un ángel que le dirigió la palabra.

—¿Puedo aclararle esto, André, hermano de la tierra? —dijo.

Ahora pensó que lo tragaría la tierra. Un ángel le hablaba, pero él no se atrevía a mirarlo. ¿Lo conocían de este lado, en la quinta esfera?

—Míreme —dijo el ser—. Todo le quedará claro si le digo quién soy.

André alzó los ojos, mirando el ser celestial. ‘Dios mío’, pensó, ‘qué bello, qué inmaculado es este ser humano!’. ¿Cuál sería el tamaño de su vida interior? Frente a él estaba una mujer que llevaba una túnica celestial. Se estremeció y tembló, estaba aturdido de felicidad de que le hablaran; aquello que tanto había anhelado durante su viaje anterior se cumplía ahora. Seguía

sosteniendo la materia espiritual en las manos y la miraba.

—La materia en sus manos irradia su luz según lo que usted mismo sienta y la luz que posea.

Se asustó; entendió que había recibido una lección vital. La materia había aceptado su propia sintonización; él se había conectado con la vida de esta esfera; la vida irradiaba su propia fuerza, el amor que poseía. Cada palabra le latigueaba el alma. Sentía y entendía cada pensamiento. Lo quería; ahora tenía que aceptarlo. La materia había adoptado la fuerza de sus sentimientos, por lo que entendió que todavía faltaban muchos años antes de que se le concedería entrar en esta esfera. La vida de esta esfera se reflejaba en su propia vida; en la tierra uno no podía conectarse así, solo era posible en el espíritu. Era una lección suave pero clara que se le había dado porque él mismo la había querido. ¿Y por qué es que tenía que ser tan curioso? ¿Quería saberlo todo! Ahora entendía por qué no veía a su líder espiritual. No quería darle esa lección, otro espíritu de su esfera le había revelado todo esto. Alcar era para él como un padre que cuida a su hijo, y siempre se lo hacía sentir. Ahora había recibido muchas lecciones a la vez y entendió todavía mejor qué bella y sagrada era la vida. El ángel puso sus bellísimas manos en la materia, modelada hasta formar una bola, y en el acto vio cómo cambió la materia. Su irradiación, su fuerza del amor pasaba a la materia; esta irradiaba su luz, ahora que estaba conectada con ella. ¡Se había cumplido el milagro! El ángel la dejó cuidadosamente donde la había tomado. Todo vivía en las esferas de felicidad, en la materia residía su amor. Ahora lo inundaba una gloriosa tranquilidad; eran los sentimientos del ser que tenía frente a él. Con la cabeza inclinada, profundamente afligido por lo que había hecho, rogó a Dios que se lo perdonara. Poco a poco le fueron volviendo la fuerza y la confianza y alzó la mirada al ser, que lo contemplaba sonriendo. Lo inundó el amor, en su interior se instaló un fuego sagrado.

El ser lo miró como un loto, envuelto en una emanación azul, diciendo:

—La experiencia es la vida, André. Viviendo la vida esta despertará y recibirá la verdad. Significará felicidad, pero a la vez lucha, pena y dolor. Pero que para usted no sea una lucha; prosiga su camino viviendo la vida como Dios quiere. Le asombra que lo conozca. Algunas palabras bastan para aclararle también esto. El que lo guía, que lo hace vivir todo esto, que volvió a la tierra para ayudar y apoyar a la humanidad y que quiere convencerla de una vida eterna, que le hace sentir su amor, que hace y quiere todo para verla feliz, que es solo amor, él, André, es mi alma gemela.

Le brotaron lágrimas de felicidad ahora que se le concedió conocer al amor de Alcar. Allí, frente a él, estaba el alma gemela de Alcar. Oh, ¡que poderoso era todo, qué grandioso este acontecimiento! ‘Ángel de la luz’, pensó —no podía pronunciar palabra—, ‘agradezco a Dios este momento sagrado en que

pude conocerla’.

El espíritu ya había captado sus pensamientos y dijo:

—Dale las gracias a Dios, André; yo también seguiré siempre agradeciendo y rezando por que algún día estemos eternamente unidos. Trabaja en la tierra, André, vive por nuestro trabajo, yo sigo a Alcar en todo y seguiré recordándolos a ambos en mis oraciones. Él es mi alma y mi vida, somos uno solo y seguiremos siendo uno solo eternamente, porque Dios lo quiere. Algún día volverá y entonces la tarea de él y de usted en la tierra, por la que los maestros lo mandaron allí, se habrán cumplido. Así que sepa que los seguiré a ambos, sin importar donde estén. A él le daré la fuerza a través de mi amor, para que pueda dar todo para lograr mucho a través de usted y con lo que usted me ayudará. Ambos lo serviremos en amor; él le dará a cambio sabiduría en el espíritu y otros serán felices gracias a ello.

Nuevamente lo miraron dos ojos angelicales; un mundo de amor lo atravesó con sus rayos. Aunque André no podía hablar, quería que ella lo sintiera.

—Le doy las gracias—le dijo el ser—, le doy las gracias, André. Ya no le parecerá extraño que lo conozca. Ya estuve en la tierra y fue allí que lo conocí. Él me llevó a usted, pero de eso ya hace mucho.

Lo invadió un silencio profundo y en ese silencio oía la vida; la veía, estaba en él y su alma desbordaba de felicidad espiritual. De pronto sintió a su líder espiritual a su lado. Alcar le puso el brazo en los hombros, lo miró y un mismo amor que el de ella fluyó en él. ¡Con espíritus del amor, seres sintonizados, almas gemelas, ángeles en el espíritu, con ellos estaba ahora conectado! Aquí vivía su líder espiritual, aquí podía vivir, pero trabajaba en las tinieblas de la tierra para ayudar y hacer feliz a la humanidad. Aquí Alcar era sí mismo, con ella, su posesión eterna.

André ya no podía pensar; su propia vida consciente estaba lejos de él. Ahora oía un suave cantar, acompañado de una orquesta. Su líder espiritual se sentó con ella en una banca de reposo, rodeado de flores y toda la demás vida; André se sentó a su lado y estaba conectado con ellos, acogido en sus vidas. El cántico se fue haciendo cada vez más bello y en esta sagrada esfera trabajaban los maestros. Pensó en el momento en que volvería a empezar su vida en la tierra. Qué difícil le sería ahora tener que vivir allí. Aquí recibía amor, aquí no percibía más que suavidad y comprensión, aquí todo era armonía, felicidad, felicidad eterna. Le era casi imposible tener que vivir allí. Todo lo que poseía la tierra le parecía indeseable; lo que más quería era morir allí, en último caso podían incluso apalearlo hasta matarlo. Pero ¿era valiente y agradecido? ¿No volvía a ir en contra de todo lo que era Dios y que se le había dado? ¿Esto acaso era ser agradecido y seguir al que le permitía vivir todo esto? Ya se arrepentía de sus pensamientos; ay, seguía sin ser más que un ser humano, había egoísmo en él. Pensaba en sí mismo, no en la tarea

de su líder espiritual, su deseo de ayudar a otros. No, no podía pensar así, quería y aguantaría todo; recibiría mucho, por más difícil que le fuera en la tierra. Había ángeles cantando juntos. No veía más que almas gemelas, seres sintonizados. Hermanas y hermanos en el espíritu. No se atrevía a descender en la gran y poderosa felicidad de ellos ni le era posible poder intuir todo. Pensando y sintiendo mal se había perdido mucho de lo que pasaba aquí. Ahora oía todavía más claramente el cántico; lo ponía en otro estado. Volvían la felicidad y la paz, otra vez estaba conectado. Allí ante él trabajaban los maestros, se hacía arte a través de arte. Lo más elevado se conectaba a través de lo más elevado, el amor a través del amor, los sentimientos se fundían. Los maestros seguían trabajando siempre; nunca se interfería en ellos. Solo ahora sintió que la creación espiritual pronto estaría lista. Todos vivían este final, hacían falta todos, porque para lograrlo se usaban las fuerzas de todos. Muy elevado en sentimientos, conectado por amor y arte, se creaba en esta esfera lo perfecto. Lo que ellos llevaban a cabo vivía a través de melodías celestiales. Irradiaba ese resplandor, vivía a través de sus sentimientos sagrados, de su ser uno solo con toda la vida. Los maestros en música y canto inspiraban a los maestros en las artes plásticas para que depusieran sus sentimientos sagrados allí, para que logaran así lo más elevado. Era algo que se alcanzaba, que se lograba, porque eran ángeles en el espíritu. Aquí sentía lo grande que podía ser la mujer en amor, lo poderoso que era su amor para la fuerza creadora, lo que significaba el amor gemelo. Era imponente; no se atrevía a respirar. Los maestros abrían sus almas; otro arte descendía en ellos, gracias al arte sentían su Padre, su Dios, y le agradecían por todo. El amor por su Padre residía en el arte, sus oraciones habían hecho la transición en ella, el conjunto irradiaba su amor; era la luz del Padre. El cántico que oía era como el de su viaje anterior, cuando se había consagrado a dos ángeles que serían acogidos en la sexta esfera. Aquí todo se fundía, todo era uno solo, y era felicidad. Le pedían fuerza a Dios para rodear lo creado con los rayos de Su amor sagrado. Sentía toda la representación con más claridad incluso que un momento antes. La madre vivía, el niño al que había dado a luz estaba vivo y todas las vidas eran una sola. El arte en la vida después de la muerte terrenal nacía y se desarrollaba gracias a la oración. Al conectarse con Dios se recibían fuerzas, se seguía conectando incluso aquí con estados más elevados, porque uno lo quería, porque todos eran uno en amor y se unían sus fuerzas y oraciones. Allí estaba el final, los maestros lo habían llevado a cabo, habían esculpido en piedra una sinfonía vital. Qué grande era la felicidad de ellos, eran maestros en Amor. André reunió todas sus fuerzas para poder mantenerse firme. Pero la felicidad era demasiado abrumadora, lo aturdí; se sentía llevado por manos amorosas; Dios descendió en él, el amor lo acariciaba, le sonreía, como había hecho su propia hija. Allí estaba encogido, pero no era capaz de darse cuenta de lo que

estaba percibiendo. Lo que sí seguía oyendo eran el canto y la música, y a su lado estaba el alma gemela de su líder espiritual, por lo que fue surgiendo un sol de luz alrededor y dentro de él, por lo que, por decirlo así, volvía. Percibía oscilando entre dos mundos; uno era su propia sintonización y el otro la esfera en la que ahora vivía. Rezó por enésima vez por que pudiera mantenerse firme, para poder vivir el final de este gran acontecimiento. Ahora el canto había parado; los maestros habían terminado la estatua en este corto momento; había nacido una inmensa creación artística. El final era el lavado de la estatua, que era a la vez el bautizo, para recibir la sagrada consagración de Dios, que se recibía a través de canto y música. Había nacido un niño de las esferas; era recibido en amor. A la vida se le había regalado la luz que llevaban los maestros. La estatua tenía una altura de cientos de metros, y era de un hermoso estilo, radiante de amor. Era la vida misma, era Dios mismo. Ahora todos los seres se juntaron y mandaron sus oraciones de agradecimiento hacia el Padre por lo bello que habían recibido. Se volvió a cantar, oyó potentes acordes y había almas que se fundían unas con otras. Lo que estaba observando era celestial.

Llegó hasta él una suave voz, que le dijo: “Sea fuerte, André, hace un rato lo ayudé para poder vivir todo esto; ahora también sentirá mis fuerzas”.

André sabía quién le estaba hablando; era la voz de las regiones oscuras. ‘Ubronus, nadie menos que Ubronus me ayudó’, pensó.

—Oh, espíritu bueno, ¿cómo debo agradecerle todo?

—Sabemos lo que le gustaría; lo ayudaremos en todo.

La voz era suave; también esta estaba llena de amor. Un acontecimiento era incluso más grande que el otro; estaba cansado de felicidad; tenía que procesar toda esta felicidad celestial. Una nueva fuerza fluía en él; por otra fuerza vivía, por otra fuerza intuía la poderosa vida de ellos. Alcar estaba en su propia esfera y no podía ayudarlo, para esto hacían falta fuerzas incluso más elevadas. Le agradeció intensamente su ayuda a Ubronus. Sin sus fuerzas no habría logrado mantenerse en pie. Los ángeles habían terminado su oración. Muchos se fueron, otros se acercaron para admirar la divina creación artística. ¿Qué era el arte en la tierra en comparación con este? ¿Había en la tierra maestros en el espíritu? No era posible. Ahora entendía lo que le había dicho su líder espiritual, que no era maestro ni nunca lo había sido. Algún día se le mostraría y aclararía a cada artista de la tierra. De este lado, en la vida después de su muerte terrenal, toda la gente de la tierra lo viviría cuando alcanzara esta altura. Solo entonces aceptarían, antes no era posible. Se le había mostrado y aclarado mucho, y gracias a todo esto estaba conociendo la vida después de la muerte y empezaba a valorarla.

Alcar le hizo sentir que seguirían. Todavía no había llegado al final de su viaje. Viviría otros estados. Vio que Alcar se despidió de su alma gemela,

pero se volverían a ver; para ellos no había separación. El ángel se acercó a André, tomó sus manos en las de ella pero no dijo una palabra. Lo miraban dos ojos, lo apresaba un mar de amor. Se alejó de él y en él descendió una intensa felicidad.

“Adiós”, le llegó, “que Dios bendiga su trabajo”.

Alcar lo precedía; seguía a su líder espiritual y gran hermano pisándole los talones; otros estados le estaban esperando. Pero su brillo y luz quedaron en su alma. André vio a otros artistas más, que reproducían diferentes representaciones.

Alcar le dijo:

—Ahora te mostraré algunas esculturas más y luego podrás admirar el arte pictórico. Pero primero mira esta estatua, es una potente creación artística de uno de mis hermanos. Significa el ciclo del alma y fue esculpido en piedra.

Volvió a ver a la madre con su hijo, luego la transición hacia este mundo, la primera y segunda esfera, la tercera esfera y la más elevada, donde vivía el artista que la había hecho. Por encima de la estatua veía una inmensa bola, pero no entendió lo que significaba. La atravesó con la mirada y pensó observar una esfera más etérea. En él fue apareciendo la respuesta en una sensación suave pero clara.

—Las regiones mentales, André. A ellas hace la transición la vida, para hacer la transición a otra mentalidad, la cuarta.

Este arte era grandioso y formaba un conjunto poderoso. No podía encontrar palabras, todo era demasiado grande para su entendimiento. La estatua lo mantuvo preso mucho tiempo, por fin se pudo desprender y sintió la insignificancia de sí mismo. Alcar fue penetrando cada vez más en el taller espiritual. No tenía final; podría caminar por aquí durante días sin parar. Todo tipo de estados humanos, representados en arte, estaban apostados a diestra y siniestra.

—Ahora vamos al arte pictórico, el edificio está conectado con este; forman un solo conjunto. Pero no permaneceremos aquí mucho tiempo.

Siguió a su líder espiritual, que le fue mostrando muchos tesoros espirituales. Finalmente, estaban en el lugar al que Alcar quería llegar. ¿Qué se le revelaría esta vez? Este edificio también era abierto, como todos los demás que había visto hasta ahora. Muchos ángeles trabajaban en una obra artística. Trabajaban como en la tierra, aunque aquí se conocieran otros colores y se lograra la perfección. Unas obras eran incluso más bellas que otras, más grandiosas de planteamiento y profundamente sentidas. Veía matices de colores fantásticos, que su creador había aplicado en armonía y tranquilidad. Veía colores en los que se reunían todos los tonos, como en la piedra que había observado un momento antes. Todo era curioso, no se podía comparar con la

tierra, no podía encontrar palabras para describirlo. Aquí se intentaba pintar la vida, y lo lograban por completo. Todo vivía, todo irradiaba luz, porque el artista sentía la vida. Aquí veía lo grande que podía ser el ser humano en el arte, puesto que significaba sintonización espiritual. Aquí se obraban milagros, en este viaje se le estaba permitiendo vivir nada más que milagros. Así estaba conociendo la vida del espíritu y aprendía a amarla. Mil veces surgió en él ese impulso; estaba agradecido a tal grado que bien quisiera decírselo a todos los que vivían allí.

—Nos quedaremos aquí un rato, hijo mío. Mira allí, frente a ti, una estatua de las esferas poco común, allí, a través de esos pilares.

André se sentó junto a su líder espiritual. Allí, frente a él, veía un paisaje de una belleza excepcional. Sosiego, profundo sosiego. Era un panorama tan bello y sagrado que parecía que estuviera soñando. Vio pájaros y muchos otros seres y todo estaba cubierto de un brillo dorado. Veía una naturaleza como nunca antes. Qué silencio había allí; le parecía que era un lugar sagrado; en ninguna parte había sentido un sosiego tal. Los ángeles que observaba estaban inmersos en oración. No quería molestar y pensaba en otra cosa, pero la imagen lo mantenía preso, no podía desprenderse de ella. Quien viviera allí sería sumamente feliz. ¿Era una esfera más elevada la que estaba observando? ¿Era un lugar donde el ser humano podría alcanzar todavía mejor su Dios? No podría entrar allí, lo sentía en todo. Pero qué sosiego descendería en él. Cuánto tiempo llevaban ya rezando allí a su Padre entre toda la vida que los rodeaba. Los pájaros se posaban al lado del hombre y ellos también le rezaban a la vida. Sentía que iba cayendo bajo el encanto de esta tierra fenomenalmente bella y sagrada. ¿Estaba su líder espiritual mostrándole una visión? No, porque todo allí era pacífico y feliz. Alcar lo miró.

—¿Te gustaría estar allí, André? —preguntó.

André no se atrevió a decir nada, no dijo ni sí ni no.

Alcar sonrió.

—Dilo, sin miedo, es posible.

—¿Y no molestaré allí entonces, Alcar?

—Si quieres acercarte a nuestra vida en amor, en sencillez y humildad, se te dará todo. “Bienaventurados los humildes, pues suyo es el reino de los cielos”, dijo alguna vez nuestro maestro Jesucristo. Si mantienes presente esa imagen, Dios te dará el poder de vivir todo en la vida del espíritu.

—Me encantaría, Alcar; quiero hacer todo, y lo haré, para no perturbar.

—Entonces ven, descenderemos; vivirás también esto.

André estaba muy feliz de que pudiera permanecer también allí.

—Precédeme, yo te sigo. Allí, baja esas escaleras.

André se apresuró a bajar todos los peldaños; su líder espiritual lo iba siguiendo. De pronto ya no pudo seguir más. ¡Era un lienzo pintado, una

obra de arte de uno de los maestros! Quedó profundamente conmovido por este milagro de capacidad humana. Esto era natural, estaba viendo lo perfecto.

—Lo pintó un maestro de la sexta esfera, hijo mío. No hay nada que se pueda mejorar o añadir a esto. Este es, pues, arte como yo sentía en la tierra pero no podía llevar a cabo, y todos los demás conmigo sentían la misma deficiencia, echaban en falta esta sensibilidad espiritual. Sentíamos lo perfecto para la tierra, pero no podíamos lograrlo. La pieza tiene miles de años; el maestro vive en las regiones mentales y ya no volverá aquí. Es obra de hombre, pero de un ser humano que usó su don para lo divino. ¿Qué más te aclararé? Es lo más sagrado que poseemos.

André se volvió a sentar para mirar largamente este milagro. Templos y edificios, flores y plantas, hombres y animales eran uno solo. Era una escena divina.

—Absórbelo bien todo, André, y cuenta a los de la tierra lo que pudiste recibir y admirar de este lado. Ahora seguimos, te esperan los últimos estados. A mi propia vivienda.

Sexta esfera; música espiritual

Pronto llegaron allí y por segunda vez entró en la vivienda espiritual de Alcar. Reconocía todo de su viaje anterior. Alcar se fue y volvería. André se arrodilló para agradecerle a Dios por todo. Era el mismo lugar en el que se había arrodillado ante su líder espiritual, para agradecerle todo cuando había dejado su vivienda para vivir la consagración espiritual. Allí era que su alma sentía lo más profundamente, quería dar lo más sagrado y aun así le había causado tristeza a Alcar en la tierra. El tiempo que había vivido en la tierra pasaba ahora ante sus ojos; veía en ella su propia vida. Desde allí se encontraba en la esfera de la tierra, donde Alcar le había dicho lo que recibiría en este viaje. ¿Cuánto había visto, recibido en sabiduría y podido vivir? Tenía la posibilidad de darle las gracias a Dios, lo sentía claramente. Ahora sintió que lo atravesaba una fuerte corriente. Se fue haciendo cada vez más intensa, tan intensa como no la había sentido nunca. ¿Qué significaría esto? Lo aturdió. Su alma succionaba esa fuerza a pleno pulmón y sentía que se iba hundiendo. ¿Tenía un significado? Quería rezar, pero no podía darle forma a sus pensamientos; ya no quedaban fuerzas en él. Ahora sentía nuevamente que se hacía más liviano y le entró una sensación como si en cualquier momento fuera a empezar a planear. Sin embargo, era consciente de todo, sus sentimientos estaban fijamente sintonizados con lo que le estaba pasando. Vaya, ¿qué era eso? Vio que allí se le venía acercando un ser que le habló amablemente. ¿Había

otros en la casa de Alcar?

—No tema, André, soy Cesarino, el maestro de su líder espiritual.

Entendió para qué servía todo esto; le llegó como en un fogonazo. Estaba irradiado, envuelto en sus fuerzas, como Alcar ya había hecho para que pudiera entrar en estados insondables para él.

—¿Listo, André, dispuesto a seguirme?

No se atrevía a decir nada, pero en sentimientos le dio a entender al espíritu elevado que estaba listo. En ese mismo instante se sintió acogido y estaba planeando hacia la sexta esfera. Qué bello era este espíritu. Tenía el aspecto de un joven de veinticinco años y según su líder espiritual, este espíritu tendría tres mil años. Él era quien en la tierra había curado a Annie a través suyo. Allí, no obstante, había visto a este espíritu de otra manera, pero sabía que podían hacer la transición en varios aspectos. El mentor le hablaba poco, pero lo hacía sentir mucho. En estas esferas no se hablaba. Seguían cada vez más, hasta que en un momento dado el firmamento se desgarró y los iluminó una luz tremendamente bella pero potente.

“La luz de la sexta esfera, André”, le llegó, “y en un momento entraremos”.

Ahora André sintió lo mucho que hacía falta que fuera radiado por su irradiación. La luz lo atravesó, pero logro mantenerse firme y seguir, precisamente gracias a estas fuerzas sagradas. Qué país de las maravillas estaba viendo frente a él. No se podía comparar la quinta esfera con esta sintonización. Aquí vivía Ubronus. Qué bello era todo. El firmamento estaba envuelto en una emanación dorada y plateada. Reflejaba en todo lo que vivía, una vida se reflejaba en la otra. El espíritu lo miró y sonrió. En esa sonrisa estaba su gran amor. Qué sencillos eran todos con los que había podido encontrarse en las esferas de felicidad. Qué sencillos eran los ángeles; este espíritu elevado lo acompañaba a lugares sagrados; era increíble. No había suficiente concentración en él para poder abarcar todo esto. Allí, ante él, estaba la esfera de la música.

—Ahora oírás música espiritual —le entró—, prepárese. Seguiremos cada vez más hasta que hayamos llegado al lugar donde permanecen los maestros.

Por fin el espíritu descendió. Ante ellos había un profundo valle y en el centro, un templo que se elevaba hasta los cielos. Varios caminos atravesaban el valle; todos llevaban hacia el templo. Por todas partes había flores en tonos extraños. Estaba en una alta montaña y pronto tendría que descender. Bajó mucho la mirada; todos los caminos habían sido trazados con ingenio. Estaba aquí en un paraíso. Vio miles de seres, todos iban camino del templo. Otros rezaban y estaban arrodillados como si estuvieran sintonizándose para la fiesta. En esta naturaleza uno podía prepararse. Uno era acogido en la vida, en todo había un inmenso amor. No había otros edificios salvo el templo de la música; la naturaleza era de una belleza arrolladora, todo estaba bañado

en una luz blanca dorada. Vio fuentes que llegaban hasta los cielos, aves y verdor, todas las cosas competían en ser aún más celestiales que las demás. El valle era como un embudo. Desde el centro del embudo se elevaba hasta la altura de los cielos el imponente edificio en el que los maestros tocaban música. El maestro de Alcar le hizo sentir que descenderían. Su camino serpenteaba lentamente a través de toda esta belleza y desembocaría, por lo que veía, junto al templo.

El templo se elevaba majestuosamente en el centro del valle. Se iba haciendo más y más bello conforme se iban acercando. A su alrededor había pájaros que cantaban su canción, toda la vida era feliz. Ahora estaban en el valle; André se dio la vuelta y la montaña en la que hace un momento había estado se elevaba interminable por encima de él. Cientos de seres recorrían el mismo camino y todos llevaban túnicas resplandecientes que relucían como soles. La vestidura del maestro de Alcar era de una sustancia completamente distinta que la que llevaban ellos. El significado ya le era conocido, y es que ellos vivían en la séptima esfera. A diestra y siniestra crecían frutos y sin duda tenía curiosidad por saber cómo serían por dentro y qué sabor tendrían. Si tan solo pudiera tener un fruto amarillo dorado de esos, qué feliz le haría. Cesarino, que había seguido su conversación interior, le hizo sentir que podía tomar uno. Escogió uno y quiso arrancarlo. Se conmovió mucho porque, ay, ¿qué había hecho esta vez? Después de que hubiera estirado la mano para recoger el fruto, este de pronto se deshizo en un fluido. Le recorrió un susto. Nuevamente había recibido una lección vital. Él, el ser humano terrenal, quería recoger frutos espirituales. Pero era demasiado basto para ellos. En la esfera de Alcar había sido posible, pero solo ahora entendió que había ocurrido a través de las fuerzas de su líder espiritual. Había en él una sensación como si hubiera matado. Por su culpa, por su deseo se había destruido un producto de las esferas. ¿Por qué era que quería tenerlo todo? ¿No era ya una gran gracia poder vivir esto? En la quinta esfera había recibido una lección vital y ahora también aquí, en la sexta. Era horroroso; ¿qué basto se consideraba! La naturaleza lo ponía en su lugar; ningún ser tenía que usar sus fuerzas para hacerlo. Se había asustado muchísimo. Allí estaba ahora, como un niño que sentía su pecado y era consciente de él. El ángel le puso su bella mano espiritual en el hombro y dijo: “Vivir, André, es experiencia; experiencia es desarrollo en el espíritu”. Ya no se volvió a mencionar el punto, pero él ya se había propuesto con todas sus fuerzas no volver a tocar nada y ya no desear nada. Volvió en sí mismo y entendió qué grande era la gracia de que se le permitiera estar aquí. La naturaleza le daba su lección de vida, pero ¿no era Dios mismo? ¿No residía allí la vida sagrada de Dios? ¿No era en realidad Dios? Temblaba al pensarlo. En sencillez y humildad volvió consigo mismo, estaba conociéndose a sí mismo.

Iban avanzando cada vez más, pronto habrían llegado al lugar donde le esperaba una fiesta. Su lección estaba muy dentro de él, tendría presente sus lecciones espirituales constantemente. Qué imponente era este edificio. No podía observar la parte más alta. Irradiaba una luz que sus ojos aguantaban a duras penas; estaba allí como un sol. Miles de seres iban entrando. Aun así se sentía tranquilo; una extraña fuerza lo ayudaba a entrar. Cuando entró junto a su elevado guía, sintió que le esperaba un acontecimiento sagrado. El interior era de la misma arquitectura que el templo de la felicidad que había visto en su viaje anterior y donde se le había concedido vivir una fiesta parecida. Pero ahora estaba en la esfera de la música; esta esfera se había nombrado así por ese arte divino. El interior del edificio era perfecto. Aquí, todo vivía en una luz todavía más bella que en la quinta esfera. En esta vida residía la liberación de toda la vida que el ser humano había depuesto. No se conocían estados más elevados aún que esta esfera. Casi era imposible que hubiera personas más bellas todavía que estos ángeles. Pero era así, el ser humano seguía ascendiendo cada vez más, hacia otras regiones. Los que vivían aquí eran santos; no podía encontrar otras palabras para representar su altura y su irradiación. Hombres y mujeres, todos almas gemelas, hermanos y hermanas. Eran hombres de la tierra; todos habían vivido allí, pero se habían liberado de la vida terrenal. Se sintió mareado, porque ¿cuándo sería alcanzable todo esto para un ser humano terrenal? Ni en miles de años llegarían hasta aquí. ¿Cuánto estaban alejados él y toda la gente de la tierra de esto? Se sentaron en el centro —si es que se podía hablar de un centro, porque no veía que tuviera final. Por todas partes florecían flores; donde viviera el ser humano vivía la naturaleza, se estaba rodeado de la vida. El interior era esférico; en las esferas no había rincones ni finales; todo era profundo, interminablemente profundo, hasta que los sentimientos hicieran la transición a un estado aún más elevado. El universo era vida y el ser humano era el intelecto que vivía en ella. Este templo se dilataba; millones de seres podrían entrar aquí. Aquí se le mostraba a André que la vida que estaba en la tierra tenía sintonización cósmica y podía ser divina. Todo el edificio estaba repleto y se hizo el silencio, porque todos sentían que los maestros estaban por comenzar. Ahora oiría pronto música espiritual. Pero ¿qué era eso? A unas decenas de metros vio una luz que parecía salir de la tierra. Era como una emanación que iba ascendiendo lentamente, para disolverse encima de las cabezas de todos. La luz pasaba cada vez hasta más lejos, hasta que se quedó. ¿Qué significaría? Le entró una suave voz, que dijo: “Música espiritual; la música de la que tocan los maestros”. ‘Qué asombroso’, pensó André. Continuamente veía colores en la luz, hasta que se convirtió en una emanación azul claro. Sintió que se le conectaba con la luz y entendió el significado de este acontecimiento. Era como si alguien estuviera respirando, como si naciera una joven vida. Oyó

que una suave música acompañaba a la luz. Los maestros estaban interpretando estos colores. Se sentía en la tierra, muy lejos de esta esfera, como si volviera a nacer. Desde la lejanía oía ahora la música que llegaba hasta él como si la trajera el viento. Sintió que lo atravesó el primer respiro en la tierra, vio la música en colores y oyó a los maestros interpretándola. Entendió todo; muy en su interior estaba este saber. La música suave era el despertar de la joven vida en la tierra; se le mostraba aquí en colores lo que sentía y vivía, y también a todos los que estaban presentes aquí. Luz de colores, esas eran las notas, ¿cómo era posible? La luz iba cambiando, oía que la música se acercaba cada vez más. En la tierra vio a un pequeño ser; lo cuidaba la madre. Vivía tres milagros a la vez. Esta era una sinfonía de vida. Empezaba en la tierra y terminaría en esta esfera. Qué imponente era todo. Todos los ángeles estaban conectados, lo vivían, se volvían a sentir en la tierra, y la madre los cuidaba. Oh amor, ¡amor sagrado! ‘Dios mío’, pensó, ‘qué grande es Tu poder, qué immaculados los ángeles que viven aquí, qué elevado el arte, qué grande la felicidad que emana de todo’. Se representaba la vida en música. Lo que había podido observar como artes plásticas, lo oía en esta esfera en música. Veía que la luz cambiaba; la música era cada vez más bella, el ser humano en la tierra crecía, había solo felicidad en esta vida. La joven vida había pasado los primeros años en la tierra y había crecido hasta ser un niño que jugaba en la naturaleza. ¡En verdad vivía milagros aquí! Veía el niño ante él, lo veía jugando y oía que emitía sonidos suaves. Ahora los colores iban cambiando; la música había pasado a ser un brincar juguetero y él también se sintió acogido, como si brincara por encima de pastizales y planicies, camino de una joven vida. Se sentía libre de toda preocupación. En él había solo felicidad, la vida de un niño; no sentía más que su propia felicidad, porque había hecho la transición en el niño. Los colores eran cada vez más bellos y nítidos, pero la música también había ido in crescendo. El niño fue creciendo, cada vez más, y sentía por la música y veía por los colores que en la tierra había llegado a los diez años. Los colores revoloteaban jugueteramente, mezclándose en olas rítmicas. En los colores estaba la edad, la felicidad del ser, en ellos sentía al niño y la música fue creciendo hasta formar un conjunto imponente. Él también sintió pasar la vida por él, como todos los demás ángeles sentían y volvían a vivir su vida terrenal. Volvió a recoger flores para llevárselas a su madre y era feliz porque ella también era feliz. Al alcanzarle el ramo, sintió que las lágrimas de felicidad le caían por las mejillas. Esto era música; los acordes que arrancaban a los instrumentos le vibraban en el alma. Maestros en amor descendían en un alma infantil y tocaban lo que la pequeña vida sentía. Representaban esos sentimientos interiores en los que en la tierra jamás se pensaría. Sentía que desvanecería en el lugar antes de que llegara el final. ¿Qué edad cumpliría esa vida en la tierra que tendría que vivir en do-

lores, pena y sufrimiento? Rezaba por fuerza para poder vivir estas cosas sagradas. Si se pudiera lograr esto en la tierra, la gente quedaría conmovida hasta en lo más profundo del alma y emprenderían otra vida gracias a este arte. Todos llegarían a estar bajo el encanto de estas cosas poderosas; los arrastraría; nadie podría librarse de ellas. Su alma vibraba muy profundamente, le paralizaba los sentimientos, pero lo elevaba hasta arriba en el cielo y lo hacía volver a la tierra en belleza juguetona. La luz no dejaba de cambiar; los colores eran cada vez más fuertes; la vida en la tierra alcanzaba una edad más avanzada; ya sentía la lucha, tenía pena y dolor, y se le atormentaba. La música iba in crescendo y adquiría otros tonos, en los que se ocultaban toda esa pena y todo ese dolor. La vida seguía otra vez; los colores iban siendo más fuertes y la música se hacía también más penosa. Ahora todo se iba fundiendo en un acontecer poderoso. Los colores se hicieron agudos, la música siempre más impetuosa, de modo que le quemaba el alma y le despedazaba la vida. La vida se volvía más feroz, había alcanzado la edad masculina en la tierra. En los tonos más agudos que oía residía toda la pena y el dolor. Qué penoso era este sufrimiento: la vida de este hombre no abarcaba más que lucha. Se sentía acogido en la vida plena; ¿dónde estaba el final? Lo atravesaban tormentas, lo aplastaban y arrastraban por toda la tierra, hasta que volvió donde estaba su madre. La vida había vuelto donde estaba la madre, pero no conocía sosiego y nuevamente desapareció. La música iba in crescendo hasta ser un conjunto imponente y alcanzó una altura fantástica, de modo que le penetraba hasta la médula. La vida terrenal era cada vez más feroz; proseguía su propio camino. Vio cómo cambiaban los colores, la música representaba una intensa tormenta, que tenía que aplastar cielo y tierra. El ser se hacía más viejo, sentía pena y dolor, vivía una vida de horror y destrucción. Podía seguirlo en todo, vivía con él y en él vibraba esa vida; era uno solo, por lo que se sintió destrozado. Los acordes eran hermosos, los maestros se sentían plenamente conectados y llegó a concluirse su fuerza creadora. Todo lo que veía, oía y sentía era perfecto. ¡Lo que percibía era grandioso, lo que vivía era apabullante! El hombre erraba por el mundo y por enésima vez había dejado la casa paterna. En los colores flamantes veía una suave luz blanca, que significaba el sufrimiento de madre. Era su amor por el niño. La madre lloraba por su hijo, que estaba abandonado a poderes oscuros. Su amor lo seguía; donde se encontrara su hijo, ella le mandaba su amor. Entonces su luz dominaba a la de él y su amor obraba milagros. Aun así no era posible protegerlo; primero tendría que perecer, y eso sucedería; no tenía escapatoria. La música se hizo ahora estridente, como la luz coloreada de las esferas oscuras, llameante y bramante como un huracán. La sinfonía había alcanzado su punto culminante, pronto llegaría el final de una vida terrenal, pero la vida tendría que encontrar un final destructor, y así sería. Nuevamente los colores cambiaron

a hermosos matices, la música se hizo más suave y ligera. La vida en la tierra ya no era tan feroz, se inclinaba hacia un suave deseo. Ahora André sintió felicidad, estaba dentro de él, pero por los colores vio que no duraría mucho. Este acontecimiento se le fue haciendo cada vez más intenso. Por enésima vez sintió que le quitaba las fuerzas, tomó la mano del maestro de Alcar y la sostuvo con fuerza. Ahora aguantaría lo que fuera, pues sintió que lo invadía una fuerza nueva. Ahora los colores se fueron borrando. ¿Qué significaría? La música lo atravesaba como una corriente, cada vez más aguda, y los colores cambiaron a rojo fuerte y verde suave —la irradiación de los maestros en el mal, que había conocido en este viaje. Era como si se paralizara. De pronto oyó un ritmo agudo en la música, parecido a brincos caprichosos, que representaba la desdicha que se acercaba. Nada podía pararla; la vida perecería en ella. Los colores eran caprichosos y crueles, y sintió la terrible influencia de las esferas oscuras. ¿Dónde estaba el final y qué era? Todo esto solo predecía miseria. La música era retumbante, de colores que clareaban y destellaban. Era cada vez más penosa y los colores se hacían más irregulares y fríos. El mal en el hombre se revelaba. Se manifestaba por la destrucción de la humanidad, la vida partía a la guerra. Destruía lo que era y significaba la vida de Dios y ella misma perecía. La vida partió a la guerra retumbando y redoblando. Los colores cambiaban a horribles tonos pasionales, pasaban a profundos colores oscuros, la perdición triunfaba. Ahora el conjunto pasó a un ruido tremendo que lo hacía temblar incluso más. Oía sonidos terribles, tapado por un sonido chirriante. Los colores se separaron bruscamente, porque había llegado el final. Lo invadió una ardiente sensación de asfixia, era como si le arrancaran los pulmones del cuerpo. Pero otra sensación le entró en el alma, aunque siguiera siendo el mismo horror. Los sonidos que producía la orquesta eran espantosos, los colores eran terribles y sentía que todo eso le abrasaba el alma. Aquí se le estaba mostrando una sinfonía de vida; así cada ser humano tenía su propia sinfonía y en ella había varias partes que eran igual de horribles que esta. En cada vida había escenas similares; cada ser conocía la pena y el dolor. Aun así ni una vida era igual; todas eran diferentes. Por eso la música espiritual era inagotable. Aquí no había límites. La música interpretaba una vida humana; así mismo se podría interpretar cualquier vida. ¿Quién en la tierra pensaba en esto? ¿Por qué no se componía allí música que representara la vida de un ser humano? Se hacía, pero no por completo. Aquí se exponía el carácter, se desmenuzaba el ser entero; aquí se conocía ese ser, que se veía representado en colores y música y que por lo tanto se volvía a vivir. No solo era grandioso, era fenomenal y no se podía describir con palabras. Aquí vivía arte del grado más elevado. Aquí se vivía la vida como no era posible en la tierra, porque el ser humano no comprendía su propia vida. Solo aquí el ser humano se conocía a sí mismo y entendía su vida terrenal

depuesta. Aquí veía una película vital representada en arte. Ninguno de los maestros de la tierra podía llevar a cabo algo así. Su sintonización espiritual no estaba lo suficientemente desarrollada para eso; una vida terrenal era demasiado breve para lograrlo. Ahora vio que la vida hacía la transición hacia el otro lado. Esta vivía en las regiones oscuras, allí se estaba conociendo y se le estaba convenciendo de una vida más elevada. Los colores fueron cambiando, la música sonaba pero los acordes ya no llegaban a esa sintonización terrenal, ya no eran tan bastos; eran sonidos espirituales, que en la tierra no se podrían oír ni entender. Todo había hecho la transición al espíritu; la vida había entrado a la eternidad y había empezado una existencia más elevada. Lo conmovió profundamente, porque había recorrido todo esto con su líder espiritual. Vez tras vez alcanzaba a ver cómo cambiaban los colores y veía la terrible lucha en esos matices de colores; era la lucha para alcanzar una esfera más elevada. Aun así los colores se fueron haciendo más claros, aunque siempre volvían a cambiar en matices más oscuros, una señal de que había recaído en su estado anterior. Los colores claros siempre volvían; la música se iba haciendo más y más etérea; ya no oía tonos rudos, aterradores. Ahora era la lucha espiritual, que se podía intuir en todo. Lucha, nada más que lucha por la posesión. La música se fue haciendo cada vez más bella y sentía y veía por los colores que la vida había alcanzado la primera esfera existencial en el espíritu. Todos sentían que la vida había recibido posesión espiritual y que se había apropiado de ella. Esto era una gran felicidad; le vibraba en el alma, era viable, lo acariciaba, lo portaba, lo llevaba a otras tierras. Planeaba muy arriba por el cielo, se sentía acogido por la fuerza de los pensamientos; aquí la vida vivía en la del espíritu. Lo sentía claramente en los acordes y en los colores reconocía las diferentes esferas que la vida ya había alcanzado. Ahora estaba en la segunda esfera, el cielo despejado estaba dentro del azul resplandeciente que observaba y en él sentía y veía que la vida se acercaba a la tercera esfera. Los colores empezaban a cambiar y hacían la transición unas en otras, el malva de la tercera esfera se mezclaba con ese cielo despejado que pudo observar algunas veces en la segunda esfera. En la música se sucedían motivos alegres, el ser humano volvía a vivir. Había humildad en esos acordes, ganas de vivir y amor en los colores; era felicidad, la vida quería volver a vivir, la vida sentía a Dios y había vuelto a Dios. Oh, ¡qué música, qué arte se le estaba concediendo vivir como ser humano terrenal! Los colores eran cada vez más bellos y la música más elevada, formaban un conjunto. André sintió que la cuarta esfera estaba cerca, para entrar así a continuación a la quinta y la sexta. Los colores se fueron haciendo cada vez más bellos, como los había observado en todas partes, porque la vida vivía en felicidad, no era más que felicidad e irradiaba una hermosa luz. La vida de un Ángel en el espíritu se hacía sagrada. Pronto se acercaría el final. Veía los colores que lo habían irra-

diado a él también cuando había entrado a la sexta esfera. Aquí la vida estaba conectada con toda la demás vida. Vivía aquí, era feliz, era un ángel de la sexta esfera, porque había alcanzado esta sintonización. La música se fue reduciendo poco a poco, los maestros iban terminando, los colores pasaban a ser una emanación, los últimos tonos se fueron apagando hasta un suave susurro; había llegado el final. Los maestros habían interpretado una sinfonía vital, la vida “era” y había vuelto a encontrar a su Dios. André estaba allí como aturdido; ya no podía más. Poco a poco sintió que fue volviendo y despertando. Se había encontrado en un estado muy particular; otras fuerzas lo habían ayudado; no habría podido procesar todo esto. Dándole gracias a Dios por toda esta belleza dejó el templo de música con su maestro: había podido vivir música de la esfera de música, del sexto cielo. ¿Cómo agradecer a Dios por esto? ¿Qué eran los maestros de la tierra en comparación con los del espíritu? Todos los Ángeles se fueron, profundamente conmovidos.

Séptima esfera y de vuelta a la tierra

Seguía sujetando fuertemente la mano de Cesarino. Se sentía acogido y volvió a planear hacia otra sintonización. Estaba colmado de todo. No se le creería cuando contara esto en la tierra. Qué difícil le sería expresar y representar todo esto en palabras. Era casi imposible. Aun así era necesario; tal vez esto podría inspirar a un artista terrenal para crear un estado humano, una sinfonía vital. Era posible, aunque no alcanzarían las profundidades y alturas de una sexta esfera. Si la gente en la tierra pudiera asistir a un concierto así, oirían la interpretación de la vida interior de un solo ser humano: sentirían todo su sufrimiento, pena y felicidad, pasión y violencia, lucha y amor. Oh, ¡qué bello sería!; un ser humano representado en música por artistas. Uno tendría que acercarse a ese arte en amor; de lo contrario no se intuiría la parte más sagrada. El ser humano tendría que sentir amor por la vida que se representaba en arte. Qué bueno, qué grande era su líder espiritual con él en este viaje, cuánta sabiduría en el espíritu no había recibido, y todavía no llegaba el final, aún lo hacían vivir otros estados.

Se habían alejado mucho ya de la sexta esfera. Avanzaban cada vez más. De pronto el firmamento se desgarró y una potente luz los irradiaba al maestro y a él. No podía dar un paso más. Rezó largamente a Dios para que le permitiera echar un vistazo a la séptima esfera, allí donde vivían el maestro de Alcar y el ángel guardián de su hija. Esas otras esferas estaban ocultas, ahora que había podido ver todo esto, muy por debajo de esta inmensa belleza. Sentía que le iban entrando fuerzas nuevas antes de que se le concediera seguir. Ahora no habían tardado nada en acercarse a la frontera y allí ante él, en una

belleza inexplicable, vio la séptima esfera. Si avanzaba más, el ser humano ya no podría volver. Lo entendía completamente; aquí era un paraíso, pero de una belleza tan excepcional, tan imponente, que no encontraba las palabras para describirlo. Tampoco quería esforzarse por ello, aquí la vida solo había que sentirla, solo había que verla. Veía flores como en una emanación y las oía cantar a gran distancia. Todo estaba cubierto de oro y en esta esfera veía reunidos colores de otras esferas, aunque solo fueran colores luminosos. Aquí no podría entrar. Su cuerpo espiritual se abrasaría por la fuerza de la luz o volvería a la tierra con una velocidad vertiginosa. Aquí veía el Cielo radiante de felicidad, aquí vivían hombres de la tierra. Todos habían estado en la tierra en algún momento, habían vivido y muerto allí. Ahora, en un paraíso semejante volvía a ver a seres terrenales.

—Dios, oh Dios mío, ¡cuánto deben agradecerle los seres humanos tanta felicidad, tanta belleza que encontrarán después de la vida en la tierra cuando entren aquí!

Aquí vivía Cesarino, el mentor de esta esfera; algún día en la tierra dictador de Roma. Era el maestro de todas las regiones que se le había concedido visitar con su líder espiritual. Y este espíritu lo guiaba, lo llevaba, le permitía admirar todo esto, porque quería convencer a la humanidad de una vida santificada después de la muerte terrenal. Amor, solo amor, Dios vivía en todo. Veía templos como no había observado nunca antes. Los caminos llevan al ser humano a lo más elevado, a lo más supremo. Aquí veía la vida que haría la transición para deponer el cuerpo espiritual. El alma seguiría su camino para entrar a las regiones mentales. Luego hacia estados todavía más elevados, de modo que entrarían en la cuarta mentalidad con sintonización cósmica. ¡Qué lejos estaba la vida terrenal de esto! Tomaría mucho tiempo, y sin embargo algún día llegaría el momento en que la gente que poblaba el planeta tierra la alcanzaría. André rezó a su Padre en la frontera de la séptima esfera, dándole las gracias continuamente. Había recibido sabiduría en el espíritu, y en pensamientos volvió al inicio de este viaje. ¡Los lugares que había visitado! Había conocido profundidades, se le habían mostrado el arte y las esferas de amor. Se le había concedido ver a su hija; una vida era incluso más bella que otra. Ahora volvería a la tierra. El Ángel le hizo sentir que tenía que prepararse para el regreso a la quinta esfera.

—Antes de partir —le dijo ahora el maestro—, le pido: cuénteles a los de la tierra lo que les espera. Dígale a la gente en la tierra, que son nuestras hermanas y hermanos, que vivimos en belleza celestial. Algún día recibirán todo esto, cuando quieran desarrollarse en el espíritu. Dígales que la vida espiritual significa amor, que no *es* otra cosa que amor.

—¿Cómo debo agradecerle todo lo que he podido recibir de usted y de mi líder espiritual?

—No nos dé las gracias a nosotros, hijo mío; dele las gracias a Dios, que es el Padre de todos nosotros. Ahora volveremos a la quinta esfera.

Se desplazaron en un fognazo, entraron en la quinta esfera e ingresaron a la vivienda de Alcar. André quiso volver a darle las gracias al maestro de Alcar, pero ya no se pudo. Cesarino había vuelto a su propia esfera; en la vida después de la muerte no se querían agradecimientos.

Allí estaba Alcar, su líder espiritual, con varias aves alrededor suyo.

—Muy bien, hijo mío, ¿volviste?

André se precipitó a sus brazos y lloró de felicidad. Tardó mucho en volver en su propio estado. Miró a su líder espiritual pero no pudo pronunciar palabra, por más que hubiera querido.

Alcar se preparó, André pasó una última mirada por la vivienda de su líder espiritual y con apremio volvieron a la tierra. También este viaje hubo terminado pronto. Allí entró a su habitación, habían vuelto tomados de la mano desde la quinta esfera. Ante él estaba su vestidura material. André miró a su líder espiritual; veía profundamente dentro de él pero no pudo encontrar las palabras, ambos sentían lo que quisieran decir, eran uno solo en sentimientos, su vida era una sola, tenían un solo objetivo: convencer a la humanidad y verla feliz.

—Adiós, hijo mío, volverás a despertar en felicidad y pronto emprenderás la tarea de darle a conocer todas estas cosas sagradas al ser humano. Sabes que te ayudaremos.

André le pidió a su líder espiritual darles las gracias a todos los que lo habían recibido en amor. Sintió que fue subiendo y luego bajando y con una leve sacudida despertó. La vida en la tierra había vuelto a empezar.

Todavía alcanzó a oír:

—Dios es amor, ¡nada más que amor! La vida después de la muerte es una realidad. Vive, vive, ser humano, has de saber que la vida, tu vida, es eterna. Adiós, hijo mío, mañana te espera otro trabajo. Tu Alcar.

Por la mañana despertó, reforzado en cuerpo y alma, y consciente de dónde había estado. Una gran felicidad había anidado dentro de él.

André sigue y espera recibir mucha más sabiduría en el espíritu. Usará todas sus fuerzas para contar todavía más sobre una pervivencia eterna.

Al ser humano no le espera más que verdad y felicidad al entrar a esa vida.

Le ruega a Dios por que sobre su trabajo descansen fuerza y bendición. Con la cabeza en alto, recorriendo el camino que recorrían todos, el camino hacia la luz, hacia la casa del Padre, donde para cada vida hay una vivienda abierta que se prepara para cuando el ser humano hace la transición.

Jozef Rulof

La Haya, a 15 de noviembre 1936.

(Fin de la parte 3)

